

Juan María Gutiérrez

AMÉRICA POÉTICA

COLECCIÓN ESCOGIDA DE COMPOSICIONES EN VERSO,
ESCRITAS POR AMERICANOS EN EL PRESENTE SIGLO [XIX]

EDICIÓN, ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS
Guadalupe Correa Chiarotti

TOMO I



UNAM San Antonio
Biblioteca Arte & Cultura

Juan María Gutiérrez

AMÉRICA POÉTICA

COLECCIÓN ESCOGIDA DE COMPOSICIONES EN VERSO,
ESCRITAS POR AMERICANOS EN EL PRESENTE SIGLO XIX

Juan María Gutiérrez

AMÉRICA POÉTICA

COLECCIÓN ESCOGIDA DE COMPOSICIONES EN VERSO,
ESCRITAS POR AMERICANOS EN EL PRESENTE SIGLO XIX

EDICIÓN, ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS

Guadalupe Correa Chiarotti

TOMO I



UNAM
SAN ANTONIO



Biblioteca
Arte & Cultura
UNAM San Antonio

© 2026, Guadalupe Correa Chiarotti
© 2026, Universidad Nacional Autónoma de México
UNAM San Antonio – Biblioteca Arte & Cultura
600 Hemisfair Plaza Way San Antonio, TX 78205.
United States of America.
unamsa.edu/editorial
Coordinación editorial: Miguel García Audelo

Gutiérrez, Juan María, 1809-1878.

América poética : colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo [XIX] / edición, estudio preliminar y notas de Guadalupe Correa Chiarotti. San Antonio, TX : Universidad Nacional Autónoma de México, 2026.

1062 p.; 17 x 24,4 cm. (Colección Biblioteca Arte & Cultura)

ISBN: 979-8199-083-76-8

1. Poesía hispanoamericana — Siglo XIX — Antologías. 2. Poesía hispanoamericana — Historia y crítica. 3. Escritores hispanoamericanos — Siglo XIX. 4. Literatura latinoamericana — Siglo XIX — Colecciones. I. Correa Chiarotti, Guadalupe, ed. II. Universidad Nacional Autónoma de México. Sede San Antonio. III. Título.

Clasificación Dewey: 861.508

Clasificación LC: PQ7084

Imagen de portada: Mauricio Rugendas, *Tertulia en casa del Coronel Gutike*, Talca, 1836 [fotografía] [S.l. : s.n.] , 1836. 1 fotografía : monocromo, gelatina, papel fibra ; 18 x 12 cm.

Esta publicación es resultado de la investigación realizada por la autora para obtener el grado de Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. El proyecto contó con el apoyo del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT) a través de su programa de becas de posgrado.

Cuidado del Estudio preliminar: Julia Sabena

Diseño de interiores y portada: Lucas Collosa

Primera edición, abril, 2026.

DOI: [Digital Object Identifier para indexación académica]

Licencia de Acceso Abierto (Open Access)

[Logo de Open Access / Creative Commons]

Esta obra se publica bajo una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y de investigación, siempre que se cite la fuente original y no se realicen obras derivadas ni se utilice con fines comerciales.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

UNAM San Antonio

Ing. Paula de Gortari Pedroza

Directora

Alfredo Ávalos Lara

Comunidad y Cultura

Miguel García Audelo

Biblioteca Arte & Cultura

ESTUDIO PRELIMINAR

América poética: voluntad política y numen fundacional de nuestra primera colección lírica

Comparada a las grandes, nuestra literatura es pobre y frágil. Pero es ella, no otra, la que nos expresa. Si no es amada, no revelará su mensaje; y si no la amamos, nadie lo hará por nosotros. Si no leemos las obras que la componen, nadie las tomará del olvido, indiferencia o incompreensión. Nadie, más allá de nosotros, podrá dar vida a esas tentativas muchas veces débiles, otras veces fuertes, siempre tocantes, en que los hombres del pasado, en el fondo de una tierra inculta, en medio de una aclimatación penosa de la cultura europea, procuraban estilizar para nosotros, sus descendientes, los sentimientos que experimentaban, las observaciones que hacían, de los cuales se han formado los nuestros.

Antonio Cândido, *Formación de la literatura brasileña (momentos decisivos)*.

La *América poética* se publica en fascículos en Valparaíso, Chile, entre los meses de febrero de 1846 y junio de 1847. Juan María Gutiérrez, autor intelectual y editor de la colección, pertenece a esa «provincia semoviente» que Juan Manuel de Rosas había expulsado con violencia de Buenos Aires y que encuentra en Chile un medio propicio, condiciones económicas favorables y relativa libertad para imprimir obras de diversa índole aunque de análogo afán americanista.

Aquella generación se veía a sí misma como los hijos de la independencia –y por tanto heredera y garante de los ideales libertadores–, a la vez que fundadora de un orden social nuevo. Esto, lejos de ser una contradicción, supone un programa que diferencia dos momentos derivados de un mismo propósito: emancipar en todos los aspectos de la vida social al pueblo americano. Esteban Echeverría establece la secuencia histórica que señala el rumbo del esfuerzo:

[d]os épocas, pues, en nuestra vida social, igualmente gloriosas, igualmente necesarias: entusiasta, ruidosa, guerrera, heroica la una, nos dio por resultado la independencia, o nuestra regeneración política; la otra pacífica, laboriosa, reflexiva, que debe darnos por fruto la libertad. La primera podrá llamarse desorganizadora, porque no es de la espada edificar, sino ganar batallas y gloria; destruir y emancipar; la segunda organizadora, porque está destinada a reparar los estragos, a curar las heridas y echar el fundamento de nuestra regeneración social. Si en la una obraron prodigiosos el entusiasmo y la fuerza, en la otra los obrarán el derecho y la razón.¹

Echeverría, lúcido teorizante,² adhiere con fervor a las ideas emancipadoras de la revolución de Mayo de 1810, revolución que marca en las Provincias Unidas del Sud un quiebre político radical destinado a romper los ya decaídos vínculos con España y que se corresponde más ampliamente con los propósitos libertarios del continente. En tanto se consideran parte de un mismo proyecto, los jóvenes románticos desean continuar las <tradiciones progresivas> (lo cual lleva en sí abolir las retrógradas) y completar la tarea emprendida con la luz del entendimiento: «Lograda la emancipación política, ahora es tiempo de ir por la social».³

En la misma línea, la *América poética* reúne justamente la obra de ambos períodos, esto es, las voces que con temáticas diversas, variados tonos y lira dispar, cantan desde que el semicontinente es libre (en términos generales) del yugo español. Este criterio gobierna la antología a la vez que da firmeza a su estructura, relativizando la estricta separación entre románticos y clásicos, fundiendo ambas escuelas y atenuando el peso del enfrentamiento estético que propició tantos y tan animados debates. Lo mismo encontramos en sus páginas arrebatados cantos de lucha e himnos patrios que versos telúricos de cadencia romántica, lo mismo a un Olmedo, a un Bello, que a un Heredia y a un Echeverría. El espíritu integracionista de la colección relativiza también el criterio generacional, asumiendo el temprano reto de homologar la armonía de las naciones bajo el signo común de un todo hispanoamericano.

¹ Esteban Echeverría, «Primera lectura» [1837], en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837* [1958], con escritos de M. Sastre, J. B. Alberdi, J. M. Gutiérrez y E. Echeverría, 2ª ed., Buenos Aires, Librería Hachete (El pasado argentino), 1977, p. 162.

² Varias de las tesis más connotadas insisten en la preeminencia de su figura como teórico por sobre su más anhelada imagen de poeta; cfr., especialmente, las finas lecturas de José Enrique Rodó («Juan María Gutiérrez y su época», en *El mirador de Próspero*, Montevideo, José María Serrano editor, 1913, pp. 438-548) y Jorge Myers («Un autor en busca de un programa: Echeverría en sus escritos de reflexión estética», en Alejandra Laera y Martín Kohan (comps.), *Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría*, Rosario, Beatriz Viterbo editora, 2006, pp. 57-73).

³ Esteban Echeverría, *Dogma Socialista de la asociación de Mayo, precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1837* [1846], en *Obras completas*, t. IV: *Escritos en prosa*, ed. de Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, Carlos Casavalle, editor, Imprenta y librería de Mayo, 1873, p. 160.

No hay acuerdo en relación a si durante la colonia los diferentes virreinos y capitánías convivieron aislados unos de otros o si sus capitales latían a un mismo compás; resulta en cambio un hecho que las gestas libertadoras no delimitaron su empresa a dominios estrechos ni se sujetaron a intereses locales: «ninguno de los líderes de la emancipación planteó el programa independentista en el marco acotado de las diversas jurisdicciones nacionales»⁴ o, en palabras de Simón Bolívar, «[p]ara nosotros la patria es América». A los hombres de armas, hombres de acción unidos en el combate contra los españoles, corresponde un relevo generacional cuya circunstancia histórica cambia drásticamente. Vencido el enemigo, mismo que daba unidad panamericana a las luchas regionales y disipaba las diferencias, sobreviene un mal que brota del seno de los nuevos estados: el caos y luchas fratricidas. Aparecen aquí y allá caudillos ávidos de apropiarse del poder que dejan vacante las estructuras virreinales, lo que rápidamente desemboca en enfrentamientos de facciones.

Esta desunión es aprovechada –incluso promovida– por viejas potencias como Francia e Inglaterra, aunque no menor resulta el asedio que proviene de Norteamérica, derivado de la doctrina Monroe (1823). Baste recordar, para el primer caso, el bloqueo franco-británico que interviene en las costas del Plata y, para el segundo, la guerra que Estados Unidos declara a México por estos años (1846-1848), con la consecuente quita de un tercio del territorio mexicano en beneficio de la naciente potencia bélica. Si es cierto que las naciones luchan contra la tiranía y el desorden generalizado al interior de sus precarios límites, no lo es menos que las atormenta, con diferentes matices, un continuo sentimiento de disolución y desvanecimiento.

En vista de estos estragos político-sociales y frente a la verificación de su carácter compartido, surge la idea de promover un nuevo Congreso Anfictiónico, que venga a emular en el intento y a superar en la acción al convocado por Bolívar en Panamá (1826). En este contexto, Juan Bautista Alberdi –otro de los integrantes de esta generación argentina que «fue voz continental»–⁵ convoca a las repúblicas americanas hispánicas a un Congreso General Americano y a tal fin redacta una *Memoria* sobre su conveniencia y objeto, donde sostiene:

⁴ Estela María Fernández Nadal, «El proyecto de unidad continental en el siglo XIX. Realidad y utopía», en Arturo Andrés Roig (ed.), *El Pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Madrid, Trota, 2000, p. 46. De esta tendencia dan cuenta, en el plano popular, las palabras de Juan Espinosa, veterano de las guerras de independencia, quien en 1854 recordaba que «le era indiferente al argentino pelear por la independencia del chileno, peruano o colombiano, como a este por el peruano o argentino» (cit. en Carmen Mc Evoy y Ana María Stiven, «Peregrinajes republicanos en América del Sur: actores, lenguajes, prácticas y dilemas», introd. a Carmen Mc Evoy y Ana María Stiven (eds.), *La república peregrina. Hombres de armas y letras en América del Sur, 1800-1884*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos e Instituto de Estudios Peruanos, 2007, p. 26).

⁵ Pedro Henríquez Ureña, «El descontento y la promesa» [1927], en *Ensayos*, edic. crít. coord. por José Luis Abellán y Ana María Barrenechea, Buenos Aires, Editorial Sudamericana (Archivos), 2000, p. 274.

Yo aplaudiré toda mi vida el sentimiento de aquellos Estados que sacan su vista del recinto estrecho de sus fronteras y la levantan hasta la esfera de la vida general y continental de la América. Es llevar la vista al buen camino. En un gran sistema político, las partes viven del todo y el todo de las partes. La mano de reforma debe ir alternativamente del trabajo constitucional, de la obra interior del edificio a la obra exterior. Lo demás es construir a medias y de un modo incompleto.⁶

Ya no se busca concertar una defensa ni una federación militar; lo que está en juego es el progreso, es la eficacia de los estados para alcanzar el adelanto inteligente y material (a través de caminos, comercio, navegación, constituciones, etc.). Alberdi confía en que Hispanoamérica ofrece homogeneidad en sus elementos orgánicos y puede, por lo mismo, disponer un plan de política general y una alianza moral.

Esta convocatoria donde se insta a trascender los dominios nacionales en pos de una inteligencia continental es presentada en la Universidad de Chile en 1844. Poco después, Gutiérrez arriba a Valparaíso con los materiales necesarios para publicar una colección de poesías rioplatenses, proyecto que en tierras chilenas muda su objeto y amplía sus confines hasta convertirse en la *América poética*. Asociar el espíritu americanista que florece en Chile y la expansión poética de lo parcial a lo general es, si no obligado, al menos sugestivo.⁷

Así, el esfuerzo por establecer una base literaria común a los pueblos de América y a partir de ella fundar una tradición que equipare la lira americana, no despunta aislado. La *América poética* es fruto de las inquietudes culturales de los escritores del exilio. No se trata de un mero afán esteticista ajeno a las preocupaciones sociales, sino exactamente lo contrario: integra un vasto programa político-cultural encaminado a fundar un orden nuevo y radicalmente opuesto al colonial. En este sentido, conviene leerla a la luz de las condiciones materiales e ideológicas en que surge: en el propósito de su autor⁸ por instaurar una tradición, por consolidar la autonomía y por explorar la originalidad del continente encontramos la razón, el método y el mérito de la *América poética*.

En varias páginas, omitiendo en buena medida este punto, se ha insistido en imputarle dos tachas; la primera es el benevolente juicio de Gutiérrez, inclinado a ponderar la valía de los poemas con más afecto que severidad crítica; la segunda, la medianía de

⁶ Juan Bautista Alberdi, «Memoria sobre la conveniencia de un Congreso General Americano» [1844], en Leopoldo Zea, *Fuentes de la cultura latinoamericana* [1993], t. II, 1ª reimpr., México, Fondo de Cultura Económica (Tierra Firme), 1995, p. 158.

⁷ Esta no es, por mucho, la única explicación del tránsito de las poesías rioplatenses al proyecto hispanoamericano. Tal como analizo más adelante, existen otras causas, como el contacto que el puerto propicia con escritores de otras latitudes y la influencia de Andrés Bello como acicate expansivo.

⁸ Uso, en principio, los términos *autor*, *editor* y *antologador* como sinónimos para referirme a Juan María Gutiérrez (de aquí en más JMG en cita); en el mismo sentido, *antología* y *colección*, deteniéndome sobre estas expresiones y precisando sus alcances y lógica designativa *infra*.

un importante número de composiciones.⁹ Ambos pareceres tienen algo de irrefutable, pero su certeza poco aporta al conocimiento de nuestra literatura.

Como la generación que les precede, estos hombres no esperan que se cumpla de una vez y para siempre aquello que empiezan, menos aún lo que conciben en términos ideales y futuros. Gutiérrez, como tantos pares americanos, emprende un ejercicio crítico, traza líneas de investigación y hasta sugiere derroteros para los que deja escrupulosos índices y notas, todo con la clara visión de que corresponde a la posteridad continuar la tarea. Este adelanto gradual pospone la conclusión de obras y apuesta por allanar el sendero del progreso literario, consciente de su lejana perfectibilidad. Así, la *América poética* parte de una observación: falta a nuestro continente «una copia de datos suficientemente metodizados para dar con la verdad».¹⁰ Interesa, por tanto, reunir un *corpus*, los materiales necesarios para que se ejerza el estudio: será la crítica venidera quien determine su justo valor. Ante este imperativo, el volumen encarna en un sentido literal su estatus de *colección*, «más herbario que jardín», al decir de Pedro Henríquez Ureña, que no veda –en sutil tensión– cierto arbitrio estético: por primera vez «aparecía, con algún criterio de elección, nuestra modesta literatura rimada de aquel tiempo».¹¹ Con todo, prevalece en Gutiérrez más el sentido del historiador de la literatura, interesado

⁹ La acusación más sonada es la que hace Marcelino Menéndez y Pelayo, quien, al juzgar las colecciones de poesías americanas, dice: «De cada región hay una por lo menos, y además varias generales, entre las cuales merece y obtiene el primer lugar en la estimación de los aficionados la célebre y ya rara *América Poética*, que publicó en Valparaíso en 1846 el argentino don Juan María Gutiérrez, persona de buen gusto y de mucha lectura, aunque obscureciese sus buenas prendas un antiespañolismo furioso, que fue exacerbándose con los años. De esta disposición de su ánimo nacía también una especie de entusiasmo fanático por todas las cosas de América, que le llevaba a *multiplicar con exceso el número de los genios, y a encontrar fácil disculpa para lo mediano y aun para lo malo*» (en *Historia de la poesía hispano-americana*, t. I, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911, p. 18, el énfasis es mío). Esta tendencia del ejercicio crítico de JMG es no sólo destacada por José Enrique Rodó por esos mismos años, sino justificada en estos términos: «[S]u permanente dominio fue la historia de la producción intelectual y de todo desenvolvimiento de cultura. En cuanto al carácter crítico de los comentarios que aplicó, trayendo a la luz autores y obras, nadie dejará de reparar en ellos un exceso de encomio, que se justifica, sin embargo, como reacción oportuna. Predominaba un espíritu de exagerada detracción en lo que se refiere a las condiciones intelectuales y morales de la vida americana bajo el régimen colonial. Por otra parte, el impulso de innovación triunfante en las ideas literarias sugería el desdén por cuanto se vinculase a las formas vencidas; y esto influyó para que pocos escritores de su tiempo participaran de aquel sentimiento de filial interés por el recuerdo y la obra de los que les habían precedido. JMG fue a menudo extremoso en tal sentimiento, pero esta explicable y bien inspirada benevolencia, esta generosa facilidad de entusiasmo, no impidieron que su diestra guardara casi siempre la rienda firme del buen gusto, ni que fluctuase constantemente sobre sus juicios literarios el reflejo de aquella ática sonrisa que era como el sello de su fisonomía intelectual» (en «Juan María Gutiérrez y su época», en *El mirador de Próspero*, Montevideo, José María Serrano editor, 1913, p. 545).

¹⁰ Todas las citas corresponden a la presente edición de la *América poética*. JMG, «Los editores», p. 1.

¹¹ José Enrique Rodó, «Juan María Gutiérrez y su época», p. 481. Esta coyuntura teórica es justamente analizada por Álvaro Fernández Bravo en «Un museo literario: latinoamericanismo, archivo colonial y sujeto colectivo en la crítica de Juan María Gutiérrez (1846-1875)», en Graciela Batticuore, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.), *Resonancias románticas*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, pp. 85-100.

en acumular, que el del selecto esteta (verificable en las dimensiones de la obra¹²). Años más tarde, al juzgar cierta producción lírica colonial, advierte su disposición a *elogiar* más que a «hacer el papel de crítico severo»

La tarea que nos imponemos no es la de censores sino la de editores, cosas bien diferentes a pesar de la consonancia de las terminaciones. Dejamos para otros menos apasionados por lo antiguo, el cuidado de hacer el análisis frío de esas rimas que tienen para nosotros el atractivo de flores exóticas recogidas con dificultad en las faldas lejanas de la montaña del pasado.¹³

Lo que Echeverría manda en «[e]scribid, bueno o malo, escribid», pudiera convertirse en Gutiérrez –*mutatis mutandis*– en «compilad, bueno o malo, compilad».

Como se deja dicho en el prólogo, «es destino de las cosas humanas que hayan de llegar a ser perfectas partiendo de un principio incompleto o de una idea en embrión».¹⁴ Pero Gutiérrez no se refiere aquí a las composiciones, sino a sus notas introductorias, excusándose de que fuera él y no «una mano más digna» quien presente a los poetas, algunas veces con ingenio y agudeza, otras tantas, recargando la pluma en atributos dudosos. ¿Con qué sentido? Quizá para persuadir al viejo mundo de la jerarquía de una inspiración que en nada desmerece y en todo califica (aun a riesgo de encarecer las dotes).

El estigma que Buffon y De Pauw sistematizaron en tesis científicas y que conjeturaba la degradación de la naturaleza americana –estigma que desató las más acres polémicas a ambos lados del Atlántico–¹⁵ parece haber cedido terreno ante la potencia del paisaje redimido por la independencia y enaltecido por el romanticismo. Para las nuevas generaciones americanas la inferioridad natural simplemente no existe. Sin embargo no sucede lo mismo en el plano cultural; de hecho, una renovada suspicacia apunta sus dardos al mérito literario de las nacientes naciones. Especialmente España, que sufre aún la pérdida de su vasto reino y con poco éxito disimula el disgusto, pone

¹² Ha dicho Marcelino Menéndez y Pelayo que la *América poética* es una «compilación demasiado voluminosa para lo que la poesía americana era en 1846; pero así y todo no superada ni igualada después por ninguna otra» (*Historia de la poesía hispano-americana*, t. II, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1913, p. 456, el subrayado es mío). Estas palabras recuerdan a Hernán Pas la ironía de Jorge Luis Borges sobre los ocho volúmenes de la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas, a los que encuentra «más extensos que la totalidad de esa misma literatura» («La inútil división de Boedo y Florida» [1928], en *Textos recuperados: 1919-1929*, Barcelona, Emecé, 2002, p. 367, el subrayado es mío). Cfr. Hernán Pas, «La crítica editada. Juan María Gutiérrez y la *América poética*», en *Orbis Tertius* (La Plata), año XV (2010), núm. 16, p. 2 [edición electrónica].

¹³ JMG, *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX*, t. I [único publicado], edición tirada a un corto número de ejemplares, Buenos Aires, Imprenta del Siglo, 1865, p. 53.

¹⁴ JMG, «Los editores», en *América poética*, p. 4.

¹⁵ Cfr. el clásico estudio de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900* [1955], trad. de Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

en tela de juicio la destreza de los americanos para gobernarse y para producir obras de valor y utilidad. Entonces, no sólo se trata de sentar los fundamentos de la cultura para emanciparnos totalmente, sino –y al mismo tiempo– demostrar que en América el vuelo poético alcanza las mismas alturas y puede insertarse en el concierto universal (europeo para el caso). La literatura forma parte del esfuerzo de construcción, pero al mismo tiempo de reivindicación.

El recorrido propuesto atiende, básicamente, a la intención de ubicar la obra en su contexto histórico, especialmente estético-intelectual. Para ello, he dividido el estudio en dos partes. En la primera se presentan al autor dentro de su círculo generacional y ciertas ideas en donde creo ver los gérmenes ideológicos de la colección. En esta suerte de exordio se podría haber abordado el problema con método más ajustado al esquema clásico, esto es, exponiendo una serie de antologías de índole nacional que anteceden y prefiguran de algún modo a la *América poética*; prefiero, en cambio, trazar su itinerario desde un conjunto de preocupaciones culturales donde hallo su genuina filiación. A tal fin me interesa detenerme en dos escenarios específicos: el Salón Literario de Buenos Aires, 1837, y Uruguay/Chile hacia 1842-1846, año en que se publica el primer fascículo de la *América poética*.

Las secciones agrupadas en el capítulo II están dedicadas al análisis de la obra desde distintas perspectivas. En primer lugar describo las particulares características de publicación para, luego, estudiar el grupo letrado que se asocia a la empresa, la cual concierne a diferentes actores, desde el dinámico imprentero hasta los colaboradores que desde casi todas las regiones americanas envían material y publicitan los fascículos. En los siguientes apartados, intento primero dar cuenta del americanismo de la obra, sus orígenes y sus consecuencias. En segundo término analizo la *poética* del volumen, misma que determina sus inclusiones, sus exclusiones y los criterios generales que lo rigen. Termino examinando el caso mexicano, deteniéndome en las características especiales que conlleva (y que requieren un esfuerzo interpretativo particular) e intentando clarificar el razonamiento compositivo de Gutiérrez.

I. LOS OBREROS DEL PENSAMIENTO

I.1. 1837, *annus mirabilis*

I.1.1. *El Salón Literario. Generación del 37*

El «Restaurador de las Leyes» –como era conocido Juan Manuel de Rosas– emprende su segundo mandato (1835-1852) al frente de la provincia de Buenos Aires con la suma del poder público, lo que implica reunir en una misma persona los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. A esto se suma un cambio de signo: a la tendencia conciliadora de la primera gestión, se antepone ahora un férreo régimen cuyas medidas incluyeron el apartamiento de puestos públicos de aquéllos que no manifestaran su adhesión a la causa federal, la expulsión de los unitarios asilados por las provincias, la vigilancia de los escritores insurrectos, la obligatoriedad del uso de la divisa punzó, etc.¹⁶ Tras un largo período de fuerte crisis institucional y violentas discrepancias políticas que habían dejado a las Provincias Unidas del Sud próximas a la guerra civil, Buenos Aires encuentra en la figura de Rosas y su coercitivo mandato la tan esperada calma. El orden, impuesto con vehemencia simbólica, por fin regresa a la capital bonaerense.

Este sosiego no tarda en filtrarse en los ámbitos culturales y educativos investido de indolencia. En medio de este panorama de relativo viraje cultural encontramos, sin embargo, ciertas búsquedas:

Desde aproximadamente 1830 venía llegando al Plata una corriente bibliográfica que, a pesar de comprender campos tan disímiles como la poesía, el derecho, la filosofía, la historia, la política, tenía el signo común de la impetuosidad renovadora. No se trata, desde luego, de enumerar tan sólo el arribo de determinados libros y revistas sino –ahí

¹⁶ Cfr., entre otros, Sergio Bagú, «De la anarquía a la organización nacional», en Haydée Gorostegui de Torres (dir.), *Historia integral argentina*, tomo 2, *De la anarquía a la organización nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1974, pp. 85-93 y Jorge Fernández y Julio César Rondina, *Historia Argentina: 1810-1930*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2006.

lo importante— de comprobar la existencia de un imprevisto y ávido mercado de lectores. Obviamente se estaba en presencia de un fenómeno sorprendente: la búsqueda de nuevos horizontes ideológicos aparecía como una necesidad vital de un grupo no muy numeroso de jóvenes universitarios. Cuando nada hacía presagiar una alteración de los hábitos de indiferencia y docilidad, impuestos por el régimen, unos cuantos libros, franceses los más, de contenido intrínseco no muy detonante, vinieron a avivar el en apariencia ahogado fuego de inquietudes y esperanzas de renovación, propias de la juventud estudiosa. Cousin, Roger Collard, Jouffroy, Quinet, Guizot, aportaron en las ideas filosóficas e históricas tanto como Saint Simon, Leroux, Tocqueville, Lamennais y Mazzini en las ideas políticas; Villemain, Sainte-Beuve, Schlegel y Fortoul en la crítica de las bellas letras, y Chateaubriand, Byron, Hugo, Dumas en el campo del romanticismo literario. El conjunto parecía heterogéneo, y por cierto que lo era, pero halló aquí inteligencias que, sin proponérselo a priori, lograron armonizar doctrinas tan dispares integrándolas en una original síntesis argentina.¹⁷

Así las cosas, no tarda en rebasar al espacio público y cobrar institucionalidad el ejercicio de estudio que en lo privado unía a Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi. Asociados con el uruguayo Marcos Sastre —propietario de la Librería Argentina, quien en ese mismo año traslada su comercio a una amplia casa—, dieron inicio a una empresa breve, pero de amplias repercusiones en la cultura argentina (y americana): el Salón Literario de 1837. Tan definitoria fue esta asociación en el estilo y textura de los jóvenes, que la crítica los ha agrupado bajo el rótulo de «generación del 37».¹⁸

Con una larga lista de adherentes, influenciados en lo inmediato por el ideario de Mayo,

[e]l Salón Literario de Marcos Sastre reacciona contra la vacuidad presuntuosa de los poetas palaciegos e intenta fijar las condiciones que ha de tener la república. Es la prime-

¹⁷ Félix Weinberg, «La Asociación de Mayo y el Dogma Socialista», en *Historia Integral Argentina*, t. 2: *De la Anarquía a la Organización Nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1974, p. 121.

¹⁸ El mismo espíritu del tiempo, afines ideas estéticas, pero sobre todo común bandera política —la de liberalismo— comparten la generación del '42 chilena y la reunida en torno a la Academia de Letrán en México. Incluso los mismos personajes: «[l]a llamada generación del '42, portavoz de la nueva palabra, estuvo integrada por aquellos chilenos que fueron el primer producto de la educación republicana a través del Instituto Nacional fundado en 1813, y por los argentinos exiliados de la tiranía de Juan Manuel de Rosas» (Ana María Stiven, «El exilio de la intelectualidad argentina: polémica y construcción de la esfera pública chilena (1840-1850)», en Carlos Altamirano (dir.), Jorge Myers (ed. del vol.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, t. 1, *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires-Madrid, Katz editores, 2008, p. 436).

ra y última vez que se intenta aquí [en Argentina], conscientemente y con un designio, conectar la literatura, las ciencias y las artes con la nación y el pueblo.¹⁹

La organización del Salón queda bien expuesta en el anuncio aparecido en el *Diario de la Tarde* y en *La Gaceta Mercantil* el 18 y 19 de julio de 1837 respectivamente, reeditados diariamente durante una semana y reproducidos por Felix Weinberg en su exhaustivo estudio:

SALÓN LITERARIO

1° El Salón Literario ofrecerá en su escogida biblioteca lectura de las obras más importantes de la literatura moderna. Hará venir constantemente de Europa los mejores periódicos literarios y científicos; y todas las obras nuevas de más crédito que se publiquen en francés, inglés, español e italiano.

2° Habrá cada semana dos o más reuniones en que se leerá todo trabajo literario importante que sea presentado con este objeto, sea traducción o composición original; y cada uno de los concurrentes podrá hacer libremente las observaciones que le ocurran en pro o en contra de las ideas enunciadas. El carácter de estas reuniones debe ser el de la franqueza, la cordialidad y la satisfacción.

3° Se formará un fondo para costear la impresión de toda obra original, ensayo, traducción o composición en prosa o en verso, que se consideren dignas de ver la luz pública; y para establecer premios.²⁰

Se desconoce a ciencia cierta cuándo inician las actividades del Salón, aunque se ha aceptado la fecha anotada por Echeverría en su *Ojeada retrospectiva*: el 23 de junio de 1837.²¹ El Salón Literario inaugura formalmente sus actividades con los discursos de Sastre, Alberdi y Gutiérrez,²² los cuales discrepan en algunos puntos pero concurren en otros. Entre las coincidencias, merece destacarse la impugnación del período colonial

¹⁹ Ezequiel Martínez Estrada, «La literatura y la formación de la conciencia nacional», en Leopoldo Zea, *Fuentes de la cultura latinoamericana* [1993], t. II, 1ª reimpr., México, Fondo de Cultura Económica (Tierra Firme), 1995, p. 27.

²⁰ Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837* [1958], con escritos de M. Sastre, J. B. Alberdi, J. M. Gutiérrez y E. Echeverría, 2ª edición, Buenos Aires, Librería Hachete (El pasado argentino), 1977, p. 61.

²¹ Pese a ello, esta fecha parte de un error (cfr. Félix Weinberg *El Salón Literario de 1837...*, p. 45n). Alberto Palcos, en su clásico prólogo al *Dogma socialista*, afirma: «Su inauguración debe situarse después del 19 de mayo, fecha del traslado de la librería de Sastre al nuevo local, y antes del 26 de junio en que celebra su primera reunión pública» (p. XXII). Por su parte, Félix Weinberg propone el 18 de junio como «la fecha inaugural que –siempre en plano hipotético, sujeto a ulterior rectificación o ratificación documental– se acercaría más a lo verosímilmente posible» (p. 46).

²² Las noticias que se tienen de las primeras impresiones del discurso de Gutiérrez datan de 1837. Aparece el día 14 de julio en el *Diario de la Tarde, comercial, político y literario* (Nº 1813) y como parte del volumen *Discursos pronunciados el día de la apertura del Salón Literario, fundado por D. Marcos Sastre*

y, más aún, de sus cuantiosos remanentes. La pervivencia de métodos y credos peninsulares aviva en estos jóvenes el deseo de sustituir los modelos heredados por otros que armonicen con el genio local. El volver la vista hacia el paisaje argentino, hacia el temperamento de sus moradores y las particularidades autóctonas representa un ejercicio iniciático en la definición de la inteligencia vernácula.

I.1.2. *Algunas ideas del 37. Balance y propuesta*

El discurso que Juan María Gutiérrez pronuncia en la jornada inaugural es, quizá, uno de los textos más polémicos de la época. «Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros» puede dividirse en dos partes: la primera analiza las circunstancias científico-culturales del imperio español con el fin de subrayar el exiguo legado que dejó en América; la segunda formula una proposición tendiente a rectificar ese equívoco rumbo. Se perfilan así dos de las nociones que prefiguran y rigen, en gran medida, el posterior pensamiento de Gutiérrez: el *antihispanismo* que determina su valoración cultural y la *originalidad* y el consecuente mérito de las creaciones americanas.

El texto parte de la conjetura de que «la civilización americana, original, sin influencia alguna extraña, se habría desenvuelto y crecido a la manera de la de otras naciones».²³ Esta idea de nítida filiación evolucionista²⁴ implica suponer, en primera instancia, que desde sus orígenes el americano no es inferior a ningún otro, y que la «civilización americana» habría desarrollado esa originalidad literaria que ahora se debe reinscribir y reescribir. Es precisamente este rescate de una sensibilidad perdida lo que se enfatiza en el discurso del Salón al examinar la hispanización americana iniciada con la conquista y perpetuada durante «tres desgraciados siglos». De acuerdo con Gutiérrez, el rezago de las ciencias y las literaturas continentales obedece no sólo a la interrupción de un proceso hipotético, sino también a la desventaja histórico-cultural de España con respecto a los otros pueblos europeos:

La Italia, acordándose que fue madre de los romanos, ha producido a Dante, a Galileo, a Miguel Ángel, a Cristóbal Colón, a Filangieri, y a Beccaria; la Inglaterra, a Shakespeare, a Bacon, a Newton; la Alemania bárbara e inculta, cual nos la dio a conocer Tácito, es

(Buenos Aires, Imprenta de la Independencia). Félix Weinberg los reeditó en volumen citado, *El Salón Literario de 1837...*

²³ Citamos por JMG, «Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros» [1837], en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837...*, p. 149.

²⁴ «Como sabemos, el marco intelectual que serviría a la *Generación del 37* de base para interpretar la realidad de su tiempo fue el historicismo romántico, que concibe la historia como un curso evolutivo racional por el que se desenvuelve progresivamente una finalidad que le es inmanente» (Elías José Palti, «Rosas como enigma. La génesis de la fórmula <civilización y barbarie>», en Graciela Batticuore, Klaus Gallo, Jorge Myers (comps.), *Resonancias románticas: ensayos sobre historia de la cultura argentina 1820-1890*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, p. 73).

una fuente fecunda de ideas valientes, de erudición profunda, de crítica eminente; y la Francia, colocada como centinela avanzada del mundo intelectual, no permite que una sola idea se pierda o desvirtúe, de cuantas emiten los hombres de todos los climas, en todos los idiomas. Yo busco un español que colocar al lado de los que dejo nombrados, y no le encuentro.²⁵

Frente a este desgarrador panorama, y para relativizar el severo juicio que merece la colonia, Gutiérrez hace suya la doctrina del progreso, en tanto que no puede dudarse de los cometidos de la historia, articulados siempre con la incesante marcha de la civilización: «¡Señores! Es preciso respetar los altos designios de la Providencia; es preciso inclinar nuestra orgullosa frente, y replegar el atrevido vuelo de nuestra razón, al meditar sobre aquellos mismos designios».²⁶

Con un tono poco indulgente, este discurso inaugural pasa revista a un buen número de las áreas del saber coetáneas y encuentra en cada una razón de queja. La ausencia de nombres notables y la falta de innovación tanto en las ciencias físicas, exactas y naturales como en cartografía, historia y geografía, son duramente criticadas. En paralelo, el antiguo método de instrucción español es despojado de todo mérito por instituir y multiplicar nociones muchas veces falsas o desactualizadas. El «campo de las bellas letras», como es de esperar, no escapa a esta mirada adversa:

El genio y la imaginación española pueden compararse a un extendido lago, monótono y sin profundidad; jamás sus aguas se alteran, ni perturban la indolente tranquilidad de las naves que le surcan. Crecen en su orilla árboles sin frutos nutritivos, aunque lozanos, cuya sombra difunde un irresistible sopor.²⁷

Las líneas anteriores siguen de cerca un texto de José Joaquín de Mora titulado «Ensayo histórico sobre la poesía española, desde su origen hasta Góngora».²⁸ Gutiérrez, en sintonía con su par español –aunque con argumentación más abreviada–, exceptúa

²⁵ JMG, «Fisonomía del saber español...», p. 150.

²⁶ JMG, «Fisonomía del saber español...», p. 149.

²⁷ JMG, «Fisonomía del saber español...», p. 153.

²⁸ Seguimos la transcripción del artículo hecha por Bárbara Rodríguez Martín en *Juan María Gutiérrez y su contribución periodística (1833-1852) a la crítica cultural hispanoamericana*, tesis de doctorado, t. 2, La Laguna, Universidad de la Laguna, 2005/6, pp. 32-38. José Joaquín de Mora (1783-1864) fue un liberal español de gran trascendencia en tierra americana, donde vivió por más de una década. De su residencia en Argentina (1827-1828), Chile (1828-1831), Perú (1831-1834) y Bolivia (1843-1838) quedan innumerables testimonios, los cuales certifican el enorme influjo que el polígrafo ejerció en estas naciones. El texto al que nos referimos apareció en la *Revue Européenne*, n° 3 según anota el mismo Gutiérrez, quien lo tradujo al español. Los datos recogidos por Rodríguez Martín (t. 1, p. 147) indican que el ensayo de Mora fue publicado por primera vez en la serie «On Spanish Poetry», perteneciente a *The European Review*, donde el escritor español publicó tres entregas, de las cuales la aparecida en *El Recopilador* (s/f) es la segunda. Cfr. también Luis Monguió, *Don José Joaquín de Mora y el Perú del ochocientos*, Madrid, University of California Press and Castalia, 1967.

de la reprobación a pocos escritores, entre ellos Juan de Mena, Jorge Manrique, Garcilaso, fray Luis, Fernando de Herrera y Antonio de Solís. Ante este páramo peninsular, se exige la pronta suspensión de la influencia hispánica y un viraje del arquetipo moral y cultural: «Nula, pues, la ciencia y la literatura española, debemos nosotros divorciarnos completamente con ellas, emanciparnos a este respecto de las tradiciones peninsulares, como supimos hacerlo en política, cuando nos proclamamos libres».²⁹

En consonancia con este declarado antihispanismo, propone abrir el idioma a nuevas influencias, abandonar el purismo para enriquecer la expresión; en pocas palabras, emancipar la lengua relajando la severidad gramatical española.³⁰ Florencio Varela advierte una contradicción entre estos postulados y el discurso de su joven amigo, escrito con toda corrección y pureza, «sin que se advierta una sola frase extranjera ni tampoco la *novedad de sintaxis*».³¹ ¿Es contradicción escribir en <perfecto> castellano y renegar de la herencia española? Allí radica, en todo caso, el *quid* de la cuestión: «[n]o hemos renunciado –como señala Henríquez Ureña– a escribir en español, y nuestro problema de la expresión original y propia comienza ahí».³² De hecho, como se verá luego, no deja de ser paradójico que los pivotes sobre los que se funda la armonía americana sean justamente la religión y el idioma, potentes maquinarias culturales de la conquista europea.

Las dos lecturas que se conocen de Echeverría en el Salón³³ ostentan un cambio de tenor y de materia con respecto a los discursos que le antecedieron. En estas interven-

²⁹ JMG, «Fisonomía del saber español...», pp. 153-154.

³⁰ «Quedamos aún ligados [a España] por el vínculo fuerte y estrecho del idioma; pero éste debe aflojarse de día en día, a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de la Europa. Para esto es necesario que nos familiaricemos con los idiomas extranjeros, y hagamos constante estudio de aclimatar al nuestro cuanto en aquéllos se produzca de bueno, interesante y bello» (*Fisonomía del saber español...*, p. 154). La postura de Gutiérrez es a tal punto capital e invariable en su ideología, que muchos años después –y ante una polémica mayor– se ve forzado a rechazar el diploma de miembro que emitiera en su honor la Real Academia Española. Las lenguas, al igual que las naciones, están condenadas a progresar y hacerse únicas y originales: circunscribirse a leyes inmutables equivale a coartar una libertad ligada, indefectiblemente, a la literatura que la forja y al suelo que la ve nacer. Sobre la cuestión idiomática, cfr. JMG, *Cartas de un porteño. Polémica en torno al idioma y a la Real Academia Española*, Buenos Aires, Taurus (Nueva Dimensión Argentina), 2003 y el estudio de Jorge Myers, ««Una república para nosotros»: las *Cartas de un Porteño* de Juan María Gutiérrez y el debate sobre la lengua de los argentinos» que introduce el volumen.

³¹ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 202, 1-8-1837, de Florencio Varela, Montevideo, a JMG, p. 199. Más adelante, Varela disiente de la invitación a abandonar el purismo y relajar la severidad del habla, no sin dejar pasar el carácter no operativo de la propuesta: «Amigo mío, desengáñese usted; eso de *emancipar la lengua* no quiere decir más que *corrompamos el idioma*. ¿Cómo no la *emancipa* Echeverría?» (p. 201).

³² Pedro Henríquez Ureña, «El descontento y la promesa» [1927], en *Ensayos*, edic. crít. coord. por José Luis Abellán y Ana María Barrenechea, Buenos Aires, Editorial Sudamericana (Archivos), 2000, p. 278.

³³ «Discurso de introducción a una serie de lecturas pronunciadas en el <Salón Literario> en septiembre de 1837» y «Segunda lectura» [inconclusa]. Publicadas por Gutiérrez primero en la *Revista del Río de la Plata* (Buenos Aires) en 1873 y luego en Esteban Echeverría, *Obras completas*, t. v: *Escritos en pro-*

ciones públicas –con todo lo que eso significa para la época–, Echeverría sólo alcanza a bosquejar parte de un plan mucho más ambicioso, ocupándose en la primera lectura del carácter de la época y del estado de la cultura intelectual argentina y, en la segunda, de los elementos agrario e industrial. Si se tiene en cuenta que «hablaba –según el mismo Gutiérrez– cuando Rosas tenía ya afilado el puñal con que cortó tantas cabezas» resulta conmovedor su arrojo patriótico. Esto, claro está, no pasó desapercibido. Juan Manuel de Rosas manda clausurar el Salón en enero de 1838; argumentando que sus intereses habían trascendido lo estrictamente literario.

En el análisis de las causas de mengua cultural que domina el medio argentino, Echeverría acuerda con Gutiérrez en que España fue, al momento de la conquista y durante el largo período de dominación, la más atrasada de las naciones europeas; en consecuencia, el pueblo americano bajo su influencia se hallaba en estado deplorable. Sin embargo va más allá y hace extensiva la responsabilidad a los hombres libres del Río de la Plata que no supieron encausar la revolución que tenía por fin, tras romper el vasallaje, abrir la senda del progreso. El tiempo transcurrido demuestra el rumbo errático que tomó la nación después de Mayo:

perdido hemos el tiempo de nuestra robustez y energía en vanas declamaciones, en gritos al aire, en guerras fratricidas y después de 25 años de ruido, tumultos y calamidades hemos venido a dar al punto de arranque; [...] *hemos realizado con escándalo del siglo una verdadera contra-revolución.*³⁴

Si antes, en estado de sometimiento, los pueblos se abandonaban a la indolencia del cuidado ajeno, «[a]hora independientes, nuestra condición ha empeorado: más esclavos que nunca llevamos en la imaginación el tormento de haber perdido o más bien vendido una libertad que nos costó tantos sacrificios, y de la cual usamos como insensatos».³⁵ La crítica es implacable; el cometido generacional, claro: agrandar la esfera de las ideas, continuando así la obra de la revolución de Mayo y engalanando «los trofeos de sus armas con las ricas joyas del pensamiento».

Esta época racional y reflexiva que inicia cuenta con el empeño de la joven generación, bien dispuesta a afrontar la tarea de «construir», de «fundar» una cultura nacional, con todo lo que ello implica. De hecho, la metáfora arquitectónica sobresale en el conjunto: el uso constante de palabras como obreros, materiales, edificio (de la

sa, ed., notas y explicaciones de JMG; con una noticia acerca de la vida del autor, juicios críticos por los sres. Goyena, Mitre, Alberdi, Varela (Florencio), Torres Caicedo, Amunátegui y poesías laudatorias de los señores Berro y Magariños Cervantes, Buenos Aires, Carlos Casavalle editor, Imprenta y librerías de Mayo, 1874, pp. 309-336 y pp. 337-352 respectivamente.

³⁴ Esteban Echeverría, «Primera lectura» [1837], en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837...*, p. 165, énfasis mío.

³⁵ Esteban Echeverría, «Primera lectura» [1837], en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837...*, p. 165.

nación), operarios, entre otros, señala la especial jerarquía que se concede a este campo semántico.

No abundan aquí como en Europa los operarios de la obra civilizadora. Allí mientras multitud de talentos traen cada uno una piedra al grande edificio que descansa ya sobre sólidos cimientos, otros se entretienen solitarios en poetizar su grandeza y hermosura. El nuestro no tiene todavía comienzo, está por empezar, los materiales son escasos y los operarios en corto número. ¿Emplearíamos nosotros nuestro sudor en fabricar un edificio aéreo, empezando por la techumbre, violando la ley del tiempo y usurpando sus derechos a las generaciones venideras?³⁶

Una veta principal y que –como veremos– se retoma en la *América poética* es la de *construir, cimentar*, no para la fama actual, sino para las *generaciones por venir*.³⁷ La misión que el grupo liderado por Echeverría se arroga es la de emancipar la inteligencia, pero entienden que tan alto cometido no se ejecutará con sólo enunciarlo ni de un golpe de mano: «Habremos emprendido una obra que los hijos de nuestros hijos consumirán». ³⁸ Menos aún a partir de la invención desprovista de experiencia: el apartamiento del predominio español no implica un rechazo a Europa en general, sino una alternancia hacia aquellas naciones que conllevan un ejemplo útil y provechoso. En tanto parte de su tiempo, la generación del 37 prefiere las nuevas tendencias venidas de Francia, Inglaterra, Alemania e Italia a los «vetustos soplos» de la antigua metrópoli. En este sentido, «[l]os jóvenes de 1837 no hacían sino seguir una constante histórica de nuestro país, inaugurada por los promotores de la Revolución de Mayo, cuya conformación ideológica tanto debía a las doctrinas avanzadas del siglo XVIII». ³⁹

En el discurso de Alberdi⁴⁰ es posiblemente donde mejor se articula esta estrategia basada en lo europeo y aclimatada a lo nacional. Desde su mismo título propone un doble interés: por un lado, hacer comprensibles las cualidades de la nacionalidad ar-

³⁶ Esteban Echeverría, «Segunda lectura» [1837], en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837...*, p. 177.

³⁷ Pedro Luis Barcia –quien ha estudiado la obra impresa de Gutiérrez, pero también la «bibliografía de sombras», es decir, aquellos proyectos sugeridos pero irrealizados (el principal: una historia literaria argentina en el marco de la hispanoamericana)– señala que «esta acepción arquitectónica aplicada a lo suyo es cabal: del vasto y balanceado edificio, alcanzó a adelantar en los más diversos sectores, en los cimientos y en las cúpulas» («Juan María Gutiérrez», en *Historia de la historiografía literaria argentina. Desde sus orígenes hasta 1917*, Buenos Aires, Pasco, 1999, pp. 109 y ss.).

³⁸ Esteban Echeverría, «Primera lectura» [1837], en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837...*, p. 173.

³⁹ Félix Weinberg, «La Asociación de Mayo y el Dogma Socialista», en *Historia Integral Argentina*, t. 2: *De la Anarquía a la Organización Nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1974, p. 136.

⁴⁰ Juan Bautista Alberdi, «Doble armonía entre el objeto de esta institución, con una exigencia de nuestro desarrollo social; y de esta exigencia con otra general del espíritu humano», en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837...*, pp. 135-143.

gentina, por otro, interiorizar la ley progresiva del desarrollo humano. Ambos objetos presuponen aprehender a un mismo tiempo la potencia local, según la observancia de lo propio, y la extranjera, a través del examen de la inteligencia europea. Este programa es condensado por Echeverría poco después en una eficaz metáfora: «El mundo de nuestra vida intelectual será a la vez nacional y humanitario: tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad».⁴¹

Estos «dos ojos del romanticismo», mismos que de modo sintético aplican esta «mirada estrábica»,⁴² representan un oportuno modo de captar ambas realidades con un fin preciso: modelar los elementos integrales de la nación. Esto no es aplicar sin más el saber extranjero; de hecho, Echeverría dirige una áspera crítica metodológica a esta acción deliberada de transpolar las nociones europeas sin la necesaria conjunción con el medio:

Nuestros sabios, señores, han estudiado mucho, pero yo busco en vano un sistema filosófico, parto de la razón argentina y no lo encuentro; busco una literatura original, expresión brillante y animada de nuestra vida social, y no la encuentro; busco una doctrina política conforme con nuestras costumbres y condiciones que sirva de fundamento al Estado, y no la encuentro. Todo el saber e ilustración que poseemos no nos pertenece; es un fondo, si se quiere, pero no constituye una riqueza real, adquirida con el sudor de nuestro rostro, sino debida a la generosidad extranjera.⁴³

La verdadera ciencia nace producto del estudio y la reflexión: estudio del conocimiento universal y reflexión sobre lo local; supone, a un mismo tiempo, beber de las fuentes de la civilización europea conjugándolas con el propio desarrollo histórico y social; constituye, finalmente, un ejercicio de la *crítica*, en tanto ella es el instrumento privilegiado de la razón.

1.1.3. *El genio tutelar de la poesía*

Es justamente en el ámbito artístico donde la búsqueda de la tan codiciada originalidad se torna un imperativo generacional y constituye, por tanto, una de las problemáticas más tenazmente retomadas por Gutiérrez. El anuncio de un futuro promisorio, de un porvenir grande y soberano en todas las materias y especialmente literario, da vida

⁴¹ Esteban Echeverría, *Dogma Socialista de la asociación de Mayo, precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1837* [1846], en *Obras completas*, t. IV: *Escritos en prosa*, ed. de JMG, Buenos Aires, Carlos Casavalle, editor, Imprenta y librería de Mayo, 1873, pp. 193-194.

⁴² Cfr. David Viñas, «Mármol: los dos ojos del romanticismo», en *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (capítulo), 1982, pp. 115-128.

⁴³ Esteban Echeverría, «Primera lectura» [1837], en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837...*, p. 171.

a una fe nueva que infunde vigor a las nuevas generaciones.⁴⁴ Henríquez Ureña así lo deja dicho:

Apenas salimos de la espesa nube colonial al sol quemante de la independencia, sacudimos el espíritu de timidez y declaramos señorío sobre el futuro. Mundo virgen, libertad recién nacida, repúblicas en fermento, ardorosamente consagradas a la inmortal utopía: aquí habían de crearse nuevas artes, poesía nueva. Nuestras tierras, nuestra vida libre, pedían su expresión.⁴⁵

Esta voluntad, esta promesa aparece en un temprano artículo donde se recrean los hábitos y las costumbres del hombre de la campaña, y donde Gutiérrez inicia y culmina la observación con un llamado a la innovación poética a partir de la viva originalidad del cuadro telúrico, rasgo de fácil filiación romántica:

Jóvenes una mina inagotable de originalidad tenéis bajo las plantas: los que deseáis escribir con independencia de las trabas que imponía un gusto caduco y apocado, buscad en vosotros mismos y en la naturaleza que os rodea, los rasgos de nuestra fisonomía y retratadla.⁴⁶

Por una parte, el valor depositado sobre la naturaleza no puede pensarse desvinculado del nuevo modo de concebir la tierra tras las soberanías nacionales. Por la otra, este mismo hecho implica que la literatura americana hallará su propio acento al volcarse hacia ese paisaje, si se quiere, recuperado. La consabida fórmula americanista es acatada con fervor por los poetas románticos; tanto, que colma de descripciones telúricas –como tendrá ocasión de corroborar el lector– gran parte de la *América poética*. Los paisajes proliferan en medio de diversos esquemas compositivos, dando cuenta de las más variadas geografías, retratando los vivos colores del trópico, la pampa metafísica, los caudalosos ríos, las montañas y los volcanes. La irregular destreza pictórica de nuestros poetas busca en esta dirección la genuina identidad del canto. Conviene apuntar a este respecto que en 1834 se publican *Los consuelos*, primer poemario de Echeverría, en donde Gutiérrez sitúa el despuntar de «la idea de una poesía nacional».⁴⁷ Superada

⁴⁴ Vale puntualizar que la novedad romántica, si bien fue ciertamente general, no permeó de igual manera en todas las regiones de América; «el Río de la Plata –dice Emilio Carilla–, de pobre cultura colonial, tuvo, por eso mismo, mayor libertad para acoger principios de la escuela romántica, que países como Perú, Colombia y México, de cultura colonial muy superior a la que se desarrolló en tierras del Plata durante los siglos XVI, XVII y XVIII» («Las <Dos Américas> y el romanticismo», en *Thesaurus* (Bogotá), t. I, núm. 1, 2 y 3 (1995), p. 458).

⁴⁵ Pedro Henríquez Ureña, «El descontento y la promesa» [1927]..., p. 273.

⁴⁶ JMG, «El caballo, en la provincia de Buenos Aires», aparecido en *El Recopilador, Museo Americano* de 1836 (Buenos Aires, núms. 3 y 22, s/f). Incluido en Bárbara Rodríguez Martín, *Juan María Gutiérrez y su contribución periodística...*, t. 2, p. 17. Actualizamos la ortografía de aquí en adelante.

⁴⁷ El propio Echeverría anota en la introducción al libro que para que la poesía adquiriera «influjo y prepotencia moral» es necesario que «aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando

la imitación del modelo clasicista, el romanticismo pretende copiar sin mediación lo natural.

Esto en cuanto a su carácter; pero más interesa a nuestro propósito la función que la poesía cumple dentro del entramado ideológico del grupo (reducido en este pasaje a Echeverría y Gutiérrez). El relevo de los esquemas clásicos alcanza también este punto, puesto que la poesía pasa de ser un ornato a convertirse en un efectivo agente transformador. Echeverría es categórico con respecto al fin que debe perseguir el arte escriturario, de donde deriva su desdén hacia las poesías breves:

En poesía para mí composiciones cortas siempre han sido de muy poca importancia, cualesquiera que sea su mérito, porque para que pueda llenar dignamente *su misión profética, para que pueda obrar sobre las masas y ser un poderoso elemento social*, y no como hasta aquí entre nosotros y nuestros padres, un pasatiempo fútil y cuando más agradable; es preciso que la poesía sea grande, bella, sublime y se manifieste bajo sus formas colosales.⁴⁸

Gutiérrez cierra su discurso inaugural con la misma confianza sobre la potencia poética y su inherente misión reformadora:

Sobre la realidad de las cosas, en la atmósfera más pura de la región social, mueve sus alas un genio que nunca desampara a los pueblos; que mostrando al hombre la nada de sus obras, le impele siempre hacia adelante, y señalándole a lo lejos bellas utopías, repúblicas imaginarias, dichas y felicidad venideras, infúndele en el pecho el valor necesario para encaminarse a ellas, y la esperanza de alcanzarlas. Este genio es la *poesía*.⁴⁹

Esta facultad movilizadora de la poesía representa una de las tesis que más sensibilidades despierta en la confrontación entre modernos y antiguos. Ante la convicción de su eficacia social, la antigua escuela discrepa enfáticamente. Florencio Varela, conspicuo maestro, amigo y corresponsal asiduo de Gutiérrez, así lo deja sentir en su crítica a las lecturas del Salón:

[N]o estoy conforme con el señor Gutiérrez sobre la influencia que él quiere dar a la poesía. Yo pienso que ésta no puede entrar en la política, en la legislación, en la filosofía, en la historia, sino como un auxiliar muy remoto que es preciso manejar con suma economía. La poesía pertenece a los dominios de la imaginación; necesita más galas que solidez y no puede profundizar los abismos de la historia, los arcanos de la metafísica. [...] La tenden-

los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres, y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes» (Esteban Echeverría, «Nota del autor de *Los consuelos*» [1834], en *Obras completas*, t. III: *Poesías varias*, ed. de JMG, Buenos Aires, Carlos Casavalle, editor, Imprenta y librería de Mayo, 1871, p. 12).

⁴⁸ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 199, 21-1-1837 (fecha incierta), de Esteban Echeverría a JMG, p. 196.

⁴⁹ JMG, «Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros» [1837]..., p. 155.

cia universal del siglo, producto del conocimiento, de los progresos de la razón y de las lecciones de la historia se dirige a conseguir la mayor suma posible de beneficios sólidos, materiales; mayor libertad civil y religiosa; mayor riqueza, más medios de producir y de conservar las producciones; de vivir contento, tranquilo y seguro. Nada de esto, mi amigo, puede obtenerse por medio de la poesía. Ella es, y no puede dejar de ser, *un adorno*.⁵⁰

Y como prueba empírica del estatus ancilar del arte señala la obra del mismo Echeverría, en donde corrobora la preeminencia del placer sensual por sobre cualquier otro cometido social o didáctico, considerados extraños a la voluntad del autor. Allí donde los clásicos veían ocio y entretenimiento, los románticos ven un efectivo método para ejecutar el pensamiento doctrinario:

La teoría romántica de Echeverría había expresado claramente, calcándola de sus modelos, la inseparabilidad de la experiencia social y la expresión estética estableciendo entre ambas un nexo de causalidad automática. El otro axioma romántico, consecuencia del anterior, era el carácter político de toda obra de arte: este carácter político era entendido fundamentalmente como una acción que en realidad era específicamente educativa.⁵¹

La inspiración, el sentimiento y la fantasía son, en manos del poeta, poderosas fuerzas sociales, capaces de liberar de la tiranía y análogas al ímpetu –aunque en materia dispar– de los escritos políticos.⁵² Si hacemos extensivos estos razonamientos a la *América poética*, el punto se complejiza y se torna apasionante: ¿cuál es su *misión*? Quizá no pueda contestarse esta pregunta de modo contundente, pero puede dividirse en otras más amables: ¿qué tienen sus páginas de acción social, reformadora?, ¿adscribe, dentro de lo que son los tradicionales binomios de la poética clasicista, al *docere* o al *delectare*?⁵³

⁵⁰ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 202, 1-8-1837, de Florencio Varela, Montevideo, a JMG, pp. 201-202, énfasis mío.

⁵¹ Nicolás Rosa, *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1987, pp. 25-26.

⁵² De este modo lo postula Gutiérrez incluso muchos años después (c. 1874) y no vacila en considerar a *Los consuelos* y *Las rimas* como «producciones que encarnaban bajo sus formas inocentes las intenciones profundas del reformador», ello basado en la seguridad de que «emanciparse en literatura es un ejercici[o] saludable del espíritu que le habilita para sacudir todo yugo que pugne con los consejos de la razón» (nota de JMG a *Fondo y forma en las obras de imaginación*, en Esteban Echeverría, *Obras completas*, t. v: *Escritos en prosa...*, pp. 75-76).

⁵³ Estas preguntas se derivan, con todo, de separaciones categóricas más tendientes a hacer visible las líneas rectoras que disputan el discurso, que de los fieles rasgos de una realidad compleja: «De la manera que fuese todos confiaron en que la poesía pronto iba a afianzar el carácter general, quizá hasta provocaría un intangible monumento a falta de cualquier otro registro (icónico y aun lingüístico) en la memoria de las generaciones. La poesía era un lenguaje para ser recitado y, por su repetición, memorizable en el presente, con lo que podía volverse un legado para el porvenir» (Pablo Rocca, «Prólogo», en Andrés Lamas, Juan María Gutiérrez, José Rivera Indarte, Teodoro Vilardebó (comps.), *Colección de poetas del Río de la Plata*, ed., pról. y notas de Pablo Rocca, transcripción paleográfica del texto de Valentina Lorenzelli, Montevideo, Biblioteca Artigas (Colección de Clásicos Uruguayos, 189), 2011, pp: XII-XIII).

Juan María Gutiérrez integra las filas de ese primer romanticismo americano, al cual, por una parte, pertenece por simple correspondencia genealógica, pero más por «afiliación», por la proximidad intelectual que lo une con Esteban Echeverría. Sin embargo este rótulo no es, por mucho, ni absoluto ni terminante. La *América poética* se presenta como una antología contemporánea, se propone fundar un *corpus* de literatura nueva, de las últimas y más recientes producciones americanas. Y sin embargo no es un monumento exclusivamente romántico: la colección asocia esta escuela poética con lo más representativo de la lira neoclásica, abriendo con generosidad las puertas del volumen a unos y a otros. Entonces: ¿por qué un representante de la «nueva generación» se esfuerza tanto por incluir a los poetas neoclásicos, darles un buen lugar y elogiarlos como «glorias continentales»? ¿por qué merecen en esta obra, tan señera, tan simbólica, un espacio privilegiado si se supone son sus antagonistas? Para reducir esta aparente contradicción resulta oportuno introducir un evento puntual donde participan los representantes de la poesía anterior y los de la nueva, donde contienden tanto defensores de las tesis iluministas como de la estética romántica.

1.2. La provincia semoviente

Casi toda nuestra literatura liberal se ha producido en el suelo móvil pero fecundo de esa provincia nómada[:] *El Peregrino, El Facundo, El Ángel Caído, El Avellaneda*, los *Himnos a Mayo*, la *América Poética*, los periódicos históricos y memorables de la última época, y hasta las leyes fundamentales, que hoy rigen la República Argentina, se han producido en esa provincia semoviente y nómada del pueblo argentino, que se ha llamado su *emigración liberal*.

Juan Bautista Alberdi, *Autobiografía*.

1.2.1. Montevideo, 1841

Clausurado el Salón,⁵⁴ buena parte de sus integrantes comienza a abandonar Argentina frente al recrudecimiento de la política rosista. Uno tras otro, los jóvenes cruzan el Río de la Plata y se alejan en «medio del sigilo nocturno»⁵⁵ de las costas porteñas para arribar a Montevideo. Los hermanos Varela entre los primeros,⁵⁶ Alberdi después, Echeverría, Mármol, Juan L. Domínguez y a su turno Gutiérrez (1839) hallan en Uruguay un refugio estratégico que les permite –aunque de modo parcial y remoto– seguir vinculados al contexto rioplatense. En este sentido, la elección montevideana no

⁵⁴ Omito en el cuerpo del trabajo la referencia a la clandestina Asociación Mayo, cardinal en la definición y accionar político de la Joven Generación Argentina, cuyo presidente fue Echeverría y Gutiérrez su secretario. Su base programática la sintetizan las palabras simbólicas «Mayo, Progreso, Democracia». De ella surge el *Código o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina*, firmado en agosto de 1838 y publicado por primera vez en 1839 (Montevideo: *Iniciador*). En 1846, Echeverría publica su segunda edición ahora en libro bajo el nombre de *Dogma socialista*, precedida por la «Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde 1837». Existe abundante bibliografía; un estudio ineludible es el de Alberto Palcos, «Prólogo» a Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, ed. crítica y documentada, pról. de Alberto Palcos, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940 [existe una reedición parcial de este volumen, publicada en La Plata, Terramar Ediciones (Pensamiento argentino), 2007].

⁵⁵ José Mármol, *Amalia*, Buenos Aires, Estrada, 1955 (Clásicos Argentinos), XIII, p. 197.

⁵⁶ Juan Cruz, el «vate esclarecido» del neoclasicismo, y Florencio, una de las mentes más agudas de la intelectualidad del Río de la Plata y adepto –por elección más que por edad– a las ideas ilustradas, pertenecen, en rigor, a la primera camada de proscripios, la que corresponde a los partidarios unitarios o funcionarios del gobierno de Bernardino Rivadavia.

es percibida por la cúpula antirrosista del mismo modo que las demás capitales latinoamericanas (por más sureñas que éstas sean); antes bien, el escoger otros puntos es interpretado como una suerte de desentendimiento del compromiso político y una falta cercana a la desertión: «[l]os hielos de la Cordillera y del Cabo entibian los corazones de los amantes de la libertad argentina». Así visto, el destino natural es Montevideo, a la sazón tan rioplatense como la misma capital porteña.

Hacia 1841 se promueve un concurso para festejar el aniversario de la revolución; se invita a cantar el «25 de Mayo de 1810», en honor a la gesta que liberó a las naciones del sur del coloniaje español y que, por tanto, une bajo un mismo signo a los pueblos de una y otra margen del Plata.⁵⁷ Al concurso se presentan 10 composiciones, pertenecientes todas a poetas *nuevos*, esto es, románticos; el jurado, en cambio, está presidido por Florencio Varela, representante –como se viene insistiendo– de la vieja guardia y autor del informe. Entre los criterios posibles, se privilegia la *armonía* con «el carácter presente de la poesía nacional, o, por decir mejor, Americana». Para la comisión clasificadora, merece ganar aquel poema que «mejor hubiese comprendido las modificaciones, los decisivos cambios que la literatura recibe de la variación y progreso de las costumbres, de las creencias, de los elementos todos que constituyen la vida de los pueblos».⁵⁸ Y quien cumple con exactitud y escrupulosidad esta condición es nada menos que el poema «A Mayo»⁵⁹ de Juan María Gutiérrez, del cual encomian el singular modo de comprender la grandeza de la revolución, la manera de extender su círculo de ideas y la *corrección extremada que alcanza su dicción*. En consecuencia se le otorga, por unanimidad, el premio mayor. Pero además, el informe reprueba los «desaliños de la forma» de algunas composiciones pertenecientes por igual a la nueva camada, avivando así la disputa generacional.

Juan Bautista Alberdi, polemista por naturaleza, pide entonces autorización para publicar los documentos de la justa,⁶⁰ los cuales se imprimen el mismo año de 1841 con el sencillo título de *Certamen poético*,⁶¹ volumen bicéfalo donde Alberdi rectifica

⁵⁷ Una pormenorizada narración de los hechos puede leerse en Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, 3ª parte: *Los proscriptos* [1919], t. II, Buenos Aires, Losada, 1948, pp. 421-429.

⁵⁸ Varela, Florencio *et al.*, «Informe de la Comisión...», p. xx.

⁵⁹ Juan María Gutiérrez, «A Mayo», en *Certamen poético. Montevideo*, pp. 1-2. Sus primeros versos así dicen: «Triunfos y glorias en la lira mía, / deben hoy resonar. Cese el gemido / que en torno al polvo del campeón caído / lanzara el alma en pavoroso día. / Vengan hoy a mi sien palmas verdosas; / porque el mustio crespón que anuncia el llanto, / yela la mente que levanta el canto / al nivel de victorias portentosas.»

⁶⁰ Cfr. Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina...*, 3ª parte: *Los proscriptos* [1919]..., pp. 422-423.

⁶¹ Existe una edición facsimilar: *Certamen Poético*. Montevideo, 25 de Mayo de 1841. Montevideo, Comisión Municipal de Cultura, 1942; es reproducción de la edición de 1841, Montevideo, Imprenta del Nacional, ejemplar perteneciente a la Biblioteca Nacional (Biblioteca Baltasar Brum); el ejemplar está dedicado por Alberdi –informa Pablo Rocca– y figuran en forma manuscrita los nombres de Miguel Irigoyen, Juana Manso y Araucho como supuestos autores de las composiciones anónimas. Consulté y cito a partir del volumen personal de Gutiérrez: *Certamen poético. Montevideo. 25 de Mayo de 1841*, ed. por Juan Bautista Alberdi, [Montevideo], Imprenta Constitucional de P. P. Olave, [1841] (contiene de modo manuscrito las mismas atribuciones de los poemas anónimos).

«cuanto de errado» contiene el fallo dictaminador y que ilustra en su propia composición la pugna entre clásicos y románticos.

Entusiasta promotor de las ideas de la juventud, no sorprende que el análisis de Alberdi empiece proclamando el triunfo generacional: «La victoria del nuevo movimiento ha sido completa. Ninguna voz perteneciente a la lira pasada se ha dejado escuchar esta vez, y los nuevos vates han campeado sin antagonistas». Sin embargo considera que «algunas influencias del pensamiento pasado se han dejado sentir en la apreciación de los trabajos concurrentes», sometiéndolos a preocupaciones caducas; se ve, pues, en la necesidad de reivindicar el mérito de la nueva poesía.

Alberdi se muestra particularmente sensible a la omisión que hace Varela de la cualidad agente del movimiento romántico, a la negación del esfuerzo asimilador de los jóvenes. El periodista neoclásico coloca en un rol pasivo a la juventud y atribuye el cambio que efectivamente evidencian las letras rioplatenses al «natural» devenir de la historia; desde su perspectiva, es un fenómeno estrictamente social: la nueva generación heredera de los dogmas de Mayo no produce en medio de las batallas, razón por la cual cambia el tono y el tema. En esta suerte de *continuum* se alienta la búsqueda del color local y la inspiración, elementos que –pese a su novedad– son considerados por Varela pertinentes y hasta cierto punto necesarios. Con todo, la lógica neoclásica se muestra intransigente en cuanto a la variación en el dominio de la lengua y las formas poéticas: la pureza idiomática del español y las «reglas mecánicas» que rigen el verso no son susceptibles de mudanzas. Y, justamente, aquí la fricción: los románticos piensan que los moldes poéticos sólo constriñen el libre vuelo de las ideas; los neoclásicos, que dan forma y perfeccionan los desmanes de una imaginación desbordada.

1.2.2. *Clásicos desacuerdos: idioma / forma-fondo*

Conservación poética / conservación idiomática son dos caras de la misma moneda. Para los románticos –dejaron constancia las palabras de Gutiérrez en la sección anterior–, el idioma es una entidad viva y, como tal, cambia, se moderniza, se *emancipa*; juzgan por tanto necesario insuflarle vigor con préstamos lingüísticos y giros extranjeros que agilicen la expresión del pensamiento. Los neoclásicos, por su parte y extremando posturas, sostienen que el español contiene en sí mismo suficiente potencia creadora y que el ejercicio del arte consiste en embellecer lo ya dado. Varela guarda para sí el convencimiento de que «Hugo pasaría» y que la innovación y el agravio idiomático no significan más que el alarde juvenil de una novedad efímera, lejana de cualquier realización poética local.

Como todo programa, el de los románticos sudamericanos tiene una cuota de posibilidad y otra de mero gesto propositivo. Los jóvenes trazan un horizonte, dan cuerpo a un ideario y ello conlleva cierta vehemencia, cierto tanteo, cierta esperanza. Es conocida la frase con que Alberdi sintetiza el panorama contemporáneo:

se desplomaban las tradiciones de forma social y política, de pensamiento, de estilo, que nos habían legado los españoles, y los poetas mantenían como reliquias sagradas las tradiciones literarias de una poesía que había sido la expresión de la sociedad que caía bajo nuestros golpes: la libertad era la palabra de orden en todo, menos en las formas del idioma y del arte: la democracia en las leyes, la aristocracia en las letras, independientes en política, colonos en literatura.⁶²

Así, resulta necesaria una *segunda revolución*, que se extiendan los principios del movimiento democrático al plano de las artes, de la literatura y de la lengua, un paso más de los cambios iniciados en 1810: la revolución «en la *expresión* (la literatura), después de haberse hecho en la *idea* [la sociedad]». ⁶³ En tal sentido –dice Alberdi–, «La juventud no es la autora de este cambio, sino principalmente la democracia; pero la juventud tiene el mérito de haber comprendido sus exigencias». ⁶⁴ Y estas exigencias no se conjugan con el romanticismo francés, el cual también tuvo delante «una tarea general de reconstrucción» en una Francia que «necesitaba urgentemente una sociedad mejor organizada». ⁶⁵ ¿Acaso otra cosa reclama América Latina tras 15 años de guerra independentista y sumida como estaba en el caos?

En el Río de la Plata resulta imposible negar el peso que tiene la figura de Esteban Echeverría. ⁶⁶ El poeta vuelve de Francia en 1830, y trae el acicate doctrinal de un «romanticismo militante» –tal como lo define Picard (1815-1830)–. ⁶⁷ Con un temperamento poco común, Echeverría logró que rápidamente las nuevas ideas, mezcladas con los fundamentos de Mayo, prendieran en un robusto grupo de jóvenes. El modelo francés, no mediado por la península, contenía en su línea principal el concepto que más resplandecía en

⁶² Alberdi, Juan Bautista, «El editor», en *Certamen poético. Montevideo. 25 de Mayo de 1841...*, pp. iv-v.

⁶³ Alberdi, Juan Bautista, «El editor»..., pp. ix-x.

⁶⁴ Alberdi, Juan Bautista, «El editor»..., p. x.

⁶⁵ Roger Picard, *El romanticismo social* [1944], trad. de Blanca Chacel, 3ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 11. Respecto de esta «ascendencia», anota Alfredo Roggiano: «Digamos ya, en forma categórica, que Echeverría no eligió la línea que Albert Beguin ha historiado bajo el título de *Le romantisme et le rêve*, sueño de poesía absoluta, como ontología del ser [...]. Echeverría aprovecha otra vía, la que Roger Picard llama *romanticismo social*, que considera al poeta, no como un maldito o réprobo, sino como un conductor de pueblos y totalmente incorporado al proceso vivo de las transformaciones del mundo y de la vida. O sea, el hombre dentro del proceso histórico, con su acción en ese proceso, al cual determina» (Alfredo A. Roggiano, «Esteban Echeverría y el romanticismo europeo», en *Actas del sexto Congreso Internacional de Hispanistas*, celebrado en Toronto del 22 al 26 de agosto de 1977, publicadas bajo la dirección de Alan M. Gordon y Evelyn Rugg, Toronto, International Association of Hispanists-University of Toronto, 1980, p. 630).

⁶⁶ «En el siempre complejo problema de los comienzos doctrinales –dice Emilio Carilla– de una época literaria como el Romanticismo resulta imposible negar el peso que tiene el modelo francés. En el Río de la Plata, sin necesidad de magnificar la figura de Esteban Echeverría, creo que es imposible negar su claro papel inaugural. Bien pronto afirmado por un compacto grupo de acompañantes, lo sigan directamente o no, y que abarca nombres tan decisivos como los de Sarmiento, Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Mitre y otros» («Las <Dos Américas> y el romanticismo»..., p. 445).

⁶⁷ Roger Picard, *El romanticismo social*..., pp. 19 y ss.

tierras americanas: *libertad*. «Cierta lazo simpático –dice José Enrique Rodó– es fuerza que vincule las aspiraciones, las ideas, los sentimientos de libertad, en todas sus manifestaciones; y en tal sentido es indudable que la revolución literaria, expresión de libertad, debía ser grata a los ojos de aquellos que acababan de consumir su revolución política». ⁶⁸ Cabe recordar una vez más las célebres palabras de Victor Hugo:

El romanticismo, tan a menudo mal definido, no es en el fondo, y ésta es su verdadera definición, más que el *liberalismo* en la literatura... La libertad en el arte, la libertad en la sociedad; ése es el doble fin a que deben tender por igual todos los espíritus consecuentes y lógicos. Ya hemos salido de la vieja fórmula social; ¿por qué no hemos de salir también de la vieja fórmula poética? ⁶⁹

¿Acaso estas palabras no se aplican a estas regiones? Por ello Alberdi insiste obsesivamente en la precisión de las fechas, porque si se acepta 1825 –tal como propone Varela– como el momento de quiebre, en el entendido de que este año marca el fin de la lucha armada y con él el nacimiento de una nueva cultura, entonces se resta valor a la fecha que según Alberdi es definitoria: 1830. El término del conflicto bélico es fundamental, pero tanto o más lo es el arribo de las ideas románticas. «No es la guerra la que ha cambiado la poesía, sino los esfuerzos del genio de la juventud, ayudado por las luces del romanticismo europeo.» ⁷⁰

I.2.3. *Periodización. Gutiérrez o el conciliador*

Juan María Gutiérrez representa, entre ambas posiciones literarias [clasicismo y romanticismo], el término de transición. Mientras que, por una parte, le mantuvieron siempre en fiel amistad con la antigua literatura lo acrisolado y persistente de su cultura clásica y ciertas naturales afinidades de su espíritu, por la otra fue un principal cooperador en los propósitos de libertad y de verdad que despertaba el impulso revolucionario, a cuyo desenvolvimiento asistió, si no con la pasión romántica, con interés asimilador y benévola amplitud.

José Enrique Rodó, «Juan María Gutiérrez y su época».

Florencio Varela tiene una idea clara acerca de cuál debe ser nuestra literatura, pero todavía más precisa en cuanto a cuáles eran sus límites:

⁶⁸ José Enrique Rodó, «Juan María Gutiérrez y su época», en *El mirador de Próspero*, Montevideo, José María Serrano editor, 1913, p. 455.

⁶⁹ Victor Hugo, «Prefacio», *Hernani* [1830], México, Gernika, 2010, p. 11.

⁷⁰ Alberdi, Juan Bautista, «El editor»..., p. v.

Ninguna literatura americana pudo haber mientras duró la dominación de la España; Colonia ninguna puede tener una literatura propia; porque no es propia la existencia de que goza [...]. El pensamiento del colono, lo mismo que sus brazos y su suelo, producen sólo para la metrópoli de quien recibe hábitos y leyes, preocupaciones y creencias. Si alguna luz intelectual le alumbraba, es apenas el reflejo –pálido por muy brillante que sea– del grande lumínar a quien sirve de satélite.

Este concepto es muy cercano al que propone la *América poética* en las palabras que la introducen, sólo que la relación centro-periferia que sugiere la metáfora astronómica de Varela se troca por una asimilación de índole fluvial. Escribe Gutiérrez: «Mas hasta aquí, el sonido de las liras de América, se perdía entre el grande concierto de las españolas: el hilo de agua, por decirlo así, se engolfaba sin dejar huella, en el mar a cuyo alimento contribuía». ⁷¹ Más allá de la imagen, importa señalar el inicio que ambos proponen para la literatura hispanoamericana: las independencias de 1810. Las manifestaciones literarias anteriores, esplendorosas muchas de ellas, no conforman más que una suerte de antecedente, una tradición cercana por la lengua (como puede ser la española), pero lejana en cuanto glorifica un régimen político ya depuesto. ⁷² La poesía tiene, para estos dos autores, un carácter eminentemente *social*: «la literatura –precisa Varela– no es más que la expresión de las condiciones y elementos de la existencia social», por lo que no habrá poesía americana, hasta que exista América soberana.

Con todo, interesa no tanto cómo comprenden clásico y romántico la época anterior sino las implicancias que se derivan de acotar a tan poco trecho la historia de nuestra literatura. Es claro que reflexionar sobre poesía vernácula considerando al menos cinco siglos de arte y pensamiento resulta muy distinto de concebir su historia como recién nacida. Este desdén por lo pasado, este *suponerlo*, ⁷³ conlleva múltiples efectos y explícitos corolarios literarios; entre ellos, la unión entre escuelas de diversa filiación estética y la urgencia creativa que impone la formación de un *corpus*.

Alberdi, por su parte, duda acerca del valor intrínseco de la literatura colonial, sin embargo (y pese al aparente contrapunto expreso) coincide con sus pares respecto al episodio histórico inaugural, puesto que en rigor propone el inicio de la Independencia. Por encima de las calendarizaciones ideales, en términos prácticos Alberdi considera que nuestra literatura está en un momento inicial. Sea por la teoría de la perfectibilidad, sea por la ligazón social, la literatura americana se presenta como una *literatura recién nacida*:

⁷¹ JMG, «Los editores», en *América poética*, p. 3.

⁷² Desarrollé algunas cuestiones asociadas al complejo vínculo que establece JMG con la literatura colonial en el artículo «Sor Juana y el siglo XIX: notas sobre el estudio de Juan María Gutiérrez», *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos* (México), núm. 53, vol. 2 (2011), pp. 9-35.

⁷³ «El romanticismo de Alberdi y de Gutiérrez no rompió con lo colonial: lo supuso». Esta tesis es convenientemente desplegada por Pedro Luis Barcia, en «Juan María Gutiérrez»..., pp. 107-141.

la nueva visión historicista del romanticismo tuvo para los escritores hispanoamericanos un valor adicional: recién lograda la independencia política, les permitió reinventar su historia, abriéndoles la posibilidad de librarse, de golpe, del pasado colonial. Nacían a la libertad, pero emergían de una especie de limbo. Si Victor Hugo se imaginaba a los pueblos europeos en la vejez y de esta metáfora hacía derivar el carácter melancólico del romanticismo, los nuestros veían a los países de América en la niñez, como «pueblos niños», de historia recientísima, que advenían a la modernidad mirando, no hacia un pasado inexistente, sino al futuro.⁷⁴

Dentro de la lógica del «progreso indefinido», el momento literario que se da es –en palabras de Echeverría– de literatura «en embrión»:⁷⁵ de los tres estados en que se divide todo proceso, esto es, nacimiento, apogeo y decadencia, la literatura americana de los 30 y los 40 indudablemente –y esta vez en boca de Alberdi– se halla en un «período primitivo y de fecundación»:

Lo contrario sería sostener que estamos en nuestro siglo de oro literario, que es la segunda época de toda poesía, lo cual es un absurdo, o que tocamos nuestra decadencia inteligente, que es el tercer período, lo cual es más absurdo aún. Tenemos que convenir pues, en que, si nuestra poesía ha de ser la expresión de la sociedad que nace en América, y no de la sociedad de España que se retira, es necesario que, como nuestra sociedad, nuestra poesía sea nueva, y se la deje pasar, por consiguiente, con todas las imperfecciones inherentes a toda cosa nueva: pretender que ella sea completa y que nuestra sociedad esté en germen, es desconocer la mutua dependencia que todos reconocen hoy, de la literatura con la sociedad.⁷⁶

⁷⁴ Jorge Ruedas de la Serna, *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana* [2009], 2ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 88.

⁷⁵ «Nuestra cultura empieza: hemos sentido sólo de rechazo el influjo del clasicismo; quizá algunos lo profesan, pero sin séquito, porque no puede existir opinión pública racional sobre materia de gusto en donde la literatura está en embrión y no es ella una potencia social. Sin embargo debemos antes de poner mano a la obra, saber a qué atenernos en materia de doctrinas literarias y profesar aquellas que sean más conformes a nuestra condición y estén a la altura de la ilustración del siglo y nos trillen el camino de una literatura fecunda y original» (Esteban Echeverría, «Clasicismo y romanticismo», en *Obras completas*, t. v: *Escritos en prosa...*, p. 100). Muy próximas resultan las palabras de José María Lafragua hacia 1844: «Nosotros, señores, acabamos de nacer: la literatura mexicana está, pues, en la cuna» (cit. en Belem Clark de Lara, *Letras mexicanas del siglo xix. Modelo de comprensión histórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2009, p. 64).

⁷⁶ Alberdi, Juan Bautista, «El editor»..., p. xiv. Sobre esta fecunda tesis y justamente en un apartado titulado «La juventud del Nuevo Mundo», Antonello Gerbi juzga faltos de lógica estos calificativos: «Tan vano y huero es el epíteto de una edad de la vida aplicado a una nación, o a un continente, que, en el caso de América, de los mismos datos de hecho se dedujo con idéntica facilidad lo mismo su «juventud» que su «decrepitud», y fue igualmente sencillo deducir, de su pretendida «infancia», corolarios opuestos: un gran porvenir, o una insana inmadurez, la impotencia de todo progreso. La misma ambigüedad del término «infancia», que puede valer como sinónimo de divina inocencia o de senilidad precoz, o chochez, se prestó a las alternativas de la polémica y a las variaciones del mito, y

Por sobre la ironía, clásicos y románticos coinciden nuevamente en axiomas fundamentales: libertad social y advenimiento de un tiempo nuevo. No pretendo con esto restar importancia a la contienda, pero sí enfatizar el carácter exagerado de la invectiva. Respecto de Francia dice Picard: «El romanticismo [...] se colocó en oposición; pretendió ser la antítesis del clasicismo y así fue considerado. No todo es falso en esa pretensión y en ese juicio, pero bajo las oposiciones exteriores de los dos períodos existe entre ellos una continuidad, si no una unidad».⁷⁷ En España, Russell Sebold concibe al neoclasicismo y al romanticismo como dos manifestaciones de la libertad poética dieciochesca, como una *evolución* más que como una *revolución*.⁷⁸ Teniendo aquí razones incluso más fundadas, ¿por qué no revisar la tajante división que se interpone entre una y otra escuela? Sin duda reducir a esquemas agiliza la percepción de una época compleja, lo cual no debe precipitar el juicio a divisiones manidas, a clasificaciones rápidas (al menos de ese último neoclasicismo, republicano, americanista, que sostuvo el programa ilustrado): fueron finalmente quienes hicieron la revolución, unos y otros son padres e hijos de la misma gesta. Es posible encontrar innumerables continuidades y semejanzas: mucho de lo clásico pervive en el romanticismo, mucho de ambos emana de la misma fuente. Con toda razón afirma Pablo Rocca:

La querella entre neoclásicos y románticos fue tal en esta zona del mundo [Río de la Plata], pero mucho menor que en Europa –a pesar de los traslados a veces mecánicos que propios y ajenos hicieron de este debate–, y visto desde el cristal de la urgida monumentalización del pasado tal enfrentamiento se atenúa.⁷⁹

Cambió el escenario, el dramatismo, los personajes (tanto los civiles como los divinos, los dioses profanos del panteón greco-latino por el Dios único del cristianismo), pero no se ejerció un quiebre radical que los torne irreconocibles.

Así las cosas, Gutiérrez se presenta, en suma, como un conciliador. «Gutiérrez tipifica más que ningún otro crítico de la época la contradicción generada por la transposición de los <modelos> estéticos del romanticismo encarnados en una sobreteorización de la ideología iluminista de la cultura.»⁸⁰ Esta cualidad «comprensiva», su vocación transitiva entre antagonistas literarios y su adhesión fervorosa a la idea de «fraternidad

durante largo tiempo fue obstáculo para el conocimiento más exacto de América y de los americanos» (Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900* [1955], trad. de Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 401).

⁷⁷ Roger Picard, *El romanticismo social...*, p. 20.

⁷⁸ Russell P. Sebold, *El rapto de la mente. Poética y poesía dieciochescas* [1970], ed. corregida y aumentada, Barcelona, Editorial Anthropos, 1989, pp. 21 y ss.

⁷⁹ Pablo Rocca, «Prólogo», *Colección de poetas del Río de la Plata...*, p. XIII.

⁸⁰ Nicolás Rosa, «J. M. Gutiérrez: crítica e historia», en *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1987, p. 71.

en la república de las letras» aportan buenos argumentos para que Rodó lo elija centro de su esclarecido estudio, titulado justamente «Juan María Gutiérrez y su época».⁸¹

Este espíritu asimilador sobresale en todas las expresiones de Gutiérrez, pero quizá sea en su poesía en donde se visualiza con mayor elocuencia. Resulta difícil negar el título de «primer crítico» –y uno de los más eminentes– con que lo ha investido la historiografía argentina, iniciador de una prolífera corriente de tipo sociológica: no hay historia literaria, sea nacional o americana, que omita su referencia en el rubro teórico ni que objete o escatime su título de «fundador». Pero no es menos cierto que, en la década del '40, Gutiérrez es, ante todo, un joven y promisorio *poeta*. Con una obra dispersa, publicada en una y otra orilla del Río de la Plata, su nombre alcanza buena opinión entre sus pares, trascendiendo los circuitos cultos y cobrando relieve tras ganar el certamen de Montevideo, en donde alcanza «la consagración definitiva de su nombre y como el derecho a vestir, literariamente, la toga viril».⁸² El certamen corrobora una característica que define a Juan María Gutiérrez: el decisivo aporte a su «popularidad» de poeta, puesto que el triunfo proyecta su fama y le concede un lugar destacado en el podio cultural del sur del continente.⁸³ Marcelino Menéndez y Pelayo, con todo y la discreción que debe adicionarse a sus juicios, encuentra que

[l]a fama que alcanza y merece como prosista y como investigador ha perjudicado a la reputación de sus versos, que no serán quizá de los más inspirados y vehementes del Parnaso argentino, pero que son sin duda de los más tersos, pulcros y aliñados. Gutiérrez, a diferencia de muchos paisanos suyos, sabe siempre lo que quiere decir; y el cuidado de la lima no daña a la gracia y gentileza de los movimientos de su musa, clásica por instinto más que por escuela, modestamente ataviada con cierta nativa elegancia que contrasta con el abandono de Echeverría, con el desorden de Mármol, con el énfasis apocalíptico de Andrade. En *Los amores del Payador* y en otras composiciones de su primer tiempo,

⁸¹ Rasgos a los que cabría agregar el ser Gutiérrez un personaje lo suficientemente marginal (no tiene el rutilante atractivo de un Alberdi, el dramatismo de un Echeverría...) y contar con un espíritu afable que le permitió tener vínculos (constatables en su profuso epistolario) con buena parte de la inteligencia americana de su tiempo. El extenso artículo de Rodó fue incluido en su antología *El mirador de Próspero*, Montevideo, José María Serrano editor, 1913, con la siguiente nota introductoria: «He refundido algunos de mis primeros trabajos, relativos a literatura del Río de la Plata, alrededor de uno de ellos: el consagrado de Juan María Gutiérrez». Pedro Henríquez Ureña juzga este estudio «el mejor sobre un período literario en la América española».

⁸² José Enrique Rodó, «Juan María Gutiérrez y su época», p. 478.

⁸³ Si bien este atributo parece tangencial, no lo es; a la hora de componer la *América poética*, su fama de «vate americano» inspira confianza entre sus pares y buena predisposición por parte del público (lo que contraviene su decisión de lanzar la colección sin su nombre). Además, la profesión poética goza por estos años de la más alta estima dentro de la elite letrada, y ocupa un lugar de privilegio que, con el paso del siglo, cede su sitio a los novelitas. Como una suerte de paradoja, Gutiérrez abandona la escritura lírica por estos días: «La *poesía en verso* se acabó para mí» confiesa justamente en 1846 (JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 295, 8-1846 [fecha probable], de JMG, Valparaíso, a Miguel Piñero, p. 6).

resulta no menos americano que el autor de *La Cautiva*, sin afectarlo tanto. En su célebre canto a la Revolución de Mayo, premiado en un certamen de Montevideo el año 1841, se aparta mucho de la vulgaridad corriente en las odas patrióticas, procede con cierta majestad solemne y vierte nobles pensamientos en el raudal de una versificación cristalina.⁸⁴

La extensa cita sirve para compilar algunos juicios dispersos: en primer lugar, el señalamiento de que la musa de Gutiérrez es *clásica por instinto*, contrapuesta al desaliño apasionado de sus pares románticos; en segundo, el americanismo de sus primeras obras, equiparado con el de *La cautiva* (recuérdese, en este sentido, que en las páginas introductorias de su *Historia*, el mismo Pelayo hace presa a Gutiérrez de un «entusiasmo fanático por todas las cosas de América»); adjetiva, por último, «A Mayo» como un poema que se aparta de la *vulgaridad corriente* de las composiciones del género. Rodó, apenas transcurridos unos meses, pone coto y atenúa la consideración: «Su canto victorioso, que *no es vulgar*, se queda en no serlo».⁸⁵ Estos juicios, ya en los albores del siglo xx y aun en posiciones ideológicas distantes, insisten en destacar el equilibrio, la ausencia de todo prosaísmo, elementos que sin violencia pueden distinguirse en el ejercicio crítico aplicado a la *América poética* y que se traducen como la elección del que modera, del que temple las pasiones. La *América poética* expresa un gusto por el color local americano muy de tinte romántico, pero invoca al «buen gusto» tan propio de los clásicos. Toma de la lira antigua, pero paralelamente reproduce (casi) íntegros los poemarios de Echeverría, la colección completa de Heredia, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, José Antonio Maitín. Gutiérrez es romántico, pero mantiene con los neoclásicos el mismo esquema histórico, por lo cual no excluye en su *América poética* a los más reconocidos exponentes del neoclasicismo. Todo lo contrario: con camaradería americanista recoge buena parte de la literatura precedente e integra las obras de Olmedo, de Bello y de Juan Cruz Varela.

1.2.4. Colección de poetas del Río de la Plata

Preexiste a la *América poética* una empresa en algún sentido homóloga, una suerte de nítido conato: me refiero a la *Colección de poetas del Río de la Plata*. Teniendo por

⁸⁴ Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispano-americana*, t. I, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911, pp. 457-458.

⁸⁵ José Enrique Rodó, «Juan María Gutiérrez y su época», p. 479 (la cursiva es mía). En lo central, ambos dictámenes recuerdan los que poco antes vertiera Francisco Pimentel sobre fray Manuel Navarrete, cuya obra «logró, generalmente hablando, tomar el término medio conveniente, usar el tono verdaderamente poético, y hermanar la sencillez y la naturalidad clásicas sin bajeza ni *vulgaridad*» (Francisco Pimentel, *Historia crítica de la poesía en México*, en *Obras completas*, t. IV, México, Tipografía Económica, 1903, p. 112, la cursiva es mía). No parece casualidad que justamente Navarrete (quien es definido como el *restaurador del buen gusto* en la lira mexicana) sea uno de los poetas más voluminosos de la *América poética*.

fundamento inaugural la *Lira Argentina* (publicada en París en 1824 y compilada por Ramón Díaz),⁸⁶ la inédita *Colección de poesías patrióticas* (1824 y 1826),⁸⁷ *El Parnaso Oriental* de Luciano Lira (3 tomos, impresos en Buenos Aires y Montevideo en los años 1835-1837) y la montevideana *Flores de poetas* (1840),⁸⁸ se gesta, entonces, una quinta compilación, «*Poetas del Plata*, más orgánica, aumentada con las mejores piezas del romanticismo triunfante y precedida por una historia de la poesía de lengua española en América»,⁸⁹ que incluiría, además, un apéndice con notas críticas y biográficas. Al núcleo inicial de trabajo conformado por Juan María Gutiérrez y los uruguayos Teodoro M. Vilardebó y Andrés Lamas, se une luego José Rivera Indarte, otro argentino exiliado, famoso por la virulencia de su pluma y la crudeza de sus columnas.

El proyecto queda trunco y los folios atesorados por Lamas inéditos durante más de 160 años (guardados en el Museo Histórico Nacional de Montevideo). No es sino hasta nuestros días que se publica la *Colección de poetas del Río de la Plata*,⁹⁰ acompañada con el primer *Vocabulario* realizado en el Río de la Plata, el cual complementa la obra con la glosa de términos auxiliares. El grupo se disgrega y Lamas se queda solo; pese a ello, sigue trabajando con empeño hasta 1845, año en que se interrumpe la actividad constante y más enérgica.⁹¹ ¿Por qué Lamas abandona la publicación el volumen? Rocca abre el espectro de posibilidades en detrimento de una coyuntura única. Entre ellas contempla la soledad en que había quedado tras la partida de sus compañeros, el triunfo definiti-

⁸⁶ [DÍAZ, Ramón], *La lira argentina o Colección de las piezas poéticas dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de la Independencia*, [París], 1824 [existe una excelente versión moderna, con ed. crítica, est. y notas por Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1982].

⁸⁷ Pedro Luis Barcia, «La inédita *Colección de poesías patrióticas*», en Boletín de la Academia Argentina de Letras, t. LXVI, núm. 259-260 (enero-junio 2001), pp. 109-154 (en línea: Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).

⁸⁸ Resulta oportuno agregar a esta lista una recopilación sobre la que no ha reparado la crítica y que figura entre los libros que pertenecieron a Juan María Gutiérrez. Me refiero a M. A. F., *Flores de poetas. O colección de poesías escogidas*, de los literatos nacionales y argentinos emigrados residentes en este Estado y que han visto la luz pública en los diarios de esta Capital en los años 38 y 39, primer cuaderno, Montevideo, Imprenta Oriental, 1840 (el ejemplar que consulté se halla en la Biblioteca del Congreso de la Nación, Archivo y Biblioteca Gutiérrez, sig. 845). Excluido el fervor cívico que caracteriza a la poesía de la independencia y que, con renovada materia, sirve para celebrar o –con más frecuencia– vituperar a Rosas, perviven en esta colección temas que van de lo erótico a lo circunstancial, a la vez que se incorporan las temáticas que trae consigo el novedoso romanticismo y alguna que otra estrofa pampiera (si no abiertamente gauchesca). Así, al infaltable Francisco Acuña de Figueroa se suman sin criterio ordenador evidente y siempre con iniciales Juan Cruz Varela, Echeverría, Rivera Indarte, Florencio Balcarce y el mismo Gutiérrez, quien firma con la letra Z.

⁸⁹ Rafael Alberto Arrieta, «*América poética y su descendencia*», en Rafael Alberto Arrieta (dir.), *Historia de la literatura argentina*, t. VI, Buenos Aires, Peuser, 1960, p. 212.

⁹⁰ Andrés Lamas, Juan María Gutiérrez, José Rivera Indarte, Teodoro Vilardebó (comps.), *Colección de poetas del Río de la Plata*, ed., pról. y notas de Pablo Rocca, transcripción paleográfica del texto de Valentina Lorenzelli, Montevideo, Biblioteca Artigas (Colección de Clásicos Uruguayos, 189), 2011.

⁹¹ «Sin embargo, el *Vocabulario* presenta numerosas intervenciones que remiten a hechos ocurridos en 1852 como fecha límite, lo cual demuestra que de a ratos Andrés Lamas siguió agregando informaciones» (Pablo Rocca, «Prólogo», *Colección de poetas del Río de la Plata...*, p. XLVI).

vo de la estética romántica, la relevancia de los cargos públicos que asumió Lamas por aquellos años y –la que más nos interesa aquí– la publicación de la *América poética*.⁹²

¿Cuáles son los nexos entre la *Colección de poetas del Río de la Plata* y la *América poética*? El cotejo de los dos textos permite a Rocca establecer ciertos vínculos, pero también algunas diferencias constitutivas. En primer término distingue los alcances de una y otra: mientras la obra montevideana se concentra en la producción local, la *América poética* abarca los ampliados márgenes del continente de habla hispana. Se señala como discrepancia la adscripción genérica de una y otra: mientras la *América poética* cuadra con el concepto de *antología*, no conviene a la *Colección* esta categoría; en todo caso, corresponde denominarla *recopilación*, en tanto no conlleva un estricto trabajo de selección.

Juan García del Río, al recibir el primer número de la *América poética*, expresa a Gutiérrez su deseo de verla concluida, lo que sospecha no se dilatará mucho en el tiempo, «pues entiendo que estaba usted algo preparado para ella desde Montevideo».⁹³ Tal supuesto es, como se ve, correcto.

Puede colegirse –conjetura Hernán Pas– que la idea de publicar una colección de poesías era ciertamente previa a su desembarco en tierras chilenas. Podría incluso pensarse que fue un proyecto derivado del fallido intento de publicar una colección de poetas rioplatenses en Montevideo, proyecto conjunto en el cual Gutiérrez también había participado y que terminó finalmente por frustrarse.⁹⁴

No caben dudas respecto del parentesco entre una y otra empresa: indudablemente ambas albergan el mismo espíritu, ambas persiguen un propósito análogo. El que Gutiérrez participe primero del proyecto rioplatense constituye una prueba irrefutable de su afán compilatorio (del que por cierto sobran muestras aún mucho más tempranas). Con todo, no creo que una «derive» de la otra.⁹⁵ Visto desde la perspectiva del ambi-

⁹² Existe una carta de Varela donde vislumbra la posibilidad de que ambas empresas –la *América poética* y la *Colección*– fueran publicitadas simultáneamente, de donde resultaría un menoscabo a la recopilación montevideana. Dice el redactor del *Comercio del Plata* a JMG: «Hemos abierto aquí la subscripción [a la *América poética*], como usted lo verá en el diario; pero aún nada promete. Lo mismo sucede con la publicación de Lamas que ustedes prepararon juntos y que él me pidió que anunciase al mismo tiempo que la otra» (JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 320, 13-11-1845, de Florencio Varela, Montevideo, a JMG, Valparaíso, p. 32).

⁹³ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 342, 10-4-1846, de Juan García del Río, Lima, a JMG, Valparaíso, p. 55. Resulta curioso, sin embargo, que Gutiérrez omita referirse a la empresa uruguaya en la introducción: «Tantos silencios –afirma Rocca– no pueden sino prestarse para el desconcierto y las suspicacias» («Prólogo», *Colección de poetas del Río de la Plata...*, p. XLII). A pesar de ello, tal como asegura el mismo autor y atestiguan los epistolarios, las relaciones entre el argentino y los montevidianos no parecen haberse resentido.

⁹⁴ Hernán Pas, «La crítica editada...», p. 3.

⁹⁵ Esto en vista de la siguiente advertencia: «Al comparar las dos piezas, no cabe duda que el responsable de este voluminoso libro [la *América poética*] le debe mucho al trabajo anterior [la *Colección de poetas*

cioso plan que sigue la *América poética*, la *Colección de poetas del Río de la Plata* constituye una instancia distinta, una expresión previa de una misma voluntad fundadora. En todo caso ambas «derivan» de la misma obsesión proteica: cimentar el acervo republicano. Rocca sostiene con acierto que «[e]ntre su salida de Montevideo, la estancia en Brasil, el viaje por Europa, el retorno a América, su incursión por algunos puntos del continente y la residencia en Chile, Juan María Gutiérrez refinó un archivo que venía armando de mucho atrás y que siguió enriqueciendo».⁹⁶ Veamos, pues, cómo sigue este derrotero.

1.2.5. *Brasil y el desencanto, Chile y la promesa*

En 1843 Gutiérrez se embarca junto a Alberdi rumbo a Europa, dejando atrás Uruguay y la inacabada colección lírica rioplatense. Allí conoce Génova, Turín, Biela, Ginebra y París, lugares en donde fija estancias de lapsos variables y de las que no se conserva mucho registro.⁹⁷ De los días de navegación surge el poema «Edén», compuesto en la fragata de la que toma el nombre y ejecutado en colaboración: Alberdi concibe la materia y Gutiérrez la traslada en verso. La única nota que en este período aparece en el *Archivo epistolario* tiene, ciertamente, interés a nuestro asunto, puesto que es una hojita suelta en que un anónimo enlista los personajes más sobresalientes de México, entre los cuales no faltan los poetas.⁹⁸

Ya de regreso en América, Gutiérrez pasa a Brasil, más específicamente al estado de Río Grande do Sul, donde transcurren los días de «vida vegetativa y puro destierro», donde «no se hace más que respirar en libertad».⁹⁹ La inercia que trasuntan estas palabras es desmentida por los hechos: «[H]acia 1845 Gutiérrez había redactado unos *Apuntes* de historia literaria argentina para ser publicados en la revista *Minerva*

del Río de la Plata]. Pero habría que moderar un poco esta aseeración ya que el colector amplía su marco a toda América, aunque excluyendo las letras brasileñas o, mejor, concentrándose en la creación en lengua española» (Pablo Rocca, «Prólogo», *Colección de poetas del Río de la Plata...*, p. XLVIII).

⁹⁶ Pablo Rocca, «Prólogo», *Colección de poetas del Río de la Plata...*, pp. VII-XLVIII.

⁹⁷ En el *Epistolario* reunido por Morales hay una extensa y amena carta que Gutiérrez dirige a su hermana Ramona Constanza fechada el 1 de enero de 1844, donde narra el viaje con calma y del modo más ameno. Cfr. Ernesto Morales, *Epistolario de don Juan María Gutiérrez*, comp., pról. y notas de Ernesto Morales, Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González, 1942, pp. 37-54.

⁹⁸ La nota de autor desconocido la recibió Gutiérrez en París en 1843. En este enigmático memorándum se pasa revista de los nombres más célebres con que cuenta México en el campo de la literatura, el derecho y la política y de los principales héroes de la independencia. Este índice puede corresponder a la pluma de José María Luis Mora (residente en París por esos años), aunque todavía no encontramos ningún dato que corrobore tal hipótesis. Cfr. JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 248, 7-10-1843, de ¿, París, a JMG, París, Memorándum sin firma, pp. 255-256.

⁹⁹ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 261, 9-4-1844, de JMG, Pelotas, a Esteban Echeverría, Montevideo, p. 268.

Brasiliense, y quedó frustrado el intento».¹⁰⁰ Además, durante la estadía, no pierde la oportunidad de recopilar papeles literarios, y aprovecha para hacerse de poemas, referencias bio-bibliográficas y todo cuanto pueda aclarar el estado de cosas brasileño: «Yo trato de acopiar cuantos materiales puedo para conocer la literatura de este país que algunos niegan, pero sin razón; hay hombres de capacidad y sobre todo de imaginación. Por otra parte, cuanto se dijese sobre este asunto sería completamente nuevo en nuestras repúblicas».¹⁰¹

En Porto Alegre trata con frecuencia a Domingos José Gonçalves de Magalhães, reputada figura de vida cultural e introductor del romanticismo, con carrera –como señala Gutiérrez– parecida a la de Echeverría.¹⁰² Pese a ello excluye a Brasil de la *América poética*. Esta disolución latinoamericana guarda estrecho vínculo con la unidad idiomática que Gutiérrez establece –como anticipamos– como uno de los ejes del vínculo, justamente, *hispanoamericano*.¹⁰³ Otro posible motivo que explica la exclusión es el sistema imperial brasileiro, contrapuesto al fuerte ideario republicano de la generación;

¹⁰⁰ Pedro Luis Barcia, «Juan María Gutiérrez»..., p. 113. En carta de Echeverría, dice Gutiérrez: «Yo me propongo publicar donde pueda mis estudios continuos sobre nuestra literatura; los poetas de mi patria, así como los guerreros de la independencia, son mis héroes, mis amores, mis *lares*, y he de hacer cuanto pueda por su gloria» (JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 281, 30-1-1845, de JMG, Río de Janeiro, a Esteban Echeverría, Montevideo, p. 293).

¹⁰¹ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 283, 25-2-1845, de JMG, Río de Janeiro, a Esteban Echeverría, Montevideo, p. 294.

¹⁰² Cfr. JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 271, 7-8-1844, de JMG, Porto Alegre, a Esteban Echeverría, Montevideo, p. 281.

¹⁰³ Transcribo *in extenso* la nota de Fernández Bravo: «Brasil queda excluido, pero hay una mirada atenta de Gutiérrez a la formación de la tradición literaria en el Brasil. Conoce la obra de Sergio Wolf. <El Brasil especialmente da en este punto un buen ejemplo con el provecho que ha logrado para su crédito y fama de culto é inteligente por medio de las investigaciones á que se han entregado, entre otros, los señores Souza Silva Magalhães, Pereira da Silva, Varnhagen, etc., acerca de las letras brasileiras en general, de la poesía en particular, y de la vida y obras de sus literatos, oradores, poetas y hombres de Estado más notables. Estos trabajos de erudición y crítica han dado ocasión á un renombrado alemán, el Señor Fernando Wolf, para levantar un verdadero monumento a la literatura brasileira, escribiendo su historia cronológica y crítica, acompañada de una copiosa antología en la cual aquel hábil crítico, tan versado en las lenguas del medio día de la Europa, ha reunido algunas composiciones sobresalientes, tanto en prosa como en verso, escritas en diferentes épocas por los hijos del Brasil (*El Brasil literario*, etc. Berlín 1863). En presencia de este libro europeo, no aparecería pálida y desvalida la literatura de la lengua castellana en América, si se tomara toda ella en su conjunto, borrando del mapa de la cultura intelectual de nuestras repúblicas, las lindes políticas que las aíslan y empequeñecen bajo tantos otros aspectos» («Reminiscencias de la antigua literatura americana y especialmente de la República Argentina en *Revista de Buenos Aires*, t. XII, 540-562; cita de las pp. 542-3)» (Álvaro Fernández Bravo, «Un museo literario...», p. 89, n11). Agrega Barcia: «Por la misma *Revista* de Quesada nos enteramos de que Fernando Wolf acusa recibo de publicaciones literarias argentinas enviadas por Gutiérrez y que éste ha gestionado, o incitado, a un diplomático alemán que traduzca obras de nuestra literatura a su lengua, en otras *La Cautiva*. Esto se concretó y pareció avanzar en firme, como una forma de acercamiento cultural interesante. Pero luego se interrumpió. No es raro que en su corazón Gutiérrez esperara que los envíos y las versiones incitaran a Wolf a una empresa similar a la que hiciera en *El Brasil literario* y nos ofreciera *La Argentina literaria* (Pedro Luis Barcia, «Juan María Gutiérrez»..., p. 113).

la pervivencia de la esclavitud, especialmente, es vista por los hombres del 37 como una aberración histórica. La traducción de las obras también se presenta como un impedimento: pese a los incansables traslados de toda suerte de producciones francesas e inglesas, no se registra el mismo entusiasmo con la literatura escrita en portugués.¹⁰⁴

El poco estimulante panorama del sur brasilero no tiene mucho que envidiar a la situación que por esos días atraviesa Montevideo, en donde su amigo Echeverría (entre otros) sufre graves penurias económicas, en medio de la promesa cada vez más lejana del retorno a la patria. Antagónica es, por mucho, la perspectiva chilena, iluminada por los buenos augurios de José Mármol:

Pero bien concebirá usted que no es el Brasil el teatro aparente para nosotros y que las Repúblicas del Pacífico nos ofrecen ventajas, tanto materiales como útiles a nuestras tendencias. Yo tengo, a este respecto, firmes mis ideas y no he hecho sino demorar mi viaje a Chile por el peligro de la estación presente. Nadie mejor que usted, Gutiérrez, está destinado a *ser mucho* en esos países en que, a pesar de sus elementos para un progreso industrial y político se conservan en la niñez todavía en cuanto a la ciencia y al arte. ¿Qué hace usted en el Río Grande? No. Es preciso moverse.¹⁰⁵

Gutiérrez hace caso a los consejos del amigo y se embarca en Río de Janeiro hacia Chile, con la idea de demorarse algún aquí tiempo para luego seguir a Guayaquil con escala en Lima, siempre cargando como un tesoro sus cajoncitos de papeles viejos. En Ecuador pasa los días de exilio su hermano, al que sabe con buena fortuna y en una situación económicamente próspera. En agosto de 1844, en una carta dirigida a Esteban Echeverría, comenta: «Si puedo juntarme con Juan Antonio y éste se halla, como presumo, en buen estado de medios, es probable que pase a donde pueda hacer la publicación que tanto deseo de poesías del Río de la Plata. Tengo a este fin muchos materiales y no me aparto de ellos».¹⁰⁶ De esta breve cita se desprenden dos argumentos. Por una parte, revela que el plan editorial de Gutiérrez determina su movilidad y condiciona su futuro asiento a las posibilidades efectivas de publicación. Así, la *América poética* no sólo constituye un producto de esta «provincia flotante» que conforman los desterrados argentinos, sino que también influye en gran medida en el arribo del poeta a Valparaíso. Por otra parte, las palabras extractadas dejan ver que la colección se ceñía, todavía, a un territorio más acotado: el Río de la Plata.

¹⁰⁴ Sobre la vinculación de los proscriptos con el Brasil, cfr. el estudio de Adriana Amante, *Poéticas y políticas del destierro: Argentinos en Brasil en la época de Rosas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010 (Tierra firme).

¹⁰⁵ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 270, 27-7-1844, de José Mármol, Río de Janeiro, a JMG, Puerto Alegre, p. 280.

¹⁰⁶ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 271, 7-8-1844, de JMG, Porto Alegre, a Esteban Echeverría, Montevideo, p. 283.

Los argentinos exiliados en Chile son muchos, notables por su energía, polémicos y agudos analistas de la realidad; ocupan, además, puestos cercanos al poder, ya sea en delegaciones consulares y ministerios, ya en la tribuna periodística. Entonces, aquel momento reflexivo anunciado por Echeverría, aquella nueva época en que obraran la razón y las ideas, parece encontrar en el país transandino un escenario bien dispuesto.

Chile era una excepción en el concierto de las naciones hispanoamericanas: su posición promisoría permitía que una institucionalidad establecida con mano de hierro por la influencia de Diego Portales sobre el gobierno del general José Joaquín Prieto (1831-1841) internalizara en su clase dirigente una sensación de seguridad y de responsabilidad cívica. Ese territorio, de los menos codiciados durante la administración hispana, se había tornado lugar de expectativas y experimentación, no sólo para los chilenos, sino para muchos otros que ansiaban un espacio en que las teorías y las prácticas políticas pudieran dialogar. Colombianos, peruanos, ecuatorianos, pero especialmente argentinos, encontraron en Chile el lugar que en sus propios países les era negado, y del cual por fin podían vanagloriarse los chilenos. [...] Nada les hacía presagiar que su estadía sería corta, y por ello, y aunque la Argentina estuviera en sus corazones y en sus mentes, su sede profesional e intelectual se instaló en Chile.¹⁰⁷

Vicente Fidel López, Domingo Faustino Sarmiento, Alberdi, Félix Frías, Bartolomé Mitre, Nicolás Rodríguez Peña, Miguel Piñeiro (entre los que constituyen el grupo cercano de Gutiérrez) mantienen un fuerte espíritu de grupo, actualizado permanentemente en amistosas comunicaciones y favores recíprocos. Si bien no están exentos de fricciones y desacuerdos, la situación compartida establece un fuerte lazo comunitario entre ellos.

Juan María Gutiérrez desembarca en Valparaíso el 6 de mayo de 1845. Entonces los compatriotas no pierden el tiempo y le escriben expresando su regocijo y ofreciendo al recién llegado todo cuanto puedan en su obsequio. Con diligencia hacen alarde de sus buenas relaciones –tanto en Santiago como en Valparaíso– y recomiendan los méritos de su paisano a encumbradas personalidades, entre ellos, al influyente Manuel Montt. Y si antes se había decidido nombrar a «Bello primer rector de la Universidad de Chile y a Sarmiento [...] director de la recientemente establecida Escuela Normal de Preceptores»,¹⁰⁸ ahora el gobierno chileno no desaprovecha la ocasión y rápidamente asigna al recién llegado la dirección de la Escuela Naval de Valparaíso. El mismo Sarmiento alude a esta ocupación en carta a Gutiérrez, en la que con tono burlón escribe:

¹⁰⁷ Ana María Stuen, «El exilio de la intelectualidad argentina: polémica y construcción de la esfera pública chilena (1840-1850)»..., p. 413.

¹⁰⁸ Ana María Stuen, «El exilio de la intelectualidad argentina: polémica y construcción de la esfera pública chilena (1840-1850)»..., p. 420.

¡Vaya que es curioso ver a un pobre gaucho de la Pampa, tant soit peu poeta enseñando a marinar por *estas Méricas*! Me lo imagino a usted con su *couvée*, como la gallina que cría patitos y los ve con horror y asombro lanzarse al agua: «¡No, hijitos, os vais a ahogar!» Pero usted no sabe de todo lo que somos capaces los argentinos, sobre todo si estamos emigrados y falta qué comer. Entonces nos sentimos titanes, entonces nos revelamos a nosotros mismos. Yo, provinciano, viñatero, si algo he sido en mi vida, *flanneur* más propiamente hablando, me *enderezo*, diarista, político, historiador, Director de Escuelas Normales, qué sé yo qué.¹⁰⁹

Más allá del humorismo típico de la pluma sarmientina hay un señalamiento pecuario que ni es menor ni socava el valor de la obra literaria. Quien tenga oportunidad de leer los magníficos epistolarios de la época notará en seguida que durante el exilio el sustento es elemento principal, y casi no hay carta en que no se haga aunque sea breve mención a «la bolsa». ¿Qué tiene que ver el dinero con la poesía? En este punto, mucho. Echeverría –por hacer sólo una rápida referencia– pide encarecidamente a los amigos que se esfuercen por vender sus libros, Mármol, que se «reduzcan» sus *Peregrinos* a patacones, Varela insiste en que su Biblioteca del Comercio del Plata reditúe. Mucho antes de que el hambre haga escritor a Lucio V. Mansilla, la subsistencia lleva a los emigrados a pretender (aunque pocas veces lo consigan) una retribución económica por sus obras, por su opinión y hasta por sus ideas. No quiero decir con esto que el móvil principal de la literatura del exilio sea el factor económico; sin embargo, tampoco es justo desvirtuar cuánto lleva de suyo la cuota material del asunto: la creación de periódicos y la publicación de libros tienen muchas veces un implícito y nada vergonzante ánimo mercantil. Escribe Gutiérrez a Echeverría a los pocos meses de llegar a Chile:

Yo tengo mil y seiscientos pesos anuales como Director de un establecimiento del Estado para la enseñanza de las matemáticas a jóvenes que han de darse a la Marina. Me ocupo también de una compilación que empezará a publicarse muy pronto con el título de *América poética*, cuyo Prospecto hallará usted en casa de Hernández y quisiera que lo reprodujeran los diarios. Si usted tiene algo que mandarme de nuevo lo incluiré entre las muchas poesías de usted que he adoptado. Su fama ha corrido por ahí también. En *el Facundo*, libro escrito por un sanjuanino, Sarmiento, y que le remito por este mismo conducto, verá usted sus versos citados; igual cosa ha sucedido en La Paz y entre las muestras de mi Prospecto hay un trocito de los *Recuerdos* como verá usted. Esta publicación ha de

¹⁰⁹ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 297, 22-8-1845, de Domingo Faustino Sarmiento, Santiago de Chile, a JMG, p. 8-9. La carta, como las demás de Sarmiento, está escrita según los nuevos usos ortográficos.

darme algunos reales que pienso destinar para mi viaje a Buenos Aires si se realizan las esperanzas que fundamos en este momento; si no, los dedicaré para mi familia.¹¹⁰

Gutiérrez espera obtener una ganancia con la publicación de la *América poética*, la cual F. Varela festeja en sentido amplio: «es una excelente idea que me parece que dará buenos resultados de todo género, incluso el embolso de algunos pesos».¹¹¹

En esta lógica, Valparaíso, bastión del comercio ultramarino en el Pacífico sur, se presta como un lugar por demás oportuno y estratégico. Los puertos representan el cosmopolitismo, el itinerario forzado de los viajeros, el intercambio comercial que sin dudas agita la vida cultural con la llegada de libros novedosos, las revistas de moda y, con ellos, las ideas europeas de vanguardia. Atrio de llegada, los puertos también atestiguan el lanzamiento de las novedades; el tráfico se completa con el despacho de las más recientes producciones americanas, que buscan a sus lectores tanto en otros puntos del continente como en las metrópolis, esperando el tan difícil aplauso de Londres o París.¹¹² No por nada Sarmiento encomienda a Gutiérrez la «misión de derramar la Odisea [su *Facundo*], por toda la redondez del orbe», a lo que agrega: «¿A que no ha mandado un ejemplar al Times? ¿A que no ha escrito una palabra a sus amigos de Francia, al Nacional, la Democracia Pacífica, Revistas de París y de Ambos Mundos, etc., etc.?».¹¹³ Son las buenas relaciones de Gutiérrez las que se movilizan, pero no menos la ubicación porteña del amigo. Para un proyecto de la envergadura de la *América poética*, esta ubicación estratégica será determinante, por lo que hace al envío de los fascículos y

¹¹⁰ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 304, 25-9-1845, de JMG, Valparaíso, a Esteban Echeverría, Montevideo, p. 16.

¹¹¹ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 320, 13-11-1845, de Florencio Varela, Montevideo, a JMG, Valparaíso, p. 32. Son, de todos modos, contradictorias las esperanzas monetarias alojadas en las iniciativas librescas. Dice JMG a Echeverría: «Impóngame usted sus condiciones para la impresión de sus poemas antes de mandarlos. Aquí se imprimirán bien, pero en cuanto a la retribución pecuniaria, quién sabe lo que habría, no por miseria del impresor sino porque los gastos de su establecimiento son muchos y las ventajas muy pocas. Porque, amigo, *la imprenta literaria en América está de bancarota. Se consume poco y eso nos viene de Europa*» (JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 346, 24-5-1846, de JMG, Valparaíso, a Esteban Echeverría, Montevideo, p. 59, el énfasis es mío).

¹¹² En sentido general, proclama Alberdi: «La América, de íntima y mediterránea que antes era, ahora se hace externa y litoral. Había sido hecha para vivir en reclusión y se la hizo habitar lo más central de nuestro suelo: desde su entrada en el mundo, ha salido a las puertas para recibirle. Los pueblos mediterráneos si quieren prosperidad en adelante que aguarden a los tiempos de los caminos de fierro: por ahora, bienaventurados los que habitan las orillas de los mares, porque sólo ellos pueden ver la cara del mundo, y recibir con su contacto el espíritu de su vida moderna. Veamos lo que se pasa en Chile, lo que pasa en el Plata, Santiago, apenas se acrecienta en tanto que Valparaíso se duplica: Potosí, Córdoba, se despueblan en tanto que Montevideo se hace capital de Estado, y Buenos Aires recibe de las aguas del Plata, barcadas de hombres que cubren en el acto los claros que hace el cañón de la guerra civil. ¡A la vida exterior y general!, sí; ¡que el feudalismo, que el espíritu de aldea nos ahoga por todas partes!» (Juan Bautista Alberdi, «Memoria sobre la conveniencia...», p. 159).

¹¹³ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 297, 22-8-1845, de Domingo Faustino Sarmiento, Santiago de Chile, a JMG, p. 9.

su publicidad y, en sentido inverso, por la celeridad en la comunicación con los poetas y la llegada de los materiales.

El exilio impuesto por la tiranía rosista empuja hacia la innovación ideológica; el apremio externo fuerza a Gutiérrez a trascender lo regional, asumiendo una visión global que armonice las disonantes voces del continente.¹¹⁴ Este factor, si razonable y acorde por un lado, por otro resulta parcial, porque esta expansión, de hecho, no se concreta ni en Uruguay ni en Brasil: sólo en Chile cuaja el espíritu americano y halla correlato en la apertura hacia lo continental.

El país transandino ofrece, además de un espacio apto para adelantar en estos trabajos, un escenario donde se propicia el contacto con poetas de otras latitudes. En el caso de Gutiérrez y su colección, será determinante la influencia de Andrés Bello. Sugerente es, en este sentido, la asociación de Hernán Pas, quien ve en la *América poética* una «actualización del programa bellista»:

la apertura de la *América poética* con la «Alocución a la poesía» de Andrés Bello parece funcionar como continuación o confirmación del programa iniciado por el caraqueño en su estadía londinense. Sólo que ahora, en el nuevo tiempo definido por la introducción del romanticismo, los temas ya no son independencia y naturaleza, sino naturaleza e historia.¹¹⁵

Por otra parte, el tan reconocido poeta americano por esos días no sólo ostenta una obra de difícil exclusión en un florilegio de este tipo –alargando los límites hasta Venezuela–, sino que, además, él mismo se presta como colaborador y pone a prueba la estrechez rioplatense al sugerir la presencia de José María Heredia y José Fernández Madrid –cubano y colombiano respectivamente.¹¹⁶ Se sella así la suerte de la obra: una antología de índole continental.

¹¹⁴ Muy al caso vienen las palabras de Liliana Weinberg: «Como bien lo ha mostrado Edward Said en *The World, the Text and the Critic* (1983), paradójicamente este descubrimiento y esta afirmación fervorosa de existencia de una literatura occidental con ciertas claves comunes y una historia compartida sólo se hizo posible para Erich Auerbach en el momento en que, empujado por los acontecimientos de la Segunda Guerra mundial, debió marchar al exilio: fue su alejamiento forzoso el que lo dotó de la perspectiva necesaria para ver una literatura desde una dimensión integradora de sentido que salvara las diferencias locales» (Liliana Weinberg, *Literatura latinoamericana. Descolonizar la imaginación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 18).

¹¹⁵ Hernán Pas, «La crítica editada...», p. 9.

¹¹⁶ Por intermedio de Rafael Minvielle llega a Gutiérrez la siguiente información: «me ha dicho [Bello] que en las poesías de Heredia hay cosas bastante buenas; me dio un tomo de las de Fernández Madrid, que yo le mandaré en ocasión oportuna» (JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 287, 6/7-1845 [fecha probable], de Rafael Minvielle, Santiago de Chile, a JMG, Valparaíso, p. 297).

II. AMÉRICA POÉTICA

II.1. Del modo en que se compuso y publicó. Aspectos materiales

II.1.1. *Prospecto*

Entre las curiosidades que conserva la biblioteca personal de Juan María Gutiérrez se encuentran varios tomos y cuadernos donde este incansable *recopilador* reunió sus materiales con verdadero espíritu bibliófilo. Existen diccionarios manuscritos (de obras y autores), colecciones (de poesías por países, de manuscritos) y catálogos (de certámenes poéticos, de libros en verso), siempre circunscriptos y bien acotados por el epíteto «americanos». Hay, además, volúmenes que rehúyen una catalogación genérica o temática; una de estas misceláneas lleva por título *Opúsculos, literatura argentina, 1807-1872*. Entre sus páginas se pueden encontrar la primera publicación de los discursos pronunciados el día de la apertura del Salón literario (1837), unas exequias dedicadas a la ilustre memoria de los mártires de la libertad y una serie de notas, recortes periodísticos y cuadernillos. En medio de tan dispar compañía, surge el «Prospecto» de la *América poética*, suelta rarísima y desconocida en buena medida.

Este folleto sin firma de autor es el que Gutiérrez envía a inicios de 1846 a Domingo F. Sarmiento, Florencio Varela, Juan B. Alberdi, Esteban Echeverría, Juan García del Río –entre otros–, con la idea de que cada uno eche a andar pluma y dé publicidad a la empresa lírica en los periódicos donde colaboran. Y si bien se tiene noticia de alguna nota que resulta de este pedido, de artículos que acompañaron su publicación en los periódicos contemporáneos, en cambio la bibliografía crítica actual no hace mención del prospecto en su formato autónomo.

El folio se compone de cuatro páginas (dos hojas) en cuarto (26 cm.) –mismo tamaño y tipos que se han de utilizar en la impresión del volumen–, de las cuales se ocupan las dos primeras para describir el proyecto y las dos últimas para presentar unos fragmentos que sirven de adelanto. Se reproduce a continuación una edición facsimilar

del «Prospecto de la *América poética, o sea Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo*».¹¹⁷

AMÉRICA POÉTICA,

O SEA

COLECCION ESCOJIDA DE COMPOSICIONES EN VERSO,

ESCRITAS

POR AMERICANOS

EN EL PRESENTE SIGLO.

Prospecto.

No hemos sido nosotros los primeros en advertir la necesidad y la importancia de reunir en un cuerpo las obras escojidas de aquellos americanos que como poetas se han distinguido en los tiempos mas recientes. Los ilustrados redactores del *Repertorio Americano*, en mas de uno de sus artículos, y el compilador de la *Lira Argentina*, han dicho que un trabajo de esta naturaleza, contribuiría eficazmente a difundir en nuestras repúblicas el gusto por la amena literatura, y a «la conservacion de los recuerdos que pueden alimentar el espíritu público.»

Nos guia en la publicacion que anunciamos una intencion mui seria. La tenemos por acto de patriotismo, mirando en ella uno de los testimonios que aun faltan para convencer de que en el pensamiento americano hai elevacion, nobleza y unidad.

Al ver cómo en pueblos tan apartados luce la llama de una misma inspiracion; el mismo amor por la patria, las mismas esperanzas de mejora y de engrandecimiento; igual entusiasmo por las instituciones nacidas de la emancipacion; igual encanto ante la naturaleza virjen, lozana y maravillosa del Nuevo Mundo, creemos que no se podrá negar, que a mas de aquella harmonia que proviene de la comunidad de relijion y de idioma, existe otra entre las Repúblicas Americanas, —la harmonía del pensamiento.

Sería mui fácil, decir por qué razon hemos llegado a punto en que tratamos de darnos cuenta de aquellos hechos en mérito de los cuales hemos na-

«Prospecto» de la *América poética*, 1845, p. 1.

¹¹⁷ Juan María Gutiérrez, «Prospecto de la *América poética, o sea Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo*», Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1845 [aparecido sin firma]. Restauración digital a cargo de Federico Duret. Se eliminaron las veladuras entre los folios y manchas; se restituyó, además, el fondo, clarificando la oscura coloración que ganaron los pliegos con los años.

cido a la existencia política, formando Estados independientes: por qué advertimos ya que tenemos a la espalda un tiempo que pasó; por qué, en fin, nos lleva un impulso escondido a las investigaciones de nuestra historia. Pero dejando esta esplicacion para lugar mas oportuno y para inteligencias mas claras que la nuestra, nos tomaremos la libertad de advertir que nos falta una copia de datos suficientemente metodizados para dar con la verdad andando el camino a que nos conducen aquellos impulsos que acabamos de señalar.

Contrayéndonos a nuestro propósito, observamos que, si mucho se ha hablado en América de su literatura poética, si se la ha juzgado, ya en bien, ya en mal, y a veces, con ingenio y orijinalidad, ha sido, sin embargo, sin poseer el caudal bastante de noticias y antecedentes necesario para conseguir el acierto en materia tan delicada de crítica. Bajo este otro aspecto consideramos tambien útil la publicacion de nuestra *América Poética*.

Para la eleccion de las piezas que la componen nos hemos cerrado a toda parcialidad, y tomado como a guias que no pueden estraviar, el amor discreto por el nombre americano y los consejos inmutables del buen gusto. Hemos preferido aquellas composiciones que tienen relacion por el asunto o por el colorido, con el jenio, la índole y la naturaleza de nuestro continente, desechando las inspiraciones de la pasion en las luchas civiles, y ahorrando, en lo posible, las exajeraciones del entusiasmo de los himnos de triunfo nacional.

La edicion tendrá todo el lujo posible a la prensa de que disponemos, conocida ya por las ediciones de Zorrilla y de Espronceda, a las cuales superará la presente bajo muchos respectos. La obra contendrá índices copiosos y fáciles de consultar, para estudiar por épocas o por materias las poesias que encierre, y a mas un glosario para la esplicacion de los objetos, locuciones locales, etc., que a veces oscurecen el testo, no solo para los lectores europeos, sino tambien para los americanos que no son del pais del autor que las emplea.

Si el presente trabajo tuviere la proteccion que esperamos del público, le completaremos con otras dos partes que tenemos ideadas. Bajo el mismo título, *América Poética*, daremos a luz una coleccion de obras dramáticas americanas, y otra de poesias líricas anteriores al siglo presente.

El precio de la suscripcion será el mismo que se ha pagado por las poesias de Zorrilla, a pesar de que son mayores las páginas de la presente obra, y mas esmerada su impresion. Se pagarán seis reales por cada entrega de ochenta páginas.

Los fragmentos impresos al fin del presente prospecto dan idea del tamaño de las páginas y de los tipos que se han de emplear.

Se reciben suscripciones en casa de todos los ajentes del *Mercurio* y en esta oficina.

IMPRESA DEL MERCURIO. — 1845

ALOCUCION A LA POESIA.

FRAGMENTO DE UN POEMA TITULADO

AMÉRICA.

Divina Poesía ,
Tú de la soledad habitadora ,
A consultar tus cantos enseñada
Con el silencio de la selva umbría ;
Tú a quien la verde gruta fué morada ,
Y el eco de los montes compañía :
Tiempo es que dejes ya la culta Europa ,
Que tu nativa rustiquez desama ,
Y dirijas el vuelo a donde te abre
El mundo de Colon su grande escena: . . .
.
Qué morada te aguarda ? ¿ qué alta cumbre,
Qué prado ameno , qué repuesto bosque
Harás tu domicilio ? ¿ en qué felice
Playa estampada tu sandalia de oro
Será primero ?
.
¡ Oh quién contigo , amable Poesía ,
Del Cáuca a las orillas me llevara ,
Y el blando aliento respirar me diera
De la siempre lozana primavera
Que allí su reino estableció y su corte !
¡ Oh si ya de cuidados enojosos
Exento por las márgenes amenas
Del Aragua moviese
El tardo incierto paso ,
O reclinado acaso
Bajo una fresca palma en la llanura ,
Viese arder en la bóveda azulada
Tus cuatro lumbres bellas ,
Oh cruz del sur , que las nocturnas horas
Mides al caminante
Por la espaciosa soledad errante ;
O del cucuí las luminosas huellas
Viese cortar el aire tenebroso ,
Y del lejano tambo a mis oídos
Viniese el son del yaraví amoroso !....

ANDRÉS BELLO

«Prospecto» de la *América poética*, 1845, p. 3.

A LA MUERTE DE HEREDIA.

¡Patria! númen feliz! nombre divino!
Idolo puro de las nobles almas!
Objeto dulce de su eterno anhelo:
Ya enmudeció tu cisne peregrino.....
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?

.....
De verte ufano, en el umbral del mundo
El anjel de la hermosa poesía
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
Y hora lanzas, Heredia, el barro inundo
Que tu sublime espíritu oprimia,
Y en alas vuelas de tu jenio ardiente.

.....
JERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

LOS RECUERDOS.

¿Recuerdas, Delmira mia,
Aquellos dulces momentos
Que pasabamos alegres
En inocentes recreos?
¿Te acuerdas de los regalos
Con que tu cariño tierno
Recompensaba del mio
El incesante desvelo?
De las citas misteriosas?
De aquel albergue secreto
Donde tu boca y la mia
Se unieron con dulce beso?—
De nuestros rubores y ansias,
Nuestro tímido recelo,
La precaucion inocente
Y el cariñoso misterio?

Sobre todos, de aquel dia,
Dia feliz y supremo,
En que por hechizo oculto
Nuestros suspiros se unieron,
Sin saber cómo atraídos
Se tocaron nuestros senos,
Ligáronse nuestros brazos
Con nudo de amor estrecho;
Trémulo tu labio ardiente
Aplicó al mio su fuego,
Se abrasaron mis sentidos
De amor en el grato incendio,
Y a mis ojos y a los tuyos
Se anonadó el universo?....

E. ECHEVERRÍA

CAER DE LA TARDE ENTRE LOS TROPICOS.

(INEDITO.)

.....
Sus luces son entonces vivientes inflamados
Que en grupos se concentran a despedir al sol
Enrojecidas sierpes entre doradas mieses

«Prospecto» de la *América poética*, 1845, p. 4.

El estilo de la presentación es el que conviene a tales materias: «parsimonioso y bien hilado».¹¹⁸ Con tono ameno y entusiasmado, Gutiérrez aprovecha la potencia del escrito para publicitar su plan y sumar colaboradores. Apenas transcurridos un par de meses desde su llegada a Valparaíso, como poeta laureado y desterrado, el argentino saca el máximo rendimiento de su nuevo asiento. Como ya se dijo, la oportuna condición portuaria en mucho propició la difusión de la *América poética*, tanto en la costa del Pacífico como en la del Atlántico sur, destinos con los que este punto del litoral chileno mantenía activos vínculos marítimos. Así, el editor mandó el «Prospecto» a poetas, periodistas y amigos, pidiendo a cada cual lo que de su suyo cabía: a unos, composiciones o noticias biográficas; a otros, divulgación; a todos suscriptores para llevar adelante la empresa y costear la impresión.

Como consecuencia de esta campaña, el «Prospecto» de la *América poética* –donde Gutiérrez enfatiza, por un lado, la «necesidad y la importancia de reunir en un cuerpo las obras escogidas» de poetas americanos recientes, y edita, por otro, una breve muestra lírica que reúne por primera vez a Bello, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Echeverría y Mármol– empieza a reproducirse en los periódicos del continente, precedido en algunas oportunidades por unas líneas introductorias a cargo del redactor correspondiente.

Un buen ejemplo de este sistema publicitario es el que se exhibe en el *Progreso* de Santiago de Chile, donde el 9 de septiembre de 1845 aparece el «Prospecto» precedido por un artículo-presentación de Sarmiento. Gutiérrez, solicitado por el mismo Sarmiento, había escrito un editorial en el *Mercurio* sobre el reciente *Facundo*;¹¹⁹ en correspondencia, llega a Santiago el adelanto de la *América poética* con la indicación de que abunde «en la importancia de la idea como medio de demostrar la cultura intelectual de la América y de hermanar las Repúblicas tan aisladas bajo todos respetos».¹²⁰ El sanjuanino, entonces, en una suerte de reciprocidad publicitaria, devuelve el favor y anima a los lectores con palabras entusiastas:

La *América poética* será, pues, los juegos olímpicos a donde concurrirán de todos los puntos del continente los hijos predilectos de la raza de Lope de Vega, Cervantes, Moreto y

¹¹⁸ Ernesto Morales, *Epistolario...*, 6-8-1845, de JMG, Valparaíso, a Juan Bautista Alberdi, Santiago de Chile, p. 55. En este pasaje, JMG se refiere a un prospecto escrito por Alberdi.

¹¹⁹ «*El Facundo*, por don Domingo F. Sarmiento», en *El Mercurio de Valparaíso* (Valparaíso), núm. 5232 (27 de julio de 1845). Incluido en Bárbara Rodríguez Martín, *Juan María Gutiérrez y su contribución periodística...*, t. 2, pp. 248-250. Sarmiento había remitido a Valparaíso «el primer ejemplar del *Facundo* que ve la luz pública», al que acompaña con esta invitación: «¿Quiere usted encargarse de analizarlo por el *Mercurio*, y decir que es un librote estupendo, magnífico, celeberrimo? Sin miedo de ofenderme diga en este sentido lo que le dé la gana, soy tolerantísimo» (JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 294, 24-7-1845 [fecha probable], de Domingo Faustino Sarmiento, Santiago de Chile, a JMG, p. 5).

¹²⁰ Ernesto Morales, *Epistolario...*, 9-1845, de JMG, Valparaíso, a Domingo Faustino Sarmiento, p. 58-59.

Calderón de la Barca, a presentar sus ensayos, a coger laureles concedidos por el fallo de la América entera que juzgará sus composiciones.¹²¹

Tanto la nota que Gutiérrez escribe sobre el *Facundo* como la de Sarmiento sobre la *América poética* tienen algo en común: están escritas «a ciegas» y conllevan más una invitación a la lectura que un concienzudo análisis literario. Es bien conocido –y archicensurado– que Gutiérrez escribió su editorial sin haber leído el *Facundo*;¹²² Sarmiento, por su parte, no podía más que ignorar el contenido de la antología, mismo que hasta Gutiérrez no conocía cabalmente. Movidos por la camaradería y aguijoneados por los buenos augurios, ambos llaman al público a suscribir, a leer, a dejarse cautivar por tan promisorias obras.

Sarmiento propone una sugerente lectura del programa de la *América poética*, en la que incorpora algunas indicaciones de Alberdi.¹²³ Plantea un esquema en donde sus términos son: libertad → marcha progresiva del país / vuelo de la inteligencia → empresas de edición. Esta «tendencia a las luces» no sucede, por tanto, fortuitamente; es consecuencia *lógica* de las instituciones y de la libertad que disfruta Chile. Sarmiento corrobora en esta y en otras publicaciones análogas la causalidad que se establece entre la marcha de los acontecimientos públicos y los fenómenos de la inteligencia, y se pregunta «¿Por qué la República Argentina, por ejemplo, no produce hoy nada en su seno que revele que allí existe un pueblo civilizado? ¿Prohíbe el gobierno que se publiquen novelas como los *Misterios de París*, colecciones de versos, memorias sobre asuntos ajenos de la política, tratados de educación, etc.? No por cierto».¹²⁴ Aprovecha, como en toda ocasión, para denunciar el letargo y la consiguiente barbarie que propicia Rosas al desestimar las virtudes del entendimiento y negar la libertad.

A diferencia de la Argentina rosista, Chile presenta una evidente prosperidad libresca, editorial, que lo distingue, incluso, de cualquier otra sección americana. En el escrito, Sarmiento discurre por tres sendas: el propicio clima intelectual chileno, el americanismo que florece en estas tierras y la proclama de igualdad que nivela la poética continental y la española. Los últimos puntos constituyen dos expresiones de la misma idea; mejor, derivadas una de otra. Por una parte, «si algún pensamiento común a la América toda se abre paso, es siempre en Chile donde tiene su origen», lo que en términos prácticos equivale a que sus prensas hagan suya la representación americana. Esta «personería» cultural sirve al regocijo e instrucción de los lectores locales, pero no sólo

¹²¹ Domingo Faustino Sarmiento, «América poética o colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo» [1845], en *Obras*, t. II: *Artículos críticos y literarios 1842-1853*, Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg, 1885, p. 319.

¹²² «Lo que dije sobre el *Facundo* en el *Mercurio*, no lo siento, escribí antes de leer el libro» (Ernesto Morales, *Epistolario...*, 6-8-1845, de JMG, Valparaíso, a Juan Bautista Alberdi, Santiago de Chile, p. 56).

¹²³ Cfr. JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 308, 13-10-sin año [1845], de Juan Bautista Alberdi a JMG, Valparaíso, p. 19.

¹²⁴ Domingo Faustino Sarmiento, «América poética...», p. 317.

eso. Reunir las mejores composiciones de nuestra musa en un elegante volumen es hacer gala de lucimiento:

la *América poética*, circulando por todo el continente, irá a remover los legajos olvidados, las publicaciones aisladas, para traer nuevos raudales a este depósito general del estro poético americano. La América, de este modo, se hallará dignamente representada en el mundo literario, y la España misma podrá reconocerla entonces y acatarla en sus producciones, en nada inferiores a aquellas de que más blasona.¹²⁵

Con esta prueba irrefutable, no les quedará más remedio a los españoles que admitir la correspondencia y proporción que existe entre europeos y americanos.

II.1.2. *Chilenos y argentinos. Anonimato*

Más allá del énfasis promocional, sin duda los pares de Gutiérrez creían que la *América poética* estaba llamada a ser una obra eminente, una empresa que diera seguros laureles a su autor. Entonces, ¿por qué no suscribe y emparenta la colección con su nombre?, ¿por qué el prospecto primero y luego el volumen finalizado no llevan firma?

Esta omisión ha sido, aun en su época, motivo de desconcierto, tal como replica Florencio Varela al recibir el primer fascículo: «El libro que usted publica será un hermoso monumento americano ¿por qué no ha puesto usted al frente su nombre de editor? No hallo justificada esa reserva».¹²⁶ No se trata, evidentemente de una omisión casual sino, por el contrario, de una deliberada *reserva*. En la carta recién aludida que Gutiérrez envía a Sarmiento con instrucciones precisas para la presentación de la obra, enfatiza y advierte que abunde en las virtudes pero «sin decir palabra del compilador». ¿Se trata de modestia? Quizá en alguna medida. Gutiérrez tenía fama de hombre sereno, alejado de los clarines de la fama. Félix Frías, de hecho, censura desde París esta cualidad cuando pretende convencerlo de ir a Europa, para lo cual había gestionado su incorporación como redactor del *Museo de las Familias*. La prestigiosa revista española iba a publicarse mensualmente en la capital francesa para luego ser distribuida en Hispanoamérica. Frías había intercedido en favor de su amigo, convenciendo a uno de sus empresarios del vuelo que implicaría la presencia de Gutiérrez, seguro de que sus relaciones intelectuales ensancharían considerablemente el círculo de lectores. Tras detenerse en precisiones salariales, Frías protesta: «Lo que importa es sacarlo a usted de América donde se consume y se apaga una cabeza digna de ser conocida en Europa. [...] Todos los extremos

¹²⁵ Domingo Faustino Sarmiento, «América poética...», pp. 318-319.

¹²⁶ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 341, 31-3-1846, de Florencio Varela, Montevideo, a JMG., Valparaíso, p. 54.

son malos y su *excesiva modestia*, su desencanto del mundo, impiden que usted adquiera la posición y bienestar que puede alcanzar».¹²⁷

A esta humildad «sin límites» puede también adjudicarse la auto-exclusión que el entonces poeta practica de su obra: la *América poética* no incluye ni una sola de las composiciones de Gutiérrez, lo cual también ha sido materia de crítica y desaprobación por parte de colegas y amigos. Luis L. Domínguez, apenas llega a Uruguay el fascículo que contiene la letra G, afectuosamente lo increpa: «¿Por qué razón no ha puesto usted las poesías de Gutiérrez, Juan María en la letra correspondiente? Cuidado con no enmendarlo en el Apéndice».¹²⁸ Esta es una práctica poco común en el siglo XIX, donde los antologadores, sin pudor alguno, exhiben su producción y hasta ensalzan sus propios méritos.

Con todo, el anonimato no puede ser fruto sólo de las características subjetivas del autor, consecuencia de una personalidad sobria y templada. Resulta imposible soslayar en este punto el influjo de las hostilidades nacionales hacia los trabajos de autores extranjeros: como ha sido estudiado abundantemente, la convivencia entre chilenos y argentinos proscriptos ni fue fácil ni siguió un camino raso.

Antes de avanzar sobre las razones del anonimato de la *América poética*, conviene advertir que en los inicios de la década de 1840 la vida cultural chilena florece bajo cierto clima de sosiego. El teatro, las tertulias y los paseos cobran nueva vida y animan la ciudad de Santiago; proliferan, en salones particulares, las reuniones privadas donde se habla de todo cuanto concierne a política y letras. «Pero en este comercio de francas y cordiales relaciones –dice José Victorino Lastarria– resaltaba siempre el elegante despejo y la notable ilustración de los hijos del Plata, causando no pocos celos, que ellos provocaban y excitaban, haciendo notar la estrechez de nuestros conocimientos literarios y el apocado espíritu que los más distinguidos de nuestros jóvenes debían a su rutinaria educación».¹²⁹ A esta fama entre los letrados contribuye, como nadie, la figura de Sarmiento, quien zahirió con aguda puntería el orgullo literario chileno. Sin los escrúpulos del adulador y dueño de una prosa mordaz y enérgica, Sarmiento es figura central de las polémicas que entablan los exiliados argentinos y los escritores locales, las cuales giran en torno a la lengua –ortografía más específicamente y con Andrés Bello

¹²⁷ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 395, 14-8-1850, de Félix Frías, París, a JMG, p. 112, énfasis mío. Resulta curioso cómo prosigue el párrafo, en el cual Frías achaca a Sarmiento –a propósito de los *Recuerdos de provincia*– la cualidad contraria: «si condeno yo la modestia ilimitada de usted no estoy por las calidades contrarias sin límites. La ambición, por legítima que sea, debe tener su pudor, y eso de elogiarse es cosa delicada. Ese verbo no tiene 1ª persona en la gramática del buen sentido».

¹²⁸ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 365, 18-12-1846, de Luis L. Domínguez, Montevideo, a JMG, p. 81.

¹²⁹ José Victorino Lastarria, *Recuerdos literarios*, Santiago, Imprenta de la República de Jacinto Núñez, 1878, p. 99.

como interlocutor principal—, al enfrentamiento entre clásicos y románticos y a la libertad de la enseñanza.¹³⁰

Sobre los alcances de este afán controversial, Graciela Batticuore sostiene que las polémicas para Sarmiento

constituyen no solo, o no siempre, una respuesta natural y espontánea frente a quienes se muestran más reacios a la influencia creciente de las ideas románticas y liberales de la época, sino también que la polémica emerge como un efecto *buscado* y *exaltado*, un instrumento válido y efectivo para ampliar al público involucrado en los temas y las reflexiones del momento.¹³¹

Y no sólo increpa al público real o imaginado, sino también a los jóvenes escritores, a los camaradas locales a los que juzga aletargados por el sistema escolar vigente. El estilo sarmientino está lleno de veredictos categóricos, cuyo designio no es ganar polémicas, sino más bien originarlas: cuanto tienen de contundentes, tienen de provocativos y guardan para sí, más que ninguna otra, la «gloria de haber promovido la discusión».¹³²

No muchos diaristas de la época cuentan con el raro mérito de haber espoleado la escritura de poemas nacionales: esto es, aunque en conato, lo que supone la composición en el mismo año de 1842 de «El campanario» de Salvador Sanfuentes, presente, por supuesto, en *la América poética*.¹³³ Sanfuentes escribió esta obra como reacción lírica a los famosos juicios que poco antes vertiera Sarmiento en *El Mercurio*,¹³⁴ los cuales son cita obligada en este punto:

hay que notar un hecho, y es que esos literatos [rioplatenses], *bastardos* como se quiere, han escrito más versos, verdadera manifestación de la literatura, que lágrimas han derramado sobre la triste patria; y nosotros, con todas las consolaciones de la paz, con el profundo estudio de los *admirables modelos*, con la posesión de nuestro castizo idioma, no hemos sabido hacer uno solo, lo que es uno [...]. ¿A qué causa atribuir tamaño fenó-

¹³⁰ Conviene, no obstante, acotar la efervescencia polémica; dice Rodó: «La querella de clásicos y románticos había perdido ya, cuando llegó Gutiérrez, mucho de la violencia de las primeras jornadas; y por otra parte, ni la naturaleza de su espíritu ni la índole de sus ideas le movían a participar apasionadamente en aquellas guerras de pluma. Su emulación se concretó en obra más serena» (José Enrique Rodó, «Juan María Gutiérrez y su época», p. 481.)

¹³¹ Graciela Batticuore «Sarmiento en Chile. La lectura, las lectoras y el público en la América republicana», en Carmen Mc Evoy y Ana María Stiven (eds.), *La república peregrina: hombres de armas y letras en América del Sur. 1800-1884*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos-Instituto de Estudios Peruanos, 2007, p. 255.

¹³² Domingo F. Sarmiento, «El prospecto del *Semanario de Santiago* (*Mercurio*, 19 de julio de 1842)», en *Obras*, t. I: *Artículos críticos y literarios 1841-1842*, Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg, 1887, p. 286.

¹³³ En AP, pp. 741-773; en *El Semanario de Santiago* (Santiago de Chile), 1842, en 9 entregas periódicas.

¹³⁴ Sobre este tema, cfr. Ignacio Álvarez, «Cuestión de tiempo: problemas del imaginario nacional en «El campanario» (1842), de don Salvador Sanfuentes», en *Taller de Letras* (Santiago), núm. 38 (2006), pp. 23 y ss.

meno?... ¿Al clima que hiela las almas? [...] No, no es el clima, que es variado y risueño, y ha cobijado almas enérgicas y guerreros valientes. No es eso, es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los *admirables modelos*, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos.¹³⁵

No cuesta mucho imaginar el revuelo que produjeron tales palabras y cuánto de acicate tuvieron. Lo que interesa, sin embargo, es advertir el rol nada indolente que tuvieron los emigrados del Río de la Plata, quienes incitaron con fervor el ambiente cultural trasandino. Esto, claro, ante las reacciones variadas de los chilenos –y también de argentinos disidentes–,¹³⁶ adversas en la mayoría de los casos.

Frente a la actitud sobresaliente de Sarmiento, a esa necesidad continua de reconocimiento por parte del público,¹³⁷ Gutiérrez mantiene un perfil anónimo y casi enigmático. Así las cosas, la obra se da a conocer suscrita por «Los editores», «resultado de la asociación de un editor animoso y de un compilador erudito».¹³⁸ Las iniciales S. T. impresas en la primera plana del volumen con elegante ornato corresponden a Santos Tornero, reconocido impresor establecido en Chile y propietario de *El Mercurio*. Originario de Logroño, España, Tornero llega a Chile en 1834, afincándose en Valparaíso, donde instala el primer comercio de libros que hubo en el país. En 1842 compra la imprenta y el diario *El Mercurio* a Manuel Rivadeneyra (mismo de la célebre *Biblioteca de Autores Españoles*, conocida también como *Colección Rivadeneyra*). Se transforma así en librero, impresor y editor de la publicación periódica que, con una línea independiente y comercial, pronto se transforma en una de las más importantes de la época, a la vez que su imprenta destaca entre las más prolíferas de la cultura liberal chilena.¹³⁹

¹³⁵ Domingo F. Sarmiento, «Segunda contestación a un *Quidan* (*Mercurio*, 22 de mayo de 1842)», en *Obras*, t. I: *Artículos críticos y literarios 1841-1842*, Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg, 1887, pp. 222-223.

¹³⁶ Luis L. Domínguez dice a JMG: «los *judíos errantes* argentinos no son mejor tratados del otro lado de los Andes que de este lado del río [Uruguay]; y, a propósito de esto, *es lástima que a ese mal tratamiento haya contribuido un compatriota con sus escritos que todos tachamos aquí cuando aparecieron, de imprudentes e inoportunos*, previendo fácilmente la impresión que han causado en Chile». Esos escritos son, ciertamente, los de Sarmiento (JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 365, 18-12-1846, de Luis L. Domínguez, Montevideo, a JMG, p. 80, énfasis mío).

¹³⁷ «[C]on Sarmiento la autoría necesita para realizarse, de la atención y el juicio de los lectores y no parece que ella pudiera concebirse a través del anonimato o el inédito (de hecho, el seudónimo que Sarmiento utiliza en algunos de los ensayos de la prensa chilena a los que hacemos referencia, no busca esconder el nombre propio; se trata de un juego, una chanza con los lectores y los polemistas. Pero el escritor trabaja sobre la base de que el público sabe de quién se trata). Para Sarmiento la autoría tiene como meta principal la construcción del nombre propio *a través del reconocimiento público*» (Graciela Batticuore «Sarmiento en Chile...», p. 253).

¹³⁸ Néstor Tomás Auza, «*América Poética*. Primera antología de la lírica americana», *Cuadernos hispano-americanos* (Madrid), 500 (1992), p. 142.

¹³⁹ Cfr. Bernardo Subercaseaux, *Historia del libro en Chile (cuerpo y alma)*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1993, pp. 73-74.

¿Por qué –otra vez– Gutiérrez solapa su identidad en esta etérea imagen de “Los editores”? Él mismo explica las razones de su reserva a Echeverría:

Yo trabajo mucho [...]. Para amenizar esta ocupación sigo mi Colección de poesías y hago otras muchas obrillas para la imprenta, ocultando mi nombre hasta de los cajistas; para vivir feliz en el destierro es preciso pasarlo *ignorado*; si usted sale de Montevideo para alguna otra República sírvale esto de regla: cuanto mayor sea su mérito; más le morderán y le envenenarán la existencia.¹⁴⁰

Como se deja ver, las razones de Gutiérrez son más políticas que subjetivas. Pese a sus esfuerzos por mantenerse en las sombras, no escapa a la sociabilidad chilena que es él quien promueve la colección. Alberdi, otro de los difusores del «Prospecto» de la *América poética* en Santiago, así lo deja ver: «Es una bellísima idea y soberbia especulación. Aquí ha agradado a todos, y es mucho decir esto, pues desde luego se sufre que el autor era *cuyano*»,¹⁴¹ es decir, argentino.

II.1.3. *Los fascículos. Colección, asedios y selección*

La *América poética* cuenta con un doble circuito publicitario, dispositivo frecuente en el siglo XIX: a la instancia única del tomo antecede la periodicidad de los fascículos coleccionables destinados a los suscriptores. Al término del índice del tomo se asientan algunas precisiones acerca de esta última modalidad: «La AMÉRICA POÉTICA se ha publicado en 13 entregas. Apareció la primera en el mes de febrero de 1846 y la última a fines de junio de 1847». Néstor Tomás Auza describe este corriente procedimiento de impresión, el cual consiste en editar y distribuir la obra en fascículos de paginación corrida, «siendo cada entrega de 48 páginas».¹⁴² Clara Rey de Guido discrepa con este último dato al afirmar que «el primer fascículo constó de sesenta y cuatro páginas con cubierta de color»;¹⁴³ en el mismo lugar, se afirma que la antología se publica «en cuarenta y tres entregas», seguramente producto de un descuido en la lectura de la anotación de Gutiérrez. Carlos Guzmán Moncada, por su parte, arriesga la siguiente conjetura:

De haber sido 13 las entregas y 48 las páginas con que contaba cada una (siempre que se mantuviese el mismo formato), sería de 624 el número total de páginas de dicha anto-

¹⁴⁰ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 361, 4-12-1846, de JMG, Valparaíso, a Esteban Echeverría, p. 77, énfasis en el original.

¹⁴¹ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 308, 13-10-sin año [1845], de Juan Bautista Alberdi, Santiago, a JMG, Valparaíso, p. 19. El párrafo concluye del siguiente modo: «Bello está contento. El *Prospecto* ha estado muy astuto, muy diestro, muy hábilmente concebido».

¹⁴² Néstor Tomás Auza, «*América Poética...*», p. 142.

¹⁴³ En José Ramón Medina (dir. gral.), *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina*, t. I: Letras A-E, Caracas, Biblioteca Ayacucho-Monte Ávila, 1995, p. 212.

logía, resultado que no coincide de ningún modo con la cifra real: 823. En cambio, de dividir el número de páginas totales entre el número de páginas por entrega, se obtendría 17 como número de entregas (sobrarían siete páginas, de las cuales cinco podrían corresponder a la «presentación» y las otras dos, a las de cortesía), cantidad que coincide de manera curiosa con el número de meses que hay de febrero de 1846 a junio de 1847.¹⁴⁴

Esta hipótesis parte del supuesto de que el «13» consignado en la nota final es una errata. Esto bien pudiera suceder. Sin embargo, resulta llamativo que, de ser así, el compilador no reparase en su yerro y lo enmendara, como supo hacer con datos mucho más irrelevantes en su volumen personal: es bastante lógico conjeturar que de haber sido una equivocación en el impreso, se habría rectificado en forma manuscrita.

Volvamos, para resolver la cuestión, a las publicaciones contemporáneas. El 8 de noviembre de 1845, apenas un mes después de la publicación del *Progreso* que acabo de reseñar, aparece –esta vez en la costa atlántica– el «Prospecto» en el número 32 del *Comercio del Plata* de Montevideo. Más que la publicación en sí, interesa destacar el anuncio que aparece un tiempo después, el 21 de abril de 1846 (núm, 159, p. 4, col. 4):

América poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo. // Esta obra se publica por entregas de 64 páginas, al precio de 6 reales para Santiago y Valparaíso, y 7 reales para los demás puntos. Al recibo de la primera entrega se pagará el valor de dos, quedando la una en adelanto hasta la conclusión de la obra. / El precio de 6 reales fijado ahora a la entrega de 64 páginas del tamaño en que aparecí [sic] la edición, lo creemos mucho más económico para los señores suscriptores que el mismo precio de 6 reales que se anunció en el prospecto por entregas de 80 páginas mucho más pequeñas. Deseosos de presentar esta obra con todo el lucimiento que nos fuese posible, no hemos trepidado en hacer esta variación. / La suscripción en Montevideo está abierta en la Oficina del *Comercio del Plata*, calle de Misiones N° 88.¹⁴⁵

Queda así zanjado el equívoco: la *América poética* es resultado de la colección de 13 fascículos de 64 páginas cada uno. Este dato, que pudiera parecer una minucia

¹⁴⁴ Carlos Guzmán Moncada, *De la selva al jardín. Antologías poéticas hispanoamericanas del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, pp. 53-54.

¹⁴⁵ El aviso, según datos aportados por Pablo Rocca en su prólogo a la *Colección*, se reitera sin variantes durante 1846 en los siguientes números del *Comercio del Plata*: 160 (22 de abril), 4, col. 3; 162 (24 de abril), 4, col. 2; 163 (25 de abril), 4, col. 3; 164 (26 de abril), 4, col. 4; 165 (27 de abril), 4, col. 4; 166 (29 de abril), 4, col. 4; 186 (25 de mayo), 4, col. 4 y 194 (5 de junio), 4, col. 4 (Pablo Rocca, «Prólogo», *Colección de poetas del Río de la Plata...*, pp. xxxi-xxxii). En la misma publicación, N° 329 (28 de octubre de 1846, p. 3), se anota: «Acaban de recibirse las entregas 4ª, 5ª y 6ª, que los suscriptores pueden pasar a recoger en esta oficina: contienen poesías de los señores Esteban Echeverría, de Buenos Aires, Fco. A. de Figueroa, Montevideo; García Goyena, Centro América; Juan Godoi, Mendoza; Juan C. Gómez, Montevideo; Je [sic] Mª Heredia, Cuba; Bartolomé Hidalgo, Montevideo; Manuel Inurrieta, Buenos Aires; H. Irisarri, Chile; Lafinur, Córdoba».

bibliográfica a primera vista, ayuda a comprender el proceso compositivo de la antología y aporta no pocas certezas.

Esta modalidad de los fascículos determina considerablemente tanto la factura de la obra como su consumo. Abre, en primer término, la posibilidad de que su circulación sea fragmentaria, pudiendo disponerse de algunos pasajes sueltos. Si algún lector estaba interesado en la obra de Echeverría –por ejemplo– podía adquirir la 3ª y 4ª entrega y prescindir de resto de la colección.

En otro sentido, la índole progresiva del método establece un trabajo gradual de composición, contrapuesto al resultante de una tirada única y, por lo mismo, sincrónica: así, la participación de agentes externos resulta por demás variable. De haber sido la *América poética* un volumen indiviso y consumado al momento de su impresión, tendríamos que contemplar innumerables cambios, que van desde la participación de tal o cual autor y la inclusión de ciertas obras, hasta la corrección de algunos poemas fundamentales.

Veamos un caso. Ya avanzada la publicación de la antología –había iniciado en febrero de 1846–, José Joaquín Olmedo envía una carta –fecha el 31 de diciembre–¹⁴⁶ en la que remite «dos piecitas ligeras», a fin de complacer el pedido de Gutiérrez. Estos poemas llegan justo a tiempo y son acomodados al final de las obras del vate de Guayaquil.¹⁴⁷ En una nota última, suerte de colofón, Gutiérrez rezaga una alteración a «La victoria de Junín, canto a Bolívar» (núm. 4), la cual no llega a incorporarse al texto (como ocurre con otras variantes autorales previas), pero sí se salva en nota: «Estaba impresa ya y pronta para repartirse la entrega 10ª de la *América poética*, cuando hemos recibido una variante que el señor doctor Olmedo quiere introducir en su <Canto a Junín>. Por fortuna, podemos darla a conocer a nuestros suscriptores aquí, al fin de sus poesías» (4: n. a vv. 620-622). Casos como éste, de arribos postreros y variantes de último momento dependen absolutamente de las condiciones mismas de publicación, que se da a lo largo del tiempo y no en una instancia temporal única.

De esta suerte, el material se reúne de modo paulatino, dependiendo muchas veces de la diligencia de los colaboradores (verdaderos *colectores*, en este caso). El mismo Bello, el incansable Juan García del Río, Félix Frías y una bien facultada nómina de hombres de letras se disponen a asistir al editor, tanto en noticias sobre los autores como en composiciones. Estas faenas librescas son ejecutadas aun en medio de un clima no

¹⁴⁶ Cfr. JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 368, 31-12-1846, de José Joaquín Olmedo, Guayaquil, a JMG, Valparaíso, pp. 85-86.

¹⁴⁷ Cfr. «Fragmento del *Anti-Lucrecio*, traducción libre del lib. IX v. 771» y «Para el álbum de la señorita Rosa O. de Zeballos, insigne profesora de música, y de sus dos bellas primas» (núm. 8 y 9 respectivamente).

particularmente propicio y, por lo mismo, resultan un primer –aunque no, quizá, el más serio– escollo a librar.¹⁴⁸

En compensación y con esmerado ahínco los mismos poetas socorren las labores de Gutiérrez, atizados por la posibilidad de integrar este novísimo parnaso americano. Sarmiento, con irónica malicia, así lo expresa:

Me dijo [Montt] con una seriedad imperturbable que un poeta (Chacón) había ido ex profeso a Valparaíso a solicitar de usted que lo admitiese en el arcópagos de los poetas americanos. Yo le insinué que el amor propio de cada tonto que haya desbastado palabras para hacer cosas de versos, sería el más activo colaborador que usted tendría en su obra; que a la primera entrega que hiciese circular por América, no quedaría poetastro ramplón que no exclamase: «¡Y yo! ¿Cómo mis versos no están aquí?, sobre todo mi composición a *la Petrona* o a la Pepa, *mi despedida*, mi... Ya, no habrá llegado a noticia del colector» y un fardo de malos versos vendrá de cada sección americana.¹⁴⁹

Las predicciones de Sarmiento fueron bastante ciertas. Y el auxilio se transforma, de a ratos, en franco asedio. Ante este nuevo panorama, surge otro problema: el de *admitir* o no la profusión lírica que inunda el correo de Valparaíso. José Ignacio Piedrahita lo enuncia con toda claridad al afirmar que la empresa de la *América poética* es «ardua, no tanto por la dificultad que tendrá usted para conseguir composiciones americanas cuanto por la selección que usted tiene que hacer para dar lugar en un periódico a las mejores».¹⁵⁰

Es necesario que nos preguntemos en este punto: ¿la *América poética* responde más al esquema *selectivo* de una antología o al *acumulativo* de una recopilación? Existe al respecto cierto conceso entre la crítica. Como se anticipó a la hora de considerar la *Colección de poetas del Río de la Plata*, Rocca prefiere adscribir esta obra a la categoría de *recopilación*, en tanto adjudica a la empresa chilena la de *antología*.¹⁵¹ La *mediación de juicio crítico*, de un concertado *criterio de selección* frente a las *totalidades* previas, es asimismo claramente advertido por Hernán Pas:

¹⁴⁸ Los encargos que hace Gutiérrez «son de difícil ejecución en el día. La anarquía política de que adolece este país [Perú] casi desde los primeros albores de la Revolución, se ha extendido a la parte moral y a la literaria. Aquella causa con todos sus efectos naturales, y el vandalismo que han ejercido los viajeros extraños en nuestras abandonadas bibliotecas; la decadencia de un gran número de las familias más acomodadas antes de la Emancipación y el no haberse repetido ediciones de las obras que usted desea, han hecho escasear tanto los ejemplares que es dificultosísimo conseguir muchas de ellas, y del todo imposible obtener algunas» (JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 378, 12-6-1847, de M. Ros, Lima, a JMG, Valparaíso, p. 96).

¹⁴⁹ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 307, 9-10-1845, de Domingo Faustino Sarmiento, Santiago de Chile, a JMG, Valparaíso, p. 19.

¹⁵⁰ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 343, 12-4-1846, de José Ignacio Piedrahita, Guayaquil, a JMG, Valparaíso, p. 57.

¹⁵¹ Cfr. Pablo Rocca, «Prólogo», *Colección de poetas del Río de la Plata...*, p. LIII.

existe una diferencia entre los primeros parnasos aparecidos en Sudamérica, como *La Lira Argentina* (1824) o *El Parnaso Oriental* (1835), y aquellas compilaciones que surgieron a partir de la *América poética* (1846) de Juan María Gutiérrez. Entre otros aspectos, tal diferencia se manifiesta en los criterios de selección. Mientras que los primeros parnasos buscaban incluir la «totalidad» de las poesías publicadas bajo el impulso independentista, la *América poética* instauró el género antología con parámetros típicamente modernos, entre los cuales debe destacarse la mediación del juicio crítico como fundamento del recorte propuesto». ¹⁵²

En tanto, el *afán evaluativo* y «la voluntad por privilegiar la *sutura* frente a la *ruptura*» son tesis desplegadas por Álvaro Fernández Bravo. ¹⁵³ Estos certeros estudios exigen al presente de extenderse en esta cuestión. Interesa, en cambio, analizar (abreviadamente) el modo concreto en que esta <intencionalidad>, esta determinación selectiva desde el punto de vista estético, ejerce las funciones que le son propias, tanto a partir de las inclusiones como de las exclusiones

Gutiérrez invita, envía docenas de cartas encaminadas a solicitar poemas; en tales invitaciones existe una *dirección*, una intencionalidad difícil de obviar. Y, por supuesto, un compromiso. No está exento, en tanto partícipe de la elite letrada, de las tensiones de su entorno cultural, como bien lo reconoce Alberdi:

Chacón recibió su carta; él y todos los demás están contentísimos; ya les parece que se ven en la *América poética*. *Si pondrán a éste, si pondrán al otro*, son las preguntas. Es preciso, pues, que usted cuide de no olvidar a nadie de entre los poetas chilenos, trabajo que para usted no será pequeño; pero a bien que hoy tiene usted aquí un *microscopio solar* de que podrá valerse para descubrir ciertas musas. ¹⁵⁴

Además de las susceptibilidades propias y conocidas de la casta poética, no debe olvidarse que por aquellos años escritores y hombres de estado son exactamente los mismos: convenía resguardar las buenas relaciones en el exilio chileno.

La supuesta libertad de que goza el antologador encuentra cotos no sólo en los nombres de la sociabilidad chilena, sino también en el mandato autoral y el cuidado selectivo que confían a Gutiérrez. En algunos casos las prevenciones (casi intimidatorias) provienen de los amigos, como es el caso de Mármol: «Ahora lo tengo entre mis manos y me pagará bien las que me haga en la *América*»; ¹⁵⁵ otras veces, de los avezados maestros. Olmedo es casi paradigmático en este punto:

¹⁵² Hernán Pas, «La crítica editada...», p. 2.

¹⁵³ Álvaro Fernández Bravo, «Un museo literario...», p. 85-100.

¹⁵⁴ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 308, 13-10-sin año [1845], de Juan Bautista Alberdi, Santiago, a JMG, Valparaíso, pp. 19-20 (destacado en el original).

¹⁵⁵ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 363, 17-12-1846, de José Mármol, Montevideo, a JMG, p. 78.

Mucho me ha asustado usted diciéndome que a más de Junín, Miñarica, Epístola de Pope, *tiene otras cositas más* para publicarlas. Cuidado, amigo, ¿Qué serán esas cositas? No se desacredite usted ni me desacredite. Ni mi edad, ni el nombre de usted ni el mérito de su empresa, ni el tiempo es de *cositas*.¹⁵⁶

Vemos, así, cómo la *América poética*, en su cualidad de «moderna», de eminentemente contemporánea, despliega la acción de un conjunto de fuerzas que prefiguran su sesgo político (en su más amplio sentido). El ejercicio deliberativo del editor no se circunscribe a una serie de *inclusiones* y al sorteo más o menos diestro de los requerimientos de los autores: exige, también, la aplicación de un conjunto de *exclusiones ex profeso*. Lejos de imprimirse el total de obras que Gutiérrez tiene a la mano, se ejerce un eficaz recorte, tanto de poetas (Mariano Salas por ejemplo),¹⁵⁷ como de poemas. En este último rubro cabe la obra de Echeverría, la cual hubiese deseado incluirla en su integridad, hallando tope en las dimensiones físicas del volumen: «Ojalá haya acertado en la elección; debí reimprimir sus dos volúmenes; pero no lo permitía el espacio».¹⁵⁸

Ahora bien, sería forzar el sentido afirmar que la *América poética* materializa con absoluto rigor el alcance genérico de la *antología*, esto es, una «colección de piezas escogidas de literatura». Tiene, como acabamos de ver, cierto discernimiento, hay una serie de pautas que demarcan su composición, pero éstas no dan por resultado un volumen donde se agrupe lo *más selecto* de la lira continental, ni sus *más refinadas flores*: triunfa la mezcla diversa, el muestrario poético ecléctico y reñido con los primorosos principios estéticos del buen gusto clásico: *más* herbario que jardín, de nuevo con Henríquez Ureña.

En el otro extremo, la *América poética* tampoco puede ser considerada una *práctica sin discurso*, tal como define Fabio Wasserman a aquellas colecciones documentales que no dan sustento a narrativas históricas ni son el resultado de relatos aptos para organizar el pasado.¹⁵⁹ Puede, en todo caso –y a modo de conclusión parcial–, ubicarse en una suerte de punto intermedio, donde se sopesa un trazado misceláneo con la intervención de una serie de mecanismos argumentativos complejos. Siguiendo la metáfora,

¹⁵⁶ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 368, 31-12-1846, de José Joaquín Olmedo, Guayaquil, a JMG, Valparaíso, p. 85 (cursivas en el original).

¹⁵⁷ Los «autoexcluidos» representan un caso singular: son aquellos que *motu proprio* deciden revocar la invitación por juzgar su obra menguada respecto a los méritos de la colección. Cfr. JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 372, 11-1-1847, de J. M. Seguí, Lima, a JMG, Valparaíso, p. 88.

¹⁵⁸ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 361, 4-12-1846, de JMG, Valparaíso, a Esteban Echeverría, Montevideo, p. 77.

¹⁵⁹ Según el autor, y tal como lo prueba ampliamente, no existían, todavía, discursos capaces de articular los testimonios compilados en una historia que los dotara de sentido, no porque se creyeran innecesarios, sino porque «resultaba difícil o imposible de realizar en las condiciones existentes» (Fabio Wasserman, «Prácticas sin discurso: la edición de colecciones documentales», en *Entre Clio y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de La Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008, pp. 69).

conviene a Juan María Gutiérrez la imagen del *desmalezador* o, en sentido estricto, del *botánico*, más preocupado por coleccionar lo mejor y más representativo de cada especie que <lo mejor> a secas. Su afán crítico –como se corroborará en el próximo segmento– está claramente encauzado hacia un estudio posterior; Gutiérrez es consciente de que la práctica de clasificación primaria que aplica al acervo americano redundará en favor de una teoría por venir. Extendiendo la analogía a otros dominios, es dable pensar que si «el ensayo –según Lukács– no sólo es legítima y necesariamente forma, sino que él mismo es dotación de forma, configuración, creación de algo nuevo, <un hacerse vivo en la vivencia real>»,¹⁶⁰ del mismo modo, la antología funda, instaura un nuevo sistema a partir de elementos que son re-interpretados y re-significados. Si el ensayo «crea a la vez que juzga», la antología «crea a la vez que ordena».

¹⁶⁰ Liliana Weinberg, «La esencial heterogeneidad del ensayo», en *Situación del ensayo*, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 2006 (Literatura y Ensayo en América Latina y el Caribe, 1), p. 33.

II.2. Historia y poética

Si no hizo libros, al menos hizo autores. Estimuló, inspiró, puso en camino a los talentos con la generosidad del talento real, que no conoce la envidia. Buena o mala, yo soy una de sus obras.

Juan Bautista Alberdi, «Juan María Gutiérrez».

II.2.1. *Plan general; coleccionismo y acumulación documental*

El «Prospecto» lanzado meses antes del inicio de la publicación se reproduce luego al frente de la *América poética*, con el aditivo de unas cuantas páginas de jugoso argumento, todo bajo el título de «Los editores» y conformando el prefacio o prólogo del libro resultante. Hay, sin embargo, un resto, un remanente que se pierde en este pasaje de la hoja itinerante al grueso volumen impreso: la introducción definitiva omite los últimos párrafos del folleto preliminar, en los cuales se precisan las características de imprenta, el contenido general, la hipotética continuidad de la obra y las condiciones de suscripción:

La edición tendrá todo el lujo posible a la prensa de que disponemos, conocida ya por las ediciones de Zorrilla y de Espronceda, a las cuales superará la presente bajo muchos respetos. La obra contendrá índices copiosos y fáciles de consultar, para estudiar por épocas o por materias las poesías que encierre, y a más un glosario para la explicación de los objetos, locuciones locales, etc., que a veces oscurecen el texto, no sólo para los lectores europeos, sino también para los americanos que no son del país del autor que las emplea. / Si el presente trabajo tuviere la protección que esperamos del público, le completaremos con otras dos partes que tenemos ideadas. Bajo el mismo título, *América poética*, daremos a luz una colección de obras dramáticas americanas, y otra de poesías líricas anteriores al siglo presente. / El precio de la suscripción será el mismo que se ha pagado por las poesías de Zorrilla, a pesar de que son mayores las páginas de la presente obra y más esmerada su impresión. Se pagarán seis reales por cada entrega de ochenta páginas. / Los fragmentos impresos al fin del presente prospecto dan idea del tamaño de las páginas y de los tipos que se han de emplear. / Se reciben suscripciones en casa de todos los agentes del *Mercurio* y en esta oficina.

De las varias cosas que se pueden estudiar, me detendré en la que considero la más importante: la prosecución del plan. En la portada de la *América poética* se lee «Parte Lírica», distinción que presagia, al menos, un segundo libro. Basándome en una pregunta que varios años después hicieran al autor sobre la parte épica de la *América poética*, había conjeturado que ésa era la continuación proyectada.¹⁶¹ Esta intuición es, con todo, incorrecta.

En cierto modo el párrafo citado más arriba ha permanecido incógnito y con él el develamiento del plan general. El fragmento viene a deshacer las sospechas sobre el alcance de la obra, la cual aspira a completarse con un volumen de *obras dramáticas* y otro de *poesías líricas* anteriores al siglo XIX. Ambicioso e inconcluso plan, notas que siguen una tendencia generalizada y oportunamente señalada por Fabio Wasserman a propósito de las colecciones documentales:

Cabe notar [...] que en pocas ocasiones se pudo respetar el plan de edición original, ya sea por la imprevisión del compilador, como en el caso de Lamas que había sobrevalorado el material del que disponía por lo que sólo pudo editar un único tomo; por razones económicas, como en el caso de la colección editada por de Angelis que quedó trunca al producirse el bloqueo francés que le impidió terminar el séptimo tomo por falta de papel; o por motivos políticos, como ocurrió en el *Comercio del Plata*, cuya *Biblioteca* debió dejar lugar varias veces a escritos de propaganda antirrosista, algunos de los cuales habían sido publicados en el cuerpo del diario meses antes.¹⁶²

Sean cuales fueran los motivos por los que no se dio continuidad a la empresa, llaman la atención los alcances formidables que la conducen y lo que tienen de programático las ideas que guían la publicación de la *parte lírica*.

Cabe agregar que, más allá del grado de culminación que logró el programa, resulta en sí elocuente que el volumen de «poesías líricas modernas» haya sido impreso completo y sin vulnerar su esquema original. Si nos detenemos en los emprendimientos análogos –sobre todo en cuanto a sus condiciones de producción–, si revisamos el proceso completo de edición de colecciones, pronto saltarán a la vista las dificultades con las que se topan sus autores para concluir el plan ideado. Dentro de este variado repertorio, un caso repetido muy a menudo es, como se vio, el de volúmenes inconclusos y abandonados en las gavetas antes de pasar a letra de molde (*Colección de poetas del Río de la Plata*); más desconcertantes resultan aquéllos que concluyeron su armado, su edición y a los que sólo faltó acceder a la multiplicación de la imprenta (*Colección de*

¹⁶¹ «La parte épica de la *América poética*, ¿ya ha sido publicada?» (JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 575, sin fecha [fechable entre 7-3-1854/1-8-1856], de Alexandre Holinski, Piamonte, Italia, a JMG, p. 286, traducción mía).

¹⁶² Fabio Wasserman, «Prácticas sin discurso: la edición de colecciones documentales», en *Entre Clio y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de La Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008, p. 66.

poesías patrióticas).¹⁶³ El hecho de que la *América poética*, parte lírica, haya logrado imprimirse de modo íntegro no es, por mucho, un dato superfluo: las condiciones actuales de reproducción contribuyen a desvirtuar el sentido decimonónico de la ardua labor editorial. Caso en extremo expresivo resulta la ocurrencia de Mármol, quien publica suelto el canto 12 del *Peregrino* como socarrona artimaña para eludir la amenaza de la obra inconclusa:

Hace tres días que he publicado el último *Canto del Peregrino*. Todo el mundo empieza a publicar sus obras por el principio; yo he empezado por el fin; la razón es sencilla. Yo tenía deseos de ver impreso el fin de mi poema; y si empiezo la publicación por el principio, no lo veo nunca. Antes de llegar al fin me habrían muerto de fiebre las imprentas.¹⁶⁴

Algunos años después (1865), Gutiérrez da a conocer sus *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX*, otra colección –ahora de ensayos–, que adiciona un nuevo capítulo al esquema literario inaugurado con la *América poética* y que corre, paradójicamente, su misma suerte, en tanto se anuncia un primer tomo y resulta al cabo el único aparecido. En este libro precursor de la crítica literaria del periodo colonial, se remontan los inicios del estudio a los años de «prisión al aire libre y en medio de la independencia, que se llama el destierro»:

En la edad de los proyectos superiores a nuestras fuerzas, cuando el porvenir nos sonríe con su azulada inmensidad, comencé a allegar materiales, bajo el plan indicado, para que algún escritor de talento y dueño de su tiempo, pudiera levantar con ellos el edificio de la gloria intelectual de nuestros mayores [...].¹⁶⁵

El «plan indicado» es «concurrir con algún caudal de hechos y de ideas a la formación de una historia de la literatura antigua de América»; para ello debe, como primer paso, coleccionar los materiales aún dispersos y carentes de toda sistematicidad.

La lectura de éste y otros escritos de Gutiérrez sugiere a Pedro Luis Barcia:

primer proyecto fue una historia literaria hispanoamericana de la época colonial. Después, se inclinó hacia una historia literaria argentina, desde la colonia a la actualidad, pero en el marco de lo hispanoamericano como simple esquioc. Sin duda, porque no avanzaba lo esperable la producción de historias literarias nacionales en Hispanoamérica

¹⁶³ Cfr. «La inédita *Colección de poesías patrióticas*», en Boletín de la Academia Argentina de Letras, t. LXVI, núm. 259-260 (enero-junio 2001) (en línea: Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).

¹⁶⁴ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 354, 27-8-1846, de José Mármol, Montevideo, a JMG, Valparaíso, p. 68.

¹⁶⁵ Juan María Gutiérrez *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX*, t. I [único publicado], edición tirada a un corto número de ejemplares, Buenos Aires, Imprenta del Siglo, 1865, iv; y reeditado en buena parte en *Escritores coloniales americanos*, ed., pról. y notas de Gregorio Weinberg, Buenos Aires, Editorial Raigal, 1957.

y porque el comercio librario estaba muy distante de ser fluido. / En el fondo, sabía que no alcanzaría ninguno de estos dos proyectos. Crece en él la conciencia de que trabaja para las generaciones venideras, preparándoles la cantera y ordenándoles los legajos.¹⁶⁶

En efecto, el polígrafo argentino subraya una y otra vez el cometido generacional de contribuir a la primera fase del desarrollo historiográfico –aun anterior al bosquejo de biografías y notas críticas–, mediante la recolección y ordenamiento de materiales, el arreglo de un catálogo: en suma, la conformación de una *Biblioteca* que posibilite el trabajo sobre nuestra literatura. Y si en términos teóricos el plan continental es, ciertamente, luego reemplazado por uno de alcance nacional, ello no supone el abandono de la obra americanista. Si se tienen en cuenta las antologías continentales preparadas por Gutiérrez (*El lector americano*, 1846-1865-1874, *Poesía americana*, 2 t., 1866), las obras de autor que editó (Olmedo, Echeverría, Centenera, etc.) y las colecciones no publicadas que perduran en su biblioteca (entre ellas *Poesía americana. Colección*, 3 t., *Colección de poesías americanas antiguas y modernas*, 2 t., *Colección de poesías americanas 1777-1867*, etc.), resulta entonces que plasma con creces su propósito de adelantar cuanto sea posible en esta primera instancia colectora, en tanto reúne, cataloga e *inventa* buena parte de la que aún se admite como la tradición literaria americana.

Tanto la *América poética* como los incansables trabajos editoriales y de rescate documental emprendidos por Gutiérrez evidencian su interés por la conformación de un *acervo*. Alberdi, con acento crítico, destaca este tesón bibliográfico al afirmar que «su modestia no le dejó conocer todo el esfuerzo de que era capaz. Teniendo el poder de *producir*, se limitó muchas veces a *compilar*». ¹⁶⁷ Pero no es, como se ve, por recato que se dedique a coleccionar: hay entre sus móviles razones mucho más hondas. Echeverría, en fecha cercana a la publicación de la *América poética*, expone con absoluta nitidez la importancia de esta labor:

Los escritores americanos tampoco ignoran [...] que están viviendo en una época de transición y preparación, y se contentan con *acopiar materiales para el porvenir*. Presienten que la época de verdadera creación no está lejana; pero saben que ella no asomará sino cuando se difundan y arraiguen las nuevas creencias sociales que deben servir de fundamento a las nacionalidades americanas.¹⁶⁸

El quehacer de Gutiérrez adquiere otra significación leído a la luz de estos parámetros. Como su homólogo mexicano Joaquín García Icazbalceta, su programa de trabajo «reposa sobre la idea de la historia como una construcción progresiva, acumulativa,

¹⁶⁶ Pedro Luis Barcia, «Juan María Gutiérrez»..., pp. 128-129.

¹⁶⁷ Juan Bautista Alberdi, «Juan María Gutiérrez» [1878], en *Escritos póstumos*, t. VI: *Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas de Sud-América*, Buenos Aires, Alberto Monkes, 1898, pp. 5-163. p. 26 (el énfasis es mío).

¹⁶⁸ Esteban Echeverría, *Dogma Socialista de la asociación de Mayo*..., p. 102 (el destacado es mío).

cuya función primordial en aquel momento era reunir la infraestructura documental». ¹⁶⁹ Esta antología no se presenta, entonces, como una obra consumada, todo lo contrario: se asume ella misma como punto de partida.

II.2.2. *Americanismo, factores cohesionantes y sesgo vindicatorio*

[A] partir de la *América poética* de Gutiérrez, [ciertos textos] dan a la poesía un carácter adjetivo, con el que definen uno de los modos de existencia del sustantivo América.

Rosalba Campa, «Las antologías hispanoamericanas del siglo XIX. Proyecto literario y proyecto político».

«No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya Hispanoamérica». ¹⁷⁰ Con estas palabras José Martí priva temporalmente de existencia al semicontinente y, derivado de él, la posibilidad de una literatura propia. Muy contrario es el pensar de Gutiérrez y su generación, para quienes la existencia de América no admite controversia. Hay, eso sí, una búsqueda, un intento de definirla o, mejor, de dar con los rasgos que la determinan. En principio, el americanismo de estos intelectuales se funda, tal como se había hecho desde la independencia, en el reconocimiento de cierta matriz compartida por los pueblos, la cual emana de la eficacia cohesionante de la historia, la religión y el idioma. A partir de este sustrato identitario es posible distinguir cierta fisonomía singular.

Una empresa tan afanosa como la colección a la que se entrega Gutiérrez requiere un replanteo de la cuestión, atendiendo específicamente las aristas particulares que definen al ámbito literario. El prospecto de la *América poética* expone de este modo la resultante de las cavilaciones del autor:

Al ver cómo en pueblos tan apartados luce la llama de una misma inspiración; el mismo amor por la patria, las mismas esperanzas de mejora y de engrandecimiento; igual entusiasmo por las instituciones nacidas de la emancipación; igual encanto ante la naturaleza virgen, lozana y maravillosa del Nuevo Mundo, creemos que no se podrá negar, que a más de aquella armonía que proviene de la comunidad de religión y de idioma, existe otra entre las repúblicas americanas: la armonía del pensamiento. ¹⁷¹

¹⁶⁹ Horacio Crespo, «El erudito coleccionista y los orígenes del americanismo», en Carlos Altamirano (dir.), Jorge Myers (ed. del vol.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, t. 1: *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires-Madrid, Katz editores, 2008, p. 304.

¹⁷⁰ Cit. en Rosalba Campa, «Las antologías hispanoamericanas del siglo XIX. Proyecto literario y proyecto político», *Casa de las Américas* (La Habana), xxvii: 162 (mayo-junio de 1987), p. 40n.

¹⁷¹ JMG, «Los editores», en *América poética*, p. 1.

Gutiérrez retoma los hilos conductores sostenidos por sus pares y por él mismo en otros textos; incorpora, sin embargo, una variante: el *pensamiento*.

El imperio español había cohesionado sus dominios americanos con dos elementos que perviven tras la independencia: la lengua y la religión. Ambos aspectos de la cultura son evidentes, no necesitan comprobación alguna y, sin embargo, ninguno goza de una jerarquía intelectual sólida. Para Gutiérrez, la lengua es vehículo de las ideas y no puede «fijarse» sin atentar contra el progreso de estas nuevas naciones: «Se transformará, sí, y en esto no hará más que ceder a la corriente formada por la sucesión de los años, que son revolucionarios irresistibles».¹⁷² En tanto, la religión legada es percibida como desconocedora de los principios de la doctrina de Cristo, anquilosada y corrompida, tópico presente a lo largo de toda la *América poética*.¹⁷³ De este orden de ideas resulta que la comunidad hispanoamericana no está constituida de antemano como algo firme e inmutable, sino que requiere de una potencia volitiva que reformule ambas instituciones e instaure nuevos parámetros tendientes a materializar la anhelada concordia.

Entonces, la *América poética* viene a manifestar, a señalar como un innegable *continuum* el *pensamiento*, materia escurridiza, noción abstracta que, sin embargo, se da por positiva en el prólogo de la obra. ¿Cuál es este pensamiento?, ¿cuáles sus propiedades?, ¿puede distinguirse después de leer atentamente las poesías de la colección? Preguntas tan provocadoras como inciertas.

Pese a la seguridad con que Gutiérrez anuncia la existencia de esta unidad intelectual, algunas razones invitan a suponer que se trata más de un deseo o de una hipótesis que de un corolario emanado del conjunto lírico. En primer lugar –y como se ha insistido hasta el cansancio–, el prospecto tiene algo de promisorio, apela a un convencimiento que no admite titubeos y que implica una escritura persuasiva; constituye el modo de presentar una obra a fin de sumar suscriptores que posibiliten la factura del plan. En segundo término, si bien se dispone de cierto cúmulo de base para iniciar el lanzamiento de los fascículos (el rioplatense algo extendido), al escribir estas palabras introductorias el compilador está lejos de tener a la vista la totalidad de los materiales que conformarán el volumen: el epistolario corrobora –de nuevo– que una buena cantidad de poetas es convocada en plena publicación y que muchos arreglan sus obras al calor de las prensas. De allí se sigue que el mismo Gutiérrez no cuenta al momento de escribir estas palabras con absoluta certeza acerca de la existencia unánime de este pensamiento, aunque puede conjeturarse que su misma selección haya aportado a construirlo.

¹⁷² JMG, *Cartas de un porteño. Polémica en torno al idioma y a la Real Academia Española*, est. prel. de Jorge Myers, Buenos Aires, Taurus (Nueva Dimensión Argentina), 2003, p. 71.

¹⁷³ Algunos ejemplos entre muchos: «Por la codicia el hombre enceguedido, / un Dios, como él, fanático anunciaba, / y a criminal olvido / sus sagrados preceptos relegaba» (Florencio Balcarce 1: vv. 103-106); «[el español] sacrilego arbolando / la enseña de tu cruz en burla impía, / cuando más profanando / tu religión con negra hipocresía, / para gloria del cielo / cubrió de excesos el indiano suelo!» (Andrés Quintana Roo 1: vv. 85-90).

La *América poética*, en tanto pugna por esta pretendida armonía de pensamiento, contribuye al sustento teórico de Hispanoamérica y a la definición de sus atributos: «Durante exactamente medio siglo, estas antologías recogen la producción poética americana, registrando, como es natural, ampliaciones y reducciones, exaltaciones y rechazos, pero con una finalidad invariable: demostrar y producir unidad».¹⁷⁴ *Persuadir* es el mandato epocal del credo americanista; los adeptos deben, por su parte, ejercitar su confianza, practicar un acto de fe y acreditar la existencia de una unidad de pensamiento.

En las antípodas, sobreviven los vestigios de una larga tradición de arrogancia y denuestos: hacia 1846 son todavía usuales los apurados juicios de algunos críticos que llegan desde España. Por esos días aparecen las «Consideraciones sobre la situación y porvenir de la literatura Hispano-Americana» de Antonio Alcalá Galiano,¹⁷⁵ en donde el autor descalifica la literatura posterior a la independencia por carecer de obras de mérito y donde afirma, entre otras tantísimas cosas, que se «halla todavía en mantillas». Echeverría, indignado, agrega una apostilla a su «Ojeada...» en donde replica enérgicamente al español, acusándolo de no estar «bien informado sobre las cosas americanas».¹⁷⁶

En este contexto vindicativo se inscribe la *América poética*. Sin duda conforma ese nutrido catálogo de libros que pretenden exhibir la grandeza vernácula ante la ofensa ibérica, esa pródiga tradición que funda Juan José de Eguiara y Eguren con su *Bibliotheca* (1755), concebida con el fin explícito de «vindicar de injuria tan tremenda y atroz a nuestra patria y a nuestro pueblo, y demostrar que la infamante nota con que se ha pretendido marcarnos es, para decirlo en términos comedidos y prudentes, hija tan sólo de la ignorancia más supina».¹⁷⁷ Al empeño que asumen los americanos por engrandecer sus méritos para contrarrestar las infamias europeas, se une ahora esta colección. Así, por lo menos, lo manifiesta una reseña aparecida en *El Álbum Mexicano* de 1849: «La *América poética* es, no solamente un monumento levantado a la gloria de los ingenios del continente; es una *vindicación* solemne que responde a los que nos representan día a día sumidos en la más dolorosa barbarie».¹⁷⁸

¹⁷⁴ Rosalba Campa, «Las antologías hispanoamericanas...», p. 40.

¹⁷⁵ El escrito de Alcalá Galiano aparece en el *Comercio del Plata*, números 234, 235 y 236, correspondientes a los días 24, 25 y 27 de julio de 1846.

¹⁷⁶ Esteban Echeverría, *Dogma Socialista de la asociación de Mayo...*, p. 99.

¹⁷⁷ Juan José de Eguiara y Eguren, *Prólogos a la Biblioteca mexicana*, nota prel. de Federico Gómez de Orozco, versión española anotada, con un est. biográfico y la bibliografía del autor por Agustín Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 58. Eguiara y Eguren gasta muchos años en conformar la réplica a Manuel Martí Zaragoza, quien con ultrajantes argumentos descalifica la cultura escrita de América. Para ello recopila la producción intelectual del mundo novohispano a fin de componer la más inmensa suma de la época, con más de mil semblanzas concluidas, de las cerca de cinco mil previstas en el plan inicial, que queda inconcluso.

¹⁷⁸ *El Álbum Mexicano. Periódico de Literatura, Artes y Bellas Letras* (México), publicado por Ignacio Cumplido, t. I (1849), p. 614 (el destacado es mío).

Desde siempre los intelectuales americanos se han visto en la necesidad de asumir la defensa de su producción espiritual. Redimir de los ataques a la cultura americana, salvaguardar la dignidad de la inteligencia criolla es un gesto que se repite, invariablemente, desde la instauración de la colonia. Las circunstancias son otras, el objetivo es el mismo: demostrar la relación de igualdad que determina el vínculo de la cultura americana con la europea. Al propósito interno dirigido a plasmar la ansiada unidad corresponde otro externo, encaminado a mostrar al mundo las potencialidades líricas que en nada deslucen. La *América poética* se erige en otro alegato, otra prueba del mérito de la lira americana:

Nos guía en la publicación que anunciamos una intención muy seria. La tenemos por acto de patriotismo, mirando en ella uno de los testimonios que aún faltan para convenir de que en el pensamiento americano hay elevación, nobleza y unidad.¹⁷⁹

Y para ello, qué mejor argumento que exhibir las joyas de la inspiración autóctona, demostrando de este modo «la madurez intelectual y artística de los pueblos americanos».¹⁸⁰

II.2.3. México y el esfuerzo integracionista

Un aspecto ignorado aunque decisivo de la *América poética* es la recurrente presencia que tiene México a lo largo de sus 823 páginas. Estadísticamente, luego de Argentina, es el país con más poetas, once, representando estos el 20% del total. Tal magnitud cobra mayor relieve si se considera la distancia geográfica, la cual ubica a México en una posición marginal con respecto a los países del sur, al menos en cuanto a tráfico literario se refiere. En 1870, por ejemplo, fecha no muy lejana a la publicación de la *América poética*, Ignacio Manuel Altamirano, antes de reproducir los versos que Andrés Bello consagra a México en la «Alocución a la poesía», observa: «las obras de Bello, como las de la mayor parte de los poetas sudamericanos, son menos conocidas en nuestro país que las de los más insignificantes poetas españoles o franceses, lo cual lamentamos mucho».¹⁸¹ Este aislamiento, si por un lado se redujo con el tiempo, por el otro parece haber sido una valla constante, al grado de que todavía en 1890, Francisco Sosa, en el prólogo a sus *Escritores y poetas sud-americanos*, advierte:

Lejos estamos de abrigar la pretensión de poder dar perfecta idea del estado actual de la literatura sud-americana con la publicación de los estudios contenidos en este libro... La distancia que nos separa del Sur, lo irregular de las comunicaciones, y otras causas que

¹⁷⁹ JMG, «Los editores», en *América poética*, p. 1.

¹⁸⁰ Rosalba Campa, «Las antologías hispanoamericanas...», p. 41.

¹⁸¹ Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, selec. y estudio prel. de Edith Negrín, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 295.

sería enojoso enumerar, nos obliga á escribir con lentitud, toda vez que nos privan de los datos que necesitamos para desempeñar concienzudamente la tarea que nos hemos impuesto.¹⁸²

Bastan estas referencias para imaginar el esfuerzo físico e intelectual que afronta Gutiérrez a la hora de reunir las composiciones de los poetas mexicanos. Al revisar la parte de su epistolario correspondiente a los años de gestación de la *América poética* (1844-1847), es desolador no encontrar ninguna carta recibida desde México y sí de casi todos los otros países que integran el volumen. Asimismo, mientras para la colección de materiales cuenta con la ayuda de sus pares y amigos diseminados en la parte sur del continente, para el caso específico de México parece haber trabajado con las exiguas noticias que pudo recoger en periódicos (*El Recreo de las Familias*, *El Apuntador*, *El Museo Mexicano*) y en las obras que debió adquirir en su viaje a Europa, como la anónima *Colección de poesías mexicanas* (París, 1836)¹⁸³ y los *Entretenimientos poéticos* de fray Manuel Navarrete (París, 1835).¹⁸⁴ Por otra parte, del mismo epistolario se infiere que las sucesivas entregas de la *América poética* se distribuyeron en Chile, Uruguay, Bolivia, Ecuador y Perú, pero no en México.

La pregunta que inevitablemente surge es por qué, si Gutiérrez contaba con un potencial de poetas chilenos, peruanos, neogranadinos y ecuatorianos, excluye parte del mismo en favor de los mexicanos.¹⁸⁵ A la luz de las observaciones precedentes, es tentador formular la hipótesis de que el lugar honorífico que ocupa México en la *América poética* se corresponde con la intención de integrar a dicho país al contexto cultural hispanoamericano; lo cual parece no haber sido frecuente hacia mediados del siglo XIX.¹⁸⁶ En este sentido, no es casual que cuando un ejemplar de la *América poética* llegue a México, *El Álbum Mexicano* celebre su aparición en estos términos:

¹⁸² Francisco Sosa, *Escritores y poetas sud-americanos*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1890, p. XIX.

¹⁸³ Esta colección se adjudica al sacerdote José María Luis Mora (1794-1850), político liberal, historiador y polígrafo mexicano exiliado en Francia desde 1834 hasta su muerte. Sobre la posible relación entre Mora y JMG, cfr. *supra*, nota 98.

¹⁸⁴ Ofrezco un análisis de las fuentes mexicanas en el artículo «Revistas mexicanas decimonónicas en la *América poética*», en revista *Literatura Mexicana* (México), vol. 24 (2013), núm. 2, pp. 7-29.

¹⁸⁵ En su volumen de la *América poética*, Gutiérrez consigna al final un listado con los poetas que han quedado afuera «y que faltan para completarla». Al margen de los poetas argentinos excluidos (más de diez), se enlistan siete peruanos y tres neogranadinos.

¹⁸⁶ Al igual que Gutiérrez, pero años más tarde, Sosa confía en la eficacia aglutinante de las literaturas continentales: «Y si deseamos generalizar en México el conocimiento de aquellas [las letras sudamericanas], no es porque las consideremos un dechado, sino porque en pos de la fraternidad literaria que su lectura engendrará a no dudarlo, vendrá por modo natural y sencillo la fraternidad política, las íntimas y estrechas relaciones internacionales, y de allí la unión y fuerza de los Estados hispano-americanos en cuyos destinos futuros tenemos gran fe» (Francisco Sosa, *Escritores y poetas sud-americanos...*, p. 15, las cursivas son mías).

Escasas son nuestras relaciones con las repúblicas del Sur, cuando precisamente debiéramos aumentarlas para salvar nuestro idioma, nuestras costumbres, nuestra raza, de la invasión que a todos nos amarga, hasta en la literatura; nosotros vemos como un paso para una alianza, la publicación de la obra que nos ocupa; y esperamos que, aumentándose esa clase de trabajos, llegue el día en que los poetas americanos concurren periódicamente a Panamá, a Lima, &c., como los ingenios griegos a los juegos olímpicos.¹⁸⁷

Si la *América poética* es una alianza que el sur establece con el norte hispano, será lícito indagar la manera específica en que se cuaja tamaño vínculo. En principio, conviene señalar que, a pesar del poco material que tiene, se detecta en la selección de Gutiérrez una perspectiva generacional de la poesía mexicana. Resulta por demás sugerente que las generaciones literarias esbozadas por Altamirano en 1870 se proyecten en forma retrospectiva sobre el trabajo de Gutiérrez.¹⁸⁸ Sumando a la «generación de la Independencia» (1821) y a la de la «Academia de Letrán» (1836), la «generación de la Arcadia» (1806), destaca en la *América poética* una cabal periodización: fray Manuel Navarrete (Arcadia), Francisco Sánchez de Tagle y Andrés Quintana Roo (Independencia), Guillermo Prieto, Fernando Calderón, José María Lafragua, Joaquín M. de Castillo y Lanzas, Manuel Carpio y José Joaquín Pesado (Letrán).

Ahora bien, esta coincidencia no es más que un dato fortuito. En todo caso, aquello digno de examinar es la elasticidad temática que debe adoptar Gutiérrez a la hora de incluir poetas mexicanos. El prólogo a la *América poética* expone claramente su intención de privilegiar la naturaleza americana sobre los poemas que cantan las glorias nacionales: «Hemos preferido aquellas composiciones que tienen relación, por el asunto o por el colorido, con el genio, la índole y la naturaleza de nuestro continente, desechando las inspiraciones de la pasión en las luchas civiles, y ahorrando, en lo posible, las exageraciones del entusiasmo en los himnos de triunfo nacional».¹⁸⁹ Una ligera lectura es suficiente para comprobar que esto no se cumple en absoluto en el caso de México. Por una parte, los poemas más significativos son justamente cívicos, como los de Quintana Roo, Lafragua, Tagle y Castillo y Lanzas. Por la otra, el tan manido color local apenas asoma en uno que otro poema, con fugaces, si ya no insignificantes, alusiones a los bosques de Jalapa (Castillo y Lanzas), al Atoyac (Carpio) y al Ajusco (Couto).¹⁹⁰ Y esto sin contar,

¹⁸⁷ *El Álbum Mexicano. Periódico de Literatura, Artes y Bellas Letras* (México), publicado por Ignacio Cumplido, t. I (1849), p. 615.

¹⁸⁸ Si bien tomo la cronología propuesta por Altamirano (por su cercanía epocal), conviene puntualizar que los estudios críticos actuales proponen divisiones alternas y conceptos más acordes a la realidad decimonónica. Cfr. Belem Clark de Lara, *Letras mexicanas del siglo XIX. Modelo de comprensión histórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2009, especialmente pp. 71-78.

¹⁸⁹ JMG, «Los editores», en *América poética*, p. 2.

¹⁹⁰ La ausencia del paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX es atribuida, en parte, a la rigurosa preceptiva poética en boga, la cual aconseja sujetar el sentimiento a las correctas reglas del arte. Cfr. Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, selec. y est. prel. de Edith

por el momento, el lugar que ocupa Navarrete, el cual complica aún más el cuadro al tiempo que lo hace más atractivo.

De esta suerte, la exclusión del paisaje se compensa con la integración de otros temas y tópicos del romanticismo –presentes, sobre todo, en los poetas de Letrán–, como la experiencia mórbida, la atracción por la muerte, la mujer anhelante de amores luego abandonada, la ausencia de la amada, etc. En tanto –este es un punto sobre el que vale la pena insistir–, los cantos civiles trazan un mapa político de México, puesto que esos *himnos triunfales* le ofrecen al lector sudamericano la posibilidad de reconstruir, en sus detalles inmediatos, su particular devenir histórico. Es así como se establece una secuencia lineal que recrea el grito de Hidalgo:

Llenóse, empero, la fatal medida,
de México se abrieron los anales,
do grabados con sangre, tantos males
vio la naturaleza estremecida.

Encadenadas, las humildes manos
elevó al cielo el infeliz colono:
llegó su voz hasta el fulgente trono,
y condolido Dios, «no más tiranos»,
dijo; e *Hidalgo* fue: su noble aliento
Anuncia «patria» en el feliz «Dolores»;
y enajena oprimidos y opresores
de «Independencia» el seductor acento.

Acento que a las víctimas que gimen,
como al amante la esperanza, encanta:
acento que a los déspotas espanta
como al reo el recuerdo de su crimen...

(Lafragua 1: vv. 33-48)

la muerte de Hidalgo y el ímpetu libertario de Morelos:

Negrín, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 289-290 y Pablo Mora, «La crítica literaria en México: 1826-1860», en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. 1., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 355-376. Asimismo, la carencia del paisaje es una de las razones que motivan el estudio de Sosa, puesto que los poetas sudamericanos expresan el paisaje americano de una manera ejemplar. Años antes, en 1870, Altamirano aplaudía la poesía de Bello porque en ella los jóvenes poetas sudamericanos habían aprendido a admirar «el cielo de la América..., las masas inmensas de los Andes... la alfombra inmensa de las pampas silenciosas..., los precipicios pavorosos que dividen las cadenas montañosas..., las riberas del mar... Por eso sus discípulos... cantan siempre sus mares, sus montañas, su cielo, su sol, sus flores, sus pampas y sus vírgenes. Cantan a su patria, cantan su libertad» (Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina...*, pp. 290-291).

»¿Y qué, cuando llegado se creía
de redención el suspirado instante,
permítes, justo Dios, que ufano cante
nuevos triunfos la odiosa tiranía?
El adalid primero,
el generoso Hidalgo ha perecido:
el término postrero
ver no le fue de la obra concedido;
mas otros campeones
suscita que rediman las naciones.»

Dijo, y Morelos siente enardecido
el noble pecho en belicoso asiento;
la victoria en su enseña toma asiento
y su ejemplo de mil se ve seguido.
la sangre difundida
de los héroes su número recrece,
como tal vez herida
de la segur la encina reverdece
y más vigor recibe
y con más pompa y más verdor revive.

(Quintana Roo 1: vv. 111-130)

la heroicidad de Guerrero, el acuerdo con Iturbide y la exaltación de éste:

Y el noble Guerrero, señor de sí mismo,
cediendo gustoso de jefe el bastón,
imprime en su nombre de prez, de heroísmo,
eterno, fulgente, glorioso blasón.

[...]

Empero entre todos brilla Iturbide
rigiendo a los suyos y al fiero español,
cual brilla y los astros soberbio preside
en medio a los cielos el nítido sol.

(Lafragua 1, vv. 159-162, vv. 167-170)

Mas ¿quién de la alabanza el premio digno
con títulos supremos arrebató,
y el laurel más glorioso a su sien ata,
guerrero invicto, vencedor benigno?

El que en Iguala dijo:
«Libre la patria sea» y fúelo luego,
que el estrago prolijo
atajó y de la guerra el voraz fuego,
y con dulce clemencia
en el trono asentó la Independencia.
[...]
¡oh Iturbide inmortal!

(Quintana Roo 1: vv. 131-140, v. 144)

el Primer Imperio y la ejecución de Iturbide:

Y cual destroza al elevado cedro
del terroroso rayo la fiera
del padre de la patria la cabeza
el golpe vino a herir.

No digamos que débil, fascinado,
deslustrando el laurel de la victoria,
bajó del alto asiento de la gloria
y hasta rey se abatió;
no lo digamos, no; que nuestras frentes
el sello vil del parricidio marca:
si graves faltas cometió el monarca
un crimen las borró.

(Lafragua 1: vv. 312-323)

y, por último, la victoria de Santa Ana en Tampico contra las tropas españolas que pretendieron reconquistar México en 1829:

¡Al arma, ciudadanos!
Aprestaos a la guerra,
que huellan nuestra tierra
con sacrílega planta los hispanos!

Con animado rostro, en que se vía
profética señal de la victoria
lucir encantadora,
noble adalid del suelo anahuacense,
SANTA-ANA se presenta; y dice: «Amigos,

los duros opresores de la patria
osado han temerarios
invadir nuestro suelo
y sus planes nefarios
pretenden ocultarnos bajo el velo
de nuestra religión y bien seguro.
¿Quién en ellos no advierte
que lo que anhelan más es nuestra muerte,
y la renovación de su dominio?
Completemos veloces su exterminio
y en una heroica y rápida jornada
quede tal arrogancia escarmentada
y el pueblo mexicano
libre por siempre más de su tirano».

(Castillo y Lanzas 5, vv. 282-304)

Sin olvidar, por supuesto, la repetida alusión a ese período de anarquía que signa a los países hispanoamericanos una vez consumadas sus respectivas independencias:

En señor el colono convertido
presa fue de la pérfida anarquía:
era ciego... la luz del medio día
no pudo resistir.

(Lafragua 1, vv. 308-311)

Todo es calma y dulzor, ¿y el hombre?... ¡oh Luna!
huye veloz del tachonado cielo,
tu luz le es importuna
y a la maldad consagra su desvelo.
No alumbres, no, los crímenes atroces
que unos contra otros sin cesar maquinan:
mutuamente feroces
al dolor y a la muerte se destinan.
O víctimas o cómplices furiosos
busca tan solo el hombre en sus hermanos,
con ojos sanguinosos
en el vagar amenazante insanos.
[...]

¡Y es a tu nombre, oh patria idolatrada,
que los malvados fraguan tantos daños
con los que destrozada
aparezcas infame a los extraños!

[...]

Las antiguas heridas aún gotean
¡y abrirte quieren nuevas, insanables,
los que amarte vocean,
hipócritas, perversos, detestables!

(Tagle 1, vv. 57-104).

Los cantos civiles, al cifrar el comienzo de las guerras de independencia hasta los últimos intentos de la Corona por no perder sus dominios americanos, cumplen una suerte de papel educativo. Mediante dicho recurso, se acentúa la definitiva emancipación de México (y de América) y su ulterior problemática para configurarse como «nación independiente y libre».

En este contexto, ¿qué papel juega en la *América poética* fray Manuel Martínez de Navarrete? ¿Por qué es el autor mexicano con más composiciones? Anclado en una corriente estética que hacia 1846 no tenía mayor linaje y, en rigor, poeta colonial (murió en 1809), Navarrete era el menos indicado para figurar en una colección americanista: ni histórica ni temáticamente tenía cabida. La primera conjetura es que la inclusión de Navarrete hay que estudiarla en relación con el anhelo de mostrar una Hispanoamérica que avanza hacia su consolidación. Un breve paréntesis dará cuenta hacia dónde se dirige esta propuesta.

Cuando en 1910 Luis G. Urbina incluye a Navarrete en la *Antología del centenario*, justifica tal decisión destacando el nuevo horizonte que el árcade importa para el desarrollo posterior de la poesía mexicana. Según el crítico, Navarrete representa el punto de partida de una nueva etapa, en tanto que limpia y pule de una vez y para siempre los excesos del gongorismo, aún vitales en los poetas mexicanos de finales del siglo XVIII:

¿Quién es ese poeta, que con la miel bucólica de los tiempos de Boscán, clarificada momentos después por el lusitano Montemayor y por Gil Polo, edulcoraba la fruta, insípida antes y de áurea corteza, de la poesía colonial? ¿Qué aliento virgiliano, venido del mismo seno de la Naturaleza, no del oscuro rincón del aula, con fragancia de campiñas en flor, y no con olores de manoseados escolios, oreaba los vetustos arabescos de las ruinas escolásticas?¹⁹¹

¹⁹¹ Luis G. Urbina; Pedro Henríquez Ureña; et al., *Antología del centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia* [1910], 2ª ed., México, Porrúa, 1985, p. XXIII.

En verdad, el juicio de Urbina no es más que una reproducción solapada del de Francisco Pimentel, para quien Navarrete se personifica como el *restaurador del buen gusto* en la poesía mexicana. Su obra representa el equilibrio justo entre prosaísmo y culteranismo, puesto que en ella «logró, generalmente hablando, tomar el término medio conveniente, usar el tono verdaderamente poético, y hermanar la sencillez y la naturalidad clásicas sin bajeza ni vulgaridad». ¹⁹² Pimentel, incluso, esgrime juicios más osados: la época nada propicia en la cual Navarrete escribe, da a su poesía una excelencia y un mérito indudables. Tal vez algo de todo esto estuviera latente en el pensamiento de Gutiérrez. Empero, habría que indagar en qué medida la inclusión de Navarrete en la *América poética* puede estar determinada por los desmedidos elogios que se leen en las ediciones póstumas de sus obras (a los que Gutiérrez suma los propios). En ellas, Navarrete es declarado el primer poeta del continente, «el Cisne americano», con todo lo que esto implica a principios del siglo XIX. Pero quien va más lejos aún, es el editor Alejandro Valdés, cuyas palabras en el prólogo al lector revisten uno de los propósitos de la *América poética*:

¿Qué espectáculo podrá haber más interesante a tus ojos, que el presenciar cómo se va difundiendo en este septentrión el benigno resplandor de las luces, al paso que se eleva por su horizonte el sol hermoso de la libertad?¹⁹³

De esta manera se explica, en parte, por qué Navarrete es una de las figuras centrales de la colección de Gutiérrez (junto con Bello, Echeverría, José María Heredia y Gertrudis Gómez de Avellaneda). En ese afán por mostrar el ingenio del continente, el fraile se erige como antecedente de un nuevo tiempo. Asimismo, el rótulo de primer poeta americano se enlaza con la noción de libertad, en tanto que se presume ver en esos versos arcádicos, idílicos, la expresión auténtica de un sentimiento vivo por la naturaleza. Sentimiento que si bien no se particulariza en paisajes específicos, se interioriza y se expresa en un tono «delicado de tristeza, de amor o de nostalgia», nunca antes pulsado. ¹⁹⁴ «De este modo —observa el mismo Ruedas—, los románticos quisieron ver en él, anacrónicamente, una especie de augurio romántico».

Azaroso o no, lo cierto es que el despliegue generacional de los escritores mexicanos que establece la *América poética* pone al alcance del lector sudamericano un panorama bastante completo de la poesía <anahuacense> de la primera mitad del siglo XIX así como de su historia patria. Inversamente, cuando la *América poética* llega a México,

¹⁹² Francisco Pimentel, *Historia crítica de la poesía en México*, en *Obras completas*, t. IV, México, Tipografía Económica, 1903, p. 112.

¹⁹³ Fray Manuel Navarrete, *Entretenimientos poéticos*, t. I, México, Imprenta de Valdés, 1823, p. VIII.

¹⁹⁴ Jorge Ruedas de la Serna, «De zagales y mayores. Notas para la historia de la Arcadia de México», en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 118.

los círculos letrados conocen un caudal inapreciable de poesía sudamericana. Aunque no pueda afirmarse, hay suficientes indicios para pensar que Altamirano, cuando pasa revista a las producciones surianas en su ensayo «De la poesía épica y de la poesía lírica en 1870», tiene a la vista un volumen de la *América poética*. Aun antes, en 1849, aparece el volumen en un significativo escenario: como premio en el concurso para elegir la letra del himno nacional mexicano, certamen promovido por la Academia de Letrán.¹⁹⁵ El que sea la *América poética* el galardón escogido para laurear al ganador (Félix María Escalante) persuade con suficiente argumento de la consideración y estima con que los lateranenses reputaron la colección, ligando –a partir de esta pequeña anécdota– la lírica «patriótica» al fraguado remanso continental.

¹⁹⁵ Cfr. sin firma, «Academia de Letrán», en *El Siglo Diez y Nueve* (México), t. II, núm. 249 (6 de septiembre de 1849), p. 272, columna 1 y 2.

III. CRITERIOS DE EDICIÓN

Lo que hoy conocemos por *América poética* es la reunión en un volumen de los 13 fascículos coleccionables publicados en Chile durante 1846-1847. Este volumen (1x + 823 pp.), compuesto con esmero tipográfico e impreso en cuarto mayor, tiene la siguiente portada: AMÉRICA POÉTICA. / COLECCION ESCOJIDA / DE COMPOSICIONES EN VERSO, / ESCRITAS / POR AMERICANOS EN EL PRESENTE SIGLO. / Parte Lírica. / “Ningun lazo de union y afecto entre los pueblos será / jamas tan fuerte como el del cultivo de las mismas / artes y del mismo idioma.” / RAFAEL MARIA BARAL.— *Hist de Venez. Paris*, 841 / S. T. / VALPARAISO. / IMPRENTA DEL MERCURIO, / CALLE DE LA ADUANA, N. 24. / 1846.

Estos datos admiten dos ambigüedades en cuanto a su registro catalográfico. En primer término, la originada por la reserva autoral que exhibe la portada, en la que Juan María Gutiérrez se abstiene de estampar su nombre o su sigla. Pese al recato, no existen dudas sobre su cualidad de autor (cfr. *supra*, apartado II.1.2), razón por la que cito siempre reponiendo el crédito principal. Por otra parte, el hecho de que se haya publicado entre los meses de febrero de 1846 y junio de 1847 es causa de que algunos especialistas prefieran contemplar la fecha de finalización de la obra, consignando, por tanto, 1846-1847. Hecha la aclaración del caso, no veo inconveniente en citar la obra por la data inscripta en la primera plana, esto es, 1846.

Si de suyo cada época y cada geografía deparan al editor moderno problemas concretos a la hora de definir los criterios ecdóticos y filológicos que guían su trabajo, el establecimiento de pautas para una *colección* implica, además, dificultades específicas. Esta adscripción genérica conlleva al menos dos peculiaridades: 1) la reunión de escritores con tradiciones textuales disparejas, 2) el difícil arbitraje entre el mandato de autor y el oficio del editor —entiéndase Juan María Gutiérrez—.

1. Fuentes

En lo que respecta al primer punto, los poemas coleccionados gozan de una suerte editorial disímil. Mientras algunas obras cuentan por único testimonio el sobreviviente en la *América poética*, otras, en cambio, fueron publicadas en periódicos, libros de autor, certámenes poéticos y repertorios nacionales o continentales. Aun así, muchas veces sucede que el espectro de ediciones no se traduce en provecho crítico: en la mayoría de los casos sólo se multiplican las erratas.¹ Por ello, y ante la imposibilidad de cotejar *todos* los testimonios, he desistido de emprender una edición crítica, para la cual sería necesario (o al menos muy provechoso) existieran trabajos bien documentados de cada autor en particular. Es ciertamente lamentable que las letras latinoamericanas y caribeñas prescindan de estas tentativas, habida cuenta de la falta que hacen ediciones críticas de las obras de Echeverría, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, de Navarrete, de Heredia... (pudiendo incluso seguir la enumeración hasta agotar casi todo el índice). ¿Cómo se pueden emprender estudios serios sin contar con fuentes fiables? La queja que gobierna la colección cobra una triste vigencia: «nos falta una copia de datos *suficientemente metodizados*».²

Por esta misma razón consideré oportuno adelantar en algo la tarea cotejando el texto base, esto es, la *América poética* de 1846 con *algunas* versiones: esta suerte de camino intermedio salda en parte la deuda y allana el campo a proyectos futuros de más largo alcance. En esta lógica, rastree –hasta donde fue posible– los originales utilizados por Gutiérrez, descubiertos a través de las pistas que ofrecen su epistolario y las noticias sobre los autores que preludian los poemas, y a partir de su confrontación elaboré un aparato de notas que da cuenta de las lecciones variantes. No siempre el acceso a las ediciones puntuales fue posible, a veces por no contar con datos suficientes, otras por tratarse de libros de difícil localización, artículos dispersos o manuscritos. Ante esta circunstancia, traté de presentar la edición más cercana en el orden de lo temporal.

¿Qué sentido tiene esta metodología?

1. En primer término persigue un fin práctico: descubrir y enmendar errores de traslado. Como es sabido, ningún impreso escapa de las fastidiosas erratas; en el caso de la *América poética*, muchas surgen de la copia misma del original. A partir del cotejo se han

¹ Se ha constatado que el aumento de lecciones responde, en buena proporción, a la multiplicación de erratas, sobre todo en las antologías que proliferaron a partir de mediados del siglo XIX, muchas de las cuales derivan de la *América poética*. Cfr., sin ir más lejos, la recuperación que hace Marcelino Menéndez y Pelayo de los versos de Francisco M. Sánchez de Tagle en su *Historia de la poesía hispano-americana*, donde arrastra una enmienda de JMG derivada a su vez de una errata (ver notas a poema 1 de Tagle, vv. 1 y 2).

² JMG, «Los editores», en *América poética*, p. 1, el subrayado es mío.

subsano las erratas tipográficas, esto es, las que corresponden al proceso compositivo de los moldes, donde el cajista cambia una letra por otra, agrega u omite un carácter.

2. La localización de las fuentes utilizadas por Gutiérrez permite, además, reconstruir el singular acervo que sustenta la obra, a la vez que echa luz sobre los diversos soportes materiales que prestaron asiento a la poesía hacia mediados del siglo XIX, mismos que pueden reducirse a la siguiente lista:

- libros de autor
- libros colectivos o colecciones
- publicaciones periódicas
- manuscritos.

Resulta interesante corroborar cómo Gutiérrez se abstiene de limitarse a un solo «surtidor» y busca –a veces obstinadamente– ampliar los márgenes de los libros individuales con poemas aparecidos en los más remotos periódicos. Además de la intrínseca cuestión estética que guía la elección del antologador, existen otras que, aunque hipotéticas, pueden contribuir a comprender esta práctica:

a. *Actualidad*. El volumen que sirve de cantera para extraer las obras de Gertrudis Gómez de Avellaneda es *Poesías* de 1841. Con el fin de completar el repertorio y ganar en novedad, se incluyen obras publicadas en *El Laberinto, periódico universal* y en el *Correo de Ultramar*. Con ellas se garantiza llenar el vacío que se abre entre 1841 y 1846. Esto mismo sucede con muchos autores. La noción literaria de Gutiérrez está encaminada en este sentido, pretende «reunir en un cuerpo las obras escogidas de aquellos americanos que como poetas se han distinguido en los tiempos más recientes»,³ y aquí el término «reciente» cobra toda la fuerza de un precepto. Por este mismo motivo, convoca a los poetas con los que mantiene comunicación a enviar sus últimas producciones. Así, manuscritos y periódicos son los medios que patrocinan la codiciada actualidad.

b. *Normativa / modelo / traducción*. Gutiérrez toma las composiciones de Castillo y Lanzas directamente del tomo que reúne sus poesías, editado en Filadelfia en 1835, sin embargo desdeña la mayoría de las obras allí reunidas y en cambio incluye la traducción que el mexicano hiciera de «La oración», poema de Felicia Dorotea Hemans, publicada en *El Recreo de las Familias*, 11 (1 de abril 1838), p. 417. ¿Por qué escoger, entonces, una pieza ajena a este volumen? La pregunta se hace todavía más recóndita cuando consideramos que ni siquiera pertenece al mismo Castillo y Lanzas, sino que se trata de una traducción de una poeta lakista. Éste no es el único caso; de hecho, la *América poética* está plagada de traducciones. A Gutiérrez no sólo le interesa reunir un conjunto de poesías más o menos distintivo de la lira americana, sino también los influjos que de uno u otro modo la permean y sirven de arquetipo. Si la *América poética* cuenta entre

³ JMG, «Los editores», en *América poética*, p. 1.

sus funciones una eminentemente normativa, debe enseñar no sólo a los poetas locales sino una apropiación preceptiva del modelo (europeo-norteamericano). De forma que las traducciones emprendidas por nuestros poetas son el medio que hace inteligible el modelo, y éstas son más fácilmente localizables en las revistas contemporáneas. Conviene agregar que esta suerte de «eclecticismo editorial» es, no obstante, otro síntoma del afán compilatorio del autor, *consagrado* (pues ha sido su *misión* romántica) a reunir y clasificar materiales literarios de las más extrañas procedencias.

3. Retomemos el hilo del argumento. La tercera razón por la que se propuso el rastreo de las fuentes en donde abreva la *América poética* y el cotejo de estas versiones tiene que ver con el estudio del ejercicio editorial decimonónico y su compleja intervención textual. Así como en un nivel macroestructural Gutiérrez aplica ciertos criterios selectivos (analizados en el estudio precedente), en la microestructura –es decir, en el poema– pone en práctica una serie de operaciones que lo alejan del rol pasivo adjudicado a los coleccionistas. Las mismas pueden agruparse en dos ejes:

a. Aquellas que otorgan unidad al libro y tienden a homogeneizarlo. Aun tomando en cuenta la inestabilidad del oficio a mediados del siglo XIX, el trabajo de Gutiérrez se sistematizó en torno a algunas tareas:

- Corrección de versos hipométricos y de versos hipermétricos.
- Relativa uniformidad en el uso de los signos de puntuación.
- Regulación ortográfica, como, por ejemplo, el empleo sistemático de la j por la g o por la x.

b. La tendencia a modificar aquellos pasajes que a los ojos del editor son susceptibles de mejora. Veamos dos ejemplos de estos cambios:

i. En el poema «La noche de insomnio y el alba. Fantasía» (núm. 25), Gertrudis Gómez de Avellaneda narra la aventura intelectual que propicia la vigilia nocturna. Gutiérrez dice tomar este poema de un periódico español, sin especificar la fuente; según mi búsqueda, se trata –como acabo de señalar– de *El Laberinto, periódico universal*. En esta publicación de 1844 la secuencia argumental presentada por la autora es la siguiente: noche, imposibilidad de conciliar el sueño, fantasmas, falta de aire, *pasaje a un terreno yermo e inmóvil*, advenimiento del alba, luz, saludo al Sol. Según el cotejo, Gutiérrez altera la ubicación de dos estrofas y, con ellas, el desarrollo del asunto, de modo tal que da por resultado: noche, imposibilidad de conciliar el sueño, fantasmas, falta de aire, advenimiento del alba, luz, *pasaje a un terreno yermo e inmóvil*, saludo al Sol.

¿Por qué esta variación? La singularidad del poema estriba no tanto en su propuesta temática sino en su innovación formal, ya que las estrofas aumentan gradualmente la medida del verso de 2 sílabas hasta llegar a 14. Más allá del propósito, el resultado es algo fallido, pues dos de sus estrofas centrales rompen la gradación (2-3-4-5-6-7-11-12-10-14): son justamente estas dos estrofas las que entran en conflicto entre la versión del

periódico español y la *América poética*. El «re-ordenamiento» que dispone el editor procura acatar el metro ascendente (2-3-4-5-6-7-10-11-12-14), adelantando el párrafo decasílabo al lugar que métricamente le corresponde y sacrificando así la secuencia lógica o temática de la composición.

ii. Según anota Gutiérrez en su volumen, los versos originales que tiene entre manos a la hora de editar «El cigarro» (núm. 5) de Florencio Balcarce son:

Puedo al fin, aunque en la mano
bebiendo a falta de jarro,
entre mis nietos, anciano,
fumar en paz mi cigarro.
(n. a vv. 13-16)

Sin embargo, la *América poética* propone:

Pueda al fin, aunque en la *fuelle*
aplaque mi sed sin jarro,
entre *mi prole inocente*
fumar en paz mi cigarro.
(vv. 13-16)

En nota manuscrita, apunta:

Yo hice las mutaciones que se notan comparando un texto con otro, para hacer desaparecer los cuatro sonidos homólogos de la cuarteta, *mano*, *jarro*, *anciano*, *cigarro*; defecto visible como un lunar en una composición tan corta y acabada.

Hernán Pas, quien oportunamente reparó en estas notas, afirma que la «[s]i la sutil intervención del antólogo como redactor puede llegar a corregir y reescribir los versos de un poema, es incuestionable que la función crítica no se acota –ni mucho menos– a la selección y presentación de los autores». ⁴ Y, ciertamente, tiene razón (aunque no se trate precisamente de una sutileza). Gutiérrez es un *editor íntegro*. Con esta definición no pretendo exaltar su cualidad de honrado (aunque honradez y buena fe intelectual no le falten), sino el modo total y completo que asume el oficio al que el rótulo «editor» da nombre, encarnando con anticipo una profesión que recién en el siglo XX adquiere contornos precisos. Su documentalismo posee una importancia tanto cuantitativa como cualitativa: «los textos son controlados, verificados y por primera vez <manufacturados>». ⁵

⁴ Hernán Pas, «La crítica editada. Juan María Gutiérrez y la *América poética*», en *Orbis Tertius* (Buenos Aires), año XV, núm. 16, p. 8.

⁵ Nicolás Rosa, «J. M. Gutiérrez: crítica e historia», en *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1987, p. 67.

Y si los ejemplos elegidos son –como todo ejemplo– algo desmesurados, vale decir que su intervencionismo no es constante ni ligero. Lejos está de ser una versión local de Eugène Viollet-le-Duc –aquel arquitecto que recuerda Reyes justamente refiriéndose a los desmanes editoriales–,⁶ ni por el exceso ni por el arte. En todo caso la injerencia se muestra con regularidad y mantiene cierta lógica. La propensión no parece ser *reconstruir*, puesto que no era necesario, sino simplemente *embellecer*.⁷ El criterio estético que habilita las mudanzas fácilmente se asocia al *gusto*, a la pulcritud métrica, tan distantes a la subordinación de la forma al fondo romántica y tan cercanos al preceptismo clasicista. Los dos casos expuestos descubren a un editor interesado en imprimir el «buen sentido» del alto estilo neoclásico a obras deliberadamente escogidas y, muchas veces, de clara filiación romántica: una vez más, ambas escuelas coexistiendo de modo sobrepuesto.

2. Selección de variantes. Editar a un editor

Las prácticas expuestas plantean un dilema medular a la actual edición. ¿Qué criterio escoger para editar la *América poética*? Las opciones son básicamente dos: 1. volver los textos a su forma primitiva, esto es, restablecer la versión original sin mañosos aditivos o trueques; o, 2. conservar el nuevo monumento. Opté por la segunda. Insisto –quizá excesivamente– en este punto: el texto que fijo es la *América poética* de 1846, con todo lo bueno y malo que pueda tener. Permítaseme anotar brevemente las dudas y reparos que mediaron esta elección.

El restituir las lecciones propuestas por el autor fue, en un principio, una opción por demás razonable. Si Gómez de Avellaneda compuso el poema de un modo particular, ¿no sería sensato devolverle su original disposición? Quien prepare una edición de las obras de Balcarce con toda lógica optará por desestimar la mejora, por «quitar el invento». Porque ¿no es, según la ecdótica, la voluntad autoral la que debe prevalecer? Pero ¿quién es el *autor* de la *América poética*? Con esto no me refiero al nombre que ocupa tácitamente este cargo, sino, ¿cuál es la voluntad autoral preeminente en una *antología*, en una *colección*?

Supongamos por un instante que opto por restaurar las versiones y eliminar las injerencias del editor. Entonces el dilema sería otro: las injerencias de los autores. En medio

⁶ Alfonso Reyes, «Sobre la crítica de los textos», en *Obras completas*, t. xvi, México, Fondo de Cultura Económica (Letras mexicanas), 1939, pp. 172-182.

⁷ Interesante sería estudiar cómo progresan estos valores hasta llegar a la edición de las *Obras completas* de Esteban Echeverría, donde entra en juego un criterio moral ausente en la presente obra (al menos en el plano microestructural). Consúltase al respecto el sugestivo trabajo de Jorge Myers, «Un autor en busca de un programa: Echeverría en sus escritos de reflexión estética», en Alejandra Laera y Martín Kohan (comps.), *Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría*, Rosario, Beatriz Viterbo editora, 2006, pp. 57-73.

del proceso compositivo de la *América poética*, Luis L. Domínguez envía a Gutiérrez una serie de poemas «que deben ser los primeros que ponga» bajo su nombre, entre ellos «Llegada a Mercedes», «Paseo al Dacá», «Canción de los inválidos», los cuales son desestimados y excluidos. ¿Se le ocurría a alguien incorporar estos poemas? Mármol pide que no se publique «nada de esos mamarrachos que hice antes [del *Peregrino*]»,⁸ a pesar de lo cual integra el índice «A Rosas el 25 de mayo» (núm. 5); ¿debo acaso retirarlo?

Como se ve, no es tan sencillo el asunto. Una solución intermedia sería respetar la voluntad de Gutiérrez en cuanto *antologador-coleccionista* en la generalidad organizativa del volumen, y la de las autoras y los autores en la fijación de los poemas: la microestructura y la macro. Esto es para mí como separar alma y cuerpo y considerarlos entidades independientes. Además, ¿debemos presuponer que los poetas *a priori* e invariablemente rechazan cualquier tipo de enmienda? La respuesta parece ser negativa. Mármol dice en la carta recién citada: «le doy licencia para que reimprima el reto a la España, *corrigiendo lo que quiera*»,⁹ Juan Godoy muestra profunda gratitud ante los cuidados de Gutiérrez y lo expresa con vivo énfasis: «Las demás correcciones que usted me indica las creo muy justas y se las agradezco porque los errores son míos; mas como las que el *Museo* cometió, redundan en perjuicio mío y usted los ha corregido, también se lo agradezco muy de veras».¹⁰

Los límites, además, no siempre son precisos. La *América poética* incluye el famoso «La victoria de Junín, canto a Bolívar» (núm. 4, más conocida como el «Canto a Junín») de José Joaquín de Olmedo. Según se anota en la presentación bio-bibliográfica, el mismo Olmedo envió a Gutiérrez algunas correcciones manuscritas que «mejoran considerablemente el texto que seguimos» (p. 1163). En este caso como en tantos otros análogos, ¿cómo discernir cuáles fueron las variaciones del autor y cuáles del antologador?, ¿cómo desmembrar unas y otras para conservar las del autor y deshacer las del editor? El «original» propuesto es la *América poética* de 1846: lo que interesa aquí es *reeditar, actualizar* la *antología*, no un listado de poemas eventualmente agrupados hacia mediados del 1800. El lector cuenta, no obstante, con la lección autoral en nota.

3. Ordenamiento y aparato de notas

Dicho lo anterior, ¿en qué se diferencia la presente de una edición paleográfica? En mucho, pues. En primer lugar, porque se actualizan la ortografía y la puntuación, dos elementos que deben ser revisados a fin de disponer la obra para un público no

⁸ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 354, 27-8-1846, de José Mármol, Montevideo, a JMG, p. 69.

⁹ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 1, carta n° 354, 27-8-1846, de José Mármol, Montevideo, a JMG, p. 68, el subrayado es mío.

¹⁰ JMG, *Archivo. Epistolario...*, t. 2, carta n° 348, 5-6-1846, de Juan Godoy, Santiago de Chile, a JMG, Valparaíso, p. 61.

necesariamente académico. Se corrigen, además y como ya se dijo, las erratas, entendidas éstas en un sentido amplio: si en un romance se cambia la lección autoral *en* por *entre* convirtiendo el octosílabo en un verso hipermétrico, no dudo de que se trata de un error y corrijo según la edición consultada (cfr. Gómez de Avellaneda 18: v. 70); si en la *América poética* aparece *llenos* en lugar de *lleno* y con ello se rompe la exigencia métrica, corrijo (cfr. Echeverría 14: v. 24); si aparece el inexacto «hielo desecho» restituyo «hielo deshecho» (Gómez de Avellaneda 15: v. 17).

Como podrá observarse a lo largo de todo el volumen, muchas veces sirvieron de advertencia las notas manuscritas que el mismo Gutiérrez hiciera en su volumen particular.¹¹ En él hizo reajustes y adicionó información de diversa índole, especialmente sobre la bio-bibliografía de los poetas reunidos: las correcciones (generalmente erratas) junto con los escolios manuscritos se recuperaron e integran el aparato de notas. Estas notas manuscritas ofrecen un rico registro informativo sobre el genotexto; sin embargo –y este no es un dato menor– muchas veces no corresponden al proceso creativo de la *América poética* de 1846 sino al de su segunda edición, publicada 20 años más tarde.¹² Como señalé en el estudio preliminar, esta segunda edición es parcial y tan diferente de la primera que sin esfuerzo se la puede considerar una obra autónoma.¹³

En cuanto a la disposición general del tomo, conservo el ordenamiento original, aun cuando algunos autores estén posicionados de acuerdo al segundo apellido y no al primero. A fin de sistematizar las referencias se numeraron los versos y los poemas, reiniciando el conteo de las obras con cada autor.

En la misma lógica, las notas a la prosa (introducción o noticias biográficas) siguen la secuencia de los números arábigos e inician de igual modo con cada poeta (a diferencia de la edición de 1846, donde reinician en cada página). En la primera nota de cada poema se consignan las fuentes sometidas a cotejo. Si existieran referencias bibliográficas complementarias (otras localizaciones de la obra no cotejadas), las enlisto en seguida en una oración independiente. Las demás notas, sean ilustrativas o textuales, se relacionan con la numeración del verso al que remiten.

En congruencia con lo dicho hasta ahora, aparecen a lo largo del libro cuatro tipos de notas:

1. Notas de Juan María Gutiérrez a la edición de la *América poética* (1846): [N. de JMG].

¹¹ Biblioteca del Congreso de la Nación [Argentina], Departamento de Colecciones Especiales, núm. 595.

¹² Se proyectó una segunda edición cuyos fascículos empezaron a circular en Buenos Aires hacia 1866.

¹³ Juan María Gutiérrez, *América poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo con noticias biográficas y juicios críticos*, 2ª ed., t. 1 [único publicado], Buenos Aires, Teodomiro Real y Prado, 1866 (Biblioteca Hispano-Americana, IV).

2. Notas manuscritas de Juan María Gutiérrez a su volumen personal de la *América poética* (1846): [*N. ms. de JMG*].
3. Notas cuya autoría corresponde a los y las poetas coleccionados: [*N. del a.*] / [*N. de la a.*]. Asimismo, [*N. del t.*] cuando se trate de traducciones.
4. Las notas de mi autoría y propias del presente volumen no aparecen antecedidas por ninguna indicación; si hubiere duda, se agrega: [*N. de la e.*].

Utilizo sólo dos siglas: AP para referirme a la *América poética* (1846) y JMG por Juan María Gutiérrez en nota.

4. Criterios textuales

Actualizo la puntuación: se han suprimido las comas que anteceden a conjunciones copulativas y en muchos casos se remplazaron los dos puntos por punto y coma; se suprimieron además las comas que separaban sujeto y predicado. Actualizo, asimismo, la acentuación (especialmente conflictiva en verbos con partículas enclíticas y monosílabos), y signos de interrogación y admiración. Actualizo y unifico los nombres propios (*México* por *Méjico*, José María de Heredia, *Esteban* por *Estevan*, *Jicoténcal* por *Gicotencal*, *Tlaxcala* por *Tlascala*, etc.) y españolizo los nombres mitológicos (*Escipión* por *Scipion*, *Eurídice* por *Eurydice*, etc.). Se adecuaron las referencias bibliográficas a la modalidad en vigor: cursivas para libros, periódicos y revistas; comillas para poemas. Deshice las abreviaturas. Marco gráficamente el hiato con diéresis (ej.: «De bárbaro dominio destrüida»). Conservo el género de sustantivos tales como *la alma*, *la color*, *la hacha* y el antiguo uso adverbial de «mediante» (en el sentido de «durante»). Separo *dél* por *de él*, *apesar* por *a pesar*, *sino* por *si no* (cuando así lo indique el sentido), etc.

Hay ciertas conjugaciones que varían; modernizo siempre que no afecte la rima o el ritmo del poema (v. *anegar*: *anega* por *aniega*, v. *orlar*: *orlaba* por *orleaba*). Tiendo al empleo mesurado de las mayúsculas; las mantengo cuando los sustantivos están alegorizados (Muerte, la Esperanza, el Mal).

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, Juan Bautista, «El editor», en *Certamen poético. Montevideo. 25 de Mayo de 1841*, ed. por Juan Bautista Alberdi, [Montevideo], Imprenta Constitucional de P. P. Olave, [1841], pp. I-XVIII.
- «Juan María Gutiérrez» [1878], en *Escritos póstumos*, t. VI: *Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas de Sud-América*, Buenos Aires, Alberto Monkes, 1898, pp. 5-163.
- *Mi vida privada (Autobiografía) que se pasa toda en la República Argentina*, en *Escritos póstumos*, t. XV: *Memorias y documentos*, Buenos Aires, Imprenta Juan Bautista Alberdi, 1900.
- «Doble armonía entre el objeto de esta institución, con una exigencia de nuestro desarrollo social; y de esta exigencia con otra general del espíritu humano» [1837], en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837...*, 1977, pp. 135-143.
- «Memoria sobre la conveniencia de un Congreso General Americano» [1844], en Leopoldo Zea, *Fuentes de la cultura latinoamericana* [1993], t. II..., 1995, pp. 145-163.
- ALTAMIRANO, Carlos, «Introducción general», en Carlos Altamirano (dir.), Jorge Myers (ed. del vol.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, t. I: *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires-Madrid, Katz editores, 2008, pp. 9-27.
- (dir.), Jorge Myers (ed. del vol.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, t. I: *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires-Madrid, Katz editores, 2008.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, selec. y estudio prel. de Edith Negrín, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

- ÁLVAREZ, Ignacio, «Cuestión de tiempo: problemas del imaginario nacional en <El campanario> (1842), de don Salvador Sanfuentes», en *Taller de letras* (Santiago), núm. 38 (2006), pp. 19-30.
- AMANTE, Adriana, «La crítica como proyecto. Juan María Gutiérrez», en Noé Jitrik (dir. gral.), Julio Schvartzman (dir. del volumen), *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 2, Buenos Aires, Emecé Editores, 2003, pp. 161-190.
- *Poéticas y políticas del destierro: Argentinos en Brasil en la época de Rosas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010 (Tierra firme).
- ARRIETA, Rafael Alberto, «*América poética* y su descendencia», en Rafael Alberto Arrieta (dir.), *Historia de la literatura argentina*, t. VI, Buenos Aires, Peuser, 1960, pp. 212-225.
- AUZA, Néstor Tomás, «*América Poética*. Primera antología de la lírica americana», *Cuadernos hispanoamericanos* (Madrid), 500 (1992), pp. 141-151.
- BAGÚ, Sergio, «De la anarquía a la organización nacional», en Haydée Gorostegui de Torres (dir.), *Historia integral argentina*, t. 2, *De la anarquía a la organización nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1974, pp. 85-93.
- BARCIA, Pedro Luis, «Juan María Gutiérrez», en *Historia de la historiografía literaria argentina. Desde sus orígenes hasta 1917*, Buenos Aires, Pasco, 1999, pp. 107-141.
- «La inédita *Colección de poesías patrióticas*», en Boletín de la Academia Argentina de Letras, t. LXVI, núm. 259-260 (enero-junio 2001), pp. 109-154 (en línea: Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).
- BATTICUORE, Graciela, Klaus Gallo, Jorge Myers (comps.), *Resonancias románticas: ensayos sobre historia de la cultura argentina 1820-1890*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.
- *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.
- «Sarmiento en Chile. La lectura, las lectoras y el público en la América republicana», en Carmen Mc Evoy y Ana María Stiven (eds.), *La república peregrina: hombres de armas y letras en América del Sur. 1800-1884*, Lima, Instituto francés de Estudios Andinos-Instituto de estudios peruanos, 2007, pp. 247-285.
- BÉNICHOU, Paul, *La coronación del escritor 1750-1830. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna* [1973], trad. de Aurelio Garzón del Camino, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- CAMPRA, Rosalba, «Las antologías hispanoamericanas del siglo XIX. Proyecto literario y proyecto político», *Casa de las Américas* (La Habana), XXVII: 162 (mayo-junio de 1987), pp. 37-46.

- CÂNDIDO, Antonio, *Formação da literatura brasileira. Momentos decisivos* [1957], São Paulo, FAPESP-Rio de Janeiro, 2009 (Ouro sobre Azul).
- CARILLA, Emilio, *Estudios de literatura argentina (siglo XIX)*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán-Facultad de Filosofía y Letras, 1965.
- *El Romanticismo en la América Hispánica*, 2 vols., Madrid, Editorial Gredos, 1975.
- «Las <Dos Américas> y el romanticismo», en *Thesaurus* (Bogotá), t. L, núm. 1, 2 y 3 (1995), pp. 443-466.
- Certamen poético. Montevideo. 25 de Mayo de 1841*, ed. por Juan Bautista Alberdi, [Montevideo], Imprenta Constitucional de P. P. Olave, [1841].
- CLARK DE LARA, Belem y Elisa SPECKMAN Guerra (eds.), *La república de las letras. Asumos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- CLARK DE LARA, Belem, *Letras mexicanas del siglo XIX. Modelo de comprensión histórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2009.
- CORREA CHIAROTTI, María Guadalupe, «Revistas mexicanas decimonónicas en la América poética», en revista *Literatura Mexicana* (México), vol. 24 (2013), núm. 2, pp. 7-29.
- «Sor Juana y el siglo XIX: notas sobre el estudio de Juan María Gutiérrez», *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos* (México), núm. 53, vol. 2 (2011), pp. 9-35.
- CRESPO, Horacio, «El erudito coleccionista y los orígenes del americanismo», en Carlos Altamirano (dir.), Jorge Myers (ed. del vol.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, t. 1: *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires-Madrid, Katz editores, 2008, pp. 292-311.
- [DÍAZ, Ramón], *La lira argentina o Colección de las piezas poéticas dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de la Independencia*, [París], 1824 [existe una excelente versión moderna, con ed. crítica, est. y notas por Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1982].
- ECHEVERRÍA, Esteban, *Obras completas*, t. III: *Poesías varias*, ed. de Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, Carlos Casavalle, editor, Imprenta y librería de Mayo, 1871.
- *Dogma Socialista de la asociación de Mayo, precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1837* [1846], en *Obras completas*, t. IV: *Escritos en prosa*, ed. de Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, Carlos Casavalle, editor, Imprenta y librería de Mayo, 1873, pp. 1-204.
- *Obras completas*, t. V: *Escritos en prosa*, ed., notas y explicaciones de Juan María Gutiérrez; con una noticia acerca de la vida del autor, juicios críticos por

- los sres. Goyena, Mitre, Alberdi, Varela (Florencio), Torres Caicedo, Amunátegui y poesías laudatorias de los señores Berro y Magariños Cervantes, Buenos Aires, Carlos Casavalle editor, Imprenta y librerías de Mayo, 1874.
- «Clasicismo y romanticismo», en *Obras completas*, t. v: *Escritos en prosa...*, pp. 94-107.
- *Dogma socialista*, ed. crítica y documentada, pról. de Alberto Palcos, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940 [existe una reedición parcial de este volumen, publicada en La Plata, Terramar Ediciones (Pensamiento argentino), 2007].
- «Primera lectura» [1837], en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837...*, pp. 161-174.
- «Segunda lectura» [1837], en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837...*, pp. 175-184.
- EGUIARA Y EGUREN, Juan José de, *Prólogos a la Biblioteca mexicana*, nota prel. de Federico Gómez de Orozco, versión española anotada, con un est. biográfico y la bibliografía del autor por Agustín Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- FERNÁNDEZ, Jorge y RONDINA, Julio César, *Historia Argentina: 1810-1930*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2006.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro, «Un museo literario: latinoamericanismo, archivo colonial y sujeto colectivo en la crítica de Juan María Gutiérrez (1846-1875)», en Graciela Batticuore, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.), *Resonancias románticas*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, pp. 85-100.
- FERNÁNDEZ NADAL, Estela María, «El proyecto de unidad continental en el siglo XIX. Realidad y utopía», en Arturo Andrés Roig (ed.), *El Pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Madrid, Trota, 2000, pp. 41-63.
- GERBI, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900* [1955], trad. de Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- GÓMEZ GARCÍA, Juan Guillermo, *Crítica e historiografía literaria en Juan María Gutiérrez*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquía (Clío), 1999.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto, «Álbumes, ramilletes, parnasos, lirás y guirnal-das: fundadores de la historia literaria latinoamericana», en Julio Ortega y José Amor y Vázquez (eds.), *Conquista y contraconquista. La escritura del Nuevo Mundo*, México, El Colegio de México-Universidad de Brown, 1994, pp. 489-503.
- GUTIÉRREZ, Juan María, «Prospecto de la *América poética, o sea Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo*», Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1845 [aparecido sin firma].

- *América poética*, colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo, parte lírica [única publicada], Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1846.
- *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX*, t. 1 [único publicado], edición tirada a un corto número de ejemplares, Buenos Aires, Imprenta del Siglo, 1865.
- *América poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo con noticias biográficas y juicios críticos*, 2ª ed., t. 1 [único publicado], Buenos Aires, Teodomiro Real y Prado, 1866 (Biblioteca Hispano-Americana, IV).
- *Escritores coloniales americanos*, ed., pról. y notas de Gregorio Weinberg, Buenos Aires, Editorial Raigal, 1957.
- «Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros» [1837], en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837...*, 1977, pp. 145-157.
- *La literatura de Mayo y otras páginas críticas*, selec. y pról. de Beatriz Sarlo, notas de Hebe Monges, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (Capítulo), 1979.
- *Archivo. Epistolario*, t. 1, ed. a cargo de Raúl J. Moglia y Miguel O. García, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 1979.
- *Archivo. Epistolario*, t. 2, edición a cargo de Raúl J. Moglia y Miguel O. García, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 1981.
- *Archivo. Epistolario*, t. 3, edición a cargo de Raúl J. Moglia y Miguel O. García, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 1982.
- *Cartas de un porteño. Polémica en torno al idioma y a la Real Academia Española*, est. prel. de Jorge Myers, Buenos Aires, Taurus (Nueva Dimensión Argentina), 2003.
- *Historia y crítica*, selec. y pról. de Clara Rey de Guido, Caracas, Biblioteca Ayacucho (Claves de América, 25), 2004.
- *De la poesía y elocuencia de las tribus de América y otros textos*, selec., pról. y cronología de Juan G. Gómez García; bibliografía de Horacio Jorge Becco, Caracas, Biblioteca Ayacucho (colección Clásica, 238), 2006.
- GUZMÁN MONCADA, Carlos, *De la selva al jardín. Antologías poéticas hispanoamericanas del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, pról. de Roy Hora, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro, *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, trad. de Joaquín Díez Canedo, México, Fondo de Cultura Económica, 1949.

- «El descontento y la promesa» [1927], en *Ensayos*, edic. crít. coord. por José Luis Abellán y Ana María Barrenechea, Buenos Aires, Editorial Sudamericana (Archivos), 2000, pp. 273-287.
- «Caminos de nuestra historia literaria» [1925], en *Ensayos*, edic. crít. coord. por José Luis Abellán y Ana María Barrenechea, Buenos Aires, Editorial Sudamericana (Archivos), 2000, pp. 246-253.
- HUGO, Victor, *Hernani* [1830], México, Gernika, 2010.
- JITRIK, Noé, «Bipolaridad en la historia de la literatura argentina», en *Ensayos y estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1970, pp. 222-249.
- (dir. gral.), Julio Schwartzman (dir. del volumen), *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 2, Buenos Aires, Emecé Editores, 2003.
- LAMAS, Andrés, Juan María GUTIÉRREZ, José Rivera INDARTE, Teodoro VILARDEBÓ (comps.), *Colección de poetas del Río de la Plata*, ed., pról. y notas de Pablo Rocca, transcripción paleográfica del texto de Valentina Lorenzelli, Montevideo, Biblioteca Artigas (Colección de Clásicos Uruguayos, 189), 2011.
- LASTARRIA, José Victorino, *Recuerdos literarios* [1878], pról. de Luis Sánchez Latorre, Santiago, Ediciones LOM, 2001.
- MÁRMOL, José, *Amalia*, Buenos Aires, Estrada, 1955 (Clásicos Argentinos).
- MARTÍNEZ, José Luis, «Unidad y diversidad», en *América Latina en su literatura*, coord. y pról. de César Fernández Moreno, México, Siglo XXI Editores y Unesco, 1984 (América Latina en su cultura).
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, «La literatura y la formación de la conciencia nacional», en Leopoldo Zea, *Fuentes de la cultura latinoamericana* [1993], t. II..., pp. 11-35.
- MC EVOY, Carmen y Ana María STUVEN, «Peregrinajes republicanos en América del Sur: actores, lenguajes, prácticas y dilemas», introd. a Carmen Mc Evoy y Ana María Stiven (eds.), *La república peregrina. Hombres de armas y letras en América del Sur, 1800-1884*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos e Instituto de Estudios Peruanos, 2007, pp. 13-35.
- MEDINA, José Ramón (dir. gral.), *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina*, t. I: Letras A-E, Caracas, Biblioteca Ayacucho-Monte Ávila, 1995.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, *Historia de la poesía hispano-americana*, t. I, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911.
- *Historia de la poesía hispano-americana*, t. II, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1913.
- MONGUIÓ, Luis, *Don José Joaquín de Mora y el Perú del ochocientos*, Madrid, University of California Press and Castalia, 1967.
- MORA, Pablo, «La crítica literaria en México: 1826-1860», en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura*

- escrita del México decimonónico*, vol. 1., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 355-376.
- MORALES, Ernesto, *Epistolario de don Juan María Gutiérrez*, comp., pról. y notas de Ernesto Morales, Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González, 1942.
- MYERS, Jorge, «Una genealogía para el parricidio: Juan María Gutiérrez y la construcción de una tradición literaria», en *Entrepasados: Revista de historia* (Buenos Aires), vol., año 3 (1993), núm. 4-5, pp. 65-88.
- ««Una república para nosotros»: las *Cartas de un Porteño* de Juan María Gutiérrez y el debate sobre la lengua de los argentinos», en *Cartas de un porteño. Polémica en torno al idioma y a la Real Academia Española*, est. prel. de Jorge Myers, Buenos Aires, Taurus (Nueva Dimensión Argentina), 2003, pp. 9-62.
- «Un autor en busca de un programa: Echeverría en sus escritos de reflexión estética», en Alejandra Laera y Martín Kohan (comps.), *Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría*, Rosario, Beatriz Viterbo editora, 2006, pp. 57-73.
- PALCOS, Alberto, «Prólogo» a Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, ed. crítica y documentada, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940, pp. VII-XCVI.
- PALTI, Elías José, «Rosas como enigma. La génesis de la fórmula <civilización y barbarie>», en Graciela Batticuore, Klaus Gallo, Jorge Myers (comps.), *Resonancias románticas...*, pp. 71-84.
- PAS, Hernán, «La crítica editada. Juan María Gutiérrez y la *América poética*», en *Orbis Tertius* (La Plata), año xv (2010), núm. 16, pp. 1-12 [edición electrónica].
- PICARD, Roger, *El romanticismo social* [1944], trad. de Blanca Chacel, 3ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- El Repertorio Americano* (Londres), 4 t. (1826-1827).
- RAMA, Ángel, «Autonomía literaria americana», en *La crítica de la cultura en América Latina*, selec., prólogos de Saúl Sosnowski y Tomás Eloy Martínez, cronología y bibliografía de Fundación Internacional Ángel Rama, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, pp. 66-81.
- REYES, Alfonso, «Teoría de la antología», en *La experiencia literaria* [1942], 3ª ed., Buenos Aires, Losada, 1969, pp. 129-133.
- ROCCA, Pablo, «Prólogo», en Andrés Lamas, Juan María Gutiérrez, José Rivera Indarte, Teodoro Vilardebó (comps.), *Colección de poetas del Río de la Plata*, ed., pról. y notas de Pablo Rocca, transcripción paleográfica del texto de Valentina Lorenzelli, Montevideo, Biblioteca Artigas (Colección de Clásicos Uruguayos, 189), 2011, pp. VII-LXV.
- *Historias tempranas del libro. Impresores, textos, libreros en el territorio oriental del Uruguay, 1807-1851*, Montevideo, Linardi y Risso, 2021.

- RODÓ, José Enrique, «Juan María Gutiérrez y su época», en *El mirador de Próspero*, Montevideo, José María Serrano editor, 1913, pp. 438-548.
- RODRÍGUEZ, Simón, *Sociedades americanas* [1828-2ª edic. 1842], en *Sociedades americanas*, pról. de Juan David García Bacca, edic. de Oscar Rodríguez Ortiz, cron. de Fabio Morales, bibliografía de Roberto J. Lovera De-Sola, Caracas, Biblioteca Ayacucho (Colección Clásica, 150), 1990, pp. 44-149.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, Bárbara, *Juan María Gutiérrez y su contribución periodística (1833-1852) a la crítica cultural hispanoamericana*, tesis de doctorado, 2 tomos, La Laguna, Universidad de la Laguna, 2005/6, en línea: <ftp://tesis.bbtk.ull.es/ccssyhum/cs215.pdf>.
- ROGGIANO, Alfredo A., «Esteban Echeverría y el romanticismo europeo», en *Actas del sexto Congreso Internacional de Hispanistas*, celebrado en Toronto del 22 al 26 de agosto de 1977, publicadas bajo la dirección de Alan M. Gordon y Evelyn Rugg, Toronto, International Association of Hispanists-University of Toronto, 1980, pp. 629-631.
- «Proposiciones para una revisión del romanticismo argentino», en *Lectura crítica de la literatura americana*, t. II: *La formación de las culturas nacionales*, selec., pról. y notas de Saúl Sosnowsky, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1996.
- ROJAS, Ricardo, *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, 3ª parte: *Los proscriptos* [1919], t. II, Buenos Aires, Losada, 1948.
- ROSA, Nicolás, «J. M. Gutiérrez: crítica e historia», en *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1987, pp. 56-77.
- (ed.), *Políticas de la crítica: historia de la crítica literaria en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1999.
- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge (ed.), *La misión del escritor: ensayos mexicanos del siglo XIX*, organización y presentación, Jorge Ruedas de la Serna; colaboradores, Margarita Alegría de la Colina, et al., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- (coord.), *De la perfecta expresión: preceptistas iberoamericanos, siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.
- «De zagales y mayores. Notas para la historia de la Arcadia de México», en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 107-119.
- *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana* [2009], 2ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- SARMIENTO, Domingo F., *Obras*, t. I: *Artículos críticos y literarios 1841-1842*, Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg, 1887.

- *Obras*, t. II: *Artículos críticos y literarios 1842-1853*, Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg, 1885.
- SCHWEISTEIN DE REIDEL, María, *Juan María Gutiérrez*, La Plata, Universidad Nacional de la Plata, 1940.
- SEBOLD, Russell P., *El rapto de la mente. Poética y poesía dieciochesca* [1970], ed. corregida y aumentada, Barcelona, Editorial Anthropos, 1989.
- SOSA, Francisco, *Escritores y poetas sud-americanos*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1890.
- STUVEN, Ana María, «El exilio de la intelectualidad argentina: polémica y construcción de la esfera pública chilena (1840-1850)», en Carlos Altamirano (dir.), Jorge Myers (ed. del vol.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, t. I, *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires-Madrid, Katz editores, 2008, pp. 412-440.
- SUBERCASEAUX, Bernardo, *Historia del libro en Chile (cuerpo y alma)*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1993.
- TORNERO, Santos, *Reminiscencias de un viejo editor*, Valparaíso, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1889.
- VARELA, Florencio, FRANCISCO ARAUCHO, Cándido JUANICÓ, Manuel H. y OBES y Juan A. GELLY, «Informe de la Comisión Clasificadora del Certamen poético de Mayo. Montevideo, 1841», en *Certamen poético. Montevideo. 25 de Mayo de 1841*, ed. por Juan Bautista Alberdi, [Montevideo], Imprenta Constitucional de P. P. Olave, [1841], pp. XIX-XXVII.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín, *Juan María Gutiérrez. Ensayo sobre su vida y sus escritos conforme a documentos enteramente inéditos*, Rafael Jover editor, Santiago, 1878.
- VIÑAS, David, «Mármol: los dos ojos del romanticismo», en *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (capítulo), 1982, pp. 115-128.
- WASSERMAN, Fabio, «Prácticas sin discurso: la edición de colecciones documentales», en *Entre Clio y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de La Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008, pp. 63-73.
- WEINBERG, Félix, «La Asociación de Mayo y el Dogma Socialista», en *Historia Integral Argentina*, t. 2: *De la Anarquía a la Organización Nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1974, pp. 121-140.
- *El Salón Literario de 1837* [1958], con escritos de M. Sastre, J. B. Alberdi, J. M. Gutiérrez y E. Echeverría, 2ª ed., Buenos Aires, Librería Hachete (El pasado argentino), 1977.
- WEINBERG, Liliana, *Literatura latinoamericana. Descolonizar la imaginación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

- *Situación del ensayo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 2006 (Literatura y Ensayo en América Latina y el Caribe, 1).
- *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI, 2007.
- ZEAL, Leopoldo, *Fuentes de la cultura latinoamericana* [1993], t. II, 1ª reimpr., México, Fondo de Cultura Económica (Tierra Firme), 1995.
- ZINNY, Antonio, *Juan María Gutiérrez: su vida y sus escritos*, Buenos Aires, Imprenta y librería de Mayo, 1878.

LOS EDITORES*

«No hemos sido nosotros los primeros en advertir la necesidad y la importancia de reunir en un cuerpo las obras escogidas de aquellos americanos que como poetas se han distinguido en los tiempos más recientes. Los ilustrados redactores del *Repertorio Americano*,¹ en más de uno sus artículos, y el compilador de la *Lira argentina*² han dicho que un trabajo de esta naturaleza, contribuiría eficazmente a difundir en nuestras repúblicas el gusto por la amena literatura, y a <la conservación de los recuerdos que pueden alimentar el espíritu público>.

Nos guía en la publicación que anunciamos una intención muy seria. La tenemos por acto de patriotismo, mirando en ella uno de los testimonios que aún faltan para convencer de que en el pensamiento americano hay elevación, nobleza y unidad.

Al ver cómo en pueblos tan apartados luce la llama de una misma inspiración; el mismo amor por la patria, las mismas esperanzas de mejora y de engrandecimiento; igual entusiasmo por las instituciones nacidas de la emancipación; igual encanto ante la naturaleza virgen, lozana y maravillosa del Nuevo Mundo, creemos que no se podrá negar, que a más de aquella armonía que proviene de la comunidad de religión y de idioma, existe otra entre las repúblicas americanas: la armonía del pensamiento.

Sería muy fácil decir por qué razón hemos llegado a punto en que tratamos de darnos cuenta de aquellos hechos en mérito de los cuales hemos nacido a la existencia política, formando Estados independientes; por qué advertimos ya que tenemos a la espalda un tiempo que pasó; por qué, en fin, nos lleva un impulso escondido a las investigaciones de nuestra historia. Pero dejando esta explicación para lugar más oportuno y para inteligencias más claras que la nuestra, nos tomaremos la libertad de advertir que nos falta una copia de datos suficientemente metodizados para dar con la verdad andando el camino a que nos conducen aquellos impulsos que acabamos de señalar.

Contrayéndonos a nuestro propósito, observamos que, si mucho se ha hablado en América de su literatura poética, si se la ha juzgado, ya en bien, ya en mal, y a veces con ingenio y originalidad, ha sido, sin embargo, sin poseer el caudal bastante de noticias y

antecedentes necesario para conseguir el acierto en materia tan delicada de crítica. Bajo este otro aspecto consideramos también útil la publicación de nuestra *América poética*.

Para la elección de las piezas que la componen nos hemos cerrado a toda parcialidad, y tomando como a guías que no pueden extraviar, el amor discreto por el nombre americano y los consejos inmutables del buen gusto. Hemos preferido aquellas composiciones que tienen relación, por el asunto o por el colorido, con el genio, la índole y la naturaleza de nuestro continente, desechando las inspiraciones de la pasión en las luchas civiles, y ahorrando, en lo posible, las exageraciones del entusiasmo en los himnos de triunfo nacional.»³

.....

Así hemos dicho en el *Prospecto* de esta publicación: séanos permitido añadir algunos renglones más.

Antes que la civilización cristiana penetrase en América con sus conquistadores, era ya muy conocido en ella y muy estimado el talento poético.

Algunos emperadores mexicanos, como los sacerdotes del Asia antigua, vistieron las máximas de la moral y explicaron la naturaleza con las formas de la poesía. El nombre de Haravicus, que llevaron los vates mediante el reinado de los incas peruanos, significaba, en lengua de los mismos, *inventor*, probando en esto que exigían de sus cantores el ejercicio de la más alta facultad del espíritu humano. La voz de los haravicus, según el testimonio de Garcilaso, se alzaba en los triunfos, en las grandes solemnidades del imperio; y sus poesías, servían, como la historia, para perpetuar el recuerdo de las hazañas y de los acontecimientos nacionales.

Mas no por eso estaba exclusivamente encerrada la poesía de América en el ámbito de aquellos emporios de civilización antigua. Las tribus indómitas que inspiraron a Erquilla octavas inmortales, tenían sus *ngenpin*,⁴ nombre expresivo que significa «dueños del decir», y que conviene perfectamente a los poetas del Arauco, estando a la opinión del más afamado de sus cronistas.⁵ Los que adoraban al astro del día como a la primera de sus divinidades, debieron experimentar el entusiasmo que distingue al poeta, ayudándose para expresarlo de las imágenes pintorescas propias de los idiomas primitivos. Así es que, según los viajeros en América y sus muchos historiadores, casi no hay tribu, ya more en las llanuras o en las montañas, que no tenga sus varones inspirados, y su poesía más o menos rústica.

Cuando la lengua de Castilla se arraigó en la parte meridional de nuestro continente, sus hijos enriquecieron a la madre patria «no menos con los tesoros de su suelo que con sus aventajados talentos que fecundiza un sol ardiente y desarrolla una naturaleza grandiosa y magnífica».⁶ Ellos cantaron en el habla de Mena y de León:

No con ruda zamponía
sino con lira grave;⁷

y muchas y muy lozanas hojas del *Laurel de Apolo* dejó caer el monstruo de los ingenios españoles sobre sienes americanas.

Otras glorias y otros nombres llegaron tras los famosos de don Juan de Alarcón, por ejemplo, y de la Virgen mexicana que ha tenido, entre otros muchos, por heraldos de sus talentos, a Feijoo el erudito, y al grave e inspirado cantor de la defensa de Buenos Aires en 1807, y del Dos de Mayo en Madrid.⁸ Olavide, tan sabio como infortunado, buscó solaz de cristiano para encontrar gloria, en la versión castellana de los Salmos. Navarrete rivalizó con el autor de *La noche serena*, en elevación y candor;⁹ Gorostiza consiguió ponerse al lado de Moratín el hijo, entre Martínez de la Rosa y el fecundo Bretón de Herreros.

Mas hasta aquí, el sonido de las liras de América, se perdía entre el grande concierto de las españolas: el hilo de agua, por decirlo así, se engolfaba sin dejar huella, en el mar a cuyo alimento contribuía. La revolución política que convirtió los virreinos en repúblicas, encordó con bronce la lira de que hablamos. Fue única ocupación de los brazos, la guerra; y la victoria la única inspiratriz del ingenio. El carácter de la poesía, mediante¹⁰ la lucha de emancipación, fue puramente guerrero.

Entonces canta Fernández Madrid al *Padre de Colombia* y a los *Libertadores de Venezuela*. López entona su himno imperecedero; Olmedo eterniza el nombre de Junín a par del suyo; y otros muchos entusiastas y nobles, siguen al carro de la Victoria hasta el término de su carrera.

Muy grande debe ser nuestro agradecimiento hacia los hombres ilustres que han escrito aquel período de nuestra historia en el idioma de las musas. La epopeya de la lucha de la independencia existe burilada; falta únicamente que se reúnan en un cuerpo los himnos en el triunfo y las elegías en los desastres, que se han escrito desde el Anáhuac hasta la tierra argentina.

De entonces hasta los días actuales, toma la poesía otra dirección en América.

Los poetas pudieron pensar ya en sí mismos e interesar con sus dolores o con sus dichas personales. Las flores, el cielo, la mujer, la naturaleza, la tradición histórica, los recuerdos, en fin, hijos del silencio, entraron como colorido en el pincel del poeta. Aquellos mismos que antes cantaron a los héroes, cantan a las *rosas*, o vierten a la lengua materna las descripciones de Delille o los pensamientos de Pope. Pesado traduce a David, y se inspira en los sagrados libros. Varela (infatigable atleta poético) traduce a Horacio y muere con la Eneida en la mano esforzándose por continuar la versión de este poema.

El libro que publicamos va a generalizar las composiciones y los nombres de muchos otros poetas, casi todos vivos, o muy recientemente muertos, cargados de promesas, en la flor de la juventud.

No nos ha sido necesario usar de severidad para juzgarlos por la intención moral de sus composiciones. Todos han practicado aquel excelente ejemplo del antiguo,

recordado no ha mucho a la juventud estudiosa por un americano distinguido: «Sacerdote de las musas, canto para las almas inocentes y puras».¹¹ La trivialidad no existe en la lira americana, así como no hay objeto apocado entre los de su naturaleza física. El cinismo y las provocaciones a la risa, propias de las literaturas achacosas y artificiales, se buscaría en vano entre los buenos versos firmados por nuestros poetas.

Y no podía ser de otro modo atendiendo a sus antecedentes personales. Los más de ellos se educaron para el foro, se sentaron en las Asambleas Legislativas, representaron a sus gobiernos en países extranjeros, los presidieron a veces, y siempre pertenecieron al movimiento político o a la administración de sus respectivas repúblicas.

Tanto ingenio y tanto carácter noble, merecería, por cierto, una mano más digna que la nuestra para presentarlos reunidos ante el público; sobre todo, una suficiencia mayor que supiese poner de bulto a la luz de una crítica sana todos sus méritos y todas sus bellezas.¹² Pero es destino de las cosas humanas que hayan de llegar a ser perfectas partiendo de un principio incompleto o de una idea en embrión.

Muy flaco es sin duda nuestro talento; pero muy rectas nuestras intenciones. Al ofrecer al público esta colección, hallamos paz en la conciencia cuando consultándola, nos dirigimos las preguntas siguientes:

¿No será una ocupación muy dulce para las almas entusiastas el pasear la atención por esas páginas escritas bajo la influencia de ese sol que por un extravío verdaderamente poético tenía altares en América, antes de la conquista? ¿El amoroso sentimiento de la fraternidad no habrá de arder a la contemplación de esa familia escogida de pensadores y de ciudadanos intachables, que descansan de sus tareas en el comercio acrisolador de las musas? ¿No se educará en buenas lecciones, el joven que halla en estos versos los hechos ilustres de sus padres, los nombres y la pintura de los lugares embellecidos por la naturaleza o por la victoria?...

Si los editores de estas páginas tuviesen un nombre conocido, de esos que honran a cuanto se les asocia; si no estuviesen convencidos de que cuanto hacen no puede levantarse ni una línea del polvo, se habrían atrevido a subscribir estas palabras:

A LOS POETAS AMERICANOS,

SUS ARDIENTES ADMIRADORES.

Notas:

* En AP, pp. v-ix, sin firma; no existen, con todo, dudas respecto de la autoría de JMG. Conservo el título «Los editores»; este texto ha sido incluido en diferentes antologías, donde se ha sustituido el nombre por «Prólogo». Cfr. «Prólogo a *América poética*», en JMG, *Historia y crítica*, selec. y pról. de Clara Rey de Guido, Caracas, Biblioteca Ayacucho (Claves de América, 25), 2004, pp. 12-16 y «Prólogo de la primera edición de la *América poética*», en JMG, *De la poesía y elocuencia de las tribus de América y otros textos*, selec., pról. y cronología de Juan G. Gómez García; bibliografía de Horacio Jorge Becco, Caracas, Biblioteca Ayacucho (colección Clásica, 238), 2006, pp. 15-20.

¹ *El Repertorio Americano* (Londres), 4 t. (1826-1827); esta publicación, continuadora de *La Biblioteca Americana* (1823), fue empresa de Andrés Bello y Juan García del Río.

² *La lira argentina o Colección de las piezas poéticas dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de la Independencia*, [París], 1824; existe consenso en que su autor, no consignado en la portada, fue Ramón Díaz.

³ Estas palabras aparecieron originalmente en JMG, «Prospecto de la *América poética, o sea Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo*», Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1845 [sin firma]. Cfr. el pasaje correspondiente en el «Estudio preliminar» a la presente edición (apartado II); allí, además, se transcribe el fragmento faltante y se reproducen sus cuatro cuartillas en edición facsimilar.

⁴ AP: *Jempin* (por *ngenpin*); actualizo según el uso mapuche vigente.

⁵ [N. de JMG] Molina, t. I, p. 103.

⁶ [N. de JMG] D. E. de Ochoa, «Noticia de don Manuel E. de Gorostiza», en *Tesoro del Teatro Español*, t. v, 1838.

⁷ [N. de JMG] Lope de Vega, *Laurel de Apolo*, publicado por primera vez en 1630, hablando de Pedro de Oña, poeta épico: nacido en Chile, en los *Infantes de Engol*,* según la *Biblioteca Americana* de M. Ternaux Compans. * Tal vez, Angol, ciudad llamada de los Confines, por su fundador Valdivia en 1553 (véase a Molina, t. II, p. 137).

⁸ Benito Jerónimo Feijoo, «Defensa de las Mujeres» (discurso XVI), en *Theatro crítico universal, o Discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*, t. 1, Madrid, 1726 y Juan Nicasio Gallego, «Prólogo», en Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Poesías*, Madrid, Establecimiento tipográfico calle del Sordo núm. 11, 1841. Ambas críticas muestran a cabalidad los «juicios –y prejuicios– del ochocientos» y forman parte de las opiniones que sirven de sustrato al estudio de JMG, «Sor Juana Inés de la Cruz (escritora americana, siglo XVII). Su origen, su vida, sus obras en prosa, sus poesías místicas y profanas», en *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX*, t. I [único publicado], edición tirada a un corto número de ejemplares, Buenos Aires, Imprenta del Siglo, 1865.

⁹ Dice Marcelino Menéndez y Pelayo: «El exaltado americanismo de don Juan María Gutiérrez perjudicó mucho al buen nombre del padre Navarrete con la desaforada hipócrita de decir que <rivaliza con el autor de la *Noche serena* [fray Luis de León] en elevación y candor>. No profanemos los nombres de los grandes poetas en obsequio de las medianías estimables. El puesto de Navarrete todavía es honroso, aunque se le ponga donde debe estar, es decir, en su escuela y en su tiempo, al lado de fray Diego González y de Meléndez, pero con una nota personal suya, que tampoco es la de Meléndez en la poesía elevada; por más que Meléndez, contra la común opinión, transmitida sin examen desde su tiempo, valga infinitamente más como cantor de la gloria de las artes, o del fanatismo, o de la presencia de Dios, o de la prosperidad aparente de los malos, que como *el dulce Batilo*, autor de tantos idilios, cantilenas y anacreónticas, para nuestro gusto tan amaneradas y tan marchitas». Cfr. Marcelino Menéndez y Pelayo, *Horacio en España*, 1885, t. II, p. 248 y luego en *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, t. I [*México, América Central, Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Venezuela, Colombia*], Madrid, Librería general de Victoriano Suárez, 1911, pp. 104-105. Estas palabras no tardaron en recibir respuesta desde México; ha dicho Pimentel: «El conocido escritor Gutiérrez elogió tanto las poesías de fray Manuel Navarrete, que llegó a compararle con fray Luis de León. Menéndez Pelayo (p. 248, t. II), tacha a Gutiérrez de *americanismo excesivo e intolerante*. En apoyo del juicio substancial de Gutiérrez, pudiéramos citar varios escritores que no son *americanos* sino *europeos*; pero bastará con Zorrilla (*Flor de los recuerdos*). Zorrilla, [que] en el asunto que nos ocupa, es autoridad de más peso que Menéndez Pelayo [...] llegó a hacer del poeta mexicano el mayor elogio que podía hacerse, a saber: <Los defectos de sus obras son los de su tiempo, y sus *bellezas y excelencias* le son propias y personales>. Cfr. Francisco Pimentel, *Historia crítica de la poesía en México*, nueva ed. corregida y muy aumentada, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1892, pp. 48-49.

¹⁰ [*N. ms. de JMG*] Anota *durante* (por *mediante*).

¹¹ [*N. ms. de JMG*] «Doctor Andrés Bello. Discurso inaugural a la Universidad de Chile.»

¹² [*N. ms. de JMG*] «Este pensamiento lo transcribe como una máxima el S. Uricoeche en su introducción a su Mapoteca o Catálogo de mapas, cartas, etc.»

AMÉRICA POÉTICA

ALOCUCIÓN A LA POESÍA

DIVINA POESÍA, tú de la soledad habitadora, a consultar tus cantos enseñada con el silencio de la selva umbría, tú a quien la verde gruta fue morada, y el eco de los montes compañía: tiempo es que dejes ya la culta Europa, que tu nativa rustiquez desama, y dirijas el vuelo a donde te abre el mundo de Colón su grande escena. También propicio allí respeta el cielo la siempre verde rama con que al valor coronas; también allí la florecida vega, el bosque enmarañado, el sesgo río, colores mil a tus pinceles brindan; y Céfito revuela entre las rosas; y fúlgidas estrellas tachonan la carroza de la noche; y el rey del cielo entre cortinas bellas de nacaradas nubes se levanta; y la avecilla en no aprendidos tonos con dulce pico endechas de amor canta.		tu dulce lira de oro, con que un tiempo los prados y las flores, el susurro de la floresta opaca, el apacible murmurar del arroyo trasparente, las gracias atractivas de natura inocente a los hombres cantaste embelesados; y sobre el vasto Atlántico tendiendo las vagorosas alas, a otro cielo, a otro mundo, a otras gentes te encamina, do viste aún su primitivo traje la tierra, al hombre sometida apenas; y las riquezas de los climas todos América, del sol joven esposa, del antiguo océano hija postrera, en su seno feraz cría y esmera.	50 55 60
¿Qué a ti, silvestre ninfa, con las pompas de dorados alcázares reales? ¿A tributar también irás en ellos en medio de la turba cortesana el torpe incienso de servil lisonja? No tal te vieron tus más bellos días cuando en la infancia de la gente humana, maestra de los pueblos y los reyes cantaste al mundo las primeras leyes. No te detenga, oh diosa, esta región de luz y de miseria, en donde tu ambiciosa rival Filosofía, que la virtud a cálculo somete, de los mortales te ha usurpado el culto; donde la coronada hidra amenaza traer de nuevo al pensamiento esclavo la antigua noche de barbarie y crimen; donde la libertad vano delirio, fe la servilidad, grandeza el fasto, la corrupción cultura se apellida: descuelga de la encina carcomida	25 30 35 40 45	¿Qué morada te aguarda? ¿qué alta cumbre, qué prado ameno, qué repuesto bosque harás tu domicilio? ¿en qué felice playa estampada tu sandalia de oro será primero? ¿dónde el claro río que de Albión los héroes vio humillados, los azules pendones reverbera de Buenos Aires, y orgulloso arrastra de cien potentes aguas los tributos al atónito mar? ¿o dónde emboza su doble cima el Ávila entre nubes, y la ciudad renace de Losada? ¿O más te sonreirán, Musa, los valles de Chile afortunado, que enriquecen rubias cosechas y süaves frutos; do la inocencia y el candor ingenuo y la hospitalidad del mundo antiguo con el valor y el patriotismo habitan? ¿O la ciudad que el águila posada sobre el nopal mostró al azteca errante, y el suelo de inexhaustas venas rico, que casi hartaron la avarienta Europa? Ya de la mar del Sur la bella reina, a cuyas hijas dio la gracia en dote Naturaleza, habitación te brinda bajo su blando cielo, que no turban lluvias jamás ni embravecidos vientos. ¿O la elevada Quito harás tu albergue, que entre canas cumbres	65 70 75 80 85 90

sentada, oye bramar las tempestades bajo sus pies, y etéreas auras bebe a tu celeste inspiración propicias? Mas oye do tronando se abre paso entre murallas de peinada roca, y envuelto en blanca nube de vapores, de vacilantes iris matizada, los valles va a buscar del Magdalena con salto audaz el Bogotá espumoso. Allí memorias de tempranos días tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce y nativa inocencia venturosos, sustento fácil dio a sus moradores, primera prole de su fértil seno Cundinamarca; antes que el corvo arado violase el suelo, ni extranjera nave las apartadas costas visitara. Aún no aguzado la ambición había el hierro atroz; aún no degenerado buscaba el hombre bajo oscuros techos el albergue, que grutas y florestas saludable le daban y seguro, sin que señor la tierra conociese, los campos valla, ni los pueblos muro. La libertad sin leyes florecía, todo era paz, contento y alegría; cuando de dichas tantas envidiosa Huitaca bella, de las aguas diosa, hinchando el Bogotá, sumerge el valle. De la gente infeliz parte pequeña asilo halló en los montes: el abismo voraz sepulta el resto. Tú cantarás cómo indignó el funesto estrago de su casi extinta raza a Nenquetebe, hijo del Sol; que rompe con su cetro divino la enriscada montaña, y a las ondas abre calle; el Bogotá, que inmenso lago un día de cumbre a cumbre dilató su imperio, de las ya estrechas márgenes, que asalta con vana furia, la prisión desdén, y por la brecha hirviendo se despeña. Tú cantarás cómo a las nuevas gentes Nenquetebe piadoso leyes y artes y culto dio; después que a la maligna ninfa mudó en lumbrera de la noche, y de la luna por la vez primera surcó el Olimpo el argentado coche.		
	95	Ve, pues, ve a celebrar las maravillas del ecuador: canta el vistoso cielo que de los astros todos los hermosos coros alegran; donde a un tiempo el vasto dragón del norte su dorada espira desvuelve en torno al luminar inmóvil que el rumbo al marinero audaz señala, y la paloma cándida de Arauco en las australes ondas moja el ala.
	100	Si tus colores los más ricos muelles y tomas el mejor de tus pinceles, podrás los climas retratar, que entero el vigor guardan genital primero con que la voz omnipotente, oída del hondo caos, hinchó la tierra, apenas sobre su informe faz aparecida, y de verdura la cubrió y de vida.
	105	Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso que vuestros verdes laberintos puebla, y en varias formas y estatura y galas hacer parece alarde de sí mismo, poner presumirá nombre o guarismo? En densa muchedumbre ceibas, acacias, mirtos se entretejen, bejucos, vides, gramas;
	110	las ramas a las ramas, pugnando por gozar de las felices auras y de la luz, perpetua guerra hacen, y a las raíces angosto viene el seno de la tierra.
	115	
	120	
	125	¡Oh quién contigo, amable Poesía, del Cauca a las orillas me llevara, y el blando aliento respirar me diera de la siempre lozana primavera que allí su reino estableció y su corte! ¡Oh si ya de cuidados enojosos exento, por las márgenes amenas del Aragua moviese
	130	el tardo incierto paso, o reclinado acaso bajo una fresca palma en la llanura, viese arder en la bóveda azulada tus cuatro lumbres bellas,
	135	oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas mides al caminante por la espaciosa soledad errante; o del cucuy las luminosas huellas viese cortar el aire tenebroso,
		140
		145
		150
		155
		160
		165
		170
		175
		180
		185

y del lejano tambo a mis oídos
viniera el son del yaraví amoroso!

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
algún Marón americano, ¡oh diosa! 190
también las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrador corona;
donde cándida miel llevan las cañas 195
y animado carmén la tuna cría,
donde tremola el algodón su nieve
y el ananás sazona su ambrosía;
de sus racimos la variada copia
rinde el palmar, da azucarados globos 200
el zapotillo, su manteca ofrece
la verde palta, da el añil su tinta,
bajo su dulce carga desfallece
el banano, el café el aroma acendra
de sus albos jazmines y el cacao 205
cuaja en urnas de púrpura su almendra.
.

¡Mas ah! ¿prefieres de la guerra impía
los horrores decir, y al son del parche
que los maternos pechos estremece,
pintar las huestes que furiosas corren 210
a destrucción y el suelo hinchén de luto?
¡Oh si ofrecieses menos fértil tema
a bélicos cantares, patria mía!
¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado
la sangre de tus hijos y la ibera? 215
¿Qué páramo no dio en humanos miembros
pasto al cóndor? ¿qué rústicos hogares
salvar su oscuridad pudo a las furias
de la civil discordia embravecida?
Pero no en Roma obró prodigio tanto 220
el amor de la patria, no en la austera
Esparta, no en Numancia generosa;
ni de la historia da página alguna,
Musa, más altos hechos a tu canto.
¿A qué provincia el premio de alabanza, 225
o a qué varón tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero
que, vencedor de cien sangrientas lides,
muriendo el suelo consagró de Talca;
y la memoria eternizar desea 230
de aquellos granaderos de a caballo
que mandó en Chacabuco Necocoea.

¿Pero de Maipo la campiña sola
cuán larga lista, oh Musa, no te ofrece,
para que en tus cantares se repita, 235
de campeones cuya frente adorna
el verde honor que nunca se marchita?
Donde ganó tan claro nombre Bueras,
que con sus caballeros denodados
rompió del enemigo las hileras; 240
y donde el regimiento de Coquimbo
tantos héroes contó como soldados.
.

¿De Buenos Aires la gallarda gente
no ves, que el premio del valor te pide?
Castelli osado, que las fuerzas mide 245
con aquel monstruo que la cara esconde
sobre las nubes y a los hombres huella;
Moreno, que abogó con digno acento
de los opresos pueblos la querella;
y tú que de Suipacha en las llanuras 250
diste a tu causa agüero de venturas,
Balcarce; y tú, Belgrano, y otros ciento
que la tierra natal de glorias rica
hicisteis con la espada o con la pluma,
si el justo galardón se os adjudica, 255
no temeréis que el tiempo le consuma.
.

Ni sepultada quedará en olvido
la Paz que tantos claros hijos llora,
ni Santacruz, ni menos Chuquisaca,
ni Cochabamba, que de patrio celo 260
ejemplos memorables atesora,
ni Potosí de minas no tan rico
como de nobles pechos, ni Arequipa
que de Vizcardo con razón se alaba,
ni a la que el Rímac las murallas lava, 265
que *de los reyes* fue, ya de sí propia,
ni la ciudad que dio a los incas cuna,
leyes al sur y que si aún gime esclava,
virtud no le faltó, sino fortuna.
Pero la libertad, bajo los golpes 270
que la ensangrientan cada vez más brava,
más indomable, nuevos cuellos yergue,
que al despotismo harán soltar la clava.
No largo tiempo usurpará el imperio
del Sol la hispana gente advenediza, 275
ni al ver su trono en tanto vituperio
de Manco Cápac gemirán los manes.
De Angulo y Pumacagua la ceniza
nuevos y más felices capitanes

vengarán, y a los hados de su pueblo abrirán vencedores el camino; huid, días de afán, días de luto, y acelerad los tiempos que adivino.	280	que de Angostura las proezas cante, de libertad inexpugnable asilo, donde la tempestad desoladora vino a estrellarse; y con suave estilo de Bogotá los timbres diga al mundo, de Guayaquil, de Maracaibo (ahora agobiada de bárbara cadena) y de cuantas provincias Cauca baña, Orinoco, Esmeralda, Magdalena, y cuantas bajo el nombre colombiano con fraternal unión se dan la mano.	330
Diosa de la memoria, himnos te pide el imperio también de Motezuma, que, rota la coyunda de Iturbide, entre los pueblos libres se numera. Mucho, nación bizarra mexicana, de tu poder y de tu ejemplo espera la libertad; ni su esperanza es vana, si ajeno riesgo escarmentarte sabe. Y no en un mar te engolfas que sembrado de los fragmentos ves de tanta nave. Llegada al puerto venturoso, un día los héroes cantarás a que se debe del arresto primero la osadía; que a veteranas filas rostro hicieron con pobre, inculta, desarmada plebe, excepto de valor, de todo escasa; y el coloso de bronce sacudieron, a que tres siglos daban firme basa. Si a brazo más feliz, no más robusto, poderlo derrocar dieron los cielos, de Hidalgo no por eso y de Morelos eclipsará la gloria olvido ingrato, ni el nombre callarán de Guanajuato los claros fastos de tu heroica lucha, ni de tanta ciudad, que, reducida a triste yermo, a un enemigo infama que, vencedor, sus pactos sólo olvida; que hace exterminio y sumisión lo llama.	285 290 295 300 305 310	Mira donde contrasta sin murallas mil porfiados ataques Barcelona. Es un convento el último refugio de la arrestada, aunque pequeña, tropa que la defiende: en torno el enemigo, cuantos conoce el fiero Marte, acopia medios de destrucción; ya por cien partes cede al batir de las tonantes bocas el débil muro, y superior en armas a cada brecha una legión se agolpa. Cuanto el valor y el patriotismo pueden, el patriotismo y el valor agotan; mas ¡ay! sin fruto. Tú de aquella escena pintarás el horror, tú que a las sombras sabes encadenar la mente absorta. Tú pintarás al vencedor furioso que ni al anciano trémulo perdona, ni a la inocente edad, y en el regazo de la insultada madre al hijo inmola. Pocos reserva a vil suplicio el hierro: su rabia insana en los demás desfoga un enemigo que hacer siempre supo, más que la lid, sangrienta la victoria. Tú pintarás de Chamberlén el triste pero glorioso fin. La tierna esposa herido va a buscar; el débil cuerpo sobre el acero ensangrentado apoya: estréchala a su seno. «Libertarme de un cadalso afrentoso puede sola la muerte –dice–; este postrero abrazo me la hará dulce; ¡adiós!» Cuando con pronta herida va a matarse, ella atajando el brazo, alzado ya, «¿tú a la deshonra, tú a ignominiosa servidumbre, a insultos más que la muerte horribles me abandonas? Para sufrir la afrenta falta –dice–	335 340 345 350 355 360 365 370
Despierte (oh Musa, tiempo es ya) despierte algún sublime ingenio, que levante el vuelo a tan espléndido sujeto, y que de Popayán los hechos cante y de la no inferior Barquisimeto, y del pueblo también, cuyos hogares a sus orillas mira el Manzanares; no el de ondas pobre y de verdura exhausto, que de la regia corte sufre el fausto, y de su servidumbre está orgulloso, mas el que de aguas bellas abundoso, como su gente lo es de bellas almas, del cielo, en su cristal sereno, pinta el puro azul, corriendo entre las palmas de esta y aquella deliciosa quinta;	315 320 325		

117

«Alocución a la Poesía, en que se introducen las alabanzas de los pueblos e individuos americanos, que más se han distinguido en la guerra de la independencia. (Fragmentos de un poema inédito, titulado <América>)». Se reeditó luego en varios lugares, entre ellos, en *Teatro de la Opinión* (Buenos Aires), t. II, núm. 6 (1824) y en *La flor colombiana, biblioteca escogida de las patriotas americanas o colección de los trozos más selectos en prosa y verso*, t. I, París, Casa de Bossange Padre, 1826, pp. 259-275.

v. 73. [*N. del a.*] Fundador de Caracas.

v. 80. [*N. del a.*] México.

v. 118. [*N. del a.*] *Huitaca*, mujer de Nenquetebe o Bochica, legislador de los muiscas. Ver Humboldt, *Vues des Cordillères*, t. I.

v. 317. [*N. del a.*] Camaná.

ARANGO
Alejandro

La composición siguiente está tomada de la página 100 de *El Apuntador*, periódico literario publicado en México durante el año de 1841. Sólo sabemos de su autor que es muy joven y nacido en la República Mexicana.

1

¡UNA ILUSIÓN!

¡Cielos! ¿do estoy...?, ¿do mi agitada mente en alas de mi loca fantasía me arrebatara...?, ¿los cánticos sublimes, que en humo envueltos y en incienso suben hasta el trono de Dios, el dulce coro de las modestas vírgenes más puras que el aura matinal romper no pueden mi ferviente ilusión, mi desvarío?	5	que en negros rizos por la blanca espalda aromas esparciendo descendía. Creíame más feliz que cuantos seres pueblan la tierra y la mansión celeste. ¡Ah! ¿por qué entonces la sañuda parca mi vida no segó, cuando la copa del más puro placer bebí en tus brazos, sin sospechar que con su clara linfa la más amarga hiel iba mezclada?	30 35
¿Qué vi, ciego mortal, que en el santuario del mismo Dios, su majestad augusta, presa de las mundanas ilusiones, vine a insultar...? ¡ah! ¿No la visteis bella más que los serafines que le adoran, del santuario las bóvedas sombrías veloz atravesar...? ¡Qué! no la visteis bajo el velo de luto que la cubre, alzar los negros párpados y al cielo tierna elevar los ojos lagrimosos? Lloras, lloras... ¿Por qué?, ¿por qué marchita se ve tu faz que un tiempo sonreía de dulce amor al divinal impulso...?	10 15 20	Tronó la tempestad tras la risueña aurora de mi amor, ardiente rayo hirionos a los dos; y cuando quise contemplarte otra vez, unir mis labios a tus labios ¡oh Dios! mísero y solo, atónito me vi. Mil y mil veces ingrata te llamé, regué la estancia con mis ardientes lágrimas y el eco de una campana lúgubre y lejano, que de un mortal el fin triste anunciaba, respondió a mi clamor. Era tu padre, tu padre, en cuyos brazos remecida viste la luz primera, cuyas canas venerables besaste tantas veces, quien nuestro amor bendijo y cariñoso unirnos para siempre prometiera en lazo conyugal. Lloras... sí, llora; que yo también regué su yerto polvo con mis ardientes lágrimas, la tumba que para siempre le robó, a la altura	40 45 50 55
También ¡ay! me llorabas en un tiempo, un tiempo que pasó cual humo leve para no volver más... pero era llanto de un tiernísimo amor correspondido; él bañaba mi seno, como baña el blanco lirio plácido el rocío; yo besaba tu frente nacarada, tú el hermoso cabello descogías	25		

do moran los espíritus celestes, la frente orlada de inmortal corona le elevó y desde allí tierno nos mira.			
¿Y será eterno el lloro...? ¿Ya en el mundo no encuentras quien mitigue tu quebranto, quien enjague tus lágrimas y torne la dulce calma al angustiado pecho?	60	Mas pasas ¡ay! y ni la vista vuelves hacia mí; ingrata, ¿el duro sacrificio a consumir vas ya? Tente... ¿Qué dices...?	85
No, que si al cielo en sus arcanos plugo arrebatarle de la indigna tierra, en tu orfandad y desgraciada suerte un amigo te dio que tus pesares sintiera al par de ti, que tu inocencia mísica y desvalida protegiera y que su propia vida diera ufano por calmar tu dolor; mas ¿dó me arrastra mi ferviente pasión? Cuando al Eterno resuelta estás a consagrar tus días	65	Virgen más pura que el azul del cielo, ¿qué crimen expiarás en ese claustro...? Si es crimen el amar, más que ninguno yo criminal seré... Pero me engaño; sí, que es santo el amor, es grato, es puro cual la oración en boca del infante al despertar risueño con la aurora. ¿Fue paterno mandato...? ¿Tal haría cuando él mismo atizó la ardiente hoguera que mi agitado pecho consumía?	90
y tu hermosura a hundir en triste claustro, ¿todavía, insensato, alucinado, alimento falaces esperanzas? ¡Falaces! no: nací para ti sola, tú para mí también; el mismo cielo para amar nos formó y en vano, en vano romper quisieras del amor los lazos.	70		95
	75	No, mas si esquivas mi pasión, ingrata, si el consuelo me niegas que hora imploro, si nos separan invencibles muros moriré... moriré y acaso un día mi amor al recordar y mis pesares de mi sepulcro solitario y yerto con tierno llanto regarás la losa.	100
	80		

Notas:

1. En AP, p. 17; en *El Apuntador. Semanario de teatros, costumbres, literatura y variedades* (México), t. 1, núm. 7 (1841), pp. 104-105.

AVELLANEDA
Gertrudis Gómez de¹

A pesar de las trabas que impone el régimen colonial al vuelo de las inteligencias cubanas, aparecen algunas de cuando en cuando para admirar con sus producciones. En el lugar respectivo de esta colección, insertaremos las sublimes poesías de don José María Heredia, que vivió y murió apartado de la patria, pero siempre pensando en el sol y en los palmeros de su idolatrada Cuba.

El libro que ha publicado en 1840 don Jacinto de Salas y Quiroga, con el título *Viajes*,² al mismo tiempo que denuncia la tiranía que avasalla a los talentos en aquel último abrigo de la dominación española en América, nos da a conocer el nombre de algunos escritores contemporáneos, muy distinguidos a juicio suyo. Menciona entre los prosadores a don José de la Luz Caballero y a don José Antonio Echeverría, y entre los poetas al señor Milanés, autor del drama *El Conde Alarcos*, a don Ramón Vélez, cuyos cantos se señalan por dulces y suaves; y, sobre todos, al rival de Heredia, al sublime mulato «Plácido», hombre en quien todo es notable: origen, escritos y desgracias.

También es hija de Cuba la autora de las poesías que publicamos a continuación. Sólo tenemos de ella las noticias que siguen:

La señorita Avellaneda nació en la ciudad de Puerto Príncipe el día 23 de marzo de 1816. Dicen que su talento fue muy precoz y que a la edad de ocho años escribió un cuento con el título «El gigante de cien cabezas». En 1836, al partir de su patria para Francia en compañía de su familia, dio muestras muy claras de sus progresos, pues escribió entonces el soneto que colocamos al frente de sus otras producciones líricas. Dos años después empezó a escribir en Lisboa la novela original *Sab*⁴ que concluyó en Sevilla poco después. En esta ciudad, como en Cádiz, Málaga y Granada, fue muy aplaudida la primera producción dramática de la señorita Avellaneda, drama en prosa, titulado *Leoncia*, que nunca quiso imprimir, pero que sin embargo dio fama a su autora abriéndole las páginas de muchos escritos literarios, de la península. Conocida ya con el nombre de la *Peregrina*, con que ella firmaba sus escritos, llegó a Madrid en 1840, en donde empezó desde luego a gozar de muy inteligentes y merecidos aplausos en los salones del Liceo.

Desde 1841 ha publicado o escrito esta señorita las obras cuya lista damos a continuación: *Dos mujeres*, novela, cuyo segundo tomo, según el parecer del articulista que seguimos en estos apuntes, «es de lo mejor que en este género se ha escrito en España». *Espatolino, Guatimozin, último emperador de México*⁵ y la *Baronesa de Joux*, también novela: *La biografía de madame Merlin* al frente de las obras de esta escritora que suponemos habanera. «La dama de Gran Tono»⁶ y muchas poesías, a más de las que componen la colección lírica, publicada en Madrid en 1841.

A la aparición de este volumen y de la novela *Dos mujeres*, tanto los periódicos de la capital de España como los de las provincias, se ocuparon de su examen, y los distinguidos literatos don Nicomedes Pastor Díaz, tan conocido por el prólogo de las obras de Zorrilla y don Juan Nicasio Gallego, favorecieron a la escritora con sus alabanzas. El que conozca las escuelas en que se divide el gusto literario de la España actual podrá juzgar todo lo que dice a favor del mérito de la escritora, el que aquellos dos señores tengan a un mismo tiempo por excelentes sus producciones. No nos son conocidos los artículos del señor Pastor Díaz, publicados en el *Conservador*, pero copiamos a continuación parte del juicio escrito por el señor Gallego. Dice así:

Las calidades que más caracterizan sus composiciones son la gravedad y elevación de los pensamientos, la abundancia y propiedad de las imágenes y una versificación siempre igual, armoniosa y robusta. Todo en sus cantos es nervioso y varonil: así cuesta trabajo persuadirse que no son obra de un escritor del otro sexo. No brillan tanto en ellos los movimientos de ternura, ni las formas blandas y delicadas, propias de un pecho femenino y de la dulce languidez que infunde en sus hijas el sol ardiente de los trópicos, que alumbró su cuna. Sin embargo, sabe ser afectuosa cuando quiere, como en el soneto «A Cuba», que puede competir con los mejores de nuestro Parnaso, en las composiciones «A su madre» y «A un niño dormido» y en la «Plegaria a la Virgen». Quien después de haber leído las estrofas «A la poesía», «A la juventud», «A la esperanza» y las bellísimas octavas «Al genio», recorra los graciosos juguetes de «La Mariposa» y «Del jilguero»; el que admirado del profundo y filosófico pensamiento que domina en la composición «A Francia» contemple la dulce y poética entonación de las quintillas «A él», o bien el donaire y soltura inimitable de «El paseo por el Betis» no podrá dejar de sorprenderse de la flexibilidad de su talento. No causa menos asombro la maestría con que ha sabido interpretar en verso castellano las inspiraciones de Lamartine y singularmente la que tiene por título «Napoleón». Pruebe por gusto a traducirla el poeta más ejercitado en tan difícil tarea y verá si sale de la empresa tan airoso como la poetisa cubana...

Dando ya fin a este ligero repaso, quizá demasiado largo para un prólogo, mencionaremos la composición «A la muerte de Heredia», una de las más perfectas del cuaderno y en la cual resplandecen rasgos sublimes de sentimiento, de conformidad filosófica y de amor a la poesía, expresadas en hermosísimos versos, desnudos de bambolla y afectadas exageraciones. Sin duda los cantos del «Cisne del Niágara» avivaron en su alma juvenil la chispa eléctrica de un talento que puede consolar a Cuba de la pérdida de su vate malogrado, pues no redundan escasa gloria a «La perla de las Antillas» de contar entre sus hijos a la señorita de Avellaneda, a quien nadie, sin hacerle agravio, puede negar la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana así en éste como en los pasados siglos».

Después de estos elogios firmados por un hombre tan notable en las letras españolas, no nos resta a nosotros sino manifestar el placer que sentimos al colocar esta sublime mujer entre los poetas americanos.

Notas:

¹ [N. ms. de JMG] «*La hija de las flores* drama en verso / [...] / Baltazar.» | [N. de la e.] Se trata de dos obras posteriores: el drama bíblico *Baltasar*, Madrid, 1858, de sonado éxito en las tablas madrileñas; y la comedia *La hija de las flores; o, Todos están locos*, Madrid, 1852.

² [N. de JMG] El señor don Juan García del Río ha popularizado el título de esta obra, entresacando de ella los materiales de un artículo que publicó sobre Cuba en el *Museo de Ambas Américas* (Valparaíso), núm. 25, Imprenta del Mercurio, 1842.

³ [N. de JMG] Tomados de un artículo del *Album. Periódico de literatura y artes* (Caracas), t. 1, 5ª entrega, 1844.

⁴ [N. ms. de JMG] «¿*Sob?*» | [N. de la e.] Es correcto como figura en la introducción, *Sab*. Esta novela fue publicada originalmente en Madrid, 1841.

⁵ [N. de JMG] Otro escritor americano, el señor José Fernández Madrid ha escrito una tragedia sobre este mismo asunto. Se publicó en París en 1827.

⁶ [N. ms. de JMG] «*El príncipe de Viana. Egilona, Alfonso* [...] y el *Baltazar... Poesías* [...] 2ª ed.» | [N. de la e.] *Munio Alfonso* fue su primera obra estrenada en Madrid, en 1844; *El príncipe de Viana* (Madrid, 1844) y *Egilona* (Madrid, 1845) son ambos dramas históricos.

1

AL PARTIR

SONETO

¡Perla del mar! ¡Estrella de occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo,
como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy a partir!... La chusma diligente 5
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza, y pronta a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz! ¡Edén querido!
Do quier que el hado en su furor me impela 10
tu dulce nombre halagará mi oído.

¡Ay! ¡que ya cruje la turgente vela,
el ancla se alza, el buque estremecido
las olas corta y silencioso vuela!

1836

Notas:

1. En AP, p. 20; en Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Poesías*, pról. de Juan Nicasio Gallego, Madrid, Establecimiento tipográfico calle del Sordo núm. 11, 1841, p. 7. Algunos años después se publica nuevamente la obra, revisada y aumentada por su autora: Gertrudis Gómez de Avellaneda de Sabater, *Poesías*, prefacio de la autora, pról. de Juan Nicasio Gallego, noticia biográfica a cargo de los editores [Nicomedes Pastor Díaz], Madrid, Imprenta de Delgrás Hermanos, 1850. Este volumen recoge y corrige casi todas las composiciones publicadas en 1841 y añade los poemas sueltos que aparecieron posteriormente; con respecto a la edición, precisa la autora: «Suprimidas, por lo tanto, algunas estrofas que no me parecieron dignas de pulimento, refundidas muchas y corregidas todas, vuelvo a

presentar al público mis primeros ensayos líricos, aumentados con mayor número de producciones del mismo género, escritas posteriormente a la publicación del primer volumen, y he cuidado además de enmendar las erratas de fecha que noté en aquél, colocando las composiciones según el orden de antigüedad, único que a mi parecer debe observarse en esta clase de obras, cuyo mayor agrado, que es la variedad, suele perderse en la sucesión continua de varias composiciones de una misma índole» (p. II). La autora agrega que con este libro rompe «para siempre las cuerdas de la lira, que no vibra agradablemente sino en manos de la juventud»; aunque ello no implique el total abandono del «comercio de las musas», abocado de allí en más a las obras de inspiración dramática (p. III). Casi dos décadas después, se publica la colección completa de sus obras (5 vols.), de las que sólo conozco el primer tomo: Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Colección completa. Obras literarias*, t. I, pról. de Juan Nicasio Gallego, noticia biográfica por Nicomedes Pastor Díaz, adición por E. G., Madrid, Carlos Bailly-Baillière, 1869. Esta última obra, a diferencia de la anterior ofrecida a la reina Isabel segunda, está dedicada a su isla natal, la «hermosa Cuba».

2

A LA POESÍA

¡Oh tú, del alto cielo precioso don al hombre concedido, tú de mis penas divinal consuelo, de mis placeres manantial querido; deja que pueda mi dorada lira cantar la gloria que tu fuego inspira.		Mas no: tú misma vuela y al orbe tus misterios celestiales con abrasada inspiración revela, comunica tu fuego a los mortales y haz circular tu soplo blandamente de región en región, de gente en gente.	25 30
¡Ardiente poesía! ¡Alma del universo! De tu llama al incendio feliz, el alma mía en entusiasmo férvido se inflama, rasga la mente su tiniebla oscura y el rayo brota de tu esencia pura.	10	Asaz el monstruo impío que en sangre hirviente sus laureles baña, al viento dio su pabellón sombrío; asaz ardiendo en inclemente saña el numen ¡ay! de la nefanda guerra con su cetro feral rigió la tierra.	35
¿Qué canto desusado exhalan, lira, tus templadas cuerdas que al pecho palpitante y abrasado pasadas dichas y placer recuerdas, volviéndole ¡ay! las emociones gratas con que los días de su abril retratas?...	15	De la ambición insana, del odio y la venganza acompañado, al orco torne, en impotencia vana, quede su solio impuro derrocado, y el funesto laurel que altivo ostenta marchito caiga de su sien sangrienta.	40
¡Salve, salve mil veces, musa de la ilusión, que adormecida estabas en mi mente! Resplandeces astro de paz en mi agitada vida, y al noble fuego de tu amor fecundo llenaré de tu gloria el ancho mundo.	20	¡Genio de la armonía! No a la posteridad des la memoria de esos hombres de sangre, ni a su impía fama le prestes tu fulgente gloria: tu carro triunfador no cuesta llanto ni el laurel que conquistas con el canto.	45

No envidies sus blasones
ni del poder la efímera grandeza
que hinchada ves de impuras oblaciones:
de tu destino la inmortal belleza,
tu sublime misión ¡oh poesía!
ni acero ha menester ni tiranía.

¡Oh! nunca profanada
la altiva frente ante los tronos bajos,
ni sea tu voz por la ambición comprada,
ni cubras la impiedad con tus celajes:
¡nunca el magnate o el feroz soldado
a sus pies vean tu laurel hollado!

Tu genio independiente
rompa las nieblas del error grosero,
la verdad preconice y de su frente
temple con flores el rigor severo,
dando al mortal en dulces ilusiones
de saber y virtud gratas lecciones.

A ti ofrece natura
su más variada pompa y su grandeza,
a ti los cielos brindan su hermosura
y el aura de la noche su pureza;
y el himno entonas que al Eterno sube
en las zafireas alas del querube.

Hablas: todo renace.
Tu creadora voz los yermos puebla,
espacios no hay que tu poder no abrace,
y rasgando del tiempo la tiniebla,
luz celestial, descubres e iluminas
las mutiladas silenciosas ruinas.

Por tu acento apremiados
preséntanse del fondo del olvido
ante tu tribunal siglos pasados,
y el fallo que pronuncias, transmitido
por una y otra edad en rasgos de oro
eterniza su gloria o su desdoro.

Al héroe que se inmola
y a quien su patria ingrata desconoce,
le ciñes tú la espléndida aureola,
y haces que el sabio la esperanza goce

de que si el odio empaña su memoria
tú cantarás al porvenir su gloria. 90

Mas si entre gayas flores
a la beldad consagras tus acentos,
haces nacer los célicos amores,
haces brotar purísimos contentos,
que de tu voz la omnipotencia blanda 95
con ley de paz los corazones manda.

Así Petrarca un día
sintió de amor las penas, los encantos,
el puro fuego que en su pecho ardía
admira el mundo en sus divinos cantos, 100
y aún en la orilla de Valclusa el aura
murmura triste el nombre de su Laura.

Y vosotros, de España
vates ilustres, dulce Garcilaso,
tierno Meléndez... ¿la iracunda saña 105
de altivos héroes celebráis acaso?...
No, que la gloria en vuestra lira hermosa
sólo enlaza los mirtos con la rosa.

¡Oh! si dado me fuera
vuestro dulce cantar, vuestra ternura, 110
o el plectro ardiente del sublime Herrera,
o del culto Riöja la tersura,
entonces ¡ay! el fuego que me anima
extendiera mi voz de clima en clima.

Mil veces desgraciado 115
el que insensible a tu divino acento,
con alma yerta y corazón gastado,
no siente hervir el alto pensamiento;
que es el mundo sin ti templo vacío,
80 cielo sin claridad, cadáver frío. 120

Mas yo do quier te miro:
si de la noche con el fresco ambiente
de puras flores el aroma aspiro,
al murmurar de la sonora fuente,
tú respiras allí, y en leda calma 125
la dulce inspiración viertes al alma.

Si con la blanca aurora
despertando natura, se engalana,

y de zafir y rosa se colora,
rica de juventud, de amor ufana,
tú con su brisa en lánguidos desmayos
giras del sol en los primeros rayos.

Si al huracán violento
de la borrasca el manto denegrido
enluta el éter y en su firme asiento
el cerro tiembla al hórrido estampido,
trémula siento palpitir mi seno
y oigo tu voz al retumbar del trueno.

También, también un día
del ancho mar en el inmenso llano
tu faz sublime con placer veía,
ora silbase el aquilón insano,
ora gimiese en la extendida lona
la brisa pura de la ardiente zona.

¡Aún en la tumba helada!...
Aún en la tumba, sí, pálida y bella
te vi borrar, de adelfas coronada,
de la muerte cruel la triste huella
y de tu santa inspiración el vuelo,
llevar el alma del sepulcro al cielo.

De la fortuna ciega
nunca imploré los miserables dones,
ni de las dichas que el amor me niega
me adularán mentidas ilusiones.
Eres tú sola ¡oh musa! mi tesoro,
tú la deidad que sin cesar imploro. 155

Y no ambiciosa aspiro
a conquistar el lauro refulgente
que humilde acato y generosa admiro,
de Homero o Tasso en la radiosa frente, 160
ni invoco ¡Byron! de tu gloria esclava
el numen de dolor que te agitaba.

Como rosa temprana
que troncha el cierzo o marchitó el estío,
pasa veloz la juventud lozana, 165
y la árida vejez, su aliento frío
al exhalar marchita cuanto alcanza,
gloria, placer, ternura y esperanza.

Dame que pueda entonces,
¡virgen de paz! ¡sublime poesía! 170
no trasmitir en mármoles y bronce
de un siglo en otro la memoria mía,
sólo arrullar, cantando, mis dolores,
la sien ceñida de modestas flores.

1840

Notas:

2. En AP, pp. 21-23; en *Poesías*, 1841, pp. 8-16.

v. 136. *Poesías*, 1841: *en hórrido* (por *al hórrido*, corregido por *al* en la fe de erratas de la misma edición).

3

EL CAZADOR

El sol vierte su lumbre
en nubes de oro y grana,
la tierra se engalana
vestida de verdor.

Con traje caprichoso, 5
de su perro seguido,

sale al campo florido
el bello cazador.

Lleva provisto el cinto
que ancha hebilla sujeta 10
y al hombro su escopeta

de las aves terror.		que en pos de otra victoria,	
Las auras matinales		al hombro la escopeta,	
agitan el cabello		sigue su marcha inquieta	55
que flota sobre el cuello	15	el bello cazador.	
del bello cazador.			
Todo es vida en el campo,		En tanto allá aparece	
todo placer y amores,		del bosque en la espesura,	
perfumes dan las flores		blanca y triste figura,	
y el céfiro frescor;	20	fantasma seductor;	60
sobre el caliente nido		¡y es Elmira!... la Elmira	
cantan himnos las aves,		cual tierna desgraciada,	
mientras con pasos graves		amante abandonada	
se acerca el cazador.		del bello cazador.	
Ajenas del peligro	25	Marchita está la rosa	65
desplegan ya sus alas,		de su blanca mejilla	
que ignoran de las balas		y en su mirada brilla	
el silbo aterrador;		la llama del amor;	
y una blanca paloma,		con paso vacilante	
de su belleza ufana,	30	llega la triste Elmira	70
en torno gira insana		do la víctima expira	
del bello calzador.		del bello cazador.	
Mil círculos trazando		Y estrechando a su pecho	
cual leve mariposa,		al ave moribunda	
ya vuela caprichosa,	35	con lágrimas la inunda,	75
ya para sin temor.		le dice con dolor:	
De un árbol a otro cruza		— «Paloma sin ventura,	
allá en el bosque umbrío,		igual es nuestra suerte,	
mientras la acecha impío		pues causa nuestra muerte	
el bello cazador.	40	el bello cazador.	80
Con amoroso arrullo		De su mano tirana	
a su consorte llama,		recibes honda herida	
columpiada en la rama		y devoró mi vida	
de un verde sicomor.		la llama de su amor.	
Mas ¡ay! que cuando gime	45	Débiles, confiadas,	85
y al dulce amor convida,		perdionos la inocencia	
vacila y cae herida		e hirionos sin clemencia	
del bello cazador.		el bello cazador.	
Con su inocente sangre		Bajo ese verde aliso,	
la verde yerba baña	50	cual lo eras tú, dichosa,	90
y sin piedad ni saña		en noche silenciosa	
la mira el matador,		me trajo mi candor;	
		y oyeron estos valles,	

y oyeron estos vientos los tiernos juramentos del bello cazador.	95	Que como a ti, paloma, de crudo golpe herida dejome el homicida con bárbaro rigor.	130
—¿Ves, Elmira, ese cielo inmenso? —me decía—, pues es, amada mía, más inmenso mi amor.	100	Otros pechos buscando donde sembrar la muerte, que en esto se divierte el bello cazador.	135
No cría abril más hojas en bosques ni florestas como suspiros cuestras al tierno cazador.		Cedamos, pues, cedamos a un destino cruento, que sirva de escarmiento y ejemplo aterrador.	140
Mis astros son tus ojos y es tu aliento mi brisa, me embriaga tu sonrisa, me mata tu rigor.	105	Y que aves y pastoras, al ver nuestro destino, se aparten del camino del bello cazador.»—.	
No deseches, bien mío, el alma que te entrego, escucha, Elmira, el ruego del triste cazador.	110	Dice la hermosa Elmira, y el célico semblante se cubre en un instante de lívido color.	145
Como eres hechicera sé, Elmira, compasiva: si quieres ¡ay! que viva concédeme tu amor.»—.	115	La muerte con sus alas ya nubla su alba frente, y aún nombra dulcemente al bello cazador.	150
Así me hablaba, y luego con pérfidos abrazos me aprisionó en sus lazos el bello cazador.	120	En busca de su presa ya vuelve el inhumano, la escopeta en la mano cubierto de sudor:	155
Y soñando venturas pasó la noche umbría, llevando mi alegría, dejándome dolor.		y bajo el sicomoro al ave y a su Elmira al mismo tiempo mira morir el cazador.	160
Y pasaron con ella los halagos traidores... ¡Pasaron los amores del bello cazador!	125	1839	

Notas:

3. En AP, pp. 23-24; en *Poesías*, 1841, pp. 26-33.

v. 119. *Poesías*, 1841: *brazos* (por *lazos*, corregido por *brazos* en la fe de erratas de la misma edición).

A UNA MARIPOSA

Fugaz mariposa que de oro y zafir las alas ostentas, alegre y feliz.		Ya libas el lirio, ya el fresco alelí, ya trémula besas el blanco jazmín.	25
¡Cuál siguen mis ojos tu vuelo gentil, que al soplo desplegas del aura de abril!	5	Mas ¡ay! ¡cuán en vano mil flores y mil, por fijar se afanan tu vuelo sin fin!...	30
Ya rauda te lanzas al bello jardín, ya en rápidos giros te acercas a mí.	10	¡Ay! que ya te lleva tu audaz frenesí do ostenta la rosa su puro carmín.	35
Del sol a los rayos que empieza a lucir, ¡con cuánta riqueza te brinda el pensil!	15	¡Temeraria, tente! ¿Dó vas infeliz?... ¿No ves las espinas de punta sutil?	40
Sus flores la acacia desplega por ti y el clavel fragante su ardiente rubí.	20	Torna a tu violeta, torna a tu alelí, no quieras, incauta, clavada morir.	
Abre la violeta su seno turquí, la anémona luce su vario matiz.		1838	

Notas:

4. En AP, p. 25; en *Poesías*, 1841, pp. 17-19.

PASEO POR EL BETIS

Ya del Betis por la orilla mi barquilla libre va.		en mi frente soplan ya.	
Y las auras dulcemente	5	Boga, boga, buen remero, que el lucero	10

va a salir; y a occidente ledo sube en su nube de zafir.	15	y adormece luego al fin, en las ramas del granado el pintado colorín.	45
De la tarde, que ya expira, se retira lento el sol; y a medida que se aleja huellas deja de arrebol.	20	Y allá lejos de la orilla ve a Sevilla reposar, de cien torres coronada perfumada de azahar.	50 55
A ocultarse va sereno en el seno de la mar, y del cielo cae en tanto leve llanto sin cesar.	25 30	Sorprendente panorama, do derrama su fulgor, de la noche mensajero, el lucero brillador.	60
Con su riego mil olores dan las flores del pensil. Halagadas por la brisa, blanda risa del abril.	35 40	¡Oh! no esperes a que muera la postrera claridad. Boga, boga, buen remero, ¡más ligero por piedad!	65 70
Busca el nido do se mece		1839	

Notas:

5. En AP, pp. 25-26; en *Poesías*, 1841, pp. 34-37.

IMITACIÓN DE PETRARCA
SONETO

No encuentro paz, ni me conceden guerra,
de fuego devorado tengo frío,
abrazo al mundo y quedome vacío,
me lanzo al cielo y préndeme la tierra.

Ni libre soy, ni la prisión me encierra, 5
veo sin luz, sin voz hablar ansío,
temo sin esperar, sin placer río,
nada me da valor, nada me aterra.

Busco el peligro cuando auxilio imploro,
al sentirme morir me encuentro fuerte, 10
valiente pienso ser y débil lloro.

Juguete soy, con tan extraña suerte,
de una belleza a quien ardiente adoro,
que no quiere mi vida ni mi muerte.

1840

Notas:

6. En AP, p. 26; en *Poesías*, 1841, pp. 47-48.

A ÉL

Era la edad lisonjera en que es un sueño la vida, era la aurora hechicera de mi juventud florida en su sonrisa primera,	con soplo murmurador la tierna flor que se abría.	15
cuando contenta vagaba por el campo, silenciosa, y en escuchar me gozaba la tórtola que entonaba su querella lastimosa.	5 ¡Y yo gozaba! El rocío, nocturno llanto del cielo, el bosque espeso y umbrío, la dulce quietud del suelo, el manso correr del río,	20
Melancólico fulgor blanca luna repartía, y el aura leve mecía	10 y de la luna el albor, y el aura que murmuraba acariciando a la flor, y el pájaro que cantaba... Todo me hablaba de amor.	25

Y trémula, palpitante, en mi delirio extasiada, miré una visión brillante, como el aire perfumada, como las nubes flotante.	30	Así vi a la mariposa inocente, fascinada, en torno a la luz amada revolotear con placer.	65
Ante mí resplandecía como un astro brillador, y mi loca fantasía al fantasma seductor tributaba idolatría.	35	Insensata se aproxima y le acaricia insensata, hasta que la luz ingrata devora su frágil ser.	
Escuchar pensé su acento en el canto de las aves: eran las auras su aliento cargadas de aromas suaves y su estancia el firmamento.	40	Y es fama que allá en los bosques que adornan mi patria ardiente, nace y crece una serpiente de prodigioso poder.	70
¿Qué ser divino era aquél? ¿Era un ángel o era un hombre? ¿Era un dios o era Luzbel?... ¿Mi visión no tiene nombre? ¡Ah! nombre tiene... ¡Era É!	45	Que exhala en torno su aliento y la ardilla palpitante, fascinada, delirante, ¡corre!... ¡y corre a perecer!	75
—		¿Hay una mano de bronce, fuerza, poder o destino que nos impele al camino que a nuestra tumba trazó?...	80
El alma guardaba tu imagen divina y en ella reinabas ignoto señor, que instinto secreto tal vez ilumina la vida futura que espera el amor.		¿Dónde van, dónde, esas nubes por el viento compelidas?... ¿Dónde esas hojas perdidas que del árbol arrancó?...	85
Al sol que en el cielo de Cuba destella, del trópico ardiente brillante fanal, tus ojos eclipsan, tu frente descuella cual se alza en la selva la palma real.	50	¡Vuelan, vuelan resignadas y no saben dónde van, pero siguen el camino que les traza el huracán.	
Del genio la aureola, radiante, sublime, ciñendo contemplo tu pálida sien, y al verte mi pecho palpita y se oprime, dudando si formas mi mal o mi bien.	55	Vuelan, vuelan en sus alas nubes y hojas a la par, ya a los cielos las levante, ya las sumerja en el mar.	90
Que tú eres, no hay duda, mi sueño adorado, el ser que vagando mi mente buscó, mas ¡ay! que mil veces el hombre, arrastrado por fuerza enemiga, su mal anheló.	60	¡Pobres nubes! ¡pobres hojas que no saben dónde van!... Pero siguen el camino que les traza el huracán.	95
—		1840	

Notas:

7. En AP, pp. 26-28; en *Poetas*, 1841, pp. 49-54.

8

NAPOLEÓN

TRADUCIDO LIBREMENTE DE LAMARTINE

Sobre un escollo por el mar batido
el marinero desde lejos mira
de una tumba brillar la blanca piedra,
y entre el verde tejido
de la zarza y la yedra
que unidas flotan en flexibles lazos,
sobre la humilde losa se descubre...
¡un cetro hecho pedazos!

¡Aquí yace!... ¡no hay nombre! al universo
preguntarlo podéis: él os lo muestra
de las playas del Don hasta las cumbres
del soberbio Cedar, con sangre escrito,
y en bronce y mármol, y en el fuerte pecho
de sus guerreros bravos
y aún en el corazón de los esclavos
que uncidos a su carro de victoria
despojos fueron de su excelsa gloria.

Después de los dos nombres anunciados
por un siglo a otro siglo, nombre alguno
tan lejos no voló, ni planta humana
cuya ligera huella un soplo borra,
grabar lograra un sello tan profundo.
Tembló a su peso el mundo
que a su arrogancia estrecho parecía,
y hora aquí detenido
puede el espacio que en la tierra ocupa
con tres pasos de un niño ser medido.

¡Yace aquí!... ¡ni un murmullo
produce ya su sombra!... impunemente
el pie de un enemigo con orgullo
hollar puede su tumba, y por su frente
sin recelo el moscón zumbando gira.
¡Yace aquí! y a su oído
do sonara del bronce el estallido
cual música halagüeña,

sólo llega el monótono rüido
de las olas del mar contra una peña.

No temas, sin embargo, inquieta sombra,
que con acento impío
llegue a turbar tu majestad callada: 40
no, que no insulta con furor la lira
la paz solemne del sepulcro frío,
y en él la gloria mira
su fiel asilo, su mansión sagrada.
No vierte el odio su infernal veneno 45
en ese asilo triste, y a su seno
nada penetra a perseguir al hombre...
¡Excepto la verdad! Sobre la tumba
ella sola severa juzga y falla,
y a su voz, que en el féretro retumba, 50
la muerte tiembla, el universo calla.

Veló una nube oscura
tu cuna y tu sepulcro; apareciste
relámpago veloz entre vapores
de horrible tempestad: desconocido 55
era tu nombre al mundo todavía
y en desconcierto, confusión y horrores
tu fatal existencia presentía.
Así antes que fecunden
los términos de Menfis, 60
del Nilo los anónimos raudales
mugen por los desiertos arenales.

Sin Dios los templos, derrocado el trono,
te levantó en sus alas la victoria
y sobre la cerviz de un pueblo libre 65
un solio y un dosel plantó tu gloria.
El siglo desbocado
que reyes, aras, dioses arrastrara
en su rauda corriente,
un paso dio hacia atrás, y fascinado 70
besó tu mano y te dobló la frente.

El error combatiste y atrevido luchaste cual Jacob contra una sombra, y a los pies de un mortal se vio caído el gran fantasma que a la tierra asombra. De nombres respetables profanador sublime, fueron ellos de tu ambición juguetes miserables, como los vasos del cristiano culto ser suelen entre báquicas escenas del sacrílego vil presa o insulto.	75	del arco despedida, que aún al través de un corazón amigo para llegar al blanco senda se abre por la certera mano dirigida.	120
Cuando un siglo caduco se alborota con delirio altanero, no su cadena de opresión quebranta al clamar libertad; no, que un guerrero del polvo se levanta con su cetro le toca, desvanece el frenético sueño y la verdad terrible resplandece. ¡Oh! ¡si ese cetro a manos de su dueño devuelto hubiese tu triunfante mano!... ¡Si las ilustres víctimas tu escudo, tu fuerte escudo protector cubriera y a la regia corona hubieses vuelto el esplendor primero!... En tu augusta carrera vengador de los reyes y más grande que los más grandes reyes, ¡qué perfume tu fama ilustre conseguido hubiera!... ¡Cómo de gente en gente con alta admiración y amor profundo fuera acatado tu laurel fulgente y qué homenaje te rindiera el mundo!	80 85 90 95 100	Jamás por disipar tu real tristeza apuraste la copa en los festines, ni homenaje rindiendo a la belleza respiraste el placer en los jardines. Inmóvil, mudo cual estéril roca te hallaba la hermosura; ni la sonrisa de su linda boca, ni el llanto de sus ojos consiguieron llegar a tu alma dura, excitarte al placer ni darte enojos. Sólo amabas tu espada y las alarmas del combate feral: grato te fuera ver la aurora brillar sobre las armas, siendo tu mano a tu corcel ligera cuando flotantes las espesas crines volaba como el viento, cadáveres y aceros quebrantando y en el polvo sangriento las herraduras fuertes señalando.	125 130 135
Gloria, honor, libertad... los altos nombres que veneran los hombres ¿qué fueron para ti?... débil sonido que a lo lejos repite un eco vano, y sólo pudo comprender tu oído el crujir del acero y el son agudo del clarín guerrero. Soberbio, desdeñando cuanto la tierra adora nada tu orgullo inmenso le pedía sino el imperio... y viendo en cada oposición un enemigo, tu voluntad lanzabas cual saeta	105 110 115	Sin gozar te elevaste y ni una queja te arrancó tu caída: nada humano palpitaba en tu pecho de diamante. Sin odio y sin amor, el pensamiento era tu sola vida. Semejante al águila soberbia que domina en solitario cielo, con tu potente vuelo a una desierta cima te encumbraste sólo conservaste para medir la tierra una mirada y una garra de hierro para poder asirla amedrentada. ¡De la victoria en el sangriento carro de un salto solo colocarse altivo!... ¡De su nombre, su genio y su fortuna tener el orbe lleno!... ¡A un tiempo hollar el solio y la tribuna!... ¡Templar con odio y con amor un freno por sus manos forjado, sujetando con él un pueblo libre!... ¡Ser de un siglo	140 145 150 155 160

la vida y pensamiento!...		y tu mirada ardiente perseguía	
¡Embotar el puñal anonadando		la ola y la imagen que con ella huía.	205
el furor de la envidia!... ¡Al movimiento			
de la terrible diestra		Ya sobre el frágil puente despreciando	
un mundo entero estremecer, su suerte	165	la tempestad y el rayo te contemplas,	
al golpe incierto de un azar jugando		o ya el polvo sagrado del desierto	
contra los mismos Dioses!... ¡Como dueño		tus rápidos caballos levantando,	
sujetar a su carro la fortuna!...		y del Jordán entre las ondas puras	210
¡Oh! ¡qué brillante sueño!		tenderse ves sus polvorosas crines:	
¡Qué delirio divino!	170	ora miras rendir ante tu planta	
¡Y éste fue, Bonaparte, tu destino!		los altos montes su soberbia cima,	
		y un camino ofrecerte, donde imprima	
¡Empero ya caíste		tu carro de victoria	215
por huracán horrísono lanzado		un sello de poder, de audacia y gloria.	
de tan excelsa cumbre en esta roca!		Ora contemplas tu invencible espada	
Tu regio manto viste	175	convertida en un cetro... ¡qué memoria	
entre tus enemigos destrozado,		repentina te asalta que así cubre	
y la suerte, ese numen,		de triste palidez tu frente osada?	220
ese dios que adoró tu audacia loca		Di, ¿de dó viene ese temblor que agita	
en la cima de gloria y de ventura,		tus miembros vigorosos?...	
por último favor te dio este espacio	180	De tus pasados tiempos borrascosos	
entre el solio y la humilde sepultura.		¿qué recuerdo importuno	
		puede así horrorizarte? ¿De la guerra	225
¡Oh! ¡quién dado me hubiera de tu mente		contemplantos los míseros estragos?	
penetrar el secreto pensamiento,		¿Acaso ves las ruinas humeantes	
cuando el recuerdo triste		de diez y diez ciudades, y hondos lagos	
de tu pasada dicha te oprimía	185	de sangre humana llenos y espumantes?	
cual un remordimiento!		¿Las cadenas te oprimen	230
¡Cuando tu frente pálida y sombría		que a los pueblos cargaste?... ¡Mas la gloria	
sobre tu fuerte pecho se inclinaba		todo lo borra, todo!... excepto el crimen.	
y cual la sombra de profunda noche			
una memoria en ella se pintaba!	190	¡Ay! ¡su dedo terrible me señala	
		el cuerpo de una víctima!... ¡le veo!	
Bien como el pescador en la ribera		¡Es un joven, un héroe! Con su sangre	235
ve su sombra a lo lejos dilatarse		la oleada que le arrastra torna roja	
en el inmenso mar y la carrera		y pasa y pasa sin cesar... ¡oh cielo!	
seguir flotando de las aguas frías,		Y cada vez que pasa un nombre arroja...	
tú recordando tus antiguos días	195	¡El nombre de Condé!... ¿Tu helada mano	
en ellos te mirabas;		por qué, Napoleón, tu frente estrega	240
ante ti se elevaban, los veías		con solícito afán? ¿qué mancha impura	
rápidos sucederse cual las olas;		quieres borrar ansioso? ¡Empeño vano!	
su murmullo armonioso		Más viva luce la caliente sangre	
halagaba tu oído y cada oleada	200	cuando borrarla trémulo procura,	
cual encantado espejo		y la mancha indeleble	245
de tu gloria arrastraba alguna imagen,		allí grabada está, cual hondo sello	
aclarando tu frente su reflejo,		de una mano suprema	
		que le ciñe del crimen la diadema.	

Así ¡tirano! se empañó tu gloria, tu genio colosal queda en problema; tu nombre, vacilante en la humana opinión, como juguete que arrolla el cierzo en remolino vario, miserio efecto de tu atroz delito, una edad y otra edad veranle escrito entre el nombre de César y el de Mario. ¡Y sin embargo has muerto de la muerte del vulgo!... Igual al labrador que de la era cansado vuelve y en tranquilo sueño sobre su bieldo su jornal espera, tu espada tomas y en silencio mudo te ve a su umbral la eternidad inmensa de miedo exento y de dolor desnudo pedir a Dios ¿justicia o recompensa?...	250	su augusta majestad; acaba, acaba... Ese es el Dios que reina y que corona, ese el Dios que castiga y que perdona.	
	255	Un peso diferente para los héroes tiene: ¿qué te espanta? Háblale sin temor, él solamente te puede comprender. Ante su planta deben rendir el siervo y el tirano cuenta de su cadena y de su cetro: su omnipotente mano pesando los destinos de todos los mortales firma sólo sentencias eternas.	280
	260		285
	265	¡Silencio! ¡su sepulcro está cerrado! Sus hazañas y crímenes oscilan en la eterna balanza. ¿Cuál osado mortal se arroja a decidir, midiendo del señor la piedad suma, insondable? ¿Y quién afirmar puede que en vosotros, ministros de su cólera, no sea el genio una virtud?... Su inescrutable justicia reverencio: ¡ya el fallo se dictó!... ¡Basta!... ¡Silencio!	290
¡Es fama que en el trance postrimero de su larga agonía, solo allí con su genio, ante la oscura terrible eternidad, se le veía una mirada levantar al cielo y aplicar a su frente la inefable redentora señal, mientras se oía en sus labios vagar un santo nombre que articular no osaba! ¡Pronúncialo sin miedo! No te asombre	270		295
	275	1839	

Notas:

8. En AP, pp. 28-31; en *Poesías*, 1841, pp. 55-67.

v. 5. *Poesías*, 1841: *hiedra* (por *yedra*, corregido en la fe de erratas de la misma edición).

v. 278. *Poesías*, 1841: *ese es el Dios* (por *ese el dios*, corregido en la fe de erratas de la misma edición).

9

A LA ESPERANZA

Mágico nombre que el mortal adora, sueño feliz de encanto y de ilusión, tú, cuya luz al porvenir colora, tú, cuyo aroma embriaga al corazón;		eres de Dios la paternal sonrisa, eres el don de su divino amor, más suave que el murmullo de la brisa, más dulce que el aroma de la flor.	10
supremo bien que el cielo bondadoso otorgar quiso al infeliz mortal, cual en desierto estéril, arenoso, hizo nacer un puro manantial;	5	Eres un ángel que acompaña al hombre desde la cuna al fúnebre ataúd, a la inocencia hechizas con tu nombre, alientas con tu voz a la virtud.	15

Tú sola das un bálsamo divino al lacerado y yermo corazón, y de la vida en el erial camino tuyas las flores que se encuentran son.	20	Y tú, tierno amante, que triste suspiras de ausencia las iras de olvido el rigor, ¿qué bálsamo suave mitiga tu pena y encanta y serena tu acerbo dolor?...	55 60
Hasta en la losa de la tumba fría vierte tu luz divina claridad, y al penetrar en su mansión sombría el hombre espera inmensa eternidad.		¡Tú sola, esperanza! Tu influjo divino del crudo destino se sabe burlar.	
Por ti el guerrero de su hogar querido corre al combate con heroico ardor, y del cañón el hórrido estampido escucha sin espanto ni temor.	25	No temen tus flores la fuerza del hielo y en árido suelo las haces brotar.	65
Tuya es la voz que le promete gloria, tuyo el afán que se despierta en él, mostrándole una página en la historia y una corona eterna de laurel.	30	—	
Al marinero que en el frágil leño surca el imperio del terrible mar, tú le prometes de tesoros dueño a la patria querida retornar.	35	Ven, pues, ¡oh diva! tu favor imploro, muéstrame ya tu seductora faz... ¡Ah! no te pido ni el laurel ni el oro, sólo ambiciono sosegada paz.	70
¡Ay! tú también delirio lisonjero siempre serás del triste trovador, tú de su vida el áspero sendero perfumarás con encantada flor.	40	Déjame ver en venidero día una choza pajiza entre verdor, mientras trinando en la enramada umbría las aves canten su inocente amor.	75
Tuya es la voz que escucha enardecido, que le revela un alto porvenir y de las leyes del eterno olvido intenta audaz un nombre redimir.		Allá me ofrece la apacible calma exenta de temor y de inquietud, descanso dulce que apetece el alma, supremo bien que anhela la virtud.	80
En vano envuelta en el inmundo cieno la envidia exhala su infernal vapor, en vano vierte insana su veneno, en vano lanza el grito detractor.	45	De las ciudades el ambiente impuro no osará, no, mi asilo penetrar, ni de un palacio el ostentoso muro la luz del sol me llegará a robar.	
Que cuando se alza en el brillante cielo mirando al sol el águila real, no ve al reptil que en el oscuro suelo clavarle intenta su aguijón fatal.	50	No veré allí ni mármoles ni bronce que presten su dureza al corazón, y libre siendo por mi bien entonces, me inspirarán sus dueños compasión.	85
—			

No allí la envidia arrastrará su planta, ni la calumnia elevará su voz, ni la perfidia que al herir encanta allí estará, ni la codicia atroz.	90	agua la fuente y la industriosa abeja panales mil de perfumada miel.	
Ni allí abrasada de la fiebre impía beberá el alma en turbio cenagal, ni en el silencio de la noche umbría oiré el rumor de inmundo bacanal.	95	¡Ay! este cuadro, en que descansa el alma, pinta, esperanza, en mágico cristal, y en dulce sueño de inocencia y calma deja que olvide el ruido mundanal.	130
Ni veré frentes pálidas, marchitas, surcadas ¡ay! en tierna juventud, cual si de Dios por el furor malditas ansiasen ya la paz del ataúd.	100	Deja que alegre tus promesas crea, deja que venza al desaliento atroz, aunque mentida mi ventura sea, aunque desmienta el porvenir tu voz.	135
Mas en la tarde, al margen del arroyo, veré cansado al labrador pasar, del pueblo honor, de su familia apoyo, que alegre torna a su tranquilo hogar:		Y pasen del mundo placeres risueños, de gloria los sueños, de amor la ilusión;	140
y del ganado escucharé el balido, y allá distante el compasado son con que se anuncia al ánimo abatido la hora feliz de calma y oración.	105	y pasen las voces del frío ateísmo que arroja el abismo de estéril razón.	
Sauces dolientes, palmas solitarias, templos serán, no ingratos al Señor, donde dirija al cielo mis plegarias, cual puro aroma de inocente flor.	110	Y pasen pugnando las viejas naciones, queriendo eslabones eternos romper, y oprima el tumulto legítimo dueño	145
Será la grama mi alfombrado suelo, tendré do quier magnífico dosel, harán las hojas su vistoso velo y flores mil resaltarán en él.	115	y tiemble del ceño de intruso poder.	150
Y mientras duerma en el modesto lecho no sentiré latir el corazón, ni conturbarse mi agitado pecho con sueños ¡ay! de gloria ni ambición.	120	Y pasen del hombre locuras, dolores, blasfemias, furores, proyectos sin fin. Veré solamente, mecida en tus alas, mi choza, las galas del bello jardín.	155
Al despertar con las pintadas aves saldré a los campos, saludando al sol, y entre perfumes cándidos, süaves, me embriagaré de luz y de arrebol.		Y en vano del mundo la pompa engañosa mi paz venturosa querrá perturbar: seré a su atractivo,	160
Para mi mesa ofrecerá la oveja su blanca leche y frutas el vergel,	125		165

que al necio alucina,
del monte la encina,
la roca del mar.

1841

Notas:

9. En AP, pp. 31-33; en *Poesías*, 1841, pp. 38-46.

10

A UNA MARIPOSA

SONETO

Hija del aire, nívea mariposa,
que de luz y perfumes te embriagas
y del jasmín al amaranto vagas,
como del lirio a la encendida rosa;

tú que te meces cándida y dichosa
sobre mil flores que volando halagas
y una caricia por tributo pagas
desde la más humilde a la orgullosa;

sigue, sigue feliz tu raudo vuelo,
placer fugaz, no eterno, solicita,
que la dicha sin fin sólo es del cielo;

fijar tu giro vagaroso evita,
que la más bella flor que adorna el suelo
brilla un momento y dóblase marchita.

1839

Notas:

10. En AP, pp. 33-34; en *Poesías*, 1841, p. 71.

11

A MI JILGUERO

No así las lindas alas
abatas, jilguerillo,
desdeñando las galas
de su matiz sencillo.

No así guardes cerrado
ese tu ebúrneo pico,
de dulzuras colmado,
de consonancias rico.

En tu jaula preciosa
¿qué falta a tu recreo?
Mi mano cariñosa
previene tu deseo:

festón de verdes hojas
tu reja adorna y viste;
mira que ya me enojas
con tu silencio triste.

No de ingrato presumas,
recobra tu contento,
riza las leves plumas,
da tus ecos al viento.

Mas no me escucha
que tristemente
gira doliente
por su prisión.

Troncha las hojas, pica la reja, luego se aleja con aflicción.	25	las espigas de oro robando de los trillos?	
Ni un trino solo su voz exhala, mas bate el ala con languidez;	30	¡Por eso ya no canta tu pico enmudecido que en desventura tanta la voz es un gemido!	65
y tal parecen sus lindos ojos en sus enojos llorar viudez.	35	Yo tu suerte deploro, y en triste simpatía cuando tu pena lloro, lloro también la mía;	70
Ya conozco, infelice, tu pena punzadora: tu silencio la dice mi corazón la llora.	40	que triste, cual tú, vivo, por siempre separada de mi suelo nativo, de mi Cuba adorada.	75
Cuando el dolor te oprime y cuando callas triste ¿no echas de menos, dime, el campo en que naciste?		No ya, jilguero mío, veré la fértil vega que el Tinima sombrío con sus cristales riega.	80
¿Y el prado lisonjero y el bosque silencioso do ensayaste primero tu vuelo temeroso?	45	Ni en las tardes serenas tras enriscados montes disipará mis penas la voz de los sinsontes.	
¿El árbol cuya rama meció tu blando nido y el agua que derrama tu manantial querido	50	Ni harán en mis oídos arrullo al blando sueño sus arroyos queridos, con murmullo halagüeño.	85
donde a beber llegabas del lago cristalino y a la sombra posabas del centenario pino?	55	Ni verá el prado que vio otro día la lozanía de mi niñez,	90
¿Y recuerdas la amena pradera, con sus flores, de los cantares llena de tus tiernos amores?	60	los tardos pasos que marque incierta mi planta yerta por la vejez.	95
¿Y el séquito canoro de lindos pajarillos,		Ni la campana dulce, sonora, que dio la hora de mi natal	100

sonará lenta y entristecida de aquesta vida mi hora final.		Avecilla abandonada para divertirte vivo.	140
El sol de fuego, la hermosa luna, mi dulce cuna, mi dulce hogar...	105	¡Ah! no, pues, mujer ingrata, no te compares conmigo, tu compasión me maltrata y tu cariño maldigo.» —.	
¡Todo lo pierdo, desventurada! ya destinada sólo a llorar.	110	¡Esto me dicen tus ojos, esto tu silencio triste! Ya comprendo tus enojos, ya, jilguero, me venciste.	145
Pues somos en desventura, pájaro infeliz, iguales, cantarás tú mi amargura y lloraré yo tus males.	115	¡Libertad y amor te falta, libertad y amor te doy!... Salta, pajarillo, salta, que no tu tirana soy.	150
Nacidos en cruda estrella, unidos por el destino, trina al son de mi querella la canción del peregrino.	120	Salida franca ya tienes, mira, goza, respira, libre eres ya;	155
Mas tu mirar angustiado en mí fijas con tristura y tal parece que osado me atribuyes tu amargura.		torna a tu campo, torna a tu nido, tu bien querido te espera allá.	160
¿No es igual mi cruda pena a la que te agobia impía? ¿No nos une la cadena de una triste simpatía?	125	Mas no me olvides y a mi ventana llega mañana saliendo el sol:	
— «No, porque en extraña tierra tus cariños te han seguido y allí la patria se encierra do está el objeto querido.	130	que yo te escuche sólo un momento cantar contento tu dulce amor.	165
De una madre el dulce seno recibe tu triste llanto, y yo de consuelo ajeno solo lloro y solo canto.	135	Corriendo el llanto por mi mejilla, dulce avecilla, te envidiaré;	170
Eres libre, eres amada, yo, solitario, cautivo...		y el eco triste de mis lamentos con tus acentos confundiré.	175

Y luego, caro jilguero...
 ¿Mas dónde está?... ya se lanza
 donde mi vista no alcanza,
 donde no llega mi voz; 180

¡así me deja el ingrato
 sin escuchar mis acentos
 y ya en alas de los vientos
 se precipita veloz!

Adiós, pajarillo hermoso, 185
 adiós, ingrato querido;
 los bienes que habías perdido
 te restituye mi amor.

¡Así a mí quiera la suerte
 volverme en hora dichosa 190
 mi Cuba dulce y hermosa
 y su cielo inspirador!

1839

Notas:

11. En AP, pp. 34-36; en *Poesías*, 1841, pp. 88-95.

v. 183. *Poesías*, 1841: «y ya en *las* alas»; con esta supresión JMG enmienda el verso hipermétrico.

12

A FRANCIA

SOBRE LA TRASLACIÓN DE LOS RESTOS DE NAPOLEÓN A PARÍS

Bástete, oh Francia, la gigante gloria
 con que llenó tus ámbitos *el hombre*;
 bástete ver en la brillante historia
 unido al tuyo su grandioso nombre;
 bástete el monumento soberano 5
 do su potente mano
 grabó en el bronce un sello perdurable;
 mas deja, deja al mundo
 ese sepulcro solitario, austero,
 donde el hado severo 10
 guarda al coloso de ambición y orgullo
 entre las peñas áridas y solas,
 mientras el mar con turbulento arrullo
 quiebra a sus pies las espumantes olas.

¡Déjale allí! ni cantos ni plegaria
 suenan por él en el peñasco rudo
 en torno de su tumba solitaria,
 más elocuente en su silencio mudo.
 ¡Déjale allí! sin comitiva, aislado,
 duerma en su roca estéril y sombría 20

el rey sin dinastía,
 no en panteón estrecho sepultado
 oiga, oh París, tu bacanal ruido
 entre regios sepulcros confundido.

Su tumba es Santa Helena; 25
 los nombres inmortales
 de Arcola, de Austerlitz, Marengo y Jena
 no llegan a turbar su austera sombra,
 ni la columna altiva 30
 protege con sus águilas la tumba,
 ni el clarín suena, ni el cañón retumba;
 mas allí el mundo mírale y se asombra
 más que de sus victorias y laureles
 de ver caído al sin igual coloso;
 y en ese escollo su fantasma inmenso 35
 velando silencioso
 con su aureola de gloria,
 viendo pasar revoluciones, leyes,
 escarmientos de pueblos y de reyes
 es un padrón terrible de la historia. 40

1840

Notas:

12. En AP, p. 36; en *Poesías*, 1841, pp. 110-112.

v. 39. *Poesías*, 1841: en las fe de erratas se corrige *escarmientos* por *escarmiento*, pero JMG no traslada la enmienda.

13

A LA MUERTE DEL CÉLEBRE POETA CUBANO DON JOSÉ MARÍA HEREDIA

Le poète est semblable aux oiseaux de passage
qui ne batisent point leur nid sur le rivage.
Lamartine

Voz pavorosa en funeral lamento
desde los mares de mi patria vuela
a las playas de Iberia, y tristemente
en son confuso la dilata el viento;
el dulce canto en mi garganta hiela
y muerto deja mi entusiasmo ardiente.

¡Ay! que esa voz doliente
con que su pena América denota
y en estas playas lanza el océano,
murió, pronuncia, el fervido patriota,
murió, repite, el trovador cubano,
y un eco triste en lontananza gime
¡murió el cantor del Niágara sublime!

¿Y es verdad? ¿y es verdad?... ¿la muerte impía
apagar pudo con su soplo helado
el generoso corazón del vate
do tanto fuego de entusiasmo ardía?
¿No ya en amor se enciende, ni agitado
de la santa virtud al nombre late?

¡Ay! cual cede al embate
del aquilón sañoso el roble erguido,
así en la fuerza de su edad lozana
fue por el fallo del destino herido:
astro eclipsado en su primer mañana
se sepultó en las sombras de la muerte
y en luto Cuba su placer convierte.

¡Patria! ¡numen feliz! ¡nombre divino!
¡Ídolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino...

¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
tu sol de fuego, tu brillante cielo?

Ostenta, sí, tu duelo,
5 que en ti rodó su venturosa cuna,
por ti clamaba en el destierro impío 35
y hoy condena la pérfida fortuna
a suelo extraño su cadáver frío,
do tus arroyos ¡ay! con su murmullo
no darán a su sueño blando arrullo.

10 ¡Silencio! de sus hados la fiereza 40
no recordemos en la tumba helada
que le defiende de la injusta suerte;
ya reclinó su lánguida cabeza,
de genio y desventuras abrumada,
en el inmóvil seno de la muerte. 45

¿Qué importa el polvo inerte
que torna a su elemento primitivo
ser en este lugar o en otro hollado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?...
20 Que el vulgo de los hombres asombrado 50
tiemble al alzar la eternidad su velo,
mas la patria del genio está en el cielo.

25 Allí jamás las tempestades braman
ni roba al sol su luz la noche oscura,
ni se conoce de la tierra el lloro; 55
allí el amor y la virtud proclaman
espíritus vestidos de luz pura
que cantan el hosanna en arpas de oro.

30

Allí el raudal sonoro
sin cesar corre de aguas misteriosas
para apagar la sed que enciende el alma,
sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
jamás el mundo satisface o calma:
¡allí tiene el Señor su regio asiento
y tendido a sus pies el firmamento!

¿Y qué al dejar la vida deja el hombre?
El amor inconstante, la esperanza
engañosa, visión que le extravía;
tal vez la gloria, bello y vano nombre
que con desvelos y dolor alcanza;
el mentido poder, la amistad fría;

y el venidero día,
cual el que expira breve y pasajero
al abismo corriendo del olvido;
el placer cual relámpago ligero

de tempestades y pavor seguido;
¡grandes proyectos que medita a solas,
cimientos ¡ay! sobre agitadas olas!

De verte ufano, en el umbral del mundo
el ángel de la hermosa poesía 80
te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
y hora lanzas, Heredia, el barro inmundo
que tu sublime espíritu oprimía
y en alas vuelas de tu genio ardiente.

No más, no más lamente 85
destino tal nuestra ternura ciega,
ni la importuna queja al cielo suba.
¡Murió! a la tierra su despojo entrega,
su espíritu al Señor, su gloria a Cuba:
que el genio como el sol llega a su ocaso, 90
mas deja un rastro fúlgido su paso.

1840

Notas:

13. En AP, pp. 37-38; en *Poesías*, 1841, pp. 118-122.

14

A UN NIÑO DORMIDO

Duerme tranquilo, inocente,
en el maternal regazo
y deja que admire atenta
tu delicioso descanso.

¡Cuál brilla tu frente pura
entre los rizos dorados
que en leves ondas descienden
a tu cuello de alabastro!

Pende con dulce abandono
a un lado tu diestra mano
y la otra de la mejilla
el peso sostiene blando.

Con razón tu tierna madre
con afanoso conato
por ti vela y te recata
cual su tesoro el avaro:

que eres más bello que el día
que entre nácar y amaranto
aparece en el oriente
de luces vertiendo rayos. 20

5 ¡Cómo reposa tranquilo!
¡Parece de nieve un ampo!
Mirad que vaga sonrisa
mueve el carmín de sus labios.

Tal vez sueñe de su madre 25
recibir el beso caro;
tal vez a un ángel sonría
entre las nubes velado.

Duerme, duerme y que te halaguen
esos ensueños tan gratos 30
que a robarte su embeleso
se apresta el tiempo tirano.

Volando pasan los días,
veloces huyen los años,
a la fresca primavera
sucede el seco verano,

y en pos suya se aproxima
el invierno adusto, helado,
que marchita cuanto toca
con su descamada mano.

Ese pecho tan hermoso
cuyo cutis nacarado
eleva el latir ligero
y brilla cual limpio lago;

del viento de las pasiones
será bien presto agitado
y sus olas turbulentas
en ti mismo harán estrago.

Entonces ¡ay! tan tranquilo
no será, no, tu descanso,
ni al blando seno materno
le pedirás dulce amparo.

Entonces ¡ay! el orgullo,
el amor y sus engaños,
la ambición y la codicia,
el temor y el sobresalto,

serán los ángeles puros
que velarán a tu lado,
reproduciendo en tus sueños
de tu existencia los cuadros.

Y luego ¡ay! ante tu vista
cubierta por velo opaco
se eclipsará la esperanza
al lucir el desengaño.

Y verás llegar el tedio
de la saciedad en brazos
y del cáliz de la vida
gustarás el dejo amargo.

¡Mas silencio! no se aleje
a tan fúnebres presagios
el ángel que te sonríe
mientras tú duermes soñando.

Duerme, sí, pobre inocente,
prolonga tu sueño grato,
por los ángeles mecido,
por las brisas arrullado.

1840

55

60

65

70

75

Notas:

14. En AP, pp. 39-39; en *Poesías*, 1841, pp. 129-132.

v. 66. *Poesías*, 1841: *sociedad* (por *saciedad*, corregido en la fe de erratas de la misma edición).

15

A LA JUVENTUD

«¡Abre tus puertas, mundo!... ¡ensancha, vida,
para mí tu camino!
¡Brotan raudales de placer divino,
de amor, de libertad! Grandes pasiones
dadme, dadme sin fin... mi alma encendida
se agita en sed de vivas emociones.
Quiero agotar ¡oh vida! tus tesoros,
devorar quiero, mundo, tus placeres,

gloria, virtud, festines y mujeres,
cantos, risas y amores...
Todo debe formar mi alta ventura,
todo lo encierras en tu rico seno,
como guardan las flores
en su cáliz feliz la esencia pura.»

10

5

«¡Es tan bella la vida!... y vigorosa
palpita, hierve en mi agitado pecho;
y cual hielo deshecho
al rayo vencedor del astro ardiente,
de mi inspirada mente
se disipan las áridas lecciones
de la adusta experiencia,
de la helada vejez vanas visiones
para espantar la crédula inocencia.»

«Horrible te pintaban, mundo amado,
y un edén puro de delicias eres:
tu ambiente perfumado
en languidez sublime me aletarga...
¡Dame, dame placeres,
que el alma es grande, la existencia larga!
¡Gozar quiero, gozar!... tantas hermosas
de frente pura, de mirar sereno,
mi ardiente culto aceptarán gozosas;
coronado de rosas
y adormecido en palpitante seno,
gozando cantaré su amor divino,
que es amor de la vida el dulce encanto
y amar será mi plácido destino:
¡mi destino feliz! ¿quién ¡ay! merece
culto tan santo, adoración tan pura
como vosotras, que debéis al cielo,
con el alma de un ángel, su hermosura?
¡Mujeres adorables! no se mece
tan bella flor en esmaltado suelo
al soplo de la brisa,
ni de aromas tan suaves
como es hermosa y dulce la sonrisa
de vuestra pura boca,
que al beso ardiente del amor provoca.»

«En vuestro seno cándido, inocente,
no cabe, no, la falsedad traidora,
pura el alma tenéis, pura la frente,
como la luz primera de la aurora.
¡Vírgenes celestiales!
De vuestro amor las dulces emociones
me inundarán de aromas y armonía,
y vosotras seréis los manantiales
de mi eterna alegría;
y si penetro de la gloria al templo,
si pulsando la lira al orbe admiro;
o dando heroico ejemplo,

15 de amor de patria y libertad ardido
a las lides me lanzo
y el laurel a los héroes concedido
por mi valor y mi entusiasmo alcanzo;
la guirnalda preciosa, 65
20 por vuestras manos de marfil tejida,
refrescaré mi enardecida frente,
y en vuestros brazos bellos
la laureada cabeza descansando,
me adormiré escuchando 70
del popular aplauso el alto grito,
25 y en ensueños de gloria
veré mi nombre en letras de oro escrito
entre los grandes héroes de la historia.»

«¡Gloria! ¡don celestial! ¡numen divino! 75
30 ¡Eterna fuente de grandiosos hechos!
¿Dó están los tibios pechos
que no palpiten a tu nombre agosto?
¿Dó las almas cobardes
que no se inmolen en tu altar sublime? 80
35 Sed de ti me devora
y de alcanzarte la ambición me oprime...
No más ¡ay! con tu sombra me desveles:
toma mi vida y dame tus laureles.»

40 «¡La vida, sí, la vida!... Hermosa ofrenda 85
si en las aras divinas se consagra
de la alma libertad, y tu aureola
la ciñe en torno de celestes rayos.
¡Oh! ¡la muerte no es muerte!...
45 Si eterna vida me concedes, gloria, 90
si en mi sepulcro brillas,
¡la muerte es la victoria!
¡Verdugos! ¡preparad vuestras cuchillas,
vuestros cadalsos levantad, tiranos!
Aquí os espera mi entusiasmo ardiente, 95
50 la palma del martirio entre las manos
y el eterno laurel sobre mi frente.»

«De mi tumba gloriosa
el tierno amor y la amistad sincera
55 con llanto y flores regarán la losa... 100
¡El amor! ¡la amistad! bienes divinos
que a mis bellos destinos
serán perfumes de celeste rosa.»

60

«Abre tus puertas, mundo, que ya ansío tus goces devorar y aún tus dolores... Todo es sublime en ti, nada sombrío; placeres, amistad, cantos, laureles, en ti mezclados con virtudes veo: puros tus goces, tus amores fieles, grande tu gloria y tus encantos creo.»	105	que lleno de ilusiones a ti llegó con fervido entusiasmo pidiéndote virtudes y emociones?... Su dardo agudo el desengaño esgrime, la fe vacila, el entusiasmo calma, nace la duda que emponzoña el alma y entre tinieblas la esperanza gime. Esto le das ¡oh mundo! y cuando todas sus creencias y virtudes en tus abismos el dolor derrumba, triste y árido hastío le roe el alma con su diente frío, y le arrojas cadáver en la tumba.	120
—	110		125
Dice la juventud, y ardiente avanza por el estéril campo de la vida, de mil flores ceñida, llena de fe, radiante de esperanza... ¿Qué haces del hombre ¡oh mundo!	115	1841	

Notas:

15. En AP, pp. 39-41; en *Poesías*, 1841, pp. 143-148. | Título: en *Poesías*, 1841: «La juventud».
v. 17. *Poesías*, 1841: en las fe de erratas se corrige *hielo desecho* por *hielo deshecho*, pero JMG no traslada la enmienda; la incorporo para restablecer el sentido.

16

A POLONIA

TRADUCCIÓN LIBRE DE VÍCTOR HUGO

Sola al pie de la torre donde la voz tonante resuena pavorosa de tu señor fatal, cuya siniestra sombra parece por instante designarse en la piedra del silencioso umbral;		Resuenan a intervalos palabras de amenaza y de torpes pisadas escúchase el rumor; y un sable allá reluce y un hierro que te enlaza al muro por do corre tu llanto de dolor.	15
pronta a ver al esposo trocado en asesino, pálida y hasta el suelo doblada la cerviz, vencida, encadenada te ofreces al destino, bella y triste Polonia, por víctima infeliz.	5	¡Polonia sin ventura! Los brazos descarnados y la abatida frente te miro levantar, y los llorosos ojos, hundidos y empañados, hacia la Francia tornas con tímido mirar.	20
A falta de tus hijos miro tus manos puras el crucifijo santo con fervor estrechar... ¡Mancharon los basquiros tus regias vestiduras y en ellas sus sandalias grabaron al pasar!	10	Un grito de tu pecho tristísimo desprendes, «¡Oh Francia! ¡hermana mía!» te escucho repetir. Ansiosa tus miradas por el camino tiendes, ¡y esperas ¡ay! y esperas!... ¡y a nadie ves venir!	
		1840	

Notas:

16. En AP, p. 41; en *Poesías*, 1841, pp. 149-150. | Título: [*N. ms. de JMG*] Marcado y anotado a un lado: *no*.

A WASHINGTON
SONETO

No en lo pasado a tu virtud modelo, ni copia al porvenir dará la historia, ni el laurel inmortal de tu victoria marchitarán los siglos en su vuelo.		Mientras la fama las virtudes cuente del héroe ilustre que cadenas lima y a la cerviz de los tiranos doma,	10
Si con rasgos de sangre guarda el suelo del coloso del Sena la memoria, cual astro puro brillará tu gloria nunca empañaba por oscuro velo.	5	alza gozosa, América, tu frente, que al Cincinato que formó tu clima le admira el mundo y te lo envidia Roma.	
		1841	

Notas:

17. En AP, p. 41; en *Poesías*, 1841, p. 159.
v. 11. *Poesías*, 1841: sin la preposición *a*.

A MI MADRE
EL PRIMER DÍA DEL AÑO

Detente, aquilón silboso, plega un momento tus alas, no más impelas las nubes ni estremizas las montañas,		que con sus ondas fecundas el Betis risueño baña.	20
ni del árbol ya desnudo destroces las secas ramas, ni del arroyo tranquilo turbes las ondas de plata.	5	¡Allí respira el objeto de mi cariño entusiasta! ¡Allí mi amiga indulgente! ¡Allí mi madre adorada!	
No más en el mar airado levantes negras oleadas, ni arrastres cual leve pluma la nave que incierta vaga.	10	¡El talismán de mi vida, el faro de mi esperanza, la fuerza que me sostiene y el abrigo que me ampara!	25
Tu raudo curso suspende y el insano furor calma, que un mensaje de ternura voy a entregar a tus alas.	15	Llévala los puros votos que por ella forma el alma y los amantes suspiros que el corazón le consagra.	30
Y después rápido vuela a la orilla perfumada		Llévale tiernas caricias, llévale dulces palabras, la esperanza que enajena y los recuerdos que halagan.	35

Vuela, aquilón, presuroso, y en un batir de tus alas la distancia salva odiosa que de mi bien me separa.	40	si oyes salir de sus labios bendiciones y plegarias, y por su esposo y sus hijos implorar de Dios la gracia;	75
Mas al llegar a su lado depón la violenta saña, mitiga los soplos fríos y el fuerte rugido acalla.		si la ves ¡ay! ofrecerse (¡ella pura, casta y santa!) si la justicia del cielo una víctima demanda...	80
Toma los hábitos puros de las balsámicas auras, y si flores no encuentres con que perfumes tus alas,	45	¡Es ella! ¡mi dulce madre! ¡el puerto de mis borrascas! ¡el ángel que me custodia! ¡el corazón que me ama!	
toma de su puro aliento la suavísima fragancia.	50	—	
Vuela, aquilón, y no temas con ninguna equivocarla.		Vuela presuroso, raudo aquilón, vuela allá do la suerte seguirte me veda.	85
Si ves hermosa matrona erguida como la palma, frente pura, grave paso, la mirada dulce y blanda,	55	Del Betis saluda la orilla risueña y no enamorado tu vuelo suspendas.	90
que consuela al infelice y a los débiles ampara, que al que calumnian defiende y protege al que maltratan;	60	Llega do te envía mi fina terneza y a mi dulce madre mis votos presenta;	95
¡es ella! ¡aquilón! ¡es ella! Llega abatido a sus plantas, con respeto la saluda y cariñoso la halaga.		mis votos amantes, mis caricias tiernas, mis gratas memorias, mis tristes querellas.	100
Si ves en el templo agosto orando al pie de las aras una figura apacible con negros tules velada;	65	Y dila que el año que hoy nuevo comienza me encuentra llorosa gimiendo su ausencia.	
si entre el velo transparente en sus hermosas pestañas furtiva lágrima observas que su fervor te declara;	70	1841	

Notas:

18. En AP, pp. 42-43; en *Poesías*, 1841, pp. 165-169.
v. 33. *Poesías*, 1841: *llévala* (por *llévale*).

v. 34. *Poesías*, 1841: *llévala* (por *llévale*).

v. 70. AP: *entre* (por *en*); corrijo el verso hipermétrico según *Poesías*, 1841. | [*N. ms. de JMG*] Tacha *entre* en el verso y se agrega al margen: *de*.

19

AL SOL

EN UN DÍA DEL MES DE DICIEMBRE

SONETO

¡Reina en el cielo, sol! Reina e inflama
con tu almo fuego mi cansado pecho:
sin luz, sin brío, comprimido, estrecho,
un rayo anhela de tu ardiente llama.

A tu influjo feliz brote la grama,
el hielo caiga a tu fulgor deshecho;
¡sal! del invierno rígido a despecho,
rey de la esfera, ¡sal! mi voz te llama.

De los dichosos campos do mi cuna
recibió de tus rayos el tesoro,
alejome por siempre la fortuna.

10

Bajo otro cielo, en otra tierra lloro...
5 Esta nieve luciente me importuna...
¡El invierno me mata!... ¡yo te imploro!

1839

Notas:

19. En AP, p. 43; en *Poesías*, 1841, p. 170.

20

EL GENIO

Parece, brilla y pasa la hermosura,
cual flor que nace y muere en la mañana;
sombra es el mando, sueño la ventura,
humo y escoria la grandeza humana;
las moles de arrogante arquitectura
con que su nombre en ensalzar se afana,
voraz el tiempo, que incesante vuela,
con la huesa del pobre las nivela.

Ceden al peso de su férrea mano
torres soberbias, cúpulas doradas;
los monumentos del poder romano
escombros son y ruinas mutiladas;
de Menfis y Palmira el polvo vano
no cuenta ya sus glorias olvidadas,
y de la antigua Grecia los prodigios
apenas dejan débiles vestigios.

A mi respetable amigo don Juan Nicasio Gallego.

Piélago sin riberas ni reposo
hinchado de perennes tempestades,
sigue su curso eterno, impetuoso,
siempre tragando y vomitando edades.
5 A su impulso cediendo poderoso
húndense muros, templos y ciudades;
leyes, altares, púrpura y diadema
yacen sujetos a su ley suprema.

20

Así vimos un solio esclarecido
10 que exaltación frenética derroca;
de regia sangre un cetro enrojecido
la osada mano de un guerrero toca:
¡vedle reinando de laurel ceñido!
¡vedle morir en solitaria roca!...
15 Aún el destino impávido se espanta
de tanta dicha y desventura tanta.

25

30

Todo sucumbe a la eternal mudanza,
 por ley universal todo perece;
 el genio sólo a eternizarse alcanza
 y como el sol, eterno resplandece;
 al porvenir su pensamiento lanza,
 que con el polvo de los siglos crece,
 y en las alas del tiempo suspendido
 vuela sobre las simas del olvido.

La gloria de Marón el orbe llena;
 aún suspiramos con Petrarca amante;
 aún vive Milton y su voz resuena
 en su querube armado de diamante;
 rasgando nubes de los tiempos truena
 el rudo verso del terrible Dante,
 y desde el Ponto hasta el confín ibero
 el son retumba del clarín de Homero.

Aún conservan las musas por tesoro
 la inspiración de Sófocles profundo;
 ornado de su trágico decoro
 vive Racine, admiración del mundo;
 aún nos arranca Shakespeare el lloro,
 aún nos cautiva Calderón fecundo,
 que la palabra que lanzó el poeta
 a la ley de morir no está sujeta.

Pontífice inmortal su mano enciende
 de la verdad la antorcha peregrina;
 él del olvido a la virtud defiende,
 al mundo ilustra y al poder domina:
 si a lo pasado su mirada tiende

la noche de los tiempos ilumina,
 y de su siglo un noble monumento
 35 llega a otra edad su activo pensamiento.

¡Dichoso aquel que la celeste llama 65
 siente en su pecho, y delicioso aroma
 de gloria aspira y de brillante fama!
 40 Fúlgido sol que en el oriente asoma
 tesoros dando del calor que inflama
 al llano humilde, a la enriscada loma, 70
 del mundo por los ámbitos que llena
 la palabra inmortal del vate suena.

De cuantos seres, de su ingenio hechura,
 divinizó la griega fantasía,
 y al nombre augusto de deidad más pura 75
 desaparecieron del Olimpo un día,
 tan sólo el culto inextinguible dura
 del numen de la excelsa poesía,
 50 en cuyas aras el incienso humea
 por cuanto ciñe el mar y el sol otea. 80

Yo que en vano le invoco y le bendigo,
 no espero que mis votos satisfaga:
 55 no como a ti la musa, ilustre amigo,
 con su sonrisa al despertar me halaga;
 ansiosa, empero, tus pisadas sigo, 85
 y el eco de tu fama me embriaga...
 ¡Oh, si fuese partícipe mi lira
 del fogoso entusiasmo que me inspira!
 60 1841

Notas:

20. En AP, pp. 43-44; en *Poesías*, 1841, pp. 181-185.

v. 64. *Poesías*, 1841: *llega* (por *lega*, corregido en la fe de erratas de la misma edición).

I	cual águila real al vil gusano contemplaba a los hombres.»	
Los negros cabellos al viento tendidos, los ojos hundidos, marchita la tez, hoy llora humillada la hermosa María, ejemplo algún día de altiva esquivéz.	«Mi pensamiento en temerario vuelo ardiente osaba demandar al cielo objeto a mis amores; 5 y si a la tierra con desdén volvía triste mirada, mi soberbia impía marchitaba sus flores.»	40
Su pecho acongoja profundo quebranto; no alivia su llanto su acerbo dolor, que en triste abandono su amante la deja, de bronce a su queja, de hielo a su ardor.	«Tal vez por un momento caprichosa entre ellas revolé, cual mariposa, 10 sin fijarme en ninguna. De un misterioso bien siempre anhelante clamaba en vano, como tierno infante quiere abrazar la luna.»	45 50
El alba tres veces ha visto su pena, la luna serena tres veces también.	«¡Hoy despeñada de la excelsa cumbre do osé mirar del sol la ardiente lumbré que fascinó mis ojos, cual hoja seca al raudito torbellino cedo al poder del áspero destino! ¡Me entrego a sus antojos!»	55
Y lenta una hora tras otra ha seguido, sin que haya traído ninguna a su bien.	20 «Cobarde corazón, que el nudo estrecho gimiendo sufres, dime ¿qué se ha hecho tu presunción altiva? ¿Qué mágico poder, en tal bajeza trocando ya tu indómita fiereza, 25 de libertad te priva?	60
Ni un punto la noche sus ansias sosiega, que el sueño le niega su efímera paz.	«Mísero esclavo de tirano dueño, tus glorias fueron mentiroso sueño que con las sombras huye;	65
Insomne a los vientos les cuenta su historia... Guardó mi memoria su canto fugaz.	30 ¿di qué se hicieron ilusiones tantas de necia vanidad, débiles plantas que el aquilón destruye?»	
II	«En hora infausta a mi feliz reposo, ¿no dijiste soberbio y orgulloso: —¿Quién domará mi brío? Con mi solo poder haré, si quiero, 35 mudar de rumbo al céfiro ligero y arder al mármol frío—.»	70
«Un tiempo hollaba por alfombra rosas y nobles vates de mentidas diosas prodigábanme nombres, y yo altanera con orgullo vano,		

«¡Funesta ceguedad! ¡Delirio insano! Te gritó la razón: su voz en vano te advirtió tu locura. Tú mismo te forjaste la cadena que a servidumbre eterna te condena, y a duelo y amargura.»	75	halaga con pausado movimiento en esa selva hojosa?»	115
«Los lazos caprichosos que otros días por pasatiempo a tu placer tejías, fueron de seda y oro; los que hora rinden tu valor primero son eslabones de pesado acero templados con tu lloro.»	80	«¿De aquella fuente entre las claras linfas no le articulan invisibles ninfas con eco lisonjero? ¿Por qué callar el nombre que te inflama, si aún el silencio tiene voz que aclama ese nombre hechicero?»	120
«¿Qué esperaste, ¡ay de ti! de un pecho helado, de necio orgullo y presunción hinchado, de víboras nutrido? Tú que anhelabas tan sublime objeto, ¿cómo al capricho de un mortal sujeto te arrastras abatido?»	85	«Nombre que un alma lleva por despojo, nombre que excita con placer enojo y con ira ternura.» Nombre más dulce que el primer cariño de joven madre al inocente niño, copia de su hermosura.	125
«¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos que por flores tomé duros abrojos y por oro la arcilla?... Del torpe engaño mis rivales ríen, y mis amantes ¡ay! tal vez se engríen del yugo que me humilla.»	90	Y más amargo que el adiós postrero que al suelo damos donde el sol primero alumbró nuestra vida: «Nombre que halaga y halagando mata: nombre que hiere, como sierpe ingrata, al pecho que le anida.»	130
«¡Y tú lo sufres, corazón cobarde! ¿Y de tu servidumbre haciendo alarde, quieres ver en mi frente el sello del amor que me devora?... ¡Ah! velo pues, y búrlese en buen hora de mi baldón la gente.»	95	¡No, no le envíes, corazón, al labio!... Guarda tu mengua con silencio sabio; guarda, guarda tu mengua. Callad también vosotras, auras, fuente, trémulas hojas, tórtola doliente, como calla mi lengua.	135
«Salga del pecho refrescando el labio el dulce nombre, de mi orgullo agravio, de mi dolor sustento. ¿Escrito no le ves en las estrellas y en la luna apacible que con ellas alumbra el firmamento?»	100	III	140
«¿No le oyes de las auras al murmullo? ¿No le pronuncia en gemidor arrullo la tórtola amorosa? ¿No resuena en los árboles que el viento	105	Con un gemido enmudeció María y dando de rubor visible muestra, su rostro que el amor enardecía cubrió un momento con su blanca diestra.	
	110	Mas luego se alza, y en su altiva frente ya la victoria de su orgullo miro, cual si del pecho su pasión ardiente lanzase envuelta en el postrer suspiro;	145
		cuando a leve rumor, que entre la yerba suena de humana planta producido, en medio de su saña y pena acerba	150

la despechada amante presta oído.		¡Él es! ¡allí está ya! Desdén, ausencia,	165
¡Cuán late el corazón! ¡Con qué zozobra		todo lo olvida la infeliz María,	
aquel rumor aproximarse escucha!...		que al verse de su amado en la presencia	
Amor su cetro vacilante cobra:	155	la noche se convierte en claro día.	
en vano la razón se esfuerza y lucha.		¡Feliz, si en pos de la fatal quimera	
		que hora la inunda en celestial contento,	170
¡Él es! ¡allí está ya!... Clama el orgullo:		al despertar del sueño no le espera	
—Tente y escucha mis acentos, ¡tente!—		dolor profundo, lágrimas sin cuento!	
Mas piérdese su voz, cual el murmullo		¡Feliz, si de su orgullo la memoria	
de humilde arroyo al ruido del torrente.	160	no turba más su pecho lastimado!	
		¡Feliz, si en el sepulcro de su gloria	175
Que cuando amor tan imperioso grita,		su amor también no deja sepultado!	
razón y orgullo a su placer sofoca,			
y al corazón turbado precipita			
cual bajel sin timón de roca en roca.	1841		

Notas:

21. En AP, pp. 45-47; en *Poesías*, 1841, pp. 186-195.

22

A LA VIRGEN

PLEGARIA

Vos entre mil escogida		Vos que ocupáis regio asiento	
de luceros coronada,		en Sion hermosa y santa	20
vos de escollos preservada		y tenéis a vuestra planta	
en los mares de la vida;		por alfombra el firmamento;	
vos radiante de hermosura,	5	vos que miráis, ¡virgen pura!	
¡virgen pura!		la amargura	
de toda virtud modelo,		de esta mujer solitaria,	25
flor trasplantada del suelo		¡ay! escuchad su plegaria	
para brillar en la altura.		desde el trono de la altura.	
Vos la sola sin mancilla	10	En tempestuoso océano	
de Adán en la prole insana,		mi bajel navega incierto,	
a cuya voz soberana		sin que un fanal en el puerto	30
dobla el ángel la rodilla;		encienda piadosa mano:	
que vencisteis el delito		entre escollos gira roto	
y al precito	15	sin piloto	
querub quebrasteis la frente;		y sin brújula ni vela,	
vos cuyo nombre potente		a merced deshecho vuela	35
es en los cielos bendito.		del vendaval o del noto.	

Vos en la noche sombría
pura luz, celeste faro,
de los débiles amparo,
de los tristes alegría:
ved mi vida abandonada,
¡madre amada!
mi juventud sin amores,
débil planta a los rigores
de ardiente sol marchitada.

Campo estéril, seco arroyo
donde no juegan las brisas,
mi infancia no tuvo risas
ni mi vejez tendrá apoyo.
Noche triste cual ninguna
y sin luna
fue la noche desgraciada
que fuera al mundo lanzada...
¡La orfandad meció mi cuna!

¡En torno miro!... no existe
ni patria ni hogar querido,
¡soy el pájaro sin nido!
¡soy sin olmo yedra triste!
Cada sostén de mi vida,
desvalida,
fue por el rayo tronchado,
y débil caña he quedado
de aquilones combatida.

Extranjera en este mundo
no comprendo su alegría,
ni él penetra, madre mía,
en este abismo profundo,
este abismo de dolores
que con flores
disfrazaba tal vez la suerte;
¡volcán que encierra la muerte
coronado de verdores!

Seres hay en este suelo
enigmas ¡ay! de amargura,
ni el cielo les da ventura,
ni el mundo les da consuelo.
Van por ignotos caminos
peregrinos,
solitarios y sin nombres,

no les conocen los hombres
ni comprenden sus destinos. 80

40 ¿Qué quiere hacer ¡oh María!
de estas almas el Eterno?...
¿Es del cielo o del infierno
la misión que les confía?... 85
¿Para qué fueron lanzados
¡desgraciados!
45 al bello mundo estos seres,
entre risas y placeres
a padecer destinados?... 90

Yo los misterios venero
50 que comprender no consigo,
y a vos ¡oh virgen! os digo,
«¡Madre! yo ruego y espero».
Se dice que el señor vierte 95
en el fuerte
la amargura de su ira,
55 y con blandos ojos mira
al indefenso e inerte.

¡Ay! no soy soberbia encina 100
firme del cierzo a la saña,
60 sino humilde y frágil caña
que al menor soplo se inclina.
Pase por el mundo ciego
con sosiego 105
mi solitaria existencia,
y de Jehová la clemencia
65 alcance mi ardiente ruego.

Del árbol de mi esperanza
secas las flores cayeron, 110
y cual humo leve huyeron
70 mis sueños de bienandanza;
despojados de ilusiones
corazones
no ambicionan alegría, 115
sólo os piden, virgen pía,
paz, suspiros y oraciones.

75
1841

Notas:

22. En AP, pp. 47-48; en *Poesías*, 1841, pp. 201-206.

v. 20. *Poesías*, 1841: «en *la Sion*», supresión que se asienta en la fe de erratas de la misma edición y que recoge JMG pese a lo forzado del hiato.

23

EL BEDUINO

Del sol de Libia al penetrante rayo que un suelo ingrato con su ardor devora, que nunca borda con sus flores mayo ni julio estivo con sus mieses dora.		y las piedras do asienta su planta jaspes puros y mármoles son.	
Tostado el rostro, de sudor cubierto, sigue su marcha el nómada beduino, y su corcel la arena del desierto surca y levanta en denso torbellino.	5	Él sus senos abriendo a la tierra le arrebató su oculto tesoro, y la plata preciada y el oro ornan luego su rico artesan.	35
Del fuerte pecho, de terror exento, lanza la voz que los espacios llena, mientras se aduerme fatigado el viento en la extensión del piélago de arena.	10	No le arredra distancia ni tiempo, aquilones o brisas suaves, y pobladas se ven de sus naves las inmensas llanuras del mar.	40
Vuela, vuela, corcel generoso, tú que afrentas al viento de Egipto: si del Khan por indócil proscripto eres hoy del desierto señor.	15	Él al cielo sus astros numera y al través de las nubes le escala, y aún es fama que al rayo señala el paraje do debe estallar.	
Vuela, vuela que al sueño se entrega descuidada infeliz caravana, y serán tus gualdrapas mañana cien estofas de vario color.	20	¡Goce, pues, su poder, sus tesoros, su talento, su orgullo, su ciencia!... El desierto dejó por herencia al beduino feliz Ismael.	45
Del desierto los dos somos dueños, y el que osado a pisarlo se atreva, griego, copto o hebreo nos debe abundante tributo pagar.		Sin sus artes de frívolo ornato, sin sus templos, palacios y leyes, del desierto vastísimos reyes no trocamos la suerte con él.	50
Ni el cristiano de Europa orgulloso mis dominios recorra sin pena, que a encontrarlo, entre nubes de arena volaremos los dos a la par.	25	Donde quiera que se abra una palma, una acacia, o un drago, o un pino, donde quiera que brota mezquino un raudal que mitigue mi ardor.	55
Suyas son las ciudades del mundo y las torres que al cielo levanta,	30	Allí planto mi tienda ligera y al reposo contigo me entrego, sin que llegue a turbar mi sosiego de la vida el inquieto rumor.	60

Del bajá los humildes esclavos
allá tiemblen si arruga su ceño,
en ti encuentra cariño tu dueño,
en su lanza, botín, libertad;

vuela, vuela corcel generoso,
cual *simoun* que arrebató la arena,
que ni ley ni temor encadena
nuestra libre y feliz voluntad.

65

1842

Notas:

23. En AP, pp. 48-49.

v. 15. [*N. de la a.*] *Khan*: especie de caravasar o parador público destinado a las caravanas.

v. 66. [*N. de la a.*] *Simoun*: viento impetuoso.

24

A LAS ESTRELLAS

SONETO

Reina el silencio; fúlgidas en tanto,
luces de amor, purísimas estrellas,
de la noche feliz lámparas bellas,
bordáis con oro su enlutado manto.

Estrellas, cuya luz modesta y pura,
del mar duplica el azulado espejo,
si a compasión os mueve la amargura,

10

El placer duerme y vela mi quebranto
y rompen el silencio mis querellas,
volviendo el eco, unísono con ellas,
de aves nocturnas el siniestro canto.

5 del intenso penar por que me quejo,
¿cómo para aclarar mi noche oscura
no tenéis ¡ay! ni un pálido reflejo?

1841

Notas:

24. En AP, p. 49; en *Poesías*, 1841, p. 175.

25

LA NOCHE DE INSOMNIO Y EL ALBA

FANTASÍA

Noche
triste
viste
ya
aire,
cielo,
suelo,
mar.

Mirando
del mundo
profundo
solaz,
5 esparcen
los sueños,
beleños
de paz.

10

15

Y se gozan en letargo tras el largo padecer, los heridos corazones con visiones de placer.		¡Es el alba! ¡es la luz! ¡es la vida! ¡es la fe! ¡la ilusión! ¡la esperanza! ¡es el alba, que bella y florida de los campos del cielo se lanza! Y a mi pecho, que asedian dolores, el esfuerzo perdido restaura, cual reviven las lánguidas flores a los soplos benignos del aura.		65	
Mas siempre velan mis tristes ojos; ciñen abrojos mi mustia sien; sin que las treguas del pensamiento a mi tormento descanso den.	20	Salí por fin del antro tenebroso de aquea soledad sin extensión, donde el silencio mora sin reposo y reina sin la calma la inacción. Ya salí, sí, de los estrechos muros: ya puedo por los llanos discurrir... Mas ¡ay! me pierdo en ámbitos oscuros, y nada logro ver, ni nada oír. Aquí los campos, sin color ni espacios semejan la perfecta creación: allá aparecen templos y palacios sepulcros de un inmenso panteón.	25	70	
El mudo reposo fatiga mi mente; la atmósfera ardiente me abrasa do quier, y en torno circulan con rápido giro fantasmas que miro brotar y crecer. ¡Dadme aire!... necesito de espacio inmensurable, do del insomnio al grito se alce el silencio y hable. Lanzadme presto fuera de angostos aposentos... ¡quiero medir la esfera! ¡quiero aspirar los vientos!	30		75		
	35	Ni una hoja se mueve, ni una ave respira, parece que el tiempo parado se está y nada en la tierra con forma se mira, ni nubes ni sombras distingúense ya. Imagen horrible del caos primitivo, se siente la calma y al par confusión: yo en este sosiego la nada concibo, dudando si existe mi propia pasión.	40	85	
¡Mas qué siento! ¡Balsámico ambiente se derrama de pronto! El capuz de la noche rasgando en oriente, se abre paso la cándida luz. ¡Es el alba! sus líquidas perlas ya coronan mi frente febril, y en las hojas acude a mecerlas con susurros el aura gentil. ¡Es el alba!... se alejan las sombras y con nubes de azul y arbol se matizan etéreas alfombras, donde el trono se asienta del sol.	45	¡Oh autor de los colores! ¡Oh rey del claro día, que en campos de mi patria tuviste sacro altar! Mi acento te saluda con férvida alegría, ya enciendas a la tierra, ya argentes a la mar. Desde la ardiente zona do tienes almo asiento tus rayos a mi cuna lanzaste abrasador... por eso en ígneas alas remonto el pensamiento y el fuego me devora de inextinguible amor. Mas quiero que tu lumbre mis ansias ilumine; mis lágrimas reflejen la aureola de tu luz; y sólo cuando yerta la muerte se avecine, la noche tienda triste su fúnebre capuz.	50	90	95
	55		60	100	

Notas:

25. En AP, pp. 50-51. | Título: [N. de JMG] Tomado de un periódico español. | [N. de la e.] *El Laberinto, periódico universal* (Madrid), t. I, núm. 19 (1 de agosto de 1844), p. 7, col. 1-2, firmado G. G. de Avellaneda. En este lugar la estructura general de la obra es diferente a la presentada en la AP: las estrofas comprendidas entre los vv. 69 y 88 originalmente se asientan después de v. 48. Cfr. la nota correspondiente en los «Criterios de edición». Por lo demás, el recurso de la escala métrica es tomado de Victor Hugo, quien en *Los Djinns* (1829) propone una serie de recursos que se allí en más serán dechado y paradigma para los escritores románticos. Cfr. la excelente versión polígota del poema preparada por Sonia Yebara y publicada por Editorial Serapis, Rosario, 2010.

v. 78. *El Laberinto*, 1844: *imperfecta* (por *la perfecta*).

v. 79. *El Laberinto*, 1844: *parecen* (por *aparecen*).

v. 86. *El Laberinto*, 1844: *a* (por *al*).

26

EL DÍA FINAL

¡Cumpliéronse los tiempos! de sus obras retira el Criador su excelsa mano, y aquella voz que enfrena al oceano, terrible e indignada, «¡Toma! –dice a la nada– ¡Cuánto de ti saqué, de mí recobras!»	5	van el carro de fuego de la sañuda tempestad lanzando: las altivas naciones pálidas tiemblan con pavor nefando, y cual flexibles cañas doblan sus crestas ásperas montañas.	30

Y alzando el ángel de la muerte el vuelo por los inmensos campos del vacío, raudo entre nubes de color sombrío, que al sol envuelven en luctuoso velo, de planeta en planeta pasa llevando la sentencia dura, a que el supremo Artífice sujeta de su poder la portentosa hechura.	10	Por las ciudades, de opulencia emporios, rugiendo van los tigres y panteras; las aves carniceras refúgianse en magníficos cimborios de alcázares y templos; y en las grutas de sanguinarias fieras, hermanos contra hermanos se abalanzan hambrientos los humanos.	35 40

Rota la ley que ordena el movimiento de innumerables mundos, por la vasta ostensión del firmamento, sin rumbo ni compás vagan errantes en confusión y vértigos profundos. Unos con otros luchan; sus brillantes destellos palidecen; y el espacio sin fin el grito absorbe que cruza por los ámbitos del orbe.	15 20	¡No hay amor! ¡no hay piedad! Del negro espanto, del furor ciego y el pesar profundo, huyendo van los sentimientos suaves... Del tierno infante el inocente llanto y del anciano los dolores graves, la desesperación en su iracundo frenético anhelar, en vano escucha... ¡Naturaleza con la muerte lucha!	45

¡Escuchad, escuchad!... Los aquilones rápidos giran, y en su curso ciego de unas a otras regiones	25	¡Espectáculo atroz! la mar devora campos y pueblos que no dejan rastros, y se alza bramadora amenazando al cielo,	50

como si el apagar fuese su anhelo la ya marchita lumbré de los astros.		
La ponderosa mole de la tierra su movimiento y turbulencia imita, vorágines inmensas abre y cierra, y en convulsión frenética se agita.	55	zumba y estalla el fulminante trueno; giran chocando rápidos planetas, como del mar en proceloso seno, desmanteladas y perdidas naos; cruje la tierra; el cielo se desgarr. ¡Tiende la muerte su acerada garra; gime la creación y torna el caos! ¡Reina la eternidad! sobre los mundos, devueltos a la nada,
¡Despareció la lobreguez! El cielo, hoguera inmensa sacudiendo llamas, con claridad fatídica ilumina la universal catástrofe. Del velo de densas nubes, que desgarr el rayo, despeja el sol la enrojecida frente, y de su centro súbito desata volcánico torrente, que por el ancho espacio se dilata.	60 65	el ígneo trono del Señor se asienta: yace a sus pies la muerte encadenada, rota en su mano inerme la guadaña sangrienta, y el tiempo inmóvil a su lado duerme.
Brama en el aire ignífero oceano,		80 1843

Notas:
26. En AP, pp. 51-52. | Título: [N. de JMG] Tomada del Suplemento al *Correo de Ultramar* (París), mayo 1844.

BALCARCE

*Florencio*¹

«Don Florencio Balcarce, hijo de uno de los veteranos de nuestra revolución,² aparece ahora en la escena literaria, para ocupar después un lugar muy distinguido entre los poetas argentinos. Cuenta apenas 23 años y sería una injusticia no reconocerle ya acreedor a aquel título, tan difícil de merecer.»³ No era cumplido un año, después que un hombre muy notable del Río de la Plata, nos hacía la anterior promesa, cuando Balcarce ya no existía. Su mucha contracción al estudio le trajo la enfermedad de que murió en Buenos Aires el jueves 16 de mayo de 1839.⁴

Al examinar sus trabajos emprendidos, los libros que formaban su biblioteca y los apuntes tomados en los bancos de las aulas, se nota la excelente dirección que Balcarce daba a su espíritu. Sobre la historia particular de su país y la filosofía, eran sus meditaciones favoritas. La literatura amena no fue su ocupación principal, sino el empleo honesto y laudable de sus momentos de descanso.

Era todavía alumno de la Universidad de Buenos Aires, cuando partió para Francia en abril de 1837: entonces escribió sus sentidos adioses a la patria, tan llenos de nobleza como de presentimientos de muerte. Mediante su permanencia en París, oyó las lecciones de los señores Saint Hilaire, Jouffroy, Lerminier y otros filósofos.

A más de las poesías que ahora publicamos,⁵ dejó manuscritos y acabados los trabajos siguientes: la traducción del curso de filosofía de M. Laromiguiere; una novela tomada de un suceso referido en la historia antigua del Río de la Plata; una traducción del drama de M. A. Dumas, Catalina Howard; y muchos artículos originales publicados sin su nombre en los diarios de Buenos Aires y Montevideo.

Esta noticia rápida sobre una existencia tan pasajera, como rica en esperanzas, la hemos tomado de un artículo necrológico, publicado en el «Diario de la Tarde», del 22 de mayo de 1839. Su autor se expresa así sobre los últimos momentos de Balcarce:

Paciencia y serenidad admirables ha mostrado en sus padecimientos... Conversaba tranquilamente con los facultativos que le han asistido y discurría con ellos acerca de la naturaleza y estado de su enfermedad. Oyó sin inmutarse la noticia de su próximo fin y se preparó a él con una resignación verdaderamente cristiana. Un sacerdote joven y virtuoso, su compañero de estudios, recogió los últimos suspiros de Florencio, e hizo descender la bendición del cielo sobre aquella cabeza que no volverá más a pensar.

Aunque nos hemos impuesto la ley de no entrar en censura alguna sobre las poesías que publicamos y de no dar razones particulares de nuestra elección, creemos necesario advertir que nos son conocidos los defectos que en algo deslucen a la primera

composición de Balcarce. Ellos pertenecen exclusivamente a la armonía y pueden disculparse, porque según opinión de un literato competente y muy conocido en América, son frecuentes en poetas castellanos.⁶

Notas:

¹ [N. ms. de JMG] «Aquella vida es bien afortunada / que la temprana muerte la asegura. (Ercilla) Nació el 23 de feb. 818, falleció en 16 de mayo 1839. Se embarcó para Francia el 4 de abril de 1837.»

² [N. de JMG] El general don Antonio González Balcarce, vencedor en Cotagaita y en Suipacha.

³ [N. de JMG] Palabras tomadas de un artículo escrito por el doctor don Florencio Varela, en *El Iniciador* periódico literario de Montevideo, t. 1, núm. 8 (agosto 1 de 1838).

⁴ [N. ms. de JMG] «Según don Mariano Balcarce en una [corrección] hecha de su mano en un ejemplar del art. de Caicedo. [Consignaba] en el *Correo de Ultramar* a Florencio, nació éste en el año 1818 y por consiguiente sólo vivió 21 años.»

⁵ [N. de JMG] Se hallan insertas en *El Iniciador*, en el *Constitucional*, en el *Corsario*, periódicos de Montevideo. También en la *Colección de poesías escogidas* o *Flores de poetas*, en tomo en 4º, Montevideo, enero de 1840.

⁴ [N. de JMG] Don J. J. de Mora. *Mercurio chileno*, núm. XII, pág. 545.

1

AL SEÑOR DON VÍCTOR SILVA, RECÍÉN ORDENADO DE SACERDOTE

Humilla al polvo la elevada frente	el Señor a otra esfera te levanta,	25
y a Dios entona, ¡oh Víctor! alabanza,	y eres más que mortal desde este día.	
que él te extendió su mano omnipotente	Tus ojos ven allá sobre los cielos	
y con paterno anhelo	por la mano de Dios con fuego escritos	
alzarte quiso a celestial bonanza.	5 nuevos deberes hoy, nuevos desvelos:	
Un día, allá desde el eterno cielo,	«Persecución sin tregua a los delitos,	30
cuando la mansa faz volvió clemente	a la virtud apoyo	
a esta mansión de lágrimas y duelo,	y a la desgracia auxilios y consuelos».	
te vio benigno que en la pobre cuna	Pronto herirá tu oído	
lanzabas el fatídico gemido	10 en el pajizo albergue del cristiano,	
que la vida del hombre anuncia al suelo:	de la pobreza el lúgubre alarido,	35
a ti inclinó el oído,	del infortunio el lamentar en vano...	
bañó tu faz en celestial contento,	Entonces tú le tenderás la mano,	
y del destino en el profundo arcano,	y del abismo de miseria y duelo	
escrito sobre el santo firmamento,	15 en que abatido el corazón yacía,	
borró su eterna mano	con tu consejo sabio	40
los terrenos deleites y pesares	alzar le harás a la bondad del cielo,	
que a tu vida mortal guardaba el mundo;	y bendecir al hacedor del día.	
y a quemar suave incienso en sus altares,	Tu voz entonces sonará inflexible	
a ser de sus bondades santo nuncio,	20 contra el mortal ceñido	
a servir de consuelo al débil hombre,	de pompa vana y mundanal ruido:	45
con sello eterno consagró tu nombre.	«—Bajad al polvo —clamarás— la frente,	
Humíllate otra vez, Silva, pues santa	simulacros de cieno,	
la misión es que el cielo te confía;	que Dios es todo, los mortales nada;	

y este mundo, esos astros, ese trueno,
dejarán de existir eternamente,
al sonar de su voz omnipotente:
¡adorad al Señor, ciegos mortales...!
¡Bajad al polvo la orgullosa frente...!».

Cual ángel tutelar, del débil hombre
tú sostendrás la marcha vacilante
con mano poderosa,
desde que en pobre cuna es remecido
hasta que es sepultado en yerta fosa:
tu mano sacra lavará la mancha
en la frente del niño ternuzuelo,
cuando gimiendo asome
a arrastrar su existencia en este suelo;
y tu sagrada voz sonará fuerte
sobre el lecho de muerte,
en que se aleje tímido del mundo
el mortal penitente y moribundo.

Humilde siempre, humano,
el refugio serás del desgraciado,
el protector del huérfano inocente
y sostén del virtuoso ciudadano.

Pasaron ya los tenebrosos días
de lágrimas y horrores,
en que el mundo escuchó voces impías
de indignos sacerdotes
tronar sobre la tierra ensangrentada,
a venganzas impuras
incitando los pechos fraternales,
y a clavarse los bárbaros puñales
en nombre del Señor de las alturas.

Pasaron ya los tenebrosos días
en que el débil mortal empuñó ciego
el santo crucifijo y la cuchilla,
y entre el horror y el fuego,
respetoso doblando la rodilla,
las cenizas, el humo, la venganza,
los gemidos del mísero inocente,
y el vapor de la bárbara matanza,
ofreció reverente
como grato holocausto al Dios clemente.

En sangre tinta y destrucción envuelta
así gimió la América algún día:
sobre escombros, cadáveres, ruinas,
la cruz enrojecida se erigía,
y el sacerdote santo
con el soldado impío confundido

50 de guerra alzaba el espantoso canto
y empuñaba la mecha enfurecido.

Era Jesús entonces a sus ojos
un Dios sañudo ansioso de venganza,
que en fúnebres despojos, 100
en muerte y guerra impía
55 al lado de Jehová se complacía.

Por la codicia el hombre enceguedo,
un Dios, como él, fanático anunciaba,
y a criminal olvido 105
sus sagrados preceptos relegaba.

60 Cuando Jesús del Gólgota en la cima
a muerte ignominiosa se vio fijo,
—No saben lo que hacen,
perdónalos, Señor, perdona —dijo. 110
Y cuando irreverentes

65 nuestros brazos claváronle la lanza,
dijo, en vez de *Señor toma venganza*,
Perdónalos, Señor, son inocentes.

Predica tú la paz: que nuestro suelo 115
no más en llanto humedecer se vea,

70 y que la voz del cielo
oyendo de tu boca el ciudadano,
apague ya la destructora tea
que arde voraz en su violenta mano. 120

Predica la clemencia: que la patria
no más se vea en sangre salpicada,
y quede entre la vaina enmohecida
la justiciera espada... 125
¡La espada justiciera y fraticida...!

Contra el embate de pasión mundana,
80 más que roca en el mar, firme y sereno,
tu voz al crimen sin cesar combata,
y a Dios anuncie cual le anuncia el trueno.

Píntale airado en tenebrosa nube 130
nuestra soberbia frente amenazando:

85 el rayo pinta en su tremenda mano.
El huracán lejano
la destrucción del mundo murmurando,
y entre el anuncio del estrago infando, 135

de Sodoma y Gomorra encanecidas
las réprobas cabezas aún erguidas.

90 Pero al soplar de Dios la ira en la tierra,
pinta sueltos los vientos,
los cielos conmovidos, 140
el mundo retemblante en sus cimientos,

95 la luz del sol rojiza,

y los vanos mortales convertidos en nube vil de polvo y de ceniza...		la mortal palidez de mi semblante, a la mansión me llaman de los muertos.	
También yo, miserable, envanecido	145	Y en vano, en vano, detener la vida	170
aquí en mi seno un día		pienso corriendo procelosos mares,	
ligero presté asilo		y la margen florida	
a la ambición de gloria y nombradía.		voy a buscar del bullicioso Sena:	
Mi ardiente fantasía		en vano todo, que la muerte siento	
en sueños regalados	150	difundirse por mí de vena en vena.	175
mil de veces me alzó sobre la tierra,		¡Adiós, amigo...! Que tu esfuerzo santo	
y me mostró a mis plantas humillados		a nuestra patria mísera consuele;	
los hombres y la fama y la riqueza		y pues ordena el venerando cielo	
que el universo con orgullo encierra.		que antes mi voz y corazón se hiele,	
Mil de veces soñé que se escondía	155	que escuchar repetido por el mundo,	180
allá, sobre las nubes mi cabeza,		con respeto profundo,	
y que el Señor en vano a mi grandeza		el nombre tuyo en premio de tu anhelo,	
con mano airada el rayo lanzaría.		yo sin gozar tan plácido momento	
Pero tu voz interrumpió mi sueño,		débil tributo a tus virtudes dando	
¡oh Dios omnipotente!	160	en suelo extraño moriré contento.	185
El dedo tuyo señaló mi frente		¡...Adiós! ¡adiós...! El argentino río	
y un eco que retumba		no más, tal vez, escuchará mis ecos:	
alrededor aún de mis oídos,		y cuando torne el ardoroso estío,	
mis sueños me mostró desvanecidos,		sin dejar de mi vida un solo rastro	
y so mis pies abriéndose una tumba.	165	sólo seré vil polvo, amigo mío.	190
Mi paso vacilante,			
mis músculos ya yertos,		Buenos Aires, enero 2 de 1837.	

Notas:

1. En AP, pp. 54-56.

2

LA PARTIDA

Circumdederunt me dolores mortis:
dolores inferni circumdederunt me.
Psalm. 17.

I		su caída anunciando continuo temblor,	
		tal seca mi vida de muerte el aliento;	
El Dios, que la tierra y el cielo domina,		mi paso vacila, se arruga mi faz;	10
que alienta la hormiga y el cóndor y el león,		y ya desprenderme del árbol me siento,	
me ordena que deje la playa argentina:		y entre hojas ¡ay! secas al suelo bajar.	
adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.		Mas viene en mis sueños el ángel luciente	
Cual hoja que pende de rama marchita,	5	de dulce esperanza, mi amigo más fiel;	
que baten los vientos, las aguas y el sol,		su mano acaricia mi lívida frente,	15
y, trémula al soplo del aura se agita,		sus labios me dicen palabras de miel.	

«Allá tras los mares existe otro suelo,
que oculta, me dice, tu antiguo verdor»
Su voz creo y sigo, pues viene del cielo;
adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

II

El ángel esparce destello divino,
moviendo sus alas en aérea región;
destello que alumbra, del negro destino
los hondos arcanos, la oscura mansión.

Allí me describe, con vivos reflejos,
el mundo y los siglos, que vienen en pos,
¡oh patria! tu nombre reluce a lo lejos,
y el sello celeste, que Dios te imprimió.

Honrosos trofeos te sirven de asiento;
y, en tanto que ciñe la gloria tu sien,
te den mis amigos la paz y el contento,
con frentes ya calvas, dictando la ley.

Y aquella corona, que yace marchita,
con dos o tres hojas de tierno laurel,
¿a quién pertenece, que el mundo no habita?
A alguno que el cielo... ¡La mía es tal vez!

Mas no, que el destino mi muerte aún no ordena,
no extinta del todo mi estrella quedó:
su trémulo curso me arrastra hacia el Sena;
adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

III

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,
debajo de un cielo de bronce a mi mal,
veré solo en torno desdén altanero,
en vez de caricias de amor maternal.

Pero odio y desdenes son precio mezquino,
si el golpe de muerte consigo embotar,
y, algunos instantes robando al destino,
llevar mis ofrendas ¡oh gloria! a tu altar.

Entonces mil veces feliz me diría,
si viese la lumbré del sol que me crió;
si el agua bebiese del río que un día,
el pie de mi cuna bramando lamíó.

De inicuos tiranos el ceño que espanta,
la turba de impíos, que erguidos están,
son granos de polvo que el viento levanta,
cesando los vientos, al suelo caerán.

Entonces ¡oh patria! tu noble bandera
flameando en las nubes con nuevo fulgor,
hará que gozoso, cantando yo muera.
Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

IV

Pero ¡ay! que a mi oído el viento que zumba,
es voz que me llama a la otra mansión;
do clavo los ojos descubro una tumba,
y un eco de muerte responde a mi voz.

Mirando a la patria, su oprobio me humilla;
sus hijos dormidos su afrenta no ven:
reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla,
y horrendas cadenas arrastran sus pies.

¡Oh patria! Si nada tu gloria me debe,
jamás su destino del hombre pendió...
Yo he sido una gota del agua que llueve,
perdida, de noche, que el polvo bebió.

Amigos, si os llama tal vez el acaso
al suelo extranjero do voy a morir,
por Dios, en mi tumba tened vuestro paso,
no todos, no todos se olviden de mí.

Adiós, dulce sombra del techo paterno;
adiós, compañeros de infancia feliz:
amigos queridos, mi adiós es eterno.
Adiós, Buenos Aires, mil veces y mil.

A bordo del Philadelphé. 1837.

Notas:

2. En AP, pp. 56-57.

Apenas la luz serena refleja en el horizonte, y ya de Silvia la pena entre los árboles suena y entre las hojas del monte.		
Falso y cruel parte su amante sobre un oscuro fogoso, con la risa en el semblante, y en el pecho de diamante indiferencia y reposo.		
Suavemente sopla el viento, vuela alegre y tierna el ave, y de la ninfa el lamento al son de triste instrumento resuena así con voz grave:		
«Caballo oscuro, detente, detente oscuro bridón, mira que mi pecho siente que tu galope inclemente me arrebató el corazón.	5	35
Por Dios, caballo, modera, detén el paso veloz; no te vayas, oye, espera hasta que escuche esa fiera los acentos de mi voz.		
Pero ya miro en su mano al aire el látigo ondear, y mi lamento es ya vano, porque la espuela inhumano le ha clavado en el ijar...	10	40
	15	45
	20	50
	25	55
	30	60

Notas:

3. En AP, p. 57.

v. 1. [*N. ms. de JMG*] «*Recién* la aurora serena» decía el original y así ha reproducido esta composición el señor Torres Caicedo en el núm. 510 del *Correo de Ultramar*, t. xx, año 1862. En este mismo artículo se hace referencia a «La fantasma» y a un soneto al «Asesinato de Quiroga», que no conozco, y que reproduce íntegro el [...] que no conocía sino de oídas y que no está a la altura de la reputación de Balcarce.»

v. 30. [*N. ms. de JMG*] Subraya la L de *le* y anota al margen «T?». ».

CANCIÓN

Las tiernas hijas del Plata
 más frescas son que las flores,
 sus palabras son amores
 dulce halago es su mirar.

¡Infeliz quien sus virtudes
 y quien sus gracias no admira!
 ¡Más infeliz quien las mira
 y las tiene que dejar!

Ten tus alas un momento,
 no me robes el contento,
 manso viento.

Cual la lumbre que de noche
 la luna esparce en los cielos,
 nos vierten ellas consuelos
 en las horas de amargor;
 y si risueño el destino
 placeres nos atesora,
 son como flor que en la aurora
 nos embriaga con su olor.

Ten tus alas un momento,
 no me robes el contento,
 manso viento.

Sus negros ojos alcanzan
 de los amores la palma;
 a través de ellos el alma
 se ve cándida brillar;

como entre arena plateada,
 refleja el nácar luciente,
 a través de su corriente
 el augusto Paraná.

Ten tus alas un momento,
 no me robes el contento,
 manso viento.

Sus corazones abrigan
 la pureza de su cielo,
 la inocencia de su suelo,
 lo benigno de su sol;

5 al picaflor ellas vencen
 en viveza y en donaire,
 y les da la flor-del-aire
 su fragancia y su frescor.

10 Ten tus alas un momento,
 no me robes el contento,
 manso viento.

¡Pobre de mí que ya nunca
 las veré en playa extranjera!
 Pobre de mí cuando muera
 sin que me aliente su voz.

15 Si escribió suertes risueñas
 allá en su libro el Eterno,
 también cual noches de invierno
 oscuras las escribió.

20 Ten tus alas un momento
 no me robes el contento,
 manso viento.

Adiós, estrellado cielo,
 adiós, ¡oh río argentino!
 donde me lleve el destino
 serán tus hijas mi amor.

25 ¿Cuál habrá entre ellas que un día
 mi oscuro nombre repita?
 ¿Ningún corazón palpita
 cuando oye mi triste voz?

30 Ten tus alas un momento,
 no me robes el contento,
 manso viento.

35

40

45

50

55

60

65

Abril 5 de 1837. A bordo del Philadelphie.

Notas:

4. En AP, p. 58.

5
EL CIGARRO

En la cresta de una loma, se alza un ombú corpulento, que alumbra el sol cuando asoma y bate si sopla el viento; bajo sus ramas se esconde un rancho de paja y barro, mansión pacífica donde fuma un viejo su cigarro.		
En torno los nietos mira, y con labios casi yertos, «Feliz –dice– quien respira el aire de los desiertos! Pueda al fin, aunque en la fuente aplaque mi sed sin jarro, entre mi prole inocente fumar en paz mi cigarro.		
No siempre movió en mi frente el pampero fría cana; el mirar mío fue ardiente, mi tez rugosa, lozana; la fama en tierras ajenas me aclamó noble y bizarro; pero, ¿ya qué soy? apenas la ceniza de un cigarro.		
	Por la patria fui soldado y seguí nuestras banderas, hasta el campo ensangrentado de las altas cordilleras: 5 aún mi huella está grabada en la tumba de Pizarro; pero, ¿qué es la gloria? Nada, es el humo de un cigarro.	25 30
	«Qué nos dejan en sus huellas 10 la grandeza y los honores? Por la paz hondas querellas, los abrojos por las flores: la patria al que ha perecido desprecia como un guijarro... 15 Como yo arrojo y olvido el pucho de mi cigarro.	35 40
	Las horas vivid sencillas sin correr tras la tormenta: no dobléis vuestras rodillas 20 sino al dios que nos alienta. No habita la paz más casa que el rancho de paja y barro; gozadla que todo pasa, y el hombre como un cigarro.».	45

Notas:

5. En AP, pp. 58-59. | Título: [N. ms. de JMG] Adhiere en este lugar un recorte con el siguiente contenido: «IX. Diciendo está el cigarro / lo que es la vida; / fuego de unos instantes, / humo y ceniza. Ventura Ruiz Aguilera».

vv. 13-16. [N. ms. de JMG] «Estos cuatro versos fueron escritos como los reproduce Caicedo, es decir de la manera siguiente: <Puedo al fin, aunque en la mano / bebiendo a falta de jarro, / entre mis nietos, anciano, / fumar en paz mi cigarro.> Yo hice las mutaciones que se notan comparando un texto con otro, para hacer desaparecer los cuatro sonidos homólogos de la cuarteta, *mano, jarro, anciano, cigarro*; defecto visible como un lunar en una composición tan corta y acabada. Este mismo descuido se nota en la 1ª cuarteta de la nueva estrofa: contentos, abuelos, nietos, cielos son asonantes.

v. 16. [N. ms. de JMG] «<Que os mire crecer contentos / el ombú de nuestro abuelo, / tan libres como los vientos / y sin más Dios que el del cielo. / Tocar vuestra mano tema / del rico el dorado carro; / a quien lo toca, hijos, quema / como el fuego del cigarro.> Esta estrofa que yo no conocía se encuentra en Caicedo.

v. 27. [N. ms. de JMG] Corrige «*hasta el*» por «*en el*».

v. 28. [N. ms. de JMG] Corrige «*de las altas cordilleras*» por «*y en las*».

v. 46. [N. ms. de JMG] «Esta composición fue escrita en 1838 en casa del general San Martín, a quien se la dedicó el autor, según noticia del señor Mariano Balcace.»

BELLO

Andrés

El señor don Andrés Bello, miembro del Senado de Chile y rector de su Universidad, nació en Caracas, en el seno de una familia respetable, por los años de 1780.

Cuando Venezuela dio su primer paso a la independencia el 19 de abril de 1810, el señor Bello, oficial mayor en la Secretaría de la Capitanía General, fue llamado a servir a la Junta Suprema Gubernativa, como oficial, también de su Secretaría.

Probó allí con varios trabajos su capacidad y su celo por los nuevos destinos que se preparaban para su patria. Fue uno de aquellos trabajos la redacción de la nota con que contestó la Junta a la circular en que la Regencia de España daba cuenta de su reciente instalación.

Tan decididos y liberales fueron los principios y procederes del nuevo gobierno venezolano, que bien pronto se apercibió de la necesidad de precaver el país contra una invasión de sus antiguos dominadores. Pensó a este fin, en la cooperación y en la amistad política de la Inglaterra.

Con el objeto de alcanzarlas, nombró una comisión compuesta de los señores Simón Bolívar (coronel entonces), Luis López Méndez y Andrés Bello, la cual partió para Londres por el mes de junio de 1810. Dató desde entonces la amistad que siempre se profesaron Bolívar y Bello, de la cual recibió éste pruebas muy honoríficas hasta la muerte del héroe venezolano.

Diecinueve años consecutivos permaneció el señor Bello en Inglaterra, a excepción de algunas breves excursiones por la Francia.

Su vida allí fue siempre laboriosa, prestando servicios importantes a las legaciones de Colombia y de Chile, y publicando algunas de las obras que le han granjeado lugar entre los primeros literatos y publicistas en la América que habla lengua española.

Nunca perdió de vista en estas tareas, ni el suelo ni los intereses reales del continente a que pertenecía por su nacimiento.

Convencido de la poca luz intelectual que alumbraba en América y de lo necesario que era desvanecer errores que sobre cosas americanas tenían cabida, aun entre los sabios y estudiosos de Europa, contribuyó a la fundación y redacción de dos publicaciones periódicas consagradas exclusivamente a aquellos fines.

Nos referimos a la *Biblioteca Americana* y al *Repertorio Americano*, que empezaron a publicarse en Londres; la primera en 16 de abril de 1823 y el segundo en octubre de 1826.

Los numerosos y variados artículos firmados A. B., en aquellas publicaciones, son originales, extractados o traducidos por el señor don Andrés Bello —y no a nuestro juicio, sino al de personas competentes—, ya traten de literatura amena o de crítica, ya

expliquen el uso de una fórmula algebraica o un fenómeno de la naturaleza, llevan siempre aquellos artículos el sello de recomendación que ponen a sus producciones, el talento, la reflexión y la propiedad del estilo.

Iguales méritos distinguen a las obras que el señor Bello ha publicado en Chile desde su llegada a este país en 1829. De ellas mencionaremos las siguientes:

Principios de derecho internacional, 2ª edición corregida y aumentada, 1844. *Principios de la ortología y métrica de la lengua castellana*, 1835. *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*, 1841. *Teoría del entendimiento*, 1843 y 1844.¹ *Proyecto de código civil*.² *Discurso en el acto de la instalación de la Universidad de Chile*, en 17 de setiembre de 1843.³

En cuanto a las producciones poéticas del autor reunimos ahora las que ya han visto la luz pública, pero es ésta la primera vez que aparecen en un cuerpo.

El mérito de ellas ha sido reconocido desde muy atrás. En 1824 reproducían con encomio las prensas de Buenos Aires los fragmentos del poema titulado «América». ⁴ El cantor de la batalla de Junín llama «bellísima composición» a este poema, y en nombre de la «patria y de la buena literatura» se considera autorizado para exigir su continuación.⁵ Un elegante literato al adoptar los pensamientos del señor Bello, no cree justo citarles sin añadir el dictado de «excelente poeta»⁶ y más de un periódico de nota se ha recomendado ante el público anunciando la reproducción de algunas de estas poesías.⁷ Finalmente, el elocuente autor de las *Delicias y ventajas de estudio* concluye su excursión por las regiones de la imaginación con el siguiente juicio sobre el temple del talento poético del señor Bello:

Reflexivo como Pindemonte, filosófico por carácter y por la fuerza de su razón, dotado de conocimientos vastos y profundos, inspirado del cielo para comunicar a sus lectores una centella de fuego divino, ora cante Bello los gloriosos hechos los claros adalides de nuestra revolución, despertando recuerdos que agitan y exaltan el alma; ora pinte la majestuosa naturaleza, las bellas escenas y las ricas producciones de las regiones tropicales, entregándose a las inspiraciones del entusiasmo; ora nos exhorte a la práctica de la virtud y el amor de la patria, encontraremos siempre en sus composiciones elegancia e independencia, sentimiento puros, alta moralidad, elevados y nobles pensamientos y una ardiente pasión a la libertad raciones y a la paz.⁸

Notas:

¹ [N. de JMG] *Crepúsculo*: periódico de Santiago, desde el núm. 1 al 12 de t. 1. En este mismo periódico (t. 2) se registran dos artículos del mismo señor Bello, bajo el epígrafe «Historia literaria», el primero sobre el «Origen del romance caballeresco» y el segundo sobre la «Influencia de la poesía germánica en el romance».

² [N. de JMG] En el *Arauco*, periódico oficial hebdomadario.

³ [N. de JMG] Se registra en el *Arauco* de 22 de setiembre de 1843. *El Día* periódico de Bogotá del 1 de enero de 1844, núm. 203, año 5, dice al reproducir este discurso: «*El Día* se complace en reproducir

cir íntegramente este documento sustancioso y profundo en el fondo, como brillante y natural en la forma: es una pieza literaria que confirma la alta nombradía de su autor, y que descubre en él una alma noble, religiosa y elevada; manifestando así prácticamente que la verdadera y sólida ilustración, lejos de estar en divorcio con los principios morales y religiosos, necesita de ellos para su progreso y para hacer la felicidad social... el señor Bello tan conocido en el mundo literario, y sin disputa el primer literato de América, es el autor de aquel discurso: su nombre solo es la mejor recomendación de esta obra con que se engalana *El Día* al principiar el año de 1844».

⁴ [N. de JMG] *Teatro de la Opinión*, t. 2 núm. 6.

⁵ [N. de JMG] Don José Joaquín Olmedo, en la nota 6 a su «Canto a Bolívar».

⁶ [N. de JMG] Rafael María Baralt, *Resumen de la historia de Venezuela*, París, 1841.

⁷ [N. de JMG] Prospecto del *Liceo Venezolano*.

⁸ [N. de JMG] El señor don Juan García del Río, *Museo de ambas Américas*, t. 2.

2

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA

¡Salve, fecunda zona,	que cuando de süave	30
que al sol enamorado circunscribe	humo en espiras vagorosas huya,	
el vago curso, y cuanto ser se anima	solazará el fastidio al ocio inerte.	
en cada vario clima,	Tú vistes de jazmines	
acariciada de su luz, concibes!	5 el arbusto sabeo,	
Tú tejes al verano su guirnalda	y el perfume le das que en los festines	35
de granadas espigas; tú la uva	la fiebre insana templará a Lico.	
das a la hirviente cuba;	Para tus hijos la procera palma	
no de purpúrea fruta o roja o gualda	su vario feudo cría,	
a tus florestas bellas	10 y el ananás sazona su ambrosía;	
falta matiz alguno; y bebe en ellas	su blanco pan la yuca,	40
aromas mil el viento;	sus rubias pomas la patata educa,	
y greyes van sin cuento	y el algodón despliega al aura leve	
paciendo tu verdura, desde el llano	las rosas de oro y el vellón de nieve.	
que tiene por lindero el horizonte,	15 Tendida para ti la fresca parcha	
hasta el erguido monte	en enramadas de verdor lozano,	45
de inaccesible nieve siempre cano.	cuelga de sus sarmientos trepadores	
	nectáreos globos y franjadas flores;	
Tú das la caña hermosa,	y para ti el maíz, jefe altanero	
de do la miel se acendra,	de la espigada tribu, hincha su grano;	
por quien desdeña el mundo los panales;	20 y para ti el banano	50
tú en urnas de coral cuajas la almendra	desmaya al peso de su dulce carga;	
que en la espumante jícara rebosa;	el banano, primero	
bulle carmín viviente en tus nopales,	de cuantos concedió bellos presentes	
que afrenta fuera al múrice de Tiro;	Providencia a las gentes	
y de tu añil la tinta generosa	25 del ecuador feliz con mano larga.	55
émula es de la lumbre del zafiro.	No ya de humanas artes obligado	
El vino es tuyo, que la herida agave	el premio rinde opimo;	
para los hijos vierte	no es a la podadera, no al arado	
del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,	deudor de su racimo;	

escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava;
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡oh! ¡si cual no cede
el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
y como de natura esmero ha sido,
de tu indolente habitador lo fuera!
¡Oh! ¡si al falaz rüido
la dicha al fin supiese verdadera
anteponer, que del umbral le llama
del labrador sencillo,
lejos del necio y vano,
fasto, el mentido brillo,
el ocio pestilente ciudadano!
¿Por qué ilusión funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
el cuidado abandonan
y a la fe mercenaria
las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades,
do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos,
o al patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
y combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
se endurece el mancebo a la fatiga;
mas la salud estraga en el abrazo
de pérfida hermosura
que pone en almoneda los favores;
mas pasatiempo estima
prender alevé en casto seno el fuego
de ilícitos amores,
o embebecido le hallará la aurora
en mesa infame de ruinoso juego.
En tanto a la lisonja seductora
del asiduo amator fácil oído
da la consorte; crece
en la materna escuela
de la disipación y el galanteo
la tierna virgen, y al delito espuela
es antes el ejemplo que el deseo.

60 ¿Y será que se formen de ese modo
los ánimos heroicos denodados
que fundan y sustentan los estados?
¿De la algazara del festín beodo,
o de los coros de liviana danza, 110
la dura juventud saldrá, modesta,
65 orgullo de la patria, y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
de la severa ley regir el freno;
brillar en torno aceros homicidas 115
en la dudosa lid verá sereno;
70 o animoso hará frente al genio altivo
del engreído mando en la tribuna,
aquel que ya en la cuna
durmió al arrullo del cantar lascivo, 120
que riza el pelo y se unge y se atavía
con femenil esmero,
75 y en indolente ociosidad el día,
o en criminal lujuria pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma 125
las artes de la paz y de la guerra;
antes fio las riendas del estado
80 a la mano robusta
que tostó el sol y encalleció el arado;
y bajo el techo humoso campesino 130
los hijos educó, que el conjurado
85 mundo allanaron al valor latino.

¡Oh los que afortunados poseedores
habéis nacido de la tierra hermosa
en que reseña hacer de sus favores, 135
como para ganaros y atraeros,
90 quiso naturaleza bondadosa!
Romped el duro encanto
que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso, 140
95 el mercader que necesario al lujo
al lujo necesita,
los que anhelando van tras el señuelo
del alto cargo y del honor ruidoso,
la grey de aduladores parasita, 145
100 gustosos pueblen ese infecto caos:
el campo es vuestra herencia: en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita,
no allá donde el magnate
entre armados satélites se mueve, 150
105 y de la moda, universal señora,

va la razón al triunfal carro atada, y a la fortuna la insensata plebe, y el noble al aura popular adora. ¿O la virtud amáis? ¡ah, que el retiro,	155	ajena mano y fe por nombre o plata, que de conforme gusto, edad conforme, y elección libre, y mutuo ardor los ata?	200
la solitaria calma en que juez de sí misma pasa el alma a las acciones muestra, es de la vida la mejor maestra! ¿Buscáis durables goces,	160	Allí también deberes hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas heridas de la guerra; el fértil suelo, áspero ahora y bravo,	205
felicidad, cuanta es al hombre dada y a su terreno asiento, en que vecina está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre donde halaga la flor, punza la espina? Id a gozar la suerte campesina;	165	al desacostumbrado yugo torne del arte humana, y le tribute esclavo. Del obstruido estanque y del molino recuerden ya las aguas el camino; el intrincado bosque el hacha rompa,	210
la regalada paz, que ni rencores al labrador, ni envidias acibaran; la cama que mullida le preparan el contento, el trabajo, el aire puro; y el sabor de los fáciles manjares,	170	consume el fuego: abrid en luengas calles la oscuridad de su infructuosa pompa. Abrigo den los valles a la sedienta caña; la manzana y la pera	215
que dispendiosa gula no le aceda; y el asilo seguro de sus patrios hogares que a la salud y al regocijo hospeda. El aura respirad de la montaña,	175	en la fresca montaña el cielo olviden de su madre España; adorne la ladera el cafetal; ampare a la tierna teobroma en la ribera	220
que vuelve al cuerpo laso el perdido vigor, que a la enojosa vejez retarda el paso, y el rostro a la beldad tiñe de rosa. ¿Es allí menos blanda por ventura	180	la sombra maternal de su bucare; aquí el vergel, allá la huerta ría... ¿Es ciego error de ilusa fantasía? Ya dócil a tu voz, agricultura, nodriza de las gentes, la caterva	225
de amor la llama, que templó el recato? ¿O menos aficiona la hermosura que de extranjero ornato y afeites impostores no se cura? ¿O el corazón escucha indiferente	185	servil armada va de corvas hoces: mírola ya que invade la espesura de la floresta opaca; oigo las voces, siento el rumor confuso; el hierro suena, los golpes el lejano	230
el lenguaje inocente que los afectos sin disfraz expresa y a la intención ajusta la promesa? No del espejo al importuno ensayo la risa se compone, el paso, el gesto;	190	eco redobla; gime el ceibo anciano, que a numerosa tropa largo tiempo fatiga; batido de cien hachas, se estremece, estalla al fin, y rinde el ancha copa.	235
ni falta allí carmín al rostro honesto que la modestia y la salud colora, ni la mirada que lanzó al soslayo tímido amor, la senda al alma ignora. ¿Esperaréis que forme	195	Huyó la fiera; deja el caro nido, deja la prole implume el ave, y otro bosque no sabido de los humanos va a buscar doliente... ¿Qué miro? Alto torrente	240
más venturosos lazos himeneo, do el interés barata, tirano del deseo,		de sonora llama corre, y sobre las áridas ruinas de la postrada selva se derrama. El raudo incendio a gran distancia brama,	

y el humo en negro remolino sube, aglomerando nube sobre nube. Yá de lo que antes era verdor hermoso y fresca lozanía, sólo difuntos troncos, sólo cenizas quedan; monumento de la lucha mortal, burla del viento. Mas al vulgo bravío de las tupidas plantas montaraces sucede ya el fructífero plantío en muestra ufana de ordenadas haces. Yá ramo a ramo alcanza, y a los rollizos tallos hurta el día; ya la primera flor desvuelve el seno, bello a la vista, alegre a la esperanza; a la esperanza, que riendo enjuga del fatigado agricultor la frente, y allá a lo lejos el opimo fruto, y la cosecha apañadora pinta, que lleva de los campos el tributo, colmado el cesto, y con la falda en cinta, y bajo el peso de los largos bienes con que al colono acude, hace crujir los vastos almacenes.			
¡Buen Dios! no en vano sude, mas a merced y a compasión te mueva la gente agricultora del ecuador, que del desmayo triste con renovado aliento vuelve ahora, y tras tanta zozobra, ansia, tumulto, tantos años de fiera devastación y militar insulto, aún más que tu clemencia antigua implora. Su rústica piedad, pero sincera, halle a tus ojos gracia; no el risueño porvenir que las penas le aligera, cual de dorado sueño visión falaz, desvanecido llore; intempestiva lluvia no maltrate el delicado embrión; el diente impío de insecto roedor no lo devore; sañudo vendaval no lo arrebate, ni agote al árbol el materno jugo la calorosa sed de largo estío. Y pues al fin te plugo, árbitro de la suerte soberano,			
	245	que suelto el cuello de extranjero yugo erguiese al cielo el hombre americano, benedicida de ti se arraigue y medre su libertad; en el más hondo encierra de los abismos la malvada guerra,	295
	250	y el miedo de la espada asoladora al suspicaz cultivador no arredre del arte bienhechora, que las familias nutre y los estados: la azorada inquietud deje las almas, deje la triste herrumbre los arados.	300
	255	Asaz de nuestros padres malhadados expiamos la bárbara conquista. ¿Cuántas do quier la vista no asombran erizadas soledades, do cultos campos fueron, do ciudades? De muertes, proscripciones, suplicios, orfandades, ¿quién contará la pavorosa suma? Saciadas duermen ya de sangre ibera las sombras de Atahualpa y Motezuma.	305
	260	¡Ah! desde el alto asiento, en que escabel te son alados coros que velan en pasmado acatamiento la faz ante la lumbré de tu frente, (si merece por dicha una mirada tuya la sin ventura humana gente) el ángel nos envía, el ángel de la paz, que al crudo ibero haga olvidar la antigua tiranía, y acatar reverente el que a los hombres sagrado diste, imprescriptible fuero; que alargar le haga al injuriado hermano (¡ensangrento la asaz!) la diestra inerme; y si la innata mansedumbre duerme, la despierte en el pecho americano.	310
	265	El corazón lozano que una feliz oscuridad desdeña, que en el azar sangriento del combate alborozado late, y codicioso de poder o fama, nobles peligros ama; baldón estime sólo y vituperio el prez que de la patria no reciba, y séale más dulce que el imperio la libertad, y que el laurel la oliva.	315
	270	Ciudadano el soldado,	320
	275		325
	280		330
	285		335
	290		

deponga de la guerra la librea:		la libertad morada,	
el ramo de victoria		y freno la ambición y la ley templo.	
colgado al ara de la patria sea,	340	Las gentes a la senda	
y sola adorne al mérito la gloria.		de la inmortalidad, ardua y fragosa	360
De su triunfo entonces, patria mía,		se animarán, citando vuestro ejemplo.	
verá la paz el suspirado día;		Lo emulará celosa	
la paz, a cuya vista el mundo llena		vuestra posteridad; y nuevos nombres	
alma, serenidad y regocijo,	345	añadiendo la fama	
vuelve alentado el hombre a la faena,		a los que ahora aclama,	365
alza el ancla la nave, a las amigas		«hijos son estos, hijos,	
auras encomendándose animosa,		—pregonará a los hombres—	
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,		de los que vencedores superaron	
y no basta la hoz a las espigas.	350	de los Andes la cima;	
		de los que en Boyacá, los que en la arena	370
		de Maipo, y en Junín, y en la campaña	
		gloriosa de Apurima,	
		postrar supieron al león de España».	
¡Oh jóvenes naciones, que ceñida			
alzáis sobre el atónito occidente			
de tempranos laureles la cabeza!			
Honrad el campo, honrad la simple vida			
del labrador, y su frugal llaneza.	355	1826	
Así tendrán en vos perpetuamente			

Notas:

2. En AP, pp. 61-66. | [*N. de JMG*] [Nota al último verso] Esta composición y la «Alocución a la Poesía» formaban parte de un poema con el título «América». Cambiando luego de propósito su autor, empezó a publicar fragmentos del poema, bajo la modesta denominación de «Silvas americanas». | [*N. de la e.*] Apareció por primera vez en *El Repertorio Americano* (Londres), t. I (octubre de 1826), pp. 7-18 (sección I, humanidades y artes liberales). Llevaba por título general «Silvas americanas», al cual se asocia la siguiente nota: «A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la *Biblioteca Americana* bajo el título «América». El autor pensó refundirlas todas en un solo poema: convencido de la imposibilidad, las publicará bajo su forma primitiva, con algunas correcciones y adiciones. En esta primera apenas se hallarán dos o tres versos de aquellos fragmentos».

v. 27. [*N. del a.*] *Agave*. Maguey o pita (*Agave americana*, L.) que da el pulque.

v. 34. [*N. del a.*] El café es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka.

v. 37. [*N. del a.*] Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre: pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc.

v. 40. [*N. del a.*] No se debe confundir (como se ha hecho en un diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raíz se hace el pan de casabe (que es la *Jatropha manihot* de Linneo, conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de *yuca*) con la *yucca* de los botánicos.

v. 44. [*N. del a.*] *Parcha*. Este nombre se da en Venezuela a las *Pasifloras* o *Pasionarias*, género abundantísimo en especies, todas bellas y algunas de suavísimos frutos.

v. 50. [*N. del a.*] El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones o haciendas, y de que sacan mediata o inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no sólo da, a proporción del terreno que ocupa, más cantidad de alimento que ninguna otra siembra o plantío, sino que de todos los vegetales alimenticios, éste es el que pide menos trabajo y menos cuidado.

v. 221. [*N. del a.*] El cacao (*Theobroma cacao*, L.) suele plantarse en Venezuela a la sombra de árboles corpulentos llamados *bucares*.

3

FRAGMENTO DE UNA TRADUCCIÓN DEL POEMA
DE «LOS JARDINES» DE DELILLE

Ya de la primavera el blando aliento a rejuvenecer el mundo torna, trayendo alegre música a la selva, flores al campo y a Favonio aromas. ¿A qué nuevo cantar templo la lira? ¡Ah! cuando el largo luto se despoja la tierra; cuando el valle y la montaña, el prado humilde y la floresta hojosa, todo de amor y de esperanza ríe, mi voz también tu imperio reconozca, ¡genial abril! Cante otro las batallas y abra al valor los fastos de la gloria; pinte el fulmíneo carro de Mavorte, o ensangriento sus manos con la copa del fratricida Atreo, los jardines prefiero yo, las dádivas de Flora. Yo diré cómo el arte gracias nuevas da al césped, a la flor, la áspera roca, el parlero cristal, y en la animada tabla del suelo, luces mezcla y sombras; sabe sitio elegir y perspectiva; uno el designio y varía hace la forma; llama al hábil cincel, llama a la noble arquitectura; y con sus bellas obras decora la mansión del hombre, y hace a la naturaleza más hermosa.	ven, y teje a mi frente con mis propias flores guirnalda; y cual temprano rayo que el horizonte de celajes dora, alguna parte alcanzará a mi estilo de los colores que a mi asunto sobran.	40
	Vio del arte inocente que celebro, el antiguo universo la primera infancia; y desde el tiempo que al colono el duro suelo avasalló la reja, fue a la recreación dada una parte feliz de su dominio, estancia amena de plantas escogidas, que halagaban los ojos y el olfato a competencia.	45
	En rústicos vergeles se complace el simple lujo de Feacia; eleva al aire Babilonia sus pensiles; y cuando Roma al orbe dio cadenas, en parques que cautivas adornaban las maravillas de las artes griegas, iban los orgullosos vencedores a deponer el rayo de la guerra. El saber habitaba los jardines un día, y entre verdes alamedas pudo con sobrecejo menos grave comunicarse a la pulida Atenas. El venturoso Edén y el Eliseo que el cielo dio por cuna a la inocencia y a la virtud por premio, ¿eran acaso jaspeados palacios? Bosques eran, lozanos bosques y risueñas fuentes y alegres prados de mullida yerba, do inaccesible el hombre a los cuidados en paz vivía y bienandanza eterna.	50 55 60
Tú que con el vigor juntas la gracia, cuando el verso didáctico sazonas, ¡Musa! si de Lucrecio en los acentos, de las lecciones áridas la tosca austeridad puliste; si su ilustre rival, merced a ti, supo al idioma del cielo hacer la esteva y el cayado digna materia; ven, y un tema adorna menos severo y que a Virgilio mismo pudo tentar; mas no la vana pompa busquemos de prestados ornamentos;	Tú que a Natura pides que en el campo simple se muestre a par que amable y bella, no a gran precio la insultes, que el ingenio	65 70
		35

te manda prodigar, no la riqueza.
Elegante un jardín más que ostentoso
un ancho cuadro a nuestra vista ofrezca.
Sé pintor: la campiña y sus matices,
la luz del sol, las sombras de la selva,
el giro de los cielos, que varía
de las horas y meses la librea,
de las colinas el ropaje verde,
la alfombra del abril en la pradera,
musgosas rocas, y árboles copados,
y fugitivas aguas, tal la tela,
tales son tus pinceles, tus colores.
Naturaleza es tuya, y a tu experta
mano, para que formas nuevas críes,
todas las formas da de la materia.

Mas antes de plantar, antes que toque
el corvo arado el seno de la tierra,
a la naturaleza observa, estudia,
por modelo la toma y por maestra.
¿No ves aparecer, vagando acaso
por apartado sitio, inculta escena
que te hace el paso suspender, y el alma
en blandas fantasías embelesa?
Copie el pincel, si puede, sus aspectos;
a hermostear el campo, el campo enseña.

También los sitios notarás, que el gusto
inteligente ornó, y en lo escogido
escogerás de nuevo. Ya la noble
pompa de Chantillí, que favorito
albergue fue a cien héroes, te convida;
Bel-Oeil que a lo campestre une lo rico;
Navarra, en que la sombra se complace
del grande Enrique; y Tívoli florido,
cuyas amables formas a la Francia
hicieron divisar de un nuevo estilo
el modelo primero, como suele
tímido recatando el botoncillo
su delicado seno todavía,
dar de la alegre primavera aviso.
Chanteloup, que te ufanas del destierro
de tu señor; Montreuil, cuyo recinto
las Gracias solazándose trazaron;
Auteuil, Rincy, Limours, ¡qué de atractivos
a la vista ofrecéis! ¡cuán dulcemente
me pierdo en vuestros verdes laberintos!

De aguas rico y de prados y de selvas,
ostenta el alemán nuevos prodigios. 120
¿Quién a Rhinberg ignora en que reposo
halla el valor, las artes domicilio;
Rhinberg, que se retrata en los cristales
de un lago inmenso? ¿A quién no es conocido
80 Potsdam, que ya en la paz y ya en la guerra 125
dominó de la Europa los destinos,
mansión de la victoria; Bellavista,
por do las ondas corren sin ruido
del río, que a la juncia de sus trenzas
85 supo enlazar el ramo de Gradivo; 130
Casel, de sus cascadas orgulloso,
de sus llanos Gosow? Jamás han visto
campiñas, montes, valles, aguas, bosques
tan deleitosa variedad de sitios.

Los campos de los Césares te llaman, 135
donde te muestra bajo mil aspectos
la señora del mundo su rüina,
y entre despedazados monumentos
engañada la vista se figura,
95 en lugar de un jardín, ver un museo. 140
Piramidales árboles alternan
con mármoles, palacios, bronces, templos,
sepulcros, urnas, en que errar parece
de Roma antigua el imperial espectro.

De su Aranjuez ufana está la Iberia, 145
y del lujo real de San Lorenzo.
¿Y quién no ama tu fresca lozanía,
fastuoso Pardo? No el mezquino juego
ostentas tú de contrahechas fuentes
105 que solaz a la vista pasajero 150
muestran, y brevemente fatigadas
triste dejan la selva y mudo el eco;
mas sin cesar las aguas resonando
vivifican tus parques altaneros,
110 y en bóvedas, en arcos, en columnas, 155
lanzándose animosas, dan al viento
frescura eterna, y de las patrias cumbres
igualan el nivel; sitio soberbio,
en que un Borbón la Francia reprodujo,
115 y emuló la grandeza de su abuelo. 160

El bátavo a su vez, hijo del arte,
en vistosos jardines mudó el ceno

de su anegada patria; mas produce
 hastío allí a la vista el nimio esmero
 en peregrinas flores; y esparcidos
 boscajes dan insípido ornamento
 a uniformes llanuras en que el rudo
 ceño de las montañas echo menos.
 Empero tus canales, la abundancia
 de tus orillas, los movibles lejos
 en que el ganado anima la dehesa,
 la barca el agua y el molino el viento,
 tus cabañas, Batavia, tus cortijos,
 tales son tus jardines verdaderos.

Los líquenes, los musgos, la robusta
 verdura de los pinos, vencedora
 de los yelos polares, casi solos
 el largo invierno al moscovita adornan.
 ¿Mas qué resiste al arte? Crudas nieves
 el erizado polo en vano acopia:
 el fuego vence al aire, y da Vulcano
 en templos de cristal hospicio a Flora.

Fantásticas bellezas ama el chino,
 contrastes pintorescos ambiciona.
 De porcelana sus paredes cubre:
 matices vivos, peregrinas formas
 complácese en juntar, pero las gracias
 de lo sencillo y natural ignora.

¿Diré de los jardines otomanos
 el voluptuoso lujo, en que se gozan
 las hijas del Oriente? Allí prodiga
 las rosas el amor y los aromas.
 En mármoles y jaspes bulle el agua,
 y toldos de jazmines le hacen sombra:
 el céfiro suspira entre azahares
 y pabellones de cendal tremola.

Mas ya, Inglaterra, a tus orillas vuelo:
 a quien Bacon, a quien los dulces cantos
 de Milton y de Pope el no sabido
 arte de los jardines enseñaron.
 Cayeron a su voz los terraplenes
 de viejos parques; del nivel esclavos
 no fueron ya más tiempo los jardines;
 que, como al pueblo, hiciste libre al campo.
 Y con la libertad un nuevo estilo

apareció en tus bosques y en tus prados.
 ¡Qué leda muchedumbre de vergeles,
 de hermosas vistas, de hechiceros cuadros,
 en su camino tortuoso mira
 aquel altivo río, que en mil naos
 acarreando sin cesar a Londres
 el tributo del mundo, al océano
 leyes parece dar, rey del comercio,
 y por urna tener la de los hados!

Park-Place ¿a quién no agradan tus boscajes
 más que el vano esplendor de los palacios?
 ¡Y los tuyos, Leasow, dulce morada
 de Shenston, que aún respiras los encantos
 de amor y de las musas! Lo elegante
 de tus rurales gracias, Hayley, ¡cuánto
 enamora la vista! Bowton, Foxley,
 que sois a vuestros dueños imitando,
 amigos y diversos, el buen gusto
 de sí mismo hizo alarde al dibujaros.
 Ni a ti tampoco olvidarán mis versos
 Chiswick, que unidos gozas los milagros
 de la naturaleza y de las artes;
 en quien no sé si más deleita el blando
 verdor de la floresta, o si la noble
 arquitectura que trazó Paladio,
 o los vivientes lienzos, que a tu sala
 dio el flamenco pincel y el italiano.

Los sitios dije que imitarse pueden:
 también peligros hay que cauto evites.
 No de servil imitación llevado,
 al suelo quieras dar lo que resiste;
 obsérvale antes bien; consulta al genio
 que mora en él, y adoración le rinde.
 No impunemente violará sus leyes
 el que sin gusto mezcla, alce, derribe;
 que por desatender osado artista
 lo que el local rehúsa y lo que pide,
 fantástico parece en las del Sena
 lo que es bello en las márgenes del Tíbre.
 Descubre perspicaz y diestro adopta
 lo que el terreno de su grado admite.
 El arte entonces, mientras copia, inventa:
 es la naturaleza, y la corrige.
 Así Berghem, así creó el Pusino:
 sus diseños estudia y sus matices

y lo que debe al campo la pintura
vuélvalo agradecida a los jardines.

Contempla, pues, el vario aspecto y varia
índole de la tierra, ya sublime,
ya entre rudos contrastes caprichosa, 255
ya con modestas gracias bella y simple.
Hubo un tiempo funesto, en que tirano
violentó el arte al suelo, y el declive
que en blandas lomas recreó la vista
cambiar osó por explanadas tristes. 260
Hoy no menos despótico presume
montes crear y valles do no existen.
Ambos extremos huye. En ancho llano
hacer reír la montañuela humilde
que a pintoresca aspira, y de alta sierra 265
combatir la aspereza, ¿de qué sirve?

¿Quieres lugar propicio a tus trabajos?
No anivelado campo solicites,
no fragosa montaña, mas la leve
desigualdad que sin orgullo ríe, 270
do sin rudeza se levanta el suelo,
sin uniformidad es apacible.
¿Andas? El horizonte ande contigo:
ora se alce la tierra, ora se humille;
aquí se estreche, y más allá se extienda; 275
y a cada paso un nuevo aspecto admires.

Oscuro agrimensor, en el retiro
del gabinete, helados trozos forme,
y jardines geométricos describa.
Tú al sitio mismo ve. Valles y montes, 280
sombras y lejos al papel traslada;
obstáculos prevé, medios escoge;
de la dificultad nace el milagro,
y da belleza el arte a lo disforme.
¿Cuál tan áspero suelo y tan esquivo 285

su divino poder no reconoce?
¿Desnudo está? Frondosos bosques cubran
su desnudez. ¿Tupido acaso? Dome
la inútil pompa de la tierra el hacha.
¿Húmedo? En vasto lago se transformen, 290
o en limpio estanque las impuras ondas,
o el campo bulliciosas alborocen.
¿Árido en fin? Explora, tienta, excava.
No desesperes: ya el cristal que esconden
secretas venas, va a brotar. Al modo 295
que cuando a largo afán mi ingenio pobre
se rinde exhausto, y la difícil rima
fatiga en balde ingratos pormenores,
brilla un feliz concepto de improviso
y numeroso el verso y fácil corre. 300

Nuevos cuidados restan, arte nuevo,
empeño superior. Poco es que logres
embelesar los ojos: habla al alma.
¿Los misteriosos vínculos conoces 305
entre lo inanimado y lo sensible?
¿Percibes de las aguas, de las flores,
de los boscajes la elocuencia oculta?
¿La muda voz de los desiertos oyes?
Repite sus acentos. En tus obras
lo bello hechice y lo sublime asombre: 310
pasa de lo risueño a lo severo;
muéstrate fuerte y dulce, simple y noble,
triste y alegre; y variado el tono
al variar del gusto se acomode.
Haz que vaya el pintor a su paleta 315
bajo tus mirtos a buscar colores:
allí, de sacra inspiración turbado
cante el poeta, el sabio filosofe,
y en sus dulces memorias el dichoso,
y en su llorar el infeliz se goce. 320
.
.

Notas:

3. En AP, pp. 66-69. Apareció por primera vez en *El Repertorio Americano* (Londres), t. iv (agosto de 1827), pp. 1-10 (sección I, humanidades y artes liberales). Llevaba por título general «Poesías inéditas» y suscribía «A. B.» En las *Obras completas* se completó el texto con una continuación hasta entonces inédita, tomada del original manuscrito. Cfr. Andrés Bello, *Poesías*, pról. de Fernando Paz Castillo, introd. gral. de la Comisión editora, Caracas, La Casa de Bello, 1981.
- vv. 35-36. [N. del a.] Alusión a los versos 116 y siguientes del l. iv de las *Geórgicas*.
- v. 52. [N. del a.] Isla en que reinaba Alcinoos cuyos jardines describe Homero en la *Odisea* l. vii.

EL INCENDIO DE LA COMPAÑÍA
CANTO ELEGÍACO

I		y en cuanto la vista abraza, tiñen medrosos reflejos toda calle y toda plaza, y aun contemplados de lejos espanto son y amenaza.	40	
	Santa casa de oración, templo de la Compañía, que a plegaria y a sermón llamas de noche y de día la devota población:	5	Una visión gigantea que negras alas agita, en lo alto revolotea; soplando, el incendio irrita; y sacude humosa tea.	45
	¿qué esplendor, qué luz es ésta que sobre ti se derrama? No es luz de nocturna fiesta; es devastadora llama; es una pira funesta.	10	¿Será aquel ángel, al pozo de perdición derrocado, a quien la miseria es gozo? Sobre su rostro eclipsado vislumbra horrendo alborozo.	50
	Ni es sonido de alegría el que por los aires corre: ayes son esos que envía envuelta en humo tu torre; son gemidos de agonía.	15	Ya del techo, alta diadema de fuego, lluvia descende ardiente, que alumbra y quema la vasta nave, y se extiende con voracidad extrema.	55
	Jamás con furor tan ciego, prendió escondida centella; viose breve lumbre; y luego a grande altura descuella una cúpula de fuego.	20	¡Virgen! si compadecida te halló siempre el ruego humano, detén la fiera avenida; tiende el manto soberano sobre tu mansión querida;	60
	Raudo volcán se me antoja, que aglomera nube a nube de humareda parda y roja, y ya hasta los cielos sube, y encendida lava arroja.	25	sobre tu bella morada, donde con ardientes votos has sido siempre invocada; donde mil labios devotos te llamaron abogada.	65
	Cual león que descuartiza descuidada presa hambriento, tal, encrespado se eriza, tal ruge el fiero elemento, que te reduce a ceniza.	30	Y tú, ¿puedes tolerar que así las llamas te ultrajen, santo Arcángel titular? ¿Se cebarán en tu imagen? ¿Harán pavesas tu altar?	70
	Aunque el pueblo te circunde a socorrerte anhelante, rápido el incendio cunde, y hasta el cerro más distante terrífica luz difunde;	35		

Nada aplaca su furor:
la destrucción es completa;
arde todo en derredor;
aun a su Dios no respeta
el fuego consumidor.

II

Y a ti también te devora,
centinela vocinglero,
atalaya veladora,
que has contado un siglo entero
a la ciudad, hora a hora.

Diste las nueve, y prendida
estabas viendo la hoguera
en que iba a expirar tu vida:
fue aquella tu voz postrera
y tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte
ese fatídico acento,
¿quién imaginó perderte,
y que en las alas del viento
iba la voz de la muerte?

Paréceme que decías:
«¡Adiós, patria! El cielo ordena
que no más las notas mías
desenvuelvan la cadena
de tus horas y tus días.

Mil y mil formas miré
nacer al aura del mundo,
y florecer a mi pie,
y descender al profundo
abismo de lo que fue.

Yo te vi en tu edad primera
dormida esclava, Santiago,
sin que en tu pecho latiera
un sentimiento presago
de tu suerte venidera.

Y te vi del largo sueño
despertar altiva, ardiente,
y oponer al torvo ceño

de los tiranos, la frente
de quien no conoce dueño. 110

75 Vi sobre el pendón hispano
alzarse el de tres colores;
suceder a un yermo un llano
rico de frutos y flores;
y al esclavo el ciudadano. 115

80 Santiago, ¡adiós! ya no más
el aviso diligente
de tu heraldo fiel oirás,
que los sordos pasos cuente
que hacia tu sepulcro das. 120

85 ¡Adiós! Llegó mi hora aciaga
como llegará la tuya.
No hay cosa que no deshaga
el tiempo, y no la destruya;
aun a los imperios traga». 125

III

90 El ángel que guarda y vela
a nuestra patria naciente,
ya que el incendio encarcela,
mustio, la mano en la frente,
al empíreo coro vuela. 130

95 Saciose en el templo santo
el fuego; cesó el bullicio;
duerme la ciudad; y en tanto
en torno al trunco edificio
reina silencioso espanto. 135

100 Realza una opaca y fea
lumbre el horror y el asombro;
frío norte el humo ondea;
algún denegrido escombros
acá y allá centellea. 140

105 Entre la vasta ruina,
tal vez despierta y se encumbra
llamarada repentina,
que fantástica relumbra,
y todo el templo ilumina; 145

mas otra vez se adormece; y solamente la luna, cuando entre nubes parece, sobre el arco y la columna luminosa resplandece.		Noche oscura, muerta Calma, solemne Melancolía?	185
Y con pasmado estupor, reciben nave y capilla este tan nuevo esplendor, lámpara sola que brilla ante el Arca del Señor.	150	Yo no sé en verdad qué sea lo que entonces la trasporta: absorbida en una idea, los terrenos lazos corta y libremente vaguea.	190
Y ya, si no es el graznido de infelice ave nocturna que busca en vano su nido, o del aura taciturna algún lánguido gemido,	155	Y no es un descolorido bosquejo lo que elabora, que al pensamiento embebido el <i>antes</i> se vuelve <i>ahora</i> , y la memoria, sentido.	195
O las alertas vecinas, o anunciadora campana de las preces matutinas, o la lluvia que profana las venerables rüinas,	160	Las antiguas tradiciones toman colores reales, y quebrantan las prisiones de las arcas sepulcrales difuntas generaciones.	200
y bate la alta muralla, y los sacros pavimentos, triste campo de batalla de encontrados elementos; todo duerme, todo calla.	165	¿Qué nuevo rumor se advierte? ¿Qué insólito murmurar? ¿Qué voz turba de esta suerte el silencio secular de ese asilo de la muerte?	205
	170	En sus lechos se incorporan las heladas osamentas; de los nichos en que moran bajan sombras macilentas; negras ropas las decoran.	210
IV			
Cuando, a vista de un estrago, dolorido el pecho vibra, ¿hay un sentimiento vago que nos alienta; una fibra que halla en el dolor halago?	175	Grima me da, cuando miro la procesión, que la grada monta del hondo retiro, y en dos filas ordenada hace en torno un lento giro.	215
¿Es un instinto divino, que cuando rompe y cancela la fortuna un peregrino monumento, nos revela más elevado destino?	180	Va a su cabeza un anciano; una blanca mitra deja asomar su pelo cano. Cantan, y el canto semeja sordo murmullo lejano.	220
¿O con no usada energía despierta en tu seno el alma y bulle la fantasía,		Mueven el labio, y después desmayados ecos gimen;	

la luna pasa al través de sus cuerpos; y no imprimen huella en el polvo sus pies.	225	tostados leños, desnudo paredón, ceniza fría?	255
No, no es cosa de este mundo, ni es lustre de ojos humanos, el de aquel mirar profundo: sendas hachas en sus manos dan un brillo moribundo.	230	Entre el pavor y el respeto contempla el vulgo curioso (¡horrible y mísero objeto!) de lo que fue templo hermoso el mutilado esqueleto.	260
Y cuando atender se quiere a lo que en el aire zumba y en tristes cadencias muere, se oye el cantar de la tumba, el lúgubre miserere.	235	No brilla la antorcha clara; no arde el incienso suave; polvo inmundo afea el ara... ¿mas por qué en lo menos grave el pensamiento se para?	265
«El brazo airado detén, muestra benigno el semblante, ¡sumo Autor de todo bien! para que otra vez levante sus muros Jerusalén.»	240	El tabernáculo santo... Tu rostro en la tierra humilla, ¡Jerusalén!, rasga el manto, por tu pálida mejilla hilo a hilo corra el llanto.	270
v		Prendió llama, llama insana, el Señor; y dio al olvido la fiesta de la semana; y su tienda ha demolido, y desechó su peana.	275
Pero ya rayó la aurora, y a su luz, cada vez más la visión se descolora, y al fin, como un leve gas, por el aire se evapora.	245	Callan, ¡ay!, eternamente la iglesia, la torre, el coro. Calló el rezo penitente; calló el repique sonoro; calló el púlpito elocuente.	280
Sobre la gran cordillera sube el primer sol de junio, y apresura (cual si huyera de ver tamaño infortunio) entre nubes su carrera.	250	La voz del himno ha cesado: duelo cubre y confusión al sagrario desolado; y la hija de Sion es un cadáver tiznado.	285
¡Ah! lo que ayer parecía fábrica eterna, ¿quién pudo adivinar que hoy sería			

Notas:

4. En AP, pp. 70-73. Apareció por primera vez en julio de 1841 en folleto e impreso por la imprenta del Estado en Santiago de Chile.

v. 15. [N. del a.] El toque a fuego en las campanas de la iglesia incendiada.

v. 68. [N. del a.] La iglesia de la Compañía tuvo el título de san Miguel Arcángel.

v. 216. [N. del a.] El obispo don Juan Melgarejo, sepultado en el cementerio de la Compañía.

v. 240. [N. del a.] *Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut ædificentur muri Jerusalem.*
Psalm. 50, v. 19.

v. 275. [N. del a.] *Non est recordatus scabelli pedum suorum in die furoris sui. / Succendit in Jacob quasi ignem flamme devorantis in gyro. / Demolitus est tabernaculum suum: oblivioni tradidit Dominus festivitatem et sabbatum.* Jerem. Thren. II; 1, 3, 6.

5

EL DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE

ODA

I

	sufre impaciente la prisión estrecha de su materno nido;	
Diez y ocho de setiembre, hermosa fiesta de Chile, alegre día, que nos viste lanzar el grave yugo de antigua tiranía;	y dócil al instinto vagoroso que a elevarse atrevida sobre la tierra, y a explorar los reinos etéreos la convida,	30
cánticos te celebren de victoria, que blanda el aura lleve desde la verde playa hasta las cumbres coronadas de nieve.	las inexpertas alas mueve inquieta, y enderezada al cielo la vista, al fin se lanza y ya por golfos de luz remonta el vuelo;	5 35
Desde el desierto en que animal ni planta viven, y sólo suena la voz del viento, que silbando empuja vastas olas de arena,	así el pecho sentiste, patria mía, latir con denodados bríos de libertad, y te arrojaste a más brillantes hados:	10 40
hasta donde la espuma austral tachonan. Islas mil, de la dura humana ley exentas, paraísos. De virginal verdura;	Así el día inmortal, de que hoy tus hijos bendicen la memoria, intrépida te vio, sublime, altiva, campos buscar de gloria.	15
<i>el diez y ocho se cante de setiembre;</i> y en la choza pajiza, en el taller, en la estucada sala que la seda tapiza:		
a su loor alborozados himnos canora fama siembre, y bulliciosos ecos le responden: «diez y ocho de setiembre».	«No más –dijiste– un generoso pueblo dormite en ocio muelle; ser libre jure; y con su sangre el voto, si es necesario, selle.	20 45

III

II

	Bramarán los tiranos; guerra y luto decretarán traeros, y convertir en servidumbre eterna los recobrados fueros.	50
Cual águila caudal, no bien la pluma juvenil ha vestido,		25

Pero ¿cuándo en las lides la victoria no ha coronado al fuerte, que a la ignominia de servil cadena antepuso la muerte?	55	de dos pueblos nacientes, ya en el brío y en la esperanza grandes, al choque impetuoso quebrantada la valla de los Andes;	90
Que si al tirano alguna vez sonríe la fortuna indecisa, múdase presto en afrentoso escarnio la halagüeña sonrisa;	60	los campales trofeos, que decoran allá el monte, acá el llano, y los que hendido de chilenas quillas vio absorto el océano,	95
y semejante al pueblo poderoso que sojuzgó la tierra, perdió la libertad muchas batallas, pero ninguna guerra.»		y los que, cuando nada en Chile resta que no ceda y sucumba, dos veces vindicaron de los incas la profanada tumba.	100
Dijiste, y el sagrado juramento en simultáneo grito sonó, y en los chilenos corazones fue para siempre escrito.	65	Tales ejemplos de valor tu seno fecundo contenía, <i>diez y ocho de Setiembre</i> , memorable y bienhadado día:	
IV		como a la colosal futura palma tierno germen oculta, que será de los campos ornamento cuando descuelle adulta,	105
¡Día feliz! cuando asomó la aurora sobre la agigantada cabeza de los Andes, y la diuca te cantó la alborada;	70	y contrastar sabrá de procelosos huracanes la guerra,	110
dime, ¿qué nuevas hojas en el libro que de pueblos y gentes contiene en caracteres inefables destinos diferentes;	75	y dará fruto sazonado, y sombra tutelar a la tierra.	
		V	
¿qué nuevas hojas desvolvió la mano eterna? ¿Qué guardadas eras del porvenir chileno abrieron sus páginas doradas?	80	Crece así tú, ¡querida patria! crece, y tu cabeza altiva levanta, ornada de laurel guerrero, y fructuosa oliva.	115
¿Qué nobles hechos de alentado arrojo, o de valor sereno, de patrio amor y de virtud constante, llevabas en tu seno?		Y florezca a tu sombra la fe santa de tus padres; y eterna la libertad prospere; y se afiance la dulce paz fraterna;	120
Los innatos derechos proclamados, del hombre; la española corona hollada y concedido el cetro a la ley santa sola;	85	y en tu salud y bienestar y gloria con la mente y la mano trabajen a porfía el rico, el pobre, el joven, el anciano;	

el que con el arado te alimenta, o tus leyes explana, o en el sendero de las ciencias guía tu juventud lozana,	125	y a la insidiosa Furia, cuyo aliento emponzoña la vida,	155
o con las armas en la lid sangrienta defiende tus hogares, o al infinito Ser devoto incienso ofrece en tus altares.	130	que de la libertad bajo el augusto velo esconde su fea lívida forma, y el puñal sangriento, y la prendida tea;	160
VI			
Pero del rumbo en que te engolfas mira los aleves bajíos que infaman los despojos miserables ¡ay! de tantos navíos.	135	no confundas incauta con la virgen hermosa, pudibunda, a quien el iris viste, a quien la frente fúlgida luz circunda;	
Aquella que de lejos verde orilla a la vista parece, es edificio aéreo de celajes, que un soplo desvanece.	140	nodriza del ingenio y de las artes, de la justicia hermana, que fecunda y alegre y ennoblece la sociedad humana.	165
Oye el bramido de alterados vientos y de la mar, que un blanco monte levanta de rizada espuma sobre el oculto banco;		Así florecerás, patria querida: tus timbres venideros así responderán a los ensayos de tu virtud primeros.	170
y de las naves, las amigas naves, que soltaron a una contigo al viento las flamantes velas, contempla la fortuna.	145	Y, del héroe a quien dio del Santa undoso la enrojecida orilla eterno lauro, el héroe que hoy ensalzas a la suprema silla,	175
¿Las ves, arrebatadas de las olas, al caso extremo y triste apercibirse ya?... Tú misma, cerca de zozobrar te viste.	150	pasando el grave cargo, en gloriosa serie, de mano en mano; madre serás de gentes, que tu suelo, antes fecundo en vano,	180
VII			
A tus consejos, a tu pueblo, sabia moderación presida;	1841		

Notas:

5. En AP, pp. 74-76. Apareció en *El Araucano* (Santiago de Chile), 24 de setiembre de 1841.
v. 71. [N. del a.] *Fringilla Diuca*. Ave pequeña de color turquí, que según el abate Molina: «su canto es delicioso, especialmente al amanecer, viviendo alrededor de las casas...».

A OLIMPIO
IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO

I	¿Recuerdas, Olimpio, aquella única amistad constante, que no copió en su semblante las mudanzas de tu estrella?	¡Cuántas frentes a la sombra acostumbraba la tuya! Y ahora, ¡qué de sonrisas irónicas te saludan!	35
5	¿Aquel amigo, consuelo que en la miseria ha dejado a tu corazón llagado por último bien el cielo?	Ajado está el bello lustre de tu blanca vestidura; los que galante adoraron, andrajoso, te hacen burla.	40
10	Testigo de los azares de la encarnizada lidia en que te postró la envidia, que hoy te abruma de pesares;	La detracción en tu vida clavó sus garras impuras: es texto a malignas glosas tu reputación difunta;	45
15	así te dijo —y en tanto, una luz serena y clara desarrugaba tu cara, mojando la suya el llanto—:	y como helado cadáver, desfigurada, insepulta, sabandijas asquerosas por todas partes la surcan.	45
II	«¿Eres tú aquel cuya gloria ensalzaron nobles plumas, y miraban de reojo mil envidias taciturnas?	Revelada por la llama que a tu memoria circunda, tu existencia es un terrero que cuantos pasan insultan;	50
20	Acatábante en silencio las gentes: la infancia ruda a escucharte se paraba, como la vejez caduca.	y cien silbadoras flechas vienen a herirla una a una, que en tu corazón inerme hondas encarnan la punta.	55
25	Eras meteoro ardiente que en una noche profunda se lleva tras sí los ojos, cuando por el cielo cruza.	Y con festivos aplausos cuenta el vulgo las agudas heridas y los dolores y las ansias moribundas;	60
30	Y ahora, arrancada palma, doblas tu cabeza mustia: no te da apoyo la tierra, no das al aire verdura.	como suelen bandoleros, al ver la presa segura, contar monedas y joyas que reciente sangre enturbia.	65

es ya como la taberna
que por la noche relumbra;

a cuya reja se apiñan
curiosos, por si se escucha
el canto de locas orgias,
o de las riñas la bulla.

Cortaron tus esperanzas,
flor de que nadie se cura,
manos crueles, y al suelo
las dan en trizas menudas.

Nadie te llora; tu suerte
ningún corazón enluta;
tu nombre es un epitafio
de desmoronada tumba;

y el que con dolor fingido
alguna vez lo pronuncia,
es como el que muestra escombros
de arruinada arquitectura,

que un tiempo adornaron jaspes
y sustentaron columnas,
y ya malezas la cubren,
y vientos y aguas la injurian.

III

Mas ¿qué digo? En la miseria
más elevado y sublime
te muestras a quien la altura
de tus pensamientos mide.

Tu existencia, combatiendo
a los contrapuestos diques,
suena como el océano
que asalta los arrecifes.

Los que observaron de cerca
la lucha, vuelven y dicen
que, inclinándose a la margen,
vieron tremenda Caribdis;

mas puede ser que la vista,
calando ese abismo horrible,

la perla de la inocencia
en lo más hondo divise.

70 Turba los ojos la niebla 105
de que pareces vestirse;
mas sobre ella un claro cielo
serenas lumbres despide.

75 ¿Qué importa al cabo, que el mundo 110
contra tu entereza lidie,
alzando nubes de polvo
que cualquier soplo dirige?

80 Para juzgar, ¿qué derecho, 115
qué título nos asiste?
¿Qué objeto no es un enigma
para los ojos más lince?

¿La certidumbre?... ¡Insensatos,
que imagináis tierra firme,
la que celajes vistosos
en vuestro discurso fingen! 120

85 Así puede asirla el juicio
del hombre, como es posible
a la mano asir el agua
sin que presta se deslice.

90 Moja apenas, y al instante 125
huye; y al pecho que gime,
y al ardiente labio, nada
deja que la sed mitigue.

¿Es día? ¿Es noche? Los ojos
nada absoluto distinguen:
toda raíz lleva frutos;
y todo fruto raíces. 130

95 Apariencias nos fascinan,
ya sombras densas contristen
la vista, o ya luminosos
colores la regocijen. 135

100 Un objeto mismo a visos
diferentes llora y ríe:
por un lado, terso lustre;
por el otro, oscuro tizne. 140

La nube en que el marinero ve rota nave irse a pique, para el colono es un campo que doradas mieses rinde.		atento al tapiz musgoso que las rocas engalana, al sosiego de los campos, o al tumulto de las aguas;	180
¿Quién habrá que los misterios del pecho humano escudriñe? ¿Quién, que las trasformaciones varias de un alma adivine?	145	a la lozana verdura de hierbas jamás holladas, o a la nieve que los montes empinados amortaja;	
Larva informe surca el lodo; y tal vez mañana, libre mariposa, alas de seda despliegue, y aromas libe.	150	«a la bostezante gruta de tenebrosa garganta, y de verde cabellera, con florecida guirnalda;	185
IV		o a la mar, do las antorchas del mundo su curso acaban, que como un pecho viviente respirando sube y baja;	190
Pero tú penas ¿y cómo pudo ser que no penaras, oh víctima sin ventura de persecución villana?	155	o siguiendo con los ojos desde la arenosa playa, al ligero esquife, alegre depósito de esperanzas;	195
¿Tú a quien la calumnia muerde lo más sensible del alma? ¿Tú en quien el sarcasmo agota sus flechas enherboladas?	160	que las velas tiende y huye, huye, y rompe la delgada hebra que ata el duro pecho del marinero a la patria;	200
Herido león, huiste a selva solitaria; y allí memorias acerbas te hacen más honda la llaga.		sobre el risco, donde tantos dispersos rumores vagan; bajo la espesura umbrosa, donde ni el silencio calla:	
Entregado a ellas vives; ¡y cuántas veces, ay, te halla la noche en la actitud misma en que te halló la mañana!	165	a los ecos das un eco; a las confusas palabras de místicas armonías vibra tu mente inspirada;	205
¡Dichoso, cuando a la sombra en que tu pecho descansa; la sombra, de los que piensan favorecida morada;	170	y concurre al inmenso coro que todo lo abraza, lo que remontado vuela, y lo que humilde se arrastra;	210
desde el alba hasta el ocaso, desde el ocaso hasta el alba, contemplando las facciones del valle y de la montaña;	175	¡coro de infinitas voces que suspende y arrebata,	

y en que la naturaleza
a todos los seres habla!

v

Consuélate, que algún día,
y no distante quizás,
el imperio de las almas
a la tuya volverá;

y ha de verse, ante los ojos
más obcecados, brillar
con nueva luz, de tu frente
la nativa majestad:

como joyel, a que el polvo
deslustró la tersa faz,
nuevamente acicalado
para fiesta nupcial.

En vano tus enemigos,
de la sátira mordaz
contra tu pecho inocente
aguzaron el puñal;

y divulgaron secretos
fiados a la amistad,
como quien derrama el agua
sobre el camino real.

En vano, en vano su furia
humillada lanzarán
contra tu nombre, a manera
de enhambrecido chacal,

que para saciar la rabia
de su apetito voraz
desgarra la última carne
del hueso roído ya.

Esos hombres que te ponen
piedras en que tropezar
y de asechanzas te cercan,
no, no prevalecerán.

Pasarán, como vislumbres
entre espeso matorral,

215 que a merced del viento corren,
y no dejan huella atrás.

Te detestarán, sin duda,
con el rencor infernal
que alimenta contra el cielo
el pecho de Satanás; 255

220 pero las voces de muerte,
que como ardiente raudal
salen de su boca impía,
leve sopro extinguirá. 260

Mira entre tanto con ojos
de generosa piedad
a los que de un bajo instinto
arrastra el poder fatal; 225

a los que en densa ignorancia
sumidos no ven rayar
celeste albor, que ilumine
su mísera ceguedad; 230 265

que llaman luz a la sombra
y bonanza al huracán,
y andan a tientas, sin rumbo,
sin ley, sin fe, sin altar: 270

235 al soberbio que levanta
contra el débil el procaz
estrépito del torrente,
demolido el valladar; 275

240 a la mujer seductora,
desamorada beldad,
a quien la sonrisa, estudio,
a quien es arte el mirar; 280

y en cuyo ropaje, suelto
a los vientos, redes hay,
redes, que prenden las almas
en dura cautividad; 245

al ambicioso que trepa
sobre el ambicioso, a par
de la hiedra, que a sí misma
entretejiéndose va; 285 250

a la turba lisonjera que rinde a cada deidad efímera el torpe incienso de su adoración venal;		Y tú, si en tono más grave, no de metal diferente, como el gran río a la fuente, como al esquiife la nave,	325
y a declamadores vanos, que hacen ruido y no más; oráculos que atestiguan la insensatez general.	290	le hablaste –y cruzó veloz una sombra tu semblante; y un tierno afecto un instante hizo vacilar tu voz–:	330
¿Qué son contigo esos hombres de un día, enjambre fugaz de insectos que vio la aurora, y la tarde no verá?	295	VII «¡No me consueles, ni te aflijas! Vivo pacífico y sereno, que sólo miro al mundo de las almas, no a ese mundo terreno.	335
Ellos son viles, tú grande, es el interés su imán, la gloria el tuyo: la guerra apetecen, tú la paz.	300	Ni es tan perverso el hombre, la fortuna, liberal o mezquina, tiñe en puro licor o en turbias heces la copa cristalina.	340
Nada hay común a la suya, y a tu carrera inmortal; ni se puede su alegría a tu dolor igualar;	305	Del estrecho teatro, que aprisiona tu pensamiento, el mío oye a lo lejos el rumor, y vuela a su libre albedrío.	
que es sublime y grandioso espectáculo el que da la mano dispensadora que reparte el bien y el mal,	310	Si murmura la fuente, o solitaria bulle una verde orilla, o viene a mis oídos el arrullo de amante tortolilla;	345
y alejando al genio el cebo de lo vano y lo falaz, lo labra con el arado que se llama adversidad».	315	o el esquilón de las exequias llora en la torre sublime, o de los sauces la colgante rama sobre las cruces gime;	350
VI			
¡Olimpio! un amigo fiel entonces te hablaba así, queriendo apartar de ti la henchida copa de hiel.	320	paréceme que huella excelsa cumbre, a do conduce el viento, de cuanto ser criado habita el orbe una voz de lamento.	355
Solo entre la turba larga que antes te halagó perjura, quiso de la desventura aligerarte la carga.		Allí la pequeñez a la grandeza, el barro al oro igualo; y exploro los arcanos del abismo, y el firmamento escalo.	360

Cuando el humo lejano se levanta de humilde choza, pienso que en el ara se exhala, do se quema a Dios devoto incienso;		mas qué!; ¿debí juzgar que fuese eterna la vida de las rosas?	395
y de dispersas luces por la noche sembrada la llanura, el infinito espacio tachonado de soles me figura.	365	Las ilusiones que tocar pensaban mis infantiles manos, disipó la razón, como disipa la aurora espectros vanos.	400
Contemplo allí de lejos cuanto puebla la tierra, el mar profundo, y miro al hombre, misterioso mago, atravesar el mundo.	370	Y digo ya a la dicha lo que dice navegante que deja el suelo patrio, a la querida orilla que más y más se aleja.	
Y como suele el pájaro a su pluma, me entrego al pensamiento; y entiendo qué es la vida, y lo que dice aquel doliente acento.	375	Señala Dios a todo ser que nace su herencia de dolores, como, a la aurora, un amo a sus obreros reparte las labores.	405
¿Y quieres que murmure de mi suerte? ¿Cuál es el hombre, dime, a quien, parcial el cielo, de la carga universal exime?	380	¡Ánimo, pues! ¿qué importa a un alma grande, destello peregrino de antorcha celestial, eso que el hombre suele llamar destino?	410
Yo que lóbrega noche vivo ahora, en mi denso horizonte conservo, cual rosada luz, que deja la tarde en alto monte,		Ni elación en la frente generosa, ni aparezca desmayo, ora brille a los ojos la serena luz del día, ora el rayo.	415
la llama del honor, divina lumbre, que en apacible calma, todavía ilumina lo más alto, lo más puro del alma.	385	Brame allá abajo la preñada nube que tempestades mueve, y su tranquilidad conserve el alma, cual la cumbre su nieve.	420
Sin duda un tiempo –¿qué razón temprana de este modo no yerra?– sueños dorados vi, cuales el hombre suele ver en la tierra.	390	Forceja en vano el rebelado orgullo contra la ley severa (necesidad o expiación se llame) que al universo impera;	
Vi alzarse mi existencia coronada de visiones hermosas;		rueda fatal, que a todo lo criado en movimiento eterno girando abrumba, y de una mano sola reconoce el gobierno».	425

Notas:

6. En AP, pp. 76-82. Apareció en *El Araucano* (Santiago de Chile), 24 de setiembre de 1841. | [N. del a.] *Olimpio* es un patriota eminente, denigrado por la calumnia, y que se consuela de la desgracia

en las meditaciones solitarias de una filosofía indulgente y magnánima. No sabemos quién fuese el personaje que Victor Hugo se propuso representar bajo este nombre. En las revoluciones americanas no han faltado *Olimpios*.

7

LAS FANTASMAS

IMITACIÓN DE UNA DE LAS ORIENTALES DE VÍCTOR HUGO

I

¡Ah, qué de marchitas rosas
en su primera mañana!
¡Ah, qué de niñas donosas
muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Forzoso es que el prado en flor
rinda su alegre esperanza
a la hoz del segador;
es forzoso que la danza
en el gozo fugaz de los festines
huelle los azahares y jazmines;

Que huyendo de valle en valle
sus ondas la fuente apure;
y que el relámpago estalle
y un solo momento dure;
y el vendaval que perdonó a la zarza
la fresca pompa del almendro esparza.

El giro fatal no cesa:
la aurora anuncia el ocaso.
En torno a espléndida mesa,
jovial turba empina el vaso:
unos apenas gustan, y ya salen;
pocos hay que en el postre se regalen.

II

¡Murieron, murieron mil!
La rosada y la morena;
la de la forma gentil;
la de la voz de sirena;
la que ufana brilló; la que otro ornato
no usó jamás que el virginal recato.

Una, apoyada la frente
en la macilenta palma,
mira al suelo tristemente;
y al fin rompe al cuerpo el alma
como el jilguero, cuando oyó el reclamo, 35
quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

Otra en un nombre querido
con loca fiebre delira;
otra acaba, cual gemido
lánguido de eolia lira, 40
que el viento pulsa; o plácida fallece,
cual sonriendo un niño se adormece.

¡Todas nacidas apenas,
y ya cadáveres fríos!...
Palomas, de mimos llenas 45
y de hechiceros desvíos:
primavera del mundo, apetecida
gala de amor, encanto de la vida.

¿Y nada dejó la huesa?
¿ni una voz? ¿ni una mirada? 50
¿tanta llama, hecha pavesa?
¿y tanta flor, deshojada?...
¡Adiós! huyamos a la amiga sombra
de anciano bosque; pisaré la alfombra

de secas hojas, que crujan 55
bajo mi pie vagoroso...
Fantasmas se me dibujan
entre el ramaje frondoso;
a incierta luz siguiendo voy su huella, 60
y de sus ojos la vivaz centella.

¿He sido ya polvo yerto,
y mi sombra despertó?

30

¿Como ellas estoy yo muerto?
 ¿O ellas vivas como yo?
 Yo la mano les doy entre las ralas
 calles del bosque, ellas a mí sus alas;

y a su forma vaga, etérea
 mi pensamiento se amolda...
 A do, meciendo funérea
 colgadura el sauce entolda
 un blanco mármol, de tropel se lanzan;
 y en baja voz me dicen: ¡ven!... y danzan.

Vanse luego paso a paso
 por la selva, y de repente
 desaparecen... Yo repaso
 la visión acá en mi mente,
 y lo que entre los hombres ver solía,
 reproduce otra vez la fantasía.

III

¡Una entre todas!... tan clara
 la bella efigie, el semblante
 me recuerdo, que jurara
 estarla viendo delante:
 crespas madejas de oro su cabello;
 rosada faz; alabastrino cuello;

albo seno, que palpita
 con inocentes suspiros;
 ojos que el júbilo agita,
 azules como zafiros
 y la celeste diáfana aureola
 que en sus quince a las niñas arrebola.

Nunca en su pecho el ardor
 de un liviano afecto, cupo:
 no supo jamás de amor;
 aunque inspirarlo sí supo.
 Y si cuantos la ven, la llaman bella,
 nadie al oído se lo dice a ella.

El baile fue su pasión,
 y costole caro asaz:
 deslumbradora ilusión,
 que pasatiempo y solaz

a todo pecho juvenil ofrece;
 pero el de Lola embriaga y enloquece.

65
 Todavía, cuando pasa
 sobre su sepulcro alguna
 nube de cándida gasa, 105
 que hace fiestas a la luna,
 o el mirto que lo cubre el viento mece,
 rebulle su ceniza y se estremece.

La circular se le envía,
 que para el baile la empeña; 110
 y si piensa en él de día
 en él a la noche sueña;
 75 vuélanle en derredor regocijadas
 visiones de danzantes, silfos y hadas;

y la cercan plumas, blondas, 115
 canastillas y bandejas,
 mué de caprichosas ondas,
 crespón, de que las abejas
 pudieran hacerse alas; cintas, flores,
 80 tocas de formas mil, de mil colores. 120

IV

Ya llega... los elegantes
 le hacen rueda; luce el rico
 85 bordado; en los albos guantes
 se abre y cierra el abanico.
 Ya da principio la anhelada fiesta 125
 y sus cien voces desplegó la orquesta.

¡Qué ágil salta o se desliza!
 ¡Qué movimiento agraciado!
 Sus ojos, bajo la riza
 crencha del pelo dorado, 130
 brillan, como dos astros en la ceja
 de luz, que el sol en el ocaso deja.

Todo en ella es travesura,
 juego, donaire, alegría,
 inocencia... En una oscura, 135
 solitaria galería
 yo, que los grupos móviles miraba,
 100 a Lola pensativo contemplaba...

Pensativo... caviloso... y triste no sé si diga; en el baile bullicioso el loco placer hostiga; enturbia el tedio la delicia, y rueda impuro polvo en túnicas de seda.		a la pupila de fuego. Murió... ¡la alegre! ¡la gentil! ¡la pura! ¡la amada!... el baile abrió su sepultura.	180
Lola en la festiva tropa va, viene, revuelve, gira: ¡valse! ¡cuadrilla! ¡galopa! no descansa, no respira; seguir no es dado el fugitivo vuelo del lindo pie, que apenas toca el suelo.	145	Murió... la muerte la arranca del abrazo maternal —último abrazo— y la blanca vestidura funeral le pone, en vez del traje de la fiesta, y es en un ataúd donde la acuesta.	185
Flautas, violines, violones, alegre canto, reflejos de arañas y de blandones, de lámparas y de espejos; flores, perfumes, joyas, tules, rasos, grato rumor de voces y de pasos,	150	Un vaso de flores lleno guarda la escogida flor, que prendida llevó al seno; y aún conserva su color: cogiola en el jardín su mano hermosa, y se marchitará sobre su losa.	190
todo la exalta; la sala multiplica los sentidos. No sabe el pie si resbala sobre cristales pulidos, o sobre nube rápida se empine, o en agitadas olas remoline.	155	¡Pobre madre! ¡Qué distante de adivinar su fortuna, cuando la arrullaba infante, cuando la mecía en la cuna, y con solicitud, con ansia tanta miró crecer aquella tierna planta!	195
	160	¿Para qué?... Su amor, su Lola, cebo del gusano inmundo, amarilla, muda, sola, en un retrete profundo duerme; y si en clara noche del hibierno, interrumpe la luna el sueño eterno,	200
¡De día ya!... ¿Cuánto tarda la hora que al placer da fin? Lola en el umbral aguarda por la capa de satín; y bajo la delgada mantellina cuela alevosa el aura matutina.	165	y a solemnizar la queda los difuntos se levantan, y en la apartada arboleda fúnebres endechas cantan; en vez de madre, un descarnado y triste espectro al tocador de Lola asiste.	205
¡Ah! ¡qué triste tornaboda! Risas, placeres, ¡adiós! ¡Adiós, arreos de moda! Al canto sigue la tos; al baile, ardor febril que la desvela, dolor que punza, y respirar que anhela;	170	«Hora es —dice— date prisa»; y abriendo los pavorosos labios con yerta sonrisa, pasa los dedos nudosos de la descomunal mano de hielo sobre las ondas del dorado pelo;	210
y a la fresca tez rosada la cárdena sigue luego, y la pupila empañada	175		215

y luego la besa ufano, y de mustia adormidera la enguinalda, y de la mano, la conduce a do la espera saltando entre las tumbas, coro acrio, a la pálida luz del cementerio,			
y tras un alto laurel la luna su faz recata, sirviéndole de dosel nubes con franjas de plata, que el iris de la noche en torno ciñe, y de colores opalinos tiñe.	220	VI ¡Niñas! no el placer os tienta que víctima tanta inmola; mas tened, tened presente a la malograda Lola; la compañera hermosa, amable, honesta, arrebatada al mundo en una fiesta.	230
	225	Cercada estaba de amores, gracia, beldad, lozanía, y de todas estas flores una guirnalda tejía, y cuando en matizarla se divierte, a esta dulce labor da fin la muerte.	235
			240

Notas:

7. En AP, pp. 82-85. Apareció en *El Araucano* (Santiago de Chile), 24 de setiembre de 1841. Apareció por primera vez en *El Museo de Ambas Américas* (Valparaíso), t. I, núm. 11 (18 de junio de 1842).

8

LA ORACIÓN POR TODOS
IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO

I		Brota del seno de la azul esfera uno tras otro fúlgido diamante; y ya apenas de un carro vacilante se oye a distancia el desigual rumor.	20
Ve a rezar, hija mía. Ya es la hora de la conciencia y del pensar profundo: cesó el trabajo afanador, y al mundo la sombra va a colgar su pabellón. Sacude el polvo el árbol del camino, al soplo de la noche; y en el suelto manto de la sutil neblina envuelto, se ve temblar el viejo torreón.	5	Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle, y la iglesia, y la choza, y la alquería; y a los destellos últimos del día se orienta en el desierto el viajador.	
¡Mira! su ruedo de cambiante nácar el occidente más y más angosta; y enciende sobre el cerro de la costa el astro de la tarde su fanal. Para la pobre cena aderezado brilla el albergue rústico; y la tarda vuelta del labrador la esposa aguarda con su tierna familia en el umbral.	10	Naturaleza toda gime; el viento en la arboleda, el pájaro en el nido, y la oveja en su trémulo balido, y el arroyuelo en su correr fugaz. El día es para el mal y los afanes: ¡he aquí la noche plácida y serena! El hombre tras la cuita y la faena quiere descanso y oración y paz.	25
	15	Sonó en la torre la señal: los niños conversan con espíritus alados;	30

y los ojos al cielo levantados, invocan de rodillas al Señor.	35	de la vana fortuna, los pesares ceñudos que anticipan la vejez;	75
Las manos juntas, y los pies desnudos, fe en el pecho, alegría en el semblante, con una misma voz, a un mismo instante, al Padre universal piden amor.	40	de oculto oprobio el torcedor, la espina que punza a la conciencia delincuente, la honda fiebre del alma, que la frente tiñe con enfermiza palidez.	80
Y luego dormirán; y en leda tropa sobre su cuna volarán ensueños, ensueños de oro, diáfanos, risueños, visiones que imitar no osó el pincel.		Mas yo la vida por mi mal conozco, conozco el mundo, y sé su alevosía; y tal vez de mi boca oírás un día lo que valen las dichas que nos da.	
Y ya sobre la tersa frente posan, ya beben el aliento a las bermejas bocas, como lo chupan las abejas a la fresca azucena y al clavel.	45	Y sabrás lo que guarda a los que rifan riquezas y poder, la urna aleatoria, y que tal vez la senda que a la gloria guiar parece, a la miseria va.	85
Como para dormirse, bajo el ala esconde su cabeza la avecilla, tal la niñez en su oración sencilla adormece su mente virginal.	50	Viviendo, su pureza empaña el alma, y cada instante alguna culpa nueva arrastra en la corriente que la lleva con rápido descenso al ataúd.	90
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe! ¡de natural piedad primer aviso! ¡fragancia de la flor del paraíso! ¡preludio del concierto celestial!	55	La tentación seduce; el juicio engaña; en los zarzales del camino deja alguna cosa cada cual: la oveja su blanca lana, el hombre su virtud.	95
II			
Ve a rezar, hija mía. Y ante todo ruega a Dios por tu madre; por aquella que te dio el ser, y la mitad más bella de su existencia ha vinculado en él;	60	Ve, hija mía, a rezar por mí, y al cielo pocas palabras dirigir te baste: «Piedad, Señor, al hombre que criaste; eres grandeza; eres bondad; ¡perdón!».	100
que en su seno hospedó tu joven alma, de una llama celeste desprendida; y haciendo dos porciones de la vida, tomó el acíbar y te dio la miel.		Y Dios te oírás; que cual del ara santa sube el humo a la cúpula eminente, sube del pecho cándido, inocente, al trono del Eterno la oración.	
Ruega después por mí. Más que tu madre lo necesito yo... Sencilla, buena, modesta como tú, sufre la pena, y devora en silencio su dolor.	65	Todo tiende a su fin: a la luz pura del sol, la planta; el cervatillo atado, a la libre montaña; el desterrado, al caro suelo que le vio nacer;	105
A muchos compasión, a nadie envidia, la vi tener en mi fortuna escasa; como sobre el cristal la sombra, pasa sobre su alma el ejemplo corruptor.	70	y la abejilla en el frondoso valle, de los nuevos tomillos al aroma; y la oración en alas de paloma a la morada del supremo Ser.	110
No le son conocidos... ¡ni lo sean a ti jamás!... los frívolos azares		Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego, soy como el fatigado peregrino, que su carga a la orilla del camino deposita y se sienta a respirar;	115

porque de tu plegaria el dulce canto alivia el peso a mi existencia amarga, y quita de mis hombros esta carga, que me agobia, de culpa y de pesar.	120	Que no da sustento al hambre, ni a la desnudez vestido, ni da la mano al caído, ni da a la injuria perdón.	160
Ruega por mí, y alcánzame que vea, en esta noche de pavor, el vuelo de un ángel compasivo, que del cielo traiga a mis ojos la perdida luz.		Por el que en mirar se goza su puñal de sangre rojo, buscando el rico despojo, o la venganza crüel.	
Y pura finalmente, como el mármol que se lava en el templo cada día, arda en sagrado fuego el alma mía, como arde el incensario ante la cruz.	125	Y por el que en vil libelo destroza una fama pura, y en la aleve mordedura escupe asquerosa hiel.	165
III			
Ruega, hija, por tus hermanos, los que contigo crecieron, y un mismo seno exprimieron, y un mismo techo abrigó.	130	Por el que surca animoso la mar, de peligros llena; por el que arrastra cadena, y por su duro señor.	170
Ni por los que te amen sólo el favor del cielo implores: por justos y pecadores Cristo en la cruz expiró.	135	Por la razón que leyendo en el gran libro vigila; por la razón que vacila; por la que abraza el error.	175
Ruega por el orgulloso que ufano se pavonea, y en su dorada librea funda insensata altivez.	140	Acuérdate, en fin, de todos los que penan y trabajan; y de todos los que viajan por esta vida mortal.	180
Y por el mendigo humilde que sufre el ceño mezquino de los que beben el vino porque le dejen la hez.		Acuérdate aun del malvado que a Dios blasfemando irrita. La oración es infinita: nada agota su caudal.	
IV			
Por el que de torpes vicios sumido en profundo cieno, hace aullar el canto obsceno de nocturno bacanal.	145	¡Hija!, reza también por los que cubre la soporosa piedra de la tumba, profunda sima adonde se derrumba la turba de los hombres mil a mil:	185
Y por la velada virgen que en su solitario lecho con la mano hiriendo el pecho, reza el himno sepulcral.	150	abismo en que se mezcla polvo a polvo, y pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja de que al añoso bosque abril despoja, mezclar las suyas otro y otro abril.	190
Por el hombre sin entrañas, en cuyo pecho no vibra una simpática fibra al pesar y a la aflicción.	155	Arrodilla, arrodíllate en la tierra donde segada en flor yace mi Lola, coronada de angélica aureola; do helado duerme cuanto fue mortal;	195

donde cautivas almas piden preces que las restauren a su ser primero, y purguen las reliquias del grosero vaso, que las contuvo, terrenal.	200	la nieve que las cumbres amortaja, y del ocaso el tinte carmesí: ¿en las quejas del aura y de la fuente no te parece que una voz retiña, una doliente voz que dice: «niña, cuando tú reces, ¿rezarás por mí?»?	230
¡Hija! cuando tú duermes, te sonríes, y cien apariciones peregrinas sacuden retozando tus cortinas; travieso enjambre, alegre, volador. Y otra vez a la luz abres los ojos, al mismo tiempo que la aurora hermosa abre también sus párpados de rosa, y da a la tierra el deseado albor.	205	Es la voz de las almas. A los muertos que oraciones alcanzan, no escarnece el rebelado arcángel, y florece sobre su tumba perennal tapiz. Mas ¡ay! A los que yacen olvidados cubre perpetuo horror; hierbas extrañas ciegan su sepultura; a sus entrañas árbol funesto enreda la raíz.	235 240
¡Pero esas pobres almas!... ¡si supieras qué sueño duermen!.. su almohada es fría; duro su lecho; angélica armonía no regocija nunca su prisión. No es reposo el sopor que las abruma; para su noche no hay albor temprano; y la conciencia, velador gusano, les roe inexorable el corazón.	210 215	Y yo también (no dista mucho el día) huésped seré de la morada oscura, y el ruego invocaré de un alma pura, que a mi largo penar consuelo dé. Y dulce entonces me será que vengas y para mí la eterna paz implores, y en la desnuda losa esparzas flores, simple tributo de amorosa fe.	245
Una plegaria, un solo acento tuyo, hará que gocen pasajero alivio, y que de luz celeste un rayo tibio logre a su oscura estancia penetrar; que el atormentador remordimiento una tregua a sus víctimas conceda, y del aire, y el agua, y la arboleda, oigan el apacible susurrar.	220	¿Perdonarás a mi enemiga estrella, si disipadas fueron una a una las que mecieron tu mullida cuna esperanzas de alegre porvenir? Sí, le perdonarás; y mi memoria te arrancará una lágrima, un suspiro que llegue hasta mi lóbrego retiro y haga mi helado polvo rebullir.	250 255
Cuando en el campo con pavor secreto la sombra ves, que de los cielos baja,	225		

1843

Notas:

8. En AP, pp. 85-88. Se publicó originariamente en *El Crepúsculo* (Santiago de Chile), t. I, núm. 6 (1 de octubre de 1843).

MOISÉS SALVADO DE LAS AGUAS
IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO

«¡Compañeras, al baño! alumbra el día la cúpula lejana; duerme en su choza el segador, y enfría las ondas la mañana.		Mas ¿qué objeto descubre tan extraño la fugitiva bruma?	35
Menfis apenas bulle; hospedadora nos da la selva abrigo; y tendremos, amigas, a la aurora por único testigo.	5	Mirad: enfrente al sicamor sombrío que verdes arcos tiende sobre la playa, un bulto por el río lentamente desciende.	40
De Faraón mi padre, el jaspeado palacio al mundo asombra; a mí del bosque el pabellón, del prado me agrada más la alfombra.	10	No temáis: de una palma el tronco anciano que en demanda navega de las altas pirámides, liviano sobre las ondas juega.	
¿Qué son las fuentes en que el oro brilla, y el mármol de colores, a par del Nilo y de esta verde orilla esmaltada de flores?	15	¿O es de Hermes por ventura el carro leve? ¿O es la concha divina de Isis, que con suave aliento mueve la brisa matutina?	45
No es tan grato el incienso que consume en el altar la llama, como entre los aromos el perfume que el céfiro derrama.	20	¿Qué digo? es tierno niño, que en ligera barca duerme al sereno arrullo de las olas, cual pudiera en el materno seno.	50
Ni en el festín real me gozo tanto, como en oír la orquesta alada, que esparciendo dulce canto anima la floresta.		Arrastra el Nilo la flotante cama, cual nido de avecilla que arrebatado hubiese a la retama de su silvestre orilla.	55
¿Veis cuál se pinta en la corriente clara el puro azul del cielo? El cinto desatadme, y la tiara, y el importuno velo.	25	¡Qué de peligros corre a un tiempo mismo! ¿Cuál puerto de salud lo aguarda? ¿mece el proceloso abismo su cuna o su ataúd?	60
¿Veis en aquel remanso trasparente zabullirse la garza? Las ropas deponed; y al blando ambiente el cabello se esparza.	30	¡Los ojos abre, hijas de Menfis! llora... ¿Pudo una madre, ¡oh cielo!, al agua abandonar devoradora el hijo pequeñuelo?	
¡Ea! trisquemos en el fresco baño, alzando blanca espuma...		Tiende los brazos, ¡ay!, cual si supiera su malhadada suerte; y son frágiles cañas la barrera que presenta a la muerte.	65

Es de la raza de Israel, sin duda, que mi padre sentencia a proscripción... pero ¿qué ley sañuda proscribe a la inocencia?		
¡Pobre niño! su llanto me conduele; a su madre afligida sucederá otra madre; salvarele: me deberá la vida.»		
Ifisa hablaba así, joven princesa; y dócil al consejo de la piedad, acometió la empresa; y el juvenil cortejo		
a la virgen, que presta se adelanta, de confianza llena, sigue, estampando con ligera planta la movediza arena.		
Semejaba, depuesto el blanco lino, revolando las blondas madejas por el hombro alabastrino, la hija de las ondas.		
El blanco pie con círculos de plata el espumoso río le ciñe; y ya a las olas arrebató el pequeño navío.		
Palpita con la carga que suspende, alegre y orgullosa; y en sus mejillas el color se enciende de la temprana rosa.		
Bullente espuma hendiendo, que se irrita y la presa reclama, el peso que la agobia deposita sobre la verde grama;		
y del recién nacido alegremente cercan todas la cuna; y sonriendo, la asustada frente le besan una a una.		
Mas ¡oh tú, que de lejos a tu hijo por la playa desierta		
	70	seguiste desolada, el rostro fijo en su carrera incierta!
		Llega; el hinchado seno da al infante; tu llanto ni su risa revelarán en ti la madre amante, pues aún no es madre Ifisa.
	75	En los brazos maternos, rociado con lágrimas de duelo y de gozo a la par, dulce cuidado de la tierra y del cielo,
	80	el pequeño Moisés iba seguro; de Faraón crüel hospeda el regio alcázar al futuro caudillo de Israel.
		Y ante el trono de Dios, la faz velada con las alas, el coro que ve a sus pies la bóveda estrellada, pulsaba liras de oro.
	85	«Alégrate, Jacob, en el asilo de tu destierro –el canto así sonaba–, y no al impuro Nilo se mezcle más tu llanto.
	90	El Jordán a sus campos te convida; te oyó el Señor: Egipto marchar verá a la tierra prometida tu linaje proscripto.
	95	Ese niño que virgen inocente salvó de olas y vientos, es el profeta del Horeb ardiente, rey de los elementos.
	100	Humillaos, mortales insensatos, que al Eterno hacéis guerra: he ahí el legislador, que sus mandatos promulgará a la tierra.
		Cuna humilde, baldón de la fortuna juguete del profundo, ha salvado a Israel: humilde cuna ha de salvar al mundo.»
	105	

Notas:

9. En AP, pp. 89-90. Apareció en *El Crepúsculo* (Santiago de Chile), t. I, núm. 9 (1 de enero de 1844).

10

LOS DUENDES IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO

I	en el valle; y en menuda	35
No bulle la selva; el campo no alienta.	nieve caen deshojados azahares.	
Las luces postreras despiden apenas destellos, que tiemblan.	5 de los Andes, atizando los volcanes?	40
La choza plebeya, que horcones sustentan; la alcoba, que arrean cristales	10 de granito da balances?	45
y sedas; al sueño se entregan. Ya es todo tinieblas. ¡Oh noche serena! ¡Oh vida suspensa! La muerte remedas.	15 No es la tierra; no es el aire; son los duendes que ya salen.	50
	III	
	20 Por allá vienen: ¡qué batahola! ora se apiñan en densa tropa, que hiende rápida la parda atmósfera;	55
	25 y ora se esparcen, como las hojas ante la ráfaga devastadora.	60
II	Si chillan estos, aquéllos roznan. Si trotan unos, otros galopan.	
¿Qué rüido sordo nace? Los cipreses colosales cabecean	30 De la cascada sobre las ondas, cuál se columpia, cuál cabriola.	65

Y un duende enano,
de copa en copa,
va dando brincos,
y no las dobla.

IV

¿Fantasmas acaso
la vista figura?
Como hinchadas olas
que en roca desnuda
se estrellan sonantes,
y luego reculan
con ronco murmullo,
y otra vez insultan
al risco, lanzando
bramadora espuma:
así van y vienen,
y silban y zumban,
y gritan que aturden;
el cielo se nubla;
el aire se llena
de sombras que asustan;
el viento retiñe;
los montes retumban.

V

A casa me recojo:
echemos el cerrojo.
¡Qué triste y amarilla
arde mi lamparilla!
¡Oh Virgen del Carmelo!
aleja, aleja el vuelo
de estos desoladores
ángeles enemigos,
que no talen mis flores,
ni atizonen mis trigos.
Ahuyenta, madre, ahuyenta
la chusma turbulenta;
y te pondré en la falda
olorosa guirnalda
de rosa, nardo y lirio,
y haré que tu sagrario
alumbre un blanco cirio
por todo un octavario.

VI

70 ¡Cielos! ¡lo que cruje el techo!
¡y lo que silba la puerta!
Es un turbión deshecho.
De lejos oigo estallar
los árboles de la huerta,
como el pino en el hogar.
Si dura más el tropel 110
75 no amanecerá mañana
un cristal en la ventana,
ni una hoja en el vergel.

vii

80 San Antón, no soy tu devoto,
si no le pones luego coto 120
a este diabólico alboroto.
¡Motín semeja, o terremoto,
85 o hinchado torrente que ha roto
los diques, y todo lo inunda!
¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué barahúnda!... 125
¿Qué significa, raza inmunda,
esa aldabada furibunda?
90 El rayo del cielo os confunda,
y otra vez os pele y os tunda,
y en la caverna más profunda 130
del inflamado abismo os hunda.

VIII

Ni por éstas. Parece que arroja
95 el infierno otro denso nublado,
o que el diablo al oírme se enoja,
y empujando el ejército alado 135
el asalto acrecienta y aviva.
El tejado va a ser una criba;
100 cada envión que recibe mi choza
yo no sé cómo no la destroza:
a tamaña batalla no es mucho 140
que retiemble y que toda se cimbre,
cual si fuese de lienzo o de mimbre...
105 ¿Es el miedo? ¿o quién anda en la sala? ...
Vade retro, perverso avechucho...
¡Ay! matome la luz con el ala... 145

IX		una sombra más atezada los montes y los valles vela, y el luto de la noche enluta. Como de leña mal enjuta, que en el hogar chisporrotea; de mil pupilas culebrea rojiza luz intermitente, que va señalando la ruta de Satanás y de su gente.	185
	¡Funesta sombra! ¡Tenebroso espanto!... Amedrentado el corazón palpita... y la legión de Lucifer en tanto, reforzando la trápala y la bulla, a un tiempo brama, gruñe, llora, grita, bufa, relincha, ronca, ladra, aúlla; y asorda estrepitosa los oídos, mezclando carcajadas y alaridos, voz de ira, voz de horror y voz de duelo. ¡Qué fiero son de trompas y cornetas! ¡Qué arrastrar de cadenas por el suelo! ¡Qué destemplado chirrió de carretas!... ¡Ya escampa! hasta la tierra se estremece y según es el huracán, parece que a la casa y a mí nos lleva al vuelo... ¡Perdido soy!... ¡misericordia, cielo!	150	190
		XII	
	¡Ah! por fin en la iglesia vecina a sonar comenzó la campana... Al furor, a la loca jarana, turbación sucedió repentina. El tañido de aquella campana a la hueste infernal amohína, sobrecoge, atolondra, amilana. Como en pecho abrumado de pena una luz de esperanza divina; como el sol en la densa neblina, de los montes rizada melena; el tañido de aquella campana, que tan alto y sonoro domina, y se pierde en la selva lejana, el tumulto en el aire serena.	155	
			195
			200
			205
			210
			215
			220
			225
X		XIII	
	¡Partieron! La sonante nota a la hueste infernal derrota. Uno a otro apresura, excita, estrecha, empuja, precipita. Huyó la fementida tropa; no trota ya, sino galopa, no galopa ya sino vuela. Por donde pasa la bandada,	160	
			200
			205
			210
			215
			220
			225
XI			
	Mas a ti, ¿qué fortuna, huerta mía, te cabe? ¿Respiras ya del grave afán? ¿Injuria alguna sufriste?... ¡Cuánta asoma, entreabierta a la luna, nueva flor! ¡Cuánto aroma de rosas y alelíes el ambiente embalsama! No hay una mustia rama; no hay un doblado arbusto.	175	215
			220
			225

Parece que te ríes de tu pasado susto.		que a la luna da el eclipse; y en la espira que describe rastros deja carmesíes...	265
	XIV		
Sobre aquellos boldos que a un pelado risco guarnecen la falda, al amortecido rayo de la luna van haciendo giros, Enjambre parecen de avispas, que el nido materno abandona, despojo de niños traviesos, y vuela errante y proscrito.	230	¿En qué abismos, infelice nubecilla, vas a hundirte?... Ya los ojos no la siguen; ya es un punto: ya no existe.	270 275
	XV		
¡Desventurados! Del patrio albergue también vosotros gemís ausentes: vagar proscritos os cupo en suerte... ¡Terrible fallo!... ¡y eterno!... ¡Pesen mis maldiciones, blandas y leves, sobre vosotros, miseros duendes!	240	¡Que calma tranquila! Tras leve cortina de gasa pajiza, la luna dormita. Al sueño rendidas, las flores se inclinan. El viento no silba, ni el aura suspira. Tú sola vigilas; tú siempre caminas, y al centro gravitas, ¡oh fuente querida! ya turbia; ya limpia; ya en calles, que lilas y adelfas tapizan;	280 285 290 295 300
	XVI		
Hacia el cerro que distingue lo sombrío de su tizne —padrón negro de hechos tristes— vagorosas ondas finge, parda nube, con matices colorados, como el tinte	255		305
	260		

XVII

ya en zarzas
y espinas.
¡Tal corre
la vida!

310

Notas:

9. En AP, pp. 91-94. Se publicó en *El Progreso* (Santiago de Chile), el 19 de julio de 1843. | [*N. del a.*] La idea general, algunos pensamientos y el progresivo ascenso y descenso del metro, es todo lo que se ha tomado del original. La composición francesa se titula «Les Djinnns». | [*N. de la e.*] Véase el poema 25 de Gertrudis Gómez de Avellaneda, «La noche de insomnio y el alba», y la nota correspondiente.

Adolfo Berro nació en Montevideo el día 11 de agosto de 1819, en el seno de una familia muy considerada, no sólo por los servicios que su jefe ha rendido al país y por las distinciones que ellos le han merecido, sino, principalmente, por una práctica constante de todas las virtudes, de esas virtudes que sirven a la sociedad desde el silencio del hogar doméstico, y son fuente de sólida y legítima felicidad.

La educación moral empieza desde que podemos contraer hábitos, es decir, en la cuna. Las primeras impresiones suelen decidir el destino de toda una vida, porque la moral, para ser sólida, ha de ser hábito antes que fruto del estudio y experiencia. Así es que el niño Berro gozó, desde luego, y aprovechó extensamente, esta esencialísima educación, que tan bien se avenía con las tendencias de que el cielo le había dotado; y de muy pocos años se hacía notable por su espíritu de orden, por la exactitud de su raciocinio y por una modestia, que más tarde, no pudieron arrancarle los merecidos y seductores elogios, que a sus talentos se tributaron, por personas cuyo voto es capaz de arrojar la simiente de la vanidad en cabezas que el tiempo haya sazonado.

Dotado de esta educación importante, en que se armonizaba tan completamente su temperamento con los ejemplos domésticos, recibió Adolfo toda la enseñanza que por entonces ofrecían los mejores profesores de Montevideo; y en 1836, al abrirse en esta capital las cátedras de estudios mayores, se halló en estado de incorporarse al aula de derecho civil que regenteaba el doctor don Pedro Somellera.

En los bancos de aquella aula tuvimos la fortuna de conocerle. Adolfo, dotado de verdadero talento, que acrecía diariamente del modo en que este don supremo se desenvuelve y perfecciona, por la meditación y el estudio, se distinguía mucho en el de derecho, no sólo por la aplicación y el método con que procedió en ésta como en todas

sus tareas, sino también por la cabal inteligencia de la razón y espíritu de la ley, que es, como dice el sabio autor de las *Partidas*, el «verdadero saber de las leyes». No emitimos una opinión personal únicamente. Su catedrático, juez más idóneo que nosotros en el caso, preguntado cuáles eran sus más aventajados discípulos, los clasificó en unos hexámetros latinos, diciendo de Berro «Mens legum Adolfus».

A los conocimientos teóricos que allí adquiría, unió la práctica en el bufete del doctor don F. Varela, hábil abogado y literato de vasta erudición y exquisito gusto, que ligado a la familia de Berro por vínculos estrechos, se complacía en cultivar aquella inteligencia privilegiada. A la tierna solicitud que en esto ponía Varela, se refiere Adolfo en los versos que le dirigió con motivo de la muerte de su excelente hermano Rufino.

Florencio amigo, que de tiernos años
amar me hiciste la virtud austera,
y acá en mi mente derramaste ansioso
blandas ideas.

Adolfo había llegado a aquella sazón en que los años nos empujan sobre los caminos de la vida social y un nuevo espectáculo se ofrece a nuestros ojos. Berro era uno de esos hombres predestinados a verlo todo de una vez, a distinguir las llagas a través de las flores que las cubren, a oír los ahogados gemidos que se escapan en medio de las risas y de los himnos; a no detenerse en la epidermis de la sociedad. ¿Quién puede calcular las impresiones, los dolores que aquejarían aquella alma en el momento en que el espléndido manto que viste el mundo a nuestros ojos de niño se convierte en paño negro empapado de llanto?

Berro, lleno de la fortaleza de la virtud e iluminado por su inteligencia, tenía la conciencia de sus deberes. No podía ser de otro modo, porque Dios no prodiga las dotes que le concedió, para que se extingan en estériles gemidos. Tal vez ese tinte melancólico, que tanto interés daba a su pálido rostro, era hijo de la tristeza que produce la contemplación de esas hondas miserias, hermanada con los duelos domésticos que han vestido su hogar, desde los tempranos días en que su valiente hermano don Ignacio rindió la vida por la patria, en los gloriosos campos de Ituzaingó.

Muy serias tareas ocupaban su ánimo. La infame tiranía ejercida en la raza de color, no podía dejar de sacudirlo fuertemente; el corazón y la justicia la condenan con horror. Un homenaje tributado al talento de Berro por el superior tribunal de justicia, nombrándole asesor del defensor de esclavos en 1839, y que él aceptó y desempeñó, con un saber y una elevación que bastarían para ilustrar su nombre, le dio ocasión de conocer en todos sus inauditos detalles la opresión que pesa sobre esos míseros hombres, que la perversidad humana quiere transformar en bestias. Se consagró entonces a promover la aplicación del remedio radical de esa lepra de nuestra sociedad. «La emancipación y la mejora intelectual de las gentes de color»; y escribió un proyecto, que tenemos a la vista, para alcanzar esos fines por medio de la «asociación», consultando, en todo ello, los derechos de la humanidad, y los bien entendidos intereses morales, políticos y económicos de la República.

Alejado de nuestras luchas civiles, se consagró a servir positivamente a su país; y extendió sus meditaciones sobre la «educación popular». Trabajos de verdadera conciencia, que favorecen tanto a su carácter como a su corazón: que lo llenaban completamente. En el delirio que precedió a su muerte llamaba a don Cándido Juanicó y hablaba de unos papeles que a éste le pertenecían. ¡Eran los apuntes sobre la educación de nuestro pueblo!

«En uno de esos momentos en que –como lo dice en una nota sobre el <Azahar>– nuestra alma nada encuentra en el mundo que la satisfaga, la conmueva, se puso a

borrajear mil ideas incoherentes», y escribió sus primeros versos, a que siguieron poco después los de la magnífica composición titulada: «El esclavo».

Adolfo los guardaba con un esmero particular: estas inspiraciones eran su secreto. Una casualidad burló sus precauciones, y una hermana suya, que lo había sorprendido, dijo a su cuñado don Jacobo Varela que Adolfo hacía versos.

Extrema era la consideración y el cariño de Berro por Varela, y sin embargo no pudo este conseguir, sin mucho esfuerzo, que le confiase sus poesías. Consintió en ello al fin, y en que se mostrasen a don Florencio. A esto se debe su publicación, hecha por este último, y los elogios que decidieron la vocación de Berro a este género de literatura.² Su modestia natural no conocía límites; era una de las cualidades que más lo distinguían, y tanto, que en unos exámenes de derecho, el presidente del acto, doctor don Julián Álvarez, creyó que debía hacer de ella pública recomendación.

Adolfo se sentía morir: se sentía hundir en el sepulcro y exclamaba:

¡Morir! ¡sin que entre el polvo los tiranos
haya visto en el mundo de Colón,
demandando al Eterno en mis plegarias
Para los abatidos el perdón!

El cielo lo había decretado de otra suerte: en la noche del 28 al 29 de setiembre de 1841, las puertas de la eternidad se abrieron para recibirlo, dejándonos en el suelo las hojas de este libro.

Notas:

¹ [N. de JMG] Las poesías de don Adolfo Berro aparecieron en Montevideo el año 1842, en un volumen en 4º, de 200 páginas con el retrato del autor y un discurso preliminar escrito por el señor don Andrés Lamas. De este discurso extractamos la presente noticia biográfica, que no hemos querido hacer más extensa con nuestros propios recuerdos.

² [N. de JMG] En el *Correo*, núm. 1 (Montevideo), 4 de febrero de 1840.

1

EL AZAHAR

Flor sencilla a cuya vida
breves horas marca el cielo,
para imagen en el suelo
del contento mundanal.

Es tu aroma regalado
a mi espíritu doliente,

cual de virgen inocente
el cercano respirar.

Tiernas hojas nacaradas
te dio grata la natura,
y a tu cáliz la amargura
de las hieles del amor.

5

10

En su negra cabellera la hermosura te ensortija, o tu trono alegre fija en sus labios de rubí.	15	¡Cuántas veces mis temores flor querida, disipaste! ¡Cuántas veces mitigaste de mi amada la esquivez!	25
En ti encuentra blando alivio el ausente que padece, tu belleza se le ofrece la que su alma cautivó;	20	Hoy de nuevo la esperanza en ti el alma deposita, ¡la esperanza! que marchita veré luego con la flor.	30
y mirándote arrobado, mil recuerdos en su mente, se despiertan blandamente: ¡mil recuerdos de placer!	1839		

Notas:

1. En AP, p. 97. Los primeros versos de Adolfo Berro vieron la luz en el *Correo del Plata*. Póstumamente se publicó el volumen *Poesías*, con «Introducción» de Andrés Lamas, Montevideo, Imp. del Nacional, 1842 (citado por JMG). Luego aparecieron: *Poesías*, 2ª ed., precedida de la «Introducción» de Lamas y aumentada con un «Guirnalda poética», Montevideo, Imprenta tipográfica a vapor, Calle de las Cámaras 41, 1864; y una reimpresión de esta última en 1884, Librería Nacional de A. Barreiro y Ramos.

2

EL ESCLAVO

De luna que expira la luz macilenta las vías aclara del ancha ciudad; silencio, do quiera, la noche sustenta, y al sueño se libran virtud y maldad.		«Nada queda a mi existencia arrojada con violencia a esta tierra de dolor. El recuerdo me devora que me dice a toda hora, soy esclavo y fui señor.»	20
En tanto a la puerta de humana morada un hombre infelice se mira llorar; sus ojos que brillan en faz atezada parecen del cielo justicia implorar.	5	Como sigue al condenado, del verdugo ensangrentado fiera imagen ideal, que acrecienta los tormentos de sus últimos momentos en la vida terrenal,	25
«¡Ay mísero –exclama, con flébil acento– de aquel a quien roba destino fatal amigos y deudos en solo un momento y lejos arroja del suelo natal!»	10	así acosa al africano el aspecto del tirano que cautivo le llamó, y que injusto la condena a arrastrar servil cadena de que el cielo le eximió.	30
Sus lágrimas corren ardientes, en vano, y en vano con ellas procura mover, que el blanco no mira con ojos de hermano al triste a quien negro le cupo nacer.	15		

¡Pobre negro! tus pesares se redoblan a millares en la torpe esclavitud: que tu bárbaro destino es llorar y de continuo ver abierto el ataúd. «¡Por qué un alma noble me dieras ¡oh cielo! si liga coyunda mi fuerte cerviz, si miro do quiera mil rostros de hielo y escucho palabras de muerte, ¡infeliz! Igual nos hizo la mano invisible del Dios sempiterno de paz y de amor, y en todos la llama prendió inextinguible, destello sublime del alma Señor.» En nave soberbia al África ardiente el blanco codicia llevara y maldad, cautivo al inerme condujo insolente violando las leyes de santa igualdad. Hundirle en sus aguas al mar no le plugo que senda espaciosa tranquilas le dan; y al negro condenan a bárbaro yugo, a vida infecunda de mísero afán. Escucha la plegaria ¡oh padre de natura! que en llanto y amargura eleva el alma a ti. Destroza con tu soplo, que abate las naciones,	35 40 45 50 55 60	las bárbaras prisiones del hombre de color. Celebran tu justicia en coros reverentes, mil pueblos diferentes del Sur al Septentrión. ¿Y sólo tus miradas no alcanza el africano? ¿Le apartas de tu mano, le libras al dolor? Reservas al que ofende la vida de tu hechura, tras larga desventura la muerte de Caín; y el blanco, que en crueza excede al tigre fiero, ¿tu rayo justiciero, Señor, no alcanzará? Escucha la plegaria, ¡oh Padre de natura! que en llanto y amargura eleva el alma a ti. Destroza con tu soplo, que abate las naciones, las bárbaras prisiones del hombre de color. 1839	65 70 75 80 85

Notas:

2. En AP, pp. 97-98.

3

A DON ESTEBAN ECHEVERRÍA

I Pulsa, poeta, tu enlutada lira: canta y resuene tu acordado acento cual coro celestial;	la muerte, entonces, que feroz te mira, veloce de tu rostro macilento la vista apartará.	5

Canta, que el cielo te marcó en la frente para llenar en terrenal morada poética misión; y te dio la aureola refulgente del divino Querub, predestinada al genio creador.		si en elevado acento te fue dado, cantar cuanto atesora de ocaso hasta la aurora en su seno natura misterial?	35
II		Acá en mi mustia frente, de María aún vive la memoria, y aquella hermosa historia de su pura y fatídica pasión.	40
Cuando por vez primera en mis oídos sonara melodioso, tu canto doloroso, violento se agitó mi corazón:	15	Y del indio la tribu que recorre, cual nube pasajera, en rápida carrera del yermo inhabitable la extensión.	
en lágrimas ardientes se empapara mi pálido semblante, y el labio palpitante rompió en voces de intensa admiración.	20	Graba ¡oh poeta! tu pensar intenso en blancas hojas que creó del hombre el arte sin igual;	45
El vuelo arrebatado de tu mente mi espíritu seguía, y absorto te veía luchar con espantosa realidad;		y desde el Plata, de poder inmenso, al rico Tajo, de eternal renombre; tu verso sonará:	50
y en las puras regiones ideales, el alma con anhelo, correr tras el consuelo que negó a tu penar la sociedad.	25	mientras en el suelo que nacer me viera y que circundan escarpadas rocas y un monte litoral,	
¿Mas qué importa, poeta peregrino, aqueje tu existencia la bárbara dolencia que te arrastra a la puerta sepulcral;	30	la mente falta de inmortal lumbrera, obscura, y llena de esperanzas locas, mi vida pasará.	55
	1840		

Notas:

3. En AP, pp. 98-99.

v. 39. [*N. del a.*] «La cautiva», poema de Echeverría.

4

LA EXPÓSITA

I		del cabello en trenzas del ebúrneo cuello;	
Niña primorosa de los ojos negros,		¿Por qué late ansioso tu velado seno	5

y con llanto inundas
ese rostro tierno?

¿Un aleve, acaso,
con mentido fuego
te burló inclemente,
te robó el contento?

¿Lloras, por ventura,
de cercano deudo
la enfadosa ausencia
o el destino fiero?

Tal vez... mas acrece
sin tasa tu duelo...
—«Soy huérfana —dices—
amparo no tengo.»

II

Llora, niña sin ventura,
que eres hija de la impura
maldecida seducción;
los que al mundo te arrojaron
por herencia te legaron
la pobreza... y un borrón.

Torpe fue la madre fiera
que la dicha hallar creyera
separada de tu faz:
que no da con fácil mano
el Señor al inhumano
largas horas de solaz.

Eras prueba de la culpa
que, sabida, no disculpa
la manchada sociedad:
y apagose en el momento
el materno sentimiento,
y triunfó la vanidad.

¡Arrojarte así a la vida
tan hermosa y desvalida

en un mundo corruptor!
¡Y acallar a la conciencia
desterrando tu presencia,
para hundirte en el dolor!

10

Tú no tienes, inocente,
quien te mire blandamente,
quien se duela de tu mal;
nadie asila tu pobreza,
ni reposa tu cabeza
en el halda maternal.

45

15

¡Infelice! vuelve al cielo
tus plegarias, y consuelo
dete el Dios de caridad.
Que eres virgen blanda y pura,
y a la casta criatura
él ampara en la orfandad.

20

55

Exhala tu dolor arrodillada
a los pies de esa cruz ensangrentada
que levantó rabioso el descreído,
cuando a Jesús, el hijo de Dios bueno,
Jerusalén, con ciego desenfreno,
enclavó en el madero bendecido.

25

60

Demanda al Redentor del mundo impío
preserve tu existir del extravío
que derrumba de Adán la descendencia:
ruégale, por la madre lacrimosa,
te aliente en esta vida tormentosa
do fallece la débil inocencia.

30

65

Oremos; yo a tu lado virgen pura
elevanté mis ruegos con tristura
al que tres veces Santo el mundo aclama;
y maldiga su voz omnipotente
a quien ve en el dolor al inocente
sin enjugar el llanto que derrama.

35

70

1840

40

Notas:

4. En AP, pp. 98-99.

5

A LA MUERTE

En vano, cruda muerte,
en mí tu saña apuras:
si están mis manos puras
¿qué mal podré temer?

La llama que a mi mente 5
dio un día el alto cielo
no esperes en el suelo
tirana oscurecer.

El présago sonido 10
que exhalas de tu boca,
espante al que provoca
la lid de maldición.

Espante al que su patria
sujeta a vil coyunda,
y en crímenes se inunda 15
de atroz recordación.

Espante al que seduce
la cándida belleza,
y en llanto e impureza
la mira sin horror. 20

Espante al que a su hermano
conduce en cautiverio,
o lleva el adulterio
al lecho del amor.

Si yo de paz proclamo 25
las leyes a porfía,
si odié la tiranía
y al hombre desleal;

si miro un nuevo hermano
de Dios en cada hechura; 30
si en mí la desventura
consuelo halló vital;

¿por qué, sangrienta muerte,
tu saña me persigue?
El que inocente vive 35
¿qué mal podrá temer?

La llama que a mi mente
dio un día el alto cielo,
no esperes en el suelo
tirana oscurecer. 40

1840

Notas:

5. En AP, p. 100.

6

EL MENDIGO

I

Las quietas aguas de la mar colora
el sol naciente, con rojiza luz;
rayo despide que en el acto dora
del alma seo la cristiana cruz.

Al pie de torre que elevó el creyente 5
yace el mendigo de atristada faz,

grabados ¡ay! sobre su calva frente
los hondos surcos del dolor tenaz:

«¡Oh sol! –exclama con cortado aliento–,
¡bendito Dios que te arrojó a lucir! 10
En presa el alma a sin igual tormento
anoche, helado, me sentí morir.

Allá en los años de mi edad lozana
 en blando lecho, sin pesar, dormí;
 en frío mármol mi cabeza cana
 hoy sólo posa, despreciada, aquí.

¡Cuánta miseria! Del amarga copa
 las heces todas apuré, señor;
 diez años hace que mi hambrienta boca
 el pan demanda por tu santo amor.

¡Feliz si al menos no pidiese en vano!
 alivio hallara mi terrible afán;
 mas no, del hombre, para escarnio, hermano
 el labio dice, y me deniega el pan.

II

Cual grano ligero
 que al mar el pampero
 bramando arrojó;
 del mundo olvidada,
 mi vida anegada
 se ve en el dolor.

Constante en mi oído
 escucho el sonido
 de acento infernal,
 que dice: del crimen
 estás en el limen,
 ¿por qué vacilar?

Y en vano consuelo
 demando, ¿en el suelo
 quien oye mi voz?
 Así en el torrente
 la gota luciente
 se pierde veloz.

Tal vez... sí, mañana
 la triste campana
 por mí doblará;
 y el hombre enemigo
 ¿qué importa un mendigo?
 pasando, dirá.»

III

15 Y un hombre pasaba: con muestras de duelo
 oyó al triste anciano su queja exhalar,
 que vueltos los ojos marchitos al cielo
 alivio divino parece esperar. 50

20 Piedad de cristiano el ánima pura
 de aquel pasajero sin duda, tocó:
 «¡Ay! cese tu llanto, no más desventura 55
 —diciendo, al mendigo la mano tendió—.

Riquezas te faltan, riquezas poseo,
 y amigos y deudos que tuyos serán.»
 —«¿De veras? Bendiga tan pio deseo,
 en ti y en tus hijos de Dios la bondad. 60

25 Y nunca, si lloras, te niegue el consuelo
 que dan al mendigo tus labios de amor.»
 Eleva de hinojos entonces al cielo
 del Padre potente el himno en loor.

30 IV

A ti, Dios, tributo
 de amor perdurable
 mi ser inefable
 te va a consagrar. 65

35 Formaste piadoso
 el alma que pura
 pretende en ventura
 mi pena trocar. 70

40 Al hombre dijiste,
 «Maldita la mano
 que hiere al hermano
 con ira brutal: 75

45 Bendito quien seca
 del misero el llanto,
 le aguarda del santo
 la vida eternal». 80

Los orbes en coro
 su padre te aclaman;

tus manos derraman en ellos la fe.		lo quieres, parecen, con nuevo esplendor.	95
Los ojos te encuentran do quiera y Dios mío, temblando el impío humíllase y cree.	85	¡Oh Dios! tu clemencia los siglos publican, en ti glorifican la eterna bondad:	100
La saña sujetas del mar con tu acento, enciende tu aliento del rayo el furor.	90	bendiga tu diestra, Señor, al cristiano, y lava al profano de toda impiedad.	
Lo mandas; del mundo, mil pueblos parecen;	1840		

Notas:

6. En AP, pp. 101-102.

7

ECOS DE LA VOZ DEL SEÑOR

Envuelto desaparece el sol rojizo en nubes de negrura, y se oye con pavora el viento en las techumbres rebramar.		En vano en rozagantes vestiduras oculta su impureza, la réproba belleza, abrasada en satánica pasión.	
Retumba el rudo son del ronco trueno tras rayo desatado, sus aguas, agitado, despeña con fragor el ancho mar.	5	En vano por la senda maldecida del vicio, torpe planta movéis, y la ira santa olvidáis, y de Dios la inmensidad.	25
La voz del que concierta el universo, con mano fulgurante, al mundo zozobran habló en medio a la rauda tempestad.	10	El día lucirá de la justicia, y ante el solio fulgente del Padre providente, de hinojos, temblará la iniquidad.	30
Sus ecos a mis labios han pasado; en pura santa llama el pecho ya se inflama... ¡Mortales descarriados, escuchad!	15	De la ignífera trompa retumbante al présago sonido, el mundo conmovido do quiera con espanto se verá.	35
En vano, soberbiosos de la tierra, alzáis la impía frente, y al débil, el potente, sepulta de la muerte en la mansión.	20	Retemblarán sus montes gigantes, sus simas tenebrosas y en las abiertas fosas el frígido esqueleto se alzaré.	40

¡Ay del malvado entonces, del mundano que bebe en copa impura, que mísero la apura, y ríe del que gime en el dolor!		Armado de justicia inexorable, a un signo de su mano, el bárbaro profano derrumbado al abismo bajará.	50
¡Ay del protervo impío que dijera: «Mi ley es mi apetito», o niega el infinito poder del almo, eterno creador!	45	Y allí entre fieras llamas incesantes, y angustias infernales, ¡oh impróvidos mortales! los siglos de los siglos yacerá.	55
		1840	

Notas:

7. En AP, pp. 102-103.

8

EL RUEGO DE UNA MADRE

En bóveda estrecha de negra capilla, al pie de la esposa de Dios sin mancilla, mujer enlutada se mira postrada de hinojos orar.		Mil desprecios me aguardaban en un mundo sin clemencia, que seduce a la inocencia y se burla de su afán:	25
«Virgen –dice, lacrimosa– de Dios padre tan querida, por la sangre que vertida los humanos rescató,	5	un horrible pensamiento brilló entonces en mi mente; yo di a luz un inocente, y a este templo le arrojé.	30
Vuelve a mí tus dulces ojos, ten piedad de quien te implora, que la culpa roedora me consume sin cesar.	10	¡Hijo mío! El seco labio te dio aquí el adiós postrero; un quejido lastimero de tu boca se exhaló:	35
¡Yo pequé! Bebí en la copa rebozada de impureza con que brinda a la belleza la maldita corrupción.	15	¡Ah, perdón! de entonces siempre resonando está en mi oído, ese lúgubre gemido que me acuerda mi maldad.	
Hubo un hombre que en mis labios derramó infernal veneno; yo le abrí mi incauto seno y él... ya madre, me dejó.	20	¿Te dio amparo algún cristiano? ¿Vives, hijo, acá en la tierra? ¡O tal vez ¡gran Dios! te encierra el abismo del no ser!	40
		¿No me ves hijo del alma, no me ves aquí humillada	45

a la virgen adorada
que me absuelva, demandar?

Torpe madre, impresas llevo
del delito las señales;
me desprecian los mortales
y me aguarda el ataúd.

¡Ah! morir sin esperanza
de abrazarte en ese cielo
de do acaso el desconsuelo
de tu madre viendo estás!

Notas:

8. En AP, pp. 103-104.

¡Imposible! que me abrumen
en el mundo los pesares,
que se aumenten a millares...
Soy indigna de perdón.

50 Mas ¡oh Virgen! un instante 60
vuelve a mí tu rostro pío,
logre ver al hijo mío,
santa madre de Jesús.»

1840
55

9

AL JAZMÍN

Blanca flor que en la mañana,
empapada del rocío,
das consuelo al pecho mío
con tu aroma sin igual;

vida tienes en la rama,
cual mis dichas, un momento;
que marchitas al aliento
ceden luego del pesar.

Culto rinden a tu imperio
las mosquetas y las rosas;
que te ponen las hermosas
para ornato allá en su sien.

En el llanto te formaste
de una virgen sin ventura,
que del alma la amargura
dio a tu cáliz al nacer.

Cuando cesa en alta noche
de los hombres el murmullo
abre luego tu capullo
matizado de arrebol.

Y al brillar la luz serena
de la aurora apetecida
en ti encuentra nueva vida
el inquieto picaflor.

5 Dio a tus hojas la natura 25
el color de la esperanza;
que tu aroma solo alcanza
doblegar a la esquivez.

10 Yo te vi en el puro seno 30
de quien causa mis dolores;
la más bella entre las flores
desde entonces te llamé.

15 De la cruz que mi sepulcro 35
marque al pio viandante
no te apartes un instante
aromático jazmín.

20 Al mirarte así enlazado, 40
pensativa y lacrimosa,
dirá acaso alguna hermosa:
«Fue poeta e infeliz».

1840

Notas:

9. En AP, p. 104.

10

EL MORIBUNDO

CANCIÓN

Dulce virgen, que al mundo naciste
para hacer mi ventura en el suelo,
hoy que el alma demanda consuelo
¿por qué, Laura, no escucho tu voz?

Mezcla airada la muerte mis dichas
al licor de su copa sangrienta,
y su lívida mano presenta
el veneno que es fuerza apurar.

20

Si a morir en tu ausencia, bien mío,
me condena el Señor irritado,
llegue, al menos, en llanto mezclado,
a tu oído mi lúgubre adiós.

5 ¡Ah! tú sólo, bien mío, la calma
volver puedes al pecho angustiado.
¿Por qué tardas? Tal vez ya borrado
de tu seno mi amor estará.

De la vida el hechizo inefable
ya destroza dolencia inclemente:
en delirio abrasada la mente
ve terribles fantasmas cruzar.

10 Moriré como lirio en el yermo
que deshoja sañudo pampero,
y en mis labios el ¡ay! postrimero
será, Laura, un suspiro de amor.

25

Una voz, del infierno nacida,
«Ciego –dice– murió tu esperanza;
el poder del humano no alcanza
a librarte del hado fatal».

15 Cuando suene, en la tarde serena,
la campana que a orar nos convida,
por mí eleva plegaria sentida
a la esposa del almo Señor.

30

1840

Notas:

10. En AP, pp. 104-105.

11

LA VIRGEN BAÑÁNDOSE

Sobre la playa extendida
el mar sus ondas desliza,
y en la arena movediza
templa el ímpetu fugaz.

No es más hermosa en el cielo,
de amor la fúlgida estrella;
no el azahar que descuella
en el florido jardín.

10

Riela en las verdes aguas
del sol la luz placentera;
cruza en tanto la ribera
doncella de blanca tez.

5 Suelos los cabellos viene,
desnudo el pie torneado
y el albo cuerpo velado
en rozagante cendal.

15

Sin duda quiere en las aguas templar el ardor de enero, por eso al rayo primero dejara el paterno hogar.	20	el porvenir es, sin duda, que aguarda, niña hechicera, a quien la diestra sincera de virgen esposa des.	45
Llega a la orilla y se para, que frío el líquido siente; córtale luego impaciente como veloce alción.		Mas ¡ay! si a lazos profanos sujetas el débil cuello, verás, cual vano destello, nacer la dicha y morir.	50
Mirábala yo embebido perderse en alegre juego, y sobre las aguas luego húmedo el cuello mostrar.	25	Que amarga pena se abriga por siempre, niña, en el pecho, si cae una vez deshecho muro, que alzara el pudor.	55
Dichoso el mortal, la dije, que amor encuentre en tus ojos: disiparás sus enojos, como las nieblas el sol.	30	Huye del hombre engañoso las seductoras miradas, que van en ellas mezcladas venturas y perdición.	60
Vivir en la tierra ingrata de un ángel de paz al lado, para, en su seno, arrullado, dormir, exento de afán;	35	Así la rosa, que aromas esparce en el prado ameno, perece si el tierno seno hieren los rayos del sol.	
beber el hálito suave que exhala inocente boca, cuando el halago provoca con sus palabras de amor.	40	Deja las aguas, incauta, vuelve a tu pobre morada, y allí, del mundo olvidada, amor y dicha hallarás.	65
Mirar el rostro sereno, contino de la hermosura, que a ser del hombre ventura, predestinada nació:		Crece en el bosque sombrío la ruborosa violeta, y nunca mano indiscreta, la roba al suelo feliz.	70

1840

Notas:

11. En AP, pp. 105-106.

12

A MI LIRA

Cándida lira, que con tierno anhelo
del alma templas el cruel dolor:
calla, pues vuela tu fugaz consuelo
cual hoja leve que huracán alzó.

Tal vez en medio a la hermanal pelea
vate profano pulsará el laúd;
y tinto en sangre, que caliente humea,
dirá al terrible triunfador: «¡Salud!

¿Qué importa, dime, que en el pecho mío 5
bálsamo vierta tu apacible son,
si eternos viven en el mundo impío
los fieros males que lloró mi voz?

Vencidos huyen por el llano y sierra 25
esos que osaron tu poder burlar:
amo te aclame la postrada tierra,
ardan inciensos en el patrio altar».

¿No ves al negro en cautiverio aciago
inerte presa de señor brutal? 10
¿No ves cual abre a seductor halago
su incauto seno la infeliz beldad?

Tú sola sabes, solitaria lira, 30
herir las auras con doliente son,
mas no apagar del vencedor la ira
huellas dejando de piedad y amor.

¿No ves lanzada del materno lecho,
cual tierna rosa a la corriente audaz,
párvula al mundo, que en ajeno techo 15
amor, en vano, buscará y solaz?

¿Qué importa, dime, que del pecho mío 35
templen tus ecos el cruel dolor,
si eternos viven en el mundo impío
los fieros males que lloró mi voz?

En lid nefanda la sangrienta diestra 1840
el pecho rasga del hermano ¡oh Dios!
y casta esposa los joyeles muestra
que a las vencidas arrancó su amor. 20

Notas:

12. En AP, p. 106.

13

LA RAMERA

I

Tierna mujer que la lozana frente
graciosa eleva de carmín teñida,
suelto el cabello que feliz desciende
al albo seno do el placer se anida.

Mil lazos forman en voluble juego 10
sus altos brazos con primor velados,
mientras ardiendo en revoltoso fuego
los ojos giran, por amor formados.

En danza alegre, sobre alfombra roja, 5
el pie ligero, como el aura mueve;
gota luciente sus mejillas moja
que blanco lino en el instante bebe.

Cual vaga nube que sus alas tiende 15
sobre las aguas, a la luz primera,
vuela la veste, que en el talle prende
con jalde broche, de gentil manera.

Imagen de los seres que la mente
del poeta adormido ve en la esfera,
¿quién eres, di, mujer resplandeciente?
¿un ángel? no, ¡gran Dios! una ramera.

¡Ramera! nombre execrado
que nacido en la torpeza,
es baldón de la belleza
que le lleva por su mal.

Nombre de halago y misterio,
de perdición y ventura,
que muere en la desventura
como el arista en la mar.

¿Y tú le llevas, hermosa,
sin confusión y sin pena,
riendo de ese anatema
que la sociedad te echó?

¿No lloras, mujer, no lloras
cuando pasando altanera
la esposa, dice, ¡ramera!
trémulo el labio de horror?

¿No lloras, cuando a tu rostro,
do nieve y rosa atesoras,
ves cual marchitan las horas
que pasas en embriaguez?

¿No tiembles cuando procuras
rasgar el espeso velo
del porvenir, y tu anhelo
desprecios, miserias ve?

¡Terrible, cierto, es en medio
de la festiva velada,
oír esa voz helada
que marca el tiempo que fue;

terrible tras danza loca
dormir en lecho de amores,

y despertar en dolores
en la orfandad y vejez!

¿Y ríes, y herido el suelo
bajo tus plantas retumba,
ramera, mientras derrumba
su carro el tiempo veloz?

En vano hermosa te ostentas,
en vano en gozo te bañas,
que abrigan hiel tus entrañas,
veneno tu corazón.

¡Ay! ese cuerpo elegante
que adornas con tanto anhelo,
pronto, despojo del suelo,
será un objeto de horror;

y en infernales orgías
tu cráneo hueco y maldito,
copa será del precito
do beba negro licor.

III

Deja, loca mujer, la danza impura;
arroja tanta gala mundanal,
y en vez de la brillante vestidura
toma de penitencia ancho sayal.

Desecha los deseos que se abrigan
en tu seno, que vele ya el pudor:
rompe esos torpes lazos que te ligan
cual parásita hiedra a tierna flor.

Elévense tus preces ejemplares
al Dios que «la luz sea» dijo, y fue;
arrójate a los pies de sus altares
y exclama en mar de llanto: ¡yo pequé!

Vuela, que un solo instante de tardanza
las sendas de salud te cerrará;
y do buscaba aliento tu esperanza
reprobación eterna encontrará.

Notas:

13. En AP, pp. 106-107.

14

A UNA ESTRELLA

Pálida estrella que mi frente hieres
con luz escasa, mientras en blando lecho
busco a los males que mi ser devoran
bálsamo en vano;

Tal vez al hombre que del suelo patrio
lejos arroja su infeliz destino,
traes en tu lumbre de perdidos bienes
grato recuerdo.

¿por qué te ostentas solitaria en medio
del negro manto que la noche tiende,
pábulo dando a las que abriga el alma
locas ideas?

5 En ti la imagen de la amante esposa, 25
en ti la faz del adormido hijuelo,
o el rostro amigo de la anciana madre
plácido mira.

¿Eres la virgen del amor primero,
la casta virgen que en el labio puso
trémulo beso, y a mi fe robara
lívica muerte?

10 Al nauta guías, que los mares hiende, 30
al indio rudo, que el desierto corre,
y al verte augura bonancible día
yerto el mendigo.

¿Eres el ángel que en mi guarda vela
y ansiosa vienes a calmar la mente,
secando el lloro que arrancó a mis ojos
mundo engañoso?

15 Mas ¡ay! velada por opacas nubes 35
tu luz parece, macilenta estrella,
y el pecho mío, que do quier te busca,
présago late.

Querub, acaso, del celeste coro,
de allí te apartas para dar consuelo
al que en estrecha y solitaria cárcel
mísero gime.

20 Ingratas voces que al oído llegan 40
astro te dicen de mi frágil vida,
que mustia brilla, y el sepulcro espera
luego en su seno.

1840

Notas:

14. En AP, p. 108.

A UNA MADRE ADORMECIENDO A SU HIJO

¿Por qué, madre donosa, quieres, con duro ceño, del blando niño, que en tus haldas posa, los dulces ojos entregar al sueño?		trocando en amargura los días de placer.	35
Deja, deja que abrigue la ternezuela mano en tu albo seno, y tus cabellos ligue, y al hombro luego los extienda ufano.	5	Madre amorosa entonces, con lacrimoso ruego, apagarás el fuego en que se sienta arder.	40
Deja que al rostro llegue con su rosada boca, y un beso ponga en el hoyuelo breve de tu mejilla, que su amor provoca.	10	Y, con halago blando, volver harás al alma la apetecida calma que por su mal perdió.	
Deja, deja que ría y entone alegre canto que el mundo ingrato arrancará algún día ¡ay! a sus ojos doloroso llanto.	15	Y de tu labio ansioso, por la razón movido, escuchará su oído materna reprensión.	45
—		—	
Como tras largo vuelo por la pradera hojosa, duerme en purpurea rosa inquieto picaflor,		Dile, dile que a la mente no dio el cielo vanamente esa llama divinal.	50
tu niño así, del juego rendido a la fatiga, halle en el halda amiga benéfico sopor.	20	Que ella rija sus acciones y combata las pasiones del espíritu del mal.	
Agiten, si le arrullas con plácidas canciones, mil gratas emociones tu seno maternal.	25	Que, cual río cristalino que siguiendo su camino da en el lago encantador,	55
Goza, mujer querida, en su dormir, exento del roedor tormento de una pasión tenaz;	30	van las almas virtuosas por senderos de mimosas donde mora el creador.	60
goza, pues rauda llega la adolescencia impura,		Mas si bebe enajenado en la copa del malvado, beberá su perdición.	
		Y hallará siguiendo el vicio un tremendo precipicio do está escrito: «maldición!».	65

Dile, ¡oh madre!, que en la vida
siempre estamos de partida
para un mundo misterial,

y es terrible aquel momento 70
si de crímenes exento
no está el pecho del mortal.

1840

Notas:

15. En AP, pp. 108-109.

16

RECUERDO, ESCRITO EN EL ÁLBUM DE...

Oye el canto que te envía
tu rendido trotador.

Ochoa

Como lozano se ostenta
lirio que abrasa el estío,
si gota de almo rocío
su cáliz llega a empapar;

Escucha, pues, los acentos
que tú me inspiras, María;
y quiera el cielo, armonía
dar a mi lira esta vez.

y esparce aromas suaves
por la esmaltada pradera,
cuando arrebola la esfera
naciente rayo de sol;

5 La noche tiende su manto, 25
brama en los techos el viento;
tan sólo mi pensamiento,
hermosa, vela por ti.

Así la voz cariñosa
de la mujer en el suelo,
vierte inefable consuelo
sobre el poeta infeliz.

10 Tú en blando lecho, sin duda, 30
yaces, cubriendo tu cuello
en ondas mil el cabello
que al hombro baja gentil.

Y entonces, si ella lo quiere,
entona el canto olvidado,
y admira el mundo arrobado
su melodioso laúd.

15 Velado en blancos sendales 35
suave respira tu seno:
¡ah! ¡nunca ingrato veneno
le haga latir más veloz!

¡Feliz, si en móvil arena
su pensamiento no escribe!
¡Feliz, si en premio recibe
solo un suspiro... no más!

20 Tú sueñas dulces caricias, 40
danzas y alegres festines.
¿No ves también Serafines
que besan tu tierno pie?

Tus sueños, virgen, tranquilos serán, cual mansa corriente que va a perderse en la fuente, bañando, al paso, la flor.		50
Exentas corran, María, tus horas de sinsabores: bendiga Dios tus amores y al que tú llares «mi bien».	45	55
	1840	

Notas:

16. En AP, pp. 109-110.

17

ESPERA A ORILLAS DEL MAR

Ven, mujer, a mis ojos más hermosa que en la mañana purpurina rosa ornato del jardín: pura como María que el Gólgota vio un día verter llanto sin fin.	5	25
Ven, que reina la noche, y la ribera con mustia luz alumbra en su carrera la luna virginal; ven y aspira el ambiente que circunda mi frente a orillas de la mar.	10	30
Todo al sueño se entrega sin temores: nadie perturbará nuestros amores al pálido destello; y en tu seno, bien mío, se enjugará el rocío que moja mi cabello.	15	35
Llega, pues, que sin ti todo en el suelo ofrece solo imágenes de duelo al alma combatida; y solo en tu presencia recobra mi existencia la paz apetecida.	20	40
		45

y hoy olvidas que yo velo
en la orilla despoblada?

Ven, ingrata, a esta ribera
sin joyeles, desceñida
tu flotante cabellera,
y aún serás más hechicera
que la aurora a su salida.

Aquí crecen blandamente
nacaradas bellas flores,

50

esperando solamente
para dar suaves olores
que las ponga yo en tu frente.

Todo aquí al amor provoca,
todo, amor está diciendo;
llega, hermosa, que tu boca
lo repita al ronco estruendo
de las aguas en la roca.

60

55

1840

Notas:

17. En AP, pp. 110-111.

18

UNA MUJER EN LA TUMBA

Yace por siempre helada
dentro ataúd profundo
una mujer manchada,
que el Hacedor del mundo
tornó en arcilla, en nada. 5

Luz funeraria vierte
mustio, fugaz destello
sobre el ya rostro inerte
que de lozano y bello
fiero paró la muerte. 10

Nadie eficaz consuelo
diole con labio amante,
ni mitigó su duelo
en el terrible instante
de abandonar el suelo. 15

Nadie doliente llora
sobre su faz marchita;
ni la piedad implora
en oración contrita
del Dios que el justo adora. 20

Que en ese enjuto seno
se aposentaba el crimen,
desque al rubor ajeno

pudo salvar el limen
que lleva al desenfreno. 25

Fue su ventura, gota
de matinal rocío
que rudo viento azota,
o que ferviente estío
con seco rayo agota. 30

Mientras creciera oscura
bajo el paterno techo,
nunca pasión impura
hizo latir su pecho
con desigual presura. 35

La vanidad maldita
echola luego al mundo
que la inocencia incita
para que el vicio inmundo
deje su huella inscrita. 40

¡Ay! la que amada prenda
era del padre anciano,
dando al deseo rienda
hizo en altar profano
de su pureza ofrenda. 45

Por el salaz camino
corrió con suelta planta,
pimpollo purpurino
que insecto vil quebranta
y arrastra el torbellino. 50

¡Cuánta ventura insana,
cuánto pesar impío
abrigó el alma vana,
de ese cadáver frío
que fetidez emana! 55

¿Y esa, gran Dios, la hermosa
es que brilló en el suelo,
cual loca mariposa
que remontando el vuelo
cae en la mar undosa? 60

Sí: que la diestra fuerte
del Hacedor del mundo,
el alma mía advierte
en ese cuerpo inmundo,
que desecó la muerte. 65

1840

Notas:

18. En AP, pp. 111-112.

ROMANCES HISTÓRICOS

19

YANDUBAYÚ Y LIROPEYA

Siguiendo va por un bosque
del Paraná renombrado
a Yandubayú, cacique,
el sanguinario Carvallo.

Vuela el indígena, y solo
se para, así que lejano
de Juan Garay y su tropa
ve al atrevido cristiano.

Entonces cual tigre fiero
que sobre el toro inmediato,
revuelve, y la aguda zarpa
clava en el cuello gallardo.

Él, esquivando la espalda
de furibundo lanzazo,
ha, con los brazos ñudosos,
a su enemigo aferrado.

Tremenda lucha se traba,
que son guerreros bizarros;
y a su contrario dar muerte
los dos al cielo juraron. 20

5 Mil veces el indio fiero
cree ya vencido a Carvallo:
pero mil veces sin fruto
le anuda al cuello los brazos.

10 Rendido, en fin, al esfuerzo 25
de aquel luchar tan extraño,
víctima ya del cacique,
era el soberbio cristiano;

15 cuando, del ruido avisada 30
que hacen las voces de entrambos,
a despartir la pelea
vino, con rápido paso,

la muy gentil Liropeya,
india de rostro lozano;
del Paraná rica perla³⁵
que guarda el bosque callado.

Por ella en castos amores
se está el cacique abrasando;
y por haberla ofreciera
a grave empresa dar cabo;

cinco terribles guerreros
tiene a la lucha emplazados,
pues ofendieron sus deudos
y él ha jurado vengarlos.

«¿Así te olvidas, cacique,
de tus promesas? ¡ingrato!
¿Así en combates sin premio
digno de tu heroico brazo,

la vida expones que sólo
has de arriesgar en el campo,
donde, triunfante, de esposa
debo ofrecerte la mano?

¡Ay! deja, deja te ruego
a ese enemigo soldado,
y guarda, guarda tu esfuerzo
para combate más alto.»

Dijo la india; y al punto
soltó el cacique a Carvallo;
de paz la diestra tendióle
sin rastro alguno de enfado.

De Liropeya así cumple
Yandubayú los mandatos;
luego tranquilos y juntos
se van los dos retirando.

Fresca y hermosa es la india,
bien lo notó el castellano,
que por salaces deseos
y torpe saña llevado,

hunde la espada traidora
en el cacique preclaro,

que cae sangriento y sin vida
de Liropeya en los brazos.

Como la tórtola blanda
viendo a su amante llagado,
por el mortífero plomo
que le echó al suelo del árbol,

40 con nunca oídas querellas
asorda bosques y llanos,
aun a piedad las entrañas
del cazador excitando;

así con voces sentidas,
vertiendo fúnebre llanto
45 sobre el cadáver que estrecha
contra su seno torneado,

la hermosa indígena increpa
al matador inhumano,
y a su maldito destino,
50 que a tal desgracia la trajo.

De allí llevarla procura
con tiernos ruegos Carvallo;
pero ella airada resiste
sus seductores halagos.

55 En fin, volviendo los ojos
al desleal castellano;
«Seguirte quiero –le dice–
si con tus ágiles brazos,

60 abres la fosa que encierre
este cadáver helado;
para que pasto no sea
de los voraces caranchos».

Lleno de impróvido gozo
suelta la espada el villano,
65 y empieza a abrir el sepulcro
del que mató descuidado;

en él le arroja, y le cubre
después con tierra y guijarros,
y adonde está Liropeya
70 vuelve contento sus pasos.

75

80

85

90

95

100

105

Ella del suelo ligera el fuerte acero ha tomado, y al español inclemente fiera mirada lanzando.	110	«Abre otra fosa –le dice– ¡oh maldecida cristiano!» Y con la espada sangrienta se pasa el seno angustiado.	115

1840

Notas:

19. En AP, pp. 112-113.

v. 4. [*N. del a.*] Carvalho era uno de los soldados que con Juan de Garay salieron de Santa Fe en socorro del Adelantado Zárate que se hallaba en Martín García.

v. 100. [*N. de JMG*] Aves de rapiña.

20

POBLACIÓN DE MONTEVIDEO

(Febrero de 1724.)

I		Todo en el húmedo suelo todo en silencio callaba: túrbale sólo el estruendo que hace la mar en la playa,	
Brillaba el sol en oriente hiriendo el manto de nácar con que al nacer de sus rayos guarda el aurora la espalda:		y de gaviotas voraces la estrepitosa algazara	25
y de las olas y el suelo la densa niebla ahuyentada, a descubierto su mole mostraba la alta montaña.	5	cuando descubren la presa que en seco dejan las aguas.	
Allí en su base bramando se derrumbaban las aguas, por sobre rocas inmobiles en que soberbia descansa.	10	Tal vez repente se muestra, como flotante fantasma, sobre peñón denegrido de algún charrúa la talla;	30
Desierta estaba la tierra sin una pobre morada, donde hoy ¡oh patria! te elevas como paloma lozana,	15	y luego al punto descende de su insegura atalaya, miedo llevando en el rostro y más que miedo en el alma;	35
que llega al pie de la fuente para bañarse en el agua, y satisfecha en la orilla posa y extiende las alas.	20	pues ve a lo lejos, sin duda, venir del puerto en demanda, alzando montes de espuma dos anchas naves cristianas.	40

II

Ya a la mitad de su curso
el Dios del inca tocaba,
aún las arenas quemando
que humedeció la resaca,

cuando un gran ruido a las aves
hizo volar en bandadas,
que entre las peñas ocultas
o entre la yerba posaban;

y luego al punto se vieron
cruzar ligeros la playa,
en poderosos corceles
que ansiosos el freno tascan,

bien ordenados guerreros
de cuyas fúlgidas lanzas,
penden airoso listones
con los colores de España.

Sobre un tostado revuelto
que en propia espuma se baña,
de toda aquella cuadrilla
el noble jefe cabalga.

Y en su mirar atrevido
y en su apostura gallarda,
decir a todos parece:
don Bruno soy de Zabala,

recto y leal caballero
del orden de Calatrava,
a quien el rey diera el mando
de las provincias del Plata.

Luego que en presta carrera
la leve arena cruzaran,
clavó el caudillo en la cuesta
el pendón regio de España;

y con mil flámulas bellas,
y con mil bélicas salvas,
le saludaron las naves
que ya en el puerto le aguardan.

Al viento dieron entonces,
que mansamente soplabá,
las no bien regidas velas
de sus perezosas barcas:

en ellas nuevos guerreros
a tierra rápidos bajan,
y a los jinetes sudosos
contra sus pechos abrazan.

Solaz, por breves momentos,
dioles don Bruno Zabala;
y al punto ordena que todos
dejen las lanzas y espadas,

y den comienzo a la empresa
que tiene el rey ordenada,
poblando aquellos contornos
en buen servicio de España.

III

Del sol los rayos postreros,
tiñen en rojo las aguas,
que mil cambiantes despiden
cuando la brisa las alza.

De las praderas vecinas
suaves olores se exhalan,
que margaritas rastreras
del blando cáliz derraman.

Negras columnas de humo
de entre las peñas se alzan
que por el cielo adormido
el viento al fin desparrama.

Sobre la extensa ribera
aquí y allí se levantan,
humildes chozas cubiertas
con blandos mimbres y paja.

De tan endeble cimientos
naciste, patria adorada,
que ya los vates celebran
como a colmena del Plata.

80

45

50

55

60

65

70

75

85

90

95

100

105

110

En el albor de la vida fue tu ventura harto escasa, pues te ligaron cadenas y aún no sabías trozarlas.	115	Creciste entonces en riquezas y en los saberes, sin trabas; que del progreso, do quiera, la libertad es el alma.	125
Luego al mirarte más bella te echó un imperio la zarpa, pero tus hijos, ya fuertes, te redimieron de esclava;	120	De la virtud por la senda mueve constante la planta, que si un momento tan sólo de ese camino te apartas,	130
y en mil combates terribles sangre fecunda brotara, que de tu cuello por siempre borró esa pálida mancha.		serás al carro sangriento de los tiranos atada, o de potentes naciones por largos siglos esclava.	135
		1840	

Notas:

20. En AP, pp. 114-115.

v. 32. [*N. de JMG*] *Charruás*, indios de una de las tribus que habitaban el territorio que hoy pertenece al Estado Oriental del Uruguay: indómitos y guerreros, le defendieron palmo a palmo contra las invasiones de la conquista: todos han perecido en esta lucha obstinada.

21

MAÑANAS DE ESTÍO

I		por sobre ella prestamente el desnudo pie desliza.	15
De la loma al pie, una fuente de hermosura peregrina, bajo sauces lagrimosos deja ver su clara linfa.		Alza a veces puras gotas que al caer forman mil prismas, dando paso a los destellos que el naciente sol envía.	20
En sus márgenes de grama reclinada está una niña, sonrosada, blanca y bella cual la aurora que la mira.	5	La flotante cabellera en los hombros se ensortija, ya los besa, y ya se aparta de las auras impelida,	
De su cuello y su cintura las lazadas desceñidas, en el seno contorneado blando abrigo halla la brisa.	10	En la fuente acaso toca y fugaz el agua riza, cual las alas presurosas del Alción que allí se anida.	25
Sin gustar de la frescura con que el agua la convida,			

En sus manos tiene un ramo,
la rosada y blanca niña,
de marchitos azahares
y cerradas margaritas.

Le contempla; dentro el agua
deja el pie, que el frío eriza,
y risueños pensamientos
en su bella faz se pintan.

De los ojos renegridos
se humedecen las pupilas,
y halagüeños, como nunca,
con no visto fuego brillan.

¿Qué tendrá, pues, ese ramo
que la pone así festiva?
¿El enlace será, acaso,
de azahar y margaritas?

Es que ayer, a la alborada,
al venir, aún adormida,
a bañarse en esa fuente,
cuyas aguas hoy esquivo,

halló el ramo atado a un sauce
con celeste-blancas cintas,
sujetando, al mismo tiempo,
unas décimas sentidas.

Que es a ella a quien han sido
esas trovas dirigidas,
duda, cierto, no la queda,
¿mas por quién fueron escritas?

No lo sabe, aunque sospecha
son de alguno cuya vista,
vio mil veces fija en ella
en los bailes de las trillas.

Y se cuenta que él la hizo,
no había mucho, compañía,
al volver de unas carreras
hasta el rancho donde habita.

La plateada luna, entonces,
derramando luces vivas

30 se mostraba, con la madre
del amor, toda encendida.

¡Cuán hermosa está esa estrella!
Prorrumpió la dulce niña,
que entregada a ideas vagas
contemplándola venía: 70

35 y él la dijo, luego al punto,
«Es verdad... siempre divina»
y clavó sus tiernos ojos
en los de ella distraída. 75

40 El misterio que esas voces
y miradas envolvían,
no sé yo si desde luego
la inocente entendería, 80

pero sí que desde entonces
siempre está imaginativa,
cuando ve cómo esa estrella
en el puro cielo brilla.

1840

II

50 Deleite causa en verano
pasear la extensa ribera. 85

Cuando la aurora en la esfera
tiende su manto fugaz,

55 y ver las aguas lucientes
que dan continuo en las peñas,
cual las ideas risueñas
del hombre en la eternidad. 90

60 Allí en la orilla las gotas,
que el dolor trajo a la frente,
seca el purísimo ambiente
que se adormece en redor: 95

y el pensamiento, ya libre,
trasciende mares y tierra,
para abarcar cuanto encierra
en sí la humana mansión. 100

Al soplo airado del cielo mira ceder las naciones, indestructibles lecciones dejando en pos al pasar.		al virginal continente que vio Cristóbal Colón.	140
De las ciudades que fueron busca las débiles huellas, y encuentra impresas en ellas de torpes vicios los pies;	105	Y que al tornar, el encono del mar burlando y el viento, cual mujeril ornamento, echó a los pies de Isabel.	
y en vez del blando murmullo que hace el mundano contento, se escucha sólo «Escarmiento» entre las ruinas sonar.	110	De Dios la diestra invisible formó su espléndido cielo, y abriola toda, y el suelo de ricos dones sembró.	145
De Europa altiva sorprende la desmayada natura, que el arte en vano procura lozana y fértil tomar:	115	Bañan sus playas extensas el mar Atlántico airado, y el que de gozo arrobado llegó Balboa a besar;	150
de cada pueblo a las puertas negro fantasma se eleva, que con sus lágrimas lleva «Miseria» escrito en la faz.	120	cuando, la espada desnuda, las ondas cerca del pecho, de su monarca en provecho tomó marcial posesión.	155
En desnudez el mendigo pasa las noches heladas, de las soberbias moradas bajo el marmóreo dintel;		Montañas tiene soberbias, de cuyo inmóvil asiento, se arrojan ríos sin cuento para perderse en la mar:	160
y las migajas recoge del destrozado sustento, que el cortesano opulento le echa tal vez con el pie.	125	y hay en sus llanos verdura que ansiosos pacen los brutos, y abundantísimos frutos de regalado sabor.	
¡Maldito el suelo en que el hombre así ante el hombre se postra, y sus desprecios arrostra porque se muere de afán!	130	¡Feliz mil veces el hombre de quien la cóncava cuna, alumbra pálida luna en tan lozana mansión!	165
¡Maldito el suelo que sólo brinda con taza de hieles, a esos desnudos tropeles que acosa el hambre o la sed!	135	¡Feliz! verá de la vida los demarcados momentos, de agudas penas exentos, en libre tierra correr.	170
Llena de ingratas ideas se vuelve entonces la mente		Que si algún torpe tirano de entre la turba se eleva, es ese, tiempo de prueba para las almas templar;	175

Hasta que llega el instante
 en que con mano de hielo
 le postra Dios en el suelo
 y dice airado: «no más».

180

1840

Notas:

21. En AP, pp. 116-118.

22

III

EL OMBÚ (FRAGMENTO)

Venga la blanda guitarra,
 venga, bien mío, y cantemos,
 que ya el oriente de rojo
 tiñen del sol los reflejos.

Y de sus hojas marchitas,
 que mecen raudos los vientos,
 gotas de leve rocío
 mira caer en el suelo,

Venga, que en lomas y llanos
 rebrama el toro soberbio,
 y bajo altivos caballos
 retumba herido el potrero.

5 Cual se desprenden veloces, 25
 del desengaño al aliento,
 las ilusiones queridas
 que abriga el hombre en el pecho.

Naturaleza se anima,
 y con sus voces sin cuento
 alzar mil himnos parece
 de gratitud al Eterno.

10 Bajo tu sombra apacible 30
 nacieron, árbol, mis sueños,
 como la niebla fugaces,
 como...

También sus alas veloces
 sacude ya el pensamiento,
 cuanto en redor le circunda
 tocando al paso en su vuelo.

15 Junto a tu tronco el gaucho 35
 pasa las tardes de enero
 viendo cruzar blancas nubes
 por el azul firmamento.

En el ombú solitario,
 que es de la loma ornamento,
 al fin detiéndose, en presa
 a siempre ingratos recuerdos.

.....

 20

Notas:

22. En AP, pp. 118-119.

¡Alma mía! de ti ausente
nada encuentro que me aliente
en el dolor:

que eres tú solo consuelo
de mi pecho, en este suelo
matador.

La armonía regalada
que se escucha en la alborada
en derredor;

el aroma de las flores
cuando asoma entre esplendores
lento el sol:

las inquietas mariposas
que ya besan a las rosas
con amor,

y las auras que a la frente
circundando tiernamente
dan frescor:

nada, hermosa, vuelve al alma
la fugaz y dulce calma
que perdió:

nada vuelve, ¡ay! a mi vida,
tan temprano dolorida,
su vigor.

—

¡La vida! sí, ¿qué es la vida
si nos falta la mujer
a quien dijimos ayer
serás tú sola querida?

¿Qué es la existencia en la tierra
si de la frente abrasada,
nadie, con mano adorada,
negras ideas destierra?

5 —Flor despreciable, inodora,
que estando falta de riego,
con sus mil rayos de fuego,
el sol marchita y devora.

—

10 ¡Virgen pura! si un momento
disiparas con tu aliento,
mi pesar.

Si tu seno tan amado,
yo sintiera apresurado,
palpitar:

si en mil rizos tu cabello
resbalando por el cuello
sin igual,

se mezclara blandamente
a las hebras de mi frente,
mundanal;

¡ángel mío! volvería
a mi pecho la alegría
que pasó,

y con llanto de mis ojos
no causara más enojos
a tu amor.

1840

Notas:

23. En AP, p. 119.

24
DOLOR

En los primeros años de la vida,
cuando el mundo nos brinda con su amor,
la sonrisa del tedio está en mis labios,
en mi pecho el veneno del dolor.

¡Morir, cuando se agita el orbe entero
en pos de esa deseada libertad,
sin que pueda el camino, arrebatado,
mostrar a la obcecada humanidad!

La copa donde rápidos placeres
diome un día a beber la sociedad,
está exhausta a mis ojos, que anegados
del cielo en vano imploran la piedad.

5 ¡Y dejar en el suelo por memoria 25
el recuerdo fugaz de un ataúd,
con los truncos acentos arrancados
en horas tribuladas al laúd!

Locuras de las horas que pasaron
atribulan mi pobre corazón,
y el negro pensamiento de la muerte
detiene el vuelo audaz de la razón.

10 ¡Ay! yo pensé que acaso ablandarían 30
las lágrimas vertidas al Señor,
y que el dar a mis labios sed de canto
era signo primero de su amor.

¡Morir, cuando en redor todo respira,
cuando todo sonríe en el solaz,
sin que un ángel de gracia en la agonía
me dé pasando el ósculo de paz!

15 Ensueños de ventura tuve entonces 35
como los de la esposa juvenil,
que el deseado hijuelo en sus entrañas
por la primera vez siente latir.

¡Morir, sin que entre el polvo los tiranos
haya visto en el mundo de Colón,
demandando al eterno en mis plegarias
para los abatidos el perdón!

20 Mas se apagó en naciendo mi esperanza 40
cual en la noche roja exhalación...
Y las hondas ideas de la tumba
de nuevo han inundado la razón.

1840

Notas:

24. En AP, p. 120.

25
A FLORENCIO VARELA
EN LA MUERTE DE SU HERMANO RUFINO

Florencio amigo que de tiernos años
amar me hiciste la virtud austera,
y acá en mi mente derramaste ansioso
blandas ideas:

y ser del pobre perseguido, inirme,
público amparo?

¿do están los días que a tu lado viste
crecer en ciencia a tu infeliz hermano,

5 Ese demonio que persigue al genio 10
hasta exhalar el postrimer suspiro,
con yerta mano le arrojó a la tumba,
¡mísero amigo!

¡Morir lejano de la triste madre pasado el pecho de enemigo acero, sin que uno solo por su vida alzase fervido ruego!	15	Deja, Florencio, que el instable vulgo de amor el alma y de piedad desnuda, en vez de lloro con amargas hieles riegue esa tumba.	25
¡Ay del que mira sin horror la sangre! ¡Ay del que ríe del ajeno llanto, y ve sin pena que el sepulcro encierre joven lozano.	20	En tanto al cielo subirán mis preces por el amigo que perdí temprano, a cuyo lado deslizarse viste, tristes mis años;	30
¿No fuimos todos para amar formados? ¿No somos todos del eterno hechura? ¡Maldito el hombre que sus santas leyes bárbaro burla!		y en esas horas en que el hombre cuenta cuantos objetos estimó en la vida, Rufino siempre arrancará a mis ojos lágrimas pías.	35

Notas:

25. En AP, pp. 120-121.

26

A LA SEÑORITA DE... EN SU ÁLBUM

Paz dé Dios siempre a tu seno y a tus jardines un lirio, y si amas, un hombre lleno de esperanza y de delirio. Salas y Quiroga		y pensamientos de virgen por ella crucen veloces.	15
Cuando en la tierra extranjera donde a morar te dispones, con voz fatal la campana anuncie al suelo las doce.		Abre este álbum, mujer bella, ábrele rápida entonces, que de misterios y amor llenas palabras esconde.	20
Y las virtudes y el vicio en las calladas mansiones, gocen del blando descanso que trae consigo la noche.	5	Y a la luz trémula y roja de alguna lámpara inmoble, busca en sus hojas, perdido, como en el mundo, mi nombre.	
Suelta tus rubias madejas que por el cuello, sin orden, al resbalar blandamente el seno cándido toquen:	10	Búscalos, sí; y al hallarle lágrimas tiernas lo mojen, que arrancarán a tus ojos recuerdos ¡ay! matadores.	25
entre las palmas ebúrneas la mustia frente repose		Recuerdos, no del poeta cuya existencia corroe algún oculto veneno, que Dios en su seno pone.	30

Sino de tu patria bella,
ciudad de las negras torres,
que con cintura de espumas
la sien adorna de flores.

35

por los pesares preñados,
tal vez tus ojos arrojen,
así de llanto torrentes,
que borren fieros mi nombre.

55

De ese su cielo apacible,
de sus festivas canciones,
y de ese monte atalaya
que lamen ondas veloces.

40

Mas no: do quiera que mire
nacer la hermosa sus soles,
un ángel vela a su lado
para calmar sus dolores;

60

¡Cuántos amargos ensueños,
cuántas ingratas visiones,
sobre tu frente sus alas
plegarán raudas entonces!

Y la esperanza le vuelve
cuando se aduerme en la noche,
besando el nítido seno
a que piadoso se acoge.

Latirá el seno agitado,
se apagarán los colores
de tus mejillas, los labios
no darán paso a las voces.

45

Virgen de rubias madejas,
guarde el Señor tus amores,
y haga que en tierras extrañas
tu vida en dichas rebose.

65

Y como fuente que hinchada
salva los marcados bordes,
y arranca al paso la flor
que octubre en los campos pone,

50

1841

Notas:

26. En AP, pp. 121-122.

27

A DON ANDRÉS LAMAS

Je ne demande plus à la muse que j'aime
q'un seul chant pour ma mort solennel et suprême;
plutôt que je n'ai du je reviens dans la lice:
mais tu le veux, ami! ta muse est ma complice:
J'unis donc à tes chants quelques chants teméraires.
Prends ton luth immortel nous combations en frères
pour les mêmes autels et les mêmes foyers.
Victor Hugo

De hastío el alma y de pesares llena,
busqué en el ocio la deseada paz,
y del laúd que acompañó mi pena
rompí las cuerdas y dejé el cantar.

¿Qué sirve –dije– que continuo implore
consuelo breve para tanto mal,
y de ese mundo descarriado llore
el perdurable roedor afán,

5

si he de hallar sólo corazones fríos
que no latieron de dolor jamás,
si han de perderse los cantares míos
como las brisas en revuelto mar?

Yo quiero lejos del humano ruido
muda plegaria dirigir a Dios,
antes que pongan una cruz de olvido
sobre mi cuerpo sin vital calor.

—

Como hoguera mal cubierta
que una roja chispa enciende,
y de sí llama desprende
con más vivo resplandor,

en mi pecho el puro fuego
que el pesar ahogado había,
encendió tu fantasía
aún más férvida que el sol.

—

Y sentí a tu noble acento
en mis ojos seco el llanto,
en los labios sed de canto,
en el alma intenso ardor.

Sí, cantemos: de la lira
salgan sonos elocuentes
que conmuevan a las gentes
y sean gratos al Señor.

—

Descendamos a la arena
con la frente sin mancilla,
doblegando la rodilla
de virtud ante el altar;

y halaguemos con cantares
de suavísima armonía
al que yazga en agonía,
al que sufra acerbo mal.

10 Arrastrando una cadena
de insufrible pesadumbre,
el esclavo ve la lumbré
y maldice su nacer.

15 Porque el sol de cielo extraño
al que agobia torpe yugo,
sirve sólo de verdugo
que le dice «hoy lo que ayer».

—

20 Sobre blanco mármol frío
el mendigo ve la aurora
y sustento en vano implora
por el santo de Israel;

y a la párvula inocente
que de sí la madre arroja,
el rocío acaso moja
de algún templo en el dintel.

—

25 Tiene América rasgados
por las lides fraternales
los ropajes virginales
con que el cielo la vistió:

30 y su seno mal velado
a ese viejo mundo incita,
que una virgen necesita
para alivio a su pasión.

—

35 ¿Por qué, pues, bajan al llano
esas huestes iracundas,
y en contiendas infecundas
sangre dan, y hacen correr?

40 ¡Porque quieren sus caudillos
con el hierro de la lanza,
do virtud tan sólo alcanza
alcanzar ellos también!

—

¿Y por qué labran tiranos
en su bárbara locura,
el ajena desventura
y su propia perdición?

Pues no más que leve paja
ellos son para el Eterno
que arrojar puede al infierno
con su soplo extirpador.

—

¿Y callar podrán los labios,
en la lira no habrá acentos
que mitiguen los tormentos
de la América infeliz?

Sí, que el vate es para el pueblo
un fanal que en la tormenta,
el pavor del alma ahuyenta,
con la luz del porvenir.

—

Lucha el torrente con terrible saña
contra los diques que a su paso halló,
pero ya rotos, apacible baña
los secos prados, la tostada flor.

Así también cuando elevados vates
rompen las vallas de revuelta grey,
exenta corre de furor y embates
prestando fuerza a la olvidada ley. 95

Vendrán, amigo, los serenos días,
si fe tenemos y confianza en Dios,
si al pueblo abrimos anchurosas vías
por donde corra de la dicha en pos. 100

—

Al lucir tan bella aurora
para el mundo de Colón,
tendrá fin ese tormento
que te oprime el corazón:

85 en la lira no habrá, amigo, 105
cual ahora cruda hiel,
pues del vate, largo y dulce
será entonces el placer.

Como el beso sin mancilla
que en la noche nupcial, 110
el esposo da en el seno
de su amada al despertar. 90

Notas:

27. En AP, pp. 122-123.

BUSTAMANTE

Ricardo J.

El señor Bustamante es hijo de la República de Bolivia y reside actualmente en París donde completa su educación literaria. Según una carta, datada en aquella capital en agosto de 1845, el señor Bustamante se ocupaba de poner en castellano ciertos trabajos de Mr. D'Orbigny relativos a la historia y a la geografía de Bolivia. Creía en esto prestar mayores servicios a su país que sirviendo el cargo de secretario de una legación al Brasil: según la carta citada, no había querido aceptarle el señor Bustamante, por continuar en el arreglo de los manuscritos del célebre viajero y naturalista francés.

El señor Bustamante frecuenta en París la amistad de literatos de nota, particularmente españoles y americanos del Sur. Hemos visto un álbum en su poder en el cual hay bellos pensamientos firmados por nombres muy respetables: al frente de este álbum ha escrito el señor Bustamante los siguientes versos:

La lumbre nunca de su genio apague,
y sí en raudal de inspiración le pague
el dueño del saber, de la alta esfera,
al noble vate o generoso amigo,
que una limosna de su ingenio quiera
echar aquí en el cofre de un mendigo.

Sentimos mucho no poseer otras composiciones del mismo autor, a más de la presente oda que tanto se recomienda por la nobleza del asunto.

1

ODA A BOLÍVAR

¿No ves girando con altivo vuelo
cóndor gigante por el vasto cielo,
y luego descender, y en la alta cumbre
de las montañas majestuosa planta
posar, sin que deslumbre
del sol el brillo a su fulgor que encanta?

¿No se ofuscan de gozo tus sentidos
al mirar, cual en bronce, allí esculpidos
en sus ojos de fuego relucientes

del hondo porvenir grandes arcanos, 10
y glorias esplendentes,
que hundieron en el polvo a los tiranos?...

5 Si le admiráis, audaz los horizontes
con sus alas rozando, y de otros montes
el sitio ir a buscar... ¿árbol fecundo 15
de libertad no veis, que ya se eleva,
para asombro del mundo
allí do quiera que su planta lleva?

• • • • •

Así fue tu destino, y azorado,
grande Bolívar, inmortal soldado,
te vio el orbe surgir, y bendiciones
mil redimidos pueblos te enviaron;
y en tanto, maldiciones
sobre ti los tiranos descargaron.

Nuevo lustre su rabia dio a tu nombre;
 porque es un lauro nuevo para el hombre
 que ama la libertad, de algún tirano
 el odio merecer, el odio inmundado,
 y su furor insano
 a la faz despreciar de todo un mundo.

La gloria militar nunca sublime
será del que su acero sólo esgrime
por la sed de conquista, y anhelante
corre tras el poder y la grandeza,
sin pensar un instante
que lo que no es virtud, sólo es vileza.

Hubo un genio en el mundo: fabuloso
será en el porvenir, porque impetuoso
torrente desbordó llevando guerra,
y alabanza exigiendo a toda boca
cual dueño de la tierra...
¡Y fue a estrellarse al fin contra una roca!

Fantasma sólo de grandeza humana
 queda de él ante el ara soberana
 20 del tiempo y de la historia, pues su causa 45
 no fue noble ni grande, y conspirando,
 sin hacer leve pausa,
 del orbe ansiaba en su delirio el mando.

25 Mas tú, grande Bolívar, defendiendo
la causa más sagrada , y combatiendo 50
al despotismo que con ceño inmundó
quería sofocar entre sus garras
a la virgen del mundo,
con noble esfuerzo su opresión desgarras.

Y esa virgen del mundo, que inocente 55
releva hoy libre su lanceada frente;
de la posteridad a las miradas
a su libertador brillando ofrece,
 que en sus sienes ornada
35 Bolívar, como un astro, resplandece. 60

Porque tú eres el libre entre los grandes...
 Porque tú eres el cóndor de los Andes...
 Y el águila francesa y sus legiones,
 y las romanas águilas guerreras,
 40 cual tú las bendiciones 65
 no alcanzarán de las remotas eras!...

París 184...

Notas:

1. En AP, pp. 124-125.

CALDERÓN

Fernando

Muy pocos serán los teatros de América en donde no se hayan aplaudido ya algunos dramas escritos por este poeta mexicano. *El Torneo* es uno de esos dramas, el primero tal vez que salió de su pluma y muy notable por el fervor de su poesía y por lo lleno de su versificación.

Las poesías líricas de Calderón se han impreso en México en estos últimos meses, pero no las hemos obtenido todavía: las publicaremos en el «apéndice» que la naturaleza de nuestra colección exige indispensablemente y allí daremos las noticias biográficas de que carecemos en este momento. Sabemos que nació en Zacatecas, estado central de la República Mexicana.

El señor Calderón aparece en la lista de los redactores del periódico literario más importante que se publica en su patria: el *Museo mexicano*. Las composiciones que damos de él a continuación están tonadas de otro periódico literario de México, publicado allí mediante el año 1838, bajo el título: *Recreo de las familias*.

1

LA RISA DE LA BELDAD

Bella es la flor que en las auras tranquilamente se mece, bello el iris que aparece después de la tempestad, bella en noche borrascosa una solitaria estrella; pero más que todo es bella <i>la risa de la beldad.</i>		cubre de sangre la tierra, de miseria y orfandad. ¿Y quién el curso detiene de su cólera siniestra? 5 ¿Y quién desarma su diestra? <i>La risa de la beldad.</i>	20
Despreciando los peligros tal vez un joven guerrero deja por el duro acero la dulce tranquilidad. ¿Quién su corazón enciende cuando a la lucha se lanza? ¿Quién anima su esperanza? <i>La risa de la beldad.</i>		¿Quién del prisionero triste endulza el feroz tormento?, ¿por quién olvida un momento 10 su perdida libertad? ¿Y quién, en fin, del poeta hace resonar la lira?, ¿quién sus acentos inspira? <i>La risa de la beldad.</i>	25 30
El conquistador altivo, precedido de la guerra,	15	Una suerte inexorable llena de luto mi vida y mi alma gime oprimida por la dura adversidad.	35

Pero yo olvido estas horas
de tanta amargura llenas
cuando suaviza mis penas
la risa de la beldad. 40

Diciembre 23 de 1837.

Notas:

1. En AP, p. 126; en *El Recreo de las familias* (México), núm. 7 (1 de febrero de 1838), p. 269.

2

EL SOLDADO DE LA LIBERTAD

Sobre un caballo brioso camina un joven guerrero cubierto de duro acero lleno de bélico ardor.		siempre altivo has despreciado; y mil veces has oído su estallido aterrador,	30
Lleva la espada en el cinto, lleva en la cuja la lanza, brilla en su faz la esperanza, en sus ojos el valor.	5	como un canto de victoria, de la gloria precursor.	35
De su diestra el guante quita y el robusto cuello halaga, y la crin que al viento vaga de su compañero fiel, al sentirse acariciado por la mano del valiente, ufano alzando la frente relincha el noble corcel.	10	Entre hierros, con oprobio, gocen otros de la paz; yo no, que busco en la guerra la muerte o la libertad.	40
Su negro pecho y sus brazos de blanca espuma se llenan; sus herraduras resuenan sobre el duro pedernal; y al compás de sus pisadas y al resonar del acero alza su voz el guerrero con un acento inmortal.	15	El artero cortesano la grandeza compre adulando al tirano y doblando la rodilla; mi trotón y pobre silla no daré por su riqueza; que bien pueden sus salones con canciones resonar. Corcel mío, yo prefiero tu altanero	45
«Vuela, vuela, corcel mío, denodado; no abatan tu noble brío enemigos escuadrones, que el fuego de los cañones	20	relinchar.	50
	25	Entre hierros, con oprobio, gocen vergonzosa paz; yo no, que busco en la guerra la muerte o la libertad.	55
			60

Yo dejé el paterno asilo delicioso; dejé mi existir tranquilo para ceñirme la espada y del seno de mi amada supe arrancarme animoso; vi, al dejarla, su tormento, ¡qué momento de dolor! Vi su llanto y pena impía, fui a la mía superior. Otros gocen, entre hierros, una vergonzosa paz; yo no, que busco en la guerra la muerte o la libertad.		yo no, que busco en la guerra la muerte o la libertad.»	95
	65	Así el guerrero cantaba, cuando resuena en su oído un lejano, sordo ruido como de guerra el fragor.	100
	70	«A la lid», el héroe grita, en los estribos se afianza y empuña la dura lanza lleno de insólito ardor.	
	75	En sus ojos y en su frente la luz brilla de la gloria, un presagio de victoria, un rayo de libertad.	105
		Del monte en las quiebras hondas resuena su voz terrible como el huracán horrible que anuncia la tempestad.	110
	80	Rápido vuela el caballo ya del combate impaciente, mucho más que el rayo ardiente en su carrera veloz.	115
	85	Entre una nube de polvo desaparece el guerrero, aún se ve brillar su acero, se oye a lo lejos su voz.	120
En su alcázar relumbrante, arrogante pisarás y en su pecho con bravura tu herradura estamparás. Otros gocen, entre hierros, una vergonzosa paz;	90	«¡Gloria, gloria! yo no quiero una vergonzosa paz; busco en medio de la guerra la muerte o la libertad.»	
		Marzo 8 de 1838.	

Notas:

2. En AP, p. 127; en *El Recreo de las familias* (México), núm. 11 (1 de abril de 1838), pp. 415-417.

v. 57. AP: *hierro* (por *hierros*); sigo *El Recreo de las familias*.

v. 111. *El Recreo de las familias*: «con el huracán» (por *como*).

v. 116 *El Recreo de las familias*: «es su carrera veloz.» (por *en*).

CANTILO
José María

Nació en Buenos Aires y cultiva desde niño un ramo importante de las ciencias naturales. Ha publicado algunas poesías en los periódicos de Montevideo, anónimas unas y otras firmadas únicamente con sus iniciales.

1

LAS FLORES

Sólo el que no es dichoso sufriendo oculta pena
comprende cuanto vale una olorosa flor,
cuando con dulce risa de mil encantos llena
la ofrece una belleza teñida de rubor.

Las flores son un bálsamo al alma acongojada, 5
que al respirar su aroma se eleva a otra región,
a esa región sublime en sueños figurada
donde todo es ventura, donde todo es pasión.

Cuando presa la mente de pensamiento impío
olvida cuanto tiene el hombre en derredor, 10
y no hay en torno suyo más que ese desdén frío
que marchita una a una las horas del amor;

es dichoso si entonces alguna amiga mano,
le brinda cariñosa con tímido mirar,
una flor olorosa que su dolor tirano 15
embota, y un momento suaviza su pesar.

Acaso se respiran aromas en el cielo:
tiene algo de divino la esencia de una flor;
y cuando yo he soñado con mi ángel de consuelo,
una flor en el seno le vi de albo color. 20

¡Cuánto, cuánto se goza, si en la noche sombría
al reclinar cansada la calorosa sien,
se desliza hasta el alma la célica ambrosía
de flores que una bella brindara sin desdén!

¡Tal vez en ese instante resbala silenciosa
una lágrima ardiente que nadie enjugará!
¡Tal vez algún suspiro del alma congojosa
se pierde entre sus hojas... y las marchitará!

1844.

Notas:

1. En AP, p. 129.

2

LA NIÑA MARÍA

Beaucoup, beaucoup d'enfans pauvres et nus, sans mère
sans maison, n'ont jamais d'oreiller pour dormir;
ils ont toujours sommeil! O destinée amère!
Maman! douce maman! cela me fait gémir.

Mme. D. Valmore

Preciosa las hermosas la llamaban, y la cándida frente le besaban, viéndola despertar; y en la falda la madre la mecía, y cantos inocentes la decía, al verla dormir:	los pobres desvalidos, sin cama y sin hogar; si vieras otros niños el blanco pie desnudo, 5 sufrir el frío rudo que los hace llorar!	25 30

«Duerme niña preciosa, duerme, paloma mía, opaco viene el día, y el viento recio está: duerme, mientras la nieve de agosto se evapora; nublada está la aurora, y acaso lloverá.	¡Si vieras desgredados sus dorados cabellos! No hay un perfume en ellos 10 ni rizados están: ¡y del sol del invierno el pálido desmayo, aprovechan del rayo para pedir el pan!	 35

Los árboles se doblan a impulsos de los vientos, soltando amarillentos sus ramas a volar: del mar las ondas braman; qué triste que está el día, duerme, paloma mía, al son de mi cantar.	15 ¡Si vieras esos niños como tú tan preciosos, demandando llorosos la pública piedad; y en abandono triste 20 pasar el triste día, y la noche tan fría en desnuda orfandad!	40 45

¡Si vieras, como cruzan helados, abatidos,	¡Si vieras, amor mío, dulce paloma mía,

qué frío que está el día;
 qué encrespada la mar;
 cuál los arbustos crujen
 al impulso del viento,
 nublando el firmamento
 las nubes al pasar!

¡Oh! duerme y no despiertes,
 tierna paloma mía,
 opaco viene el día,
 y el viento frío está:
 duerme, mientras la nieve
 de agosto se evapora:
 nublada está la aurora
 y acaso lloverá.

Y cuando te recuerdes
 en tu envidiado lecho,
 te alzaré hasta mi pecho
 para darte calor;
 y quizás al mirarte
 tan linda, tan tranquila,
 ¡enturbie mi pupila,
 por ti llanto de amor!»

Así cantaba ufana
 la madre de María,
 mientras dormir la hacía
 de la cuna al vaivén;
 y en su blanca mejilla
 mil besos estampaba,
 y sus labios besaba,
 y su tranquila sien.

Donosa era María
 adormida en la cuna,
 como un rayo de luna

que refleja en el mar:
 50 cuando ella la besaba,
 sus labios entreabría
 y sin saber reía 85
 después al despertar.

Pero esta vez acaso
 55 en su sueño profundo
 vio los males que el mundo
 guardaba a su niñez; 90
 y el canto de la madre
 la niña entendería,
 60 y en el vivir vería
 soledad y aridez.

Y diez veces apenas en el cielo. 95
 la luna que es tan grata para el suelo,
 mostró su redondez;
 65 y la niña que tanto acariciaban,
 al ver que los querubes la llamaban,
 voló con rapidez. 100

Un año todavía no tenía
 70 y la cuna mullida en que yacía
 en tumba se trocó;
 y los que antes alegres le arrullaron
 al mirar su cadáver la lloraron 105
 pero la canto yo.

Los ángeles sus alas agitaron,
 75 y al trono del Eterno se llevaron,
 un alma sin pecar;
 y esa noche mirando las estrellas 110
 yo vi una exhalación en medio de ellas
 rutilante pasar.

80
 Agosto, 1843.

Notas:

2. En AP, pp. 130-131.

A LA MEMORIA DEL GENERAL ARGENTINO DON JUAN JOSÉ VIAMONT

Llanto y respeto a su fatal estrella.

F. Varela

Morir lejos del suelo donde la luz primera
alumbió nuestra cuna bajo cielo feliz;
doblar la altiva frente en la tierra extranjera,
cuando se ve la patria padeciendo infeliz:

Sentir dentro del pecho que la vida se acaba 5
en horas que alborean victoria y libertad;
que el corazón se hiela cuando sólo anhelaba
ver el triunfo que el cielo guarda a la humanidad.

Morir lejos del cielo de la patria adorada,
dar el último aliento en dura proscripción, 10
sin ver radiar la aurora tanto tiempo esperada
en que flamee puro de mayo el PABELLÓN;

¡Oh! Dios, es duro trance y más si el triste lecho
enlaza los despojos del que soldado fue;
¡oh! ¡cuánto diera entonces por volver a su pecho 15
el fuego de la infancia, del guerrero la fe!

¡VIAMONT...! Yo te contemplo: cercano ya a la muerte
debiste, en tus delirios, soñar la dura lid;
alzar la frente joven y que tu brazo fuerte
volvía a ser ahora de temible adalid.

Que volvían los tiempos de recuerdo glorioso, 20
cuando tu patria alzaba, soberbia, la alta sien,
cuando sola y pujante desafió ese coloso
que tú a batir viniste con tu espada también.

¡VIAMONT...! yo te contemplo; comprendo la amargura
que tu postrero instante fatal emponzoñó, 25
y al sublimarse tu alma a otra mansión más pura
el nombre de la patria tu labio murmuró.

Tú viviste en un tiempo de inmarcesible gloria,
de famosas batallas, de perdurable honor;
el polvo del combate en rota o en victoria 30
le dio a tu patria joven su pasado esplendor.

Pasado... sí, el destino que no penetra el hombre,
lo cubrió con un manto de fúnebre capuz;
sólo quedó su historia, sólo quedó su nombre,
que hasta el cielo para ella oscureció su luz. 35

¡Dichoso tú que bajas al seno del olvido
si ha de ser consumado de la patria el baldón;
dichoso tú si escrito por desventura ha sido
de nuestra cara tierra la eterna perdición!

¿De qué sirve la vida cuando se alienta esclavo? 40
¡Cuando se ahoga en el pecho la voz de libertad?
¡Oh! la muerte mil veces, pero morir cual bravo
al pie de la bandera peleando con lealtad.

Pelear por esos dogmas que con robustas manos 45
plantaron nuestros padres en época mejor;
y morir, pero al menos no escupan los tiranos
nuestra orgullosa frente radiante de honor.

Mas no; los pueblos tienen sus días de amargura
que la historia señala con fúnebre crespón,
pero pasan y luego brilla más clara y pura 50
la luz que les señala senda de salvación.

Grande será, mui grande, para la edad futura,
la página de historia que se diseña ya,
elevemos la frente y en la batalla dura
valientes pelearemos: la historia esto dirá. 55

Y tú, viejo soldado, mientras esa aurora brilla,
reposa en esta tierra bendecida de Dios;
tal vez yo te conduzca a la tranquila orilla,
del río caudaloso que nos mecía a los dos.

Montevideo, 26 abril de 1843.

Notas:

3. En AP, pp. 131-133.

CARPIO
Manuel

El editor de las *Poesías mexicanas*¹ únicamente se propuso reunir algunas de las publicadas en los diarios de aquella república después de su independencia. A pesar de esto, ha prestado con su libro un gran servicio a los amigos de la literatura americana. Sin él ignoraríamos nosotros no sólo el nombre del señor Carpio como poeta, sino también su mérito como ciudadano, porque a él, como a los demás que componen la colección mexicana, tocan estas honrosas observaciones de la «advertencia preliminar»: La simple lectura de estas piezas hará conocer no sólo el mérito que ellas tienen en sí mismas, en la realidad bien grande, sino el que debe suponerse en sus autores, que como pasatiempo y al descuido, producen tan grandes belleza. «Casi todas las que se hallan en esta colección son de personas que se han formado en el presente siglo, los más después de la independencia, y todos son muy superiores a los de fines del pasado, en que se puede decir tuvo principio la poesía mexicana. [...] Todos son nacidos en México y tan recomendables por sus servicios patrióticos, como por su literatura y talentos poéticos que tanto honor y lustre dan a su patria.»²

Notas:

¹ [N. de JMG] «Colección de poesías mexicanas, París, Librería de Rosa, 1836.»

² Copio, tal como escribió Mora, el fragmento levemente retocado por JMG y que, por lo mismo, aparece sin comillas: «Su simple lectura hará conocer no sólo el mérito que ellas tienen en sí mismas, en la realidad bien grande, sino el que debe suponerse en sus autores que, como por pasatiempo y al descuido, en sus piezas fugitivas producen tan grandes bellezas» (en José María Luis Mora, *Colección de poesías mexicanas*, París, Librería de Rosa, 1836, p. II). La cita transcripta por JMG a continuación, se halla en la página II y III del mismo libro. La segunda oración inicia con el siguiente catálogo omitido: «Don Francisco Sánchez de Tagle, don Andrés Quintana Roo, don Francisco Ortega, don Manuel Carpio, don Joaquín del Castillo y Lanzas, don José Bernardo Couto y don Joaquín Pesado, son todos nacidos y educados en México».

1

LA MARIPOSA

Inocente mariposa
que andas vagando sencilla,
del Atoyac a la orilla
las puras tardes de abril;

los cazadores te asustan
y dejas la flor más bella,

pero retornas a ella
y chupas luego otras mil.

Bates las alas azules
por la ribera arenosa,
5 en donde la agua espumosa
se quebranta con furor;

10

en tanto tú, sosegada,
te diviertes a tus solas
con ver las movibles olas,
movibles como el amor.

En vano un inquieto niño
te acecha allá entre las ramas,
pues burlas todas sus tramas
sólo con querer volar.

No conseguirá el travieso
despojarte de tus galas,
no te arrancará las alas
ni aun te las podrá empañar.

Pura eres como la luna
y airosa como la palma

que vive en la dulce calma
del desierto en que nació.

Al alba el agua y las flores
encantan tus bellos ojos
y, por la tarde, los rojos
celajes que el sol tiñó.

Lleno el corazón de luto
envidio tus dulces días,
tus sencillas alegrías
y tu inocente candor,

mientras que paso la vida
sumido en negra tristeza,
lejos de aquella belleza
en quien coloqué mi amor.

Notas:

1. En AP, p. 134; en José María Luis Mora, *Colección de poesías mexicanas*, París, Librería de Rosa, 1836, pp. 27-29; en Manuel Carpio, *Poesías*, con biografía del autor escrita por José Bernardo Couto, 2ª edic., México, Imprenta de Andrade y Escalante, 1860, pp. 330-331 (ver ed. facs. de 1998). Gutiérrez ya había publicado esta composición en *El Iniciador. Periódico de todo para todos* (Montevideo), t. 1, núm. 8 (1 de agosto de 1838), pp.182-183.

v. 4. *Colección de poesías y Poemas*: «tardes puras» (por «puras tardes»).

vv. 37-40. *Poesías*: «Mientras yo paso los años / en negra melancolía, / lejos de la patria mía, / mi dulce y único amor.»; sigo AP y *Colección de poesías mexicanas*.

CHACÓN

Jacinto

El señor Chacón es hijo de la República de Chile y abogado de sus tribunales; ha publicado muchas composiciones métricas en periódicos acreditados de Santiago, los cuales, alguna vez, han tributado elogios muy honoríficos a las miras elevadas de su poesía.

1

DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE DE MIL OCHOCIENTOS DIEZ

(FRAGMENTO)

LA SALVA

¿Qué bronco son retumba en el espacio que de su sueño al pueblo despertó, al despuntar sus rayos de topacio el bello sol que a Chile iluminó?	y palpita orgulloso el corazón, porque oímos romperse las cadenas cuando oímos rugir ese cañón,	
¿Qué es ese son que al par que nos aterra	y por eso los viejos veteranos	25
de entusiasmo nos llena el corazón?	rien de gozo, lloran de emoción,	
¡Es de Chile la voz que alzó de GUERRA	5 porque fueron sus pechos y sus manos	
cuando al mundo mostró su pabellón!	los que dieron impulso a ese cañón.	
¡Es el eco del son que envió sañuda	Y por eso miramos en sus vidas	
de su primer cañón la Libertad,	las reliquias de eterna adoración,	30
que hoy al sol de setiembre le saluda,	mas nos llenan de envidia sus heridas	
sol que nos diera en sombras claridad!	10 cuando oímos tronar ese cañón.	
¡Eco inmortal, trompeta de la historia	Y por eso el pueblo entero	
que en los remotos siglos tronará,	se agita en gran conmoción,	
por do el grito de GUERRA y de VICTORIA	15 porque hoy destrozó su acero	35
la gran posteridad comprenderá!	los grillos del carcelero	
	al tronar ese cañón;	
¡Hoy se tornó la esclava en Amazona	que hoy en el cielo esta idea	
la librea la cambia en pabellón,	trazó la divina mano,	
y al pisotear la hispánica corona	«Alce Chile, libre sea»,	40
la voz de <i>Libertad</i> la dio el cañón!	20 y éste arrojó la librea	
	y vistió de ciudadano.	
Y por eso se inflaman nuestras venas	Por eso al rayar el día	

entre el cañón tronador,
se eleva suave armonía
que un coro angélico envía
al trono del SALVADOR.

Y todo es agitación
en tan gloriosa mañana,
y a la voz de ese cañón
le responde el torreón
con repiques de campana.

Y se alarman los cuarteles
al son del pito y tambores,
y en los altos chapiteles
se agitan los tres colores
como floridos laureles.

Y crece la conmoción,
y más el bullicio crece,

45 y cuanto más amanece
es mayor la agitación
que allá en la plaza aparece.

Y al reventar de las fuentes,
del sol a los resplandores,
se elevan los surtidores
50 formando iris transparentes,
que ostentan los tres colores,

y mezclan su dulce son
a los cantos matinales,
y agitan el corazón
55 el armónico cañón
y las músicas marciales.

Porque al rayar el sol en este día
«Chile nació», pregona ese cañón,
«Chile nació», resuena esa armonía,
75 «Chile nació», ¡repite mi canción!

1843

Notas:

1. En AP, pp. 135-136. Jacinto Chacón apenas si coleccionó su poesía: conozco tan sólo *Mis delicias en el campo, en las estaciones. Fragmentos poéticos*, Santiago, Imprenta del Siglo, 1844; existe una traducción de un conjunto de poemas que publicó en 1850, titulada *Hymne a Kossuth*, aunque no pude dar con ella. Como era costumbre, publicó en revistas y diarios, e introdujo varias composiciones en escritos de diversa índole, como discursos o escritos historiográficos (cfr. la «Alocución poética» que acompaña el *Discurso pronunciado en la inauguración de la Academia de Pintura*, 1850). Este mismo año apareció *La fe sobre los montes. Himno social y religioso*, Santiago, Imprenta de Julio Belin, poemario por encargo que él mismo reescribió en clave satírica bajo el título *La fea sobre los montes, parodia con las mismas consonantes del himno social y religioso*, Santiago, Imprenta del Progreso, 1850.

2

EL VERANO

Ya lanzo al fin mi rústica piragua
en las ondas ¡oh estío! de tu mar,
no agites, no, contra su prora el agua,
deja que cumpla su destino en paz.

Deja que siga en su veloz carrera
5 el carro eterno del fecundo sol,
y que aborde por fin a una ribera,
donde halle un campo y en su bosque un Dios.

Deja se aduerma a mis cantares la ola
y humilde halague mi infeliz batel,
10 la fama al oírlos, con gloriosa aureola
mi sien de niño ceñirá tal vez.

Y ora del prado en las floridas galas,
a la sombra de verde pabellón,
15 traerame el aura en sus fragantes alas
refugio blando a mi azaroso ardor:

Ya en su ancha taza la sonora fuente
 sus limpias aguas brindará a mi sed,
 y allí inspirando su frescor la mente
 ¡oh sol! tus cantos modular podré; 20

o allí el naranjo de escarlata y verde
 su extensa copa brindará quizás,
 y el bello fruto que entre azahar se pierde
 bálsamo dulce a mi calor será;

o acá el granado sus purpúreos globos 25
 con su agri dulce brindará también,
 y los coposos altos algarrobos
 de fresca sombra me darán dosel;

o más allá la bi-frutal higuera,
 que en los misterios escondió la flor, 30
 con su ancha copa llenará la esfera,
 y a un limpio arroyo privará del sol.

¡Y, qué delicia en lo alto del cogollo

su dulce fruto de ébano gustar,
 luego bajando al fondo del arroyo 35
 dejar nos lama trémulo el cristal!

En ella encierra el pueblo una creencia
 heredero de santa tradición...
 ¡Cuánto halaga la mísera existencia
 hallar en todo y por do quiera un Dios! 40

Dicen se ven celestes resplandores
 en su copa la noche de San Juan,
 y apareciendo súbito sus flores
 ciérranse al punto y la ilusión se va.

Pobre de aquel, se dice, que quisiere 45
 el misterioso arcano sorprender,
 la cólera de Dios allí le hiere
 y a otro mundo refiere lo que ve.

Todo al verano ofrece su tributo,
 al impulso feraz de ardiente sol; 50
 yo me deleito en ir de fruto en fruto
 bendiciendo la mano de mi Dios.

1844

Notas:

2. En AP, pp. 136-137.

3

A MI AMIGO H. I. EN SU MATRIMONIO

Veo cruzar ante mi vista rápida
 en noche eterna exhalación fugaz:
 nuestra vida es relámpago
 y el mundo oscuridad.

Llevábanos no ha mucho, caro Hermógenes, 5
 por el mundano mar, cuna infantil.
 Hoy bogamos ya jóvenes,
 ¡veremos playa al fin!

Ayer no más entre reflejos lánguidos
 la aurora de niñez nos dio su luz; 10
 hoy nos alumbra cálido
 el sol de juventud.

Ayer, amigo, en tus ensueños plácidos
 blanca ilusión gozabas y no más;
 hoy en nupciales vínculos 15
 tú ves la realidad.

Ayer tu madre en inocente júbilo
 rizó el cabello y te besó la tez:
 hoy es tu esposa cándida,
 será el hijo después. 20

Esta cadena fragua el tiempo rápido,
 en pasado, presente y porvenir.
 Mas la muerte en su tálamo
 destrúyela por fin.

Perdona, amigo, mis acentos lúgubres, hoy que en tu cielo azul brilla una luz: un pensamiento fúnebre destempla mi laúd. Sea esa luz la antorcha de tus cánticos,	25 la que encienda tu genio creador, y al par los lauros líricos, recójalos los dos. Y en retozo infantil los tiernos párvulos alzarse veáis sombreados de laurel, y un día en lira armónica aduerman tu vejez. Enero 1843.	30 35

Notas:

3. En AP, p. 137.

4

FRAGMENTOS DE UN POEMA TITULADO: «LA MUJER»

Cuando la naturaleza te creó, te vio tan bella y tan perfecta que temió que demasiado divina para la tierra, no fueses reclamada por los cielos.
 Byron

INTRODUCCIÓN

Estaba Adán en la mansión dichosa
 sentado al pie del árbol de la ciencia,
 y anhelaba inocente, en cada cosa,
 el misterio sondear de su existencia.

Examina prolijo sus sentidos
 por si sorprende en ellos el arcano,
 y los giraba absortos, aturdidos,
 por la extensión del delicioso llano.

Y al contemplar en ellos la armonía,
 de la alta creación con su estructura,
 origen celestial se atribuía
 y se gozaba en su perfecta hechura.

Ya a sus ojos se ostenta el firmamento
 tachonado de fúlgidas estrellas,
 ora el sublime líquido elemento,
 o ya la tierra en sus escenas bellas.

O le halagan armónicos su oído,
 ya de la brisa los murmullos suaves,
 o del arroyo el músico ruido,
 o ya el trinar de melodiosas aves.

5 Ya su olfato recrea el suave aroma
 que a las fragantes yerbas y a las flores
 del perfumado cáliz la aura toma
 cuando juega en sus pétalos de olores,

10 o el paladar deleita con los frutos
 de exquisita sazón, rica fragancia,
 que cual señor recibe por tributos
 en varia forma de la augusta estancia.

15 Sus sentidos así con la natura
 descubrían el íntimo contacto:
 mas no encontraba un rostro de dulzura
 do resbalar su delicado tacto.

Examina después los atributos,
que ennoblecen su ser inteligente,
y ve que le distingue de los brutos
la fantasía, el corazón, la mente.

Ya sorprenden su ardiente fantasía,
el majestuoso andar de los planetas,
de animales y plantas la armonía,
o el sublime vaivén de olas inquietas.

Ya sondea su noble inteligencia
del tiempo y del espacio los confines,
ya la oculta razón de su existencia,
o del Ser creador los altos fines,

de este modo su mente y fantasía
hallaban relación con lo creado;
más allá el corazón no descubriría
un eco tierno, un tono apasionado.

En vano en derredor buscaba inquieto
do el sentimiento y la pasión se acuerde,
pues no vibraba unísono otro objeto
y el corazón su voz, sin eco pierde.

Entonce Adán se postra ante el Eterno,
hastada ya su vida solitaria,
y en acento de amor sumiso y tierno
su corazón le dicta esta plegaria:

«Si al formar la creación
quisiste fuese su rey,
¿por qué exceptúa tu ley
a mi pobre corazón?

Allí la imaginación,
los sentidos y la mente,
cada uno sus goces siente
que no encuentra el corazón.

Halla ahí su relación
cada cual con un objeto,
pero vaga en vano inquieto
en su busca el corazón.

Ni el tono de la pasión,
ni del sentimiento arroja,

y su cuerda ya se afloja,
y desmaya el corazón.

35

Haz mi Dios para éste un don
do encuentre su simpatía,
y temple con su armonía
la cuerda del corazón».

75

40

Dijo, y de amor los ósculos imprime
postrado ante el Señor, en sacro lodo,
y en dulce voz de amor, tierna y sublime
rompió el silencio Dios de aqueste modo:

80

45

«Adán, Adán, tu querer
voy a dejar satisfecho.
Y el vacío de tu pecho
va a llenarlo la mujer.

50

Ella será de tu ser
el precioso complemento,
la pasión y el sentimiento
hallarás en la mujer.

85

55

Te extasiará de placer
con su dulce vibración...
La cuerda del corazón
va a temprarla la mujer.

90

60

Bella y sensible al nacer
y alimentada de amor,
te inspirará suave ardor
con su hechizo la mujer.

95

Mas tiembla que en el placer
te embriague tan linda maga,
pues darate una hora aciaga
con ese amor la mujer».

100

65

Habló el Señor y sus postreras voces
aún en el orbe resonando están,
y el oído de Adán hieren veloces,
y el hombre hereda la sordez de Adán.

70

Ya el sentimiento y la pasión le agita
la reflexión ahogando en el placer,
y ya de amor su corazón palpita
al eco dulce y tierno de mujer.

105

Y nació la mujer y en dulce abrazo
en éxtasis de amor ciñola Adán,
y ella le halaga tierna en su regazo
y ambos se arrullan puros con afán.

Y la voz del Señor perdió su imperio
en los gritos de amor del corazón,
y prestoles sus pliegues el misterio,
y en el mundo tronó la maldición.

Y escondiose en negro velo
el sol en esa hora aciaga,
la noche fue, y en su duelo
recuerda al hombre en el suelo
la hora de amor de la maga.

Y por eso la mujer
con su encanto nos embriaga,
y nos parodia la plaga
que causó al humano ser
la hora de amor de la maga.

Y así hija, amante o esposa,
o madre, tierna y hermosa
amor la nutre y la halaga,
y al hombre da cariñosa
la hora de amor de la maga.

LA HIJA
I

¿Rasgar la niebla umbría
has visto pura y bella,
entre la noche y día
la matutina estrella,
saliendo en luces fúlgidas
el mundo a esclarecer?
¿Has visto en los jardines
abrir su tierno broche
los cándidos jazmines?...
Así rompe su noche
y entreabre así sus cálices,
y nace la mujer.

Y empieza su existencia,
como el venir del día,
pura, y en su inocencia

velada, Dios la guía
por los floridos ámbitos
del valle de niñez.

Y surca el mar mundano
serena en tierna cuna
cual por tranquilo océano
va al rayo de la luna,
el navegante intrépido
con regia esplendidez.

.....

.....

¡Mujer! ¡oh gota pura
del cáliz divino!

Calmar con tu dulzura
al hombre es tu destino,
el amargoso líquido
del vaso del dolor;

tú eres mujer la urna
que encierra su consuelo;
la antorcha eres nocturna
que le platea el cielo;
y en fin en turbio piélago
su estrella eres de amor.

Tú endulzas su existencia
con sólo una palabra,
de niña tu inocencia
tu puro amor, le labra,
en candorosas pláticas,
su dicha, sin ficción.
Tal vez ya tu hermosura
ya tu graciosa risa,
un beso, una locura,
le arranque una sonrisa
en lo íntimo recóndito
del triste corazón.

.....

.....

La niña en tanto crece
cual linda pasionaria:
su mente se esclarece
cual bella luminaria,
y alientos da aromáticos,
y luz en derredor;
y al triste jardinero
consuela en sus olores,
y al mísero viajero

le alumbra en sus fulgores.
 ¡Qué haré sin pura lámpara!
 ¡Qué haré sin tierna flor!

Ya admira los contornos
 de alguna otra hechicera
 ya envidia sus adornos,
 su crespa cabellera,
 y en pábulos fantásticos
 se nutre el corazón.
 Y a solas en su espejo
 contempla su hermosura,
 y ensaya con despejo
 ya un gesto, una postura,
 que en sus contornos mágicos
 aumentan la ilusión.

Lucientes picaflores
 sus ojos, brotan fuego,
 y por tocar las flores
 le bailan sin sosiego,
 a impulsos del simpático,
 sensible corazón;
 y si tal vez se encuentran
 con otros negros ojos,
 los suyos se concentran
 y en cándidos sonrojos,
 teñido el rostro en púrpura
 revelan su emoción.

El alba entusiasmada
 sonrójase inocente
 a la primer mirada
 del astro reluciente,
 y cual la niña osténtase
 más bella en su candor.
 Ve niña que este ensayo
 tu corazón no toque
 pues uno y otro rayo
 se encuentran y a su choque
 se elevan chispas mágicas
 que forman el amor.

190

LA AMANTE

II

Cual la gota del alba cristalina
 se estremece en el cáliz de las flores,
 del céfiro al frescor, 230
 así la virgen tímida, divina
 siente entre el seno maternal temblores
 al soplo del amor.

195

200

Cual se encoge en sus plumas aturdida
 la paloma infantil, al tierno arrullo 235
 de cándido pichón;
 la niña así se esconde enrojecida
 de su seno de amor al fiel murmullo
 de amante corazón.

205

210

Y cual penetra el rayo de la luna 240
 en el seno de diáfana laguna
 sin que empañe el cristal;
 así un mirar castísimo y ardiente
 sin mancharlo traspasa blandamente
 un pecho virginal. 245

215

Y a impulsos de este ardor, la bella envía
 sus ojos al abrir un casto fuego
 de vida y de placer;
 y es la imagen del sol que engendra el día
 su párpado al alzar y sin sosiego 250
 da vida a todo ser.

220

Así inocente al recibir la luna
 ese rayo de amor que el sol le presta,
 con pálido candor,
 inclinando su frente a la laguna, 255
 lanza en su luz tan cándida y modesta
 consuelo en derredor.

225

Y cual huella la virgen misteriosa
 con tímido fulgor, su azul palacio
 rielando en la mar, 260
 y al navegante en noche borrascosa
 le muestra un punto en su agitado espacio
 do está su amor y hogar:

así la niña en su mansión tranquila,

lanza al mundano mar reflejos puros 265
 de ternura y pasión;
 y el casto resplandor de su pupila
 ilumina al mortal, puertos seguros...
 Y muestra el corazón.

Y cual en cáliz aromado brinda, 270
 al bello picaflor, la amable rosa
 su delicioso humor:
 así en su puro corazón la linda
 brinda a su amante tierna y candorosa
 La esencia del amor. 275

Y el mágico licor la mente embriaga,
 del dichoso galán, de amor palpita
 violento el corazón;
 y encierra el mismo son que dulce halaga
 los senos del laúd, cuando le agita 280
 sonora vibración.

Y ella al sentir tan tierna melodía,
 brillan sus puros ojos más parleros
 al fuego del amor;
 la aurora así también a la armonía 285
 que entona el orbe a Dios, de sus luceros
 aviva el resplandor.

Y en tan dulce emoción, su suave aliento
 balancea sus senos virginales
 con blando murmurar; 290
 como al soplar del agitado viento,
 abre y cierra ruidoso sus umbrales
 el conmovido mar.

Y así como las formas de natura
 vense brillar con nítida aureola 295
 del sol al resplandor;
 también así la cándida hermosura
 sus mágicos contornos arrebola
 al rayo del amor,

.

LA ESPOSA
 III

—¡Oh padres! ¿por qué en lágrimas 300
 vais tiernos a estrechar,
 en vuestros senos trémulos
 el corazón filial?
 ¿Por qué en corrientes líquidas
 vais tristes a empapar, 305
 la vestimenta cándida
 de la hija angelical?

El padre.— ¿De la modesta aureola
 de la paterna sien,
 mi cornerina nítida 310
 no desprenderse ves?
 Yo pierdo su luz mágica,
 y va a resplandecer
 en el anillo, símbolo
 del tálamo y su fe. 315

El madre.— La rosa cuyos pétalos
 yo cuidadosa abrí,
 Y alzándose aromática
 ornaba mi jardín,
 hoy da su aroma y púrpura 320
 al conyugal pensil:
 dejad destile el párpado,
 mi amor en su matiz.

—Dejando nuestros ámbitos
 la aurora así cual vos, 325
 empapa en puros líquidos
 el broche de la flor;
 y entre los rayos cálidos
 dejándola del sol,
 destila en gotas trémulas 330
 la vida y el amor:

mas ya los tonos lánguidos
 del sollozar dejad,
 no más el nupcial cántico
 vengáis a perturbar. 335
 Vendrán los tiernos párvulos
 si la hija al fin se va...
 ¿Si un ángel da otros ángeles
 qué habéis que lamentar?

—

Y tú mujer, arroyo delicioso,
que amenizas el valle de la vida,
sigue por él tu rápida corrida,
con tus ondas de amor y de placer.
De la peña al brotar, tu linfa clara
se desliza purísima y tranquila,
y entre la huerta paternal destila
vida en tortuoso, juguetón correr.

Le abre en seguida la pasión su cauce
y entra por él bellísima y sonora,
y entre conchas de nácar, bullidora,
pasa arrastrando delicioso humor;
sigue después, y el cándido himeneo
la recibe en su lecho de jazmines,
mas lenta allí fecunda sus jardines
y hace brotar pacífica la flor.

Ya tu padre y amante, bella Emilia,
han bebido su dicha en tus raudales;
dale a gustar tus mágicos cristales
hora al esposo, encántalo también.
Ya pescadora bella ve arrollando
esas redes de amor, tus lindos rizos;
e iris de paz, la cofia, los hechizos
graciosa aumente de tu blanca sien.

Semejante de seda al gusanillo
que rompiendo su cuna misteriosa,
va en libertad, y vuelto en mariposa,
fértil da a luz su rica sucesión;
así rasgando el paternal capullo
torna en esposa la filial esencia,
y en dulce libertad tu descendencia
venga a hermostrar la augusta creación.

LA MADRE

IV

¡Incomprensible ser, ser misterioso,
aunque agitado en mísero océano
de la pasión al soplo borrascoso,
brilla en tu faz tu origen soberano!

La humanidad, mujer, es bello anillo
que en Dios su origen y su fin remata,
tú eres la perla que le da su brillo,
tú eres también el nudo que le ata.

Ese brillo es de amor el dulce imperio,
el lazo de ese nudo es la existencia;
sí que en tus senos encerró el misterio,
del placer y el vivir la omnipotencia.

Tras ti la mano del Señor diviso,
que envuelve el lampo de su luz divina
entre el lodo feraz del paraíso,
y al mundo da su copia peregrina.

Sí, en ti se esconde el Hacedor sublime,
el misterio a llenar de la existencia:
él en tos senos el licor exprime
con que aduermes y nutres la inocencia.

El da a tus miembros débiles los bríos
con que el peso llevar de tus entrañas;
que hace pesar con viles atavíos
la necia humanidad con artimañas.

También provee tu corazón materno
de la antorcha de amor, con que encaminas
el paso incierto del infante tierno,
y la razón del joven le ilumina.

¡Espíritu de Dios, ángel fecundo,
que disfrazado en míseros andrajos
de pobre humanidad, bajaste al mundo
para endulzar al hombre sus trabajos!

A ti fue dado en tu misión divina
¡oh sublime vestal! con mano pura
cebar de humanidad la antorcha indina,
y encandilar su luz, trémula, oscura.

Tú ante el ara más pura del Eterno
en la cuna postrada de la infancia,
libas la vida en cáliz de lactancia
a un ángel del Señor, al hijo tierno.

Y entonando pacíficos cantares,
sacerdotisa fiel, al Dios clemente,

la ofrenda das más grata a sus altares:
el sueño celestial del inocente. 415

Contempla ¡oh madre! en éxtasis sublime
la imagen fiel, en majestuosa calma,
del niño de Bethlem, y en él imprime
la fe de amor, la religión del alma.

Cual se refleja Dios en el infante, 420
y un tinte augusto en su dormir le inspira,
al verle, oh madre, animas tu semblante,
y de entusiasmo el corazón suspira.

¡Cómo brilla el placer en tus pupilas!
¡Cómo sella el amor tu labio puro! 425
¡Con qué ternura su dormir vigilas,
el misterio sondeando del futuro!

¿Mas qué sublime instinto te detiene?
¿Qué misterioso imán allí te liga?
¿De madre el corazón qué encanto tiene 430
que la delicia encuentra en la fatiga?

¿Eligiote mi Dios por su segundo
al fabricar los orbes, por fortuna?
Sí, y al seguir la creación, del mundo
eres ángel guardián, desde su cuna. 435

Llena el fin de tu Dios, cumple el destino:
¡sé la imagen ¡oh madre! de María,
que tierna y fiel siguió su hijo divino,
al nacer, al sufrir, y en su agonía!

Vigila pues del inocente el sueño 440
gozando al ver su dignidad inerte,
que en premio y gratitud loco y risueño,
te inundará en placer cuando despierte.

Mas ya en llantos, mamá, gritó el infante,
y acudes tierna al nombre que te engríe, 445
siente el niño tu amor, y a un mismo instante
despierta, llora, te divisa y ríe.

Como un ángel de Dios ha despertado
que en la cuna del sol posó su frente,
y su augusto semblante está aún ornado 450
con las preciosas galas del oriente.

A su gracioso labio y su mejilla
la rica tinta del carmín colora,
y en su lloroso párpado le brilla
entre luces la perla de la aurora. 455

Son cual hilos de luz del sol dorado
las rubias hebras del filial cabello,
y de anillos sedeños coronado
en crespos rueda al delicado cuello.

Copia es del hombre del Edén perdido, 460
ese florón de la deidad suprema,
que de su aureola un Dios ha desprendido
para adornar la maternal diadema.

Qué hermoso ¡oh madre! amaneció ¿no es cierto?
Ese puro botón teñido en grana, 465
que el soplo del Señor para ti ha abierto,
y hoy en su llanto empapa la mañana;

¡cómo enciende tu amor tu lindo niño!
Tú en retozos le das tierna caricia,
y al volverte loqueando tu cariño 470
te baña el alma en celestial delicia.

Ya su labio infantil tu labio toma
y el perfume de amor jugando exhalas;
así al pichón arrulla la paloma,
y en cadena de amor baten sus alas. 475

Ya sombrea su faz tu dulce brazo
bajo el rayo voraz del sol de estío,
o le defiendes tierna en tu regazo
del soplo agudo del invierno frío.

Cual tú también la misteriosa higuera 480
sus hojas tiende que su fruto abriga,
y aun desnuda también la alta palmera
sus hebras teje que a su dátil ligan.

Y el árbol del azahar, su globo de oro
tiene en sus anchas copas guarecido, 485
en cuyas ramas el volátil coro
también guarece su ingenioso nido.

Todo el misterio a mantener conspira
de tu alta creación, ¡oh Padre eterno!

¿y quién comprende tu grandiosa mira? 490
¡El noble instinto del amor materno!

Llena el fin de tu Dios, cumple el destino;
sé la imagen ¡oh madre! de María,
que tierna y fiel siguió su hijo divino
al nacer, al sufrir y en su agonía. 495

1843

Notas:

4. En AP, pp. 138-144.

CORTÉS
José Manuel

Las dos composiciones siguientes del señor Cortés (hijo de la República de Bolivia) están tomadas del periódico *La Época*, que se publica en la ciudad de La Paz.

1

A LA LUNA

¡Oh luna solitaria!
Un argentado rayo
de tu luz se refleja blandamente
sobre mi adusta y amarilla frente.

¡Tus puros resplandores,
tu quietud, qué contraste
con el triste negror del alma mía,
y con la convulsión de mi agonía!

En un tiempo me viste
de la infiel en los brazos,
en un mar de deleites sumergido
de celestes visiones seducido,

esperando me viste
la cita apetecida,
y acusando del tiempo la tardanza,
que difería el colmo a mi esperanza.

Entonces yo contaba
del reloj los compases,
tardos, al paso que eran repetidos
con rapidez del pecho los latidos.

Ahora tu luz serena
en mis párpados dora
una lágrima amarga y solitaria,
como lo son mi queja y mi plegaria.

La sombra de la angustia
que el corazón desgarró

se proyecta en mis ojos negra y triste,
y el universo de pavor reviste.

Mis sueños de ventura
huyeron para siempre: 30
5 la infausta realidad me ha despertado
y el seductor encanto ha disipado.

Sólo queda la imagen
de la fiel que adoraba.
¿Mas qué? ¿La he olvidado y no la adoro? 35
10 Mis labios callen: dígalos mi lloro.

Su imagen es el pino
que crece en el desierto,
el pájaro que en noche umbría canta,
la torre que entre ruinas se levanta. 40

15 De mi dicha el recuerdo,
luna, brilla en el alma,
cual tu rayo en el mar embravecido
cuando el rudo aquilón lo ha sacudido.

20 ¿Por qué ocultas tu disco 45
tras la parda montaña?
¿Aun tú me dejas sin alivio, oh Luna?
¿Aun para ti mi queja es importuna?

Si tú a quien miré siempre
cual deidad bienhechora 50
25 no prestas un consuelo a mi amargura,
me queda un postrer bien; la sepultura.

Sonríe contemplando
que del duro destino
el furor implacable y saña airada, 55
bien pronto, no hallarán sino la nada.

Sueñe con nueva vida
el mortal que disfruta
de placeres, de gozo y bienandanza,
mientras yo digo «Adiós» a la esperanza. 60

Julio 1 de 1845.

Notas:

1. En AP, pp. 145-146.

2

A LA IMAGINACIÓN

¡Rayo que baña el alma en claro día!	¿La realidad bastara a la ventura	25
¡Del Ser eterno fúlgida mirada	sin los prestigios mágicos que ostentas?	
en la mente del hombre reflejada!	Sin las claras visiones que presentas,	
¡Luz del cielo, brillante fantasía!	en noche triste, pavorosa, oscura,	
En santo arrobamiento	el hombre caminara,	5
admiro de tus obras el portento.	y sólo objetos de pesar hallara.	30

A tu voz nace un mundo de ilusiones	De brillantes colores la esperanza	
o ya tristes, funestas, horriboras,	vistes y muestras sus hermosas galas.	
o halagüeñas, alegres, venturosas.	¿Quién no ha soñado bajo de tus alas	
Tú reprimes o excitas las pasiones	un blanco porvenir de bienandanza,	10
y atormentas el alma,	y en gratos devaneos,	35
o la aduermes tranquila en dulce calma.	no ha visto satisfechos sus deseos?	

Quieren tus alas un espacio inmenso	Por ti tranquila pasa la existencia,	
donde extenderse en vuelo inmensurable,	y atraviesa un pensil de bellas flores	
y de donde tu vista imperturbable,	que al sol lucen vistosos sus colores	15
sin mirar de la tierra el aire denso,	y al aura brindan perfumada esencia:	40
el infinito mide	cual tu dulce mirada	
y nuevos mundos en su anhelo pide.	se desliza la vida sosegada.	

El orbe sin ti fuera un esqueleto	Cuando el pesar nos acomete impío,	
pálido, sin calor, sin luz, ni vida,	no es la razón quien triunfa de las penas:	
inmensa soledad donde perdida	tu mano despedaza las cadenas	20
el ánima vagara en paso inquieto,	que nos aherrojan al dolor sombrío:	45
sin que un eco se oyera,	en tu sonoro acento	
que sus dolientes quejas repitiera.	se pierden los quejidos del tormento.	

De la vida el celaje nacarado
tornas, si quieres, nube tormentosa
donde la tempestad fiera reposa,
y donde sólo brilla levantado
el brazo omnipotente
del destino que amaga nuestra frente.

¡Ay! ¡Cuántas veces en vigilia larga
cercado de fantasmas en mi lecho,
agitado latió dentro del pecho
mi corazón en agonía amarga!
Esos fantasmas fueron
tus hijos, que a tu voz obedecieron.

Otras veces benigna me has mostrado
llenas de vida mis ya muertas glorias;
bienes que ya no son sino memorias
por ti cual realidad yo he gozado,
y en un profundo olvido
mis acerbos pesares se han perdido.

Ostentas tu poder aun en el sueño:
50 en tanto que dormido el cuerpo yace,
de sus lazos el alma se deshace
y por ti finge en afanoso empeño 70
mil lúgubres visiones,
o bien encantadoras ilusiones.

¿En el sueño tornar no he visto al día
55 la sin ventura y malograda Elmira?
Engaño tuyo fue, una mentira, 75
pero engaño que adora el alma mía,
ficción que es un consuelo
60 y será realidad allá en el cielo.

¡Rayo que baña el alma en claro día!
¡Del Ser eterno fúlgida mirada 80
en la mente del hombre reflejada!
¡Luz del cielo, brillante fantasía!
65 En santo arrobamiento
admiro de tus obras el portento.

Agosto 12 de 1845.

Notas:

2. En AP, pp. 146-147.

3

A LORD BYRON

El rey de las florestas en la muerte
encuentra su placer; así, ¡oh gran Byron!
en tu mísera suerte,
sin víctimas vivir nunca te es dado.

Se asemeja tu genio a esas montañas 5
que levantando al cielo su cabeza,
tienen en sus entrañas
las devorantes lavas del infierno.

Notas:

3. En AP, p. 147.

A LA NIÑA J. F.
MUERTA POCO DESPUÉS DE HABER NACIDO

EPITAFIO

Iba a tocar la tierra con su planta,
cuando ve sus espinas, y a los cielos
cual cándida paloma se levanta.

Notas:

4. En AP, p. 147.

COUTO
José Bernardo

Este señor pertenece a las notabilidades mexicanas, por sus calidades e influjo...¹ Es hombre de comprensión vasta y fácil, de estilo fluido y ameno, de instrucción vastísima para su edad, y de una aplicación incansable al estudio: su carácter es frío, calmado y tímido hasta el exceso en tomar partido por las reformas sociales; este temor no es en él cobardía por los riesgos que pueda correr personalmente, sino por los males públicos que se figura podrían² ser el resultado de su voto; por eso está casi siempre por la negativa y sus propensiones son ordinariamente más bien a conservar que a cambiar. La moralidad de Couto como hombre privado, como funcionario público y como ciudadano³ es cabal y perfecta en todas líneas: para él no hay distinción entre los deberes públicos y privados que somete a la conciencia, único medio de apreciarlos. Los principios políticos de Couto son de progreso, pero en razón de su carácter, se prestará más fácilmente a sostener las reformas hechas, que a promover las que están por hacer; el sí en él siempre es difícil y muchas veces vacilante, el no es constantemente firme y pronunciado con resolución.

Tal es la opinión que sobre el señor Couto encontramos en los escritos de Mora⁴ al exponer la conducta de los diputados del congreso mexicano cuando éste se declaró «Legislatura Constituyente». Nos es sensible no poseer todas las poesías del señor Couto, pues el elogio anterior, deja presumir que las que publicamos actualmente son una muestra incompleta del mérito poético de su autor.

Notas:

¹ En José María Luis Mora, *Obras sueltas*, t. 1, París, Librería de Rosa, 1837: «Aunque tenemos a la vista los nombres de las personas de que se formó esta minoría patriótica, de todos ellos no conocemos sino a los señores don Luis Gordo y don José Bernardo Couto, pertenecientes uno y otro a las notabilidades del país, por sus calidades, influjo y circunstancias.» (p. CCLXXXI).

² AP: *podian* (por *podrían*); corrijo según *Obras sueltas*.

³ *Obras sueltas*: «como ciudadano y como funcionario público»; conservo la abreviatura de AP.

⁴ [N. de JMG.] *Obras sueltas* de José [María] Luis Mora, ciudadano mexicano, París, 1837. | [N. de la e.] Se trata del t. 1, p. CCLXXXII.

1

AL RETRATAR A FILIS

Ven, genio tutelar de la pintura, del padre Apolo numen soberano; a mis votos acorre, guía la mano que va a copiar de Filis la figura.		que miel destila y al amor provoca cuando articula voces encantadas.	20
De su apacible celestial belleza al pintor tú le muestra los primores; y que en torno revuelen los amores y que trisquen las gracias con viveza.	5	Róbale, Apolo, róbele a la aurora los tintes que matizan el oriente cuando el rocío se exhala blandamente y los lejanos horizontes dora.	
Ve cual brilla de Filis en la frente el arco tricolor que borda el cielo, y que de Iris señala el raudo vuelo cuando muere tu luz en occidente.	10	Porque puedas de Filis con destreza copiar en breve tabla la hermosa, si acaso es concedido a la pintura remedar con colores su belleza.	25
Y ve de sus mejillas la templada púrpura que resalta sobre nieve: la rosa, que embalsama el aura leve, de mirarla se cierra avergonzada.	15	Y tú, del dios discípulo escogido, a quien permite el hado venturoso contemplar el objeto más hermoso que nunca a humana vista se ha ofrecido;	30
Y luego ve sus lánguidas miradas y la sonrisa de su linda boca		si alcanzan por fortuna tus pinceles a retratar a Filis dignamente, musas y gracias ceñirán tu frente con coronas de mirtos y laureles.	35

Notas:

1. En AP, p. 148; en José María Luis Mora, *Colección de poesías mexicanas*, París, Librería de Rosa, 1836, pp. 3-5. Publicado anteriormente en *El Observador de la República Mexicana* (México), t. 1, núm. 10 (8 de agosto de 1827), pp. 317-318, firmado F. El título en *Colección de poesías* y en *El Observador* dice: «Al tiempo de retratar a Filis».

2

A FILIS EN EL INVIERNO

La excelsa cumbre del sagrado Ajusco ya otra vez ciñe su invernal corona desque mi pecho con afecto casto fervido te ama.		y de verano el rutilante sirio que rayos lanza a la tostada tierra, y el padre otoño cuyas sienas orna báquica yedra	10
La bella ninfa que los prados viste de floreal pompa en la estación primera, la bella ninfa de quien dulces besos céfiro liba,	5	vieron la llama perennal que abrasa, cándida Filis, a tu amante tierno: viéronla y fueron; y la llama aún vive dentro del pecho.	15

Con lento paso el aterido invierno de nuestros campos volará a otro clima, vivo dejando de mi amor el fuego, plácida amiga.	20	¡Dulce embeleso de la vida mía, propicia atiende mi ferviente voto; oye a tu amante que a los cielos lleva humildes ruegos:	25
Y primavera tornará a mirarme de tus encantos ocupada el alma, mi blanda lira repitiendo siempre tiernos amores.		eterno lazo por amor formado mi suerte ligue con la amable Filis, de rosas teja la feliz cadena blando himeneo!	30

Notas:

2. En AP, p. 149; en *Colección de poesías*, 1836, pp. 6-8. | En *Colección de poesías* con el epígrafe «Sáficos sin rima».

v. 1. *Ajusco*: volcán extinto ubicado al sur del Distrito Federal, México.

v. 13. *Colección de poesías*: *abrazo* (por *abrasa*).

v. 25. Cfr. sor Juana Inés de la Cruz, primer verso del soneto 152: «Verde embeleso de la vida humana,».

v. 31. AP: *rosa* (por *rosas*); sigo *Colección de poesías*.

3

EL VERANO

Ya el verano se acerca coronado de rosas, vertiendo por los campos flores de todas formas.		las sabrosas manzanas entre las verdes hojas!	
Los prados que rodean mi granja encantadora empiezan a cubrirse de yerbas olorosas.	5	Aquella grande palma de susurrante copa,	25
¡Ojalá vieras, Fabio, la fuente bullidora que baña los cimientos de una arruinada choza!		a cuyo pie dormías las siestas calorosas, ya por el suelo yace falta de jugo y hojas,	30
A su orilla sentado verías rodar las olas, formando remolinos las aguas espumosas.	10	ejemplo formidable a las hermosas todas. ¡Qué seca está!, ¡qué triste!	
El manzano que un día junto a musgosa roca plantamos los dos juntos al despuntar la aurora,		Los pájaros se asombran cuando ven abatida palma tan orgullosa.	35
¡qué airoso está!, ¡qué bello!	15	Pero la que sembraste en la cercana loma, esa sí está muy bella, muy verde y silbadora.	40
¡Qué gentilmente asoman	20	¡Cuántas veces sentado bajo su inmensa copa, miro alzarse la luna espléndida y redonda!	

Deja el poblado, Fabio,
deja su vana pompa,
que el verano se acerca
coronado de rosas.

45

Notas:

3. En AP, p. 149, en *Colección de poetas*, pp. 82-84 | En *Colección de poetas* con el epígrafe «Anacreóntica».

v. 14. AP: *vieras* (por *verías*); sigo *Colección de poetas*. JMG pudo haber intervenido a fin de evitar la fuerte sinéresis del verso original.

DOMÍNGUEZ

Luis L.

El silencio de los campos ha inspirado muchos pensamientos poéticos. La primera vez que el señor Domínguez escribió en verso fue a las quietas orillas del «Negro» y del «Dacá», dos corrientes balsámicas que desaguan al oriente del río Uruguay: veinte años tenía entonces y era por los primeros meses del año 1839. Su patria es Buenos Aires.

En los bosques de «ceibos» y de olorosos arrayanes, en aquella tierra «tan llena de poesía», como él la llama, aprendió a copiar la rica naturaleza de América con tal primor, que un literato muy distinguido ha visto en la composición a Montevideo, reimpressa en el tomo I del *Museo de Ambas Américas*,¹ la esperanza de un «vate» de primera clase. Esta esperanza es una realidad en el juicio que de su autor tienen formado los que conocen todos sus escritos. Muy aventajado es el que manifestó la comisión clasificadora de las piezas poéticas en el certamen con que se solemnizó en Montevideo en 1844 el aniversario de mayo.

A principios de 1840 fijó el señor Domínguez su residencia en Montevideo y empezó a redactar un diario con el título del *Correo*. Muy luego abandonó esta tarea para entregarse al comercio, sin dejar por esto de ocupar sus ocios en muy formales trabajos literarios y en escribir poesías, cuya mayor parte guarda en su cartera, porque es de los que creen que el tiempo y el labor sazonan los frutos de la inteligencia.

El que había escrito estas palabras de La Mennais al frente de su composición premiada: «La libertad es la gloria de los pueblos», se decidió a permanecer dentro de las murallas de Montevideo mediante el sitio que todavía sufre aquella ciudad. Allí ha desempeñado algunos empleos que prueban la estimación que se le dispensa por su probidad y sus luces.

En medio de la guerra y de las penurias del asedio, no ha estado enmudecida su musa: entre las obras poéticas que se leyeron en el Instituto Histórico la noche del 25 de mayo de 1844² obtiene la de Domínguez uno de los lugares principales, teniendo que competir con los señores Acuña de Figueroa y con don Esteban Echeverría. En una canción, los «Mártires de la patria», que no publicamos en esta colección, hemos notado esta estrofa:

Ese que hoy es un mísero inválido
vigoroso y robusto fue ayer,
la esperanza querida de un padre,
de una esposa adorada el sostén.
Pero bravo y patriota, en la lucha
vio sereno su brazo rodar;

y exclamó: tengo un miembro de menos
y la patria una gloria de más.

En los momentos en que se preparaba a nuevas tareas cooperando a la redacción del *Comercio del Plata*, periódico notable cuyo primer número ha aparecido el 1 de octubre último, se sintió atacado de una dolencia terrible en los órganos de la respiración. A mediados de noviembre ha subido el Paraná con dirección a Corrientes en busca de salud y de descanso.

Notas:

¹ [N. de JMG] Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1842. 3 tomos 4°.

² [N. de JMG] *Cantos a Mayo*, leídos en la sesión del Instituto histórico-geográfico nacional [el 25 de mayo de 1844], un vol. en 4° de 212 páginas, Montevideo, Imprenta del Nacional [1845]. | [N. de la e.] Existe una edición facsimilar con prólogo de Walter Rela: Montevideo, Retta Libros, 1990.

1

YO TE AMO

Je t'adore ange et t'aime femme.
Dieu, qui par toi m'a complété,
a fait mon amour pour ton âme
et mon regard pour ta beauté!
Victor Hugo

Como la rosa nueva
que su perfume exhala
cuando refleja el cielo
su colorido al alba,
así pura es la virgen
que yo amo con el alma,
y es linda cual la aurora
teñida de oro y nácar.

5

Como vestal purísima,
como visión fantástica,
que forja entre misterios
la mente acalorada, 20
así a mí me parece
cuando la luna pálida
sobre su talle esbelto
su luz tenue derrama.

Cual la paloma tierna
que entre la selva canta,
meciendo graciosa
en una débil rama,
así su voz es dulce
cuando esta frase mágica:
Yo te amo, me repite 15
estremeciendo mi alma.

10

Como la sombra al cuerpo
sigue siempre ligada,
a esta mujer angélica
así está unida mi alma:
que ella es para mi vida
como el rocío a la planta, 30
como el azul al cielo,
como la estrella al nauta.

30

Notas:

1. En AP, p. 152.

2

YO TE AMÉ

«Yo te amé, joven hermosa, por las gracias que vi en ti; por tu mirada amorosa, por tu mejilla de rosa, por tus labios de rubí.	5	que yo me esté noche y día admirando tu donaire.	15
Si te ofendí en mis amores, mujer querida, perdona! Mas no olviden tus rigores que yo siempre tendré flores para hacerte una corona.	10	Y cuando el pecho abrasado entregues tú a mi rival, deja, mi alma, que a tu lado yo recoja arrodillado las migas de tu panal»,	20
Dobla, sí, tu tiranía; yo sufriré tu desaire: pero deja, vida mía,		Bajo el cerrado balcón de la mujer que ha robado la paz a su corazón, un amante desgraciado preludiaba esta canción.	25

Octubre 7 de 1840.

Notas:

2. En AP, p. 152.

3

EL OMBÚ

A Félix Frías, en Bolivia.

Cada comarca en la tierra tiene un rasgo prominente: el Brasil, su sol ardiente, minas de plata el Perú, Montevideo, su Cerro, Buenos Aires –patria hermosa– tiene su pampa grandiosa; la pampa tiene el ombú.		En el ombú que ha brotado con el germen de mi mente, estas letras he grabado: «A FÉLIX, que no ha olvidado su patria: su amigo ausente».	
Esa llanura extendida, inmenso piélago verde	10	donde la vista se pierde sin tener donde posar, es la pampa misteriosa todavía para el hombre, que a una raza da su nombre que nadie pudo domar.	15
		No tiene grandes raudales que fecunden sus entrañas; pero lagos y espadañas inundan toda su faz,	20

que dan paja para el rancho,
para el vestido dan pieles,
agua dan a los corceles
y guarida a la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
esmaltan modestas flores
de aromáticos olores
y de risueño matiz,
el bibí, los macachines
el trébol, la margarita,
mezclan su aroma exquisita
sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos
ni las aves que hay en ellos;
pero sí pájaros bellos
hijos de la soledad
que siendo únicos testigos
del que habita esas regiones
adivinan sus pasiones
y acompañan su orfandad.

Así, nuncio de la muerte
es el cuervo o el carancho;
si la peste amaga el rancho
sobre el techo el búho está;
y meciéndose en las nubes
y el desierto dominando,
las horas está contando
el vigilante yajá.

No hay allí bosques frondosos,
pero alguna vez asoma
en la cumbre de una loma
que se alcanza a divisar,
el ombú solemne, aislado,
de gallarda airosa planta,
que a las nubes se levanta
como faro de aquel mar.

¡El ombú! Ninguno sabe
en qué tiempo, ni qué mano
en el centro de aquel llano
su semilla derramó.
Mas su tronco tan ñudoso,
su corteza tan roída,

bien indican que su vida
cien inviernos resistió.

Al mirar como derrama
su raíz sobre la tierra,
y sus dientes allí entierra
y se afirma con afán,
parece que alguien le dijo
cuando se alzaba altanero:
«Ten cuidado del pampero,
que es tremendo su huracán».

Puesto en medio del desierto,
el ombú, como un amigo,
presta a todos el abrigo
de sus ramas con amor:
hace techo de sus hojas
que no filtra el aguacero
y a su sombra el sol de enero
templa el rayo abrasador.

Cual museo de la pampa
muchas razas él cobija;
la rastrera lagartija
hace cuevas a su pie.
Todo pájaro hace nido
del gigante en la cabeza;
y un enjambre en su corteza,
de insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo
de rubí, topacio y oro,
de allí sube a Dios el coro
que le entona al despertar
esa pampa, misteriosa
todavía para el hombre,
que a una raza da su nombre
que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
que en las llanuras se oculta
hasta la porción más culta
de la humana sociedad,
como un linde está la pampa
sus dominios dividiendo
que va el bárbaro cediendo
palmo a palmo a la ciudad.

65

25

70

30

75

35

80

40

85

45

90

50

100

55

105

60

Y el rasgo más prominente de esa tierra donde mora el salvaje que no adora otro dios que el <i>Valichú</i> , que en <i>chamal</i> y poncho envuelto, con los <i>laques</i> en la mano ya sembrando por el llano mudo horror, es el ombú.	110	acompañó sus congojas, que el ombú de entre sus hojas tomó rocío y lloró.	140
¡Cuánta escena vio en silencio! ¡Cuántas voces ha escuchado que en sus hojas ha guardado con eterna lealtad! El estrépito de guerra su quietud ha interrumpido; a su pie se ha combatido por amor y libertad.	115	Sobre su tronco sentado el señor de aquella tierra de su ganado la yerra presencia alegre tal vez; O tomando el <i>matecito</i> bajo sus ramos frondosos pone paz a dos esposos o en las carreras es juez.	145
En su tronco se leen cifras grabadas con el cuchillo, quizá por algún caudillo que a los indios venció allí; por uno de esos valientes dignos de fama y de gloria, y que no dejan memoria porque nacieron aquí...!	120	A su pie trazan sus planes, haciendo círculo al fuego, los que van a salir luego a correr el avestruz... Y quizá para recuerdo de que allí murió un cristiano, levantó piadoso mano bajo su copa una cruz.	150
A su sombra melancólica en una noche serena amorosa cantilena tal vez un gaucho cantó; y tan tierna su guitarra	125	Y si en pos de amarga ausencia vuelve el gaucho a su partido, echa penas al olvido cuando alcanza a divisar el ombú, solemne, aislado, de gallarda, airosa planta que a las nubes se levanta como faro de aquel mar.	155
	130		160
			165
		Montevideo, junio 8 de 1843.	

Notas:

3. En AP, p. 153-155.

v. 117. [*N. del a.*] Los pampas y casi todas nuestras tribus indígenas envuelven el cuerpo en una manta de lana desde la cintura hasta las pantorrillas que llaman *chamal*, vestido que han adoptado nuestros gauchos bajo el conocido nombre de *chiripá*. También han adoptado estos las *bolas*, arma de caza y guerra cuyo nombre indígena es *laques*. Creo que el lenguaje poético debe preferir las palabras *chamal* y *laques*; lo mismo que la acentuación que he usado en la palabra que vulgarmente se pronuncia *gualichu* o *valichu*. Véase: *Costumbres de los pegüenches*, por Cruz; Ángelis, tomo primero. | [*N. de la e.*] Esta última referencia bibliográfica corresponde a: Luis de la Cruz, *Descripción de la naturaleza de los terrenos y costumbres de los Pegüenches*, libro III, en Pedro de Ángelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, t. I, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.

EL CEMENTERIO VIEJO

Montevideo.

I

¿Por qué pones, oh Dolores,
 en tu frente blancas flores;
 y por qué en tus ojos bellos
 resplandecen los destellos
 de una chispa celestial?
 ¿Por qué late el blanco seno
 de suspiros agitado?
 ¿Por qué el rostro delicado
 se matiza de coral?

Agitada está la hermosa
 porque hoy mismo será esposa,
 del más gallardo guerrero
 que empuña robusto acero
 bajo el patrio pabellón.
 Mas él, de amor, la corona
 mezclar con palma ha querido,
 por eso al campo ha salido
 con su valiente escuadrón.

¡Sus laureles vencedores
 mezclará con esas flores
 con que adornaste tu frente,
 y su espada reluciente
 pondrá rendida a tus pies,
 por ceñirte con sus brazos
 tu bellísima cintura,
 y embriagarse en la dulzura
 de tus labios una vez!

«¡Llega, llega hora deseada...!
 Un tropel de gente armada
 acercarse veo al muro;
 pero el cielo ya está oscuro
 y no alcanzo nada a ver.
 ¡Si será el valiente Carlos...!
 Hacia aquí el tropel avanza.
 ¡No abandones, esperanza,
 a esta infelice mujer!»

El amor no tiene espera:
 como los aires ligera,
 ella se lanza anhelante,
 para estrechar a su amante 40
 sobre su fiel corazón.
 «¡Dónde está mi Carlos –grita–,
 que yo le oiga, que le vea!
 Y una voz (maldita sea)
 responde: «murió en la acción». 45

Deshojáronse, Dolores,
 de tu guirnalda las flores;
 se marchitó tu hermosura
 y cambiose en sepultura
 el albo lecho nupcial. 50
 Llegó el deseado momento,
 pero tu dicha en su aurora,
 desapareció: ¡Virgen, llora!
 naciste en día fatal.

Del bravo Carlos el querido nombre 55
 en duro mármol esculpió el amor;
 única huella que recuerda al hombre
 cuando se vuela al reino del Señor.

¡Pobre Dolores! Triste cementerio
 ora es tu dicha, tu mansión, tu bien: 60
 como una sombra, un ángel, un misterio,
 por él los hombres divagar te ven.

Con flores riegas la modesta fosa,
 lágrimas viertes, gime el corazón;
 pones la fuente encima de la losa, 65
 y al cielo, virgen, alzas tu oración:

«Cubre esta tumba con tu excelsa mano
 solo consuelo, oh Dios, de mi orfandad. 30
 ¡Y si a este polvo toca algún profano,
 tu ira, Señor, castigue su impiedad!» 70

II

35 El cementerio es el término
 entre la vida y el cielo,

el polvo que hay en su suelo
de huesos de hombres nació.
Es un templo consagrado
a los restos de la vida;
es la memoria querida
que de los muertos quedó.

Desde su asiento sumido
en un silencio profundo,
él hace señas al mundo
con los brazos de su cruz.
No apartéis, hombres, la vista
del imponente sagrario;
ved que ese fétido osario
eclipsará vuestra luz.

Si indiferente lo miras,
mortal impío, él te advierte
que nuestro fin es la muerte,
que todos vamos allí.
Con la vara que midieres
con ella serás medido:
si echas jamás en olvido
esta sentencia, ¡ay de ti!
Bárbaro, infame sería
que la santa sepultura
que a la hermana criatura
último asilo prestó,
por una mano profana
fuera en su paz perturbada,
que revelara la nada
del que en ella se escondió.

Así Dolores la bella,
al sepultar a su amante,
salir pensaba triunfante
del tiempo y de su rigor,
y al ver su cuerpo en sagrado
y su espíritu en el cielo,
ella encontró algún consuelo
para su acerbo dolor.

Pasáronse algunos años...
Y pensando en sus amores,
otra vez quiso Dolores
el sepulcro visitar,
en donde puso piadosa

de su vida el solo encanto;
y sobre él flores y llanto
de rodillas derramar.

III

Como una bola de fuego
suspendida en el espacio
por una mano invisible,
bajaba el sol al ocaso.

Resplandeciente cortina
de corales y topacios,
al astro rey envolvían
en un espléndido manto.
Por cima el mar arrojaba
uno solo de sus rayos,

cual áureo, inmenso camino
de estrellas todo sembrado.
Para que el mundo no olvide
que él es su gran soberano,
muestra el sol toda su pompa
al hundirse en su palacio.

Luego la luz vespertina
se adelantó paso a paso,
convirtiendo el universo
en panorama fantástico.

De la mar sobre la espalda
se dibuja el negro manto
de una mujer que se acerca
al cementerio arruinado.
La frente inclinada a tierra
y el rostro bañado en llanto,
mueve la planta ligera
hacia el sitio solitario.

De repente se detiene;
lleva a los ojos las manos;
mira atenta; observa todo;
¡parece fría de pasmo!

En otro tiempo, severo
estaba aquí el *camposanto*;
hoy todo es ruinas, escombros;
y entre ellos huesos y cráneos.

Ni una cruz se ve que diga:
«Aquí reposan cristianos».
¡Dolores, pobre Dolores!
¿por qué no vuelves el paso?

Pero ella signe adelante que la fuerza su cuidado; y entra al recinto que alumbra de la noche el astro pálido.	160	IV	Condenada está tu vida a ser siempre combatida del demonio del dolor. ¡Viniste a aliviar tu duelo y hallaste en vez de consuelo, ruinas, espanto y horror!	180
—				
Allí encuentra sepulcros destapados de donde sale repugnante olor; cadáveres hay dentro disecados... ¡Oh, qué horror! Azorada y temblando huye ligera, y su planta tropieza con fragor en una descarnada calavera...» ¡Oh, qué horror! Divagan por allí bestias hambrientas y animales innobles sin temor, pisoteando sepulcros y osamentas... ¡Oh, qué horror!	165		Viniste pobre Dolores, a regar con llanto y flores una piedra sepulcral: ¡mas la suerte te condena a que apures de la pena la copa amarga, infernal!	185
.....	170		Infeliz vuelve la planta; huye, huye porque espanta esa horrorosa mansión, donde espíritus malditos de noche vagan y a gritos van diciendo: «¡maldición!».	195
Llega, en fin, de su Carlos al sagrario que a la sombra dejó del Redentor; ¡Ay! tiraron sus restos al osario... ¡Oh, qué horror!	175		¡Maldición sobre el que impío mira indiferente y frío este blasón de impiedad! Mil maldiciones sobre esos que no escuchan a estos huesos que están clamando: «¡Piedad!».	200

Octubre 8 de 1840.

Notas:

4. En AP, p. 155-157.

5

A MAYO

La libertad es la gloria de los pueblos.

La Mennais

¡Hace tres siglos ahora! El trono ibérico entonces sobre acero y sobre bronce cimentado había un rey,	cuya espada vencedora humilló a los otros reyes, cuyos gestos fueron leyes y medio mundo su grey.	5

A cuyo carro triunfante
guiaba siempre la victoria
y sobre él iba la gloria
coronando la ancha sien
del monarca, del gigante,
que si el mar le detenía,
yo iré más lejos, decía:
¡Te venceré a ti también!

Y al punto un genio profundo
inspirado por Dios mismo,
se lanzó con heroísmo
al temible, ignoto mar,
a sacar un nuevo mundo
que en sus senos se escondía
y que su alta fantasía
sólo pudo adivinar.

¡Hace tres siglos ahora!
y la América inocente
tenía pura su frente
de todo infame borrón;
y de sí misma señora
ni soñó en futuras penas
al mirar en sus arenas
las banderas de Colón.

¡Vieja Europa corrompida!
Rebosaba en ti el veneno
y quisiste echarlo al seno
de una tierra virginal,
y agobiarla enfurecida
con tus bárbaras legiones,
que en la cruz de sus pendones
escondían el puñal.

No bastaba a tu codicia
de los Incas la corona;
el dosel de Moteuczoma
no saciaba tu avidez.
¡Con satánica avaricia
todo el mundo americano
en el hueco de tu mano
pretendiste asir tal vez!

América; ¡ay de ti! tu dócil cuello
puso Dios en las manos del verdugo;

10 tocaron a degüello
 unciéronte a vil yugo;
y aquel sol que esmaltó tu hermoso cielo,
la muerte oscureció con negro velo.

15 Y la sangre corrió formando lagos 55
desde el monte escarpado a la llanura:
 el Inca apuró a tragos
 la copa de amargura;
y de cráneos alzose una montaña
monumento de oprobio para España. 60

20 ¡Oro, oro! clamaba el extranjero;
y a quien oro a montones le ofrecía
 con implacable acero
 su corazón partía;
y a su vista ¡qué horror! hacía pedazos 65
el hijo que lloraba entre sus brazos.

25 ¡Cumple España tu suerte... o tu delirio!
¡El crimen no es difícil! ¡sangre, fuego!
 Tú das hoy un martirio
 que el tuyo será luego; 70
30 ¡cuando América troce sus cadenas
también correrán lagos de tus venas!

II

35 ¿No oís? rumor lejano
se escucha allá hacia el Plata, 75
y por la sierra y llano
cual trueno se dilata
y va rodando al mar.
¿Acaso son las iras
40 del Dios de las tormentas?
No, no: la esclava ilustre 80
cansada ya de afrentas,
sus hierros va a trozar.

45 ¡Sublime fue aquel día!
¡Mirad! un mundo entero
sacude su apatía, 85
empuña fuerte acero
con ansia varonil;
y ardiendo en fuego santo
el que era ayer esclavo,
50 donde combate, vence; 90

que el hombre libre, es bravo,
el siervo es un reptil.

Tan arduo fue su empeño
como su fin grandioso.
Al despertar del sueño
el pueblo, perezoso
sentía el corazón;
pero su voz potente
Castelli alzó: y la llama
que de sus labios sale
el gran Moreno inflama
con sólida razón.

La juventud ardiente
que a glorias sólo aspira,
se abalanzó de frente
a contrastar la ira
del gótico León.
Y si de abismos hondos
sembrada halló su senda,
también ganó laureles,
que la más pura ofrenda
para la patria son.

Tú San Martín trepaste
la gigantesca cima,
y al español postraste
en Chacabuco, en Lima
y el inmortal Maipú.
¡A ti laurel eterno!
¡A ti por siempre gloria!
Libertador te aclama
la justiciera historia
de Chile y el Perú.

Belgrano, tu alto nombre
escrito está en dos templos
tus hechos, ¡oh grande hombre!,
serán bellos ejemplos
que nunca han de morir,
sabrán los venideros
que en Tucumán triunfaste
sabrán que al pueblo esclavo
la senda le mostraste
de un bello porvenir.

¡Balcarse! y tú ceñiste
tu frente la primera;
que en Cotagaita fuiste
el que la azul bandera
batió en pompa triunfal.
95 ¡Pero mirad...! ¡silencio...!
Más alto que los Andes
se eleva entre laureles
el grande de los grandes,
100 ¡Bolívar inmortal!

¡Y cuánta acción hermosa
quedó en injusto olvido!
¡Cuánta alma generosa
incógnita ha subido
al trono del Señor.
105 ¡Lloremos! que la historia
con su buril severo,
no grabará sus nombres
para que el mundo entero
110 dé vivas en su honor.

III

Tal fueron de mayo los días de gloria.
Marchando la patria de lucha en victoria,
a filo de espada sus grillos trozó;
115 y el drama imponente que empieza en el Plata
la América joven el día desata
que allá en Ayacucho su Dios alumbró.

Entonces del polvo la augusta matrona
120 levanta la frente que un genio corona
con nueve guirnalda de palma y laurel;
y aquellas guirnalda hermosa diadema
del libre hemisferio, son fúlgido emblema
de nueve naciones brotadas en él.

Florido destino se extiende a su frente
125 si en ellas germina la santa simiente
regada con sangre más pura que el sol.
Si saben sus brazos arar esa tierra
que en duras fatigas, en bárbara guerra,
130 libraron sus padres del yugo español.

De hoy más, cuando miren surcando su río
llegar a sus puertas ajeno navío

verarlo acercarse sin mudo pavor; que ya de la España no son los galeones que vienen a darles infames prisiones y el fruto a llevarse de tanto sudor.	175	¿Murieron algunos? ¡Felices...! Al menos, un templo en el pecho tendrán de los buenos que ingrato el olvido no irá a profanar.	200

IV

El hombre de Europa traspasa los mares huyendo del aire que infesta sus lares, para almas altivas veneno mortal; y en aras del pueblo que supo a balazos librarse de reyes, ofrece sus brazos, sus altas ideas, su pingüe caudal.	180	Y de tan altos varones sobre la modesta losa busque el vate inspiraciones y oiga el mundo sus canciones con atención religiosa.	205

¡Los reyes...! ¡Los reyes...! palabra maldita que en mengua del hombre con sangre está escrita sobre la honda tumba del tiempo que fue. ¡Los tronos...! ¡blasfemia! ¡sólo hay uno, eterno! Los otros son furias que aborta el infierno; de la ira del cielo son signos tal vez.	185	Y las vírgenes en coro con guirnaldas de ciprés, allí viertan tierno lloro, entonando en liras de oro cantos épicos después.	210

¡Ser libre...! sin miedo decirse: «soy dueño del lecho en que gozan mis hijos el sueño, del lienzo que visten, de un mísero pan». Y horribles presagios no estar entre el pecho gritando sin tregua: «¡Tus hijos sin lecho, sin pan y sin lienzo mañana estarán!»	190	Y vosotros retoño de aquellos que trozaron las patrias cadenas, recordad que tenéis en las venas una sangre de gran majestad. No olvidéis que al partir al combate ¡libertad! vuestros padres clamaban;	215

¡Ser libre! ¡ser hombre! grandioso programa de MAYO solemne; magnética llama do fueron sus hijos la espada a templar.	195	no olvidéis que en la cuna os cantaban: «Libertad, libertad! ¡Libertad!».	

1841.

Notas:

5. En AP, p. 157-160. Publicado originalmente en *Certamen poético. Montevideo. 25 de Mayo de 1841*, ed. por Juan Bautista Alberdi, [Montevideo], Imprenta Constitucional de P. P. Olave, [1841], pp. 14-20.

v. 218. [*N. del a.*] Verso notable del himno argentino.

Semejante a ondina bella
su cuerpo airoso descuella...

E. Echeverría

De las entrañas de América dos raudales se desatan; el Paraná, faz de perlas, y el Uruguay, faz de nácar. Los dos entre bosques corren o entre floridas barrancas, como dos grandes espejos entre marcos de esmeraldas. Salúdanlos en su paso la melancólica pava, el picaflor y el jilguero, el zorzal y la torcaza. Como ante reyes se inclinan ante ellos ceibos y palmas, y la arrojan flor del aire, aroma y flor de naranja: así siguiendo su senda sobre sus lechos se arrastran; luego en el Guazú se encuentran, y reuniendo sus aguas, mezclando nácar y perlas se derraman en el Plata.			
—			
¿El Plata? y es verdad. Ancha llanura de bruñido metal que nunca acaba, parece el río cuya diestra lava de Buenos Aires el soberbio pie;			
cuya izquierda tendiendo hacia el oriente de una joven beldad la falda toca; beldad guardada por gigante roca que el Plata inmenso desde lejos ve.			
Y es fama que esa roca majestuosa a la bella ciudad pusiera nombre, cuando en medio del mar al verla un hombre « <i>Monte veo</i> » del mástil exclamó.			
	En frente de ese monte nació un pueblo con un cinto de muros y cañones, do clavaron tres reyes sus pendones que colérico el Plata contempló.	35	
	Te envidiaron los reyes, rica joya, y un día en sus coronas te ostentaron, y al mirarte otro día sólo hallaron en vez de joya duro pedernal.	40	
	Entonces adornaste la diadema de la joven República de Oriente, que te muestra a los pueblos en su frente desde el cerro su eterno pedestal.	45	
	—		
	Ahí estás Montevideo extendida sobre el río como virgen que en estío se ve en el lago nadar. La Matriz es tu cabeza, es la Aguada tu guirnalda, blancos techos son tu espalda y tu cintura, la mar.	50	
	Ciudad coqueta, sonríes cuando ves los pabellones, de poderosas naciones flamear en rico bajel. Y les pagas las ofrendas que ellos traen a tu belleza, con tu campo, y la riqueza que derrama Dios en él.	55	
	En tu puerto a centenares mécense los masteleros como bosque de palmeros que sacude el vendaval. Y si en él se ve de noche	60	
		65	

navegar rápida vela,
parece garza que vuela
de algún lago en el juncal.

En las noches sin estrellas
tenebrosas del invierno,
cuando el mar es un infierno
que al marino hace temblar,
tú, benéfica iluminas
sobre tu roca gigante,
un fanal que al navegante
seguro norte va a dar.

En otro tiempo los reyes
levantaron alta valla,
de impenetrable muralla
para oprimirte, Beldad.
Pero el hierro del esclavo
sacudiste de tus brazos,
y los muros a pedazos
derrumbó la libertad.

Eres tú, Montevideo,
del Plata blanca sirena,
y tu entraña una colmena
cuya miel es el amor.
Feliz el labio que guste
de tu miel, ciudad de amores,
que tus hijas son las flores
que dan tan dulce licor.

Tus hijas todas son ángeles 95
en dulzura y en pureza,
70 son estrellas en belleza,
de la vida el iris son.
Por ellas, sólo por ellas,
eres tú, Montevideo, 100
de mi memoria recreo,
de mis sueños ilusión.
75
Y si tú crees en los sueños,
escucha, oh pueblo, uno mío:
yo soñé que veía al río 105
salir de su ancho cristal,
y que a ti y a Buenos Aires
80 en sus brazos estrechaba,
¡y así unidos os dejaba
en un abrazo inmortal! 110
—
85 Si eres sólo un ensueño, dulce idea,
que fascinas mi ardiente fantasía,
no amanezca jamás el triste día
que te borre de mí.
90 ¡Pero no! que en los cielos está escrita 115
en la página de oro del destino,
la unión del oriental y el argentino
que en mis ensueños vi.

Setiembre 1 de 1840.

Notas:

6. En AP, p. 160-161.

EL RETRATO DE VARELA, POETA ARGENTINO
(SOBRE EL ÁLBUM DE SU HERMANO FLORENCIO.)

La muerte es nada; el olvido, todo.

Young

Si en la corona bella que a tu hermano nuestra patria, Florencio, ceñirá, una flor puede haber pobre, aunque pura, mi mano, buen amigo, la pondrá.		Así, tu voz robusta tu poderoso canto, tu ardiente corazón ofreciste a la patria con entusiasmo santo en sincera oblación.	30
—			
Eran los días grandes de la patria, los días en que el mundo de Colón, sacudiendo su yugo, en los combates con su sangre borraba su baldón.	5	Y tu cantar sublime arrebató al olvido su velo sepulcral: el nombre que tu mano, Poeta, haya esculpido, ¡será siempre inmortal!	35
Los días en que el Sol, dios de los incas, reflejaba su rayo divinal, sobre el sol que adornaba la bandera de Maipú, Chacabuco y Tucumán.	10	Por eso el varón ínclito que su estandarte en Lima y en Chile hizo flamear, y de los altos Andes en la nevada cima	40
¡Los días en que América se alzaba la frente coronada de laurel, con un regío estandarte por alfombra y una joven bandera por dosel!	15	su lanza fue a clavar;	45
Y ese lauro cortado con la espada de Bolívar, Belgrano y San Martín, con sangre de cien héroes fecundado, ¿marchito en el olvido va a morir?	20	¡Y el nombre de Cangallo que convirtió en hoguera el bárbaro español, y de aquellos valientes que el Ituzaingó viera, vivirán como el sol!	50
No, que el cielo dio el trueno a las tormentas, huracanes furiosos a la mar; y a los héroes dio el canto de los vates para su nombre y fama eternizar.		—	
Y tú fuiste VARELA, el escogido para oír su divina inspiración; y la lira pulsando de los vates las glorias proclamar de tu nación.	25	No fuera, poeta, tu solo destino subir a las nubes, cual sube el cóndor; del genio debías abrir el camino: lo abriste y la gloria tu sien coronó.	55
—		Tu canto era el eco de un himno del cielo la patria fue siempre tu musa, ¡tu Dios! Mas, ¡ay! ¡que cortaron al águila el vuelo! ¡Al bardo, un tirano, sin patria dejó!	60

¡Proscrito! ¿cuál crimen, cuál fue tu pecado?
¿Incienso a la patria y aromas quemar...?
¡Ah! el cielo de espinas la senda ha llenado
que al templo conduce de gloria inmortal.

En tanto la muerte, velando a tu lado 65
infunde en tus venas veneno cruel;
y espiras, poeta, de sueños rodeado
¡más bellos que el cielo, más dulces que miel!

Y tú, que pasaste, tu vida afanosa
robando a la tumba su presa mejor, 70
dejaste en el mundo memoria gloriosa,
joyel de la patria de inmenso valor.

Y el mundo que admira, Varela, tu nombre,
salvó del olvido tu imagen también.
Merezca un recuerdo la imagen del hombre; 75
¡la frente del vate merezca un laurel!

Julio 28 de 1840.

Notas:

7. En AP, p. 162-163.

ECHEVERRÍA

*Esteban*¹

Don Esteban Echeverría nació en la ciudad de Buenos Aires por aquellos años en que las armas inglesas perturbaron la paz colonial del Río de la Plata y despertaron a un mismo tiempo al genio de las batallas y a la musa que celebra las victorias. Huérfano desde muy niño, formó su corazón al lado de una madre amorosa a quien recuerda siempre con ternura y «cuya voz inefable que aprendió a conocer desde la cuna» ha oído más de una vez en sus éxtasis de poeta.

Preparado con los primeros estudios literarios y aspirando a una instrucción más vasta que la que podría alcanzar en su país, pasó a Francia en el año de 1825.

Después de seis años de constantes estudios, regresó a América en junio de 1830, rico en conocimientos positivos, muy versado en las literaturas extranjeras y conocedor de la nuestra, como ya entonces lo probaba saludando las playas nativas con estos versos armoniosos:

¡Oh Patria, Patria, nombre sacrosanto,
a pronunciarte vuelvo con encanto!
Tu halagüeño semblante
ya rebuscan mis ojos cuidadosos
por el vasto horizonte,
y cual airosa cima de alto monte
ya lejos lo perciben y mi seno
de júbilo rebosa palpitante...

Buenos Aires acababa de salir de una revolución sangrienta que trajo la postración de los ánimos y tras ella despotismo y barbarie. Los generosos proyectos de servicios a su país que sin duda había concebido el señor Echeverría quedaron burlados y se reconcentró de nuevo en el estudio. La tristeza y la soledad produjeron en él uno de sus frutos naturales –la poesía–, esa inocente consoladora de las almas afectuosas y de los espíritus cultivados.

Elvira o la novia del Plata fue el primer poema hijo de su musa. Apareció anónimo en 1832,³ en un momento muy poco literario para Buenos Aires y pasó por consiguiente inapercibido a pesar de su originalidad y de sus muchas bellezas.

Elvira es la prometida esposa de Lisardo y éste, «explorando el campo de las ciencias», trata de hacerse digno del amor y de la posesión de su elegida. En tanto, en uno de esos hermosos días de nuestras primaveras,

En el jardín ameno
que vio nacer sus plácidos amores,

Se entregaba Elvira a muy agradables recuerdos:

Mas vagó de repente
en su risueña mente
como triste y fatal presentimiento;
oscureció el pesar su alegre frente,
y así cantó con melodioso acento:

¿Podríamos pasar en silencio la preciosa canción de la Ofelia americana, ya que no damos cabida en nuestra colección al poema de donde la copiamos?

Creció acaso arbusto tierno
a orillas de un manso río
y su ramaje sombrío
muy ufano se extendió;
mas en el sañudo invierno
subió el río cual torrente
y en su túmida corriente
el tierno arbusto llevó.

Reflejando nieve y grana
nació garrida y pomposa
en el desierto una rosa,
gala del prado y amor;
mas lanzó con furia insana
su soplo inflamado el viento
y se llevó en un momento
su vana pompa y frescor.

Así dura todo bien...
Así los dulces amores
como las lozanas flores
se marchitan en su albor;
y en el incierto vaivén
de la fortuna inconstante
nace y muere en un instante
la esperanza del amor.⁴

El mismo dejo de infortunio próximo y pesar, que hay en el fondo de estos versos, se siente en los coloquios de los dos amantes. Lisardo ha visto en los sueños de una de sus noches dos corazones ansiosos por unirse y que la mano de un espectro aparta con «turbia sonrisa»: ha oído una voz secreta que le decía:

Del tálamo halagüeño
el éxtasis de amor y de ternura
no gozarás en brazos de tu dueño...

Los delirios febriles de Lisardo son el pretexto de que se ha valido el poeta para desatar su imaginación y presentar un cuadro caprichoso, alto en colores y abundante en muy extrañas figuras. Del seno de una selva virgen evoca a toda aquella turba de engendros inmundos y de espíritus de mal y tiniebla que según una tradición comunicada a los pueblos cristianos por los judíos,⁵ bullían alegres en las noches del sábado alrededor de Lucifer, armado de cetro y ceñido de una tiara.

Tales asambleas no pueden convocarse sino para urdir tramas de muerte y agostar la flor de las esperanzas virtuosas. «Canta el gallo en la alquería», la turba infernal se desvanece como el humo y Lisardo despierta entonces a la voz imperiosa que suena a sus puertas, diciendo:

«¡Elvira, Elvira, ya es tiempo!»

Lisardo ha despertado para presenciar un espectáculo real y cruel:

El luminar del día
reclinaba su frente
sereno y majestuoso en occidente,
y fugaz el crepúsculo esparcía
melancólico velo sobre el mundo.
Multitud silenciosa y pensativa
en rededor de un féretro marchaba,
donde mortal despojo se veía
cubierto con el cándido ropaje
de la inocencia, y en su sien ceñida
de azucenas y violas amorosas
corona virginal, aún no marchita.
Mas de repente en medio del concurso
un joven se arrojó, tendió su vista
sobre el fúnebre ataúd y repitiendo

con grito de dolor: «¡Elvira! ¡Elvira!»

Exánime cayó.....

Si en ciertas obras de imaginación, más que en los pormenores, está el mérito en la final y duradera impresión que dejan en el ánimo, mérito, sin duda, tiene para nosotros este poema de Elvira. Su lectura ha calmado en nosotros, muchas veces, ese vago anhelo que tal vez ha puesto Dios en el alma del hombre para que le sacie con poesía.

En 1834 apareció el libro que ha hecho amado y popular el nombre del señor Echeverría en el Río de la Plata. Púsole por título: *Los consuelos*, porque, según él mismo, «aquellas fugaces melodías de su lira divertieron su dolor y fueron su único alivio en días de amargura». Tanta fue la aceptación que tuvieron *Los consuelos* que, a pesar de haber sido muy copiosa su primera edición, se hizo otra en 1842, con pequeñas correcciones y cambios.⁶

Bajo el modesto título: *Rimas* de Esteban Echeverría apareció en 1837 el volumen que contiene el poema «La cautiva»:⁷ su asunto está tomado de las frecuentes invasiones que los indígenas de la llanura hacen sobre las poblaciones cristianas de la provincia de Buenos Aires. El autor, mejor que pudiéramos nosotros, da a conocer el designio del poema y algunas de sus teorías literarias, en su advertencia preliminar. Dice así: «El principal designio del autor de *La cautiva* ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto, y para no reducir su obra a una mera descripción ha colocado en las vastas soledades de la Pampa dos seres ideales, o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y el infortunio. El suceso que poetiza, si no es cierto, al menos entra en lo posible; y como no es del poeta contar menuda y circunstanciadamente, ha escogido sólo, para formar su cuadro, aquellos lances que pudieran suministrar más colores locales al pincel de la poesía... De intento usa a menudo locuciones vulgares y nombra las cosas por su nombre, porque piensa que la poesía consiste principalmente en las ideas y porque, no siempre como aquéllas, logran los circunloquios poner de bulto el objeto ante los ojos. La poesía ni miente ni exagera. Sólo los oradores gerundios y los poetas sin alma toman el oropel y el rimbombo de las palabras por elocuencia y poesía. El poeta, es cierto, no copia sino a veces la realidad tal cual aparece comúnmente a nuestra vista: porque ella se muestra llena de imperfecciones y máculas, y aquesto sería obrar contra el principio fundamental del arte, que es representar lo bello...».

A más de estas obras, el señor Echeverría ha publicado muchas composiciones patrióticas llenas de entusiasmo y de excelente doctrina después que los sucesos de la revolución de su país le obligaron a abandonar la paz de sus campos y la vida independiente de ganadero. Trasladado desde entonces a Montevideo, donde reside en la actualidad, ha escrito allí dos poemas que conserva inéditos todavía. El «Ángel caído» (así se titula uno de ellos) consta de ocho cantos y de más de cinco mil versos.

Algunos escritos en prosa recomiendan también el talento del señor Echeverría: la prensa de varias de nuestras repúblicas no ha mucho que ha reproducido la introducción de un libro que para la educación social y moral de la niñez encomendó a nuestro poeta el gobierno de Montevideo.⁸

Notas:

¹ [N. ms. de JMG] En los espacios marginales de toda la página se fueron adicionando, en diferentes momentos, las referencias bibliográficas y los datos que siguen: «Lamas, introducción a las *Poesías* de Berro. / Amunátegui *Juicio crítico a algunos poetas hispano-americanos* / Marmier *Viajes* / Obligado, Pastor J. *La nación Argentina*, octubre de 1862 / Citado en la introducción de la *Biblioteca Americana* de Barros Arana. Leipzig, 1861 / En *La Nación Argentina*, núm. 71 del 6 octubre 1862, se ha publicado un artículo biográfico crítico sobre Echeverría, firmado con una Z, que es la última letra de mi apellido / En el *Correo de Ultramar* de fines de 1862, hay un artículo de Torres Caicedo sobre Echeverría. / «Necrología. Don Esteban Echeverría. Noticia de este poeta americano muerto recientemente en Montevideo», por don Juan Bautista Alberdi, en el periódico de Santiago de Chile titulado *Sud América*, año 1851, t. 2, p. 125.». «Falleció en Montevideo el 19 de enero de 1851. / Nació en Buenos Aires el día 2 de septiembre de 1805. Fue bautizado con los nombres José Esteban Antonio, en la parroquia de la Concepción.» «Véase el Apéndice / *El Avellaneda*, imp. / *La Revolución del Sur*, imp. / *Dogma socialista* / Cartas a D. P. [...] / [Un libro de educación] / *Elvira* / *Consuelos* / *Rimas* / *El ángel caído* ms. / *La guitarra* imp.» «Y sobre él al nacer tendió su manto / la santa y celestial melancolía». H. L. de Vadiá. Trad. del «Cementerio» de T. Gray.»

² [N. de la e.] Fragmento de «El regreso», en Esteban Echeverría, *Los consuelos*, 1ª ed., Buenos Aires, Imprenta Argentina, 1834, pp. 201-209.

³ [N. ms. de JMG] En el mes de septiembre, por la Imprenta Argentina de la Plaza, por el Colegio, núm. 37 (31 pp. 8°).

⁴ *Elvira o la novia del Plata*, 1832: «la esperanza y el amor».

⁵ [N. de JMG] Opinión del autor de *Los consuelos*.

⁶ [N. de la e.] Esteban Echeverría, *Los consuelos*, 2ª ed., Buenos Aires, Imprenta Argentina, 1842. Esta edición incorpora correcciones del autor e incluye un discurso crítico que sirve de introducción; aunque este trabajo no lleva firma, numerosas pruebas dejan en claro que pertenece a JMG.

⁷ [N. de JMG] Este poema fue reimpresso en España y juzgado muy favorablemente por el señor don Alberto Lista.

⁸ [N. ms. de JMG] Al margen: «Su poesía a la juventud / [A Versela (D. J. C.)] / Fragmento *Ángel caído*»

EL PENSAMIENTO

¡Oh flor de alta fortuna!

Rioja

Yo soy una flor oscura de fragancia y hermosura despojada; flor sin ningún atractivo que sólo un instante vivo acongojada.	5	Si me mira algún ausente que de amor la pena siente, cobra vida; y es feliz imaginando que en él estará pensando su querida.	20
Nací bajo mala estrella, pero me miró una bella enamorada, y me llamó pensamiento y fui desde aquel momento flor preciada.	10	Yo soy grata mensajera que bajo forma hechicera voy volando, a llevar nuevas de dicha al que vive en la desdicha suspirando.	25 30
No descuello en los jardines como los albos jazmines o las rosas; pero me buscan y admiran, me contemplan y suspiran las hermosas.	15	Símbolo del pensamiento, del amor y el sentimiento, mi destino es deleitar al que adora y consolar al que llora peregrino.	35

1832

Notas:

1. En AP, pp. 166-167; en Esteban Echeverría, *Los consuelos*, 1ª ed., Buenos Aires, Imprenta Argentina, 1834, pp. 3-5. El ejemplar consultado pertenece a la biblioteca de JMG y fue obsequiado, según consta en nota manuscrita, por Pastor S. Obligado. Este volumen presenta las siguientes particularidades: faltan las primeras páginas y algunos poemas, contiene leves correcciones manuscritas y devela la identidad de las dedicatorias ocultas tras las iniciales. También en Esteban Echeverría, *Los consuelos*, corregida por el autor y con un discurso crítico sin firma que sirve de introducción [pertenece a JMG], 2ª ed., Buenos Aires, Imprenta Argentina, 1842, pp. 1-3. | Epígrafe: *Los consuelos*, 1834, falta página.

v. 31. *Los consuelos*, 1834: *Emblema* (por *Símbolo*); tachado y corregido por *Símbolo* a mano.

Data: *Los consuelos*, 1834: escrito a mano: «Uruguay. Noviembre 1832»; *Los consuelos*, 1842 reproduce esta inscripción.

LUNA NACIENTE EN EL MAR

Subir veo lentamente
la nítida y blanca luna.
Goethe

Cubierto el horizonte de una faja nublosa, purpúreos resplandores nacen en torno de su frente hermosa.		Coronada de luces la luna se aparece; cual reina de la noche en su cerúleo trono resplandece.	20
Con lentitud se avanzan el espacio ocupando, y los cielos y tierra de luminosos rayos inundando.	5	Contéplase gozosa en el mar transparente, que sereno refleja la imagen de la bóveda luciente.	
Disípanse las nubes del vasto firmamento, que de nuevo se cubre de variado y magnífico ornamento.	10	En calma la natura parece adormecida y su faz macilenta a meditar al pensador convida.	25
Y las estrellas mustias trémulas centellean, y parece abandonan el lóbrego palacio que hermocean.	15	Renacerá la luna y tras ella los días circularán veloces llevando en pos las esperanzas mías.	30

Mayo, 1830.

Notas:

2. En AP, p. 167; en *Los consuelos*, 1834, pp. 27-31; en *Los consuelos*, 1842, pp. 19-21. | Título: en *Los consuelos*, 1834, y en *Los consuelos*, 1842, hay punto entre *naciente* y *en el mar*.

v. 1. *Los consuelos*, 1834: *Velado* (por *Cubierto*).

v. 2. *Los consuelos*, 1834: «de un capuz nebuloso».

v. 4. *Los consuelos*, 1834: «nacen de entre su cerco tenebroso».

v. 16. *Los consuelos*, 1834: *lobregoso alcázar*.

vv. 23-24. *Los consuelos*, 1834: «que mueve sus cristales / con majestad serena e imponente».

v. 30. *Los consuelos*, 1834: *ellas*.

v. 32. *Los consuelos*, 1834: *llevándose* (por *llevando en pos*).

Data: *Los consuelos*, 1834: sin data.

RECUERDO

In vain, alas! in vain.
Campbell

En vano busco la mujer hermosa, imán de mi alma, que llenó mis días de tiernas ansias, deliciosos sueños, de amor y dichas.		Pero qué importa, si su imagen bella mientras yo aliente vivirá en mi pecho, do el aura aspira que a los serafines destina el cielo:	15
La busco en vano que doliente siempre voz ominosa de la negra tumba burla mi anhelo y me responde triste: «Aquí se oculta».	5	hasta que airada la insaciable muerte corte la trama de mi frágil vida, una mis restos a los suyos caros y todo extinga.	20
Se oculta sí... ¿mas sempiterna noche cubrirá el lecho do mi amor descansa? ¿No verá un ángel que moró en la tierra la luz de otra alba?	10	Enero, 1831.	

Notas:

3. En AP, pp. 167-168; en *Los consuelos*, 1834, pp. 39-40; en *Los consuelos*, 1842, pp. 25-26.
v. 15. *Los consuelos*, 1842: *aurora* (por *aura*).

Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: «Enero 17 de 1831».

EL POETA ENFERMO

¡Oh juicio divinal!
Cuando más ardía el fuego
echaste el agua.
Jorge Manrique

El sol fulgente de mis bellos días se ha oscurecido en su primer aurora y el cáliz de oro de mi frágil vida se ha roto lleno.		eco sublime de mi dulce lira, admire el mundo.	
Como la planta en infecundo yermo mi vida yace moribunda y triste, y el sacro fuego, inspiración divina, devora mi alma.	5	Gloriosos lauros las divinas musas me prometieron, y guirnalda bella a la sien tierna de la patria mía yo preparaba.	15
¡Don ominoso! en juventud temprana yo me consumo, sin que el canto excelso,	10	Mas el destino inexorable corta, con mano impía, los frondosos ramos; que el frío soplo de dolencia infausta hiela mi vida.	20

Un foco inmenso de divinos ecos mi alma era un tiempo, que al activo soplo de las pasiones, exhalaba ardiente voces sublimes.		Adiós por siempre aspiraciones vanas, vanas, mas nobles, que abrigó mi mente; adiós del mundo lisonjeras glorias, deleites vanos.	40
Cuanto tocaba en su celeste fuego ardía al punto; el universo un himno era para ella, de armonías puras coro grandioso.	25	Adiós, morada de tiniebla y llanto, tierra infeliz que la virtud repeles y desconoces insensata al genio que te ilumina.	
Mas negra sombra su esplendor eclipsa; ángel de muerte de mi lira en torno mueve sus alas y suspira sólo fúnebre canto.	30	Mi mente siempre en tu región impura se halló oprimida; peregrino ignoto por ti he pasado y sin pesar ninguno de ti me alejo.	45
Como la lumbre de metéoro errante, como el son dulce de armoniosa lira, así la llama que mi vida alienta veo extinguirse.	35	Lira enlutada, melodiosa entona funeral canto, acompañadla gratas musas divinas; mi postrer suspiro un himno sea.	50

Agosto, 1831.

Notas:

4. En AP, p. 168; en *Los consuelos*, 1834, pp. 57-62; en *Los consuelos*, 1842, pp. 37-40. | En *Los consuelos*, 1834, aparece la siguiente dedicatoria: «A mi hermano D. J. M. E.»; en forma manuscrita se especifica: José María Echeverría.

v. 1. *Los consuelos*, 1834: *fugente* (por *fulgente*).

vv. 26-28. *Los consuelos*, 1834: «la enardecía; el universo todo / armonizando resonaba en ella / cual laúd inmenso.».

Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: «Agosto 13, 1831».

5

DESEO

Sub umbra alarum tuarum
protege me.
PS. XVI

Silencio, nada más, y no gemido lágrimas o suspiros yo demandó, en el instante lastimero cuando descienda helado a la mansión de olvido.		sólo apuré los tragos más fatales que me brindó la impía desventura.	
Jamás estéril llanto a la ternura debió mi pecho en sus acerbos males,	5	Dormir, sin ser al mundo tributario, quiero en la noche tenebrosa y fría, sin que nadie interrumpa su alegría; morir, como he vivido, solitario.	10

Tú, numen de infelices, Dios de olvido
 que a la nada presides misterioso,
 encubre con tus alas silencioso 15
 el sepulcro de un ser desconocido.

Diciembre, 1830.

Notas:

5. En AP, p. 169; en *Los consuelos*, 1834, pp. 63-66; en *Los consuelos*, 1842, pp. 41-42.

Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: «Diciembre 30, 1830».

6

ÉXTASIS

Et audivi vocem magnam.

Apocalipsis

Cuando el sol reina en el cenit fulgente, a la sombra sentado de un álamo frondoso, tristemente, por el cielo esmaltado de diamante, oro y plata, mi pensamiento raudo se dilata.	y que la etérea cumbre do no alcanza la necia muchedumbre.	
Ante los ojos míos se anonada el mísero planeta, de dolor y de lágrimas morada, donde el mortal vegeta en el piélago inmundado de la ignorancia y del error profundo.	Y en la eterna región de la armonía y las esencias puras, do reina inalterable la alegría que anhelan las criaturas, en éxtasis glorioso, oye un coro de espíritus grandioso;	5 20
Más lejos que do estalla horrisonante el trueno, se remonta, más lejos que la esfera rutilante que el águila transmonta	Y con ruido que al cántico supera resonar, como trueno, un ronco acento, que repite, vagando por la esfera: «Ven do reina el contento y la gloria que anhelas ¡oh poeta! deja ese triste y mísero planeta».	10 25 30
	Setiembre, 1831.	15

Notas:

6. En AP, p. 169; en *Los consuelos*, 1834, pp. 67-71; en *Los consuelos*, 1842, pp. 43-44.

v. 9. *Los consuelos*, 1834: «de llanto eterno y de dolor morada».

v. 19. *Los consuelos*, 1834: *mansión* (por *región*).

Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: «Setiembre 15, 1831».

7
RUEGO

Inclina aurem tuam ad precem meam.
PS. 87

En ti Señor confío, a ti mi Dios me entrego; mi humilde y triste ruego implora tu piedad; no mires con desvío mi llanto y amargura, que aunque mi alma está impura no abriga la impiedad.		que buscando hoy ansioso tu bálsamo precioso va en alas de la fe.	30
Mí espíritu se humilla a tu divina planta y su dolor levanta esperanzado a ti; acoge la sencilla plegaria que te envía, señor, y tu faz pía vuelve un instante a mí.	5 10	Soy pecador indigno; pero mi alma sincera arrepentida espera en tu inmensa bondad; contempla, pues, benigno, Señor, y no indignado a quien atribulado se acoge a tu piedad.	35 40
Henchido de pasiones mi corazón demente se abandonó al torrente del mundo seductor; mas ya, sus ilusiones falaces desdeñando, se vuelve a ti implorando consuelo en su dolor.	15 20	De dolor consumido, de angustias y dolencia tu divina asistencia necesito, Señor; levanta mi abatido corazón, vuelve a mi alma, vuelve la dulce calma que le roba el dolor.	45
Si algún tiempo embriagado de deleites mundanos los tuyos soberanos insensato olvidé, perdona a un descarriado	25	Atiende a tu criatura que mísera fenece, sus penas adormece, escucha su clamor; pues en mar de amargura se anega mi existencia, mírame con clemencia aunque soy pecador.	50 55
		Noviembre de 1831.	

Notas:

7. En AP, p. 170; en *Los consuelos*, 1834, pp. 73-77 (fue sustraído del volumen); en *Los consuelos*, 1842, pp. 45-48.

Data: *Los consuelos*, 1842: «Noviembre 6, 1831».

CONTESTACIÓN

¡Ah! ya agostada
siento mi juventud, mi faz marchita
y la profunda pena que me agita
ruga mi frente de dolor nublada.

Heredia

Feliz tú que de bellas ilusiones sin cesar halagado, a las visiones inefables del alma, librar puedes tu ardiente fantasía, y de éxtasi embriagar y de armonía tu corazón en calma.		espaciar sus miradas halagüeñas y ver por todo imágenes risueñas, como en la edad florida!	35
Feliz tú que aspirando el aura pura del majestuoso Plata, la hermosura contemplas de la luna, que asoma melancólica su frente, como gentil beldad que de amor siente, la congoja importuna.	5	¡Quién en su lira modular sonora dulce amor y amistad consoladora, tesoros celestiales; y al son de la hechicera melodía derramar esperanza y alegría en los pechos mortales!	40
Mecido allí por sueño delicioso, oyes sólo el susurro misterioso de las olas serenas, que al rayo de la luna resplandecen y en cadencia armoniosa se adormecen sobre muelles arenas.	10	¡Quién fuese como tú que atrás dejando un pasado feliz y contemplando el porvenir brillante, un mundo de esperanzas y delicias ante tus ojos ves y no codicias nada al vulgo anhelante!	45
Allí tu alma inflamada en su desvelo hasta el trono de Dios levanta el vuelo y olvidada del mundo escucha la armonía soberana que de su eterna gloria eterna mana cual venero fecundo.	15	Mi juventud también tuvo visiones de ambición y de gloria y mil pasiones terribles la agitaron; amor fue su delirio y su ventura, y en brazos apuró de la hermosura delicias que volaron.	50
Allí anhela calmar su sed ardiente en esa viva, inagotable fuente que al universo anima, y con alas de fuego divagando el infinito abarca y remontando más y más se sublima.	20	Mas cual roble soberbio que derriba el feroz huracán de cumbre altiva, al impulso violento de fogosas pasiones, abatida cayó mi juventud que sólo vida tiene para el tormento.	55
¡Quién como tú pudiera, el pecho lleno de esperanza y de fe, por el ameno camino de la vida	25	¡Oh si en himnos de excelsa poesía yo pudiera el torrente de armonía exhalar de mi pecho, o en tristes tonos modular süaves, de mi fiero dolor las ansias graves, las dudas y el despecho!	60
	30		65

El canto entonces de la musa mía al eco de la tuya se uniría en soberano coro, y esos pechos de bronce casi yertos latirían oyendo los conciertos de nuestra lira de oro.	70	Pero vano delirio, mi destino es batallar con el dolor contino hasta que suene la hora; y consumirme en agonía lenta, como el ave inmortal que en sí alimenta fuego que la devora.	75

Notas:

8. En AP, pp. 170-171; en *Los consuelos*, 1834, pp. 81-85; en *Los consuelos*, 1842, pp. 49-53. | En *Los consuelos*, 1834, lleva la siguiente dedicatoria: «A D. J. T.»; de modo manuscrito se especifica: Juan Thompson.

v. 34. AP: *esparciar* (por *espaciar*); corrijo según *Los consuelos*, 1834 y *Los consuelos*, 1842.

v. 58. *Los consuelos*, 1834: *las fieras* (por *fogosas*).

v. 64. *Los consuelos*, 1834: *modular y suaves* (por *modular suaves*).

v. 71. *Los consuelos*, 1834: «se animaran acaso a los conciertos».

9

ADIÓS

Ton souvenir sera, dans mon ame attendrie,
comme un son triste et doux qu'on écoute longtemps.

Victor Hugo

No quiere tierna amiga la fortuna enemiga puerto a mi vela dar, y en frágil barca nueva peregrino me lleva por borrascoso mar.	5	Entonces, pío el cielo, quiso que algún consuelo yo diese a tu dolor, y entonces fui dichoso... Mas ¡ah! que ya envidioso me aleja de tu amor.	20
De nuevo separado me voy acongojado lejos de ti a vivir; sin verte, sin hablarte, sin poder consolarte; que es fuerza hoy el partir.	10	Me aleja sí, importuno, donde placer ninguno gustar sin ti podré; donde en ausencia larga, a mi tristeza amarga consuelo no hallaré.	25 30
Cuando fatal desdicha el astro de tu dicha en su oriente eclipsó, con la eterna lazada de la amistad sagrada mi alma a la tuya unió.	15	Pero no importa, pura tu imagen, mi ventura siempre, querida, hará; y cual benigna estrella, consoladora y bella do quier me alumbrará.	35

Adiós mi tierna amiga,
ya la barca enemiga
se afana por partir;
adiós, volveré a verte
si el soplo de la muerte
no apaga mi vivir.

40

Octubre, 1832.

Notas:

9. En AP, p. 172; en *Los consuelos*, 1834, pp. 103-107; en *Los consuelos*, 1842, pp. 67-69. | En *Los consuelos*, 1834, lleva la siguiente dedicatoria: «A D.»

v. 27. *Los consuelos*, 1834: «sin ti no encontraré;».

Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: «Octubre 28, 1832».

10

CREPÚSCULO EN EL MAR

Antes de expirar el día
vi morir a mi esperanza.
Zárate

Allá en el horizonte el rey del día
su frente hunde radiosa,
y por el vasto espacio va flotando
su cabellera de oro luminosa.

Y la hora en que yo veo de mi vida
la trama deshacerse,
y el porvenir glorioso que la halaga
como el cielo entre sombras esconderse. 20

De arreboles vistosos y cambiantes
se adorna el firmamento,
que entre negros celajes se confunden
en su brillante airoso movimiento.

5 En que yo digo adiós a la esperanza
y a los gozos del mundo,
y con incierto paso y sin vigía
marcho por un desierto tremebundo.

Y poco a poco sus inmensas alas
la noche va extendiendo,
y con manto de duelo los adornos
y las galas del orbe va cubriendo.

10 En que contemplo mi fugaz aurora 25
sin lucir disiparse,
y las lozanas flores de mi vida
sin exhalar perfume deshojarse.

Es la hora en que los tristes corazones
ven la imagen sombría
de la esperanza que los sustentaba
desvanecerse con la luz del día.

15 En que a la vez mis bellas ilusiones 30
toman cuerpo, se abultan,
tocan la realidad, y desmayadas
en crepúsculo negro se sepultan.

Mayo de 1830.

Notas:

10. En AP, pp. 172-173; en *Los consuelos*, 1834, pp. 109-113; en *Los consuelos*, 1842, pp. 71-73. |

Título: en *Los consuelos*, 1834 y en *Los consuelos*, 1842, hay punto entre *Crepúsculo y en el mar*.

v. 25. *Los consuelos*, 1834: «En que mi aurora fúgida contemplo».

Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842, coma en lugar de *de*.

11

MI DESTINO

Oui, je mourrai: déjà ma lyre en est en deuil,
jeune, je m' éteindrai, laissant peu de mémoire.

Victor Hugo

Presa de mil dolencias,
el corazón marchito,
a veces angustiado
me concentro en mí mismo,
y voz secreta escucho
decirme estremecido:
«En juventud temprana
morir es tu destino.

«Antes que el lauro sacro
se entrelace y el mirto
en tu lozana frente,
sufrirás el martirio
que al que nació poeta
reserva el hado impío:
que en juventud temprana
morir es tu destino».

De Prometeo el fuego
arde en mi seno altivo,
un buitre despedaza
mi pecho enardecido,
y mi existencia llena
de angustias y conflictos:
que en juventud temprana
morir es mi destino.

A cada instante veo
el tenebroso abismo
de la tumba a mi planta,
y el pensamiento mío
replega al contemplarlo
sus alas abatido:

que en juventud temprana
morir es mi destino.

5 Con el mirar profundo
de espíritu divino,
mi genio el universo 35
abarca y lo infinito;
pero voz ominosa
me repite al oído:

10 que en juventud temprana
morir es mi destino. 40

15 Como la flor del campo
que el inflamado estío
agosta en el momento
de desplegar sus visos;
así se han marchitado 45
mis juveniles bríos:
que en juventud temprana
morir es mi destino.

20 ¿Qué importa que llenase
de fuego peregrino 50
mi pensamiento el cielo;
si soplo fugitivo,
exhalación errante,
al nacer ya me extingo?

25 ¿Si en juventud temprana 55
morir es mi destino?

30 Mi corazón desmaya
de dolor consumido,
y mis fugaces días,

do quier hallaba el encanto de tu semblante halagüeño, do quiera de tus miradas aquel imán hechicero. Día y noche me seguía tu imagen en el paseo, en el bosque, en la campaña y aún en mi tranquilo lecho. Mi juvenil existencia era un deleitoso sueño, de glorias desconocidas, de esperanzas y deseos. Días felices ¡cuán pronto para mí mal fenecieron, dejándome circundado de desolación y tedio! A amar junios aprendimos, amor por dulces senderos nos llevó en sus alas de oro y nos enseñó sus juegos. ¿Te acuerdas, Delmira, el día que nos hablamos primero, cuán alegre y fácilmente nuestras almas se entendieron? ¿Recuerdas, Delmira mía, aquellos dulces momentos que pasábamos alegres en inocentes recreos? ¿Te acuerdas de los regalos con que tu cariño tierno recompensaba del mío el incesante desvelo? ¿De las citas misteriosas? ¿De aquel albergue secreto donde tu boca y la mía se unieron con dulce beso? ¿De nuestros rubores y ansias, nuestro tímido recelo, la precaución inocente y el cariñoso misterio? Sobre todos, de aquel día, día feliz y supremo, en que por hechizo oculto nuestros suspiros se unieron, sin saber cómo, atraídos se tocaron nuestros senos, ligáronse nuestros brazos	50 55 60 65 70 75 80 85 90 95	con nudo de amor estrecho; trémulo tu labio ardiente aplicó al mío su fuego, se abrasaron mis sentidos de amor en el grato incendio y a mis ojos y a los tuyos se anonadó el universo. Todo pasó, dulce amiga, todo pasó en fugaz vuelo, sólo queda la memoria de aquel venturoso tiempo. La edad vino a amonestarnos con su semblante severo; separarnos fue preciso y seguir caminos nuevos. Adiós amores de entonces, juveniles devaneos de dos almas inocentes que para amarse nacieron. Llorando y con dulce abrazo dimos el adiós postrero al aire, y nuestros suspiros, nuestras ansias llevó el viento. Tomó mi mano el destino y del dulce hogar paterno me arrebató, y en el mundo me lanzó con furia luego. He flotado en él sin guía cual frágil náufrago leño, sin encontrar en camino grato asilo o manso puerto. Mil tormentas he sufrido que en el voluble elemento de las inquietas pasiones me engolfé fogoso y ciego. No he sucumbido a sus furias; pero mi cuitado pecho por siempre, amiga, ha perdido la dulce paz y el sosiego, y despojado, en su aurora, de los prestigios risueños de la vida, a la esperanza y aún al amor yace muerto. Sólo tú, tú sola puedes de mi alma en el caos horrendo, hacer brillar un instante lamos de fugaz consuelo.	100 105 110 115 120 125 130 135 140

Tu imagen bella, a mis ojos, como la estrella de Venus en desatada tormenta se muestra al triste nauclero, aparece en los conflictos de mi triste pensamiento, aplaca un tanto las iras de mis pesares acerbos, y exclamo entonces lloroso:	145	«Ángel de amor y consuelo no apartes tu luz divina de mi espantoso desierto: mi corazón desdichado flota en un mar de tormentos, Delmira, mas tu memoria calma su dolor funesto».	155
	150	Agosto de 1831.	

Notas:

12. En AP, pp. 174-176; en *Los consuelos*, 1834, pp. 129-139 (faltan las páginas 135 a 138); en *Los consuelos*, 1842, pp. 83-90.

v. 7. *Los consuelos*, 1834: *su* (por *tu*).

v. 93. *Los consuelos*, 1842: «sin saber como atraídos». JMG introduce la coma y lee el adverbio en sentido interrogativo; otra posible lectura surge al asignarle al <como> valor comparativo: «nuestros suspiros se unieron, / sin saber, como atraídos, / se tocaron nuestros senos».

Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: «Agosto 12, 1831».

13

MI ESTADO

Il est chez les vivans comme une lampe éteinte.
Hugo

Cual sombra vana, mis lozanos días se han disipado, y ni vestigios quedan de lo que fueron en su bella aurora, mis verdes años.		¡Oh si sintiera cual sintió otro tiempo! Amor al menos en el pecho triste vierte halagando, como sierpe astuta, dulce veneno.	20
Nada ha quedado a mi existencia frágil más que la herida del pesar tirano, nada que pueda a mi infortunio triste dar un consuelo.	5	Sólo el reposo de la tumba aguardo; pero la muerte de mis crudas ansias ríe inclemente y a mi amargo lecho lenta se acerca.	
Como fantasma tétrico y sombrío sin esperanza vago entre los hombres; ningún prestigio o juvenil halago brilla en mi frente.	10	Cuento los días de aflicción cargados, cuento las horas de pesar exentas, y veo entonces que mejor sería no haber nacido.	25
Nada yo espero en el desierto mundo, nada que endulce mis amargas penas, y desolado el corazón marchito ni aun amor siente.	15	Pronto despojo de la muerte fiera será mi cuerpo que angustiado gime, dulce alimento a reptiles inmundos, pasto a gusanos.	30

Y el fuego sacro que mi mente llena, ansia sublime, inspiración divina, don de las musas, como frágil humo, va a disiparse.	35	Cuántas pasiones abrigó mi pecho, cuánto elevado sentimiento cupo en mi alma noble, a convertirse vuelven en polvo y nada.	40

Octubre de 1831.

Notas:

13. En AP, p. 176; en *Los consuelos*, 1834, pp. 157-162; en *Los consuelos*, 1842, pp. 99-101.
v. 8. *Los consuelos*, 1834: *darle* (por *dar un*).

v. 30. *Los consuelos*, 1834: *en angustia* (por *angustiado*).

Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: «Octubre 2, 1831».

14

EL IMPÍO

Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.
PS. LXXXVII

Se alzó del polvo en noche tenebrosa, en medio del gentío, orgullosa el impío blasfemando de Dios: cual ponzoñosa sierpe, letal veneno, lanzó impiedades de su inicuo seno.	5	El odio, la injusticia, la asechanza astuta precedieron sus pasos y nacieron, de su infernal y tenebrosa alianza, mil monstruos en su seno de criminales apetitos lleno.	20
No hay Dios, dijo primero el arrogante; que todo cuanto encierra el universo y tierra lo produjo el caos en un instante de su seno fecundo: él padre fue del universo mundo.	10	Se embriagó de maldades engreído, sin temor el impío, soltando a su albedrío libre freno y clamando fementido: «No hay Dios, no, que me vea y juez supremo de sus obras sea».	25 30
Y levantando entonces el erguido y viperino cuello, erizado el cabello, con corazón maligno y pervertido, toda justicia hollando, marchó seguido de ominoso bando.	15	Mas tú le oíste ¡oh Dios! y tu tremenda ira lanzaste luego, y como paja al fuego despareció el impío, que en horrenda angustia, maldiciente blasfemaba tu ser omnipotente.	35

Noviembre de 1831.

Notas:

14. En AP, pp. 176-177; en *Los consuelos*, 1834, pp. 163-167; en *Los consuelos*, 1842, pp. 103-105.

v. 12. *Los consuelos*, 1834 y *Los consuelos*, 1842: *el* (por *él*); ambas lecturas –tanto como artículo, tanto como pronombre personal– posicionan al caos como padre del universo: más que de una radical diferencia sintáctica, se trata de un notorio contraste rítmico.

v. 24. AP: *lleno* (por *llenos*); restituyo según *Los consuelos*, 1834 y *Los consuelos*, 1842 para preservar la exigencia rímica. Según la lectura de JMG (o el yerro), <nacieron mil monstruos llenos de criminales apetitos>; si, en cambio, el antecedente es *seno*, se lee: <en su seno lleno de criminales apetitos nacieron mil monstruos>.

v. 30. *Los consuelos*, 1834 y *Los consuelos*, 1842: *mis* (por *sus*), lección ciertamente más sensata.

Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: «Noviembre 6, 1831».

15

ÉL Y ELLA

¡Quién podrá el lazo romper
que sus corazones liga!

¡Ni menos desconcertar
de sus almas la armonía!

Schiller

I ÉL

Cuando en tu seno reclinado me hallo,
mi dulce amiga, el universo olvido,
ni siento el peso abrumador del tiempo,
ni la fatiga.

El vivo aliento que tu pecho exhala
es para mi alma como el grato soplo,
que reanima del estéril yermo
la flor marchita.

ELLA

Tú eres la estrella que mis pasos guía
en el camino del desierto mundo,
y de tu lumbré el esplendor divino
siempre me halaga.

5 Cuando reclinada me hallo 25
sobre tu amoroso seno,
dueño mío, ante mis ojos
se anonada el universo.

Tú eres la imagen que en mis sueños veo;
tú eres el ángel tutelar que guardas,
del genio adusto que mis pasos sigue,
mi triste vida.

10 Tú eres la hechicera imagen 30
que en todas partes yo veo,
el bello sol que me alumbra
y de mi alma el claro espejo.
Sin ti los días me fueran
enojosos y molestos,
con tu presencia los años 35
pasan en rápido vuelo.

Cuándo el encanto de tu rostro bello
encubre el velo de melancolía,
el astro hermoso que en la noche reina
tú me pareces.

15 Cuando de mí te separas, 40
con alas de ser etéreo,
por donde quiera te sigue
mi amoroso pensamiento;
y mientras solo suspira
mi corazón de amor lleno, 20

Mas si en tu frente la sonrisa vaga,
si amor respiran tus ardientes ojos,
eres la aurora que halagüeña ríe
todo alegrando.

para aliviar mi congoja,
pensando en ti me deleito,
y me digo yo a mí misma:
vuelve mi amor, vuelve luego,
el corazón me lo dice
que adivina mi deseo.
Tu hablar es dulce a mi oído,
como el melodioso acento
del ruiseñor en el bosque,
do reina el mudo silencio.

ÉL

Cuando de mi triste pecho
la desolación se ampara
y de mi mente se aleja
la imagen de la esperanza;
cuando el infausto recuerdo
de las terribles borrascas,
que han agitado mi vida,
viene a redoblar mis ansias,
y en mi pecho se despiertan
las pasiones inflamadas
que para siempre alejaron
la felicidad de mi alma:
tú eres el iris que vuelve
a mi corazón la calma,
disipando las tinieblas
que me atribulan y asaltan.

ELLA

Cuando en tu frente serena
la dulce sonrisa vaga
y se disipan las sombras
que la oscurecen infaustas;
cuando tus ardientes ojos,
con halagüeña mirada,
como buscando su centro,
sobre los míos se clavan,
manifestando expresivos
la luz espléndida y clara
del contento y la alegría
que fugaz por tu alma pasa,
ningún pesar me atormenta,
ningún cuidado me asalta

y la inefable ventura
del serafín goza mi alma.

45

ÉL

Cuando la aciaga memoria 85
de mis pasadas desdichas
viene a inflamar de mi pecho 50
las sanguinosas heridas
y a derramar en mi mente
mil imágenes sombrías; 90
la tuya se me aparece,
angelical y divina,
se desvanecen al punto
las visiones enemigas,
y yo me digo: «Ella me ama, 95
¿qué importa un mar de desdichas?».

ELLA

Cuando pienso que en tu pecho
idolatrado se abriga
atroz pesar devorando
al nacer todas sus dichas, 100
lloro lágrimas amargas
y me digo entristecida: 65
si mil vidas yo tuviese
por verle feliz daría,
mas ya que no está en mi mano 105
poder sanar las heridas
de su corazón a amarlo
quiero consagrar mis días.

70

ÉL

Cuando el soberano vuelo
alza mi espíritu altivo 110
y en mi corazón rebosan
mil armónicos sonidos;
tú eres el numen que inspira, 75
consolador y propicio,
a mi cítara sonora 115
el canto excelso y divino.

80

ELLA		II ÉL	
Cuando cantas inspirado, en tono triste y sombrío, tú me pareces un ángel en la tierra peregrino, que sus infortunios llora, y tus conciertos melifluos en mi corazón resuenan como séráficos himnos.	120	Ven dulce amiga al monte, y a la fresca enramada de sauces coronada, de mirtos y laurel; ven, que el astro del día glorioso reverbera en la inflamada esfera, ven, dulce amiga, ven.	140 145
ÉL			
Tú me hiciste amar la vida que aborrecí en mi despecho y disipaste la noche de mi espíritu desierto.	125	Ya los pájaros cantan con dulce melodía y todo es alegría amor, delicia y bien; ya la tórtola tierna, con lánguido gemido, halaga a su querido; ven, dulce amiga, ven.	150
ELLA			
Tú embelleciste mis días llevándolos por sendero de delicias y de flores; vida y cariño te debo.	130	Con elocuentes voces, todo hoy en la natura a gloria y a ventura convida, y a querer. Estos cortos instantes de vida aprovechemos, amemos y gocemos; ven, dulce amiga, ven.	155 160
ÉL			
Mas vivirá tu memoria, Celia, divina, en mis versos.			
ELLA			
Aún más allá de mi muerte tú vivirás en mi pecho.	135	Ven, dulce amiga, al monte, y a la fresca enramada de sauces coronada, de mirtos y laurel. Ven, y allí respirando el ámbar de las flores, hablaremos de amores; ven, dulce amiga, ven.	165 170
ÉL			
Vivirán tus perfecciones.			
ELLA		AMBOS	
Será nuestro amor eterno.		Las delicias que ofrece la vida apuremos burlando al dolor, que la muerte devora homicida los deleites y glorias de amor.	

Ten ¡oh tiempo! tu rápido vuelo, déjanos un instante gozar; sed propicio una vez al anhelo de dos seres que saben amar.	175	ELLA	
Infelices bastantes te imploran en la tierra con largo gemir, vuela, vuela para ellos que lloran, déjanos nuestra dicha sentir.	180	De amor, de amor desfallezco, y toda yo me estremezco tu ardiente labio al tocar; dame en tu boca saciar la dulce sed que padezco.	210
		EL	
Déjanos un momento siquiera, los pesares amando olvidar, y sin sombra fatal a la esfera del amor y la dicha volar.	185	Qué me importa que el destino me haya cerrado el camino del bien, si cuanto yo adoro, mi esperanza y mi tesoro tengo en mis brazos divino.	215
Las delicias que ofrece la vida apuremos burlando al temor: toda gloria humanal es mentida, todo bien se convierte en dolor.		ELLA	
	190	Modera tus transportes, modera tus halagos, dueño mío, que ya mi débil corazón el brío pierde para gozar tanta ventura.	
ÉL		Conserva aquestos días destinados a amarte y a endulzar de los tuyos la amargara; no con tan vivo anhelo	220
Deja que mi amor sediento beba de tu alma el aliento, y que mi pecho amoroso, con su aroma delicioso, se embriague y calme un momento.	195	el cáliz agotemos de dulzura que nos ofrece amor hijo del cielo.	225
		ÉL	
¡Oh qué delicia! ¡oh ventura! pasar, como una aura pura, mi alma enamorada siente de la tuya el fuego ardiente y en mar nado de dulzura.	200	No, apuremos temprano, querida, los placeres que ofrece la vida, deja al necio sufrir y esperar; que con ceño terrible la muerte, envidiosa del bien nos advierte, que naciendo los va a devorar.	230
		ÉL	
Deja que latir con brío tu corazón sobre el mío, casi insensible yo sienta; pues tu amor mi sangre alienta, como a flor mustia el rocío.		AMBOS	
	205	De la aurora gocemos florida, que un instante sonrío a la vida, mientras quede vigor para amar; que con voz elocuente natura nos repite: «el amor y ventura son cual luz fugitiva en el mar».	235

Agosto de 1832.

Notas:

15. En AP, pp. 177-180; en *Los consuelos*, 1834, pp. 169-180 (falta a este ejemplar la segunda parte del poema, del verso 139 al 237); en *Los consuelos*, 1842, pp. 107-120. | En *Los consuelos*, 1834, aparece la siguiente dedicatoria: «A D. F. C. B.»

v. 21. *Los consuelos*, 1834: *suave* (por *vivo*).

v. 99. *Los consuelos*, 1834: *el cruel* (por *atroz*).

v. 100. *Los consuelos*, 1834: *tus* (por *sus*).

v. 104. *Los consuelos*, 1842: *verte* (por *verle*).

v. 113. *Los consuelos*, 1834: *inspiras* (por *inspira*).

v. 135. *Los consuelos*, 1834 y *Los consuelos*, 1842: *la* (por *mi*).

Data: *Los consuelos*, 1842, coma en lugar de *de*.

16

ADIÓS, EN EL MAR

Se parte as velas dando.

Camões

Ya deja ya el puerto la mi navicilla y la aguda quilla surca por el mar, Favonio despierto ya trisca en la vela, y rauda ella vuela del viento a la par.	5	¡Oh cuán agradable el eco armonioso es del mar ruidoso al ánimo audaz! Y cuán admirable el flujo incesante, la faz inconstante de la onda voraz!	20
Adiós mi regazo, mis dulces amores y los sinsabores que con ellos van; adiós, que ya abrazo más sólidos bienes entre los vaivenes que las olas dan.	10 15	Soplad bonancibles alígeros vientos, que a vuestros acentos no he de suspirar; soplad apacibles, que lejos de orilla ya la aguda quilla surca por el mar.	25 30

Junio de 1830.

Notas:

16. En AP, pp. 180-181; en *Los consuelos*, 1834, pp. 181-193 (hay un error de numeración en estas páginas); en *Los consuelos*, 1842, pp. 121-123. | Título: en *Los consuelos*, 1834, y en *Los consuelos*, 1842, hay punto entre *Adiós* y *en el mar*.

v. 6. *Los consuelos*, 1834: *hinche ya* (por *ya trisca en*).

Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: «Junio 7, 1830».

EL INFORTUNIO, EN EL MAR

Qu' importe le soleil? je n'attends rien des jours.

Lamartine

Qué importa al desgraciado
a quien pesar devora,
que brillante y risueña
aparezca la aurora:
que cuando por los mares 5
su nave surca erguida,
de tempestad horrenda
se vea combatida;
y divagando incierta
jamás arribe al puerto, 10
o vacile en el borde

del abismo entreabierto.
¿Qué importa? si temprano
se voló su esperanza:
él con ojos serenos 15
contempla la bonanza
y nada pide al mundo,
ni a las bellas auroras,
ni al puerto ni a los días,
ni a las fugaces horas. 20

Junio de 1830.

Notas:

17. En AP, p. 181; en *Los consuelos*, 1834, pp. 211-214; en *Los consuelos*, 1842, pp. 137-138. | Título: en *Los consuelos*, 1834, y en *Los consuelos*, 1842, hay punto entre *El infortunio* y *en el mar*.

v. 18. *Los consuelos*, 1834: *rientes* (por *bellas*).

Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: «Junio 11, 1830».

EL CEMENTERIO

Misterios de la vida y de la muerte.

Calderón

Creation Sleeps.

Young

Al resplandor sereno de la luna
yo andaba por los sitios solitarios
que al vulgo atemorizan, pesados,
y en lúgubres ideas embebido;
y mis inciertos pasos me llevaron 5
a la mansión sagrada de los muertos:
religioso pavor cubriome al punto
y exclamé sofocando mis angustias:
silencio ¡oh corazón! he aquí el asilo
donde reina la paz inalterable, 10
do no alcanza el tumulto de los hombres,
do se acaban las ansias y tormentos

de la altiva ambición y el infortunio,
do se estrella el poder y la grandeza,
do el amor y el deleite se anonadan, 15
donde la gloria es humo y las pasiones
que agitan al mortal; aquí el esclavo
de sus hierros se olvida; con el polvo
de la víctima suya a confundirse
viene el fiero opresor; aquí del crimen 20
cesa el remordimiento y los gemidos
de la virtud paciente se sepultan;
aquí se abisman, sin cesar, los siglos,
y mil generaciones y mil otras,

19
A MARÍA

A fortuna me traz peregrinando,
novos trabalhos vendo e novos danos.
Camões

Ya llegó el momento
de pena y tormento
para el alma noble que sabe sentir;
llegó, dulce amiga,
que siempre enemiga
fortuna de nuevo me fuerza a partir.

Se fue mi ventura
como sombra oscura,
quedome el recuerdo para más pesar:
se fue mi esperanza,
como la bonanza,
del triste nauclero que vaga en el mar.

Sin faro ni puerto
quedé en un desierto,
en la edad risueña de sentir y amar;
la vida maldije
y a mi pena dije
me voy a la tumba consuelo a buscar.

Mas, cándida y bella
como ángel o estrella,
por acaso entonces, amiga, te vi;
te vi, y de la vida
la imagen florida
de nuevo hechicera se mostró ante mí.

Me distes el alma
y plácida calma
descendió a mi pecho con el dulce amor;
y en tu seno amante
apuré constante,
de inefables dichas, el grato dulzor.

Mas quiere fortuna
que gloria ninguna
feliz y tranquilo yo pueda gozar;
pues ya mi ventura,

en tiniebla oscura 35
de enojosa ausencia, se vuelve a eclipsar.

5 Por nuevo camino
me lleva el destino,
sembrado de riesgos, tormentas y azar;
sin que el tierno llanto 40
de tu amor, un tanto
su rigor injusto, consiga aplacar.

10 A mi alma no abate
el fatal combate
de inciertos acasos que voy a sufrir: 45
la pena que siento
es ver que me ausento
y te dejo sola llorar y gemir.

15 Yo aprendí temprano
del pesar tirano 50
con frente serena la saña a mirar;
pero tú su triste
furor no sufriste,
20 y el tormento fiero de no ver y amar.

Al crudo despecho 55
no abrigo en tu pecho
amoroso y tierno, dulce amiga, des:
acógete al ara
de la imagen cara,
25 en tu seno siempre colocada ves. 60

30 «Él me ama» repite,
cuando airado agite
en tu triste pecho su dardo el dolor;
«Él me ama, y suspira
como yo, y delira 65
de su dulce estrella buscando el fulgor».

«Duerme y sueña ahora,
que yo encantadora,

como ángel benigno, mirándole estoy; ora que amorosa la pena enojosa a ahuyentar de su alma con halagos voy.»	70	en los trinos suaves, do quier halagüeña mi voz entender.»	
«Ora las estrellas contempla, y en ellas risueña y hermosa mi imagen cree ver; ora de las aves,	75	Mas ¡ay! que yo insano me dilato, en vano, buscando remedio para tanto mal: adiós; ya mi dicha se fue y la desdicha de nuevo me espera con ceño fatal.	80
		Octubre de 1832.	

Notas:

19. En AP, pp. 183-184; en *Los consuelos*, 1834, pp. 253-260; en *Los consuelos*, 1842, pp. 163-167.
v. 26. *Los consuelos*, 1834: *la suave* (por *plácida*).
v. 54. *Los consuelos*, 1834 y *Los consuelos*, 1842: *ni el tormento* (por *y el tormento*).
v. 60. *Los consuelos*, 1834 y *Los consuelos*, 1842: *que en tu seno* (por *en tu seno*).
Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: coma en lugar de *de*.

20

LA NOCHE, EN EL MAR

		La noche lóbrega y triste. Moreto	
¡Oh noche! ¡oscuridad! del alma mía alimento precioso; tu majestad sombría place a mi pensamiento borrascoso.		Tempestades naced, fragosos vientos dejad vuestras cavernas y que los elementos quebranten sus murallas sempiternas.	20
De anhelar con la turba fatigado los bienes mentirosos del mundo, deslumbrado me acojo en tus asilos misteriosos.	5	Silben los huracanes inclementes, lanzándose furiosos por los llanos fervientes de los inquietos mares espumosos.	
Y arrojando de mí los viles lazos de las torpes pasiones, encamino mis pasos a menos vacilantes ambiciones.	10	Como el bravo guerrero en la batalla y ruidosa victoria, su ardor bélico acalla persiguiendo el fantasma de la gloria.	25
En tu seno fecundo en armonía, sereno o espantoso, busca mi fantasía asaz ocupación si no el reposo.	15	O como águila audaz en las regiones más allá de la tierra, burla los aquilones y ni la horrible tempestad la aterra.	30

Así, ante el espectáculo imponente de la natura activa, se complace mi mente, inspiración sublime la cautiva.	35	y sin temor de azares vuelo altivo, cual genio sobrehumano.	40
Allí olvido deleites y pesares y todo lo mundano,		Y mirando de faz el universo, exento de conflicto, con sus genios converso; mi pensamiento vaga en lo infinito.	
		Mayo de 1830.	

Notas:

20. En AP, pp. 184; en *Los consuelos*, 1834, pp. 237-242; en *Los consuelos*, 1842, pp. 153-155| Título: en *Los consuelos*, 1834 y en *Los consuelos*, 1842, hay punto entre *La noche y en el mar*.
v. 34. *Los consuelos*, 1834: *en juego* (por *activa*).
v. 36. *Los consuelos*, 1834: «que allí se inflama de divino fuego.»
v. 42. *Los consuelos*, 1834: *conflicto* (por *conflicto*), lección que se condice mejor con la rima.
Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: coma en lugar de *de*.

21

LA HISTORIA
(FRAGMENTO)

There is no hope for nations! — Search the page
of many thousand years — the daily scene,
the flow and ebb of each recurring age,
the everlasting to be which hath been,
hath taught us nought or little:
Byron

No hay ya esperanza para las naciones. Recorred
las páginas de los siglos ¿qué nos han enseñado
sus vicisitudes periódicas, el flujo y reflujo de las
edades y esa eterna repetición de acontecimientos?
Nada o muy poco.

Encantada y atónita mi mente registra los anales de los siglos, que pregonan la fama más gloriosos, y del pasado tiempo y del futuro el tenebroso velo quiere rasgar en su impaciente anhelo.		que adulación respiran y vergüenza y oprobio sólo inspiran.	
Monumentos, pirámides alzadas por el humano orgullo en su demencia, fatídicos emblemas esculpidos por manos mercenarias y serviles,	5	Todo interroga, y a la vez responden, con dolorosos gritos que estremecen, los mármoles, los pueblos y los tiempos: que ignorancia y miseria sempiterna, inevitables males son la herencia fatal de los mortales.	15
	10		

Con lívido semblante y torvo ceño sus pasos gira en derredor del orbe el tiempo inexorable, como fiera famélica, sedienta, enfurecida, que sus hierros quebranta y mueve libre su sañuda planta.		del averno salieron y en el olvido eterno lo sumieron.	60
Sin cesar marcha y donde quier imprime su gigantesca mole el pie tremendo, monumentos humildes y arrogantes tiemblan, caen y desaparecen luego; lo fértil y lozano se seca y muere entre su yerta mano.	25	¿Dónde está Egipto y el saber y nombre que fueron maravilla a las edades, y con eco monótono la historia transmite sin cesar de siglo a siglo? Un instante brillaron y en el caos del tiempo se engolfaron.	65
Allí donde se muestra portentosa la vanidad del hombre y la pujanza, acorre presuroso sepultando, con baldón de su orgullo, en el abismo profundo de la nada, dioses y templos y soberbia airada.	30	¿Qué importa que pirámides tuviese con el sudor de esclavos fabricadas? ¿Que derramando el Nilo sus corrientes, del limo fecundante enriquecidas, sus comarcas bañase y pródiga la tierra se mostrase?	70
De asolación y llanto se alimenta: ni la acerba agonía, ni los ayes del que cansado de esperar fenece: ni los férvidos ruegos que a herir suben los dombos celestiales nos libran de sus garras infernales.	35	Si el mísero habitante embrutecido por astutos hipócritas (o sabios), de religiosa máscara encubiertos, yace sumido en fanatismo astroso y siervo sin coraje al ídolo bestial rinde homenaje.	75
Las ciencias y las artes más sublimes, los héroes y los genios que lograron legar vano renombre a un mundo vano, nuestros desvelos todos, nuestra vida ¿qué son?... tristes despojos consagrados en ara a sus enojos.	40	Ante los muros de Pelusa un día las pérsicas falanges se extendieron de inmundos animales precedidas; el egipcio los ve, se hinca a adorarlos, y sus armas entrega, y su cerviz al opresor doblega.	80
Miseras ruinas que otro tiempo alzasteis vuestra soberbia frente hasta las nubes, en hombros del orgullo y la demencia al cielo y a la tierra amenazando, árbitras de memoria, respondedme ¿qué fue de vuestra gloria?	45	En días de esplendor el Asia tuvo imperios que a la tierra conturbaron, y allí encontró la adulación rastrera en coronados asesinos, héroes, y allí tembló el romano al renombre de un solo soberano.	85
Lisonjeros relámpagos de fama, prosperidad voluble y pasajera gozaron las naciones un momento; mas voraces de bien las negras furias	50	¿Mas qué fue de la fuerza y poderío que al universo atónito asombraron? Todo entre pompas feneció y deleites, y aún el vigor del alma; allí ora esclavos y molície contemplo entre las ruinas para grande ejemplo.	90
	55	La Grecia libre fue de los tiranos el inclemente azote justiciero,	95

y el foco de las luces y la gloria; mas también a su vez la devoraron la monstruosa anarquía y la nefanda inicua tiranía.			
Platea, Maratón y Salamina fueron vanos y estériles trofeos a un ídolo sin culto consagrados por un pueblo ambicioso y corrompido que al oro de un protervo se vendió con baldón y se hizo siervo.	100	Sobre su informe cuerpo los enjambres de bárbaros se ceban, vengativos como plagas de Dios que impele el soplo de la muerte; lo befan, lo despojan y dan para escarmiento hecha cenizas su corona al viento.	140
Al ostracismo fulminó la envidia, y los brazos tremendos que en mil lides las pérsicas falanges deshicieron, sin patria, sin asilo, fugitivos, inermes mancillaron la gloria de la patria que salvaron.	105	Ya víctores no suenan en el foro; ni poderosos reyes, ni caudillos en la sangrienta lid avasallados, o con perfidia negra seducidos, el triunfador bizarro arrastra en pos de su vistoso carro.	145
Como huracán violento que repente se desata furioso en negra noche de la sirte volcánica rugiendo, y por el ancho espacio se dilata, do quier despedazando y estrago y ruinas y terror sembrando;	110	Do en otro tiempo el águila soberbia desplegaba sus alas sobre el mundo, do asentaba sus bases el Olimpo, do triunfó Manlio del impío galo, ya la tiara se ostenta	150
así el águila audaz de los romanos, henchida de ambición y de pujanza, con alas de terror cubre la tierra, desolando, aterrando las naciones, que doblan la rodilla ante el fatal poder que las humilla.	115	y al universo oprime y amedrenta.	155
Y altiva sobre ruinas asentando en Asia, África, Europa los cimientos de un imperio que eterno juzgaría, con escarnio y baldón del universo, ve desde el capitolio medio mundo rendido ante su solio.	120	El fanatismo entonces, cual si averno lo forjara gigante en sus furores, más terrible, más cruel, más sanguinario que cuanta plaga el mundo en sí encerrara, encendió las naciones que tremolan de Cristo los pendones.	160
Pero a la vez los pueblos, fatigados de la inicua opresión e indigno yugo, sacuden la cerviz con fiero brío, y se derroca al suelo que abrumaba el inmenso coloso, con estallido horrendo y espantoso.	125	Y su férvida lava derramando, como un Etna, de Europa en las comarcas, por religioso celo aguijoneadas las pasiones más bárbaras del hombre en tropel despertaron, y a los pueblos al crimen arrastraron.	165
	130	En oriente desatan furibundas su saña, su ambición y fanatismo las cristianas legiones por enjambres, el blasón de la cruz y omnipotencia aleves proclamando y el inclemente acero fulminando.	170
	135	De sangre se atosigan, sobre montes de ruinas y cadáveres caminan sembrando, como el ángel de la muerte, do quier desolación y recogiendo,	175

para homenaje santo del Dios que vilipendian, sangre y llanto.	180	Por largos siglos fanatismo y fuerza la tierra avasallaron, cual dos furias, y entre fango de males sumergida se encontró la razón de donde fuera el hombre descarriado en el volver del tiempo arrebatado.	200
Los fieles del islam vuelan, henchidos de fanático ardor a poner dique al torrente impetuoso que amenaza asolar de Mahoma el templo augusto; y anhelando venganza provocan al cristiano a la matanza.	185	En las fojas fatídicas del tiempo, con sanguinosas letras está escrito de terrible poder aqueste fallo: «Inacabable mal, mal sempiterno pesará sobre el mundo y la precita raza del profundo».	205
Huye por fin el temerario bando que arrastró el fanatismo a mil maldades, como fatal meteoro de la saña huye del huracán, dejando sólo en su huella sangrienta padrones indelebles de su afrenta.	190	Sin que pueda valerle la soberbia ni el doloroso llanto, ni los ayes para acallar su pálida conciencia al hombre que, azorado, del vil lodo la cabeza levanta, y el inapeable abismo ve a su planta.	210
En tremendo luchar, por largos siglos, procuraron su ruina mutuamente fascinados los pueblos, las naciones, y barbarie ominosa, sangre, muerte y despotismo inmundado inundaron los ámbitos del mundo.	195	París, agosto de 1827.	215

Notas:

21. En AP, pp. 185-187; en *Los consuelos*, 1834, pp. 87-101; en *Los consuelos*, 1842, pp. 55-66. | Cabe mencionar que si bien dice «Fragmento», este poema se conoce tal como está en la AP: en las dos ediciones consultadas aparece con la misma indicación y con invariable cantidad de versos. | En *Los consuelos*, 1834, lleva la siguiente dedicatoria: «A D. J. M. G.»; de modo manuscrito se especifica: Juan María Gutiérrez.

v. 20. *Los consuelos*, 1834 y *Los consuelos*, 1842: *rededor* (por *derredor*).

v. 28. *Los consuelos*, 1834 y *Los consuelos*, 1842: *y* (por *coma*), JMG corrige el verso hipermétrico.

v. 33. *Los consuelos*, 1834: *apresurado acorre* (por *acorre presuroso*).

v. 53. AP, *Los consuelos*, 1834 y *Los consuelos*, 1842: *arbitras* (por *árbitras*). La acentuación de las palabras esdrújulas está lejos de ser sistemática; anoto esta variante porque «arbitras» puede ser una lectura válida, aunque la juzgo incorrecta.

v. 66. *Los consuelos*, 1834: *de los siglos* (por *del tiempo*); la segunda edición corrige el verso hipermétrico.

v. 74. *Los consuelos*, 1834: *ya sabios*, entre comas (por *o sabios*, entre paréntesis).

vv. 77-78. *Los consuelos*, 1834: «y se humilla postrado / ante el ídolo torpe encadenado».

vv. 79-80. *Los consuelos*, 1834: «Los altos muros de Pelusa vieron / las pérsicas falanges extenderse».

v. 81. [*N. del a.*] Habiendo puesto largo tiempo las murallas de Pelusa dique a las conquistas de Cambises, hizo colocar este rey de los persas al frente de las legiones un enjambre de animales que adoraban los egipcios, quienes al ver que sus dioses patrocinaban la empresa de aquel tirano, arrojaron las armas y prefirieron la esclavitud al sacrilegio.

v. 90. [*N. del a.*] Mitridates, el grande rey del Ponto.

v. 93. *Los consuelos*, 1834 y *Los consuelos*, 1842: *pompa* (por *pompas*).

- v. 105. [*N. del a.*] La Libertad.
v. 108. [*N. del a.*] Filipo, rey de Macedonia.
v. 142. *Los consuelos*, 1834: *escarnian* (por *befán*).
v. 145. [*N. del a.*] Alude a las fiestas del triunfo destinadas a ensalzar las victorias de los generales romanos.
v. 153. [*N. del a.*] Tómate el Capitolio por el Olimpo, morada de los dioses.
v. 154. [*N. del a.*] Manlio Capitolino que salvó a Roma de los Galos.
vv. 165-168. *Los consuelos*, 1834: «en tropel despertaron de los hombres / por religioso celo aguijoneadas, / las inmundas pasiones, / y al crimen arrastraron las naciones.».
v. 174. [*N. del a.*] Alúdese a las cruzadas.
v. 199. *Los consuelos*, 1834: *creencia* (por *fuerza*).
v. 207. *Los consuelos*, 1834: «este fallo terrible del destino».
v. 210. *Los consuelos*, 1834 y *Los consuelos*, 1842: *précita* (por *precita*), es decir, réprobo. Echeverría acentúa esta palabra de modo esdrújulo también en «La cautiva», v. 316. La edición de JMG no guarda coherencia en estos casos: mientras aquí se opta por regularizar la palabra según el uso corriente (*precita*), en «La cautiva» se conserva el acento esdrújulo.
Data: *Los consuelos*, 1834: sin data; *Los consuelos*, 1842: coma en lugar de *de*.

22

HIMNO AL DOLOR

			Nada se hace en la tierra sin motivo, y de la tierra no nace el dolor. Las cosas que antes no quería tocar mi alma, ahora por la congoja son mi comida.
			Job
Devora fiera insaciable, monstruo o demonio execrable, que avasallas la creación; devora como lo has hecho, si no te hallas satisfecho, con furor aún más deshecho, mi robusto corazón.			ni mi orgullo tu furor. Nada, nada desconhorta un corazón que conforta alma grande, a quien importa
	5		poco placer, mundo, amor. 20
Cebe, cebe en mis entrañas, con más rencorosas sañas tu furia el diente voraz; y en ellas continuo asida, como el cáncer a la herida, lo que me resta de vida consume en su afán tenaz.			Roe, roe, y en mi seno tu mortífero veneno derrama: no he de gemir; y cual Jacob, sin testigo
	10		contra el ángel enemigo, lucharé firme contigo hasta vencer o morir. 25
Roe, roe; tu constancia no abatirá mi arrogancia,	15		No temas, no, que me espante tu fuerza y poder gigante, aunque frágil caña soy. 30 Mi alma es símil a la roca

cuya frente al cielo toca,
y la tempestad provoca
siendo mañana, lo que hoy.

Hollada la sierpe, vibra
su dardo, hiere y se libra
del villano pie veloz;
o sobre el tigre, enroscando
su flexible cuerpo blando
lucha incansable, burlando
su instinto y saña feroz.

Devora: tu fiero brío
yo provocho y desafío
armado de mi razón;
yo masa de vil arcilla,
yo flor que un soplo amancilla,
trama débil y sencilla,
despojo de la creación.

Yo miserable gusano,
luz que alienta efuvio vano,
insecto, chispa mortal;
yo, menos que un ente aerio
yo, esclavo vil de tu imperio,
yo polvo, nada, misterio...
nacido en hora fatal.

Yo te provocho: descarga
sobre mí con mano larga
tus iras: yo callaré;
y sellando como el sabio
a toda queja mi labio,
cual firme monte a tu agravio
inmóvil siempre estaré.

Yo te provocho: Dios eres,
Dios terrible que a los seres
impones tu dura ley;
Dios que su furia sedienta
con gemidos alimenta,
como el oso su crüenta
zarpa en indefensa grey.

Dios inexorable y fuerte
que divides con la muerte
el vasto imperio del mal;

desde que el hombre perverso,
en oscuro día adverso,
fue lanzado al universo
del crimen con la señal. 75

Yo te provocho: al infierno
pide su penar eterno,
su angustia y noche sin fin;
su exquisito sentimiento, 80
el vivaz remordimiento,
la congoja y el tormento
del soberbio serafín.

Pídele con sus delirios 85
sus indecibles martirios,
el hielo y llama voraz;
la sed, la rabia y despechos
de los más précitos pechos,
y aquellos marmóreos lechos 90
do no hay sueño ni solaz.

Pide también a la tierra
cuantos dolores encierra,
cuanto ha y debe padecer;
y sobre mí con violencia 95
lanza toda su inclemencia:
que de mi alma la excelencia
no se dejará vencer.

Yo te provocho: cuatro años
los tormentos más extraños 100
probaste iracundo en mí;
agotando de mi vida,
de mi juventud florida
la fuente excelsa, que henchida
de un mundo de glorias vi. 105

Yo te provocho: cuatro años
de mil y mil desengaños
me hiciste apurar la hiel;
y en un páramo desierto,
do todo era negro y yerto, 110
me dejaste al descubierto
presa de borrasca crüel.

Yo te provocho: tu mano
de mis fatigas temprano

la copiosa mies cegó, dejándome los abrojos, para doblar mis enojos, y el recuerdo y los despojos de un tiempo feliz que huyó.			
Yo te provooco: ¿qué males, qué ansias o penas fatales me podrán sobrevenir, que no haya firme sufrido? ¿Qué pasión no habré sentido? ¿Qué idea no habré podido grande o noble concebir?	115	ya mi espíritu ambicioso para su ardor generoso buscaba un nuevo manjar; y en sus vuelos soberanos, libre de lazos mundanos, de la creación los arcanos osaba altivo indagar.	155 160
Mi espíritu en su carrera ha recorrido la esfera de lo terrestre y lo ideal; visto su forma desnuda, y sondado sin ayuda los abismos de la duda, del bien, la vida y el mal.	120	Como en un espejo terso, reflejaba el universo sus maravillas en él: nada, nada se encubría a la inteligencia mía, y mi ardiente fantasía era un mágico pincel.	 125 165
Cuando los otros insanos a pensamientos livianos el juvenil brío dan; y en el labio la sonrisa, con inquietud indecisa, flores de la vida a prisa despojando torpes van.	130	Gloria, gloria era el acento que en el cielo, tierra y viento yo escuchaba resonar; gloria mi pecho exhalaba, gloria durmiendo soñaba, y su fantasma miraba do quier como astro brillar.	 170 175
Mi corazón de tormentas desatadas y violentas sufrido había el rigor; y laso en un solo día, muerto al placer y alegría, dicho, en su congoja, había adiós eterno al amor.	135	Ella me llevara ufano a contemplar del oceano el tempestuoso furor; ella entre cultas naciones a buscar dignas lecciones de graves meditaciones; nuevo alimento a mi ardor.	 140 180
En la edad en que sin tino del error por el camino mueve tropezando el pie la turba insana, y apura, sumida en tiniebla oscura, del placer la copa impura que vacía siempre ve:	145	¿Dónde se fue tanto sueño, porvenir tan halagüeño, tanta sublime pasión? ¡Dolor impío! Triunfante tu brazo asoló pujante, el edificio gigante, que labrara mi ambición.	 185
	150	Tú agotando, poco a poco, has ido el ardiente foco de luz que mi alma abrigó; y con tu soplo de muerte convirtiendo en masa inerte una edad joven y fuerte, que mil frutos prometió.	 190 195

¿Qué esperanza me has dejado, qué idea no has sofocado en mi espíritu al nacer? ¿Qué pasión o sentimiento no me has trocado en tormento? ¿Qué amor o contentamiento en hastío o desplacer?	200	Ven ¡oh Dolor! en silencio; ven, pues ya te reverencio como a genio bienhechor, que mueve influjo divino; no cual numen que previno inexorable destino para venganza y terror.	240 245
¿Qué ilusión o dulce engaño en funesto desengaño? ¿Qué dicha en triste pesar? ¿De qué angustia no has cercado mi corazón desolado? ¿Qué lágrima no has helado en mis ojos al brotar?	205 210	Como animando la tierra el aire impuro destierra con su ardiente rayo el sol; así tú, ¡oh Dolor fecundo! lacerando el cuerpo inmundo, que se ase reptil al mundo, eres del alma el crisol.	250
Nobles y grandes pasiones, pensamientos y visiones sublimes, gran porvenir; estudio, vigilias largas, siempre fastidiosas cargas para débil cuerpo, amargas horas de oscuro vivir,	215	Tu intensa llama le aplicas, la limpias y purificas de la escoria material; sublimando la excelencia de su peregrina esencia, hasta darle una potencia divina, excelsa, inmortal.	255
y de frío desaliento; todo, todo en un momento ¡oh inescrutable Dolor! para mí estéril ha sido, grano en el agua esparcido; y en fuente lo has convertido de despecho y amargor.	220	Tú pruebas su fortaleza, su constancia y su grandeza en el yunque del sufrir; el triunfo glorificando del que contigo luchando sufre y calla, sofocando de sus huesos el gemir.	260 265
¿Qué aflicción o desventura podrá parecerme dura? ¿Qué puedes robarme ya? ¿Qué placer del mundo activo puede tener atractivo para mi pesar esquivo? ¿Qué llenar mi alma podrá?	225 230	Sin tu influjo, el hombre henchido de vanidad, sumergido yace en el mar del placer; y cree en su delirio ufano, cuando se arrastra gusano, tierra y cielo soberano sujetar a su poder.	270
Ven, ven ¡oh Dolor terrible! De tu poder invisible haz un nuevo ensayo en mí; verás que un alma arrogante es como el duro diamante, que siempre brilla flamante sin admitir mancha en sí.	235	Ven, que tal vez atesora alguna fibra sonora mi pecho aún lleno de ardor; que a tu inhumana porfia exhalará una armonía capaz de darme alegría, y de vencerte ¡oh Dolor!	275 280

Ven luego; que una alma noble
 firme, incontrastable, inmoble
 es contra la adversidad,
 como el océano sublime,
 que de ley común se exime, 285
 y en cuya frente no imprime
 mancilla el tiempo, ni edad.

Setiembre de 1834.

Notas:

22. En AP, pp. 188-191; en Esteban Echeverría, *Rimas*, Buenos Aires, Imprenta Argentina, 1837, pp. 149-167. | Título: [*N. del a.*] Hemos hallado [casualmente, agrega en *Rimas*] la explicación filosófica de este himno en el siguiente comento de Kant al conocido dicho del estoico: «¡oh dolor! jamás confesaré de ti que eres un mal». «Razón tenía el estoico –exclama aquél–: lo que sentía y le arrancaba gritos era el mal físico, no el mal moral, ineficaz para con él; porque el dolor no apoca la dignidad del hombre y cuando más modifica su estado. Pudo dejarse vencer del abatimiento, pero lejos de eso, hízole cobrar el dolor mayor espíritu y exaltación, porque tenía conciencia de no haber cometido injusticia ni maldad, y de no merecer por consiguiente castigo alguno». | Epígrafe: en *Rimas*, 1837, aparece primero en su versión latina.

v. 135. *Rimas*, 1837: *pasatiempos* (por *pensamientos*).

v. 235. AP: *un alma* (por *una alma*); corrijo por considerarla una errata: en el v. 281 de AP se lee «una alma», tal como figura en las *Rimas*.

Data: *Rimas*, 1837: coma en lugar de *de*.

23

AL CORAZÓN

¿Quién diese que se cumpliera mi petición;
 y que Dios me concediera lo que espero?

Job

¿Qué corazón es el mío?
 ¡Oh Dios que riges los mundos!
 Con la ley de tu albedrío,
 cuyos designios profundos
 no me es dado penetrar!
 ¿Qué misterio, arcano, abismo
 es éste que ni yo mismo
 me atrevo ¡oh Dios! a sondar?

¿Cuándo su volcán se apaga?
 ¿Cuándo su hondura se llena?
 ¿Cuándo la tormenta aciaga
 de sus pasiones serena
 podré ver y no sufrir?

¿Cómo es que nada le sacia,
 si ha perdido la eficacia 15
 para gozar y sentir?

5 ¿Cómo al cúmulo de males,
 que con porfía violenta
 como furias infernales
 le acosan, no se revienta 20
 ni exhala un solo clamor?

10 ¿Cómo no vierte siquiera
 una lágrima ligera
 para amortiguar su ardor?

¿Cómo cabe entre mi pecho,
cuando su vuelo atrevido
halla el universo estrecho,
desprecia lo conseguido
y sin cesar pide más?
¿Cómo sufre, calla, anhela,
se roe a sí mismo y vela
sin fatigarse jamás?

Vuelvo la vista azorado
como náufrago en el puerto
al borrascoso pasado
y encuentro todo desierto,
todo triste y funeral;
miro atónito delante,
y ni la luz vacilante
veo de astro divinal.

¿Qué quiere pues, ¡oh Dios mío!
mi corazón insaciable,
en su loco desvarío,
si en la sirte miserable
todo su caudal perdió?
¿Qué quiere si ya la tierra
nada en su extensión encierra
semejante a lo que vio?

¿Acaso en región luciente
guardas ¡oh Dios poderoso!
algo que el alma presente,
algún tesoro precioso
que deba en vano desear;
y que la mía ambiciona,
como la excelsa corona
de su incansable afanar?

Parece que el hombre errante,
como triste peregrino,
marcha con pie vacilante
sin saber por qué camino,
en pos de alguna visión;
de paso echa una mirada,
sin arraigar aquí a nada
su voluble corazón.

Pero ¡infeliz! marcha en vano,
tropieza, cae, se fatiga,

25 maldice su error insano
y a veces su sed mitiga
con lágrimas de dolor;
hasta que una mano yerta 70
viene, lo toca, y despierta
30 despedido del sopor.

Mas yo continuo luchando
con un genio incontrastable,
con mi corazón, sudando, 75
al destino irrevocable
35 obedezco a mi pesar;
y no puedo en mi ansia fiera
ni una lágrima siquiera
para alivio derramar. 80

40 ¿Qué es esto ¡oh Dios!, por qué ha sido
para mí tu ley más dura?
¿Por qué hacerme habéis querido
blanco de la desventura
formándome un corazón 85
tan indómito y sediento,
45 que batallando violento
siempre está con mi razón?

Pero nada me respondes
Dios clemente y soberano: 90
¿por qué tu auxilio me escondes
50 y me dejas en oceano
de dudas siempre fluctuar?
¿Por qué un rayo de luz pura
no me abre senda segura 95
para poder descansar?

55 No te pido ¡oh Dios! riqueza,
felicidad, poderío,
gloria, deleites, grandeza;
manjares que dan hastío 100
y nunca pueden saciar:
60 sólo quiero olvido eterno
y algo que pueda el infierno
de mis pasiones calmar.

Junio, 1835.

65

Notas:

23. En AP, pp. 191-193; en *Rimas*, 1837, pp. 169-177. | Epígrafe: en *Rimas*, 1837, aparece primero en su versión latina.

v. 90. *Rimas*, 1837: *clemente* (por *potente*).

CANCIONES

Melodia sonora e concertada,
suave a letra, angelica a soada.

Camões

24

LA AUSENCIA

Fuese el hechizo del alma mía y mi alegría se fue también: en un instante todo he perdido. ¿Dónde te has ido mi amado bien?	5	Fúnebre canto sólo serena la esquivia pena de mi pasión.	
Cubriose todo de oscuro velo el bello cielo que me alumbró; y el astro hermoso de mi destino, en su camino se oscureció.	10	Do quiera llevo mis tristes ojos hallo despojos del dulce amor; do quier vestigios de fugaz gloria, cuya memoria me da dolor.	25 30
Perdió su hechizo la melodía que apetecía mi corazón.	15 20	Vuelve a mis brazos querido dueño, sol halagüeño me alumbrará: vuelve; tu vista, que todo alegre, mi noche negra disipará.	35 40

Notas:

24. En AP, p. 193; en *Rimas*, 1837, pp. 181-183. | Título: en *Rimas*, 1837, el autor adiciona la siguiente nota a esta sección: «Excepto una, todas estas canciones han corrido sueltas; pero ha creído conveniente el autor imprimirlas, para que no se le atribuyan, como se ha hecho, otras que no le pertenecen.

25

LA DIAMELA

Diome un día una bella porteña,
que en mi senda pusiera el destino,
una flor cuyo aroma divino
llena el alma de dulce embriaguez;
me la dio con sonrisa halagüeña,
matizada de puros sonrojos
y bajando hechicera los ojos,
incapaces de engaño y doblez.

5

en mi seno inflamado guardela,
con el suyo mezclando mi aliento,
y un hechizo amoroso al momento
yo sentí por mis venas correr.

15

En silencio y absorto tomela
como don misterioso del cielo
que algún ángel de amor y consuelo
me viniese, durmiendo, a ofrecer;

10

Desde entonces, do quiera que miro
allí está la diamela olorosa,
y a su lado una imagen hermosa
cuya frente respira candor;
desde entonces por ella suspiro,
rindo el pecho inconstante a su halago,
con su aroma inefable me embriago,
a ella sola consagro mi amor.

20

Notas:

25. En AP, pp. 193-194; en *Rimas*, 1837, pp. 185-186.

26

A UNA LÁGRIMA

Si la magia del arte
cristalizar pudiera
esa gota ligera
de origen celestial;
en la más noble parte
del pecho la pondría:
ningún tesoro habría
en todo el orbe igual.

5

¡Quién mira indiferente
la lágrima preciosa,
que vierte generosa
la sensibilidad!
Su brillo, transparente
del alma el fondo deja
y hasta el matiz refleja
de la felicidad.

20

Por ella amor se inflama,
por ella amor suspira,
ella a la par inspira
ternura y compasión:
su luz es como llama
del cielo desprendida,
que infunde al mármol vida,
penetra el corazón.

10

Permite que recoja
esa preciosa perla;
los ángeles al verla
mi dicha envidiarán:
amor en su congoja,
para calmar enojos,
en tus divinos ojos
puso ese talismán.

25

30

Notas:

26. En AP, pp. 194; en *Rimas*, 1837, pp. 187-189.

EL DESAMOR

Acongojada mi alma día y noche delira, el corazón suspira por ilusorio bien; mas las horas fugaces pasan en rauda vuelo, sin que ningún consuelo a mi congoja den.	5	Como muere la antorcha escasa de alimento, así morir me siento en mi temprano albor: ningún soplo benigno da vigor a mi vida, pues vivo sumergida en triste desamor.	20
Entre mis venas corre sutil, ardiente llama, que sin cesar me inflama, y llena de dolor. Pero una voz secreta me dice: ¡infortunada! Vivirás condenada a eterno desamor.	10 15	Como fatuo destello que brilla y se evapora, se disipó en su aurora el astro de mi amor: fuese con él mi dicha, fuese con él mi calma; quedole sólo a mi alma perpetuo desamor.	25 30

Notas:

27. En AP, pp. 194-195; en *Rimas*, 1837, pp. 191-193.

LA AROMA

Flor dorada que entre espinas tienes trono misterioso, ¡cuánto sueño delicioso tú me inspiras a la vez! En ti veo yo la imagen de la hermosa que me hechiza y mi afecto tiraniza con halago y esquivéz.	5	de amoroso devaneo, un instante apurar creo de sus labios el dulzor.	15
El espíritu oloroso con que llenas el ambiente me penetra suavemente como el fuego del amor; y rendido a los encantos	10	Si te pone ella en su seno, que a las flores nunca esquivo, o te mezcla pensativa con el cándido azahar; tu fragancia llega al alma como bálsamo divino, y yo entonces me imagino ser dichoso con amar.	20

Notas:

28. En AP, p. 195; en *Rimas*, 1837, pp. 195-196.

SERENATA

Al bien que idolatro busco desvelado noche y día, y la esperanza me lleva tras su imagen fugitiva, prometiéndome engañosa	5	Como el ciervo enamorado busca la cierva querida, que de sus halagos huye desapiadada y esquiva; así yo corro afanoso	25
felicidades y dichas: ángel tutelar que guardas su feliz sueño, decidla, las amorosas endechas que mi guitarra suspira.	10	en pos del bien de mi vida. Ángel tutelar que guardas su feliz sueño, decidla, las amorosas endechas que mi guitarra suspira.	30
Sobre el universo en calma reina la noche sombría y las estrellas flamantes en el firmamento brillan: todo reposa en la tierra	15	El contento me robaste con tu encantadora vista, y sin quererlo te hiciste de un inocente homicida: vuélvele la paz al menos	35
sólo vela el alma mía. ángel tutelar que guardas su feliz sueño, decidla, las amorosas endechas que mi guitarra suspira.	20	con tu halagüeña sonrisa. Ángel tutelar que guardas su feliz sueño, decidla, las amorosas endechas que mi guitarra suspira.	40

Notas:

29. En AP, pp. 195-196; en *Rimas*, 1837, pp. 197-199. Publicada, según anota JMG en *Obras Completas* de Esteban Echeverría (vol. III, p. 183), en el núm. 1 del *Recopilador* (1836), con las iniciales E. E.

LA LÁGRIMA

Enjuga, enjuga esa preciosa perla que para herir cristalizó el amor: ella deslumbra el corazón que al verla hierve de nuevo en criminal ardor.		ella es, y deja al desdichado ciego que vaga envuelto en triste oscuridad.	
No venga, no, de tus hermosos ojos astros de vida el brillo a oscurecer; no venga infausta a presagiar enojos ni amortiguar tu bello rosicler.	5	¿Por qué llorar? de las pasiones fieras tú no has sentido el devorante ardor; siempre te halagan auras lisonjeras, nunca te asalta el frígido escozor.	15
Chispa divina del sagrado fuego que infundió a tu alma celestial piedad	10	¿Por qué llorar? un misterioso velo te encubre aún arcanos del vivir; tu alma es más pura que la luz del cielo, todo a tu anhelo miras sonreír.	20

¿Por qué llorar? impresa en la memoria
no llevas, no, la sombra del pesar;
gozas de un ángel la inefable gloria,
tu sueño guarda un ángel tutelar.

Mas ¡ay! que veo tu pupila ardiente 25
toda anegada en lloro virginal;

mas ¡ay! que asoma en tu lozana frente
del infortunio el precursor fatal.

Dale a mi mano el enjugar tus ojos;
mas ¡ah! que vierten fuego abrasador; 30
y yo insensato, para más enojos,
ni llorar puedo ni sentir amor.

Notas:

30. En AP, pp. 196; en *Rimas*, 1837, pp. 201-203.

31

LA CAUTIVA

...Female hearts are such a genial soil
for kinder feelings, whatsoe'er their nation,
they naturally pour the «wine and oil»
Samaritans in every situation;

Byron

En todo clima el corazón de la mujer es tie-
rra fértil en afectos generosos: ellas en cual-
quier circunstancia de la vida saben, como la
Samaritana, prodigar el óleo y el vino.

PARTE PRIMERA

EL DESIERTO

Ils vont. L'espace est grand.

Hugo

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El desierto
incommensurable, abierto
y misterioso a sus pies
se extiende; triste el semblante,
solitario y taciturno
como el mar, cuando un instante
al crepúsculo nocturno,
pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra
su inmensidad y no encuentra

la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar. 15
Do quier campos y heredades
del ave y bruto guaridas,
do quier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que él sólo puede sondar. 20

10 A veces la tribu errante
sobre el potro rozagante,
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,

lo cruza cual torbellino, y pasa; o su toldería sobre la grama frondosa asienta, esperando el día duerme, tranquila reposa, sigue veloz su camino.		
¡Cuántas, cuántas maravillas, sublimes y a par sencillas, sembró la fecunda mano de Dios allí! ¡Cuánto arcano que no es dado al vulgo ver! La humilde yerba, el insecto, la aura aromática y pura; el silencio, el triste aspecto de la grandiosa llanura, el pálido anochecer,		
las armonías del viento dicen más al pensamiento que todo cuanto a porfía la vana filosofía pretende altiva enseñar. ¡Qué pincel podrá pintarlas sin deslucir su belleza! ¡Qué lengua humana alabarlas! Sólo el genio su grandeza puede sentir y admirar.		
Ya el sol su nítida frente reclinaba en occidente derramando por la esfera de su rubia cabellera el desmayado fulgor. Serenos y diáfano el cielo, sobre la gala verdosa de la llanura, azul velo esparcía, misteriosa sombra dando a su color.		
El aura moviendo apenas sus alas de aroma llenas entre la yerba bullía del campo que parecía como un piélago ondear. Y la tierra contemplando del astro rey la partida		
25	callaba, manifestando, como en una despedida, en su semblante pesar.	70
30	Sólo a ratos, altanero relinchaba un bruto fiero aquí o allá, en la campaña; bramaba un toro de saña, rugía un tigre feroz: o las nubes contemplando, como extático y gozoso,	75
35	el yajá, de cuando en cuando turbaba el mudo reposo con su fatídica voz.	80
40	Se puso el sol; parecía que el vasto horizonte ardía: la silenciosa llanura fue quedando más oscura, más pardo el cielo, y en él, con luz trémula brillaba una que otra estrella, y luego	85
45	a los ojos se ocultaba, como vacilante fuego en soberbio chapitel.	90
50	El crepúsculo entre tanto, con su claroscuro manto, veló la tierra; una faja negra como una mortaja, el occidente cubrió;	95
55	mientras la noche bajando lenta venía, la calma, que contempla suspirando inquieta a veces el alma, con el silencio reinó.	100
60	Entonces, como el ruido que suele hacer el tronido cuando retumba lejano, se oyó en el tranquilo llano sordo y confuso clamor;	105
65	se perdió... y luego violento, como baladro espantoso de turba inmensa, en el viento se dilató sonoro, dando a los brutos pavor.	110

Bajo la planta sonante del ágil potro arrogante el duro suelo temblaba, y envuelto en polvo cruzaba como animado tropel, velozmente cabalgando; víanse lanzas agudas, cabezas, crines ondeando y como formas desnudas de aspecto extraño y cruel.	115	de sus lanzas, por despojos, llevan cabezas humanas, cuyos inflamados ojos respiran aún furor.	150
	120	Así el bárbaro hace ultraje al indomable coraje que abatió su alevosía; y su rencor todavía mira con torpe placer las cabezas que cortaron sus inhumanos cuchillos, exclamando: «ya pagaron del cristiano los caudillos el feudo a nuestro poder.	155
¿Quién es? ¿Qué insensata turba con su alarido perturba las calladas soledades de Dios, do las tempestades sólo se oyen resonar?	125		160
¿Qué humana planta orgullosa se atreve a hollar el desierto cuando todo en él reposa? ¿Quién viene seguro puerto en sus yermos a buscar?	130	Ya los ranchos do vivieron presa de las llamas fueron y muerde el polvo abatida su pujanza tan erguida. ¿Dónde sus bravos están? Vengan hoy del vituperio, sus mujeres, sus infantes, que gimen en cautiverio, a libertar, y como antes nuestras lanzas probarán».	165
¡Oíd!, ya se acerca el bando de salvajes atronando todo el campo convecino; ¡mirad!, como torbellino hiende el espacio veloz. El fiero ímpetu no enfrena del bruto que arroja espuma; vaga al viento su melena y con ligereza suma pasa en ademán atroz.	135		170
	140	Tal decía; y bajo el callo del indómito caballo, crujiendo el suelo temblaba; hueco y sordo retumbaba su grito en la soledad. Mientras la noche, cubierto el rostro en manto nubloso, echó en el vasto desierto, su silencio pavoroso, su sombría majestad.	175
¿Dónde va? ¿de dónde viene? ¿de qué su gozo proviene? ¿Por qué grita, corre, vuela clavando al bruto la espuela, sin mirar al rededor? ¡Ved! que las puntas ufanas	145		180

Notas:

31. En AP, p. 196-222; en *Rimas*, 1837, pp. 1-146. | Epígrafe: sobre los epígrafes, su procedencia y la significación en la obra, cfr. Beatriz Curia, María Cecilia Elustondo y Hebe Beatriz Molina, «Los epígrafes en «La cautiva»», en *Revista de Literaturas Modernas* (Mendoza), núm. 15 (1982), pp. 67-86. En línea: Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010. | Dedicatoria: en *Rimas*, 1837, «A el...».

v. 26. [*N. del a.*] *Toldería*: el conjunto de chozas o el aduar del salvaje.

- v. 78. [*N. del a.*] *Yajá*: El padre Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice: «El *Yahá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado duro y fuerte con que pelea... En su canto repiten estas voces, *yahá, yahá*, que significan (en guaraní) <vamos, vamos> de donde se les impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan a repetir *yahá, yahá*, como si dijeran: <vamos, vamos que hay enemigo y no estamos seguros de sus asechanzas>. Los que saben esta propiedad del yahá, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos». En la provincia se le llama chajá o yajá indistintamente.
- v. 150. AP: *repiran* (por *respiran*); corrijo según *Rimas*, 1837.
- v. 161. [*N. del a.*] *Ranchos*: cabañas pajizas de nuestros campos.

PARTE SEGUNDA

EL FESTÍN

...orribili favelle,
parole di dolore, accenti d'ira,
voci alte e fioche, e suon di man con elle
facévan un tumulto...

Dante

Noche es el vasto horizonte, noche el aire, cielo y tierra. Parece haber apiñado el genio de las tinieblas, para algún misterio inundo, sobre la llanura inmensa, la lobreguez del abismo donde inalterable reina. Sólo inquietos divagando, por entre las sombras negras, los espíritus foletos con viva luz reverberan, se disipan, reaparecen, vienen, van, brillan, se alejan. Mientras el insecto chilla, y en <i>fachinales</i> o cuevas los nocturnos animales con triste aullido se quejan. La tribu aleve, entre tanto, allá en la pampa desierta, donde el cristiano atrevido jamás estampa la huella, ha reprimido del bruto la estrepitosa carrera, y campo tiene fecundo	185 190 195 200 205	al pie de una loma extensa, lugar hermoso, do a veces sus tolderías asienta. Feliz la <i>maloca</i> ha sido; rica y de estima la presa que arrebató a los cristianos: caballos, potros y yeguas, bienes que en su vida errante ella más que el oro precia; muchedumbre de cautivas, todas jóvenes y bellas. Sus caballos, en manadas, pacen la fragante yerba; y al lazo algunos prendidos, a la pica o la manea de sus indolentes amos el grito de alarma esperan. Y no lejos de la turba, que charla ufana y hambrienta, atado entre cuatro lanzas, como víctima en reserva, noble espíritu valiente mira vacilar su estrella; al paso que su infortunio, sin esperanza, lamentan	210 215 220 225 230

rememorando su hogar, los infantes y las hembras. Arden ya en medio del campo cuatro extendidas hogueras, cuyas vivas llamaradas irradiando, colorean el tenebroso recinto donde la chusma hormiguea. En torno al fuego sentados unos lo atizan y ceban; otros la jugosa carne al rescoldo o llama tuestan. Aquél come, éste destriza, más allá alguno degüella con afilado cuchillo la yegua al lazo sujeta, y a la boca de la herida, por donde ronca y resuella, y a borbollones arroja la caliente sangre fuera, en pie, trémula y convulsa, dos o tres indios se pegan, como sedientos vampiros, sorben, chupan, saborean la sangre, haciendo mormullo, y de sangre se rellenan. Baja el pescuezo, vacila, y se desploma la yegua con aplauso de las indias que a descuartizarla empiezan. Arden en medio del campo, con viva luz las hogueras; sopla el viento de la pampa, y el humo y las chispas vuelan. A la charla interrumpida, cuando el hambre está repleta, sigue el cordial regocijo el beberaje y la gresca, que apetecen los varones y las mujeres detestan. El licor espirituoso en grandes vacías echan y, tendidos de barriga en derredor, la cabeza meten sedientos y apuran el apetecido néctar, que bien pronto los convierte	235 240 245 250 255 260 265 270 275	en abominables fieras. Cuando algún indio, medio ebrio, tenaz metiendo la lengua, sigue en la preciosa fuente y beber también no deja a los que aguijan furiosos, otro viene, de las piernas lo agarra, tira y arrastra, y en lugar suyo se espeta. Así bebe, ríe, canta, y al regocijo sin rienda se da la tribu; aquel ebrio se levanta, bambolea, a plomo cae y gruñendo como animal se revuelca. Éste chilla, algunos lloran y otros a beber empiezan. De la chusma toda al cabo la embriaguez se enseñorea y hace andar en remolino sus delirantes cabezas. Entonce empieza el bullicio y la algazara tremenda, el infernal alarido y las voces lastimeras. Mientras sin alivio lloran las cautivas miserables y los ternezuelos niños al ver llorar a sus madres. Las hogueras entretanto, en la oscuridad flamean, y a los pintados semblantes, y a las largas cabelleras de aquellos indios beodos da su vislumbre siniestra colorido tan extraño, traza tan horrible y fea, que parecen del abismo précita, inmunda ralea entregada al torpe gozo de la sabática fiesta. Todos en silencio escuchan; una voz entona recia las heroicas alabanzas y los cantos de la guerra:	280 285 290 295 300 305 310 315 320

«Guerra, guerra y exterminio al tiránico dominio del <i>huinca</i> ; engañosa paz: devore el fuego sus ranchos, que en su vientre los caranchos ceben el pico voraz».		en el hierro agudo, con brazo forzado,	365
	325	Brian lo levantó. Funeral sangriento ya tuvo en el llano; ni un solo cristiano con vida escapó.	370
Oyó gritos el caudillo y en su fogoso tordillo salió Brian; pocos eran y él delante venía, al bruto arrogante dio una lanzada Quillán.	330	¡Fatal vencimiento! Lloremos la muerte del indio más fuerte que la pampa crio.	
Lo cargó al punto la indiada: con la fulminante espada se alzó Brian; grandes sus ojos brillaron y las cabezas rodaron de Quitúr y Callupán.	335	Quienes su pérdida lloran, quienes sus hazañas mientan. Óyense voces confusas, medio articuladas quejas, baladros, cuyo son ronco en la llanura resuena.	375
Echando espuma y herido como toro enfurecido se encaró, ceño torvo revolviendo y el acero sacudiendo: nadie acometerle osó.	340	De repente todos callan y un sordo mormullo reina, semejante al de la brisa cuando rebulle en la selva; pero, gritando, algún indio en la boca se palmea y el disonante alarido	380
<i>Valichu</i> estaba en su brazo; pero al golpe de un bolazo cayó Brian como potro en la llanura: cebo en su cuerpo y hartura encontrará el gavilán.	345	otra vez el campo atruena. El indeleble recuerdo de las pasadas ofensas se aviva en su ánimo entonces, y atizando su fiereza al rencor adormecido y a la venganza subleva.	385
Las armas cobarde entrega el que vivir quiere esclavo; pero el indio guapo, no: Chañil murió como bravo, batallando en la refriega, de una lanzada murió.	350	En su mano los cuchillos, a la luz de las hogueras, llevando muerte relucen; se ultrajan, riñen, vocean, como animales feroces se despedazan y bregan.	390
	355	Y asombradas las cautivas la carnicería horrenda miran, y a Dios en silencio humildes preces elevan. Sus mujeres entre tanto, cuya vigilancia tierna en las horas de peligro siempre cautelosa vela, acorren luego a calmar	395
Salió Brian airado blandiendo la lanza, con fiera pujanza Chañil lo embistió; del pecho clavado	360		400

el frenesí que los ciega, ya con ruegos y palabras de amor y eficacia llenas; ya interponiendo su cuerpo entre las armas sangrientas. Ellos resisten y luchan, las desoyen y atropellan lanzando injuriosos gritos; y los cuchillos no sueltan sino cuando, ya rendida su natural fortaleza a la embriaguez y al cansancio, dobla el cuello y cae por tierra. Al tumulto y la matanza sigue el llorar de las hembras por sus maridos y deudos, las lastimosas endechas a la abundancia pasada, a la presente miseria, a las víctimas queridas de aquella noche funesta. Pronto un profundo silencio hace a los lamentos tregua,	410 415 420 425 430	interrumpido por ayes de moribundos, o quejas, risas, gruñir sofocado de la embriagada torpeza; al espantoso ronquido de los que durmiendo sueñan, los gemidos infantiles del <i>ñacurutú</i> se mezclan; chillidos, aúllos tristes del lobo que anda a la presa. De cadáveres, de troncos, miembros, sangre y osamentas, entremezclados con vivos, cubierto aquel campo queda, donde poco antes la tribu llegó alegre y tan soberbia. La noche en tanto camina triste, encapotada y negra; y la desmayada luz de las festivas hogueras sólo alumbra los estragos de aquella bárbara fiesta.	435 440 445 450

Notas:

v. 191. *espíritus foletos*: expresión calcada del italiano. *Folletto* es diminutivo de *folle*, <loco>. La *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, vol. 22, Barcelona, Hijos de J. Espasa, 1924, define así esta expresión: «*Espíritu foletto*. fig. Ente quimérico, fantasma o demonio que pone miedo a los niños y personas de poca reflexión». Más específicamente: *luz mala* –tal como se llama en el Río de la Plata– o *fuego fatuo* según su uso más generalizado. Al parecer, <foletos> sería un hápax acuñado por Echeverría, es decir, una voz registrada una sola vez en una lengua. Cfr. Fernando Sorrentino, «Un neologismo víctima de mortalidad infantil», en *El Trujamán. Revista diaria de traducción* (Madrid), 5 de agosto de 2004. En línea: Centro Virtual Cervantes.

v. 196. [*N. del a.*] *Fachinales*: Llámense así en la provincia ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza.

v. 209. [*N. del a.*] *Maloca*: lo mismo que incursión o correría.

v. 316. *Précita*: réprobo. En *Rimas*, 1837, Echeverría acentúa de modo esdrújulo, tal como lo hiciera antes en la «La historia», v. 210 (ver nota al verso). En este último caso, JMG corrige el acento y opta por *precita*, ocasionando una mudanza en el ritmo del verso; en «La cautiva», en cambio, conserva la palabra tal como prefirió el autor.

v. 318. [*N. del a.*] *Sabática fiesta*: Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada a los pueblos cristianos por los judíos.

v. 325. [*N. del a.*] *Huinca*: voz con que designan los indios al cristiano u hombre que no es de su raza.

v. 327. [*N. del a.*, esta nota falta en AP] *Carancho*: ave de rapiña.

v. 347. [*N. del a.*] *Valichu*: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en Falkner Valichu: comúnmente se dice Gualichu.

- v. 348. [*N. del a.*] *Bolas*: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas ligadas por un extremo y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal o piedra.
- v. 376. *Rimas*, 1837: *mentan* (por *mientan*).
- v. 440. [*N. del a.*] *Ñacurutú*: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

PARTE TERCERA

EL PUÑAL

Yo iba a morir, es verdad,
entre bárbaros crueles,
y allí el pesar me mataba
de morir, mi bien, sin verte.
A darme la vida tú
saliste, hermosa y valiente.
Calderón

Yace en el campo tendida, cual si estuviera sin vida, ebria la salvaje turba, y ningún ruido perturba su sueño o sopor mortal. Varones y hembras mezclados todos duermen sosegados: sólo, en vano tal vez, velan los que libertarse anhelan del cautiverio fatal.	455	en horribles convulsiones, lanza con velocidad.	
		Silencio; ya el paso leve por entre la yerba mueve,	485
	460	como quien busca y no atina, y temeroso camina de ser visto o tropezar, una mujer: en la diestra	490
	465	un puñal sangriento muestra, sus largos cabellos flotan desgreñados y denotan de su ánimo el batallar.	
Paran la oreja bufando los caballos, que vagando libres despuntan la grama, y a la moribunda llama de las hogueras se ve, se ve sola y taciturna, símil a sombra nocturna, moverse una forma humana, como quien lucha y se afana, y oprime algo bajo el pié.	470	Ella va. Toda es oídos; sobre salvajes dormidos va pasando, escucha, mira, se para, apenas respira, y vuelve de nuevo a andar. Ella marcha, y sus miradas vagan en torno azoradas, cual si creyesen ilusas	495
	475	en las tinieblas confusas, mil espectros divisar.	500
Se oye luego triste aúllo y horrisonante mormullo, semejante al del novillo cuando el filoso cuchillo lo degüella sin piedad; y por la herida resuella, y aliento y vivir por ella, sangre hirviendo a borbollones,	480	Ella va, y aún de su sombra como el criminal se asombra; alza, inclina la cabeza; pero en un cráneo tropieza y queda al punto mortal.	505

Un cuerpo gruñe y resuella y se revuelve; mas ella cobra espíritu y coraje, y en el pecho del salvaje clava el agudo puñal.			
El indio dormido expira; y ella veloz se retira de allí, y anda con más tino, arrostrando del destino la rigurosa crueldad. Un instinto poderoso, un afecto generoso la impele y guía segura, como luz de estrella pura, por aquella oscuridad.	510	hasta los tiernos infantes osaron despedazar, arrancándolos del seno de sus madres, ¡día lleno de execración y amargura en que murió mi ventura, tu memoria me da horror!» Así dijo, y ya no siente, ni llora, porque la fuente del sentimiento fecunda, que el femenil pecho inunda, consumió el voraz dolor.	555
Su corazón de alegría palpita; lo que quería, lo que buscaba con ansia su amorosa vigilancia encontró gozosa al fin. Allí, allí está su universo, de su alma el espejo terso, su amor, esperanza y vida; allí contempla embebida su terrestre serafín.	515	Y el amor y la venganza en su corazón alianza han hecho, y sólo una idea tiene fija y saborea su ardiente imaginación. Absorta el alma, en delirio lleno de gozo y martirio queda, hasta que al fin estalla como volcán y se explaya la lava del corazón.	560
«Brian –dice–, mi Brian querido busca durmiendo el olvido; quizá ni soñando espera que yo entre esta gente fiera le venga a favorecer. Lleno de heridas, cautivo, no abate su ánimo altivo la desgracia, y satisfecho descansa, como en su lecho, sin esperar, ni temer.	520		565
Sus verdugos, sin embargo, para hacerle más amargo de la muerte el pensamiento, deleitarse en su tormento y más su rencor cebar prolongando su agonía, la vida suya, que es mía, guardaron, cuando triunfantes	525	Allí está su amante herido, mirando al cielo y ceñido el cuerpo con duros lazos, abiertos en cruz los brazos, ligadas manos y pies. Cautivo está, pero duerme; inmoble, sin fuerza, inerme yace su brazo invencible: de la pampa el león terrible presa de los buitres es.	570
	530		575
	535	Allí, de la tribu impía esperando con el día horrible muerte, está el hombre cuya fama, cuyo nombre era al bárbaro traidor más temible que el zumbido del hierro o plomo encendido; más aciago y espantoso que el <i>valichu</i> rencoroso a quien acata su error.	580
	540		585
	545		590
	550		

Allí está; silenciosa ella,
 como tímida doncella,
 besa su entreabierto boca,
 cual si dudara le toca
 por ver si respira aún.
 Entonces las ataduras
 que sus carnes roen duras
 corta, corta velozmente
 con su puñal obediente,
 teñido en sangre común.

Brian despierta; su alma fuerte,
 conforme ya con su suerte,
 no se conturba, ni azora;
 poco a poco se incorpora,
 mira sereno y cree ver
 un asesino: echan fuego
 sus ojos de ira; mas luego
 se siente libre y se calma
 y dice: «¿eres alguna alma
 que pueda y deba querer?»

¿Eres espíritu errante,
 ángel bueno o vacilante
 parto de mi fantasía?»
 — «Mi vulgar nombre es María,
 ángel de tu guarda soy;
 y mientras cobra pujanza,
 ebria la feroz venganza
 de los bárbaros, segura,
 en aquesta noche oscura,
 velando a tu lado estoy:

nada tema tu congoja.»
 Y enajenada se arroja
 de su querido en los brazos,
 le da mil besos y abrazos
 repitiendo «Brian, mi Brian».
 La alma heroica del guerrero
 siente el gozo lisonjero
 por sus miembros doloridos
 correr y que sus sentidos
 libres de ilusión están.

Y en labios de su querida
 apura aliento de vida,
 y la estrecha cariñoso,

595 y en éxtasis amoroso
 ambos respiran así;
 mas, súbito él la separa,
 como si en su alma brotara
 horrible idea, y la dice:
 600 — «María, soy infelice,
 ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza
 645 habrá ajado la pureza
 de tu honor y mancillado
 tu cuerpo santificado
 por mi cariño y tu amor;
 ya no me es dado quererte». 650
 Ella le responde: — «advierte
 que en este acero está escrito
 610 mi pureza y mi delito,
 mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento
 655 y saltará de contento
 tu corazón orgulloso;
 615 diómelo amor poderoso,
 diómelo para matar
 al salvaje que insolente
 660 ultrajar mi honor intente;
 para, a un tiempo, de mi padre,
 620 de mi hijo tierno y mi madre
 la injusta muerte vengar.

Y tu vida, más preciosa
 665 que la luz del sol hermosa,
 sacar de las fieras manos
 625 de estos tigres inhumanos
 o contigo perecer.
 Loncoy, el cacique altivo,
 670 cuya saña al atractivo
 se rindió de estos mis ojos
 630 y quiso entre sus despojos
 de Brian la querida ver,

después de haber mutilado
 675 a su hijo tierno; anegado
 en su sangre yace impura;
 635 sueño infernal su alma apura:
 dióle muerte este puñal.
 Levanta, mi Brian, levanta,
 680

sigue, sigue mi ágil planta; huyamos de esta guarida donde la turba se anida más inhumana y fatal».		el cielo este beneficio nos ha querido ofrecer;	
—«¿Pero adónde, adónde iremos?	685	no insensatos lo perdamos.	725
¿Por fortuna encontraremos en la pampa algún asilo, donde nuestro amor tranquilo logre burlar su furor?		Huyamos, mi Brian, huyamos; que en el áspero camino mi brazo y poder divino te servirán de sostén.»	
¿Podremos, sin ser sentidos, escapar, y desvalidos caminar a pie, ijadeando, con el hambre y sed luchando, el cansancio y el dolor?»	690	—«Tu valor me infunde fuerza y de la fortuna adversa, amor, gloria o agonía participar con María yo quiero; huyamos, ven, ven.»	730
—«Sí; el anchuroso desierto más de un abrigo encubierto ofrece, y la densa niebla, que el cielo y la tierra puebla, nuestra fuga ocultará. Brian, cuando aparezca el día, palpitantes de alegría, lejos de aquí ya estaremos, y el alimento hallaremos que el cielo al infeliz da.»	695	Dice Brian y se levanta, el dolor traba su planta, mas devora el sufrimiento; y ambos caminan a tienta por aquella oscuridad. Tristes van; de cuando en cuando la vista al cielo llevando, que da esperanza al que gime, ¿qué busca su alma sublime? La muerte o la libertad.	735
—«Tú podrás, querida amiga, hacer rostro a la fatiga, mas yo, llagado y herido, débil, exangüe, abatido, ¿cómo podré resistir? Huye tú, mujer sublime, y del oprobio redime tu vivir predestinado; deja a Brian infortunado, solo, en tormentos morir.»	700	—«Y en esta noche sombría ¿quién nos servirá de guía?»	740
—«No, no, tú vendrás conmigo o pereceré contigo. De la amada patria nuestra escudo fuerte es tu diestra, ¿y qué vale una mujer?	705	—«Brian ¿no ves allá una estrella que entre dos nubes centella cual benigno astro de amor? Pues esa es por Dios enviada como la nube encarnada que vio Israel prodigiosa; sigamos la senda hermosa que nos muestra su fulgor;	745
huyamos, tú de la muerte, yo de la oprobiosa suerte de los esclavos; propicio	710	ella del triste desierto nos llevará a feliz puerto.»	750
	715	Ellos van; solas, perdidas como dos almas queridas que amor en la tierra unió, y en la misma forma de antes, andan por la noche errantes con la memoria hechicera del bien que en su primavera la desdicha les robó.	755
	720		760

Ellos van. Vasto, profundo
 como el páramo del mundo
 misterioso es el que pisan;
 mil fantasmas se divisan,
 mil formas vanas allí,
 que la sangre joven hielan:
 mas ellos vivir anhelan.
 Brian desmaya caminando
 y al cielo otra vez mirando
 dice a su querida así:

765 —«Mira, ¿no ves? la luz bella 775
 de nuestra polar estrella
 de nuevo se ha oscurecido
 y el cielo más denegrido
 nos anuncia algo fatal.»
 770 —«Cuando contrario el destino 780
 nos cierre, Brian, el camino,
 antes de volver a manos
 de esos indios inhumanos,
 nos queda algo: este puñal.»

PARTE CUARTA LA ALBORADA

Già la terra è coperta d'uccisi;
 tutta è sangue la vasta pianura;...
 Manzoni

Ya de muertos la tierra está cubierta,
 y la vasta llanura toda es sangre...

Todo estaba silencioso.
 La brisa de la mañana
 recién la yerba lozana
 acariciaba y la flor,
 y en el oriente nubloso
 la luz apenas rayando,
 iba el campo matizando
 de claroscuro verdor.

785 Súbito al trote asomaron 810
 sobre la extendida loma
 dos jinetes, como asoma
 el astuto cazador;
 y al pie de ella divisaron
 790 la chusma quieta y dormida, 815
 y volviendo atrás la brida
 fueron a dar el clamor

Posaba el ave en su nido;
 ni del pájaro se oía
 la variada melodía,
 música que al alba da;
 y sólo, al ronco bufido
 de algún potro que se azora,
 mezclaba su voz sonora
 el agorero yajá.

de alarma al campo cristiano.
 Pronto en brutos altaneros
 795 un escuadrón de lanceros 820
 trotando allí se acercó,
 con acero y lanza en mano;
 y en hileras dividido
 al indio, no apercibido,
 800 en doble muro encerró.

En el campo de la holganza,
 so la techumbre del cielo,
 libre, ajena de recelo
 dormía la tribu infiel;
 mas la terrible venganza
 de su constante enemigo
 alerta estaba y castigo
 le preparaba crüel.

Entonces, el grito «cristiano, cristiano» 825
 resuena en el llano,
 «cristiano» repite confuso clamor.
 La turba que duerme despierta turbada,
 805 clamando azorada 830
 «cristiano nos cerca, cristiano traidor».

Niños y mujeres, llenos de confflito, levantan el grito; sus almas conturba la tribulación; los unos pasmados, al peligro horrendo, los otros huyendo, 835 corren, gritan, llevan miedo y confusión.	Los ayes, los gritos, clamor del que llora, gemir del que implora puesto de rodillas en vano piedad, todo se confunde: del plomo el silbido, del hierro el crujido 865 que ciego no acata ni sexo, ni edad.
Quien salta al caballo que encontró primero, quien toma el acero, quien corre su potro querido a buscar; mas ya la llanura cruzan desbandadas 840 yeguas y manadas que el cauto enemigo las hizo espantar.	Horrible, horrible matanza hizo el cristiano aquel día: ni hembra, ni varón, ni cría de aquella tribu quedó. 870 La inexorable venganza siguió el paso a la perfidia y en no cara y breve lidia su cerviz al hierro dio.
En trance tan duro los carga el cristiano, blandiendo en su mano la terrible lanza que no da cuartel. 845 Los indios más bravos luchando resisten, cual fieras embisten: el brazo sacude la matanza crüel.	Viose la yerba teñida 875 de sangre, hediondo y sembrado de cadáveres el prado donde resonó el festín. Y del sueño de la vida al de la muerte pasaron 880 los que poco antes se holgaron sin temer aciago fin.
El sol aparece; las armas agudas relucen desnudas, 850 horrible la muerte se muestra do quier. En lomos del bruto, la fuerza y coraje crece del salvaje, sin su apoyo, inerme, se deja vencer.	Las cautivas derramaban lágrimas de regocijo; una al esposo, otra al hijo 885 debió allí la libertad; pero ellos tristes estaban, porque ni vivo, ni muerto halló a Brian, en el desierto, su valor y su lealtad. 890
Pie en tierra poniendo la fácil victoria, 855 que no le da gloria, prosigue el cristiano lleno de rencor. Caen luego caciques, soberbios caudillos, los fieros cuchillos degüellan, degüellan, sin sentir horror. 860	

PARTE QUINTA
EL PAJONAL

...e lo spirito lasso
conforta, e ciba di speranza buona;
Dante

...y el ánimo cansado
de esperanza feliz nutre, y conforta;

Así, huyendo a la ventura,
ambos a pie divagaron
por la lóbrega llanura
y al salir la luz del día
a corto trecho se hallaron
de un inmenso pajonal.
Brian debilitado, herido,
a la fatiga rendido
la planta apenas movía;
su angustia era sin igual.
Pero un ángel, su querida
siempre a su lado velaba,
y el espíritu y la vida,
que su alma heroica anidaba,
la infundía, al parecer,
con miradas cariñosas,
voces del alma profundas,
que debieran ser eternas;
y aquellas palabras tiernas
o armonías misteriosas,
que sólo manan fecundas
del labio de la mujer.

Temerosos del salvaje
acogiéronse al abrigo
de aquel pajonal amigo,
para de nuevo su viaje
por la noche continuar;
descansar allí un momento
y refrigerio y sustento
a la flaqueza buscar.

Era el adusto verano.
Ardiendo el sol como fragua
en cenagoso pantano
convertido había el agua
allí estancada; y los peces,

los animales inmundos, que aquel bañado habitaban muertos, el aire infestaban, o entre las impuras heces	aparecían a veces	930
boqueando moribundos, como del cielo implorando agua y aire; aquí se vía al voraz cuervo tragando	lo más asqueroso y vil;	935
allí la blanca cigüeña, el pescuezo corvo alzando, en su largo pico enseña el tronco de algún reptil;	más allá se ve al carancho,	940
que jamás presa desdeña, con pico en forma de gancho de la expirante alimaña sajar la fétida entraña;	y en aquel páramo yerto,	945
donde a buscar como a puerto refrigerio, van errantes Brian y María anhelantes, sólo divisan sus ojos feos, inmundos despojos	de la muerte. ¡Qué destino como el suyo miserable!	950
Si en aquel instante vino la memoria perdurable de la pasada ventura	a turbar su fantasía	955
¡cuán amarga les sería!, ¡cuán triste, yerma y oscura!		
Pero con pecho animoso en el lodo pegajoso	penetraron, ya cayendo,	960
		925

ya levantando, o subiendo el pie flaco y dolorido; y sobre un flotante nido de yajá (columna bella, que entre la paja descuella, como edificio construido por mano hábil) se sentaron a descansar o morir. Súbito allí desmayaron los espíritus vitales de Brian a tanto sufrir; y en los brazos de María, que inmoble permanecía, cayó muerto al parecer. ¡Cómo palabras mortales pintar al vivo podrán el desaliento y angustias o las imágenes mustias que el alma atravesarán de aquella infeliz mujer! Flor hermosa y delicada, perseguida y conculcada por cuantos males tiranos dio en herencia a los humanos inexorable poder.	965	sobre sus hombros le carga y con vigor desmedido lleva, lleva, a paso lento, al puerto de salvamento aquella preciosa carga.	1010
	970	Allí en la orilla verdosa el inmoble cuerpo posa, y los labios, frente y cara en el agua fresca y clara le embebe; su aliento aspira por ver si vivo respira, trémula su pecho toca;	1015
	975	y otra vez sienes y boca le empapa; en sus ojos vivos y en su semblante animado, los matices fugitivos de la apasionada guerra	1020
	980	que su corazón encierra, se muestran. Brian recobrado se mueve, incorpora, alienta; y débil mirada lenta clava en la hermosa María,	1025
	985	diciéndola: — «amada mía, pensé no volver a verte y que este sueño sería como el sueño de la muerte; pero tú, siempre velando, mi vivir sustentas, cuando	1030
	990	yo en nada puedo valerte, sino doblar la amargura de tu extraña desventura».	1035
	995	— «Que vivas tan sólo quiero, porque si mueres, yo muero; Brian mío, alienta, triunfamos, en salvo y libres estamos. No te aflijas; bebe, bebe esta agua, cuyo frescor el extenuado vigor	1040
	1000	volverá a tu cuerpo en breve y esperemos con valor de Dios el fin que imploramos.»	1045
	1005	Dijo así y en la corriente recoge agua y diligente, de sus miembros con esmero, se aplica a lavar primero	1050
Pronto llega al alto nido donde yace su querido,			

las dolorosas heridas, las hondas llagas henchidas de negra sangre cuajada, y a sus inflamados pies el lodo impuro; y después con su mano delicada las venda. Brian silencioso sufre el dolor con firmeza; pero siente a la flaqueza rendido el pecho animoso.	1055 1060	Ella entonces alimento corre a buscar; y un momento, sin duda el cielo piadoso, de aquellos finos amantes, infortunados y errantes, quiso aliviar el tormento.	1065

Notas:

Parte quinta. El pajonal. Título: [*N. del a.*] *Pajonal*: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos y algunos a la distancia aparecen en la planicie como bosques: son los *oasis* de la pampa.

v. 991. *Rimas*, 1837: *holla* (por *huella*); en otros lugares, JMG conserva la forma *hollar* (cfr., entre otros, v. 2117)

PARTE SEXTA

LA ESPERA

¡Qué largas son las horas del deseo!

Moreto

Triste, oscura, encapotada llegó la noche esperada, la noche que ser debiera su grata y fiel compañera; y en el vasto pajonal permanecen inactivos los amantes fugitivos. Su astro, al parecer, declina, como la luz vespertina, entre sombra funeral.	1070 1075	María espera, a su lado con corazón agitado que amanecerá otra aurora más bella y consoladora; el amor la inspira fe en destino más propicio y la oculta el precipicio cuya idea sólo pasma: el descarnado fantasma de la realidad no ve.	1090 1095
Brian por el dolor vencido al margen yace tendido del arroyo; probó en vano el paso firme y lozano de su querida seguir; sus plantas desfallecieron y sus heridas vertieron sangre otra vez. Sintió entonces como una mano de bronce por sus miembros discurrir.	1080 1085	Pasión vivaz la domina, ciega pasión la fascina; mostrando a su alma el trofeo de su impetuoso deseo la dice: tú triunfarás. Ella infunde a su flaqueza constancia allí y fortaleza; ella su hambre, su fatiga, y sus angustias mitiga para devorarla más.	1100 1105

Sin el amor que en sí entraña, ¿qué sería? Frágil caña que al más leve impulso quiebra, ser delicado, fina hebra, sensible y flaca mujer. Con él, es ente divino que pone a raya al destino, ángel poderoso y tierno a quien no haría el infierno vacilar ni estremecer.	1110 1115	La noche cubierta, en tanto, camina en densa tiniebla y en el abismo de espanto, que aquellos páramos puebla, ambos perdidos se ven. Parda, rojiza, radiosa una faja luminosa forma horizonte no lejos; sus amarillos reflejos en lo oscuro hacen vaivén.	1150 1155
De su querido no advierte el mortal abatimiento, ni cree se atreva la muerte a sofocar el aliento que hace vivir a los dos; porque de su llama intensa es la vida tan inmensa que a la muerte vencería y en sí eficacia tendría para animar como Dios.	1120 1125	La llanura arder parece y que con el viento crece, se encrespa, aviva y derrama el resplandor y la llama en el mar de lobreguez. Aquel fuego colorado, en tinieblas engolfado, cuyo esplendor vaga horrendo era trasunto estupendo de la infernal terriblez.	1160 1165
El amor es fe inspirada es religión arraigada en lo íntimo de la vida. Fuente inagotable, henchida de esperanza, su anhelar no halla obstáculo invencible hasta conseguir victoria; si se estrella en lo imposible, gozoso vuela a la gloria su heroica palma a buscar.	1130 1135	Brian, recostado en la yerba como ajeno de sentido, nada ve; ella un rüido oye; pero sólo observa la negra desolación, o las sombrías visiones que engendran las turbaciones de su espíritu. ¡Cuán larga aquella noche y amarga sería a su corazón!	1170 1175
María no desespera porque su ahínco procura para lo que ama ventura y al infortunio supera su imperiosa voluntad. Mañana: el grito constante de su corazón amante la dice; mañana el cielo hará cesar tu desvelo, la nueva luz esperad.	1140 1145	Miró a su amante; espantoso un bramido cavernoso la hizo temblar, resonando: era el tigre, que buscando pasto a su saña feroz en los densos matorrales nuevos presagios fatales al infortunio traía. En silencio echó María mano a su puñal, veloz.	1180 1185

Notas:

v. 1110. *Rimas*, 1837: *el* (por *al*).

v. 1167. *Rimas*, 1837: *inferna* (por *infernal*).

PARTE SÉPTIMA
LA QUEMAZÓN

Voyez... Dejà la flamme en torrens se déploie;
Lamartine

Mirad... ya en torrentes se extiende la llama.

El aire estaba inflamado, turbia la región suprema, envuelto el campo en vapor; rojo el sol y coronado de parda oscura diadema, amarillo resplandor en la atmósfera esparcía; el bruto, el pájaro huía y agua la tierra pedía sedienta y llena de ardor.	1190	el piadoso implora; se turba y azora la malicia audaz.	1225
Soplando a veces el viento limpiaba los horizontes y de la tierra brotar de humo rojo y ceniciento se veían como montes; y en la llanura ondear formando espiras doradas, como lenguas inflamadas o melenas encrespadas de ardiente, agitado mar.	1200	Quien cree ser indicio fatal, estupendo del día del juicio, del día tremendo que anunciado está. Quien piensa que al mundo, sumido en lo inmundo, el cielo iracundo pone a prueba ya.	1230 1235
Cruzándose nubes densas por la esfera dilataban, como cuando hay tempestad, sus negras alas inmensas; y más, y más aumentaban el pavor y oscuridad. El cielo entenebrecido, el aire, el humo encendido, eran, con el sordo ruido, signo de calamidad.	1205	Era la plaga que cría la devorante sequía para estrago y confusión: de la chispa de una hoguera que llevó el viento ligera, nació grande, cundió fiera la terrible quemazón.	1240
El pueblo de lejos contempla asombrado los turbios reflejos, del día enlutado la ceñuda faz. El humilde llora,	1210	Ardiendo, sus ojos relucen, chispean; en rubios manojos sus crines ondean flameando también; la tierra gimiendo, los brutos rugiendo, los hombres huyendo, confusos la ven.	1245 1250
	1215		
	1220	Sutil se difunde, camina, se mueve, penetra, se infunde; cuanto toca, en breve, reduce a tizón. Ella era; y pastales, densos pajonales,	1255

cardos y animales ceniza, humo son.		Para ellos no existe el mundo.	1300
Raudal vomitando, venía de llama que hirviendo, silbando se enrosca y derrama con velocidad.	1260	Detrás arroyo profundo ancho se extiende y delante, formidable y horroroso, alza la cresta furioso mar de fuego devorante.	1305
Sentada María con su Brian la vía: —«¡Dios mío! —decía— de nos ten piedad».	1265	—«Huye presto —Brian decía con voz débil a María—, déjame solo morir; este lugar es un horno: huye, ¿no miras en torno vapor cárdeno subir?»	1310
Piedad María imploraba y piedad necesitaba de potencia celestial. Brian caminar no podía y la quemazón cundía por el vasto pajonal.	1270	Ella calla, o le responde: —«Dios, largo tiempo, no esconde su divina protección. ¿Crees tú nos haya olvidado?	1315
Allí pábulo encontrando, como culebra serpeando, velozmente caminó; y agitando, desbocada, su crin de fuego erizada gigante cuerpo tomó.	1275	Salvar tu vida ha jurado o morir mi corazón».	
Lodo, paja, restos viles de animales y reptiles quema el fuego vencedor, que el viento iracundo atiza; vuelan el humo y ceniza, y el inflamado vapor,	1280	Pero del cielo era juicio que en tan horrendo suplicio no debían perecer; y que otra vez de la muerte inexorable, amor fuerte triunfase, amor de mujer.	1320
al lugar donde, pasmados, los cautivos desdichados con despavoridos ojos están, su hervidero oyendo y las llamaradas viendo subir en penachos rojos.	1285	Súbito ella se incorpora: de la pasión que atesora el espíritu inmortal brotó, en su faz la belleza estampando y fortaleza de criatura celestial,	1325
No hay cómo huir, no hay efugio, esperanza ni refugio; ¿dónde auxilio encontrarán? postrado Brian yace inmoble como el orgulloso roble que derribó el huracán.	1290	no sujeta a ley humana; y como cosa liviana carga el cuerpo amortecido de su amante, y con él junto, sin cejar, se arroja al punto en el arroyo extendido.	1330
	1295	Cruje el agua y suavemente surca la mansa corriente con el tesoro de amor: semejante a ondina bella	1335

su cuerpo airoso descuella
y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,
sobre sus hombros nevados
suelos, reluciendo van;
boga con un brazo lenta
y con el otro sustenta
a flor el cuerpo de Brian.

Aran la corriente unidos
como dos cisnes queridos
que huyen de águila crüel,
cuya garra, siempre lista,
desde la nube se alista
a separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana
en perseguirlos; ufana
en la orilla opuesta el pié
pone María triunfante
y otra vez libre a su amante
de horrenda agonía ve.

Notas:

v. 1339. [*N. del a.*, esta nota falta en AP] *Ondina*: deidad fantástica de las aguas.

1340	¡O del amor maravilla!	1360
	En sus bellos ojos brota del corazón, gota a gota, el tesoro sin mancilla, celeste, inefable unción; sale en lágrimas deshecho	1365
1345	su heroico amor satisfecho. Y su formidable cresta sacude, enrosca y enhiesta la terrible quemazón.	
1350	Calmó después el violento soplar del airado viento. El fuego a paso más lento surcó por el pajonal sin topar ningún escollo; y a la orilla de un arroyo a morir al cabo vino,	1370
1355	dejando en su ancho camino negra y profunda señal.	1375

PARTE OCTAVA

BRIAN

Les guerriers et les coursiers eux mêmes
sont là pour attester les victoires de mon bras.
Je dois ma renommée a mon glaive...

Antar

Los guerreros y aún los bridones de la batalla
existen para atestiguar las victorias de mi brazo.
Debo mi renombre á mi espada.

Pasó aquel, llegó otro día
triste, ardiente y todavía
desamparados como antes
a los míseros amantes
encontró en el pajonal.
Brian, sobre pajizo lecho
inmóvil está y en su pecho

1380 arde fuego inextinguible;
brota en su rostro visible
abatimiento mortal.

1385 Abrumados y rendidos
sus ojos, como adormidos,
la luz esquivan, o absortos

1390

en los pálidos abortos de la conciencia (legión que atribula al moribundo) verán formas de otro mundo; imágenes fugitivas o las claridades vivas de fantástica región.	1395	del que vio cuando dormía paraíso de dicha eterno y al despertar un infierno que no imaginó jamás.	1435
Triste a su lado María revuelve en la fantasía mil contrarios pensamientos y horribles presentimientos la vienen allí a asaltar; espectros que engendra el alma cuando el ciego desvarío de las pasiones se calma, y perdida en el vacío se recoge a meditar.	1400	En el empíreo nublado flamea el sol colorado y en la llanura domina la vaporosa calina, el bochorno abrasador. Brian sigue inmóvil y María en formar se entretenía de junco un denso tejido que guardase a su querido de la intemperie y calor.	1440 1445
Allí, frágil navecilla en mar sin fondo ni orilla, do nunca ríe bonanza se encuentra, sin esperanza de poder al fin surgir: allí ve su afán perdido por salvar a su querido; y cuán lejano y nubloso el horizonte radioso está de su porvenir.	1410	Cuando oyó como el aliento que al levantarse o moverse hace animal corpulento, crujir la paja y romperse de un cercano matorral. Miró ¡oh terror! y acercarse vio con movimiento tardo, y hacia a ella encaminarse lamiéndose, un tigre pardo tinto en sangre; atroz señal.	1450 1455
Cuán largo, incierto camino la desdicha le previno, cuán triste peregrinaje; allí ve de aquel paraje la yerta inmovilidad. Allí ya del desaliento sufre el pausado tormento y abrumada de tristeza al cabo a sentir empieza su abandono y soledad.	1420	Cobrando ánimo al instante se alzó María arrogante, en mano el puñal desnudo, vivo el mirar, y un escudo formó de su cuerpo a Brian. Llegó la fiera inclemente; clavó en ella vista ardiente y a compasión ya movida o fascinada y herida por sus ojos y ademan,	1460 1465
Echa la vista delante y al aspecto de su amante desfallece su heroísmo; la vuelve y hórrido abismo mira atónita detrás. Allí apura la agonía	1430	recta prosiguió el camino y al arroyo cristalino se echó a nadar. ¡Oh amor tierno! de lo más frágil y eterno se compaginó tu ser. Siendo sólo afecto humano, chispa fugaz, tu grandeza, por impenetrable arcano,	1470 1475

es celestial. ¡Oh belleza! No se anida tu poder		Cobra María el sentido al oír de su querido	1520
en tus lágrimas ni enojos; sí en los sinceros arjos de tu corazón amante.	1480	la voz y en gozo nadando se incorpora, en él clavando su cariñosa mirada.	
María en aquel instante se sobrepuso al terror, pero cayó sin sentido a conmoción tan violenta.	1485	— «Pensé dormías —la dice— y despertarte no quise; fuera mejor que durmieras y del bárbaro no oyeras	1525
Bella como ángel dormido la infeliz estaba, exenta de tanto afán y dolor.		la estrepitosa llegada.	
Entonces ¡ah!, parecía que marchitado no había la aridez de la congoja que a lo más bello despoja su frescura juvenil.	1490	¿Sabes? sus manos lavaron con infernal regocijo en la sangre de mi hijo; mis valientes degollaron.	1530
¡Venturosa si más largo hubiera sido su sueño! Brian despierta del letargo: brilla matiz más risueño en su rostro varonil.	1495	Como el huracán pasó, desolación vomitando, su vigilante perfidia.	1535
Se sienta, estático mira como el que en vela delira; lleva la mano a su frente sudorífera y ardiente, ¡qué cosas su alma verá? La luz, noche le parece, tierra y cielo se oscurece y rueda en un torbellino de nubes. — «Este camino lleno de espinas está:	1500	Obra es del inicuo bando, ¡qué dirá la torpe envidia! Ya mi gloria se eclipsó.	
y la llanura, María, ¿no ves cuán triste y sombría! ¿dónde vamos? A la muerte. Triunfó la enemiga suerte.» —dice delirando Brian.	1505	De paz con ellos estaba y en la villa descansaba. Oye, no te fies, vela, lanza, caballo y espuela siempre lista has de tener. Mira donde me han traído. Atado estoy y ceñido; no me es dado levantarme, ni valerte ni vengarme, ni batallar ni vencer.	1540
— «¡Cuán caro mi amor te cuesta! Y mi confianza funesta, ¡cuánta fatiga y ultrajes! Pero pronto los salvajes su deslealtad pagarán.»	1510	Venga, venga mi caballo, mi caballo por la vida; venga mi lanza fornida, que yo basto a ese tropel. Rodeado de picas me hallo. Paso, canalla traidora, que mi lanza vengadora castigo os dará crüel.	1545
	1515	¿No miráis la polvareda que del llano se levanta? ¿No sentís lejos la planta de los brutos retumbar? La tribu es, huyendo leda,	1550
			1555
			1560

como carnicero lobo, con los despojos del robo, no de intrépido lidiar.		que más tarde o más temprano todos debemos morir. Insensato el que maldice la ley que a todos iguala: hoy el término señala a mi robusto vivir.	1605 1610
Mirad ardiendo la villa y degollados dormidos nuestros hermanos queridos por la mano del infiel. ¡Oh mengua! ¡oh rabia! ¡oh mancilla! Venga mi lanza ligero, mi caballo parejero, daré alcance a ese tropel».	1565 1570	Resígnate; bienvenida siempre, mi amor, fue la muerte para el bravo, para el fuerte que a la patria y al honor joven consagró su vida: ¿qué es ella? una chispa, nada, con ese sol comparada, raudal vivo de esplendor.	 1615
Se alzó Brian enajenado y su bigote erizado se mueve; chispean rojos, como centellas, sus ojos que hace el entusiasmo arder; el rostro y talante fiero do resalta con viveza el valor y la nobleza, la majestad del guerrero acostumbrado a vencer.	1575 1580	La mía brilló un momento, pero a la patria sirviera; también mi sangre corriera por su gloria y libertad. Lo que me da sentimiento es que de ti me separo, dejándote sin amparo aquí en esta soledad.	 1620 1625
Pero al punto desfallece. Ella atónita enmudece, ni halla voz su sentimiento; en tan solemne momento flaquea su corazón. El sol pálido declina: en la cercana colina triscan las gamas y ciervos, y de caranchos y cuervos grazna la impura legión,	1585 1590	Otro premio merecía tu amor y espíritu brioso y galardón más precioso te destinaba mi fe. Pero ¡ay Dios! la suerte mía de otro modo se eslabona; hoy me arrancan la corona que insensato ambicioné.	 1630
de cadáveres avara cual si muerte presagiara. Así la caterva estulta vil al heroísmo insulta, que triunfante veneró. María tiembla. Él alzando la vista al cielo y tomando con sus manos casi heladas las de su amiga adoradas, a su pecho las llevó.	1595 1600	¡Si al menos la azul bandera sombra a mi cabeza diese! ¡O antes por la patria fuese aclamado vencedor! ¡Oh destino! quién pudiera morir en la lid oyendo el alarido y estruendo, la trompeta y atambor.	1635 1640
Y con voz débil la dice: —«Oye, de Dios es arcano		Tal gloria no he conseguido. Mis enemigos triunfaron; pero mi orgullo no ajaron los favores del poder.	1645

¡Qué importa! mi brazo ha sido
terror del salvaje fiero:
los Andes vieron mi acero
con honor resplandecer.

1650

¡Oh estrépito de las armas!
¡Oh embriaguez de la victoria!
¡Oh campos, soñada gloria!
¡Oh lances del combatir!
Inesperadas alarmas,
patria, honor, objetos caros
ya no volveré a gozaros;
joven yo debo morir.

1655

Hoy es el aniversario
de mi primera batalla
y en torno a mí todo calla...
Guarda en tu pecho mi amor,
nadie llegue a su santuario...
Aves de presa parecen,
ya mis ojos se oscurecen;
pero allí baja un cóndor,

1660

1665

y huye el enjambre insolente.
Adiós, en vano te aflijo...
Vive, vive para tu hijo,
Dios te impone ese deber.
Sigue, sigue al occidente
tu trabajosa jornada:
adiós, en otra morada
nos volveremos a ver».

1670

Calló Brian y en su querida
clavó mirada tan bella,
tan profunda y dolorida,
que toda el alma por ella
al parecer exhaló.
El crepúsculo esparcía
en el desierto luz mustia.
Del corazón de María
el desaliento y angustia
sólo el cielo penetró.

1680

Notas:

Parte octava. Brian. Epígrafe: [*N. del a.*] *Antar*: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su viaje a Oriente: de ellos se ha tomado el lema que encabeza este canto.
v. 1393. AP: *que* (por *de*); restituyo: el cambio de JMG no tiene sentido.
v. 1400. *Rimas*, 1837: *su* (por *la*).
v. 1554. *Rimas*, 1837: *tridora* (por *traidora*).

PARTE NOVENA

MARÍA

Fallece esperanza y crece tormento.
Anónimo

Morte bella pareo nell suo bel viso.
Petrarca

La muerte parecía
bella en su rostro bello.

¿Qué hará María? En la tierra
ya no se arraiga su vida.
¿Dónde irá? Su pecho encierra
tan honda y vivaz herida,

1685

tanta congoja y pasión;
que para ella es infecundo
todo consuelo del mundo
burla horrible su contento,

1690

su compasión un tormento, su sonrisa una irrisión.		del bienaventurado, reciba el galardón: encuentre allí la calma, encuentre allí la dicha que busca en su desdicha mi viudo corazón.»	1735 1740
¿Qué le importan sus placeres, su bullicio y vanagloria, si ella, entre todos los seres, como desechada escoria, lejos, olvidada está? ¿En qué corazón humano, en qué límite del orbe el tesoro soberano que sus potencias absorbe ya perdido encontrará?	1695 1700	Dice; un punto su sentido queda como sumergido. Echa la postrer mirada sobre la tumba callada donde toda su alma está, mirada llena de vida; pero lánguida, abatida como la última vislumbre de la agonizante lumbre, falta de alimento ya.	 1745 1750
Nace del sol la luz pura y una fresca sepultura encuentra; lecho postrero que al cadáver del guerrero preparó el más fino amor. Sobre ella hincada María, muda como estatua fría, inclinada la cabeza semejaba a la tristeza embebida en su dolor.	1705 1710	Y alza luego la rodilla y tomando por la orilla del arroyo hacia el ocaso, con indiferente paso, se encamina al parecer. Pronto sale de aquel monte de paja y mira delante ilimitado horizonte, llanura y cielo brillante, desierto y campo do quier.	 1755 1760
Sus cabellos renegridos caen por los hombros tendidos y sombrean de su frente, su cuello y rostro inocente la nevada palidez. No suspira allí ni llora; pero como ángel que implora para miserias del suelo una mirada del cielo, hace esta sencilla prez.	1715 1720	¡Oh noche! ¡oh fúlgida estrella! Luna solitaria y bella sed benignas; el indicio de vuestro influjo propicio siquiera una vez mostrad. Bochornos, cálidos vientos, inconstantes elementos preñados de temporales, apiadaos; fieras fatales su desdicha respetad.	 1765 1770
—«Ya en la tierra no existe el poderoso brazo donde hallaba regazo mi enamorada sien: tú ¡oh Dios! no permitiste que mi amor lo salvase, quisiste que volase donde florece el bien.	1725 1730	Y tú ¡oh Dios! en cuyas manos de los míseros humanos está el oculto destino, siquiera un rayo divino haz a su esperanza ver. Vacilar de alma sencilla que resignada se humilla	 1775
Abre, Señor, a su alma tu seno regalado,			

no hagas la fe acrisolada; susténtala en su jornada, no la dejes perecer.	1780	Día y noche ella camina y la estrella matutina caminando solitaria, sin articular plegaria, sin descansar ni dormir la ve. En su planta desnuda brota la sangre y chorrea; pero toda ella, sin duda, va absorta en la única idea que alimenta su vivir.	1825 1830
Adiós pajonal funesto, adiós pajonal amigo. Se va ella sola ¡cuán presto de su júbilo, testigo, de su luto fuiste vos! El sol y la llama impía marchitaron tu ufanía; pero hoy tumba de un soldado eres y asilo sagrado: pajonal glorioso, adiós.	1785 1790	En ella encuentra sustento. Su garganta es viva fragua, un volcán su pensamiento; pero mar de hielo y agua refrigerio inútil es para el incendio que abriga: insensible a la fatiga, a cuanto ve indiferente, como mísera demente mueve sus heridos pies	1835 1840
Gózate; ya no se anidan en ti las aves parleras, ni tu agua y sombra convidan sólo a los brutos y fieras: soberbio debes estar. El valor y la hermosa ligados por la ternura en ti hallaron refrigerio; de su infortunio el misterio tú sólo puedes contar.	1795 1800	por el desierto. Adormida está su orgánica vida; pero la vida de su alma fomenta en sí aquella calma que sigue a la tempestad, cuando el ánimo cansado del afán violento y duro al parecer resignado se abisma en el fondo oscuro de su propia soledad.	1845 1850
Gózate; votos ni ardores de felices amadores tu esquividad no turbaron; sino voces que confiaron a tu silencio su mal. En la noche tenebrosa, con los ásperos graznidos de la legión ominosa, oirás ayes y gemidos: adiós triste pajonal.	1805 1810	Tremebundo precipicio, fiebre lenta y devorante, último efugio, suplicio del infierno, semejante a la postrer convulsión de la víctima en tormento: trance que si dura un día anonada el pensamiento, encanece, o deja fría la sangre en el corazón.	1855 1860
De ti María se aleja y en tus soledades deja toda su alma; agradecido el depósito querido guarda y conserva; quizá mano generosa y pía venga a pedírtelo un día: quizá la viva palabra un monumento le labra que el tiempo respetará.	1815 1820	Dos soles pasan ¿A dónde tu poder ¡oh Dios! se asconde? ¿Está por ventura exhausto?	

¿Más dolor en holocausto pide a una flaca mujer? No; de la quieta llanura ya se remonta a la altura gritando el yajá: camina, oye la voz peregrina que te viene a socorrer.	1865	se presentan a sus ojos cielo, espacio, sol, verdura, quieta, insondable llanura donde sin brújula vaga.	1910
¡Oh ave de la pampa hermosa, cómo te meces ufana! Reina sí, reina orgullosa eres, pero no tirana como el águila fatal; tuyo es también del espacio el transparente palacio: si ella en las rocas se anida, tú en la esquivéz escondida de algún vasto pajonal.	1870	Mas ¡ah! que en vivos corceles un grupo de hombres armados se acerca ¿serán infieles, enemigos? No, soldados son del desdichado Brian. Llegan, su vista se pasma; ya no es la mujer hermosa, sino pálido fantasma; mas reconocen la esposa de su fuerte capitán.	1915
De la víctima el gemido, el huracán y el tronido ella busca, y deleite halla en los campos de batalla; pero tú la tempestad, día y noche vigilante, anuncias al gaucho errante; tu grito es de buen presagio al que asechanza o naufragio teme de la adversidad.	1875	Creíanla cautiva o muerta; grande fue su regocijo. Ella los mira y despierta. —«¿No sabéis qué es de mi hijo?» —con toda el alma exclamó. Tristes mirando a María todos el labio sellaron; mas luego una voz impía: —«Los indios lo degollaron» —roncamente articuló.	1920
Oye sonar en la esfera la voz del ave agorera, oye María infelice; —«Alerta, alerta —te dice—; aquí está tu salvación. ¿No la ves cómo en el aire balancea con donaire su cuerpo albo-ceniciento? ¿No escuchas su ronco acento? Corre a calmar tu aflicción».	1880	Y al oír tan crudo acento, como quiebra al seco tallo el menor soplo del viento, o como herida del rayo, cayó la infeliz allí; viéronla caer, turbados, los animosos soldados; una lágrima la dieron y funerales la hicieron dignos de contarse aquí.	1925
Pero nada ella divisa, ni el feliz reclamo escucha; y caminando va a prisa: el demonio con que lucha la turba, impele y amaga. Turbios, confusos y rojos	1885	Aquella trama formada de la hebra más delicada, cuyo espíritu robusto lo más acerbo e injusto de la adversidad probó, un soplo débil deshizo: Dios para amar, sin duda, hizo un corazón tan sensible;	1930
	1890		1935
	1895		1940
	1900		1945
	1905		

palpitar le fue imposible cuando a quien amar no halló.			
Murió María. ¡Oh voz fiera! ¡Cuán entraña te abortara! Mover al tigre pudiera su vista sola; y no hallara en ti alguna compasión tanta miseria y conflicto, ni aquel su materno grito; y como flecha saliste y en lo más profundo heriste su anhelante corazón.	1950	Murió; por siempre cerrados están sus ojos cansados de errar por llanura y cielo, de sufrir tanto desvelo, de afanar sin conseguir. El atractivo está yerto de su mirar; ya el desierto, su último asilo, los rastros de tan hechiceros astros no verá otra vez lucir.	1995
Embates y oscilaciones de un mar de tribulaciones ella arrostró; y la agonía saboreó su fantasía y el punzante frenesí de la esperanza insaciable, que en pos de un deseo vuela; no alcanza el blanco inefable, se irrita en vano y desvela; vuelve a devorarse a sí.	1955		2000
	1960	Pero de ella aún hay vestigio. ¿No veis el raro prodigio? Sobre su cándida frente aparece nuevamente un prestigio encantador. Su boca y tersa mejilla rosada, entre nieve brilla, y revive en su semblante la frescura rozagante que marchitara el dolor.	2005
	1965		2010
Una a una, todas bellas, sus ilusiones volaron, y sus deseos con ellas; sola y triste la dejaron sufrir hasta enloquecer. Quedaba a su desventura un amor, una esperanza, un astro en la noche oscura, un destello de bonanza, un corazón que querer.	1970	La muerte bella la quiso y estampó en su rostro hermoso aquel inefable hechizo, inalterable reposo y sonrisa angelical, que destellan las facciones de una virgen en su lecho; cuando las tristes pasiones no han ajado de su pecho la pura flor virginal.	2015
	1975		2020
Una voz cuya armonía adormecerla podría; a su llorar un testigo, a su miseria un abrigo, a sus ojos qué mirar. 1985 Quedaba a su amor desnudo un hijo, un vástago tierno; encontrarlo aquí no pudo y su alma al regazo eterno lo fue volando a buscar.	1980	Entonces, el que la viera, dormida ¡oh Dios! la creyera; deleitándose en el sueño con memorias de su dueño, llenas de felicidad, soñando en la alba lucida del banquete de la vida que sonríe a su amor puro: mas ¡ay! que en el seno oscuro duerme de la eternidad.	2025
	1990		2030

EPÍLOGO

Douce lumiere es tu leur ame?

Lamartine

¿Eres, plácida luz, el alma de ellos?

¡Oh María! Tu heroísmo, tu varonil fortaleza, tu juventud y belleza merecieran fin mejor. Ciegos de amor el abismo fatal tus ojos no vieron y sin vacilar se hundieron en él ardiendo en amor.	2035	y amor, en edad florida, sofocó la pasión tierna, que omnipotencia de eterna trajo consigo al nacer.	2070
De la más cruda agonía salvar quisiste a tu amante y lo viste delirante en el desierto morir. ¡Cuál tu congoja sería! ¡Cuál tu dolor y amargura! Y no hubo humana criatura que te ayudase a sentir.	2040	Pero no triunfa el olvido de amor ¡oh bella María!, que la virgen poesía corona te forma ya de ciprés entretejido con flores que nunca mueren; y que admiren y veneren tu nombre y su nombre hará.	2075
Se malogró tu esperanza; y cuando sola te viste también mísera caíste como árbol cuya raíz en la tierra ya no afianza su pompa y florido ornato: nada supo el mundo ingrato de tu constancia infeliz.	2050	Hoy, en la vasta llanura, inhospitable morada, que no siempre sosegada mira el astro de la luz; descollando en una altura, entre agreste flor y yerba, hoy el caminante observa una solitaria cruz.	2080 2085
Naciste humilde y oculta como diamante en la mina, la belleza peregrina de tu noble alma quedó. El desierto la sepulta, tumba sublime y grandiosa, do el héroe también reposa que la gozó y admiró.	2055 2060	Fórmale grata techumbre la copa extensa y tupida de un ombú, donde se anida la altiva águila real; y la varia muchedumbre de aves que cría el desierto se pone en ella a cubierto del frío y sol estival.	2090
El destino de tu vida fue amar, amor tu delirio, amor causó tu martirio, te dio sobrehumano ser;	2065	Nadie sabe cuya mano plantó aquel árbol benigno, ni quién a su sombra el signo puso de la redención. Cuando el cautivo cristiano se acerca a aquellos lugares recordando sus hogares se postra a hacer oración.	2095 2100

Fama es que la tribu errante, si hasta allí llega embebida en la caza apetecida de la gama y avestruz, al ver del ombú gigante la verdosa cabellera, suelta al potro la carrera gritando: «allí está la cruz».	2105	También el vulgo asombrado cuenta que en la noche oscura suelen en aquella altura dos <i>luces</i> aparecer; que salen, y habiendo errado por el desierto tranquilo, juntas a su triste asilo vuelven al amanecer.	2120 2125
Y revuelve atrás la vista, como quien huye aterrado, creyendo se alza el airado, terrible espectro de Brian. Pálido el indio exorcista el fatídico árbol nombra; ni a hollar se atreven su sombra los que de camino van.	2115	Quizá mudos habitantes serán del páramo aerio, quizá espíritus, ¡misterio! visiones del alma son. Quizá los sueños brillantes de la inquieta fantasía forman coro en la armonía de la invisible creación.	2130

Notas:

v. 2089. [*N. del a.*] *Ombú*: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestras llanuras como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre; pero sí fresca y regalada sombra en los ardores del estío.

FIGUEROA
Francisco Acuña de

El señor Figueroa, actual Director de la Biblioteca Pública de Montevideo, nació en esta ciudad por los últimos años del siglo próximo pasado. Ha cultivado la poesía desde muy joven, y son fruto de su fertilidad y aplicación, muchos volúmenes de composiciones en verso, que permanecen inéditas en su mayor parte. Los trabajos más recientes del señor Figueroa son una traducción en verso de la famosa epopeya de Casti («*Gli animali parlanti*») y la crónica poética de los dos asedios que sufrió la plaza de Montevideo en los primeros años de la guerra de la independencia.

Las poesías que publicamos a continuación son parte muy reducida de las que ha publicado ya el señor Figueroa por la prensa periódica de su país: apenas pueden considerarse como una muestra de los diversos géneros que cultiva su fecundo e ingenioso autor.

1

LA CALAMIDAD PÚBLICA

ELEGÍA

«¿Cómo es que solitaria está sentada la opulenta ciudad de pueblo henchida? ¡Cual viuda abandonada y en dolor sumergida, de cien provincias la ínclita señora sin regia pompa y enlutada llora!	Sus muros dominantes la virgen de Judá mira enlutados, ni cánticos sagrados resuenan en su templo... ¡Oh caminantes 5 decid, yo os desafío, si hay un dolor que iguale al dolor mío!»	20
Ya se fue la hermosura de la excelsa Israel: sus anchas puertas derrumbadas, desiertas publican su desastre y su amargura, y en fúnebres querellas gimen sus sacerdotes y doncellas.	Así en Jerusalén desamparada sus ruinas el profeta contemplando, con voz acongojada 10 se lamentaba, cuando el Dios de las venganzas por castigo la abandonó al furor de su enemigo.	25 30
A la hija de Sion, oh Dios tremendo, cubrió de oscuridad tu mano airada, porque, a ti desoyendo, corrió desenfrenada, y al tocar de sus crímenes la cumbre probó aflicción y dura servidumbre.	Y tú, oh patria afligida del contagio cruel; ¿a quién lamentas? 15 ¿Cómo librar intentas los hijos de tu amor, cuando extendida miran la espada fuerte y en la respiración beben la muerte?	35

¿Cómo al juez vengador en desagravio no levantas, oh mísera, tus preces? ¡Mas ay! sellas el labio, atónita enmudeces: ¡y el remedio a tu inmenso desconsuelo lo buscas en la tierra y no en el cielo!		para tragar más víctimas, hambrienta su vientre ensancha y su furor aumenta.	
¿No oyes cuán doloroso do quier suena el clamor?... Allí una viuda en su aflicción aguda se abraza del cadáver del esposo, le estrecha, y afligida quisiera con su aliento darle vida.	40	Ya en las auras tremendo vibra su espada el ángel del espanto; el abismo entre tanto lanza un clamor de gozo, recibiendo las numerosas almas, y la profundidad bate sus palmas.	80
Aquí una madre en bárbara amargura exhala su dolor, y delirante con ardor y ternura besa al hijo expirante. Que así transmite a su materno seno con el último aliento su veneno.	45	De una joven en féretro enlutado miro el cadáver lívido y adusto: ¡cuál la han abandonado! ¡Con horror y con susto nadie se acerca en torno de la que antes era tan bella y tuvo mil amantes!	85 90
Allá gime afligido en torno a un ataúd el triste esposo; aquí más clamoroso el tierno infante con acento herido llora, porque ha quedado en mísera orfandad desamparado.	50	¿Dó está la faz serena la graciosa sonrisa, el rojo labio? ¿Quién, con bárbaro agravio, mudó en cárdeno lirio la azucena? ¿Dó está el dorado lecho? Los que ayer la servían, ¿qué se han hecho?	90 95
Con fatal estridor cruzar se miran los carros de la muerte pavorosos, que ya cansados tiran los brutos vagarosos; anunciando su fúnebre trofeo los oscuros penachos del arreo.	55	Así de mil terrores afligidos, todos en larga noche se estremecen, y apenas se adormecen, cuando ya en los oídos suena, al primer albor de la mañana, el eco funeral de la campana.	100
Nadie en el ansia fiera osa aspirar el aire inficionado; mas oh inútil cuidado, si de improviso asaltan por do quiera al débil, como al fuerte los feos parasismos de la muerte.	60	En tan aflicta suerte cercada de la parca y sus despojos, vuelve, oh patria, los ojos a aquel que es sólo sabio, sólo fuerte, y es acertado medio que el que te ha dado el mal, te dé el remedio.	105
En la desolación e inmenso duelo, ya el triste llanto y queja lastimosa desoye airado el cielo; y la muerte horrorosa	65	Vuelve ya presurosa; en su amargura ve cual sustenta al triste israelita que humilde le procura, pero también medita que le dijo con eco tempestuoso: «Soy el Señor tu Dios fuerte y celoso».	110
	70	Porque en su fe confía vence David al bárbaro gigante...	115

él concede triunfante a Jehú las victorias; mas la impía Jezabel obcecada fue por hambrientos perros devorada.	120	que henchido de repente extendió rebramando su corriente.	
Con diez plagas que anuncian sus furores intima a faraón, que endurecido se obstina en sus errores, y cuando al escogido pueblo va a devorar con torpe enojo le sepulta en las ondas del mar Rojo.	125	Así tú solo, oh Dios, grande y piadoso a mi patria infeliz salvar pudieras, porque oyes bondadoso las preces lastimeras, ¡mas, ay del pueblo ingrato a quien desamas, si en el furor tu indignación derramas!	135
Allí el tirano mismo sus carros, sus caballos y guerreros, en remolinos fieros bajaron como el plomo al hondo abismo,	130	Oye pues el lamento, y el hondo cáliz de tu grande ira retira, oh Dios, retira, purificando el aura con tu aliento, porque en tu templo santo resuene de alegría el dulce canto.	140

Notas:

1. En AP, pp. 223-225.

v. 6. [*N. del a.*] El fondo de esta estrofa, y de las tres siguientes, es sacado de las lamentaciones de Jeremías.

v. 84. [*N. del a.*] Imitación del profeta Habacuc, oración, verso 10: «El abismo dio su voz: la profundidad alzó sus manos».

v. 114. [*N. del a.*] Éxodo, cap. 20, verso 5.

2

TRADUCCIÓN DEL SALMO
SUPER FLUMINA BABILONIS...

Sentados en la margen del babilonio río, ahí Sion tu nombre recordamos llorosos y cautivos.		Y los que nos trajeron a la ignominia uncidos, entonad, nos decían, de Sion los cantares y los himnos.	15
Y las sonoras harpas y címbalos festivos, tristes ya y destemplados de los frondosos sauces suspendimos.	5	¿Cómo cantar podremos y profanar impíos del Señor los cantares en tierra ajena y en ajenos grillos?	20
Pues los que a servidumbre nos llevaron vencidos, por escarnio intentaron oír nuestras canciones allí mismo.	10	No, Sion; y primero que así te dé al olvido, y en tu ignominia cante, me olvide de mi diestra y de mí mismo.	

Yerta mi lengua y fija
al paladar indigno,
si de ti me olvidare
pásmese inmóvil con letal deliquio.

25

Ellos son los que dicen
sedientos de exterminio:
¡hasta los fundamentos
asolad, asolad los edificios! 40

Si no te antepusiere,
o si indolente y tibio,
Jerusalén no fuese
de mi alegría origen y designio.

30

Hija desventurada
del pueblo aborrecido,
feliz quien te dé el pago
del tratamiento vil que te debimos.

Tu ira, Señor, se acuerde
de los infandos hijos
de Edón, cuando disfrute
Jerusalén su día apetecido.

35

¡Oh, bien aventurado
quien goce vengativo
levantar con sus manos
y en la piedra estrellar tus parvulillos! 45

Notas:

2. En AP, pp. 225-226.

3

AL SEÑOR PRESBITERO DON VALENTÍN SAN MARTÍN, PREDICADOR Y CAPELLÁN DE UN PRESIDIO

En la mansión de horror, do las pasiones
a tantos delincuentes sumergieron,
tus ecos apostólicos oyeron
cual tímidas ovejas, fieros leones:

por la primera vez sus corazones, 5
duros cual sus cadenas, se rindieron,
y abortos de sentir lo que sintieron
olvidaron su pena y sus prisiones.

Prosigue ¡oh San Martín! pues ya al malvado
saludable terror tu acento inspira, 10
y consuelo y constancia al desgraciado:

Y aplaudiendo tu celo, el pueblo mira,
que allí donde el furor blasfemó airado,
hoy la resignación tierna suspira.

Noviembre 9 de 1834.

Notas:

3. En AP, p. 226.

4

IMPROVISACIÓN EN UN CEMENTERIO

Tú que ciego en el placer
cierras del alma los ojos,
contempla en estos despojos,
lo que eres, lo que has de ser.
Ven a este sitio a aprender
del hombre la duración;

5

que en esta triste mansión
de desengaño y consejo,
cada sepulcro es espejo,
cada epitafio lección. 10

Notas:

4. En AP, p. 226.

5

LA MADRE AFRICANA

Tairai-je ces enfants de la rive africaine,
qui cultivent pour nous la terre américaine?
Différents de couleur, ils ont les mêmes droits;
Vous- mêmes contre vous les armez de vos lois.
Delille, Malheur et Pitié, chant. 1.

¿Y así cruel pirata, así te alejas robándome tirano los hijos y el esposo? ¿Así inhumano en desamparo y en dolor me dejas? ¡Ay, vuelve, vuelve! En mi infeliz cabaña, 5 sin consuelo y sin vida, ve cual me dejas como débil caña del huracán violento combatida.	¡Mas ay, qué nueva pena! Ya descubren mis ojos 25 la azagaya y el arco que en la arena del asalto feroz fueron despojos. ¡Inocente consorte! ¡Tú ignorabas que saben esos bravos proclamar <i>Libertad</i> ... y hacer <i>esclavos</i> ! 30
¡Vuelve, entrañas de fiera, que por mi mal viniste! 10 ¡Llévame vil, y en servidumbre muera con mis prendas amadas; mas ¡ay triste! que no espero ablandar tu pecho duro con lamentos prolijos, tú no sientes amor, no tienes hijos! 15	De esta suerte la mísera africana se queja inútilmente mientras la nave apresta indiferente el traficante cruel de carne humana; y truena el bronce, y su clamor repite, 35 que el clamor la consuela; mas el <i>Águila</i> en hombros de Anfitrite suelta las alas, y al estruendo vuela. 15
¿Y es posible que el sol que entre zafiros ostenta esa bandera llegue a esta playa por la vez primera a presenciar tu infamia y mis suspiros? ¡Oh globo celestial que esplendoroso 20 dominas en las cumbres, oscurece tu luz y al monstruo odioso sólo sangriento y con horror alumbres!	Al punto encadenados los cautivos se miran 40 y al fondo del bajel desesperados los lanzan sin piedad; y ellos suspiran, mientras que la infeliz desde la peña se arroja y da un lamento que en pos de la alta popa lleva el viento. 45

Notas:

5. En AP, pp. 226-227.

v. 37. [N. de JMG] *Águila*: Nombre de un buque negrero.

CANCIÓN SECULAR
TRADUCCIÓN DE HORACIO

A FEBO Y DIANA

Ambos coros

Ambos coros

¡Oh refulgente Febo, oh casta Diana!
de las selvas señora;
lucientes astros que el mortal adora,
de la gente romana
a vuestras aras puesta
oíd el voto en la sagrada fiesta.

En que de las sibilas providentes
ordenan los cantares
que a los dioses de Roma tutelares,
infantes inocentes,
vírgenes superiores,
entonen himnos y tributen flores.

Coro de niños

Sol que desde tu carro luminoso
fecundas la natura,
ya ostentes o ya ocultes tu luz pura;
objeto más grandioso
que el pueblo de Quirino
jamás alumbre tu esplendor divino.

Coro de niñas

¡Oh Diana que al feliz alumbramiento
presides bienhechora!
Sé de las tiernas madres protectora,
y cante nuestro acento
tu alabanza divina
bien te nombres Fecunda o bien Lucina.

La sucesión romana innumerable
bajo tu amparo crezca;
él la ley del senado favorezca,
que dando al sexo amable
conyugales cadenas,
iguale nuestra prole a las arenas.

Porque el futuro tiempo repitiendo
su giro majestuoso,
cada ciento y diez años más dichoso
restituya el estruendo,
los himnos y alegrías
por tres serenas noches y tres días.

Y vosotras ¡oh parcas de infalible
y fatídico acento!
tenga lo que anunciasteis cumplimiento
al tiempo imprescriptible,
y a par de los pasados
seguid hilando venturosos hados.

En ganados y frutos abundando
a Ceres y Pomona
brinda la tierra espléndida corona
de espigas, sustentando
sus procreos y aumentos
salubres aguas y templados vientos.

Coro de niños

¡Mitiga, oh blando Apolo, el ardoroso
esplendor de tu llama
oye, a los niños cuya voz te aclama!

Coro de niñas

Y tú planeta hermoso,
reina de las estrellas,
¡oye cándida Luna a las doncellas!

Ambos coros

Si Roma es obra vuestra, si arribaron
a la etrusca ribera
las falanges troyanas, que do quiera
los númenes salvaron,
y obedeciendo al cielo
fundaron su ciudad en nuestro suelo.

35

5

10

40

45

15

50

20

25

30

55

60

A los que el pio Eneas conduciendo de su patria adorada por entre el fiero incendio, con su espada libre camino abriendo les ofreció tendrían un imperio mayor que el que perdían.		<i>Coro de niños</i>	
Dad a la juventud ¡oh soberanos númenes protectores! Costumbres y virtudes superiores; descanso a los ancianos, y a la romulea gente hijos, riqueza y gloria permanente.	65	Y el adivino Febo decorado con arco rutilante, de las pimpleas preferido amante, al que aliviar es dado con saludable ciencia de los cansados miembros la dolencia.	95
Y el que de blancos toros grata ofrenda os tributa en el ara, de Anquises y de Venus sangre clara, reine, y su imperio extienda; león en la lid osado y apacible deidad con el postrado.	70	Si favorable al templo Palatino, si al Lacio delicioso, y al romano esplendor mira afectuoso, proteja él su destino más brillante y seguro en la región inmensa del futuro.	100
Ya por tierra y por mar despavorido, al romano desnudo y a la albana segur respeta el Medo; ya leyes han pedido el escita insolente y el que del Indo bebe en la corriente.	75	<i>Coro de niñas</i>	
Ya la fe, paz y honor, y la olvidada virtud en nuestro suelo, y el antiguo pudor tornan del cielo; ya en la patria adorada luciendo un siglo de oro, difunde la abundancia su tesoro.	80	Y Diana cuya fúlgida diadema desde el Álgido monte, y el Aventino, alumbra el horizonte, favorezca suprema a los quince varones y atienda de la infancia a las canciones.	105
		<i>Ambos coros</i>	
	85	Ya de Febo y de Diana terminado el himno de alabanza, lleva el coro la plácida esperanza que Júpiter sagrado y las sumas deidades derramarán en Roma sus bondades.	110
	90	1834.	

Notas:

6. En AP, pp. 227-229. | [*N. del t.*] Antes de Augusto, el siglo era de cien años, mas los sacerdotes intérpretes de los oráculos escritos, por obsequiar a aquél, hicieron cayese en su tiempo esta solemne festividad, consiguiendo sin mucho trabajo persuadirle, que según los versos sibilinos, el siglo debía contarse de ciento diez años. Augusto encargó a Horacio la composición del himno secular, que es este mismo, el cual era cantado en las plazas públicas por dos brillantes coros de niños y niñas de distinguido nacimiento. Duraban las funciones tres días, y en todos ellos se entonaba este himno a mediodía y a la mitad de la noche.

v. 17. [*N. del t.*] Roma, de Rómulo a quien llamaban también Quirino.

v. 78. [*N. del t.*] Augusto, descendiente de Julio, hijo de Eneas, estaba sacrificando a los Dioses mientras se cantaba este himno.

- v. 97. [*N. del t.*] Augusto había levantado un templo sobre el monte Palatino.
v. 105. [*N. del t.*] Diana tenía su templo sobre el Aventino, y se la miraba como protectora de éste y del monte Álgido.
v. 107. [*N. del t.*] Quince eran en aquella época los sacerdotes depositarios de los libros sibilinos.

7

INSCRIPCIÓN BAJO UNA ESTATUA DE LA LIBERTAD

¡Sagrada libertad! los que te adoran
conocen tu valor; tú eres del hombre
el más precioso bien, y al oír tu nombre
los libres cantan, los tiranos lloran.

1834

Notas:

7. En AP, p. 229.

8

AVISO

Quejábase llorosa la insensible Dorina, y en nada halla consuelo al dolor que la agita: quejábase y a todos inquieta y solicita, y a su perrita llora o robada o perdida.	5	los labios, que teniendo tantas almas cautivas con un «no» dan la muerte con un «sí» dan la vida; ya trémulos exhalan, no la amable sonrisa, sino los tiernos ayes que su pecho suspira; su pecho de diamante donde el amor afina	25
Aquellos ojos bellos donde el amor se anida, para herir con ventaja al que incauto los mira; ya tristes y agitados opacamente brillan, mostrando de su pena	10	las flechas, porque hagan incurables heridas, también siente la pena y agitado palpita, cual tierna flor que el cierzo del vástago derriba.	30
la imagen expresiva.	15	Ligeros cupidillos en torno de ella giran, mariposas amantes que el dulce aroma liban.	35
Los labios que a la rosa los colores imitan, por donde entre corales las perlas se divisan:	20	De Citerea el hijo satisfecho la mira,	40

y a su víctima bella
 engañado acaricia.
 Ya del triunfo ilusorio
 la proeza publica,
 clamando... ¡la he vencido!...

Mas entonces Dorina,
 volviendo del deliquio
 que la embarga y atrista,
 le dice: «rapazuelo
 de condición maligna,
 ni tu imperio ocasiona,
 ni tu ciencia adivina
 el motivo que causa
 la amarga pena mía...
 Dime si acaso sabes
 qué mano cruel, impía,
 robó de mis halagos
 a mi dulce perrita.
 ¡Ay! no sabe el tirano
 de cuanto bien me priva,
 y el tesoro del alma
 que con ella me quita.
 Cleopatra es su nombre
 y bien pudo la egipcia
 más soberbia ostentarse,
 pero nunca más fina.
 Su delicado cuerpo
 suave vellón cubría,
 que en cándidos anillos
 los céfiros agitan.
 En torno al albo cuello
 (para señal te sirva)
 es su joyante seda
 menos larga y pulida.
 Y sus pequeños ojos
 cual negras estrellitas,
 entre copos de nieve
 le bailan y le brillan.
 ¡Ah! cuán fina do quiera
 a mi encuentro salía
 removiendo la cola
 juguetera y festiva,
 y al mirarme enojada,
 con expresión sumisa
 arrastrándose humilde
 desarmaba mis iras.

A veces oficiosa
 al verme pensativa,
 agitada expresaba
 su curiosa fatiga:
 o fijándome inmóvil
 atenta e indecisa,
 leer mis pensamientos
 en mis ojos quería.
 Tan fiel como celosa,
 si acaso alguna amiga
 me tomaba la mano
 o el cuello me ceñía,
 con sonoros lamentos
 a su rival gruñía,
 como quien reclamaba
 sus derechos... o altiva
 atacando al zapato
 más resuelta, me hacía
 con el ebúrneo diente
 agradables cosquillas.

Esta son, oh Cupido
 las señas distintivas
 con que debes buscarme
 a mi fiel falderita.
 Si la encuentras, protesto
 a tu imperio rendida,
 que mi pecho a tu aljaba
 no más fiero resista;
 y llevar en ofrenda
 a tus aras propicia
 más blancas que mis manos
 dos tiernas palomitas».

Mas Cupido que atento
 la contempla y suspira,
 arrojando a sus plantas
 el carcaj y la vira.
 Balbuciente la dice
 con expresión divina:
 tu pecho y tus palomas
 conserva, amable niña.
 Yo buscaré con ansia
 y encontraré, a fe mía,
 a ese objeto dichoso
 de tu amor y mi envidia:
 daréte lo adornado

de flores y de cintas;
mas oye... que has de darme 135
un beso por albricias.

Notas:

8. En AP, pp. 229-231.

9

CIELITO ORIENTAL

Entre tantos juramentos que hicimos en la opresión, sólo vale el de la patria que sale del corazón:		cielito de los colores, tu color prefiero yo, de celos quiero vivir, pero de esperanzas no.	30
cielito de los tiranos, cielito, de qué sirvió que el labio dijera sí cuando el alma dijo no.	5	Como en el crisol el oro saca acendrado valor, asi de opresión la patria sale con más esplendor:	35
Como entre frías cenizas conserva el fuego su ardor, así en la opresión guardasteis el fuego libertador:	10	cielito de las tinieblas cielito del resplandor, después de sombras opacas más bello parece el sol.	40
cielo de la independencia, cielito del patrio amor, que de una chispa inflamada, formó el incendio mayor.	15	Sucumbió Troya abrasada, porque perdió el Paladión: conservad la unión, patriotas, que es vuestro escudo la unión:	
De la esfera del Brasil una estrella se eclipsó, y en nuestro dichoso Oriente se ve convertida en sol.	20	¡cielito de la concordia, cielito de la nación, qué débil es un cabello y qué fuerte es un cordón!	45
Cielo de nuestra esperanza cielito del pabellón, no vuelvas a ser estrella pues has llegado a ser sol.		De qué sirve al astro bello lucir con tanto primor, si un eclipse le oscurece su brillante resplandor:	50
La que en verdes esmeraldas pálida estrella lució, aquí entre azules zafiros nuevo sol resplandeció:	25	Cielito cielo de oriente, cielito del arrebol, la anarquía es el eclipse, y nuestra patria es el sol.	55

Con sangre a la patria disteis libertad, vida y honor, que no se pudo a más precio comprar tesoro mayor:	60	Cielo de la libertad, cielito del corazón ¿de qué sirve si se pierde gozar tan precioso don?	70
cielito de las hermosas, ¡ay cielo del tierno amor! el que os muestre más heridas ese logre más favor.		Enciende ¡oh patria! en los pechos ese incendio superior, porque inflamados vivamos salamandras de tu amor;	75
La dulce patria, orientales, vuestro esfuerzo libertó; que las virtudes sustenten lo que la espada alcanzó.	65	Ay cielo de los ardores, cielito del patrio amor, que porque la patria viva daremos la vida en flor.	80
		1829	

Notas:

9. En AP, pp. 231-232. | [*N. de JMG*] *Cielito*: tonada popular en el Río de la Plata.

10

LA CURIOSA INOCENTE

LETRILLA

Pues que sabe tanto, diga, mama mía, ¿qué santo sería <i>don Código Santo?</i>		<i>vaya al hondo abismo,</i> dijo un hombre grave, porque lo aborrece; — <i>¡Eso Dios lo sabe!</i>	
En prosa y en canto, no hay quien no le alabe; todos lo idolatran; — <i>¡Eso Dios lo sabe!</i>	5	De <i>igualdad completa</i> nadie hay que no hable, los hombres de sable y los de chaqueta; todo se sujeta a la ley suave,	25
¿Será joven bella la patria, mamita? Pues cada cual grita, <i>¡La vida por ella!</i> Dichosa su estrella es en cuanto cabe, con novios tan finos; — <i>¡Eso Dios lo sabe!</i>	10	que a todos iguala; — <i>¡Eso Dios lo sabe!</i>	30
		<i>La ley y el derecho</i> <i>guardemos</i> , decían; ¿dó la guardarían? ¿adentro del pecho? ¿O por más provecho debajo de llave en algún baulito? — <i>¡Eso Dios lo sabe!</i>	35
Ese despotismo será cosa adusta, que nadie de él gusta, sino es en sí mismo;	15		
	20		40

¿Serán los jurados
santos muy seguros,
en jamás perjuros,
ni menos malvados?
¿No habrá paniagudos, 45
ni empeño que trabe
su justa conciencia?
—*¡Eso Dios lo sabe!*

Diz que no sé cuántos
habrá tribunales, 50
con más oficiales
que en el cielo santos;
¿con pilotos tantos
nuestra hermosa nave
irá viento en popa? 55
—*¡Eso Dios lo sabe!*

¡Oh, qué monumento
de arreglo y firmeza,
siendo la cabeza
mayor que el asiento! 60
¿Con poco cimienta
y mucho arquitrabe,
tendrá consistencia?
—*¡Eso Dios lo sabe!*

¿Qué habrá sucedido 65
a los escritores?
Los más parladores
han enmudecido;
¿se habrán adormido
con *algún jarabe*? 70
¿O tendrán cuartana?
—*¡Eso Dios lo sabe!*

Y hay quien les dirá
con zonga y cariño, 75
arrorró mi niño,
que viene el guá guá;
que gusto será
cuando el sueño acabe,
verlos cuán valientes;
—*¡Eso Dios lo sabe!* 80

Dirán sentenciosos
por toda descarga,
la verdad amarga
a los poderosos: 85
mamá, que famosos
serán para el clave,
con tanto tecleo;
—*¡Eso Dios lo sabe!*

Oh, por vida mía,
hábleme más claro: 90
¡qué animal tan raro
será la *anarquía*!
¿O es alguna arpía
con lanza y trabuco,
o será Mandinga? 95
—*Hija, ese es el Cuco.*

Virtud, se me antoja,
ser cosa muy bella,
pues diz que sin ella,
tata Dios se enoja: 100
¿es vestido en hoja,
muñeca bonita,
o en fin, es un ángel?
—*Esa es la papita.*

Notas:

10. En AP, pp. 232-233.

«Navega nuestro bajel
viento en popa y mar bonanza;
¡buena va la danza!»

No den interpretaciones a mis versos los ilusos, que el que ataca los abusos ama a las instituciones; mas si aquestas prevenciones, no son suficiente fianza, «¡buena va la danza!».	5	Consigue otro parvulillo «mania con tuti» y gandul, vender por blanco y azul lo que es «verde y amarillo», y logra algún empleíllo en que se llena la panza. «¡Buena va la danza!»	40
De las capas que yo mismo me admiro de su grandor, es la más «doble» y mejor la capa del patriotismo: muchos profesan civismo, mientras corre la pitanza; «¡buena va la danza!».	10	Muestra Fabio por trofeo sus heridas, su opinión, buscando colocación sin alcanzar su deseo, o le ofrecen un empleo en la isla de Sancho Panza. «¡Buena va la danza!»	45
Defiende en campo de honor la libertad un valiente, como un héroe, y no consiente ni aun la sombra de opresor; mas en la paz ¡qué dolor! aquél duerme y éste avanza. «¡buena va la danza!».	15	Confiado en el galardón sirve Jorge en trance duro, mas en pasando el apuro lo relegan a un rincón, a vivir cual camaleón del aire de la esperanza. «¡Buena va la danza!»	50
Con más astucia que un gato, más agallas que un taurón, se presenta un trapalón con un proyecto barato; luego tocan a rebato y asegura lo que alcanza. «¡Buena va la danza!»	25	Llega al foro de un Tarquino Constanza, y si pestañó, ha de salir cual salió la esposa de Colatino; mas su heroísmo y destino no imita doña Constanza. «¡Buena va la danza!»	60
Tiene por padrino a «un gordo» el gran sisador don Tejo, y danle para el «manejo» un empleo de alto bordo: ordeña a la patria el tordo cual si fuera vaca mansa. «¡Buena va la danza!»	30	Va el pueblo en una elección a votar como en barbecho, y la astucia y el cohecho triunfan en la votación: se repite otra ocasión y sigue la contradanza. «¡Buena va la danza!»	65
	35		70

Entra un licurgo doncel de la ley en el santuario, y se adhiere a un partidario, sacrificando por él de Temis la espada fiel y de Astrea la balanza. «¡Buena va la danza!»		«¡Odio al vicio –dice Andrés– virtud es nuestra divisa!» Mientras pierde la camisa al «en puertas» y al «en tres», perorando en los cafés de Colón y de la Alianza. «¡Buena va la danza!»	115
¡Alto ahí! dice un figurón; yo soy la patria y la ley, los demás son una grey de irracional condición; mis fueros son el cañón y mi derecho la lanza. «¡Buena va la danza!»	75	Llega en cerdudo lenguaje un gringo diciendo «gui» y mil monos luego aquí le imitan el aire y traje, o le encargan que trabaje en la pública enseñanza. «¡Buena va la danza!»	120
Manchados de concusión muchos se lavan ufanos como Pilatos las manos sin lavarse el corazón, y al hacer la espoliación se escudan con la ordenanza. «¡Buena va la danza!»	80	Sóplase orondo un trompeta en el Parnaso, porque aprendió el «peopo-e», «poe – teata – poeta», y en su mísera cuarteta enreda una mezcolanza. «¡Buena va la danza!»	125
El escribano Pantoja gordo escribe y apartado, sin ver que el papel sellado cuesta a dos reales la hoja: de sus derechos no afloja según su maldita usanza. «¡Buena va la danza!»	85	Porque no llegue a rabiar matan un cuzco inocente, mas pagando «la patente», ya puede un mastín campar, que impune con su collar rabie y muerda con confianza. «¡Buena va la danza!»	130
Ve a una garza don Ciriaco, se emboba y casa con ella, pensando que es la doncella «sexto signo» del zodiaco; mas ella hace al monicaco capricornio sin tardanza. «¡Buena va la danza!»	90	Hay escritor adulón que al sol que nace se inclina, hace Bruto a un Catilina y Vespasiano a un Nerón, Iturbide es Washington mientras no hay una mudanza. «¡Buena va la danza!»	135
Llega un albéitar de «alén», nuevo adepto de Esculapio conjugando el verbo «rapio» y matando a «tutiplén». todos le dicen amén, y autorizan la matanza. «¡Buena va la danza!»	95	Es verdad que hay mil varones en patriotismo acendrados; hay virtuosos magistrados Temistocles y Catones; sólo hablo con los bribones cuando les digo por chanza:	140
	100		145
	105		
	110		150

1833

Notas:

11. En AP, pp. 233-235.

12

TORAIIDAS

PRIMERA

Cante el divino Homero en plectro de oro
al furibundo Aquiles y el mantuano
inmortalice con clarín sonoro
la catástrofe horrenda del troyano;
o el argentino cisne envuelta en lloro
nos pinte a Dido y su dolor insano;
mientras yo al son de gaitas y panderos
sólo canto *toraidas* y *toreros*.

Si atiendes al clamor de un mal poeta,
o tú del Helicón numen eterno,
si tanta empresa quieres que acometa
dame del *Aries* o del *Tauro* un cuerno;
al son de la estrambótica trompeta
resonarán los huecos del averno,
y Juanchos y Romero en cuadrilla
prepararán la espada y banderilla.

En plena posesión como unos reyes
estábamos del circo, en paz profunda,
cuando violando las taurinas leyes
se amotinó una plebe furibunda,
Y sobre si eran toros o eran bueyes
hubo escándalo, asalto y baraúnda,
hasta que al fin volar vieron mis ojos
tablas, sillas y bancos por despojos.

Yo vi ultrajada en el saqueo infando
la pica de Palanca, ¡oh caso fiero!
pica que honrara al mismo Villandrando,
¡y en qué manos! ¡en manos de un lechero!
Vi a una ninfa en gran riesgo reclamando
contra el vulgo frenético y grosero,

vila sobre un tablón que se derrumba
como al ángel de luz sobre una tumba.

5 *A Repollo y Violín* llamaba airado
el vulgo en el furor que le enajena,
mas el violín estaba destemplado, 35
y el repollo cual blanda berenjena;
asustados los dos bajo el tablado
quién sabe lo que hacían en tal pena;
¡Ay, no salgas! escóndete Repollo,
10 que eso sería echarle trigo al pollo. 40

Allí vendiose en bárbara subasta,
y a precio vil, la espada de García;
dulces vi por el suelo en caldo y pasta,
15 y una lluvia de almendras y arropía;
un confuso tropel de varia casta, 45
¡a la mosca! ¡y al mono! repetía,
y al boletero asaltan con encono,
¡mas ya estaban en salvo mosca y mono!

20 Por esto fulminose providente,
de «no más toros» el fatal decreto, 50
decreto que lloraron tristemente
el rico, el pobre, el necio y el discreto;
y hasta los mismos del motín furente
llenos ya de pesar y de respeto,
25 decían clamoreando como gansos: 55
¡vuelvan los toros aunque sean mansos!

30 Pues bien, ya los tenéis... cesen los lloros;
ya cuatro circos instalarse veo,
caballitos, pelota, gallos, toros,

¡todo es zambra feliz, todo es bureo!
Do quiera imitan infantiles coros
el mugido, el relincho, el cacareo;
mas el profundo observador bien nota
que prefieren el toro y la pelota.

¿No los veis con manoplas o paletas
echando su *arrayúa* a lo extranjeros,
con riesgo de narices y peinetas
a la pelota retozar ligeros?
¿No veis otros con giros y gambetas,
cabalgando en escobas, o carneros,
jugar al toro, y con horrenda grita
imitar a Palanca y Coronita?

¡Oh espectáculo bello y democrático
que amalgama a las clases diferentes!
donde al entrar deponen el más cismático
necio orgullo y pasiones insolentes;
un talismán divino, un goce extático
une en fraterno lazo a los valientes
que acompañaron a los tres campeones
de Sarandí, del Cerro y de Misiones.

Mientras llega la hora y sale el toro
una música dulce el tiempo engaña,
que en grato alegre y a compás sonoro
preludia la festiva *media-caña*;
la comparsa del bronce hacinado coro
allí do alumbra Febo la compañía,
y batiendo las palmas placentera
entona... «media caña, caña entera».

Allí las bellas ninfas con finura
conquistan con mirar a mil amantes,
realzando del cuadro la hermosura
los sombrerillos, plumas y turbantes;
allí la vista absorta se figura
con colores más vivos y elegantes,
un aéreo jardín de flores bellas
o rutilante círculo de estrellas.

Allí el fúlgido Febo... mas no incumbe
a mi aliento el clarín, sino la gaita,
ni tampoco pretendo que me zumbe
el apolíneo coro, y gruñe el taita;

60 toquemos nuestro cuerno que retumbe
en Hamburgo, Pekín y Cotagaita,
anunciando en mugido a fuer de toro
que ya ha tornado al mundo el siglo de oro.

Ya Coronita de embajada pasa 105
65 en hombros de Neptuno al occidente,
a hacer la adquisición del gran Zaraza,
Zaraza sin mojar... ¡pieza excelente!
También el joven Juancho vendrá a casa
que su noble prosapia no desmiente, 110
70 y es en lo astuto, impávido y despierto,
de tan excelsa rama digno enjerto.

Otro ilustre emisario a fuerza de oro
recorre la campaña en este instante,
porque pueda con pompa y con decoro 115
75 traer a *Meloncito* el ambulante,
el cual si alguna vez lo atraca el toro
será melón de olor... y algo fragante,
pues suele aquella bestia en su bravura
con los cuernos hacer la caladura. 120
80

Ya me imagino ver al toro adusto,
y a Palanca gritándole «¡acá hijito!»
con aquel vozarrón que inspira susto
retumbando en los ecos del distrito:
los cuernos baja el animal robusto, 125
85 bufa espantoso, y acomete al grito,
puja y puja el campeón, las piernas cierra,
y el toro y el rocín besan la tierra.

Llueven luego *cumquibus* o pesetas
sobre el rocín que sale dando coces, 130
90 y los hijos de Apolo cien cuartetas
preparan encomiásticas y atroces;
porque sólo ofrecemos los poetas
en lugar de *cumquibus*, nuestras voces,
que aunque suene a prefacio el verso intonso, 135
95 mejor es un prefacio que un responso.

Venga el fiero bicorne de Pasife
que engendrará al Minotauro horror de Greta,
o el toro que llevara a fuer de esquife
a su ninfa bogando a la jineta 140
100 preséntense; y al ínclito alarife

cada cual por su banda le acometa,
y de repuesto Alcides con su tranca,
¡y verán todos tres quien es Palanca!

¿Y no miras, no sientes, no te late
el corazón de orgullo y de contento
al ver que un racional resiste, abate,
y postra al fin de un bruto el ardimiento?
¿Y quién, al ver el hórrido combate,
de una parte el furor, de otra el talento,
aunque el grave espectáculo le asombre,
no saldrá envanecido de ser hombre?

Si a esto llaman locura, otras mayores
hacen gentes ilustres y preciadas,
que cual gallos preparan gladiadores
para el solemne circo de trompadas;
Roma vio cuatrocientos senadores
y a un soberano andar a las puñadas,
contemplándose aquellos muy felices
con perder sólo un ojo o las narices.

Los riesgos que ponderan... desatinos
son que un ciego terror se forje en vano;
más víctimas se llevan los pepinos
o el agua fría en tiempo de verano;
de mil formas se muere, los destinos
no es dado contrastar al triste humano;
¿y quién sabe si a veces son los bueyes
fatídicos ministros de las leyes?

Mas vuelvo al circo, y miro de repente
a Repollo, y aquel de *voz de pito*,
ya a sus capas se lanza el toro ardiente
entre aplausos y estrépito infinito;
no diré yo cual sea el más valiente,
porque en reglas de gusto no se ha escrito;
hay hombre que prefiere el congrio al sollo,
y otros dan por un rábano un *repollo*.

Sale en esto a plantar su banderilla
el veloz *Meloncito*, ¡oh paso tierno!
Mas de pronto al crujir la chaquetilla
vuelve el toro cual furia del averno;
préndese la garrocha en la espaldilla,
¡ah, corre, corre! que te pincha el cuerno,

conserva el melonar, pues si te expones
¿adónde iremos a buscar melones?

Embiste el animal con choque horrendo 185
a la valla y el circo se estremece,
y el inflamado globo con estruendo
le azota el cuello, y su furor acrece;
humo y sangre respira, y tan tremendo
la dura tierra escarba, que parece 190
que llama a su enemigo con bravura,
o que empieza a cavar su sepultura.

Acércase Repollo con recato,
mas oyendo un bufido desalienta,
¿y quién le pone el cascabel al gato? 195
¿quién al furioso toro se presenta?
Campea el animal un largo rato
y el agitado pueblo se impacienta;
cuando suena el tambor, y la alegría
se pinta en todos al salir García. 200

Ornan su chaquetilla rozagante
recamos y melindres de oro y plata,
en la diestra el acero centellante
y en la siniestra el manto de escarlata;
una banda lucida y elegante 205
el ceñido calzón sujeta y ata.
Llega, y llamando al animal valiente
le agita el manto ante la torva frente.

La sangrienta cerviz entumeciendo
al purpúreo cendal embiste airado, 210
mas le evita García, y revolviendo
torna a llamarle en el opuesto lado;
otra vez acomete el bruto horrendo
y con mortal herida traspasado,
bambolea un instante, desfallece; 215
cae a sus pies, y el suelo se estremece.

Con entusiasta ardor inmensas voces
se elevan a García proclamando,
mientras su alma se inunda con los goces
de un placer entre duro y entre blando; 220
en caballos ariscos y veloces
luego entran dos jinetes, que arrastrando
sacan al toro convertido en yelo
surcando con el asta el duro suelo.

¡Oh Ignacio, Paraguay, Vequis, García Malagueño, Violín, Repollo, Palma, Casavalle y Corona! En este día diez coronas os diera con el alma, y a ti inmortal Palanca te alzaría por signo hasta el zodiaco, donde en calma, en estrellada esfera, en circo de oro dieras lanzadas al celeste toro.	225	En el alto zenit resplandeciente el carro la de luz divide al día, y ya una inmensa procesión de gente al hermoso espectáculo acudía; corre el joven y el viejo juntamente; y las ninfas vendiendo lozanía con la mano en el moño van con tiento poniendo el peinetón a sotavento.	265 270

SEGUNDA

Oh deidad que presides refulgente del bicorne Parnaso en las dos cumbres, alúmbrame benéfico, indulgente, pero por las costillas no me alumbres; y del licor de la castalia fuente concédeme, siquiera, un par de azumbres; porque ornado de inmenso perifollo brinde un lauro a Palanca otro a Repollo.	235	Otra el pulido talle ostenta ufana o el nuevo sombrero de alta copa, y más allá la esbelta cortesana se mece cual bajel con viento en popa; una turba do niños corre insana y cada uno cual toro brinca y topa, mientras que a sus hermanas en secreto les ofrece un galán dulce y boleteo;	275 280

Lució el fúlgido Febo, rayó el día de la solemne fiesta sin segunda (que en los taurinos fastos a fe mía no la ha habido mejor, ni más jocunda) cuando escucho un tambor... el alma mía siente una sensación grata y profunda... Ya no cantaban gallos ni serenos, mas dudo si es tambor, o si son truenos.	240	Tal era la vistosa perspectiva del camino del circo el día hermoso en que una multitud varia y festiva corría al espectáculo grandioso; palcos, gradas, cazuela, abajo, arriba, todo llena el concurso numeroso, que impaciente y ansioso en su deseo así que llegó el juez dio un palmoteo.	285

Acércase el rumor; ya reconozco la querida señal, y un sentimiento que unos llaman pulido y otros tosco me hace saltar del lecho en el momento; imáginome oír... ¡al negro! ¡al hosco! Ya miro del concurso el lucimiento, mientras el pecho en su ilusión se agita divagando entre Palma y Coronita.	250	Brama encerrado el toro, y entre tanto que los chulillos a la lid se ofrecen, bate el cuerno el toril, y por encanto las esperanzas y el temor acrecen: con pulsaciones de placer y espanto del corazón las fibras se estremecen, tira el cerrojo el flaco Guardarropa, y sale el toro, y a Palanca topa.	290 295

Todo el pueblo se llena de contento, un nuevo ser le anima; y hay alguno que cual camaleón papando el viento se dirige al Cordón estando ayuno; dirá un censor adusto en el momento, «¡Eso no es ser cristiano, es ser moruno!» Muy bien... sean cristianos, sean moros, nadie piensa en comida cuando hay toros.	255	Un simultáneo aplauso y un cohete con estrépito suben hasta el cielo, en tanto que el magnífico jinete con su honorable espalda bate el suelo; García echa su capa, y arremete a Repollo veloz que toma el vuelo, y por detrás el animal cornudo dio, por darle un bufido, un estornudo.	300

Para vengar su honor bien adquirido torna el bravo Palanca a la palestra,	305

acométele el toro embravecido, y cede al brío de su heroica diestra; también dio Casavalle distinguido de su arrojo y valor hermosa muestra, 310 cuando admirando el pueblo su pujanza sostuvo al toro hasta romper la lanza.	y para no incidir en otro antojo se apareció después, fingiendo el cojo.
Mas no quiero extenderme en dar loores a los toros, tampoco a los toreros; que si aquéllos han sido los mejores 315 éstos fueron valientes y ligeros; fueron el negro y blanco, superiores, lo mismo los del medio y los postreros, mas el cuarto o el quinto fue un torillo que bailó sin cesar el fandanguillo. 320	Sale luego otro toro y gritan, «este es otro que bien baila...» y no bailaba. 330 Porque era un animal bárbaro, agreste, que no entendía el baile y corneaba: a Coronita en el calzón celeste con furioso encontrón las puntas clava, y si la suerte al infeliz no abona 335 saca el toro los cuernos con <i>corona</i> .
Tienta el diablo a Repollo muy orondo a hacer un grande lance sin recelo, cuando embístele el toro, y cae redondo, mas no en la tentación, sino en el suelo; él vio un cancel, y dijo, «aquí me escondo», 325 Que hasta escondido se le eriza el pelo,	¡Librelo Dios! y dando de soleta él y todos se salven de un aprieto, o aprendan de Repollo la discreta precaución con que guarda su colete; 340 mas en caso funesto, cual poeta con dolor de mi alma ya prometo, que al primero que caiga, en verso zafio tengo de hacer el mísero epitafio.

Notas:

12. En AP, pp. 235-239.

v. 6. [N. del a.] El señor don Juan Cruz Varela autor de las hermosas tragedias *Dido* y *Argia*, y de otras obras clásicas.

v. 48 [N. del a.] La voz *boletero* que no trae el diccionario castellano, y las de *mosca* y *mono* significando dinero, son locuciones de las que no es responsable el autor sino el vulgo que las profería.

v. 140. [N. del a.] Júpiter convenido en Toro por la ninfa Europa la robó, y cargándola en sus lomos se arrojó con ella al mar.

v. 160. [N. del a.] El emperador Cómodo solía descender al circo para luchar o andar a trompadas.

13

PATAGORRILLO TAURI-POÉTICO, O TORAIDA CON MORRIÓN

TERCERA

Llegó el ansiado día; ¡oh cuán sereno despejado el oriente se engalana! y de Anfitrite en el undoso seno brillan reflejos de esmeralda y grana; sube Febo a su trono, un día ameno 5 nos premia el largo afán de una semana y el tamboril que en gozo me enajena tarán tan plan, tarán tan plan resuena.	Sigue y sigue tocando con aliento ¡oh atezado tambor, injerto en chino! 10 y atruene a todo el pueblo ese instrumento nuncio del espectáculo taurino; corren en pos de ti con ardimiento cien jóvenes que envidian tu destino, y el mismo Apolo, si del Pindo baja, 15 cambiaría su plectro por tu caja.

Así en andrajos tú me pareces mejor cien veces que el Dios de amor: no más trabajos penas y llores, ya de los toros suena el tambor.	20	y al toro y al palco maldice a la vez: y ella que traidora chupole la sangre, recoge el palangre y busca otro pez.	60
A los balcones a ver se asoman, ninfas que toman, hombres que dan: los corazones salen del centro, latiendo adentro tarán tan tan.	25	Si a alguno le pega la sátira oculta, Apolo me indulta de pena y de mal: y en vano reniega, en vano se enoja si al tira y afloja perdió su caudal.	65 70
Sin pensar en potajes ni en cocina inmensa multitud corre a la plaza, no menos que otro tiempo en Palestina cuando tocó a mil hombres por hogaza; ¡oh ayuno meritorio, oh pasión fina! que de mayor prodigio tiene traza, pues estos con el ansia y los afanes no han comido entre todos cinco panes.	35	Mas ya en el circo estoy, en dulce coro canta <i>il popolo multo</i> , y mil clamores repiten con ardor, que salga el toro, o excitan a los bravos lidiadores; Dorina ostenta allí sus trenzas de oro, aquí Filis sus dijes y sus flores, revoleando en torno a sus zarcillos con amoroso afán mil cupidillos.	75 80
Van en lucidos coches preparados los que tienen favor o patacones, mas en duros carruajes apilados niños, viejas, muchachas y barbones; así cual tomatina misturados con el calor aprieto y trompicones, se encuentran en la tosca carretilla ellas hechas pastel, ellos tortilla.	40	El apuesto y gallardo malagueño con gitano donaire se presenta, y preparado al generoso empeño hacer alarde de su garbo intenta; allá junto al toril con torvo ceño, cabalgando un búcéfalo, se ostenta, ancho de encuentros, recogida el anca, con su potente pica el gran Palanca.	85
Las ninfas de la pesca, de antemano ya tienden su palangre al tonto o ciego, que el falso halago y el afecto vano con el palco y los dulces paga luego; sólo tira ventajas el que insano desabrocha más pronto su talego, porque al diablo de ogaño se le antoja que sólo tire más quien más afloja.	45 50 55	A competencia se van el caballo y el jinete, pues si el uno sorbe el mosto, el otro los vientos bebe. Sus ojos do quier vagando se inflaman o se oscurecen, con crepúsculos de luz entre opacos y entre alegres.	90 95
Mas luego a deshora conoce el desfalco,		Descubren de cuando en cuando, sus greñas que el viento mueve, las cruzadas cicatrices que su figura ennoblecen:	100

¡oh cuántas veces el circo a impulsos de cuerno aleve barrió con la noble espalda o hirió con la heroica frente!		confiando en la fama que pregon el sobrenombre ilustre de Corona.	
Allí todo es placer, todo es motivo de entusiasmo y ardor; si salta un perro atolondran al tímpano auditivo los silbos, la algazara o el cencerro. El más libre de lengua es más festivo, que erigirse en censor fuera gran yerro, cuando se ensanchan, por virtud del toro, las melindrosas trabas del decoro.	105	Allí se mira a Bequis que ha jurado con los toros la alianza más discreta, y el prudente García preparado a buscarle la nuca en la paleta; en esto llega un héroe acrisolado estribando cual moro a la jineta, y se entra por el medio abriendo calle en su bridón el bravo Casavalle.	145 150
Poco airoso Coello aunque atrevido, anda el circo con pasos desiguales, y en ajustadas calzas entumido maestra los polvorosos calcañales; a la par va Arellano que ha sabido de valor y destreza dar señales; mientras sobre un cancel el buen Repollo se da en expectación como un pimpollo.	115	Sobre la atezada frente tostado y crespo el cabello, indica el misto linaje de africano y de europeo: el impaciente corcel tascando espumoso el freno, con el resonante callo quiere castigar al suelo.	155 160
Ya la redonda pierna bambolea festivo, ya al son del instrumento salta airoso en el circo: y las mórbidas formas del volumen rollizo, le tiemblan agitadas de agradables salticos.	125	Y en las anchas federicas de fuerte y lustroso cuero, al soberbio bruto agitan dos acicates sangrientos; blandiendo la enorme pica junto a Palanca se ha puesto, porque pretende igualar las glorias de su maestro.	165
Muy chulo andas Repollo, pero luego al torito a retaguardia y lejos lo tratas con desvío: no mueres de cornada, ni yo tendré el martirio de inscribir en tu fosa el epitafio digno.	130	Mas ya el juez se presenta: en el momento da la seña el tambor con un redoble; sube un cohete a la región del viento y apareja Palanca el duro roble; sale un toro feroz y corpulento, y al ver del héroe la presencia noble, baja la frente horrfica y cornuda como quien reverente le saluda.	170 175
Mas allá por el circo se pasea el ambidextro Palma sin capilla, luciendo ante la extática asamblea el cuerpo chulo y gruesa pantorrilla. Coronita también lucir desea ornado manto y nueva monterilla,	140	Viendo que no le embiste al <i>vente hijito</i> , que al paternal cariño se hace ingrato, le suelta <i>aquel requiebro</i> favorito con que ofende al oído y al olfato; al rudo acento, al injurioso grito le asalta el animal con arrebato, y allí Palanca con desdoro y mengua, pagó las demasías de su lengua.	180

No resisten al choque tremendo el rejón ni la fuerza del brazo, que el jinete con fiero porrazo hizo el suelo y el circo temblar; el caballo le oprime, y muriendo, con su cuerpo le sirve de escudo, mientras tanto que impávido pudo mal ferido del riesgo salvar.	185 190	el héroe valiente obtuvo en el circo! En tanto que otros con befa y con silbos, siendo corredores quedaron corridos.	230
El dios Baco dio un grito mirando que ya el toro lo prende y lo agarra, y asustado con hojas de parra por no verlo sus ojos tapó: y la fama voló publicando con acento patético y tierno: ¡oh mal hayan el toro y el cuerno! ¡Ya Palanca su gloria eclipsó!	 195 200	¡Qué es ver a Repollo andar pavorido, perdiendo capillas, ganando escondrijos! Y luego que al toro lo enlaza <i>Chivico</i> , bailarle a la cola con muecas y brincos.	 235 240
¡Ay, cuál cunde el terror! y huyen el bulto al animal tan grande como un rancho, a cuyos fieros cuernos dificulto que pudiera atreverse el mismo Juancho; viendo el porrazo de Palanca inulto gritaban sus parciales, ¡esto es gancho! mas da tres toques el tambor sonoro y salió, a fuer de bravo, libre el toro.	 205	No permitió a García el hado insano sostener el honor de su tizona, pero él supo guardar como cristiano el quinto mandamiento, y su persona; un toro de los siete por su mano alcanzó del martirio la corona, cada cual a la espada le acomete mas no dirán que ha sido un mata-siete.	 245
Preséntase el segundo adusto y fiero y embiste a Casavalle, que animoso la ofensa de su ilustre compañero supo vengar más diestro o más dichoso: una furia bicorne era el tercero que con bramidos atronaba el coso, mas en medio del circo su pujanza postró dos veces la ominosa lanza.	 210 215	Aquí llegaba mi poema; y cuando me negaba Talía sus raudales, aparece el <i>Relámpago</i> surcando del cerúleo Neptuno los cristales; zarpa el veloz esquife, y en llegando se presentan dos héroes a los cuales la redondez del mundo viene escasa, el insigne Patricio, el gran Zaraza.	 250 255
Fue el toro primero y los sucesivos, los siete pecados que da el catecismo: sin ser maragatos cargaban con brío, cornudos en forma, mas no consentidos.	 220	¡Salve Patricio! tu valiente padre tigres y toros domeñar sabía, siendo trofeos de su heroico brazo uñas y cuernos.	260
¡Oh cuántos aplausos y cuán repetidos,	225	¡Célebre Juancho, la ominosa frente alza si puedes de la tumba fría! Ve cuál se muestra del honor paterno digno tu hijo.	
		¡Salve otra vez, Patricio, hijo y tocayo del vencedor de un tigre! Jove asista a tu brazo y espada, a cuyo rayo no habrá cosa con cuernos que resista,	265

si airoso sales del primer ensayo, (voy a usar la expresión de un financista) 270 verás llover do quier con mano franca en lugar de papeles... <i>plata blanca</i> .	Mas aquí ya el Pegaso fatigado y molido, me arroja de sus lomos con fatalas corcovos y relinchos; y concluyendo apenas 285 este patagorrillo, recíbalo el que quiera como don de amistad corniflorido.
Y tú ilustre Zaraza, distinguido en el pueblo feliz que baña el Plata, que llegas de la fama precedido 275 y de los hechos que su voz relata, si te portas dichoso y atrevido darete por refresco alguna horchata, y porque al mundo mi largueza asombre un sayo de la tela de tu nombre. 280	

Notas:

13. En AP, pp. 239-243.

14

TORAI DA RABONA

CUARTA

¡Salve al bravo Palanca! ¡en hojas de oro pueda su nombre eternizar la historia! ¡Gloria a Cejas, que fuerte y con decoro mantiene de su lanza la memoria! Al ilustre Patricio que es del toro 5 el terror y la muerte... ¡salve y gloria! Y a Arellano, Corona y Bequis diestro, salve también... con gloria y padre nuestro.	por estrambótico sabré eludir.	
Si te burlas, lector, con faz toruna de mis versos en forma de novena, deja al menos que toque parte alguna a Zaraza y Repollo en esta trena; los alzaré a los cuernos de la luna coronados de hinojo y de verbena, porque entre Tauro y Capricornio eternos 15 sean los dos constelación con cuernos.	Pida un acólito 25 en tono ascético, que amor patético premie su afán: que yo en insólito metro romántico, 30 pido en mi cántico toros y pan.	
Y si la crítica sin causa sólida, la frente estólida pretende erguir: yo con política su intento exótico,	¡Y oyó Jove mi voz!... Jove que implora, y que debe implorar todo chulillo, porque a la ninfa Europa antes de ahora 35 hizo el amor en forma de novillo; dio sobre el parche la señal sonora el tambor narigudo y amarillo, y a cada golpe de su ronca caja respondía mi pecho cual sonaja. 40	
	¡Oh qué paisaje tan lucido ostenta el circo ante mis ojos! allí ufano preparado a la lidia se presenta	20

cada chulillo con su andar gitano; allá está Coello que sus triunfos cuenta, Repollo más acá salta lozano, o prendido a un cancel cual lagartija bambolea sus piernas de botija.			
Aquí junto al toril tocan un cuerno, allá haciendo de un trapo banderola maestro Juan se prepara echando un terno a plantar sus rejones por la cola; alza junto al patriarca sempiterno la gaya gente inmensa batahola, y en la salsa de gracias y dislates no escasean los <i>ajos</i> y <i>tomates</i> .			
Acá miro a Patricio reluciendo del vestido bordados caracoles, o los ojazos revolver tremendo como dos pesos patrios con sus soles; Zaraza allí los labios relamiendo difunde cierto olor a vino y coles, y Bequis... pero basta, pues ya veo que anuncia el primer toro el palmoteo.			
Sale un toro cargador de gran morrillo y piel blanca, que ciego embiste a Palanca con pujanza y con furor; mas le alumbra con valor por si encandilado está, y hubo quien dijese ya, (salvo su honor y decoro) que él alumbra bien al toro cuando <i>alumbrado</i> no está.			
Cejas, que la gente llama con apodos diferentes, mostró en acciones valientes ser digno de heroica fama; ¡viva don Sancho! conclama la turba de rancho y gancho, mas él hace el pecho ancho al apodo impertinente, probando así justamente que <i>al buen callar llaman Sancho</i> .			
	45	¿Y quién las banderillas animoso se atreverá a plantar con más despejo? ¿Quién, sino Coronita que glorioso sabe arriesgar su fama y su pellejo? Coronita que alienta generoso corazón juvenil en cuerpo viejo, da el ejemplo al valor; luego Arellano le planta dos con la siniestra mano.	85 90
	50	Emulando a su digno compañero desempeña Zaraza su destino, dando el grito de atrás al toro fiero con voz discorde y ensopada en vino; encendido en furor parte ligero el animal, y el otro que es ladino, con pie veloz, aunque parece enclenque, se salva entre los biombos del palenque.	95 100
	60	Suena luego el tambor, y como un dardo vuela Patricio a la señal de muerte, tira el sombrero al suelo, y sin retardo llama al fiero animal con eco fuerte; éste asalta furioso, mas Duardo yerra una vez, y a la segunda suerte lanzando a <i>volapié</i> dura estocada, deja a la fiera ante sus pies postrada.	105
	65	Oh qué gozo, qué alborozo de cualquiera se apodera, y al momento sube al viento un cohete volador.	110 115
	75	Grandes, chicos, pobres, ricos, todos gritan y se agitan; todos llaman, y proclaman, a Patricio vencedor.	120
	80	De negra piel y bárbara figura sale el segundo toro por contraste,	125

poniendo al gran Palanca en apretura que apenas su pujanza y ciencia baste, a Cejas acomete con bravura y da don Sancho con su cuerpo al traste; mas quedando sangriento el toro negro la música en su honor tocó un alegre.	130	el lauro debido, con que han merecido sus frentes ornar.	155
A este fiero animal, y otro de cuenta el último y mejor de la jornada, el gran Patricio que su fama aumenta los mató a cada cual de una estocada. En vano el odio o la cábala intenta, bravo Duardo deslustrar tu espada: de cobre es tu color, mas tu alma es de oro, y el corazón... más grande que el del toro.	135 140	Mostraron en lances de honor y osadía valor este día visto a toda luz: Coello el de las piernas en forma de... X, y el ínclito Bequis de garbo andaluz.	160
Deja bramar la envidia: así arrastrando en torn al poste rústica cadena, el sañudo mastín se altera, cuando Diana con su esplendor los cielos llena; y da tristes aullidos, redoblando su ladrar impotente...; mas serena derramando la luz que le importuna sigue su curso la esplendente luna.	145	Rompió sus calzones Repollo, y al cabo sacó un tapa-rabo con casto pudor: él es de los chulos la flor y el cogollo, ¡oh cuándo, Repollo, serás coliflor!	165 170
Mas ay, que olvidaba, y fuera injusticia que intento y malicia pudieran llamar, de dar a los chulos	150	En fin caballeros, <i>de la orden del asta,</i> guardaos, y basta, aquí para nos: toraida rabona es ésta que acabo, hasta otra con rabo, toreros... adiós.	175 180

Notas:

14. En AP, pp. 243-245.

15

TORAI DA DE ALELUYA

QUINTA

No canto al bravo Cejas de ancha espalda, ni al gran Patricio de tremendos ojos, ni al digno Coronita la guirnalda pienso ofrecer de táuricos despojos; ya los subí al Parnaso... allá en su falda Clío los recibió puesta de hinojos;	5	ora voy a cantar con más acierto a Domínguez, Macías, Luque y Puerto. Después de tres semanas, no lo dudo, no habrá lector curioso ni indulgente, porque ya el bello sexo, y el barbudo	10

sólo quieren toraidas en caliente;
pretenden que un poeta a ley de embudo
sople y haga botellas juntamente,
y el menos melindroso dirá al cabo,
al asno muerto la cebada al rabo.

Mas nada me acobarda, y si la orilla
de la Hipocrene toco, o sus raudales,
también tendrán un lauro sin mancilla,
Gómez, Vega Jiménez y Morales:
empero a mi poema o tonadilla
tal vez cuelguen y quemien mis rivales:
pues ya con mal presagio y tristes dudas
sale en Sábado Santo como el Judas.

¡Qué mormullo!
¡Qué barullo!
¡Cuánta gente
diligente!
¡Qué aparato
de arrebató
se oye en torno!
¿Qué será?

Caja suena,
¡señal buena!
ya me asomo,
ya no como,
mi garganta
se atraganta,
y a los toros
corro ya.

Quién despertó azorado entre dos luces,
o tres con su candil, y en camisola
se frangolló en la frente un par de cruces
que el diablo le deshizo con la cola.
Quién cismando con toros y andaluces
no da cuenta de sí, ni pie con bola,
y sube y baja, y torna de carrera
hasta no ver del circo la bandera.

Cada cual desde el punto en que amanece
se mece en la esperanza, o bien se inquieta,
porque el cielo ya aclara, o ya oscurece,
y no cambia al pampero la veleta;

cualquier nube tormenta le parece,
o el ruido del tambor cualquier carreta,
hasta que al cabo cuando el sol asoma
cubre un gentío del Cordón la loma.

Ya en dorada sopanda Olinda ostenta
trémulas plumas y brillante estofa,
Celia menos feliz no desalienta
pisando cual colchón la tierra fofa,
otro grupo a lo lejos representa
un convoy de corsarios de alta cofa,
que impulsados por fresca ventolina
navegan viento en popa o a bolina.

Cuál se agolpa la gente, y suda, y pena,
por entrar en el circo al primer toro,
cuando adentro la música resuena
y mil palmas batiendo le hacen coro.
De repente un cohete el aire atruena,
figurando al caer culebras de oro,
y retumba el redondo anfiteatro
porque ha llegado el juez, y dan las cuatro.

Si clama un rábula
con lengua crítica
que hoy no es política
tal diversión;
diré que es fábula
su torpe lógica,
y anfibológica
su insinuación.

Malo es que un vándalo
de sangre pródigo,
el santo Código
ose insultar;
pero su escándalo
no sea obstáculo,
a un espectáculo
tan popular.

Nuevo aplauso del pueblo circunstante
se oye al salir la espléndida cuadrilla,
que allá mil lauros mereció triunfante
del claro Manzanares en la orilla:
Domínguez y Macías van delante

de los héroes de capa y banderilla, y detrás Luque y Puerto, que grandiosos parecen a caballo dos colosos.	95	A plantar banderillas arrogante sale Gómez ligero al dar la seña, y de a dos y de a cuatro en un instante al mísero animal cargó de leña. Sube al cielo el aplauso resonante al ver con qué valor se desempeña, brama el toro, sacude los zarcillos, y toca un rigodón con diez palillos.	135
Colócanse en sus puestos, y al redoble sale un toro que a Carlos acomete, y la potente pica de haya o roble por el morrillo con valor le mete, hasta que el duro cuello rinda y doble, puja el membrudo Puerto, y porque apriete «¡jú-i!...» dice, y el <i>Jú-i</i> acompaña con eco prolongado y voz extraña.	100	<i>Golondrina</i> tal vez le llamara por lo negro del traje y ligero, bien que al pueblo compete, y refiero el bautismo del bravo campeón: mas al otro trigueño de cara que le iguala en destreza y bravura, sin padrinos, ni hisopo, ni cura le bautizo llamando <i>Pichón</i> .	140
Por la ancha nariz brotando globos de humo el toro fiero sucumbe a la fuerza, y bate con feroz hocico el suelo.	105	Compitiendo en destreza y osadía en otros toros el valiente Vega, los ojos nos llevaba, y yo temía que iba toda la gente a quedar ciega; cargan los dos a un toro, y ya corría aquel lleno de ardor... mas Gómez llega, llama de pronto a un lado, y al avance planta sus dardos y le roba el lance.	145
Al bravo Luque acomete con nueva furia, y a un tiempo tiembla a sus plantas la tierra y gime el aire en sus cuernos.	110	Tras un cancel guarecido estaba echando bravatas el que anduvo el circo <i>a gatas</i> el <i>non plus ultra</i> Vellido; se oyó un eco del tendido, «¡que salga Ignacio a matar! y el <i>traga-toros</i> sin par» dijo, no, que es toro infiel, ando de cuernos con él y aún no lo puedo tragar.	150
Cual fabuloso Centauro, Luque en su corcel soberbio, es doble monstruo en un bulto, o extraño aborto en dos cuerpos.	115	Alcanzando una y otra banderilla anda el gordo Repollo en movimiento, Repollo que después de ser <i>capilla</i> no llegó a ser parroquia ni convento: no piensen que le tomo con rencilla por la punta o la proa en mi argumento; o diga el que lo infiere y lo barrunta si hay repollo con proa ni con punta.	155
La fiera embiste, y bramando contra el poderoso hierro, ya trémula, ya enroscada azota su cola al viento.	120		
En fin, su impotente furia cede, y al heroico esfuerzo se rinde, haciendo al caballo barrer con el anca el suelo.			165
Varios lances el héroe ha sustentado hasta que su lanzón voló en astillas: también Carlos se vio más esforzado después que se pelara las patillas, al revés de Sansón que ya rapado perdió el brío en los brazos y rodillas; y hay quien duda, quien fuera más forzado, si éste sin pelos, o Sansón peludo.	125 130		170

Entretanto con rústica bravura el toro que sangriento brama y muge ve pintada de un chulo la figura, y embiste al biombo que se cimbra y cruje; el corazón se oprime con pavura, tiembla todo el andamio, y al empuje percibe cada cual bajo su asiento la trémula impresión del movimiento.	175	y a la par de Domínguez por guerrero digno del lauro que le ofrece Marte; segundo espada sin tener primero, una toraida mereciera aparte,	220
Ya Domínguez la espada, animoso apercibe, y al toque de muerte sale al circo, e impávido y fuerte pasma a todos con ánimo audaz: Un susurro do quier pavoroso se difunde, y el alma se apena; todos tiemblan... tranquila y serena sólo el héroe presenta la faz.	180	los tres que éste mató valen por siete.	
		A Domínguez un toro atropellando le puso en grande riesgo; más valiente, por no perder su espada, tropezando se dio un golpe en el biombo prominente:	225
	185	así la oronda ninfa resbalando lleva la mano al moño, y cae de frente y se rompe las muelas, pero en suma salva en el aire el peinetón de pluma.	230
	190	De uno y otro campeón en su alto empleo confiesan la igualdad gentes sensatas, mas por lo que es las ninfas, ya lo veo, son adictas al uno, al otro ingratas; por mí, si es nari-lindo o nari-feo	235
¡Cuán gallardo y esbelto se ofrece digno objeto de Cipria y de Marte! en sus galas refleja y reparte más brillante sus rayos la luz: con la espada, en su mano aparece la capilla que al aura tremola, en sus bríos el alma española y en sus formas el aire andaluz.	195	y no me importa cuando versos hago si la nariz es <i>Roma</i> o es Cartago.	
		Mas ay, que el Pegaso ya al suelo me arroja,	240
	200	y aún no he repartido las ocho coronas: pues las que a Repollo e Ignacio se amoldan, gratis <i>et amore</i> mi afecto las obla.	245
	205	Ay, que a poner iba el <i>finis coronat</i> . Sin haber pelado el <i>rabo</i> a la zorra.	250
De palcos y lunetas, de gradas y sillones, con mil aclamaciones el aura resonó. Oh valiente Domínguez, sólo puede, en tus días, igualarte Macías mas superarte, no.	210	Faltaba Morales de apuesta persona, que en las banderillas su nombre acrisola, y el diestro Jiménez, el gozo y la gloria de todos los chulos que el mundo pregona.	255
Al insigne Macías considero sublime en el valor diestro en el arte,	215	Mucho les cantara, aunque es a deshora,	260

y no es culpa mía
si Apolo lo estorba.
Mas es, que en la lista
vienen a la cola,
y *el último mono*
dicen que *se aboga*.

265

Notas:

15. En AP, pp. 245-248. | [N. de JMG] Fue publicada en el Sábado Santo de 1837.

El doctor García Goyena es hijo de Centroamérica. Sólo conocemos de él la *Colección completa* de sus fábulas, publicadas en París el año 1836 por el librero Rosa.

1

LA ARAÑA Y LA ORUGA

Bajo un vaso cristalino suelo encerrar las orugas para saber cuándo y cómo en mariposas se mudan. Este insecto por instinto para la muerte acostumbra disponerse en un retiro lejos del comercio y bulla. En abstinencia perpetua, y con vigilancia suma, sus postrimeros instantes toda su atención ocupan. De cierto humor glutinoso que de sus entrañas purga, con delgados hilos teje las fatales ligaduras. Contra lo terso del vaso repetidas hebras cruza, y sobre ellas sus cenizas, y las esperanzas funda. Allí con impulso propio la antigua piel se desnuda, y bajo el nombre de ninfa una bolsa lo sepulta. Pasados algunos días, en que el calor la fecunda, ya mariposa brillante sale volando de la urna.		Entre el vaso y la pared extendió su tela astuta con cuyo doloso arbitrio su efímera vida busca.	35
	5	Atisbando cautelosa a un gusano en su clausura, entre dientes murmuraba, haciéndole mofa y burla.	40
	10	«¡Qué raro tema –decía– a este bicho preocupa! No come, bebe, ni duerme, pensando sólo en la tumba. ¡Pobre diablo, con qué empeño,	45
	15	con qué calor y qué furia ha tomado por oficio labrarse la sepultura! Las entrañas se devana, y para morir madruga:	50
	20	de las delicias se priva, y hasta el pellejo renuncia. Yo también me desentraño, pero por la causa justa de procurarme la vida	55
	25	y placeres, que la endulzan. Al solo nombre de muerte el cuerpo se me espeluzna, su más remoto peligro me hace guardar esta gruta.»	60
Observando este portento una vez, como otras muchas, vi en un pequeño resquicio, que estaba una araña oculta.	30	Oyolo todo el gusano y con su voz moribunda le dijo: «los dos tenemos	

razón en nuestra conducta.		Lo mismo decir pudiera	
Tú, que otra vida no esperas	65	un fraile de la cartuja	
más que la presente, gusta		contestándole a Voltaire	80
de sus placeres y teme		los sarcasmos y las zumbas.	
que la muerte los destruya.		Siglo que ilustrado llaman	
Yo voy alegre al sepulcro,		las arañas de que abundas,	
y aun lo prevengo de industria,	70	aprovecha las lecciones	
porque la muerte es el medio		con que un gusano te alumbra.	
de mejorar mi fortuna.			
Ahora soy gusano humilde			
que me arrastro con angustia,			
y mañana ave del cielo	75		
volaré por las alturas».			

Notas:

1. En AP, pp. 249-250. La edición a la que hace referencia JMG es: García Goyena, [Rafael], *Colección completa de las fábulas*, París, Librería de Rosa, 1836; la primera edición de sus obras se imprimió bajo el título *Fábulas y poesías varias*, Guatemala, 1825, aunque no he logrado dar con este ejemplar.

2

UNA YEGUA Y UN BUEY

En un soberbio caballo		a la rápida carrera.	
por el campo se pasea		Con ambas manos a un tiempo	25
un joven, haciendo alarde		el suelo hiere, y con ellas,	
de su garbo y gentileza.		y los pies horizontales,	
El diestro jinete pone	5	describe una línea recta.	
su docilidad en prueba,		Pero al más ligero impulso	
y él corresponde obediente		del brazo que lo gobierna,	30
al manejo de la rienda.		suspende el curso violento	
Ya sofrenado reprime		y para haciendo corvetas.	
contra el pecho la cabeza,	10	Entre otras que allí pacían,	
formando del cuello un arco,		alzó a mirarlo una yegua,	
de largas, lustrosas cerdas.		y dando un grande relincho	35
Tasca el espumoso freno;		dijo a un buey que estaba cerca:	
las manos con pausa alterna,		«Ese potro tan bizarro	
todo el cuerpo equilibrado	15	que tanto al hombre deleita,	
sobre las partes traseras,		es hijo de mis entrañas,	
bufa y la hinchada nariz		y bien sus obras lo muestran.	40
con el resoplido suena;		¡Qué docilidad! ¡qué brío!	
su larga tendida cola		¡Qué índole tan noble y bella!	
en el movimiento ondea.	20	¡Qué paso tan asentado!	
Ya soltándole la brida,		¡Qué bien hecho! ¡qué presencia!	
y aplicándole la espuela,		De su generosa estirpe	45
tiende el cuerpo, y se dispone		un ápice no discrepa;	

bien empleados los desvelos
que tuve en su edad primera». El
buey entre tanto estaba
rumiándole la respuesta;
y así que acabó le dijo
con voz reposada y seria:
«Aunque ese potro gallardo
el nacimiento te deba,
tú no tienes parte alguna
en sus adquiridas prendas:
tú sólo alumbraste un bruto
en su física existencia,
que al arte y la industria debe
los lucimientos que aprecias.
El derecho que te asiste
es ser madre de una fiera,

indómita por carácter,
cerril por naturaleza.
Yo soy testigo de vista
de cuánto al hombre le cuesta
haber domado su furia,
y adestrado su rudeza».

Así, padres de familias,
la República pudiera
responder por muchos hijos
que su población aumentan.
El hombre sin las costumbres
que la educación engendra,
en lo político toca
a la clase de las bestias.

Notas:

2. En AP, pp. 250-251.

3

LOS MUCHACHOS, LOS ZANATES Y EL LORO

En un naranjal su nido
un zanate construía,
y en el pico conducía
el material escogido.
Con algún conocimiento
de reglas de arquitectura,
de la más gruesa basura
usaba para el cimiento.
Un bejuco, el desperdicio,
una piltrafa, un andrajo,
de un mecate un estropajo,
fundaban el edificio.
Con más ligero y más fino
material, después trabaja:
cerdas, hojarasca y paja,
retales de lana y lino;
al fin el nido se acaba,
y en pelillos delicados
yacen los huevos pintados
que la madre fomentaba.
Quiso la desgracia un día,
que un muchacho juguetón
vio que del nido un cordón

de san Francisco pendía.
A otros compañeros llama,
sube al árbol en un vuelo,
dan con el nido en el suelo
desprendido de la rama.
Juntos todos con gran prisa,
proceden al inventario,
«¡Miren un escapulario!»
gritó uno, muerto de risa,
otro dice: «Aquí hay retazos
de patentes o de bulas...
¡La medida de Esquipulas!
¡Jesús! ¡qué picaronazos!».
Dice otro: «si a más no viene,
este ramo está bendito...
Miren este rosarito...
sólo dos misterios tiene...
¿A ver, a ver la estampita?
Es de san Pedro y san Pablo
de la cruzada... ¡Qué diablo
de zanata tan maldita!».

El examen satisfecho
de los andrajos devotos,
dejaron los huevos rotos
y el nido todo deshecho.
Mientras tanto amotinados,
los zanates daban gritos,
diciéndoles: «¡Ah, malditos!
¡Herejes excomulgados!
¡Oh! ¡qué horrendos sacrílegos!
Lo más sacrosanto y pío,
¡cómo lo ridiculizan!
las plumas se nos erizan,
no hiciera más un judío.
¡Qué juegos tan execrables!
¡Qué chacotas tan punibles!
¡Hacer objetos risibles
las reliquias venerables!
Pero el cielo que es testigo
de tanta profanación,
dará a vuestra irreligión
correspondiente castigo».
Oyendo estos disparates,
disque un loro muy ladino
de un licenciado vecino

45 dijo, hablando a los zanates:
 «La profanación, hermanos,
 ya la hizo quien de estas cosas
 sagradas y religiosas
 se sirve en usos profanos.
50 A los cintos y cordones,
 por su bendito instituto,
 no conviene el atributo
 de empollar y criar pichones.
 Ese celo tan extraño
55 que mostráis por su respeto,
 sólo tiene por objeto
 evitar el propio daño».

 La defensa muchas veces
60 de la religión hacemos,
 cuando de acuerdo la vemos
 con los propios intereses.
85

 La religión soberana
65 y su divino derecho,
 conforme a nuestro provecho,
 se consagra o se profana.

Notas:

3. En AP, pp. 251-252.

4

EL MACHO DE ARRIERO Y EL CABALLO DE CARRETA

Al potrero de Corona
fui una tarde por paseo,
que hasta un caballo, si piensa,
se divierte en un potrero.

Después de dar varias vueltas
sin determinado objeto,
sobre la yerba del campo
tendí largo a largo el cuerpo.
A corta distancia estaban,
de conformidad paciendo,
un caballo de carreta
con el macho del arriero.
El mulo roznaba a veces,

y en una de ellas entiendo
que al caballo le decía
con orgulloso desprecio:
«Eres un ente infeliz,
tu destino compadezco,
5 pobre caballo que siempre
 y por siempre habrás de serlo.
 Uncido a un humilde carro,
 bajo el látigo severo,
 no conoces más recinto
10 que el de tu nativo suelo.
 La ciudad y la pedrera
 y este miserable encierro,
 son los términos que abrazan
25

todos tus conocimientos.
 Yo tengo medida a palmos,
 toda la extensión del reino
 desde Trujillo a Oaxaca,
 desde el Petén al Realejo.
 ¡Qué ciudades tan hermosas!
 ¡Qué sin número de pueblos!
 ¡Qué bosques y qué llanuras!
 ¡Cuántos valles, cuántos cerros!
 Ahora mismo determino
 emprender un viaje nuevo:
 no hay gusto como el viajar,
 el mundo es un libro abierto».

y con relincho burlesco,
 le pregunta: «¿Y de ese libro
 qué sabe el señor viajero?
 Al cabo de tantos trotes,
 ¿qué ha sacado de provecho?
 Antes de los viajes *macho*,
 y *macho* después ha vuelto».

Yo como soy enemigo
 de malquistarme, no quiero,
 por cuanto oro tiene el mundo,
 aplicar a nadie el cuento.

Notas:

4. En AP, p. 252.

5

LOS PERROS

No debe dudar ninguno
 de mis cándidos lectores,
 que en la casa de un magnate
 haya perros a montones.

Un valiente alano siempre
 a la cadena se pone,
 y en ciertas horas se suelta
 para que la casa ronde.

Un podenco muy ligero
 que con vivo olfato corre
 tras la liebre, cuando el amo
 sale a cazar en el bosque.

Un lanado perro de aguas,
 que con los muchachos dócil,
 si le tiran la pelota
 él la persigue y recoge.

Hasta la niña de casa
 tiene su querido gozque,
 que en sus faldas acaricia
 con envidia de algún joven.

Después de la cena juntos
 bajo la mesa una noche,
 entre el podenco y alano
 pasaron estas razones.

«Si todos nacemos perros
 aunque con distintos nombres,
 ¿por qué han de ser desiguales
 los destinos que nos toquen?

A nosotros las fatigas
 y trabajos corresponden;
 y otros logran el regalo
 y estimación de los hombres.

No señor, en las fortunas
 turnemos todos conformes,
 aunque al lanudo y gozquejo
 el partido no acomode.»

Discutida la materia,
 resolvieron los perroteos
 con espíritu insurgente
 remediar aquel desorden.

He aquí que el perro de faldas amanece puesto al poste de la puerta, y aunque ladre, miedo ni respeto impone.		sobre la niña en la cama con ligero salto echose.	55
Del tanque quiso el podenco sacar la pelota: undiose, y al cabo salió sin ella, tragando agua a borbotones.	45	Ella grita temerosa, ocurre gente, y en donde buscaba tiernos cariños, halla desprecios y golpes.	60
Cuando el cazador azuza al perro lanudo, torpe a la seña, ladra y brinca, y los conejos se esconden.	50	Instruido del desengaño, su cadena reconoce, y cada cual de los otros se reduce al antiguo orden.	
Y el alano corpulento, viendo la ocasión de molde,		Nunca podrán ser iguales las humanas condiciones, mientras deban ser distintos los talentos y los dotes.	65

Notas:

5. En AP, pp. 252-253.

6

LA MOSCA, LA HORMIGA Y LA PALOMILLA NOCTURNA

Ahora más que nunca atento pretendo, lector, que estés al caso que te presento; que aunque parezca que lo es, no es fábula lo que cuento.		la corte en círculos hace a la candela que brilla.	20
Una mosca vagamunda, que de placeres sedienta, en ellos su dicha funda, y por gozarlos se sienta en la cosa más inmundia.	5	Unidos estos sujetos de mi estudio en un rincón, como suelen los discretos, formaron conversación sobre distintos objetos.	25
Una hormiga afanadora, que acopiando se mantiene provisiones, aunque ignora para quien de los que tiene enemigos atesora.	10	«No hay vida como la mía —dice la mosca holgazana—, sin partir con nadie el día, en lo que me da la gana lo gasto con alegría.	30
La simple mariposilla, que desde el punto en que nace de la roedora polilla,	15	Con vuelo y gusto mudable, lo graso o lo dulce chupo al objeto deleitable; pero por jamás me ocupo en cosa desagradable.	35

Busquen allá los avaros
con inquietud y fatiga
sus bienes mil veces caros...»
Aquí replica la hormiga:
«Poco a poco: vamos claros.

Mientras tanto yo me inclino
a eternizar mi memoria
en un ilustre destino,
coronándome de gloria
la misma luz que examino. 75

No apetezco de tu suerte
la libre desenvoltura,
porque sé habrán de verte
de la miel en la dulzura
ahogada con cruda muerte.

Con vuelo noble arrogante
por los aires conducida,
tras una antorcha radiante
hago carrera lucida,
y una fortuna brillante». 80

Mi constante diligencia
y laborioso ejercicio
aseguran mi existencia,
negando la entrada al vicio
y a la futura indignicia.

Las otras dicen: «Aspira
a los resplandores que amas
de la antorcha; pero mira
que los brillos de sus llamas
son incendios de tu pira». 85

Sudo, es verdad, y me afano
continuamente y a penas
descanso; pero no en vano:
miro al fin mis trojes llenas
de rubio y precioso grano.

Hasta aquí de los insectos
la conferencia llegó;
y en vista de los proyectos
humanos, añado yo:
«No son los hombres más rectos». 90

El ambicioso infelice
que lucimientos anhela
en sus glorias se eternice...».
Oyendo esto aquí se vuela
la palomilla, y le dice:

Tras los placeres sensuales,
la codicia y la ambición,
van los míseros mortales;
y sus fines siempre son
los de aquellos animales. 95

«No codicio tus graneros,
porque sé que hay un enjambre
de sompopos bandoleros,
que estimulados del hambre,
asolan los hormigueros.

La mosca en la miel que gusta
muere; y a la hormiga arrasa
por su hacienda tropa injusta;
la palomilla se abrasa
en la que ama luz augusta. 100

Numerosos escuadrones
conducidos de un caudillo
asaltan tus posesiones,
lo pasan todo a cuchillo,
y roban las provisiones.

Así, lector erudito,
quien la razón avasalla
por seguir el apetito,
en su misma pasión halla
quien castigue su delito. 105

Notas:

6. En AP, pp. 253-254.

LOS FUEROS JUMENTILES

A cierta función de iglesia que con un motivo regio se celebrara, asistían todos los ilustres cuerpos.		Al punto así se ejecuta; y los doctores discretos la autoridad reconocen, y permanecen suspensos.	25
El tribunal superior en su respetable acuerdo de los señores togados y presidente compuesto,	5	A pocos pasos andados vuelven a estar los porteros inmóviles; y se pregunta segunda vez: «¿qué hay de nuevo?».	30
con todo aquel aparato, de ministros subalternos, con caso grave y medido también se dirige al templo.	10	«Es una recua –contestan– de más de treinta jumentos, que unidos uno en pos de otro, siguen sin dar intermedio.»	35
Al embocar una calle se pararon los maceros; el señor regente entonces dijo: «¿en qué nos detenemos?».	15	«Pues es preciso esperar que pase el último de ellos»; dijo el señor presidente del tribunal circunspecto.	40
«Es el real claustro –responden– de los doctores y maestros que con todas sus insignias caminan al mismo objeto.»	20	Cumpliose al pie de la letra el acordado decreto, y dióseles libre <i>pase</i> a los jumentiles fueros.	
«Que se suspendan –repuso– con aire imperioso y serio, y córteseles el paso nuestra marcha prosiguiendo.»		Es cordura sostener con los sabios los derechos, y no es menos discreción el cederlos a los necios.	45

Notas:

7. En AP, pp. 254-255.

EL ZOPILOTE CON GOLILLA

Gastamos, Delio querido, nuestros juveniles años, en revolver lexicones con diurna y nocturna mano, para saber cómo hablaban allá en los siglos pasados		los listrios y los ligurios, pueblos del antiguo Lacio.	
	5	Sabes, pues, que desde entonces entiendo aunque nunca parlo los monótonos dialectos	10

de los animales varios; y que este conocimiento nos suele dar buenos ratos, como pienso lo tendrás oyendo el siguiente caso.			
Dos zopilotes estaban en el vecino tejado, uno de ellos con golilla de un gran pergamino blanco.			
Y yo desde mi ventana sus guz-guces escuchando, oí que al otro le decía el que estaba engolillado: «Nunca podrás olvidarte de aquella trampa del gancho y la cuerda; pues en ella íbamos a caer entrambos.			
Yo solo quedé cautivo en poder de los muchachos temiéndome las resultas de sus juegos sanguinarios.			
Pero por fortuna mía después de haberme observado, poniéndome en cruz las alas y mirándome despacio, con alegría festiva este cuero me encajaron, y me echaron a volar entre videntes y aplausos.			
Sabrás, pues, que desde entonces se me ha infundido en los cascos la presunción de que soy el zopilote más sabio, que a todos hago ventaja en la vista y el olfato, y que mi pluma elegante puede encumbrarme muy alto.			
	15	Mi figura circunspecta y mi genio reservado y melancólico, forman mi carácter literario.	50
	20	En aire meditabundo, siempre con el pico bajo pausadamente camino moviéndome paso a paso.	55
	25	Y mis propios compañeros en los concursos que me hallo, como me miran vestido de este honorífico ornato, al punto me hacen lugar por respeto o por espanto, y me observan de hito en hito llenos de envidia o de pasmo.	60
	30	Yo los miro sobre el hombro como a unos pobres bobancios que ignorantes se alucinan de cualesquiera espantajo.	65
	35	Y he creído que esta garnacha tiene algún secreto encanto que me ha inspirado los humos de que más que todos valgo».	70
	40	Hasta este punto llegaba, y un litigante pesado por instruirme en sus asuntos de los míos me distrajo.	75
	45	Pero tú, como discreto con numen suplementario, lo que de mi cuento falta sabrás llevarlo hasta el cabo.	80
		Mas guárdate, dulce amigo, por tu vida, de contarlo ante los que usan golilla, por más que te tienta el diablo.	

Notas:

8. En AP, pp. 255-256.

LA MARIPOSA Y LA ABEJA

La mariposa brillante matizada de colores visita y liba las flores con vuelo y gusto inconstante.		Y le dice: «Vaya, hermana, ¡qué carácter tan paciente! Te tuve por diligente, pero eres grande haragana.	40
A un fresco alelí se inclina, y apenas lo gusta, inquieta pasa luego a una violeta, después a una clavellina.	5	De una en una he repasado las flores; tú en una sola, en una simple amapola, media mañana has gastado.	
Sin tocar a la verbena sobre un tomillo aletea, percibe su aura sabea y descansa en la azucena.	10	Nuestra frágil vida imita a la flor que se apetece; aquella en su flor perece, y ésta en botón se marchita.	45
De allí con rápido vuelo en otro cuadro distinto, da círculos a un jacinto y se remonta hasta el cielo.	15	No malogres de esa suerte un tiempo tan mal seguro; goza del deleite puro antes que pruebes la muerte».	50
Vuelve con el mismo afán sobre un clavel encarnado; en cuanto lo hubo gustado se traslada a un tulipán.	20	La abeja entonces contesta (sin divertir su atención de su actual ocupación) con la siguiente respuesta:	55
Atraída de su belleza en una temprana rosa, por un momento reposa y el dorado cáliz besa.		«Tú en las flores sólo miras aquel jugo delicado a tu gusto acomodado, único objeto a que aspiras.	60
Ya gira sobre un jazmín, ya sobre el lirio, de modo que corre el ámbito todo del espacioso jardín.	25	Yo trabajo con constancia en la flor que me acomoda hasta que la extraigo toda la preciosa útil sustancia.	
Sobre un alto girasol por último toma asiento, y en continuo movimiento brillan sus alas al sol.	30	No consulto a mi provecho sino al de la sociedad y pública utilidad en el fruto que cosecho.	65
Haciendo de bachillera le dirige la palabra a cierta abeja que labra dulce miel y blanda cera.	35	Sigue tu genio ligero en pos de lo deleitable, porque lo útil y lo estable pide un afán tesorero».	70

De este modo, amigo, piensa
una abeja, y tú pensarás
como ella si censurarás
los escritos de la prensa.

Si unas con otras cotejas
las obras de los autores,
75 verás que liban las flores
más mariposas que abejas. 80

Notas:

9. En AP, pp. 256-257.

10

EL VENADO, LA SERPIENTE Y LA PALOMA

Por una vereda estrecha
un ciervo se dirigía
a una siembra de sandía
que se hallaba ya en cosecha.

A todas partes se vuelve,
y no viendo otros senderos,
continuar por los maderos
su caminata resuelve. 30

Aunque este bruto es hermoso
por su figura elegante,
hace muy mal caminante
por lo cobarde y medroso.

5 Pero al dar el primer paso
silbó una astuta serpiente
diciéndole: «¡Hola! detente,
y evitarás un fracaso: 35

Del más leve movimiento
entre las hojas, recela;
de un pajarillo que vuela,
del ruido que causa el viento.

10 yo vi al hombre fraudulento
que estaba con mil fatigas
acomodando esas vigas
aunque ignoro con qué intento. 40

Pausadamente camina,
a cada paso orejea,
todo cuanto le rodea
con atención examina.

15 Con todo no dificulto,
siendo del hombre tal obra
(en quien la malicia sobra)
que ha de haber engaño oculto.

Parando, pues, de este modo
y andando por intervalos,
llegó a una puente de palos
puesta por el mucho lodo.

Si te pareciere vano 45
mi recelo, yo te juro
que no pondrás pie seguro
20 donde el hombre ha puesto mano».

Tímido aquí se retrae
y circularmente mira,
una oreja atrás retira
y otra por delante atrae.

No sabe entonces suspenso 50
qué hacerse el pobre animal,
porque el dicho lodazal
en longitud era inmenso.

Elevada la cabeza
hiere coa la mano el suelo,
para el rabo pequeñuelo
que sacude con viveza.

25 Por el tiro más estrecho
de latitud, es muy largo
para el salto, sin embargo 55
brinca y se atolla hasta el pecho.

Su corpulencia le vale,
y con diligencia mucha
contra el lodo espeso lucha,
y a la orilla opuesta sale.

Al fin ya de la jornada
enlodado, sucio y puerco
se vio delante del cerco
de aquella fruta vedada.

Iba a entrar sin embarazo
por un portillo, y observa
que oculto bajo la yerba
estaba por dentro un lazo.

Suspéndese vacilante,
y entre las ramas se asoma
una sencilla paloma
diciendo: «Pase adelante,

no ponga reparo, amigo,
nada hay aquí que le asombre,
yo miro salir al hombre
y entrar por ese postigo.

Siendo él tan sabio y experto,
libre va que se expusiera
a ningún riesgo, aunque fuera
remoto y el más incierto».

60 He aquí, nuestro venado
se anima, y al punto entra,
sin saber cómo se encuentra
por el pescuezo lazado.

85 Brinca con esfuerzo y salta,
tira, jala, y se despecha,
el lazo más se le estrecha,
y el aliento ya le falta.

65 Con voz ronca y oprimida
dijo por la última vez:
90 «La prudencia y sencillez
son peligros de la vida».

70 Tierna juventud humana,
de este siglo diez y nueve,
al Evangelio se debe
95 la máxima soberana:
simplicidad imprudente
es paloma peligrosa,
y prudencia maliciosa
es mortífera serpiente.

75 100

Llegó al colmo de la ciencia
quien unir a un tiempo sabe
de este reptil y aquella ave
la sencillez y prudencia.

80

Notas:

10. En AP, pp. 257-258.

11

EL PAVO REAL, EL GUARDA Y EL LORO

Un soberbio pavo real
de pluma tersa y dorada
con brillantez adornada
se paseaba en un corral.

El petulante animal
con aire de señorío
miraba el rico atavío
de su pluma; pero mudo,

aun en su elogio no pudo
decir: «este pico es mío». 10

5 Mientras tanto tomó asiento
allí cerca un pobre guarda,
de estos de la pluma parda,
que no tienen lucimiento;

pero con meliflúo acento
 abre la dulce garganta,
 y de tal manera canta,
 con voz delicada y suave,
 que aun el pavón que no sabe
 admiró dulzura tanta.

Necio entonces y orgulloso
 al mismo tiempo que rico,
 quiere imitarlo, abre el pico,
 y da un graznido espantoso.

Mi loro que es malicioso
 con una falsa risilla
 dijo: «¡Bravo! ¡qué bien brilla

15 con el resplandor del oro!
 Mas no tiene lo canoro
 de esa discreta avecilla». 30

20 Dime, Musa, si has sabido
 los misterios de los hados,
 ¿por qué están enemistados
 lo rico con lo entendido?

Bajo un humilde vestido 35
 vive el sabio en menosprecio,
 mientras el soberbio necio

25 lleno de oro y de arrogancia
 en medio de la ignorancia
 merece el común aprecio. 40

Notas:

11. En AP, p. 258.

12

LOS ANIMALES EN CORTES

De muchos animales
 quejas sin fin y largos memoriales
 llegan al león, pidiéndole que forme
 leyes nuevas y el código reforme.

El león entonces de justicia lleno
 a cortes los convoca en sitio ameno
 donde tres diputados
 por cada especie llegarían nombrados.

Apenas publicado fue este bando
 cuando fueron llegando
 el toro ardiente, el jaco belicoso,
 el fiero tigre, la pantera y oso,
 la liebre, el ciervo, el gamo, el perdiguero,
 la oveja y el carnero,
 el marrano, el coyote,
 y después el pollino a medio trote.

En fin sin excepción, de varios modos
 se vieron juntos todos,
 uniéndose por su orden al efecto
 desde el noble elefante al vil insecto.

¡Con qué elocuencia grave, con qué seso
 desplegó sus talentos el congreso!
 Del valor militar habló el caballo,
 de vigilancia el gallo.

5 Alaba el perro su lealtad constante, 25
 la castidad ensalza el elefante,
 y aun el asno, atenido a su experiencia,
 encomia la virtud de la paciencia.

10 Contra el ocio perora 30
 la hormiga afanadora,
 censura el mustio gato
 el paseo libre y el mundano trato.

15 Y hasta un lobo, político aunque lobo, 35
 dijo mil maravillas contra el robo;
 el venado, el conejo bullicioso,
 la ardilla, el ratoncillo quisquilloso
 en la junta desplagan con destreza
 su natural viveza;
 brillando aún más con su maligno tono
 20 el zorro astuto, y el picante mono. 40

Después de mil debates
en que se hablaron muchos disparates,
se trató de plantear el ejercicio
de la virtud, y sufocar el vicio.

Discurriéndose medios muy diversos
para que los infames y perversos
al punto desterrados
fueran, de las campañas y poblados;

y aunque a cada proyecto
se le encontraba siempre algún defecto,
el gallo al fin propuso con instancia,
que la preponderancia
de algunos animales se quitara
y la ley de igualdad se decretara.

La propuesta causó grande susurro,
y aun se llegó a sonreír el mismo burro;
mas como un extranjero
pasa en cualquiera parte por primero,
distintos oradores
agotando de su arte los primores
sostuviéronle al gallo de tal modo,
que inclinado quedó el congreso todo.

Por interés los unos,
por zánganos los otros, y por tunos,
de la igualdad sancionan el decreto,
y luego al rey lo llevan con respeto.
Firmó S. M., y en la asamblea

resuenan los aplausos de la idea
llamándola un portento,
y apostrofando al gallo por su invento.

45 Salíanse ya cuando un ratón casero
vio junto a sí con ademán severo
al gato su enemigo,
y poniendo al congreso por testigo,
«Mirad, señores –dijo– 75
vuestro decreto es vano aunque prolijo,
pues mi señor el gato aún uñas tiene,
y predominio sobre mí mantiene».

55 «Amigo –exclamó el león– mis animales
se han declarado iguales; 80
mas no es fácil quitarles con presteza
lo que al nacer les dio naturaleza
con decretos eternos.
Por hoy mantenga el toro sus dos cuernos,
el mulo sus pezuñas, 85
el tigre y gato sus filosas uñas;
guarde el lobo sus dientes,
60 y cada uno sus armas diferentes;
haz que sea pensado
el negocio, y mi reino nivelado...» 90

65 Nunca se llegó a ver por experiencia;
pero salió por fruto esta sentencia:
ningún legislador aunque profundo
podrá igualar el mundo.

Notas:

12. En AP, pp. 259-260.

13

LAS GOLONDRINAS Y LOS BARQUEROS

Unas golondrinas
desde Guatemala
quisieron hacer
un viaje a La Habana.

Y dando principio 5
a su caminata

volaron diez días,
haciendo mil pausas.

Llegan a Trujillo,
y estando en la playa, 10
en vez de temer
resuelven la marcha.

Una de prudencia entre ellas estaba, y las dijo: «Amigas mirad tantas aguas.	15	También los barqueros hicieron su marcha, con la ligereza que andan los piratas,	
No nos expongamos A morir ahogadas, si a medio camino las fuerzas nos faltan.	20	y apenas dos leguas llevaban andadas cuando ven llegar las aves cansadas.	45
Mejor es pedir en aquella barca un lugar pequeño, que tal vez no falta».		Con súplicas mil todas desmayadas amparo pedían, a los de la barca.	50
Apenas habían dicho estas palabras, cuando respondieron con gran petulancia:	25	Mas ellos entonces riendo a carcajadas sólo les decían: «¿Pues no tenéis alas?».	55
«Barca no queremos, pues con nuestras alas tenemos de sobra para ir hasta España».	30	Al fin perecieron nuestras camaradas, y así los barqueros tomaron venganza.	60
Los barqueros todos oyendo esto estaban, y también se reían de tal petulancia.	35	Esta fabulilla se llama la capa, vístala el lector si acaso le entalla.	
Pasada la noche, a la madrugada alzaron el vuelo con gran algazara.	40		

Notas:

13. En AP, p. 260.

GODOY

Juan

Don Juan Godoy nació en Mendoza, provincia de Cuyo en la República Argentina, el año de 1793, y reside actualmente en Chile. Este señor ha publicado algunas poesías en los periódicos de Lima, de Santiago y de Valparaíso, y de ellos hemos tomado las que se insertan a continuación.

1

CANTO A LA CORDILLERA DE LOS ANDES

Dedicado al señor don Pedro Palazuelos y Astaburuaga,
diputado al Congreso nacional de Chile.

¡En qué tiempo, en cuál día, o en qué hora no es grandioso soberbio e imponente, altísima montaña, tu aspecto majestuoso! Grande, si el primer rayo de la aurora se refleja en las nieves de tu frente: grande, si desde en medio del espacio el sol las ilumina; y magnífico, en fin, si en el ocaso tras de la onda salada y cristalina su disco refulgente se ha escondido, dejando en tu alta cumbre algún rayo de luz que nos alumbre; aunque no veamos ya de do ha partido.		¡Qué sublime y grandiosa es la presencia de tu gigante mole inmensurable en las ardientes noches del verano; cuando la luz incierta de la luna alumbra una por una las hondas quiebras de tu frente altiva! Al contemplar mi mente la siempre caprichosa alternativa de eminencias sin límite patente, y de profundidades sin medida, absorta y conmovida cree estar viendo los pliegues del ropaje de un fantasma nocturno cuya planta en la tierra está fija, y su cabeza al cielo se levanta.	30
¿Qué mortal atrevido es el que ha osado a tus excelsas cimas elevarse? ¿Quién es el que ha estampado en las eternas nieves que las cubren el rastro de su planta? El cóndor que en su vuelo más allá de las nubes se levanta, y que a escalar el cielo parece destinado, jamás fijó la garra ensangrentada en tus crestas altísimas en donde a la tierra argentina el sol se esconde.	15	¿Qué serían los Alpes, el Caucaso, el Pirineo, el Atlas y Apeninos, si se hallaran vecinos al agreste empinado Chimborazo? Sólo tú, Dolhaguer, de las alturas que el mortal ha podido sujetar a mensuras más alto te levantas; pero ¿quién ha medido el gran Loncomini, ni el Illacmani? ¿Y quién del Tupungato inaccesible la enorme elevación ha calculado?	45 50

mecida blandamente por el viento;
 pero el brazo nefario
 la cortante segur al tronco aplica,
 y en el fugaz periodo de un instante,
 el mismo que hasta el cielo
 elevarse orgulloso parecía,
 sin vida cae tendido sobre el suelo.
 De allí a la húmeda playa
 el esfuerzo del hombre hace que vaya:
 en bajel se transforma y ¡quién creyera
 que este árbol tan gallardo, tan lozano,
 que en la remota selva había nacido,
 exento no estuviera
 del poder formidable de un tirano!
 Él ordenó que nave se volviera,
 y nave se volvió, do ahora truena
 el cañón matador cuando él lo ordena.

Empero por ¿ventura,
 la mísera morada
 al hombre destinada
 sería la mansión augusta y pura
 en que la libertad moró algún día?
 No: que a la tiranía
 el hombre como el bruto
 le pagan de dolor triste tributo:
 los míseros humanos
 bajo el yugo do quier de los tiranos
 arrastraron su mísera existencia.
 Do quiera que hombres hubo
 alzó la tiranía
 su estandarte sangriento en mano impía.
 Tan sólo en la eminencia
 do nieves sobre nieves amontona
 la sabia Providencia,
 cual en los polos fríos,
 do ni el viento, ni el sol las desmorona,
 y el surtidero son de grandes ríos,
 no pueden los tiranos,
 como en los hondos valles y los llanos
 el suelo mancillar con pies impíos.

¡Oh dulce patria mía! quién creyera
 cuando al salir del sueño de la infancia
 admiradas te vieron las naciones
 alzarte como el águila altanera;
 y que en tu vuelo audaz, con arrogancia,

145 humillabas los leones 190
 de Castilla, que tanto respetaron,
 y ante los cuales a su vez temblaron;
 quién creyera, repito, que algún día
 doblases la cerviz al yugo duro,
 150 a que te había de uncir la tiranía 195
 bajo la planta de un tirano oscuro!
 Pero todo en tu seno lo ha manchado
 ese funesto aborto del abismo;
 por miles las cabezas ha cortado,
 155 con la sonrisa alevé del cinismo; 200
 y en todo lo que abarca
 tu suelo desde la Plata a Catamarca,
 y del pie de los Andes a Corrientes,
 con sangre señalaron su camino
 160 sus bárbaros tenientes. 205
 Sólo la nieve eterna de la cumbre
 de ese cordón que ciñe al occidente
 tus inmensas llanuras,
 no sostuvo jamás la pesadumbre
 de sus plantas impuras. 210
 165 Mas tus picos nevados
 no así se resistieron
 en otro tiempo, altísima montaña,
 para no ser holladas
 de aquellos que valientes combatieron 215
 170 por libertarse del poder de España.
 Legiones de mi patria enarbolando
 el bicolor do el sol su faz ostenta,
 vi yo escalar tu cima;
 y el yugo de Femando 220
 175 que tres centurias de existencia cuenta
 roto le vi caer en Chile y Lima.
 Libertad en tus cumbres se proclama;
 y desde el cabo helado do la tierra
 con el sañudo mar siempre está en guerra, 225
 180 a la desierta arena de Atacama,
 de monte en monte se repite el grito;
 y el eco dice LIBERTAD en Quito.
 ¡Mas oh dulce ilusión! ¿Por qué concluiste?
 Independencia y glorias consiguieron; 230
 pero la libertad que a tantos dieron
 185 no alcanzaron jamás ¡oh verdad triste!

Yo saludo las cumbres en que ostentas
 nieves que una edad cuentan con el mundo,
 montaña inaccesible. 235

Y al contemplar las faces que presentas, desde el valle profundo, que mísero gusano imperceptible, me diera el Ser eterno por morada: al beber de los ríos y torrentes que se desprenden de tu helada cima, y que rugiendo van por la quebrada en que Dios encerrara sus corrientes: el soplo del Eterno que me anima bendice su hacedor, y agradecido se postra en su presencia enmudecido.	240 245	275 280
Yo veo en esa mole gigantesca la obra de un Ente eterno, y de la eternidad me da la norma. Llegará, tal vez, tiempo en que perezca a la voz de gobierno con que los soles y los mundos forma: quizás en los arcanos de su mente está ya decretado, que en polvo se disuelva de repente; pero mi entendimiento débil y limitado a comprender no alcanza el supremo poder, que movimiento al universo ha dado, fijando el equilibrio y la pujanza de los cuerpos que pueblan el vacío, do ejerce su poder y señorío. Mas su saber y su grandeza admiro cuando al insecto imperceptible miro; y siento que su mano, que todo lo sacara de la nada, ha podido arrojar sobre ancho llano una montaña enorme y elevada; y a polvo reducirla en un momento arrancando de cuajo su cimiento.	250 255 260 265 270	285 290 295 300 305
		Cuando las tempestades las razas exterminen de los hombres, extinguendo los nombres de naciones, imperios y ciudades; cuando el fuego del cielo por la mano de Dios lanzado sea, y descendiendo al suelo hecho pavesas por do quier se vea; y que los altos montes y collados como la cera fluyan liquidados; cuando el fiero Aquilón embravecido sublevando las aguas del oceano las saque del abismo do han yacido, el escarpado cerro y ancho llano bajo sus ondas cubran encrespadas; cuando ninguna voz, viviente, unida al mugir de las olas agitadas, deje sentir de vida un eco sólo que repita el monte; entonces esas puntas siempre heladas respetará la furia de los mares; y en el vasto horizonte el punto enseñarán donde algún día la libertad tuviera sus altares. Y así como los mástiles indican, el lugar do la nave ha zozobrado; y que mudos publican el fracaso que allí los ha fijado; o cual cruz solitaria en el desierto anuncia al caminante, que en aquel punto ha muerto y sepultado está su semejante: así esas crestas que orgullosa elevas, del naufragio del mundo y los mortales vendrán a ser las únicas señales, que puedan consultar las razas nuevas; hasta que un gesto del eterno obrero la grandeza les vuelva y ser primero.

Notas:

1. En AP, pp. 261-264. Su obra lírica aparece póstumamente coleccionada con la portada que sigue: Juan Gualberto Godoy, *Poesías*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni e hijos, 1889; el volumen corre a cargo de Roberto Berghmans y contiene un artículo necrológico escrito por Domingo de Oro (aparecido originalmente en *El Zonda* de San Juan, el 21 de mayo de 1864) y una reseña bio-bibliográfica firmada por Domingo F. Sarmiento, hijo. En *Poesías*, 1889, pp. 7-20.
v. 221. En AP: *cuanta*, corrijo por *cuenta*.

LA PALMA DEL DESIERTO

Al señor Carlos Bello.

Palma altiva y solitaria que en los bosques te presentas, o en agreste falda ostentas tu gigante elevación: ese ruido misterioso que se escucha en tu ramaje, ¿es acaso tu lenguaje; es tu idioma; es tu expresión?	jamás una tabla has dado ni a una lanza duro astil.	40
Respondes, quizá, y no entiendo tu respuesta, palma bella, por más que quisiera en ella lo que dices comprender: mas yo escucho tu murmullo, y que tú me hablas sospecho. ¡Ay, no puedo satisfecho tus palabras entender!	5 Por ti ningún pueblo llora los males de la conquista; ninguno se halla en la lista de los esclavos por ti. Al contrario al hombre enseñas que el primer bien de la vida, es buscar una querida cuando tú lo haces así.	45
De tus abanicos verdes, por el céfiro movidos, los misteriosos sonidos creo que palabras son. Porque ¿qué es la voz humana, si palabras articula, sino el aire que modula el hombre con precisión?	10 En vano la primavera de flores el campo inunda, tu cáliz no se fecunda 15 si compañera no ves; pero si otra copa erguirse divisas a la distancia, racimos en abundancia se desgajan a tus pies.	50 55
Si él expresa en sus palabras ideas y pensamientos, ¿quién sabe si tus acentos ideas no son también? ¿Ideas que tú a tu modo expresas en tu lenguaje modulando en tu ramaje el aire con tu vaivén?	20 Alzarse graciosa he visto más que el pino tu cabeza, y ostentar su gentileza a orillas del Paraná. He visto al añoso cedro dominar la selva ufano, 25 y me ha parecido enano siempre que a tu lado está.	60
Pero sea lo que fuere, básteme a mí para amarte, tan gallarda contemplarte tan altiva y tan gentil; mas, sabiendo que a las naves do truena el bronce horadado,	30 Si las aves del desierto en tu copa hacen su nido, jamás al pichón querido tu altura le ha sido infiel: cuando sin alas implume no puede arrojar al viento, entre tus ramas contento no teme un asalto cruel. 35 ¡Ah si en ardorosa siesta me das tu sombra propicia, y el cefrillo acaricia	65 70 75

tu verde copa al pasar; cuán dulce, cuán delicioso es quedarme allí dormido, al son del blando gemido que repites sin cesar!	80	un rizo es de su cabello que el cuello viene a sombrear. Y los racimos do escondes linda palma tu simiente, el blanco pecho turgente me parecen diseñar.	100
En ti la imagen admiro del ángel que es mi tesoro, de la bella que yo adoro tú me das la copia fiel. En ese tallo gallardo con que se engalana el valle, de su delicado talle la redondez veo en él.	85	Ojalá que un siglo entero te mire verde y frondosa, ojalá que majestuosa tu tronco eleves galán; sin que roedor gusano haga de horadarlo ensayo; sin que lo consuma el rayo ni lo quiebre el huracán.	105 110
La fragancia de tus flores el aroma es de su aliento, que al acercarme a ella siento perfumar su alrededor; y embriagado al aspirarlo es tan dulce su incentivo, que si entonces sé que vivo es porque muero de amor.	90	Otra fortuna no envidio que descansar a tu sombra, bajo la olorosa alfombra de trébol que hay a tu pie; no importa que sepultura, en la bella patria mía, me niegue la tiranía, con tal que a tu sombra esté.	115 120
Cada ramo de tu copa que sombrea el tronco bello,		Lima, 25 de mayo de 1843.	

Notas:

2. En AP, pp. 265-266. En *Poesías*, 1889, pp. 95-100.

3

A UNA DAMA QUE PASABA EN SU CALESA

El ruido desapacible que en el empedrado hacía un carruaje que venía, los ojos me hizo volver; ¡ay Camira! y al fijarlos divisé por la vidriera tu flotante cabellera en mil rizos descender.	5	y el terso cuello sombrear; al ver su nuevo tocado tan elegante y perfecto, ¡juzga Camira el efecto que debí experimentar!	15
Yo que la viera poco antes ceñida de una guirnalda, la blanca y mórbida espalda	10	Tener a raya no pude, Camira, mi pensamiento, que volando más que el viento al carruaje penetró; y allí del ligero talle la perfección delicada,	20

y la voluble mirada, de tus ojos saboreó.			
Di Camira, ¿no sentiste un tierno ardoroso beso, que imprimió con embeleso, mi pensamiento en tu pie? ¿No advertiste que en tu seno penetrando blandamente, tocó la forma turgente que ocultaba tu corsé?	25	Mustio y sombrío maldije mil veces mi cruda suerte: en vano invoqué la muerte, ¿ni la muerte me atendió! Quise huir donde no viera que el carruaje se alejaba y de mí te retiraba, mas la fuerza me faltó.	50 55
¡Ay Camira! era imposible no advertir en el latido blando, pausado y medido que daba tu corazón, el que de la llama ardiente que me abrasa sin sosiego, ninguna chispa de fuego lo puso en agitación.	30 35	Por el dolor abismado, sin acción, sin movimiento, apenas conservé aliento para entrar en reflexión: ¡qué insufrible es, me decía, arder de amor a toda hora, y poseer lo que se adora sólo en la imaginación!	 60
El resonar del carruaje, que al paso que se alejaba más débil a mí llegaba dejó de hacerme impresión; vuelto entonces en mí mismo quise abrazarte, Camira, ¡pero, ay triste! ¡con cuanta ira vi que todo era ilusión!	40 45	Así, divina Camira, un día tras otro pasa, mientras que el alma se abrasa, y se siente consumir; y cuando a todos quejarse en sus tormentos es dado, sólo yo estoy condenado a callar hasta morir.	65 70
		1843	

Notas:

3. En AP, pp. 266-267. En *Poesías*, 1889, pp. 155-158.

4

A UNA JOVEN VESTIDA DE LUTO

De aquella que negro viste, descubre la parda toca, dos corales en su boca una azucena en su tez: dos luceros en sus ojos, una rosa en su mejilla; y el oro que en trenzas brilla símbolo es de su niñez.		Su estatura es más gallarda que la palma del desierto, y su talle aunque cubierto por los pliegues del mantón, se ve que esuelto y rotundo, y que su aérea ligereza no le cede en gentileza al de la madre de amor.	10 5 15

De su linda mano, el guante,
no deja ver la blancura,
ni las gracias de su hechura,
pero sí su pequeñez:
su andar es el de una virgen
que ha descendido del cielo,
para lucir en el suelo
sus pequeñísimos pies.

¡Por piedad! jamás te quites
si a la calle sales, niña,
ese manto, esa basquiña,
esos guantes; porque así
la ardiente antorcha que lleva
en su mano el niño ciego,
no tiene bastante fuego
para que incendie sin ti.

Notas:

4. En AP, p. 267. En *Poesías*, 1889, pp. 167-169.

Pero si quieres que el mundo
en hoguera se convierta,
suelta el manto y descubierta
un día déjate ver;
y yo te juro que el fuego
de tus ojos celestiales,
a los míseros mortales
hará de improviso arder.

¡Necio yo, mil veces necio,
cuando por piedad te pido
que ocultes lo más cumplido,
que hay en toda la creación!
No escuches esta plegaria,
a tus gracias quita el velo,
y arda la tierra y el cielo
como arde mi corazón.

5

MALVINA

Cuando va tu voz, Malvina,
siguiendo cada inflexión,
del tierno armonioso son
que exprime tu harpa divina;
cuando tu mano graciosa
pula la trémula cuerda,
sin que a su contacto pierda
su blandura deliciosa:
entonces, bella Malvina,
imposible es que haya un alma,
que se mantenga en su calma
en tu presencia divina.

Si de la verde gramilla,
al compás que da el obué,
tu pequeñísimo pie
los tiernos tallos humilla:
si de actitud voluptuosa,
tu talle gentil, esbelto
ágil cambia, y siempre suelto
otra toma más airosa;
entonces, bella Malvina,

apenas hubiera un alma,
que conservase su calma
en tu presencia divina.

Si tus labios de carmín
los conmueve una sonrisa,
y en tus dientes se divisa
la blancura del jazmín;
si el pañuelo trasparente,
que el cándido pecho cubre,
al blando latir descubre,
la móvil forma turgente,
entonces, bella Malvina,
no hay sobre la tierra un alma
que pueda mostrarse en calma
en tu presencia divina.

Si tus ojos humedece
centellante y cristalina,
una lágrima, Malvina,
al ver un ser que padece;
si al correr por tu mejilla,

para en ella un sólo instante,
 como chispa de diamante
 que sobre una rosa brilla
 entonces, bella Malvina
 no creo que hubiera un alma,
 que permaneciese en calma
 en tu presencia divina.

Cuando el nítido arroyuelo,
 con su linfa cristalina,
 cubre tus formas, Malvina,
 como trasparente velo;
 y que bulliciosa y pura,
 lamiendo el nevado cuello
 los rizos de tu cabello
 acaricia con blandura:
 entonces, bella Malvina,
 estoy cierto que no hay alma,
 que pudiera estar en calma
 en tu presencia divina.

En blanco y mullido lecho
 vi de Malvina dormida
 la cabellera esparcida
 sobre el cuello y lindo pecho,
 no era de simple mujer,
 era de ángel su presencia,
 era la misma inocencia
 representada en su ser.
 Entonce, bella Malvina,
 entonces sentí que mi alma
 había perdido su calma
 en tu presencia divina.

65

70

45

50

55

60

Notas:

5. En AP, p. 268. En *Poesías*, 1889, pp. 39-42.

GÓMEZ
Juan Carlos

Nació este señor el 25 de julio de 1820, en la capital del Estado Oriental del Uruguay. Hizo allí sus estudios elementales y universitarios, y al concluir los de Derecho civil y de gentes, se ausentó de su país. A pesar de los sinsabores del destierro, ha cultivado constantemente sus aventajados talentos. ¡Permítale el cielo contraerlos alguna vez al servicio de una patria que él tanto ama! El señor Gómez ha vivido algunos años en el Brasil y reside actualmente en Valparaíso. Le damos las más expresivas gracias por el sacrificio que ha impuesto a su modestia, facilitándonos las poesías que damos a continuación, inéditas las más de ellas.

1

LA LIBERTAD

Se alzaré como el sol, radiante y pura
rasgando el manto de la noche oscura.

A. Lamas

I

En las ardientes horas de juventud temprana
mi mente entusiasmada soñó la libertad;
envuelto en mis delirios espero la mañana
que alumbre al mundo todo de eterna claridad.

¡Acaso nunca, nunca tan suspirado día
veré yo pobre niño sobre mi sien lucir!
Acaso nunca, nunca la pobre patria mía
los sueños realizados verá del porvenir!

5

¿Será que las pasiones en perdurare lucha
sus bellas esperanzas en flor agostarán!
¿El Ser omnipotente mis súplicas no escucha
o manda fecundante rodar el huracán?...

10

El giro seguí siempre de tu carrera inquieta
buscándote en los pueblos, querida libertad;
y atravesando siglos la mente de poeta
rasgó de lo pasado la densa oscuridad.

15

La mano de Dios mismo te colocó en las leyes
dictadas en la cumbre del alto Sinaí;
mas cuando en vez de jueces el pueblo pidió reyes
en vano yo te busco, tú ya no estás allí. 20

De Maratón los llanos, los campos de Platea,
te vieron esplendente las filas recorrer:
la Grecia se alzó tanto durante la pelea
que el peso de su nombre no pudo sostener.

Solón dio ciudadanos a la indolente Atenas, 25
Solón les predicaba los dogmas de igualdad:
los pueblos se doblaban en tanto a sus cadenas,
¡Solón no les decía también humanidad!

Celosa de sí misma fulmina el ostracismo,
la cárcel es el premio del hijo de Cimón, 30
ministra la cicuta su ciego fanatismo,
y quedan sin sepulcro los huesos de Foción.

Más lejos, en la orilla del silencioso Eurotas
Esparta en tu ara pone su acero vencedor;
y gimen entre hierros los míseros ilotas 35
sus campos fecundando con llanto de dolor.

En ese hermoso suelo sembrado de memorias,
corrió de las pasiones sangriento el huracán,
y en páginas de crimen escritas con victorias
la libertad en vano los hombres buscarán. 40

Allá del ancho Tíber en la desierta orilla
de Bruto te abre paso la punta del puñal;
en su mirada altiva tu fuego santo brilla
detrás de las señales del duelo paternal.

Alzando la cabeza la poderosa Roma, 45
doblada bajo el peso de la corona ayer,
invicta sobre el mundo sus águilas desploma
y el mundo entero llora su bárbaro poder.

Y libres los romanos, audaces se decían
en tanto conquistaban esclavos para sí, 50
en tanto que los Gracos valientes sucumbían
bajo el puñal patricio por invocarte allí.

Sentada sobre el mundo, brillante, gigantea,
ceñida de trofeos el tiempo avasalló;

mas Roma sólo es grande durante la pelea, 55
la libertad sus huellas en Roma no estampó.

De griegos y romanos los nombres nos quedaron,
que abulta lo remoto de su existir tal vez,
las sombras de los siglos su nada nos velaron,
su gloria por el prisma pasó de la niñez. 60

¡Oh Libertad! ¡en vano mi corazón te implora,
me esfuerzo por hallarte, mis ojos no te ven!
Mas no, ya miro leda resplandecer tu aurora
sobre un pajizo techo del mísero Belén.

Jesús para el martirio desde él sale triunfante, 65
sellando con su sangre la ley del Sinaí,
al hombre la presenta diciéndole ¡adelante!
no harás lo que no quieras que hicieren para ti.

Entonces se convierten los hombres en hermanos
unidos por el lazo de santa religión, 70
entonces el destino descubre sus arcanos,
y empieza a realizarse mi espléndida ilusión.

Mas vano fue tu brillo, la Europa estaba ciega
y tu beldad suprema no pudo contemplar;
si el homenaje impía de adoración te niega, 75
preciso es una patria para nacer buscar:

II

América desploma sus ríos como mares,
las cumbres de sus montes se ocultan al mortal,
sus bosques están llenos de místicos cantares
que acaso son el eco del coro celestial. 80

América es sin duda la tierra prometida,
América la virgen del universo es,
¡oh Libertad quién sabe si para darte vida
la mano de Dios mismo no la formó después!

¡Al fin te me presentas, al fin yo puedo verte 85
como eras en mis sueños querida Libertad
al fin yo te contemplo sin miedo de perderte
que adoran ya los pueblos tu santa majestad!

De Washington el brazo te clava en las orillas
que abraza el Misisipi entre uno y otro mar, 90

y entonces tan espléndida, con tanto fuego brillas
que vas en las pirámides tu lumbre a reflejar.

Las ondas se estremecen del impetuoso Plata,
y el grito que por ellas vibrando resonó
las extendidas playas sacude y se dilata,
y libres en sus playas naciones levantó. 95

En vano desplomaba soberbio sobre ellas
falanges y falanges el déspota español:
quedaban de su paso para marcar las huellas,
en el camino nuevo que les mostraba un sol. 100

Los hielos de los Andes cayeron a pedazos
al reflejar en ellos su celestial pendón:
naciones al empuje nacieron de sus brazos,
de la más bella gloria dignísimo padrón.

¡Ah! tú también estabas valiente patria mía 105
siguiendo ese camino sin gloria y sin pendón,
tu sable sin embargo manchaba todavía
la sangre de los hijos intrépidos de Albión.

Los ecos del desierto tu paso repitieron,
tu brazo levantado mostrabas en Maipú, 110
los Andes a tus plantas sus moles dividieron
y al pie del Chimborazo también estabas tú.

No importa, si tu nombre no suena en la victoria,
bastante en la pelea, bastante se escuchó.
No importa, que las páginas brillantes de tu gloria 115
del Sarandí se extienden hasta el Ituzaingó.

III

Silencio reina solo tristísimo y profundo
en la distancia hermosa del mar al Uruguay:
al triunfo, la agonía siguió del moribundo,
al viva del combate de servidumbre el ay! 120

No bien el horizonte vaticinó la aurora,
las nieblas amagaron de su claror el fin,
que reventó talando los campos destructora
la guerra maldecida, la herencia de Caín.

Monarca advenedizo lanzose poderoso 125
clavando en todas partes su lábaro triunfal.

«Yo vengo a dar –decía– felicidad, reposo,
vuestra miseria cubre mi túnica imperial.

Y revolvió su manto sobre la patria mía
que exhausta, de cansancio cayó a su pesadez. 130
¡Imbécil! si pensaste que siempre duraría,
los pueblos son esclavos, de niños, una vez.

¡Imbécil! que en herencia con despreciante orgullo
cual joya de familia legaste una Nación...
¡Imbécil! ¿no sentistes eléctrico el murmullo 135
del libre que aprestaba la lanza y el bridón?

¡Pasad horas impías, abortos del destino,
pasad! no vengáis ora mi sien a oscurecer.
Dejadme el rayo bello que rompe diamantino,
las ominosas nieblas en el Oriente ver. 140

Dejadme ver del Plata la libertad brotando
como la Diosa antigua, bellísima, del mar.
Dejadme ver los tronos atónitos rodando,
cuando al poner en tierra su pie, la hizo temblar.

El Plata levantaba sus olas tumultuosas, 145
en frágil navecilla la Libertad se ve.
Las preces en silencio la siguen fervorosas,
camina por las aguas, no se hundirá que hay fe.

Con vótores el pueblo la aclama en la ribera;
el brillo de los sables a su esplendente luz 150
relámpagos semeja que cruzan en la esfera
de tenebrosa noche rompiéndole el capuz.

¡Tiranos, deteneos! ¡probad, probad la suerte!
¡No pretendáis cobardes sin batallar huir!
La lucha de los pueblos es una lucha a muerte, 155
la tiranía impugne no quedará a vivir.

Mirad ese puñado, como decís, de escoria,
porque no van dorados el casco y el corcel;
las armas de los libres se tiñen con la gloria
en las sangrientas charcas de orillas de laurel. 160

¡Del rol de las Naciones el Uruguay se borre!
¿Cómo osa desafiarnos la débil niña así?
¡Venid! hermoso llano se extiende donde corre
placeres murmurándoos el fresco Sarandí!

¡El sol nació! marchaban legiones y legiones 165
 con los ensueños ebrias de la victoria ya,
 se vieron, y al combate lanzaron los bridones...
 ¡la hechura de tus manos protege Jehová!

Los libres entre nubes de polvo y de metralla 170
 pelearon a los gritos de patria y libertad,
 la música más grande del día de batalla,
 sublime himno de triunfo para la humanidad.

El sol se hundió... sus rayos no hallaron un acero
 donde decir al trono su postrimer adiós:
 de la imperial falange no revolvió un guerrero 175
 para apartar la lanza que lo hostigaba en pos.

Huyeron de su paso dejando por despojos
 recuerdos en lecciones a la posteridad.
 ¿Cobardes fueron ellos?... los enervados ojos
 a sostener no alcanzan del sol la claridad. 180

¡Oh patria! si al amago de nueva tiranía
 sintiese mi entusiasmo, mi fe disminuir,
 presenta de tus hechos a la memoria mía
 tan sólo ese gran paso que diste al porvenir.

Preséntame, ya enjuto de esclavitud el llanto 185
 tu faz serena y noble delante del poder.
 Preséntate triunfante... ¡levantaré mi canto
 y volverá mi pecho de patriotismo a arder!...

Huyeron, mas ya tocan el suelo del imperio,
 sus verdes estandartes refleja Ituzaingó: 190
 ¡tened! ¡tened, que es fuerza cumplir el ministerio
 que al brazo de sus hijos la patria encomendó!

Los reyes y los pueblos volvieron al combate,
 la lucha fue espantosa, la sangre la empapó,
 los pueblos la recuerdan en el laúd del vate, 195
 los reyes nunca osaron nombrar Ituzaingó.

Salud hermanos nuestros, guerreros argentinos
 que vuestro nombre disteis en el festín triunfal;
 mi patria lo dio al libro que encierra sus destinos;
 la ingratitud no mancha su nombre celestial. 200

Doblados bajo el yugo, los ojos en el suelo
durante la ignominia tuvimos que fijar,
erguimos ya las frentes, altivos en el cielo
podemos enclavarlos y en su color gozar.

Podemos a los aires confiar nuestro lamento, 205
cuando el vivir oprima la mano del dolor;
podemos con los gritos poblarlos del contento
sin atender al muelle descanso de un señor.

Dormir en nuestro techo sin que planta profana 210
las penas o placeres sorprenda del hogar,
dormir sin el asiduo temor de que mañana
vendrán de nuestros labios el pan a arrebatár.

Vivir en la ventura, tener una esperanza,
poder dejar un ósculo en la querida faz. 215
Pasaron sí, pasaron las horas de venganza
la sangre derramada santificó la paz.

Hermanos encontramos do vimos enemigos,
hermanos que invocaron la Libertad también.
No fueron impasibles de nuestro bien testigos 220
e hicieron la corona rodar ya de una sien...

Mas ¡ay! el horizonte de nuevo se oscurece,
la tempestad sordísona retumba en el confín;
abrasador el viento laureles aridece
¿dónde encontrarlos luego de la contienda al fin?

No sonarán, no, cantos después de la pelea, 225
para el vencido lágrimas, al vencedor ciprés:
¡oh Libertad! ante ellos tu pabellón ondea
si todos lo contemplan unidos los veré!...

Lo mirarán un día, del cielo los colores, 230
el luto deponiendo por siempre han de vestir,
y entonces los vestigios que dejen los dolores,
la senda habrán marcado del grande porvenir.

Yo sé que vendrá un tiempo para la patria mía
de paz y de ventura, de gloria y de hermandad. 235
Lo espero, sí, lo espero: yo sé que vendrá un día
que alumbres todo el mundo brillante Libertad.

¡Entonces ¡ay! de aquellos que se apellidan reyes!
 Coronas y cabezas en trozos saltarán.
 ¡Entonces ¡ay! de aquellos que toquen a tus leyes!
 Escritas en sus cráneos los pueblos las verán. 240

Te espero sí, te espero, hoy sólo eres la estrella,
 do fija la mirada del universo está.
 Mañana cuando alambres omnipotente y bella
 sus alas destructoras el tiempo plegará.

Montevideo 25 de mayo de 1842.

Notas:

1. En AP, pp. 269-276.

2

A ADOLFO BERRO

Fue poeta e infeliz.
 Berro

Deja el guerrero escrita su memoria en el rastro de sangre de sus huellas; el poeta en sus lágrimas su historia, los que saben llorar la leen en ellas.		¡Pobres nosotros! perdimos una esperanza tan bella, quedándonos en vez de ella sólo un recuerdo... no más.	
Él marca su vivir, en pos de un nombre, con horas de delirio y de aflicción, dichoso si las lágrimas del hombre señalan el compás de su canción.	5	Perdimos en un momento con el porvenir de un hombre, la parte inmensa de nombre que debimos heredar.	25
¡Pobre Adolfo! ¡tu vida fue un gemido, un gemido tan hondo y tan veloz! Si tan pronto en los tiempos se ha perdido, quedó en las almas eco de tu voz.	10	¿Quién llorará nuestros males llenándonos de consuelo, marcándonos en el suelo la senda de la virtud;	30
Porque es un eco inmenso el sentimiento estrechamente a la existencia unido, y al sonar en los aires tu lamento los hombres que lo oyeron han sentido:	15	con ese acento tan suave que nuestra alma suspendía, con esa triste armonía de su enlutado laúd?	35
y llorarán e inundará su llanto la losa de la tumba en que reposas, y otro poeta elevará su canto, y el bueno sus plegarias fervorosas.	20	¿Quién a la infeliz ramera, a la huérfana, al mendigo, dirá palabras de amigo, dará esperanzas como él?	40

¿Quién a los hombres, valiente
 dará el sarcástico ¡bravo!
 al ver llorar al esclavo
 reclinado en un dintel?

Ellos vendrán a tu tumba,
 vendrán de tristeza llenos;
 el séquito de los buenos
 será tu elogio mayor.

¡Feliz quien ha conseguido
 el llanto del desgraciado!...
 Aquel que nunca ha llorado
 no comprende su valor.

Ellos vendrán y contarán tu historia
 al que lleve su paso por allí,
 y rendirá homenaje a tu memoria
 al oír, *fue poeta e infeliz*. 55

45 Joven cual tú me perderé, sin duda,
 porque hay en mí un germen de dolor,
 porque yo siento una tormenta muda
 despedazar mi pobre corazón. 60

50 Mas al recuerdo de la suerte mía
 nadie en el mundo verterá su llanto;
 sobre la losa de mi tumba fría
 ningún poeta entonará su canto.

Setiembre 28 de 1841.

Notas:

2. En AP, p. 276.

3

A LA MEMORIA DE MI MALOGRADO AMIGO DON DIEGO FURRIOL

De la frente de la patria
 una a una caen las flores,
 el crespón de los dolores
 vuelve de nuevo a ceñir;
 que el viento del infortunio
 helado sobre ella zumba,
 precipitando en la tumba
 las galas del porvenir.

¡No basta, Señor, no basta
 que el huracán se desate,
 y caiga a su rudo embate
 tanta flor de juventud!
 No basta tender la muerte
 sus alas sobre un desierto;
 también, también has abierto
 para el genio el ataúd!

¡Tan joven y acariciado
 por esperanzas de gloria,
 no dejar otra memoria
 que una mísera inscripción!

Entonces, Señor, entonces
 ¿de qué sirve una existencia,
 quemada por la violencia
 de fogosa inspiración?

5 Yo te diera una corona, 25
 mas acaso caen en vano,
 del corazón de un hermano
 las lágrimas que lloró;
 quien sobre tumbas desiertas
 10 vagando inapercibido, 30
 para lanzar al olvido
 sus tristes *ayes* quedó.

15 ¡Ah! ¿quién sabe si del suelo 35
 te arranca compadecido,
 sin duda porque ha querido
 recompensarte el Señor?
 ¡Quién sabe si desde el mundo
 en donde el tiempo no corre,
 tu mano amiga nos borre
 20 largas horas de dolor! 40

Leve la tierra a tu descanso sea,
eterno el mármol que tu nombre guarde;
purísima oración se alce en la tarde
ante tu yerta cruz:
y ya que ves el bien desde tu asiento, 45
¡pídele a Dios para la patria amada;
pide para mi mente un pensamiento,
un rayo de su luz!

1841

Notas:

3. En AP, p. 277.

4

A... EN SU ÁLBUM

En horas de esperanza para la patria mía
quise entonar un canto de amor y juventud;
pero cayó la noche, y en esa noche fría
dormí sobre las tumbas llorando en mi laúd.

Mi voz es de recuerdos, mi voz es de tristeza, 5
de la mañana el himno no vine a preludiar:
nacido en la borrasca no he visto más belleza
que la enlutada nube y el irritado mar.

Ella mi cielo ha sido, las olas mi camino, 10
son toda mi existencia, mi porvenir acá...
No pidas, virgen, flores al triste peregrino,
las que le dio su amada se marchitaron ya.

¿Recuerdas todavía la falda de aquel monte
donde sombreó tu cuna la copa del ombú?
¿el río de una margen enfrente al horizonte? 15
¿las cándidas diamelas que cultivabas tú?

Todas las hojas, todas, arrebató el pampero;
ninguna de tus flores, ni del ombú quedó;
ninguno de tus ayes un eco lastimero,
ninguna de tus lágrimas el río eternizó. 20

¿Ves el pasado ahora? ¿ves ya cuanto nos queda
de lo que fue esperanza, de lo que dicha fue?

¿Y ves por qué en dolores mi pensamiento rueda?
¿por qué la vista vuelve del porvenir mi fe?

Mañana mis hermanos del Plata en la ribera, 25
para cerrarme en ellos sus brazos me abrirán,
y en vano de mi infancia la tierna compañera
mis ojos en sus grupos ansiosos buscarán.

¿Es cierto, amiga, es cierto?... ¿ya no nos sentaremos 30
debajo de los árboles a conversar los dos?
¿Es cierto, hermana, es cierto? ¿nosotros nos daremos
en medio de la vida nuestro postrer adiós?...

Después vendrá la noche, la noche del olvido,
la noche de la tierra de indiferencia y paz,
y viviré en la mente de los que me han querido 35
y no echarán de menos mi compañía jamás.

¡Vivir así en los otros! como un vestigio incierto,
como algo que no puede la mente perpetuar;
reflejo de una tarde serena en el desierto,
vestigio de una noche de luna sobre el mar. 40

¿Y nada más de tanto conservará una hermana?
¡Nada más! ¿de un cariño que no conoce ayer?...
Quién sabe si dichosa con lágrimas mañana
tus hijos en mi nombre no enseñarás a leer.

Jacuy, 1844.

Notas:

4. En AP, pp. 277-278.

5

REMINISCENCIA

The heart
was darkn'd with her shadow.
Byron

¿Por qué posó en mis ojos tu mirada
quemando de pasión en mi agonía?
¿Por qué si una existencia infortunada
derramar en tu pecho no debía?

Otra era tu esperanza, tu destino: 5
y de alegría y de hermosura llena,
¡por qué te plugo oír al peregrino
el monótono canto de su pena!

En vano me rodeaste de caricias:
empapando mi vida en tu ventura,
llenabas mi infortunio de delicias,
el vacío de un alma de dulzura;

pero de amor, ¡jamás! siempre tu beso
buscaba palpitante el labio mío;
siempre la irradiación de tu embeleso
pudo solo encender mi desvarío.

En pago a tanto bien como me diste,
por tantas horas de inefable encanto,
sólo te dejo una memoria triste
y me separo de tu amor sin llanto.

Yo amaba otra mujer. El tiempo rudo
clavó en mi juventud su zarpa airada,
desgarró el corazón, pero no pudo
la imagen arrancar allí estampada.

Yo amaba otra mujer. Mientras los días
amontonaban nieve en mi cabeza,
el ángel de las dulces simpatías
abrigó con las alas su belleza.

Ella es la imagen que flotó indecisa
de bienestar en la primer idea,
en la edad en que al alma una sonrisa
sobre la entera creación pasea.

Quizás un rayo del vivir lejano
al pensamiento la alumbró del niño;
quizás errante al corazón temprano
la trajo el ángel del primer cariño.

En él vivió de la inocencia mía,
en él durmió velada en mi sosiego,
hasta mostrarse en mi camino un día
para mirarla y conocerla luego.

Que apareciere a mi cariño incierto
como memoria del Edén sentida,
en las noches de luna del desierto
y en las blancas auroras de la vida.

Ella fue mi universo: la mañana
siempre en su dicha me encontró pensando;
siempre una estrella misteriosa hermana
tuvo en la noche para mí brillando.

Siempre un rayo de luz su frente clara,
siempre una sombra negra sus cabellos,
flor nacida en la tierra los manchara...
Sólo la flor-del-aire enredé en ellos.

Yo ante sus pasos me lancé sin tino
tras de un albergue a su ilusión propicio,
yo trepé las montañas sin camino
por brindarle la flor del precipicio.

Luego por las orillas de los ríos
encaminamos nuestro paso a solas,
sus brazos enredados en los míos
escuchando el silencio de las olas.

Las aguas la espejaban seductora,
cantaban a sus pies en dulce arrullo,
le besaban el pie como a señora
y su homenaje revelaba orgullo.

¡Ah! la paz de mis días fue y mi gracia,
mi fresca linfa, mi verdosa palma;
sus recuerdos de amor, en la desgracia
son el rico tesoro de mi alma.

¡Ah! ¿qué me has dado tú, tú que me adoras?...
¡Aparta! ¡aparta! que está en mí su imagen,
no dejaré acercar las tentadoras
ilusiones livianas que la ultrajen.

Ya todo el tiempo arrebató en su huida,
mi primavera ennublecíó serena,
déjame solo caminar la vida
rayando un nombre con el pie en la arena.

Porto Alegre, julio 1844.

Notas:

5. En AP, pp. 279-280.

EN LA PRIMERA PÁGINA DE UN VOLUMEN DE LAMARTINE

A mi hermano.

¡Quién sabe si el Destino muy lejos me arrebató
de las hermosas playas, donde revienta el Plata
batido del pampero, sus olas en el mar!
¡Quién sabe en los dolores guardados a mi alma,
si lejos de ti busco la sombra de una palma 5
para dormir el sueño de proscripción en paz!

¡Ah! entonces el acento te diga de un poeta
que devoró mi vida la agitación secreta,
de un alma que se ignora sedienta de algún bien:
te diga que en la tierra la dicha busqué en vano, 10
te diga... que palpita mi corazón de hermano,
como al sentirme el tuyo palpitará también.

Guaíba, 1843.

Notas:

6. En AP, p. 280.

GOTAS DE LLANTO

A mi madre.

Già ogni stella cade che saliva
quando mi mossi.

Dante

¡Seremos aún felices, madre mía!	Los lejanos azules del paisaje,	
La sombra que deslustra cada día	ya no nos mueven a emprender el viaje	
la mirada, el cabello y el semblante,	de la melancolía. Las estrellas,	15
¿no empañará en mi seno	y las anchas llanuras,	
el prisma de diamante	y los bosques sin huellas	5
do se refleja hermoso lo que es bueno?	perdieron su distancia y sus honduras.	

Cuanto nos prometimos encantado,	¡Ah! con vergüenza, madre, lo confieso:	
cuanto se nos mostraba delicado	si pudieras volverme todo eso,	20
fue una dulce ilusión de la inocencia.	y la fe en la ilusión, las inquietudes;	
Y hoy que lo hemos sentido,	me vieras con presteza	10
podremos la existencia	volverte tus virtudes	
lisonjear con un bien que así ha mentido?	y hundirme en la ignorancia y la pereza.	

O ceñido de inútiles dolores caminar otra vez hollando flores, que el viento tras de mí marchitaría; maldecir la fortuna, bebiendo la agonía en la luz voluptuosa de la luna.	25	Pero esas horas del Edén viviste; puedes al menos la mirada triste cerrar y verme en mi inocente lecho, como cuando en tu pecho ebria de regocijo	70
O con el horizonte ante mis ojos, ¡cuál suelto mi caballo se lanzara por cima de las eras y de abrojos, sin que nunca parara, hasta no ver la vida una vez más ante mis ojos ida!...	30	latir sentiste el corazón de tu hijo.	
		Felicidades son aunque ilusorias, abandona tu vida a las memorias, paladea de nuevo alborozada, la inefable delicia	75
	35	de sentir su mirada responder inocente a tu caricia.	
¿Seremos aún felices, madre mía? Tras sí dejó una sombra cada día, que ennegreció la imagen hechicera de mis delirios bellos, y apagó la quimera dorada en la color de los cabellos.	40	Acaso entonces llena de tu suerte comunicarla ansiaste, y presintiendo difícil comprenderte fueron tristes tus lágrimas cayendo. ¿Y quién sabe si alguna no bebieron sus ojos en la cuna!	80
Todo entristece: hasta tu imagen misma veo al través de su funesto prisma, y de una juventud a la distancia no alcanzo como eras al conducir mi infancia por los campos do nacen las palmeras.	45	Y cuando amontonabas en tus faldas flores para tejerle las guirnaldas, ¿quién sabe si en tu afán de coronarle, la sien no le ceñiste de flores funerales que al azar en el campo recogiste?	85 90
¡Quién pudiera mirarte en esas blancas horas de ayer de la inocencia mía, joven y hermosa abandonar ufana, tu esbelta gallardía por remecer mi cuna; el velo desceñirte por cubrirme de la luz importuna, y a cada movimiento sonreírme! Los que así te miraban, di ¿de veneración no se llenaban?	50	¿Si su ponzoña no dejó en mi seno la simpatía por el llanto ajeno, la tristeza que aguarda al infortunio, las sombras interiores, para teñir de luto la diáfana ilusión de los amores?	95
Una noche serena era tu vida: aromas de una flor desconocida tu ambiente embalsamaban, y las voces del aire te cantaban. ¡Ah! triste tu alma ahora exhala de dolor un ¡ay! sublime, y el universo en derredor le gime con un acento que tan bien la llora.	55	¡Todo se va acabando, madre mía! Ves, tenebrosa la borrasca impía sobre mi ¡aventad cierne sus alas: en su noche iracunda no hay luz para sus galas, ni la llama del sol que la fecunda.	100
	60	Tú me dijiste al contemplarla negra: una mujer la soledad alegre; hay dulzura en su voz y en su semblante, mas serenas auroras	105
	65	alborarán delante de tus vagos deseos en las horas.	

Yo escogí la más bella... y de la mano traída a mi pecho, la llevaba ufano; siguióme, iba contenta... y de repente, la corona de azahares, se deshojó en su frente, caminando conmigo a los altares.	110	La estrella del amor faltó a mi cielo: luego el aire natal faltó a mi vuelo ¡madre! y ora me arrastro peregrino, llorando en mis canciones, sembrando en el camino las hojas sin color de mis pasiones.	115 120

Río Pardo, julio de 1844.

Notas:

7. En AP, pp. 280-282.

8

SOLEDAD

¿Dónde irá un alma huérfana de amor que halle contento? ¿En qué apartado sitio reposaré un momento postrado de cansancio, la vida sin placer?		Siempre una bella imagen deploraré lejana, siempre un cariño íntimo me faltará mañana,	15
	5	siempre una sombra fúnebre habrá en mi cielo azul.	

Distante de la patria viviré desgraciado, y ausente en estas márgenes, pensando que a su lado las horas de infortunio dulces pudieran ser.		Las ilusiones últimas van a la par ligero del alma desprendiéndose, que el sol del extranjero pronto tiñó de pálido mi hermosa juventud.	20
	10		

Jacuy, 1844.

Notas:

8. En AP, p. 282.

9

DELEITE

La noche ha tendido su manto y la tierra dormida se ha envuelto con él: la vida se cierra en las blandas memorias de ayer.		esta noche es más bella que el día, tan sólo en tus ojos la luz quiero ver.	
Desciñe el joyante cabello alma mía con él haz un manto de sueño a mi sien:	5	No se escucha un gemido del viento ni el crecer de una flor: del bosque el aliento	10

en las auras se duerme de amor. Las aguas reposan en muelles arenas calientes del rayo postrero del sol, dame un beso mi bien. ¡Cuán serenas las horas empiezan de amarnos los dos.	15	No temas, no es malo dormir en el sueño, que inspira halagüeño, el perfume del campo al amor: tú lo ves remontarse hacia el cielo, lo más puro que encuentra en el suelo, eso toca de paso y va a Dios.	20

Río Pardo, febrero de 1844.

Notas:

9. En AP, p. 282.

10 RUEGA

A mi hermana

Virgen cristiana póstrate ante el altar y llora: para tu hermano, en lágrimas, del corazón implora del mártir de los mártires resignación y fe.	5	Ayer no más dos éramos en una simpatía; el ruego de mi labio tu labio repetía, y en un acorde unísono volaban al Señor.	15
Una esperanza pídele para tu tierna vida, bella de santos éxtasis, que no lloró perdida la calma de la infancia, ni devoró una sed.	10	Después... llegará el término de la tormenta ruda: en la plegaria unámonos durante nos sacuda, como dos gotas de agua se unen en una flor.	20

1844

Notas:

10. En AP, p. 283.

11 EN EL ÁLBUM DE UNA BRASILERA

¿A qué nacer la flor en el desierto de las galas del lujo asaz cubierto, si su vida inocente es ignorada? ¿Rebosar en sus pétalos la almíbar, si los seres que tienen por morada	5	bosques de naranjeros no la liban? ¿Por qué naciste, virgen, en la tierra que tanta dicha y tanto bien encierra con tus ojos formados para el llanto y tu sonrisa de inefable encanto?	10

¡Ah! ¡no haber elegido aquí otro suelo
del tiempo y las tormentas azotado,
do es necesario el ángel de consuelo
de la desgracia al lado!

Notas:

11. En AP, p. 283.

12

AGUA DORMIDA, EN UN ÁLBUM

En la inquietud inmensa del destino reposar en la margen de una fuente, sin rumor, sin murmullo, sin corriente, muerta cual la esperanza, no es vivir. No es vivir al nacido en la ribera del impetuoso y turbulento Plata, donde pasan sus aguas de carrera con las olas del mar a combatir.		Y grata el agua te será adormida que tu embeleso adulará serena, mientras rayando estés sobre la arena la misteriosa cifra del amor; dulce el halago del secreto asilo, la orilla de laguna sin lamento, para teñir el vago pensamiento de su calma inefable y su frescor.	20
Bien puede ser que en tu primer mañana, de sus celajes diáfanos ceñida, tenga dulzuras para ti la vida do quier reclines a soñar la sien. Bien puede ser que anheles olvidada en un sueño de paz adormecerte, que en el mayor silencio de la suerte dentro tu corazón haya un edén.	10	Donde no gima el viento, ni la brisa los árboles agite enamorada, deja correr las horas olvidada vive en el corazón sin recelar. Yo nací en la borrasca y me complacen los tumbos y el embate de las olas: duerme en la orilla de la fuente a solas, yo me voy a las ondas de la mar.	25 30

Río Janeiro, 1845.

Notas:

12. En AP, pp. 283-284.

13

A MI MADRE

¡Madre llorad! ¡las nieblas de la vida me acercan ya la noche de dolor, ¡madre llorad! vos mi primer querida mi última fe, mi inolvidable amor.		sino el que brota de un recuerdo santo, serena el alma y la concede paz.	
Yo no demando el angustioso llanto que agosta y quema al empapar la faz,	5	Si alguna vez llorasteis por un hijo lágrima amarga, yo no la pedí; pero si acaso el corazón os dijo que penaríais, debió ser por mí.	10

HEREDIA
*José María*¹

Don José María Heredia hijo primogénito de un magistrado virtuoso y sabio, nació en Santiago de Cuba el día 31 de diciembre de 1803. Desde la edad de dos años hasta la de trece, acompañó a su padre en viajes que éste hizo a la Florida, a Santo Domingo y a Valencia de Venezuela de donde era Oidor. Heredia no hizo estudios serios hasta el año 1816, empezando a oír lecciones de filosofía en la ciudad de Caracas. Continuó el año siguiente sus estudios en la Habana, dándose al de la jurisprudencia. A fines de 1820 pasó Heredia con su padre a México, en donde tuvo la desgracia de perderle, desgracia de que nunca se consoló, como lo prueban varias de sus más patéticas composiciones.

Muerto el padre se retiró Heredia con su familia a Matanzas, y en junio de 1823 se recibió de abogado en Puerto Príncipe contando apenas la edad de veinte años. En noviembre de este mismo año 23 fugó a los Estados Unidos de América, por hallarse complicado en una conspiración desgraciada contra las autoridades peninsulares, delito por el cual le condenó la Audiencia de Cuba a extrañamiento perpetuo.

Esta sentencia amargó más la existencia de Heredia que ninguna otra de sus desgracias. El destierro, «ese espectro de andar presuroso, siempre vestido con traje extranjero», le perseguía por todas partes y le llevó (como él mismo dice a su hermano en la dedicatoria de la primera edición de sus poesías) «a fatigar con su aspecto errante las playas extranjeras».

En agosto de 1825, invitado por el Presidente de México, Victoria, entró en aquella república y empezó la carrera de los empleos desempeñando el de oficial en una de las Secretarías de Estado. En 1827 obtuvo el cargo de Juez de primera instancia, debiendo este empleo a sus relaciones amistosas con don Lorenzo Zavala. En este año se casó. En diciembre de 1828 fue promovido a fiscal de la Audiencia, en la que obtuvo plaza de magistrado por enero de 1831. Dos años después fue electo diputado a la legislatura de México, en la que sólo permaneció cinco meses, renunciando la diputación. Volvió a su Audiencia y la desempeñó hasta que una ley mexicana vino a hacer incompatible su destino con la calidad de no nacido en el país. En 1836² logró permiso de las autoridades españolas para volver a Cuba por pocos días con el fin de abrazar a su madre y demás personas de su familia.

Don J. M. Heredia vivía en México el año de 1838, pues es esta la época en que se publicaba allí el periódico literario de donde tomamos estas rápidas noticias. Su autor refiriéndose a ellas y al retrato que las acompaña, dice: «El señor Heredia recibirá ambas cosas como un sincero homenaje del respeto y admiración que nos inspira». Tenemos motivos para creer que su muerte acaeció a fines del año 1839.

Heredia fue de talento vasto y precoz: contaba poco más de siete años de edad, cuando, según el testimonio de uno de sus condiscípulos, «anticipándose en él el genio al estudio y a la experiencia, copiaba a Homero refiriendo los nobles desastres de Ilion. El semblante infantil se le iluminaba entonces, y sus ojos renegridos brillaban bajo la frente espaciosa y morena». «El sol terrible de su patria –dice él mismo– había derramado fuego abrasador en su alma borrascosa». Su carácter era melancólico y afectuoso. Amó a sus padres y deudos con delirio, a la naturaleza y la hermosura como quien sabe comprenderlas, y a Dios sobre todas las cosas. Su pensamiento es siempre puro y elevado, noble y filosófico el objeto de sus composiciones serias. De la admiración de la naturaleza se remonta hasta el Hacedor, y vemos que en esta alta idea y en la de la inmortalidad se concentra en la última época de su existencia.

La primera edición de las poesías de Heredia fue hecha en Nueva York el año de 1825. La segunda en 1833, bajo su dirección en Toluca. Hay otra edición de Barcelona del año de 1840, cuyo editor asegura haber seguido el texto de la segunda por un manuscrito del autor mismo.⁴ Muchas poesías hay sueltas de Heredia que no han sido reunidas, de las cuales publicamos ahora algunas en la *América poética*, tomadas de periódicos mexicanos. Las «Poesías americanas» que promete en una nota de la edición de Nueva York, no han aparecido. Nosotros publicamos cuanto hemos hallado escrito por Heredia sin atrevernos a excluir ni aún aquellas composiciones, que según parece, había desechado en la edición de Toluca que no conocemos. Tal vez los lectores nos agradezcan esta determinación nacida del amor que profesamos al poeta habanero.

Menos conocidas que las líricas son otras obras del señor Heredia. En los periódicos literarios de México se registran algunos excelentes artículos críticos, de su pluma, sobre Casti, sobre las memorias militares del general Miller, sobre la tragedia de Lanuza, etc. Desde 1829 a 32 publicó la «Miscelánea», que creemos sea una producción periódica consagrada a las ciencias y a la literatura, y en aquel mismo año dio a luz sus *Lecciones de historia*. Ha traducido y publicado el *Sila* de Jouy,⁵ el *Abufar* de Ducis y dejó inéditas,⁶ el *Fanatismo* de Voltaire, el *Saúl* de Alfieri y el *Cayo Graco* de Chenier.

La fama poética del señor Heredia no está encerrada en América: se extiende a todos los pueblos del habla española. La crítica le fue favorable desde la aparición de sus primeras poesías. El señor don Andrés Bello las juzgó y elogió en las páginas del *Repertorio Americano* y el señor don Alberto Lista, dio al autor el título de «gran poeta» en una carta que dirigió desde Madrid en 1828 al señor don Domingo del Monte.

La naturaleza le había hecho poeta, y las vicisitudes de su vida desenvolvieron en él las dotes de su imaginación. Llevo el destierro a las cataratas del Niágara, a la pirámide religiosa de Cholula, a la tumba de Washington, a la cumbre de muchas de las nevadas montañas de México. A presencia de tales espectáculos, tomó su genio ese vuelo sublime en el cual parece que nos arrebatara cuando leemos sus producciones.

El señor Heredia ha vivido treinta y seis años únicamente; pero treinta y seis años de actividad y labor. «El torbellino revolucionario –ha dicho él– me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más o menos fortuna, he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta...»

Publicamos al frente de las poesías de Heredia, la composición que le dirige con motivo de su muerte el señor del Monte, a quien suponemos nacido en América, estando al sentido de algunas expresiones de sus bellos versos.

Notas:

¹ [N. ms. de JMG] En los espacios marginales de las pp. 285-286 se fueron adicionando, en diferentes momentos, las referencias bio-bibliográficas que siguen: «M. Villemain, en sus <Ensayos sobre Píndaro> ha analizado las poesías de Heredia. El mismo M. Villemain prometía a Caicedo, en 2 de agosto 1859 estudiar la literatura americana. *Tribuna* de Buenos Aires del 11 y 12 de marzo de 1861. / Véase un artículo sobre Heredia en el periódico *El Tiempo*, núm. 264 de marzo 1829. / *L'âme d'Heredia était d'une trempe héroïque, et il ne faut point attribuer à une vaine jactance de poète les paroles qu'il adressait au Niagara: <Laisse-moi te regarder, je suis digne de te voir>*. Elisée Reclus, *Revue des Deux Mondes*, 15 février 1864. / Astro eclipsado en su primer mañana. Gertrudis Gómez de Avellaneda. / 1803-1839 / Viaje de Heredia al nevado de Toluca con el pintor inglés Tonkins, en octubre de 1837. Véase el t. 2, p. 313 en *La Colmena*, publicado en Londres por Ackermann 1843 (lo he reproducido en la *Revista del plata*) / *The poets and poetry of Europe*, with introductions and biographical notices by Henry Wadsworth Longfellow, Philadelphia, 1845. A la página 728 de la obra se halla una noticia corta de Heredia en la que dice que murió en 1839 a los 35 años. A continuación pone la composición al Niágara traducida al inglés.».

² [N. ms. de JMG] «En 1834 según una nota a la p. 213 de las *Poesías completas* de Plácido [Valdés], 1857. 1 vol. 8°. | [N. de la e.] Se refiere al siguiente volumen: Gabriel de la Concepción Valdés – Plácido, *Poesías completas*, última edición, corregida y aumentada con algunas composiciones inéditas, París, en casa de Mme. C. Denné Schmitz, 1857. La nota al poema «El eco de la gruta» dice: «Con este título dedicó el autor una bellísima composición poética a don José María Heredia, cuando en 1834 visitó la ciudad de Matanzas. Plácido le entregó, en un pliego cerrado, al inmortal cantor del «Niágara», con la condición de que no rompiese el sello sino en alta mar, y cuando dejara la isla de regreso a México. [...]».

³ [N. ms. de JMG] «En Toluca el 7 de mayo.»

⁴ [N. ms. de JMG] «*Obras* de J. M. Heredia, New York, 1850, in 8° (edition [...] Barcelona 1840, in 8°) (Brunet núm. 15321, col. 850, t. 6 a la última edición).

⁵ [N. ms. de JMG] Corrige *Jouy* (por *Jony*). | [N. de la e.] Incorporo la enmienda. Sylla (1824) de Victor-Joseph Étienne, llamado Étienne de Jouy.

⁶ [N. ms. de JMG] Corrige *inéditas* (por *inédita*). | [N. de la e.] Incorporo la enmienda.

A LA MUERTE DE MI AMIGO Y CONDÍSCÍPULO DON JOSÉ MARÍA HEREDIA

¡Se cumplió su misión sobre la tierra! La tierra oyó su apasionado canto, la tierra vio su inextinguible llanto, la tierra compartió su padecer.		¡Sublime Heredia! tú escuchas desde tu inmortal asiento el dolorido lamento de tu amigo en la niñez;	40
¡Cantar, gemir, sufrir! Triple corona del poeta a la frente destinada, de espinas agudísimas armada para clavarse en su doliente sien.	5	en la orilla del Ozama nutrir la divina llama que al fin devoró tu ser.	
¡Cantar, gemir, sufrir! Ésta es la vida, ésta fue su misión. Cantó a natura, al amor y la patria y la hermosura, y la santa virtud y la razón.	10	Aún me acuerdo. Un doble lustro por ti pasado no había, aún llegado no era el día de la razón para ti, y anticipándose el genio al estudio y la experiencia,	45 50
Lloró del hombre los errores tristes, el frívolo anhelar, el egoísmo, el desconsolador escepticismo, la horrenda duda y la incredulidad.	15	tu asombrosa inteligencia revelaba el porvenir.	
Sufrió el peso fatal de la injusticia, la vil calumnia envenenó su vida y su excelsa virtud fue combatida por la torpe ignorancia y la maldad.	20	Yo, casi adulto, al oírte copiar casi niño a Homero, creí ver el choque fiero de Aquiles y Agamenón, y frente a las griegas naves y de Príamo a los gemidos entre llamas y alaridos hundirse la sacra Ilion;	55 60
Y gimiendo en los bosques de la patria, sublime ruiñeñor del nuevo mundo, a su acento fatídico y profundo el eco de la patria respondió.		y cabe al derruido muro alzado el caballo inmenso griegos, lanzas y humo denso de sus llamas vomitar;	
Y cantando en su plácida agonía, cubano cisne en la suprema hora, de virtud y saber la nueva aurora que despunta ahora en Cuba, saludó.	25	y los dioses del Olimpo luchar en la arena ardiente y al mover su adusta frente el alto Jove temblar.	65
Y cantando y gimiendo, entre raudales de armonía, de amor y de ternura, encendido querube su alma pura batió las alas y voló al Señor.	30	Vierais al niño estupendo, cielo y tierra recorriendo, tierra y cielo describir: vierais su infantil semblante alumbrarse de repente y en su ancha y morena frente los negros ojos lucir.	70 75
Y Anáhuac quedó huérfano. Y su patria, tierra de los perfumes y vergeles, de verde palma circundó y laureles, en vez de sauces, su final mansión.	35		

¡El genio! ¡el genio! Miradlo
 ¡cómo la ciencia adivina!
 No hay maestro, no hay doctrina:
 el genio es la inspiración.
 El genio abrevió su vida,
 que el genio es la calentura
 que la fibra humana apura
 cuando alumbra a la razón.

—

Tú cantaste la espléndida carrera
 del sol de nuestros climas que, encerrado
 en la zona flamígera, vertiera
 sobre el centro del orbe iluminado

sus prolíficos rayos. Tras la huella
 del padre de la luz, tú viste alzar
 la verde copa de la palma bella,
 y de su centro esférico lanzarse

la flecha derechísima, cual sube
 de Roma en las basílicas sagradas
 el majestuoso dombo hasta la nube
 con su aguja o sus cruces bronceadas.

Tú cantaste, el primero, la natura
 de la tórrida zona, el fresco ambiente
 bajo un cielo de fuego, la verdura
 esmaltada, eternal, resplandeciente.

De la reina gentil de las Antillas
 sus piñas, sus aromas orientales
 y el néctar de sus cañas amarillas
 convertido en melíferos cristales.

¡Y el mundo de Colón no fue un desierto!
 Tuvo el bosque su voz, la suya el llano,
 su murmullo el arroyo y su concierto
 el pardo ruiñeñor americano.

Y la flor reveló su gallardía,
 y el mar Caribe su onda mugidora,
 y los cedros su bíblica osadía
 y el huracán su voz atronadora.

80

85

90

95

100

105

110

Y entre espumas, fragor, diluvio y trueno,
 del Niágara rugiente en la ancha boca
 te vio el mundo, de asombro y susto lleno,
 tu arpa triste pulsar en la alta roca. 115

Y el orbe de Colón la voz alzando
 «es mi poeta» dijo. Y la alta idea
 del nuevo el mundo antiguo confirmando
 «es poeta» dijera, «¡pinta y crea!».

—

Bello es pintar, a fe: crear es bello, 120
 bello es trazar con la flexible pluma
 la luz variable y vaga de la aurora,
 del astro el primer fúlgido destello,
 el rayo que se escapa entre la bruma
 y la alta cresta que ese rayo dora. 125

Bello es pintar del verde papagayo
 las olas de carmín y el pecho de oro,
 el tornasol del colibrí zumbante,
 el jazmín del café brotando en mayo
 y el ruiñeñor que, en el volátil coro, 130
 libra atiplado su tenor triunfante.

Bello es crear en Corina
 la lira que canta a Italia
 y so la tosca sandalia
 de penitente heroína, 135
 la ardiente vestal de Idalia.

Bello es, cuando no se encierra
 sólo en lo real del suelo,
 del genio el fecundo vuelo.
 Bello es crear en la tierra 140
 las ilusiones del cielo.

—

¡Tú pintaste y creaste! Su paleta
 natura te confió, su antorcha el genio.
 Es pintor cuando crea el gran poeta,
 es creador cuando pinta el grande ingenio. 145

¡Mas ay! cuando de ese mundo,
 que crio tu genio profundo,

descendiste al cieno inmundo del mundo cierto y real: cuando viste la alta ciencia doblada por la indignancia pedir socorro y clemencia a la ignorancia brutal;			
cuando las virtudes gimen, cuando los malos oprimen, cuando en su antro ruje el crimen erguido, amenazador; entonces tu musa llora y al Ser infinito implora y de tu arpa gemidora se alza el himno del dolor.			
Himno fatídico y santo, dulce y cadencioso llanto, solemne y lúgubre canto, visión de la eternidad. Himno que, en el bajo suelo sublime intuición del cielo, de esperanza y fe el consuelo derrama en la humanidad.			
Cantor del moderno mundo y del Niágara iracundo, te convertiste en profundo poeta del corazón. Pintor del bosque y las flores y la luz y los colores, de los humanos dolores descendiste a la región.			
Y allí en el caos sombrío de la mente del impío, tú viste su orgullo frío, su soledad y pavor; y viste allí en la inocencia la dicha de la existencia, y del malo en la conciencia, los tormentos y el terror.			
	150	Y allí entre bienes y males, revelaste a los mortales los destinos eternos que aguardándoles están; y al darte el adiós postrero te proclamó el mundo entero cual vate, rival de Homero, cual bardo, rival de Ossian.	190
	155	—	
	160	Poeta encantador, bardo sombrío, hora en la gloria a do te alzó tu fe, tu morada inmortal, del pecho mío el velo rasga y ve cuanto te amé.	195
	165	¡Sí, yo te amé! Del impetuoso Ozama en la azotada orilla, un tiempo honor de la aurífera Haití, tu infantil llama a mi alma nueva trasmitió su ardor.	200
	170	¡Sí, yo te amé! Del infortunio el viento al soplar rebramando sobre ti, a tu oído llegó mi amigo acento, y tu penar inmenso compartí. ¡Sí, yo te amé! Tus cantos inmortales fueron siempre mi encanto y mi solaz, luz de amor en la noche de mis males, voz de amigo en mi larga soledad.	205
	175	¡Adiós, adiós...! Tu cuerpo está en la tierra, tu alma inmortal en el empíreo está: aquí una piedra tu sepulcro cierra, allí te abre su gloria Jehová.	210
	180	¡Cantar, gemir, sufrir! Ésta es la vida. Sufrir es la virtud. La eterna luz al que sabe sufrir está ofrecida. ¿Quién al hombre salvó? Sólo la cruz.	215
	185	Madrid, diciembre 8 de 1839. FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE	

Notas:

1. En AP, pp. 286-289; en José María Heredia, *Poesías*, Barcelona, Juan Francisco Piferrer impresor, 1840, pp. 10-17. Esta colección parte de la 2ª edición de las *Poesías* de Heredia, publicada en Toluca en 1833 (y no en 1832 como afirma el editor barcelonés), «cuyo manuscrito nos franqueó un amigo,

añadiendo a ellas otra inédita, que es la que tiene por título: «Al retrato de mi madre» (p. 8). | En *Poesías*, 1840, el párrafo que sigue introduce el poema: «Escritas ya las antecedentes noticas biográficas, se ha sabido la prematura muerte de este célebre poeta. Copiamos a continuación la poesía que en su elogio publicó en el folletín de *El Corresponsal*, número 198 correspondiente al 15 diciembre último, el amigo y condiscípulo del autor don Francisco del Monte» (p. 9). En cuanto a su estructura, JMG conserva la división de 1840, pero suprime la numeración de cada bloque. | Título: En *Poesías*, 1840, el nombre del poeta aparece siempre como José María de Heredia.

v. 8. *Poesías*, 1840: a continuación se intercala la cuarteta que sigue: «¡Cantar, gemir, sufrir! Triple contraste / que el vate explica en su armonioso acento, / sublime trinidad del sentimiento, / triple fuente de eterna inspiración».

v. 34. *Poesías*, 1840: «la tierra de los perfumes y nieves» (por *vergeles*).

v. 35. *Poesías*, 1840: *verdes palmas* (por *verde palma*).

v. 42. [*N. ms. de JMG*] Corrige *el* (por *de la*). | [*N. de la e.*] Incorporo la enmienda.

vv. 45-52. [*N. ms. de JMG*] Promesa a los diez años.

v. 61. *Poesías*, 1840: *el* (por *al*).

v. 64. *Poesías*, 1840: *flancos* (por *llamas*).

v. 94. *Poesías*, 1840: *domo* (por *dombo*).

v. 123. *Poesías*, 1840: «del astro *fulgido el primer destello*,».

v. 131. *Poesías*, 1840: *vibra* (por *libra*).

v. 146. AP: *este* (por *ese*); corrijo según *Poesías*, 1841. | [*N. ms. de JMG*] Anota al margen «¿ese?».

v. 195. *Poesías*, 1840: sin la preposición *a*.

v. 146. *Poesías*, 1840: *esté* (por *está*).

Data: *Poesías*, 1840, sin año.

Firma: [*N. ms. de JMG*] En el librito titulado *Flores del siglo* hay una composición a este señor (p. 57) titulada «El verano en La Habana» (original, americana, bellísima).

2

A MI ESPOSA

Cuando en mis venas fúrvidas ardía
la fiera juventud, en mis canciones
el tormentoso afán de las pasiones
con dolorosas lágrimas vertía.
Hoy a ti las dedico, esposa mía,
cuando el amor más libre de ilusiones
inflama nuestros puros corazones
y sereno y de paz nos luce el día.

Así perdido en turbulentos mares
mísero navegante al cielo implora, 10
cuando le aqueja la tormenta grave;
y del naufragio libre, en los altares
5 consagra fiel a la deidad que adora
las húmedas reliquias de su nave.

Notas:

2. En AP, p. 289; en *Poesías*, 1840, pp. 3-5. | Título: [*N. de JMG*] Dedicatoria de la segunda edición. En *Poesías*, 1840, «Soneto a mi esposa».

Tal vez mientras su mano apresurada
mis venturosos versos escribía,
allá en su alma agitada
mi destino infeliz compadecía,
y al contemplar de mi alma la amargura,
movido de dulcísima ternura
palpitó su albo seno,
y un suspiro piadoso,
y una preciosa lágrima en sus ojos
a mí se consagró... Gratos delirios
¡ay! no me abandonéis: goce en idea
lo que la dura suerte me ha vedado
gozar en realidad... Sí, sí, gozoso
con la mitad de mi existencia triste
comprar quisiera el venturoso instante

en que de la ternura el sentimiento 30
 me halagase en tu cándido semblante.
 ¿Y condenado a agitación eterna
 siempre habré de vivir? ¿Nunca mis ojos
 5 en otros ojos hallarán ardiendo
 la llama del amor? ¿Hasta la muerte 35
 gemiré de mis bárbaros pesares
 y tedio insoportable combatido?
 ¿No habrá una alma clemente
 10 que simpatice en su cariño ardiente
 con este Heredia triste y desquerido? 40
 Papel precioso, entre las prendas mías,
 ocupa tu lugar: mil y mil veces
 mis labios encendidos
 15 sobre ti buscarán la dulce huella
 de la mano ligera y delicada 45
 que se dignó escribirte: si la suerte
 quiere oprimirme injusta y despiadada,
 tú mi alivio serás: al contemplarte
 20 mil recuerdos de gloria en mí excitados
 templarán mi dolor, llenando mi alma 50
 de un inocente y celestial consuelo:
 cuando la muerte con funesto vuelo
 sus alas tienda de mi frente en torno,
 25 recibirás sobre mi yerta boca
 mi último beso y mi postrer suspiro. 55

Octubre 1823.

3. En AP, pp. 289-290.

¡Ay! ven, enjague su fervor el llanto
5 en que tus hebras inundó mi hermosa,
cuando te daba al infeliz Fileno,
mísero amante.

Lágrimas dulces, de mi amor consuelo, decidme siempre que mi Lesbia es firme; decid que nunca romperá su voto pérfida y falsa.	10	Tú me recuerda los felices días de paz y amor, que fugitivos fueron, cual débil humo de aquilón al soplo tórname nada.	25
¡Oh! cuánto el alma de dolor sentía, cuánto mi pecho la aflicción rasgaba, cuando la hermosa con dolientes ojos viéndome dijo:	15	¡Oh, cuántas veces su cabello rubio, al blando aliento de la fresca brisa, veloz ondeaba y en feliz desorden vino a mi frente!	30
«¡Siempre, Fileno, de mi amor te acuerda! Toma este rizo, que mi frente adorna... Toma esta prenda de constancia pura... Guárdala fino.»	20	La luna amiga con su faz serena mil y mil veces presidió mi dicha... Memoria dulce de mi bien pasado, ¡sé mi delicia!	35
A donde quiera que la suerte cruda me arrastre ¡oh rizo! seguirasme siempre, y de mi Lesbia la divina imagen pon a mis ojos.		1819	

Notas:

4. En AP, p. 290; en *Poesías*, 1840, pp. 21-22. | Título: en *Poesías*, 1840: «Sáficos a la prenda de fidelidad».

v. 5. *Poesías*, 1840: «ven, y enjague».

v. 22. *Poesías*, 1840: *seguirame* (por *seguirasme*).

Data: *Poesía*, 1840: «En 1819 a los 16 años de su edad».

5

LOS RECELOS

¿Por qué, adorada mía, mudanza tan cruel? ¿Por qué afanosa evitas encontrarme, y si te miro, fijas en tierra lánguidos los ojos y triste amarillez nubla tu frente?	5	tu puro corazón?... Mira que llenas mi existencia de horror y de amargura: dime, dime el secreto que derrama el cáliz de dolor en tu alma pura.	20
¡Ay! ¿dó volaron los felices días en que risueña y plácida me vías, y tus ardientes ojos me buscaban, y de amor y placer me enajenaban?	10	Mas, ¿aún callas? ¡ingrata! Ya comprendo la causa de tu afán: ya no me amas. Ya te cansa mi amor... No, no; ¡perdona! ¡Habla y hazme feliz! ¡Ay! yo te he visto, la bella frente de dolor nublada,	25
¡Cuántas veces en medio de las fiestas, de una fogosa juventud cercada, me aseguré de tu cariño tierno una veloz simpática mirada! Mi bien, ¿por qué me ocultas el dardo emponzoñado que desgarra	15	alzar los ojos implorando al cielo. Yo recogí las lágrimas que en vano pretendiste ocultar; tu blanca mano estreché al corazón lleno de vida que por tu amor palpita, y azorada me apartaste de ti con crudo ceño;	30

Y ¿cómo no lo hicieran cuando en sus rayos lánguidos respiran inocencia y amor? Quieran los cielos que tu día feliz siempre nos luzca de ventura y de paz, y nunca turben nuestra plácida unión los torpes celos. Esposa la más fiel y más querida, siempre nos amaremos,	25	y uno en otro apoyado, pasaremos el espeso desierto de la vida. Nos amaremos, esposa, mientras nuestro pecho aliente; pasará la edad ardiente sin que pase nuestro amor...	35
	30	Noviembre, 1827.	

Notas:

6. En AP, pp. 291-292; en *Poesías*, 1840, pp. 26-27.

v. 23. *Poesías*, 1840: *hicieron* (por *hicieran*).

v. 32. *Poesías*, 1840: *áspero* (por *espeso*).

v. 36. *Poesías*, 1840: se completa el poema con el siguiente terceto: «Y si el infortunio vuelve / con su copa de amargura, / y en mí cargue su furor».

Data: *Poesías*, 1840 agrega: «a los 24 años de su edad».

7

PLACERES DE LA MELANCOLÍA
FRAGMENTOS DE UN POEMA

No es dado al hombre de su débil frente las penas alejar y los dolores, ni por campos de mirtos y de flores dirigir el torrente de la vida.		agitarse y sufrir, después que siente el vigor de su pecho quebrantado por su excesivo ardor, que al fin agota del sentimiento la preciosa fuente.	25
De las pasiones el aliento ardiente le enajena tal vez, y breves horas en ilusiones férvidas perdido, osa creerse feliz. ¿Quién no ha sufrido la fiebre del amor, ni qué alma helada no probó la dulzura emponzoñada que en el beso fatal vierte Cupido? Yo adoré la beldad: cual sol de vida lució a mis ojos y bebí encendido el cáliz del amor hasta las heces.	5	¿Qué hará el triste? Las flores de la vida al soplo abrasador de las pasiones marchitas sentirá. Do quier que mire será el mundo a sus ojos un desierto y el misterioso abismo de la tumba será de su esperanza único puerto. Así el piloto en tempestuosa noche sólo distingue entre su denso velo el mar furioso y el turbado cielo.	30
	10		35
Mi alma fogosa, turbulenta y fiera, en todos sus placeres y deseos al extremo voló: tibias pasiones nunca en ella cupieron... Mas ¡ay! pronto siguió a los goces y delirio mío la saciedad, el tedio devorante, como sigue de otoño al sol brillante el del invierno pálido y sombrío. Tal es la suerte del mortal cuitado:	15	Entonces tú, gentil melancolía, serás bálsamo dulce que suavice su árido corazón y le consuele, más que el plácido llanto de la noche a la agostada flor. Yo tus placeres voy a cantar y tu favor imploro.	40
	20	Ven, tonos blandos a mi voz inspira, enciéndala tu aliento y de mi lira templa con languidez las cuerdas de oro.	45

¿Quién en adversa o próspera fortuna no se abandona al vago pensamiento cuando suspira de la noche el viento y de Cuba en el mar duerme la luna? ¿Quién no ha sentido entonces dilatarse su corazón y con placer llevarse a mil cavilaciones deliciosas de ventura y amor? ¡Con qué deleite en los campos bañados por la luna siguen nuestras miradas pensativas la sombra de las nubes fugitivas en océano de luz puro y sereno! ¡Qué encanto hay en la calma de esta noche, del hondo mar en la distante furia, que halaga al corazón! Melancolía, tú respiras allí: tu faz amable, velada entre vapores transparentes, sonríe con ternura al que en tu seno busca la paz, y al que de penas lleno se acoge a ti, con mano compasiva del rostro enjugas el sudor y el llanto.	50	Desde la infancia venturosa mía era mi amor. Aislado, pensativo, gustábame vagar en la ribera del ancho mar. Si los airados vientos su seno hinchaban en tormenta fiera, mil pensamientos vagos, tumultuosos, me agitaban también, pero tenía deleite inexplicable, indefinido, aquella confusión. Cuando la calma reinaba en torno y el espejo inmenso del sol en occidente reflejaba la noble imagen en columna de oro, yo en éxtasis feliz la contemplaba, y eran mis escondidos pensamientos dulces, como el silencio de los campos de la luna en la luz. Y los pedantes, azotes de la infancia, que querían subyugar mi razón a sus delirios, fieros amenazándome decían: «Este niño holgazán y vagabundo siempre necio ha de ser». Y yo temblaba, mas no los maldecía, sino de ellos huía y en mi apacible soledad lloraba.	90 95 100 105 110
Mas la disipación furiosa en tanto en sus bailes y juegos y festines, hace beber de tedio triste copa a los que, por su halago seducidos, buscan entre sus pérfidas caricias gozo y felicidad. Mustios, rendidos, maldecirán al sol, y a sueño ansioso la frente atormentada reclinando, la suerte trocarán del bello día. Ansia falaz, funesta, ¡cómo impía me desataste el corazón! ¡Oh tiempo de ceguedad y de furor!... Insano, en tormento sin fin buscaba dicha, paz en eterna turbación... Empero a mis ojos el sol brilla más puro desde que ya, más cuerdo, no alimento de mi sangre el ardor calenturiento, soñando gozos y placer futuro. De la grata ilusión perdí el encanto, pero hallé de la paz el bien seguro.	70		
.	75	¡Oh, si Dios de mis males apiadado las alas de un espíritu me diera! ¡Cuál por los campos del espacio huyera de este mundo tan bello y desdichado! ¡Oh, si en él a lo menos me ofreciera una mujer sensible, que pudiera fijar mi corazón con sentimientos menos vivos tal vez, menos violentos que los que enciende amor, pero más dulces y duraderos! En su ingenua frente el candor y la paz me sonreirían: de este exceso de vida que me agobia me aliviara su amor. Su voz piadosa de aqueste pecho en la profunda herida bálsamo de consuelo derramara y su trémulo acento disipara las tinieblas de mi alma entristecida. Encarnación de mi ideal esposa, ¡cómo te adoraré!... No por más tiempo me hagas ansiarte y suspirar en vano:	115 120 125 130
Dulce es la soledad, en que su trono asienta la feliz melancolía.			

mira que vuela mi verdor lozano.
¡Ay, ven y escucha mi rogar piadosa!

.

¿Qué placer melancólico no goza
al ver al tiempo con alada planta
los días y años y los siglos graves
precipitar en el abismo oscuro
de lo que fue? Las épocas brillantes
recorro de la historia... ¿Qué furores!
¡Cuadro fatal de crímenes y horrores!
Do quier en sangre tiñense las manos:
los hombres fascinados o furiosos
ya son juguetes viles de facciosos,
ya siervos miserables de tiranos.
Pueblos a pueblos el dominio ceden;
y del orbe sangriento, desolado,
desaparecen, como en mar airado
las olas a las olas se suceden.

De Babilonia, Menfis y Palmira
entre los mudos restos el viajero
se horroriza de ver su estrago fiero
y con profunda lástima suspira.
¡Campos americanos! en vosotros
lágrimas verterá. ¿Qué pueblo ignora
vuestro nombre y desdicha? Circundado
por tenebrosa nube un hemisferio,
ocultábase al otro: mas osado
forzó Colón el borrascoso imperio
del océano feroz. La frágil nave
por los yermos de un mar desconocido
en silencio volaba: la vil chusma
pálida, yerta, con terror profundo,
a la patria querida
tornaba ya la resonante prora,
cuando a sus ojos refulgente aurora
las playas reveló del nuevo mundo.

¡Hombres feroces! La severa historia
en páginas sangrientas eterniza
de sus atrocidades la memoria.
Al esfuerzo terrible de su espada
cayó el templo del sol y el trono altivo
de Acamapich... Las infelices sombras
de los reyes aztecas olvidados,
a evocar me atreví sobre sus tumbas
y del polvo a mi voz se levantaron

y su inmenso dolor me revelaron.
¿Do fue la raza candorosa y pura
que las Antillas habitó?... La hiere
del vencedor el hierro furibundo,
tiembla, gime, perece,
y como niebla al sol desaparece.

Sediento de saber, infatigable,
del Tíber, del Jordán y del Eurotas
las aguas beberé y en sus orillas
asentado en escombros solitarios
de quebrantadas miseras naciones,
me dará a meditar; altas lecciones,
altos ejemplos sacaré mi mente
de su desolación. ¡Cuánto es sublime
la voz de los sepulcros y ruinas!
Allí tu inspiración pura y solemne,
¡oh, musa del saber! mi voz anime.
Y tú también, genial melancolía,
me seguirás do quiera suspirando,
o en mi lecho tu pecho reclinando
harás a mi descanso compañía.

.

¡Cuánto es plácida y tierna la memoria
de los que amamos, cuando ya la muerte
a nuestro amor los arrancó! La tumba
encierra las inmóviles cenizas;
los ligeros espíritus pasean
en el aire sereno de la noche
en torno de los que aman, y responden
a sus dulces recuerdos y suspiros
en misteriosa comunión. Creedme,
no lo dudéis: por esto son tan dulces
las solitarias lágrimas vertidas
en la tumba del padre, del esposo
o del amante, y el herido pecho
ama su llanto y su dolor piadoso.

¡Oh tú, que para mí fuiste en la tierra
de Dios augusta imagen! ¡Cuántas horas
desde el momento que cesó tu vida
por mí pasaron, llenas de amargura
y de intenso dolor! Sombra querida
del mejor de los padres, en el cielo
recibe de mi pecho lastimado
la eterna gratitud. Mi dócil mente

180

135

140

145

150

155

160

165

170

175

185

190

195

200

205

210

215

con atención profunda recogía de tu boca elocuente en las palabras el saber, la verdad: aún de tu frente en la serena majestad leía altas lecciones de virtud. Tus pasos, tus miradas, tu voz, tus pensamientos eran paz y virtud. ¡Con qué dulzura de mi pecho impaciente reprimías el ardimiento, la fiereza!... El cielo contra el ciego furor de los malvados sirviéndote de asilo, me dejara entre borrascas mil... ¡Ay! a lo menos iré a morir en tu sepulcro, y junto a tu polvo sagrado reclinaré mi pecho atormentado, y al eco de tres sílabas funestas aún allí temblará. Mas tu memoria será, mientras respire, mi consuelo, y grato y dulce el solitario llanto que la consagre, más que gozo alguno del miserable suelo. ¡No me abandones, padre, desde el cielo!	220	suenan el himno infeliz del desterrado. O si el océano inmóvil se adormece de junio y julio en las ardientes calmas, ansioso busco en la distante brisa la voz de sus arroyos y sus palmas.	265
.	225	¡Oh! no me condenéis a que aquí gima, como en huerta de escarchas abrasada se marchita entre vidrios encerrada la planta estéril de distinto clima.	270
¡Patria!... ¡Nombre cual triste, delicioso al peregrino mísero que vaga lejos del suelo que nacer le viera! ¡Ay! ¿Nunca de tus árboles la sombra refrescará su dolorida frente? ¿Cuándo en la noche el músico ruidoso de las palmas y plátanos sonantes vendrá feliz a regalar mi oído? ¡Cuántas dulzuras ¡ay! se desconocen hasta perderse! No, nunca los campos de Cuba parecieron a mis ojos de más beldad y gentileza ornados que hoy a mi acongojada fantasía. ¡Recuerdo triste de maldad y llanto! Cuando esperaba paz el alma mía, redobló la fortuna sus rigores y de persecución y de furores pasó tronando el borrascoso día. Desde entonces mis ojos anhelantes miran a Cuba y a su nombre solo de lágrimas se arrasan. Por la noche entre el bronco rugir del viento airado	230	Mi entusiasmo feliz yace apagado: en mis manos ¡oh lira! te rompiste; cuando sopla del norte el viento triste, ¿puede algún corazón no estar helado? ¿Dó están las brisas de la fresca noche, de la mágica luna inspiradora el tibio resplandor, y del naranjo y del mango suavísimo el aroma? ¿Dónde las nubecillas que flotando en el azul sereno de la esfera, islas de paz y gloria semejaban? Tiende la noche aquí su oscuro velo; el mundo se adormece inmóvil, mudo, y el aire punza, y bajo el filo agudo del hielo afilador centella el cielo. Brillante está a los ojos, pero frío, frío como la muerte. Yo lo admiro, mas no lo puedo amar, porque me mata, y por el sol del trópico suspiro. Vuela, viento del norte, y a los campos de mi patria querida lleva mi llanto, y a mi madre tierna murmura mi dolor.	275
	235		280
	240		285
	245		290
	250		295
	255	A ti me acojo, fiel melancolía, alivia mi penar: a ti consagro el resto de mi vida miserable. Siempre eres bella, interesante, amable; ya nos renueves los pasados días, ya tristemente plácida sonrías en la pálida frente de una hermosa, cuando la enfermedad feroz anubla su edad primaveral. Benigna diosa, tu bálsamo de paz y de consuelo vierte en mi alma abatida,	300
	260		305

hasta que vaya a descansar al cielo
de este delirio que se llama vida...

Boston...

Notas:

7. En AP, pp. 292-295; en *Poesías*, 1840, pp. 185-197. | Título: en *Poesías*, 1840, «Fragmentos impresos de un poema sobre la melancolía». En la misma edición el poema aparece dividido en 7 partes numeradas; al final de cada una se indica que falta el resto del apartado. |[N. del a.] Publico estos fragmentos, porque el poema ya no ha de acabarse. Otros cuidados que deben ocuparme exclusivamente no me dejan el ocio de espíritu que exigen las musas. Por eso imprimo mis versos tales como están. Salgan pues, y tengan su día de vida ya que no deben esperar de mí ni revisión, ni aumento. Sólo deseo que este cuaderno excite emulación saludable en nuestra juventud. ¿Por qué no tiene Cuba grandes poetas cuando sus hijos están dotados de órganos perfectos, de imaginación viva, cubiertos por el cielo más puro y cercados de la naturaleza más bella? Mis amigos echarán menos en esta colección algunos poemas publicados ya; pero estos y otros inéditos irán en una edición separada. [Nota tomada por JMG de *Poesías*, 1825.]

v. 48. *Poesías*, 1840: *tierra* (por *noche*).

v. 72. *Poesías*, 1840: *vendidos* (por *rendidos*).

v. 173. [N. de JMG] Tal vez es éste el nombre del primer rey mexicano, a quien Clavijero llama Aca-mitzin.

v. 174. *Poesías*, 1840: *arteras* (por *aztecas*). | Sobre este verso, *Poesías*, 1840, agrega en nota: «Tenía ideado el autor un largo viaje que no verificó».

v. 196. *Poesías*, 1840: *frente* (por *pecho*).

v. 200. *Poesías*, 1840: *arranca* (por *arrancó*).

v. 211. *Poesías*, 1840: *valor* (por *dolor*).

v. 235. *Poesías*, 1840: en nota se agrega: «Son estas: <Heredia> y era el apellido de su padre.».

v. 244. *Poesías*, 1840: *nacerte* (por *nacer le*).

v. 246. *Poesías*, 1840: *refrenará* (por *refrescará*).

v. 254. *Poesías*, 1840: «que *hay* a mi *congojada* fantasía.».

v. 276. *Poesías*, 1840: en nota se agrega: «Escribálo en Boston».

v. 303. *Poesías*, 1840: *anuble* (por *anubla*).

Data: *Poesías*, 1840: sin data.

8

A LA HERMOSURA

Dulce hermosura de los cielos hija,
don que los dioses a la tierra hicieron,
oye benigna de mi tierno labio
cántico puro.

La grata risa de tu linda boca
es muy más dulce que la miel hiblea,

tu rostro tiñe con clavel y rosas,
cándido lirio.

Bien cual se mueve nacarada espuma
del manso mar en los cerúleos campos,
así los orbes del nevado seno
leves agitas.

5

10

El universo cual deidad te adora; el hombre duro a tu mirar se amansa y dicha juzga que sus ansias tiernas blanda recibas.	15	Si a lo alto vuelvo la llorosa vista, en la pureza del etéreo cielo el bello azul de tus modestos ojos lánguido miro.	
De mil amantes el clamor fogoso y los suspiros y gemir doliente, del viento leve las fugaces alas rápidas llevan.	20	Si miro acaso en su veloz carrera al astro bello que la luz produce, el fuego miro que en tus grandes ojos mórbido brilla.	45
Y de tu frente al rededor volando, tus dulces gracias y poder publican: clemencia piden, pero tú el oído bárbara niegas.		Es de la palma la gallarda copa imagen viva de tu lindo talle; y el juramento que el furor dictome fácil abjuro.	50
¿Por qué tu frente la dureza nubla? ¿El sentimiento la beldad afea? No: vida y gracia y expresión divina préstala siempre.	25	Lo abjuro fácil, y en amor ardiendo, caigo a tus plantas y perdón te pido, y a suplicar y a dirigirte votos tímido vuelvo.	55
Yo vi también tu seductor semblante, y apasionado tu alabanza dije en dulces himnos, que rompiendo el aire férvidos giran.	30	¡Ay! de tus ojos el mirar sereno y una sonrisa de tu boca pura son de mi pecho, que tu amor abrasa, único voto.	60
Mil y mil veces al tremendo carro de amor me ataste, y con fatal perfidia mil y mil veces derramar me hiciste mísero llanto.	35	¡Dulce hermosura! mi rogar humilde oye benigna, y con afable rostro tantos amores y tan fiel cariño págame justa.	
Y maldiciendo tu letal hechizo, tu amor abjuro y delirante y ciego; mas ¡ay! en vano que tu bella imagen sígueme siempre.	40		

Notas:

8. En AP, pp. 295-296; en *Poesías*, 1840, pp. 28-30. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda».

v. 27. *Poesías*, 1840: coma en lugar de la primera y.

v. 30. *Poesías*, 1840: *su* (por *tu*).

v. 38. *Poesías*, 1840: *su* (por *tu*) y no aparece la primera y.

v. 41. *Poesías*, 1840: *al* (por *a lo*).

v. 55. *Poesías*, 1840: no aparece la segunda *a*.

Data: *Poesías*, 1840 agrega: «a los 17 años de su edad».

A LA ESTRELLA DE VENUS

Estrella de la tarde silenciosa, luz apacible y pura de esperanza y amor, salud te digo. En el mar de occidente ya reposa la vasta frente el sol, y tú en la altura del firmamento solitaria reinas. Ya la noche sombría quiere tender el diamantino velo y con pálidas tintas baña el suelo la blanda luz del moribundo día. ¡Hora feliz y plácida, cuál bella! Tú la presides, vespertina estrella.		a mi pecho encendido, y mi rostro feliz al suyo unido su balsámico aliento respiraba.	35
	5	¡Oh goces fugitivos de placer inefable! ¡Quién pudiera del tiempo detener la rueda fiera sobre tales instantes!...	40
	10	Yo la admiraba extático: a mi oído muy más dulce que música sonaba el eco de su voz y su sonrisa para mi alma era luz. ¡Horas serenas, cuya memoria cara	45
¡Yo te amo astro de paz! Siempre tu aspecto en la callada soledad me inspira de virtud y de amor meditaciones.	15	a mitigar bastara de una existencia de dolor las penas!	
¡Qué delicioso afecto excita en los sensibles corazones la dulce y melancólica memoria de su perdido bien y de su gloria! Tú me la inspiras. ¡Cuántas, cuántas horas viste brillar serenas sobre mi faz en Cuba!... Al asomarse tu disco puro y tímido en el cielo, a mi tierno delirio daba rienda en el centro del bosque embalsamado, y por tu tibio resplandor guiado buscaba en él mi solitaria senda.	20	¡Estrella de la tarde! ¡cuántas veces junto a mi dulce amiga me mirabas saludar tu venida, contemplarte, y recibir en tu amorosa lumbre paz y serenidad!... Ahora me miras amar también, y amar desesperado. Huir me ves el objeto desdichado de una estéril pasión, que es mi tormento con su belleza misma;	50
	25	y al renunciar su amor, mi alma se abisma en el solo y eterno pensamiento de amarla y de llorar la suerte impía que por siempre separa su alma bella y pura de la mía.	55
Bajo la copa de la palma amiga, trémula, bella en su temor, velada con el mágico manto del misterio, de mi alma la señora me aguardaba. En sus ojos afables se veían ingenuidad y amor: yo la estrechaba	30	1826	60

Notas:

9. En AP, pp. 296-297; en *Poesías*, 1840, pp. 31-33. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda».

v. 8. *Poesías*, 1840: en *diamantado* (por *el diamantino*).

10

MEMORIAS

¿Recuerdas los bellos días en que tímido y sincero el homenaje primero te llegara a presentar? ¡Oh ceguedad! ¡Oh extravío! ¡Ay! nunca, Lesbia inconstante, un pecho más fiel y amante pudiera amor inflamar.		En vano con rostro amigo me tiendes la blanca mano; la fe reclamas en vano que a la tuya prometí. 20
	5	La credulidad que sola devolvértela pudiera, por tu inconstancia altanera para siempre huyó de mí.
Nunca, nunca a infiel hermosa nadie tan tierno quisiera: mudable el tiempo te hiciera y el tiempo me consoló. El amor que me inspiraste para siempre se ha borrado: no más el fuego apagado recuerdes al corazón.	10	El ligero pajarillo de la prisión escapado, prudente y escarmentado, teme al señuelo traidor. 25
	15	No ya se acerca cual antes, que la desgracia le instruye, 30 y la esclavitud rehúye que le brinda el cazador.

1821

Notas:

10. En AP, p. 297.

11

EL RUEGO

De mis pesares duélete hermosa y generosa paga mi amor. Mira cual sufro por tu hermosura angustia dura pena y dolor.	5	Secreto afecto me enardeciera la vez primera que yo te vi. 20 Tu habla divina sonó en mi oído, y conmovido me estremecí.
¿Quién ¡ay! resiste cuando le miras y fuego inspiras al corazón? Cuando tu seno blando palpita ¿en quién no excita plácido ardor?	10	De amor el fuego corre en mis venas... 25 Sí... de mis penas ten, ¡ay! piedad. Tenla, un afecto dulce y sencillo, 30 releva el brillo de la beldad.
	15	

Notas:

11. En AP, pp. 297-298.

12

A MI AMANTE

Es media noche: vaporosa calma y silencio profundo el sueño vierte al fatigado mundo, y yo velo por ti, mi dulce amante. ¡En qué delicia el alma enajena tu plácida memoria! Único bien y gloria del corazón más fino y más constante, ¡cuál te idolatro! De mi ansioso pecho la agitación lanzaste y el martirio, y en mi tierno delirio lleno de ti contemplo el universo. Con tu amor inefable se embellece de la vida el desierto que desolado y yerto a mi tímida vista parecía, y cubierto de espinas y dolores; ante mis pasos, adorada mía, riégalo tú con inocentes flores.		Si pueden envidiar los inmortales de los hombres la suerte, me envidiarán al verte fijar en mí tus ojos celestiales animados de amor, y con los míos confundir su ternura. O al escuchar cuando tu boca pura y tímida confiesa el inocente amor que yo te inspiro: por mí exhalaste tu primer suspiro y a mí me diste tu primer promesa.	35
	5		
	10		
		¡Oh, luzca el bello día que de mi amor corone la esperanza y ponga el colmo a la ventura mía! ¡Cómo de gozo lleno, inseparable gozaré a tu lado, respiraré tu aliento regalado y posaré mi faz sobre tu seno!	40 45 50
	15		
¡Y tú me amas! ¡Oh Dios! ¡Cuánta dulzura siento al pensarlo! De esperanza lleno, miro lucir el sol puro y sereno, y se anega mi ser en su ventura. Con orgullo y placer alzo la frente antes nublada y triste donde ahora serenidad respira y alegría. Adorada señora de mi destino y de la vida mía, cuando yo tu hermosura en un silencio religioso admiro, el aire que tú alientas y respiro es delicia y ventura.	20 25 30	Ahora duermes tal vez, y el sueño agita sus tibias alas en tu calma frente, mientras que blandamente sólo por mí tu corazón palpita. Duerme objeto divino del afecto más fino, del amor más constante; descansa, dulce dueño, y entre las ilusiones de tu sueño levántese la imagen de tu amante.	55 60
		Abril, 1827.	

Notas:

12. En AP, p. 298; en *Poesías*, 1840, pp. 33-35. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda»; con la siguiente nota: «Era su futura esposa».

v. 48. *Poesías*, 1840: no aparece la preposición *a*.

13
ATALA

Des que te vide prisionero hermoso,
sentado a par de la luciente hoguera,
por mis venas corrió fuego dichoso
que no puedo explicar. ¡Quién a tu lado
vivir siempre pudiera
y consolarte en tus amargos males
y tu gozo partir! ¡Fuérame dado
romper osada tu cadena dura,
y a tu lado corriendo a los desiertos,
gozar contigo sin igual ventura!
Pero no la gozara que al mirarte
me siento estremecer. Quédanse yertos
mis miembros todos y con furia bate
mi ansioso corazón dentro del pecho.
¡Cuán extraña es mi suerte!
Tiemblo cuando te miro, y si te partes,
ansío y me agito por volver a verte.

Al punto que te miro,
gallardo prisionero,
huir de tu vista quiero
y no te puedo huir.
Con languidez suspiro
al verte que suspiras,
y lánguido me miras
y pienso yo morir.

Ayer tarde le vi junto a la fuente
a mi lado correr; temblé y ardiente
apretando mi mano así me dijo:
«Desde que te miré la vez primera
el sueño huyó de mis ardientes ojos.
La memoria feliz de tu hermosura
en mi pecho se iguala
a la memoria dulce y lisonjera
de la cabaña en que nació... ¡Oh Atala!
Mal puede responder a tus amores
un corazón que aguarda los horrores
del suplicio y la muerte». ¡Ay! sí, mi amado
sin mí perecerá; salvarle es fuerza
y seguirle también; sí, sí, seguirle.
¿Qué han menester los hijos de los bosques
para vivir?... En su ropaje verde
morada nos dará la antigua encina.

Saldrá el brillante sol y a par sentados
al borde de un torrente bullicioso
veremos con placer su luz divina. 45
O a la sombra de un álamo frondoso
5 los dos triscando en deliciosa fiesta
miraremos pasar la ardiente siesta
y él me dirá palabras misteriosas
y yo responderé con tierno acento: 50
«¡Oh Chactas! ¡Oh mi amor! Tu rostro hermoso
10 es más grato de Atala al blando pecho
que la sombra del bosque al mediodía
o los silbidos del furioso viento
cuando sacuden la cabaña mía 55
en medio de la noche silenciosa».
15 Así diré, me estrechará en sus brazos
llamándome su esposa
y escuchará el desierto mis amores,
y alegres repitiendo el canto mío, 60
Chactas y Atala volverá la selva,
Chactas y Atala el resonante río.
20 ¡Oh placer sin igual!... Pero mi madre...
¡Oh recuerdo de horror! ¡Horrible lazo!
¡Oh voto temerario y detestable! 65
¡Ay! la sombra implacable
25 de mi madre infeliz do quier me sigue
y en pavorosa voz me anuncia muerte.
¡Muerte! termine de una vez su brazo
el horror de mi suerte. 70
Evítame ¡ay! el bárbaro martirio
de adorar a Chactas y abandonarle.
30 ¡Abandonarle! ¡Oh Dios! El blanco lirio
cuando con majestad sobre su tallo
muévele fácil la ligera brisa, 75
no es más gallardo y bello que mi amante.
El puro olor de la encendida rosa
es menos grato al corazón de Atala
que de su boca el encendido aliento.
35 ¡Ay! ¿y le has de olvidar? Vuela el colibre 80
de un bosque al otro y su pequeña esposa
rauda vuela tras él... ¡Mi suerte impía
me hace más infeliz, pues en su saña
volar me impide tras la prenda mía!

¿Quién me lo veda? ¡Dios! ¿y por ventura 85
 ese Dios es un bárbaro que fiero
 se goza en mi dolor y ve agrado
 de mi encendido pecho los tormentos?
 ¿Le deleitan acaso los acentos
 de desesperación más que los himnos 90
 de hermosa gratitud, que una alma pura,
 inocente y feliz, férvida eleva
 hasta los pies de su perenne trono?
 ¡Ah! ¿por qué de Chactas a la ternura
 que pague con rigor duro me ordena? 95

Notas:

13. En AP, pp. 298-300.

14

LA RESOLUCIÓN

¿Nunca de blanda paz y de consuelo
 gozaré algunas horas? ¡Oh terrible
 necesidad de amar!... Del océano
 las arenosas y desnudas playas
 devoradas del sol de mediodía 5
 son imagen terrible, verdadera
 de mi agitado corazón. En vano
 a ellas el padre de la luz envía
 su ardor vivificante, que orna y viste
 de fresca sombra y flores el otero. 10
 Así el amor, del mundo la delicia,
 es mi tormento fiero.
 ¿De qué me sirve amar sin ser amado?
 templar con tu amistad. ¡Cuánto mi pecho
 palpitaba escuchándote!... Perdido
 a feliz ilusión me abandonaba,
 y de mi amor el mísero secreto 30
 entre mis labios trémulos erraba.
 Alcé al oírte la abatida frente
 y te miré con ojos do brillaba
 la más viva pasión... ¿No me entendiste?
 ¿No eran bastantes ¡ay! a revelarla 35
 mi turbación, de mi marchito rostro
 la palidez mortal? ¡Mujer ingrata,
 mi delirio cruel te complacía!...
 ¡Ay! nunca salga de mi ansioso pecho
 la fatal confesión: si no me amas, 40
 moriré de dolor, y si me amases...
 ¡Amar me tú!.. Yo tiemblo... Alma divina,
 ¿tú amar a este infeliz que sólo puede
 ofrecerte su llanto y la tibieza
 de un desecado corazón? ¿Tú, bella 45
 más que la luna si en el mar se mira,
 unirte a los peligros y pesares
 de este triste mortal?... ¡Jamás! Huyamos
 de su presencia, donde no me angustie
 su injuriosa piedad... ¡Adiós! yo quiero 50
 ser inocente y no perderte... Amiga,
 amiga deliciosa, nunca olvides
 al mísero Fileno, que a tu dicha
 sacrifica su amor: él en silencio 25

Me hablabas tierna; con afable rostro
 y con trémulo acento
 la causa de mi mal saber querías
 y la amargura de las penas mías

te adorará, gozándose al mirarte 55
tan feliz como hermosa;
mas nunca ¡oh Dios! te llamará su esposa.

Agosto, 1823.

Notas:

14. En AP, p. 300; en *Poesías*, 1840, pp. 35-37. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda». v. 48. *Poesías*, 1840: *Damas* (por *Jamás*).

15

AUSENCIA Y RECUERDOS

¿Qué tristeza profunda, qué vacío siente mi pecho? En vano corro la margen del callado río que la celeste Lola al campo se partió. Mi dulce amiga, ¿por qué me dejas? ¡Ay! con tu partida en triste soledad mi alma perdida verá reabierta su profunda llaga, que adormeció la magia de tu acento. El cielo, a mi penar compadecido, de mi dolor la fiel consoladora en ti me deparó: la vez primera (¿te acuerdas, Lola?) que los dos vagamos del Yumarí tranquilo en la ribera me sentí renacer: el pecho mío rasgaban los dolores. Una beldad amable, amante, amada con ciego frenesí, puso en olvido mi lamentable amor. Enfurecido, torvo, insociable, en mi fatal tristeza aún odiaba el vivir: desfiguróse a mis lánguidos ojos la natura, pero vi tu beldad por mi ventura y ya del sol el esplendor sublime volvíome a parecer grandioso y bello: volví a admirar de los paternos campos el risueño verdor. Sí: mis dolores se disparon como el humo leve, de tu sonrisa y tu mirar divino al inefable encanto. ¡Ángel consolador! yo te bendigo con tierna gratitud: ¡cuán halagüeña mi afán calmaste! De las ansias mías,	5 10 15 20 25 30	cuando serena y plácida me hablabas, la agitación amarga serenabas y en tu blando mirar me embebecías. ¿Por qué tan bellos días fenecieron? ¡Ay Dios! ¿Por qué te partes? Ayer nos vio este río en su ribera sentados a los dos, embebecidos en habla dulce y arrojando conchas al líquido cristal, mientras la luna a mi placer purísimo reía y con su luz bañaba tu rostro celestial. Hoy solitario, melancólico y mustio errar me mira en el mismo lugar, quizá buscando con tierna languidez tus leves huellas. Horas de paz, más bellas que las cavilaciones de un amante, ¿dónde volasteis? Lola, dulce amiga, di, ¿por qué me abandonas y encanta otro lugar tu voz divina? ¿No hay aquí palmas, agua cristalina, y verde sombra y soledad?... Acaso en vago pensamiento sepultada recuerdas ¡ay! a tu sensible amigo. ¡Alma pura y feliz! Jamás olvidés a un mortal desdichado que te adora y cifra en ti su gloria y su delicia. Mas el afecto puro que me hace amante y hacia ti me lleva no es el furioso amor que en otro tiempo turbó mi pecho: es amistad. Do quiera me seguirá la seductora imagen	35 40 45 50 55 60 65

de tu beldad. En la callada luna
contemplaré la angélica modestia
que en tu serena frente resplandece;
veré en el sol tus refulgentes ojos;
en la gallarda palma la elegancia
de tu talle gentil; veré en la rosa
el purpúreo color y la fragancia

de la boca dulcísima y graciosa,
do el beso del amor riendo reposa:
así do quiera miraré a mi dueño,
y hasta las ilusiones de mi sueño
halagará su imagen deliciosa.

75

70

Mayo, 1822.

Notas:

15. En AP, pp. 300-301; en *Poesías*, 1840, pp. 38-40.

v. 4. [*N. del a.*] Diminutivo de Dolores.

v. 13. *Poesías*, 1840: *ola* (por *Lola*).

v. 36. *Poesías*, 1840: *embelecías* (por *embebecías*).

v. 67. *Poesías*, 1840: *angelical* (por *angélica*).

Data: *Poesías*, 1840 agrega: «a los 19 años de su edad».

16

LA INCONSTANCIA

A don Domingo del Monte

En aqueste pacífico retiro,
lejos del mundo y su tumulto insano
doliente vaga tu sensible amigo.
Tú sabes mis tormentos y conoces
a la mujer infiel... ¡Oh! si del alma
su bella imagen arrojar pudiese,
¡cuál fuera yo feliz!, ¡cómo tranquilo
de amistad en el seno
gozara paz y plácida ventura,
de todo mal y pesadumbre ajeno!

¡Amor ciego y fatal!... Ahora la tierra
encanta con su fresca lozanía.
Por detrás de los montes enriscados
el claro sol en el sereno cielo
de azul, púrpura y oro arrebolado,
se alza con majestad: brilla su frente,
y la montaña, el bosque, el caserío
relucen a la vez... Salud, ¡oh padre
del ser y del amor y de la vida!
¿Quién al mirar a ti no siente el alma
llena de inspiración?... ¡Salve! ¡Tu carro
lanza veloz por la celeste esfera,
y vida, fuerza y juventud lozana

vierta en el mundo tu inmortal carrera!
Vuela y muestra glorioso al universo
el almo Dios, que en tu fulgor velado,
sin principio ni fin... ¿Por qué mi frente
dóblase mustia y en mi rostro corre
esta lágrima ardiente? ¿Quién ha helado
el entusiasmo espléndido y sublime
que a gozar y admirar me arrebatava?

25

5

30

10

¿Qué me importa ¡infeliz! el universo
si me olvida la infiel? ¡Ay! en la noche
veré la tierra en esplendor bañada
al vislumbrar de la fulgente luna
y no seré feliz: no embebecida
el alma sentiré, cual otro tiempo,
en mil cavilaciones deliciosas
de ventura y amor: hoy afligido
solamente diré: «No mi adorada
a mí dirigirá sus pensamientos».
De aquestas cañas a la blanda sombra
recuerdo triste mi placer pasado
y me siento morir: lánguidamente
grabo en el tronco de la tersa caña

35

15

40

20

45

de Lesbia el nombre, y en delirio insano gimo y le cubren mis ardientes besos. Su mano ¡ay Dios! la mano que amorosa mil y mil veces halagó la mía, hundió el puñal en mi confiado pecho con torpe engaño y con mudanza impía.					
Heme juguete de la suerte fiera, de una pasión tirana subyugado, abatido, infeliz, desesperado, el triste espectro de lo que antes era. ¡Oh pérfida mujer! ¡Cómo pagaste el afecto más fino!					
Bajo rostro tan cándido y divino, ¿tan falso corazón pudo velarse? Tú, mi loca pasión ¡ay! halagabas y feliz te dijiste en mis amores. Aunque el hado tirano en mi alma tierna y pura verter quisiese cáliz de amargura, ¿le debiste ¡infeliz! prestar tu mano?					
Cuando el fatal prestigio con que ahora la juventud y la beldad te cercan haya la parca atroz desvanecido, para salvar tu nombre del olvido el triste amor de tu infeliz poeta será el único timbre de tu gloria. La mitad del laurel que orne mi tumba entonces obtendrás; y de tus gracias					
		y de tu ingratitud y mi tormento prolongará mi canto la memoria.	75		
	50	¡Hermosura fatal! tú disipaste la brillante ilusión que me ocultaba la corrupción universal del mundo, y la vida y los hombres a mis ojos	80		
	55	presentaste cual son. ¿Dónde volaron tanto y tanto placer?, ¿cómo pudiste así olvidarte de tu amor primero? ¡Si así olvidase yo!... Mas ¡ay! el alma que fina te adoró ¡falsa! te adora.	85		
	60	No vengativo anhelaré que el cielo te condene al dolor: sé tan dichosa cual yo soy infeliz; mas no mi oído hiera jamás el nombre aborrecido de mi rival, ni de su voz el eco	90		
	65	torne a rasgar la ensangrentada herida de aqueste corazón: no a mirar vuelva tu celeste ademán, ni aquellos ojos, ni aquellos labios do letal ponzoña ciego bebí... ¡Jamás! Y tú en secreto	95		
	70	un suspiro a lo menos me consagra, un recuerdo... ¡Ah cruel! No te maldigo y mi mayor anhelo es elevarte con mi canto al cielo y un eterno laurel partir contigo.	100		
		Julio, 1821.			

Notas:

16. En AP, pp. 301-302; en *Poesías*, 1840, pp. 41-44. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda».

v. 6. *Poesías*, 1840: *alejar* (por *arrojar*).

v. 13. *Poesías*, 1840: *enviscados* (por *enriscados*).

v. 14. *Poesías*, 1840: *almo* (por *claro*).

v. 90. *Poesías*, 1840: *tu* (por *su*).

LA CIFRA

¿Aún guardas, árbol querido,
la cifra ingeniosa y bella
con que adornó mi adorada
tu solitaria corteza?
Bajo tu plácida sombra
me viste evitar con Lesbia
del fiero sol meridiano
el ardor y luz intensa.
Entonces ella sensible
pagaba mi fe sincera
y a ti enlazó nuestros nombres
de inmortal cariño en prenda.

Su amor pasó y ellos duran
cual dura mi amarga pena...
Deja que borre el cuchillo 15
memorias, ¡ay! tan funestas.
5 No me hables de amor: no juntes
mi nombre con el de Lesbia,
cuando la pérfida ríe
de sus mentidas promesas 20
y de un triste desengaño
10 al despecho me condena.

Notas:

17. En AP, p. 303; en *Poesías*, 1840, p. 45. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Romance». v. 11. *Poesías*, 1840: *en* (por *a*).

18

A LOLA EN SUS DÍAS

Vuelve a mis brazos, deliciosa lira,
en que de la beldad y los amores
el hechizo canté. Sobrado tiempo
de angustias y dolores
el eco flébil fuera
mi quebrantada voz. ¿Cómo pudiera
no calmar mi agonía
este brillante día
que a Lola vio nacer? ¡Cuán deleitosa
despunta en el oriente la luz pura
del natal de una hermosa!
Naciste, Lola, y Cuba
al contemplar en ti su bello adorno
aplaudió tu nacer. Tu dulce cuna
meció festivo amor: tu blanda risa
nació bajo su beso: complacido
la recibió y en inefable encanto
y sin igual dulzura
tus labios inundó: tu lindo talle
de gallarda hermosura
Venus ornó con ceñidor divino

y, tal vez envidiosa, contemplaba
tu celestial figura.

5 Nace bárbaro caudillo
que con frenética guerra
debe desolar la tierra,
y gime la humanidad. 25

10 Naciste, Lola, y el mundo
celebró tu nacimiento,
y embelesado y contento
adoró amor tu beldad. 30

15 Feliz aquel a quien afable miras,
que en tu hablar se embebece, y a tu lado
admira con tu talle delicado
la viva luz de tus benignos ojos. 35

20 ¡Venturoso mortal! ¡en cuánta envidia
mi corazón enciendes!... Lola hermosa,
¿quién a tanta beldad y a tantas gracias
pudiera resistir, ni qué alma fría

con la expresión divina de tus ojos no se inflama de amor? El alma mía se abrasó a tu mirar... Eres más bella que la rosa lozana del céfiro mecida al primer esplendor de la mañana.		
Si en un tiempo más bello y felice tantas gracias hubiera mirado, ¡ah! tú fueras objeto adorado de mi fina y ardiente pasión.		
Mas la torpe doblez, la falsía que mi pecho sensible rasgaron, en su ciego furor me robaron del placer la dichosa ilusión.		
¡Ángel consolador! Tu beldad sola el bárbaro rigor de mis pesares a mitigar alcanza y en tus ojos divinos bebo rayos de luz y de esperanza. ¡Conviértelos a mí siempre serenos, abra tus labios plácida sonrisa y embriágame de amor!... Acepta grata	40 45 50 55 60	por tu ventara mis ardientes votos. ¡Ah! tú serás feliz: ¿cómo pudiera sumir el cielo en aflicción y luto tanta y tanta beldad? Si despiadado el feroz infortunio te oprimiere, ¡ah, no lo mire yo! Baje a la tumba sin mirarte infeliz; o bien reciba los golpes de la suerte y de ellos quedes libre y, generoso, si eres dichosa tú, seré dichoso. Me oyes, Lola, placentera, llena de fuerza y de vida... ¡Ay! mi juventud florida el dolor marchita ya. Cuando la muerte me hiera y torne tu día sereno, acuérdate de Fileno, di su nombre suspirando y en torno de ti volando mi sombra se gozará. Marzo, 1822.

Notas:

18. En AP, pp. 303-304; en *Poesías*, 1840, pp. 46-48. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda».

v. 10. *Poesías*, 1840: no aparece el artículo *el*.

v. 38. *Poesías*, 1840: no aparece la primera *a*.

19

LA PARTIDA

¡Adiós, amada, adiós! llegó el momento del pavoroso adiós... mi sentimiento dígate aqueste llanto... ¡ay, el primero que me arranca el dolor! ¡Oh, Lesbía mía! No es tan sólo el horror de abandonarte lo que me agita así; son los temores de perder tu cariño: sí, la ausencia mi imagen borraré, que en vivo fuego grabó en tu pecho amor... ¡Eres hermosa y yo soy infeliz!... En mi destierro viviré entre dolor, y tú cercada	5 10	en fiestas mil de juventud fogosa, que abrasará de tu beldad el brillo, me venderás perjura y en nuevo amor palpitará tu seno, olvidando del mísero Fileno la fe constante y el amor sencillo. Sumido en pesares y triste y lloroso, noticias ansioso de ti pediré:	15 20

y acaso diranme con voz dolorida: «Tu Lesbia te olvida, tu Lesbia es infiel».		¡Adiós!... ¡ay! apuremos presurosos el cáliz del dolor... Ese pañuelo con tus preciosas lágrimas regado, trueca por este mío. Besándole mil veces y en sus hilos mi llanto amargo uniendo con tu llanto daré a mi pena celestial consuelo. «Lesbia me ama –diré– y en mi partida este llanto vertió... ¡Tal vez ahora mi pañuelo infeliz besa encendida y le estrecha a su seno y un amor inmortal jura a Fileno!»	45
Yo te ofendo, adorada: sí, perdona a tu amante infeliz estos recelos. ¿Cuándo el que quiso bien no tuvo celos? Tú sabrás conservar con fiel cariño de tu primer amante la memoria; no perderás ese candor que te hace del cielo amor y de tu sexo gloria. ¡Lloras! ¡ay lloras!... ¡oh fatal momento de dicha y de dolor!... Aquece llanto que tu amor me asegura me rasga el corazón... Tu hermosa vida anublan los pesares y amargura por mi funesto ardor... ¡El cielo sabe que con toda la sangre que me anima comprar quisiera tu inmortal ventura! Mas desdichado soy... ¿por qué te uniste a mi suerte cruel, que ha emponzoñado de tus años la flor?... ¡Adiós, querida!...	25 30 35 40	Piensa en mí, Lesbia divina, y si algún amante osado de tus hechizos prendado quiere robarme tu amor, pon la vista en el pañuelo, prenda fiel de la fe mía y di: «cuando se partía, ¡cuán grande fue su dolor!»	50 60
		Abril, 1819.	

Notas:

19. En AP, pp. 304-305; en *Poesías*, 1840, pp. 49-51. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Cantata».

v. 6. *Poesías*, 1840: «lo que me agita, *sino* los temores».

Data: *Poesías*, 1840, se consigna sólo el año.

20

RECUERDO

Despunta apenas la rosada aurora; plácida brisa nuestras velas llena; callan el mar y el viento, y sólo suena el rudo hendir de la cortante prora.		¡Oh, cuántas veces, al rayar el día, ledo y feliz de su amoroso lado salir la luna pálida me vía!	10
Yo separado ¡ay me! de mi señora gimo no más en noche tan serena: dulce airecillo mi profunda pena lleva al objeto que mi pecho adora.	5	¡Huye memoria de mi bien pasado! ¿Qué sirves ya? Separación impía la brillante ilusión ha disipado.	

Notas:

20. En AP, p. 305; en *Poesías*, 1840, p. 52. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Soneto». v. 5. *Poesías*, 1840: *Ya* (por *Yo*).

21

PARA GRABARSE EN UN ÁRBOL

Árbol que de Fileno y su adorada velaste con tu sombra los amores, jamás del can ardiente los rigores dejen tu hermosa pompa marchitada.	Adiós, árbol feliz, árbol amado; para anunciar mi dicha al caminante guarde aquesta inscripción tu tronco añoso:	10
Al saludar tu copa embovedada palpiten de placer los amadores, y celosos frenéticos furores nunca profanen tu mansión sagrada.	«Aquí moró el placer; aquí premiado miró Fileno al fin su amor constante: sensible amó, le amaron, fue dichoso».	5

Notas:

21. En AP, p. 305; en *Poesías*, 1840, p. 53. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Soneto».

22

LA MELANCOLÍA

Hoja solitaria y mustia que de tu árbol arrancada por el viento arrebatada triste murmurando vas, ¿dó te diriges? Lo ignoro; de la encina que adornaba este prado y me apoyaba, los restos mirando estás.	Mas contrastada la encina por huracán inclemente abatió su altiva frente dejándose despojar. Desde entonces cada día raudo el viento me arrebató y aunque feroz me maltrata ni aún oso quejarme de él.	20
Bajo su sombra felice las zagalas y pastores cantaban, y sus amores contenta escuchaba yo. Nise, la joven más bella que jamás ornó este prado, tal vez pensando en su amado, en el tronco se apoyó.	Voy de su impulso llevada del valle a la selva umbrosa do van las hojas de rosa y las hojas de laurel.	25
		15

Notas:

22. En AP, p. 305; en *Poesías*, 1840, pp. 54-55. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Letrilla».

23

¡AY DE MÍ!

¡Cuán difícil es al hombre
hallar un objeto amable
con cuyo amor inefable
pueda llamarse feliz!

El amor es un desierto
sin límites, abrasado,
en que a muy pocos fue dado
pura delicia sentir.

10

Y si este objeto resulta
frívolo, duro, inconstante,
¿qué resta al mísero amante
sino exclamar: ¡ay de mí!

5 Pero en los mismos dolores
guarda mágica ternura,
y hay siempre cierta dulzura
en suspirar: ¡ay de mí!

15

Notas:

23. En AP, p. 306; en *Poesías*, 1840, p. 56. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Letrilla». v. 13. *Poesías*, 1840: *sus* (por *los*).

24

A UNA SEÑORITA QUE LEÍA CON GUSTO MIS VERSOS

Dícenme joven hermosa
que con semblante agrado
viste mis tiernos escritos
al solo amor consagrados.
Yo, hermosa, no de la fama
anhelo el estéril lauro:
mi único placer y gloria
es amar y ser amado.
Por agradar hago versos
y más me adula el aplauso
en los ojos de las bellas
que en la boca de los sabios.
Desde que miré tu rostro
y tu talle delicado,
tu ademán dulce y modesto,
tus ojos vivos brillando
y en fin tu frente serena
del bello pudor retrato,
el corazón en el pecho
me palpitó acelerado.
¡Oh, si palpitase el tuyo!...

Si mi cariño pagando
me amases, ¡cuál bendijera
mis versos afortunados!
¡Ay! oye, hermosa, mi acento,
5 óyele grata y tornando
a mí tus benignos ojos
muda en placer mi quebranto.
Mira que más que talentos
tengo un pecho tierno y blando,
10 que amor suspira y no gloria,
y cuento diecisiete años.
Oye mis ruegos querida
y en vez de laureles vanos,
ciñe mi frente con mirtos
15 a Cupido consagrados.
Tú serás la inspiradora
y el objeto de mi canto
que repetirá: mi gloria
es amar y ser amado.

25

30

35

40

20

1821

Notas:

24. En AP, p. 306.

EL RIZO DE PELO

Pelo querido,
tú la inclemencia
de aquesta ausencia
mitigarás:

Del cruel olvido
ni un solo instante
al pecho amante
permitirás.

En el momento cruel de mi partida...
¡oh Dios! vi a mi adorada;
la vi, Deliso, en lágrimas bañada
la cabellera al aire desparcida...
Nunca, Deliso, nunca tan hermosa
apareció a mis ojos.
¡Partes! me dijo en moribundo acento,
Los bellos ojos trémula fijando
en mi faz dolorosa:
parto, dije, y el labio balbuciente
se negó a proseguir, y los sollozos
suplieron a la toz y tristemente

por el aire sonaron: ella entonces,
quitando un rizo de su pelo rubio,
con tiernísima voz, toma, me dijo,
guárdale, ¡ay Dios! porque de mí te acuerdes...
Ven a mis labios, ven... Pon en mi pecho 25
5 tu mansión duradera,
sólo consuelo que la suerte fiera
en mi mal me dejó y al contemplarte
diré vertiendo lágrimas ardientes:
feneció para mi alma la alegría, 30
feneció la ventura y gloria mía.
10 Ven mil veces al labio y al pecho,
ven ¡oh parte feliz de mi amada!
Tú mi bien y mi gloria pasada
me recuerda y me anima a esperar. 35
15 ¡Ojalá que mi Lesbia a mi ejemplo
guarde siempre el querer de su amante!
¡Ojalá que en su pecho constante
nunca pueda a Fileno olvidar!
20 1819

Notas:

25. En AP, pp. 306-307.

A MI QUERIDA

Ven, dulce amiga, que tu amor imploro:
luzca en tus ojos esplendor sereno
mientras descende en ondas a tu seno
de tus cabellos fúlgidos el oro.

¡Oh mi único placer! ¡oh mi tesoro!
¡Cómo de gloria y de ternura lleno,
extático te escucho y me enajeno
en la argentada voz de la que adoro!

Oh llégate a mi pecho apasionado:
ven hija celestial de los amores, 10
descansa aquí donde tu amor se anida.
¡Oh! nunca te separes de mi lado
5 y, ante mis pasos, de inocentes flores
riega la senda fácil de la vida.

Notas:

26. En AP, p. 307.

EL CONVITE

Llega, llega a mis brazos objeto amable, que encantar supiste mi tierno corazón: con faz serena tiende tus brazos de mi cuello en torno y bésame otra vez... ¡Oh, cuánto el alma se llena de placer! ¡Cómo al mirarte huyen mis penas, cual la niebla fría al relucir del sol...! Nunca ¡oh amada! nunca podrá olvidar el alma mía tu beldad y tu amor... Mírame, hermosa, y que otra vez al contemplar mi gloria aplauda amor entre festiva risa batiendo alegre las divinas palmas. ¡Mil veces infeliz el que no sabe como Fileno amar...! Su árido pecho cerrado a la alma voz de la natura nunca supo gustar de sus favores; y muy más infeliz quien no ha encontrado una amante cual tú, cuya ternura en su pecho abrasado funde un trono inmortal a los amores.		cubre mi frente? Tu nevada mano tiende, hermosa, hacia mí... ¿Mi mano ardiente mórbida estrechas con la mano tuya y me juras amor y en él me inflamas con tu ardiente mirar?	30
	5		
		¡Oh dulce amiga!	
		Una vez y otra y mil los dos juremos no olvidarnos jamás: ven y sellemos nuestro ardiente jurar con mil caricias...	35
	10		
		Nunca fui tan feliz: no arrebatado hora me siento del amor furioso que encendiera en mi pecho una perjurá, menos bella que tú, menos amable.	
	15	¡Infel! ¡cuál me vendió!... ¡Yo que rendido por siempre la adoré...! Lejos empero memoria tan fatal: de hoy más la olvido por adorarte a ti... Ven ¡oh querida!, sienta yo palpar bajo mi mano	40
	20	Tu blando corazón y torne a oírte suspitar de placer entre mis brazos; y que al mirarme en languidez envuelto, tú con sonrisa plácida me brindes a coger en tus labios regalados	45
	25	el dulce beso en que el amor se goza; y que al cogerlo, en tus celestes ojos mi ventura y tu amor escritos mire y te bese otra vez, y luego expire.	50
Tú, adorada, mi llanto enjugaste consolando mi amargo dolor: yo adoré tu beldad, tú me amaste y aplaudió nuestras dichas amor.			
Mas, ¿qué? ¿sobre mis hombros te reclinás y tu cabello undoso			

Notas:

27. En AP, pp. 307-308.

EL DESAMOR

Salud, noche apacible: astro sereno, bella luna, ¡salud! ya con vosotros mi triste corazón de penas lleno viene a buscar la paz. Del sol ardiente me oprime el resplandor y me devora; su luz abrasadora		marchita más y más mi mustia frente. Sólo tu luz ¡oh luna! pura y bella y modesta cual tu reanimar sabe mi corazón llagado,	10
	5	cual fresca lluvia al aterido prado: hora serena en la mitad del cielo	

ríes a nuestros campos agostados y bañas su verdura con suave luz y plácida frescura. Calla toda la tierra embebecida en contemplar tu marcha silenciosa: resuena sólo la canción melosa del tierno rui señor o el importuno grito de la cigarra: entre las flores el céfiro reposa adormecido. El pomposo naranjo, el mango erguido, agrupados allá, mi pecho llenan con el sublime horror que en torno vaga de sus copas inmóviles: unidos forman bajo ellos cavidad sombría, do de la luna tímida los rayos no penetran jamás. Morada fría de grato horror y oscuridad sombría, a ti me acojo, y en tu amigo seno mi tierno corazón sentiré lleno de agradable y feliz melancolía. Calma serenidad que enseñas al universo, di: ¿por qué en mi pecho no reinas ¡ay! también? ¿Por qué agitado y en fuego el rostro pálido abrasado yo sólo, en tanta paz, gimo y suspiro? Esta llama volcánica y furiosa que arde en mi corazón, ¡cuál me atormenta con su estéril ardor...! ¿Nunca una hermosa será por fin su delicioso objeto? ¡Cuán feliz seré entonces! Encendido la amaré y me amará; y, amor y dicha... ¡Engañosa esperanza! ¡Ay! Desquerido gimo, triste, anhelante, y abrasado en amor no tengo amante.	15 20 25 30 35 40 45	¿No la tendré jamás?... ¡Oh! si yo hallara una beldad sensible que me amara como la amara yo! ¡Cómo las horas de mi tranquila vida hermo seando me hiciera ella feliz! ¡Cómo en sus ojos y en su dulce sonrisa yo leería mi ventura inmortal! Cuando la lluvia vertiéndose a torrentes en mi techo lo hiciera estremecer, cuando los rayos retumbasen do quier, ¡con qué delirio yo la estrechara a mi agitado pecho y entre la conmoción de la natura y con ella exaltado, dividiera mi inefable placer y mi locura! ¡O en una noche plácida y serena a la callada luna contemplando en su divino hablar me embebeciera, y en su seno mi frente reclinando palpitar dulcemente le sintiera y envuelto en languidez abrasadora un beso y otros mil la diera ardiente y en mi feliz delirio la abrazara, mientras la luna en esplendor bañara con un rayo de luz su tersa frente...! ¡Oh, sueño engañosador y delicioso! ¿Por qué mi acalorada fantasía vienes ¡ay! a halagar? La mano impía de la suerte cruel negó a mi pecho la esperanza del bien: sólo amargura me guarda por do quier el mundo ingrato y el cáliz del dolor mi labio apura. 50 55 60 65 70 75

Notas:

28 En AP, pp. 308-309.

A... EN EL BAILE

FRAGMENTO

¡Quién hay, mujer divina, que al mágico poder de tus encantos pueda ya resistir ? El alma mía se abrasó a tu mirar: entre la pompa te contemplé del estruendoso baile, do en medio de las bellas descollabas cual palma gallardísima y erguida de la enlazada selva en la espesura. De tus rosados labios la sonrisa más grata me es que en el ardiente julio de la sonante brisa el fresco vuelo y tus ojos divinos resplandecen como el astro de Venus en el cielo.		torna afable hacia mí y hazme dichoso. En tus labios de rosa el dulce beso ansioso cogeré: luego en tu seno reclinaré mi lánguida cabeza y expiraré de amor...	45
	5		
		Mas ¡ay! en vano te amaré enardecido: jamás, jamás de ti correspondido, siempre infeliz seré: mi hado tirano a amar sin esperanza me condena. El pecho se me oprime... ¡ay! abrasado me agito y gimo triste y me siento morir... Dios que me miras, ten compasión de mi inquietud amarga y alivia ya la insoportable carga del corazón ardiente que me diste. Tú eres más bella que la blanca luna cuando en las nubes del ardiente estío, precedida de brisas y frescura en oriente aparece y sube por el cielo, y silenciosa en medio de los astros resplandece.	50
Pero ágil y serena al compás de la música sonante partes ¡ay Dios! y mi agitado pecho palpita más y más. Cual la azucena, que al sople regalado del aura matinal mueve su frente que coronó de perlas el rocío, así de gracias y de gloria llena giras ufana y la expresión escuchas de admiración y amor, y los suspiros que vagan junto a ti; que ya electriza a todos y enamora tu beldad, tu abandono, tu sonrisa y tu actitud modesta, abrasadora.	10		
	15		55
	20		60
	25	Su indigno compañero la lleva entre sus brazos insensible; y tibio, inanimado, revuelve en derredor los vagos ojos y sus gracias no ve...	65
¡Ay! todos se conmueven: todas sus compañeras eclipsadas se agitan despechadas y ni a mirarla pálidas se atreven. Ellos arden de amor y ellas de envidia. ¿Y engaños y perfidia se abrigarán en el nevado seno que hora palpita blandamente, lleno de vida y de candor?... Afortunado el mortal a quien ames encendida, a quien halagues grata y cariñosa con tu mirar sereno y blanda risa. Ámame, hermosa joven: ¡ay! ¿quién supo nunca amar como yo?... Tus ojos bellos	30	No más profanes, insensible mortal, ese tesoro que no sabes preciar: ¡deja a mis brazos que opriman ¡ay! a mi encendido pecho ese ángel celestial!... ¡Oh! si pudiera hacer que me adoraras cual te adoro, ¡cuán fuera yo feliz! ¡Cómo viviera del mundo en un rincón, desconocido, contigo y la virtud!...	70
	35		
	40	Mas no, infelice: yo de dolor y angustia la llenara; yo en su alma candorosa derramara	75

la agitación amarga y dolorosa
que turba y atormenta
mi juventud ardiente y borrascosa.

¡No, mujer adorada!
Vive feliz sin mi... Yo generoso
gemiré y callaré; seré dichoso
si eres dichosa tú... Benigno el cielo
oiga mis votos férvidos y puros,
y grato te conceda

80

85

de la inocencia la apacible calma;
la deliciosa paz, la paz del alma
que severo y terrible me ha negado
cuando me ha condenado
a gemir y apurar sin esperanza
el cáliz del dolor y la amargura
y a que nunca me halaguen
sueños de amor y paz y de ventara.

90

Diciembre, 1821.

Notas:

29. En AP, pp. 309-310.

30

AL NIÁGARA

Templad mi lira, dádme la, que siento
en mi alma estremecida y agitada
arder la inspiración. ¡Oh, cuánto tiempo
en tinieblas pasó, sin que mi frente
brillase con su luz!... Niágara undoso,
tu sublime terror sólo podría
tornarme el don divino que ensañada
me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
tu trueno aterrador; disipa un tanto
las tinieblas que en torno te circundan;
déjame contemplar tu faz serena
y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
lo común y mezquino desdeñando,
ansíe por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
al retumbar sobre mi frente el rayo,
palpitando gocé; vi al océano
azotado por austro proceloso
combatir mi bajel y ante mis plantas
vórtice hirviendo abrir, y amé el peligro.
Mas del mar la fiera
en mi alma no produjo
la profunda impresión que tu grandeza.

5

10

15

20

25

Sereno corres, majestuoso, y luego
en ásperos peñascos quebrantado
te abalanzas violento, arrebatado,
como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
de la sirte rugiente
la aterradora faz? El alma mía
en vago pensamiento se confunde
al mirar esa férvida corriente,
que en vano quiere la turbada vista
en su vuelo seguir al borde oscuro
del precipicio altísimo: mil olas
cual pensamientos rápidas pasando,
chocan y se enfurecen,
y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
y entre espuma y fragor desaparecen.

30

35

40

45

50

¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo
devora los torrentes despeñados:
crúzanse en él mil iris y asordados
vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
rómpe el agua: vaporosa nube
con elástica fuerza
llena el abismo en torbellino, sube,
gira en torno y al éter
luminosa pirámide levanta

y por sobre los montes que le cercan
al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
con inútil afán? ¿Por qué no miro
alrededor de tu caverna inmensa
las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
que en las llanuras de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa y crecen,
y al soplo de las brisas del océano
bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
ni otra corona que el agreste pino
a tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicada rosa,
muelle placer inspiran y ocio blando
en frívolo jardín: a ti la suerte
guardó más digno objeto, más sublime;
el alma libre, generosa, fuerte,
viene, te ve, se asombra,
el mezquino deleite menosprecia
y aún se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas
vi monstruos execrables
blasfemando tu nombre sacrosanto
sembrar error y fanatismo impío,
los campos inundar en sangre y llanto,
de hermanos atizar la infanda guerra
y desolar frenéticos la tierra.
Vilos y el pecho se inflamó a su vista
en grave indignación. Por otra parte
vi mentidos filósofos que osaban
escrutar tus misterios, ultrajarte
y de impiedad al lamentable abismo
a los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
en la sublime soledad: ahora
entera se abre a ti; tu mano siente
en esta inmensidad que me circunda
y tu profunda voz hiere mi seno
de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enajena

y de terror y admiración me llena! 95
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
hace que al recibirte 100
no rebose en la tierra el océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
cubrió tu faz de nubes agitadas,
dio su voz a tus aguas despeñadas
y ornó con su arco tu terrible frente.
¡Ciego, profundo, infatigable corres, 105
como el torrente oscuro de los siglos
en insondable eternidad!... ¡Al hombre
huyen así las ilusiones gratas,
los florecientes días
y despierta al dolor!... ¡Ay! agostada 110
siento mi juventud, mi faz marchita,
y la profunda pena que me agita
ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
mi soledad y mísero abandono 115
y lamentable desamor... ¿Podría
en edad borrascosa
sin amor ser feliz? ¡Oh, si una hermosa
mi cariño fijase 120
y de este abismo al borde turbulento
mi vago pensamiento
y ardiente admiración acompañase!
¡Cómo gozara viéndola cubrirse
de leve palidez y ser más bella 125
en su dulce terror, y sonreírse
al sostenerla mis amantes brazos!...
¡Delirio de virtud! ¡Ay! desterrado
sin patria, sin amores,
solo miro ante mí llanto y dolores. 85

¡Niágara poderoso! 130
¡Adiós! ¡Adiós! dentro de pocos años
ya devorado habrá la tumba fría
a tu débil cantor. ¡Duren mis versos
cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso 135
viéndote algún viajero
dar un suspiro a la memoria mía!
Y al abismarse Febo en occidente
feliz yo vuela do el Señor me llama,

y al escuchar los ecos de mi fama
 alce en las nubes la radiosa frente. 140

Junio, 1824.

Notas:

30. En AP, pp. 310-311; en *Poesías*, 1840, pp. 57-62. | Título: en *Poesías*, 1840, «Al salto de Niágara» y como subtítulo: «Oda».

v. 9. *Poesías*, 1840: *calla* (por *acalla*).

v. 15. *Poesías*, 1840: *la* (por *lo*).

v. 37. AP: *precipio* (por *precipicio*); corrijo según *Poesías*, 1840.

v. 38. *Poesías*, 1840: *pensamiento* (por *pensamientos*).

v. 64. *Poesías*, 1840: *agueste* (por *agreste*).

v. 75. *Poesías*, 1840: *oi* (por *vi*).

v. 111. *Poesías*, 1840: *yace* (por *siento*).

v. 127. *Poesías*, 1840: *delirios* (por *delirio*).

Data: *Poesías*, 1840 agrega: «cuando el poeta tenía 21 años: nació en 1803».

31

EN UNA TEMPESTAD
 AL HURACÁN

¡Huracán! ¡huracán! venir te siento y en tu soplo abrasado respiro entusiasmado del señor de los aires el aliento.	al acercarse el huracán bramando, y en los lejanos montes retumbando le oyen los bosques y a su voz responden.	25

En las alas del viento suspendido vedle rodar por el espacio inmenso, silencioso, tremendo, irresistible en su curso veloz. La tierra en calma sinistra, misteriosa, contempla con pavor su faz terrible. ¿Al toro no miráis? El suelo escarba de insoportable ardor sus pies heridos, la frente poderosa levantando, y en la hinchada nariz fuego aspirando ¡llama la tempestad con sus bramidos! ¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando vela en triste vapor su faz gloriosa y su disco nublado sólo vierte luz fúnebre y sombría, que no es noche ni día... ¡Pavoroso color, velo de muerte! Los pajarillos tiemblan y se esconden	5 10 15 20	Llega ya... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve su manto aterrador y majestuoso!... ¡Gigante de los aires, te saludo!... En fiera confusión el viento agita las orlas de tu parda vestidura... ¡Ved!... en el horizonte los brazos rapidísimos enarca, y con ellos abarca cuanto alcanzo a mirar de monte a monte. ¡Oscuridad universal!... ¡Su soplo levanta en torbellinos el polvo de los campos agitado!... En las nubes retumba despeñado el carro del Señor, y de sus ruedas brotó el rayo veloz, se precipita, hiere y aterra al suelo, y su lívida luz inunda el cielo.	30 35 40

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia?... Desatada
cae a torrentes, oscurece el mundo,
y todo es confusión, horror profundo.
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿do estáis?... os busco en vano:
desparecisteis... La tormenta umbría
en los aires revuelve un océano
que todo lo sepulta...
Al fin, mundo fatal, nos separamos:
el huracán y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno
de tu solemne inspiración henchido,
el mundo vil y miserable olvido
y alzo la frente de delicia lleno!
¿Dó está el alma cobarde
que teme tu rugir?... Yo en ti me elevo
al trono del Señor; oigo en las nubes
el eco de su voz; siento a la tierra
escucharle y temblar. Ferviente lloro
desciende por mis pálidas mejillas
y su alta majestad trémulo adoro.

1822

Notas:

31. En AP, p. 312; en *Poesías*, 1840, pp. 63-65. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda». Data: *Poesías*, 1840 agrega: «a los 19 años de su edad».

32

HIMNO AL SOL, EN EL OCÉANO

En los yermos del mar, donde habitas,
alza ¡oh musa! tu voz elocuente:
lo infinito circunda tu frente,
lo infinito sostiene tus pies.
Ven: al bronco rugir de las ondas
une acento tan fiero y sublime,
que mi pecho entibiado reanime
y mi frente ilumine otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,
se colora de rosa el oriente
y la sombra se acoge a occidente
y a las nubes lejanas del sur:
y del este en el vago horizonte,
que confuso mostrábase y denso,
se alza pórtico espléndido, inmenso
de oro, púrpura, fuego y azul.

Vedle ya... Cual gigante imperioso
alza el sol su cabeza encendida...
¡Salve, padre de luz y de vida,
centro eterno de fuerza y calor!
¡Cómo lucen las olas serenas
de tu ardiente fulgor inundadas!

¡Cuán sonriendo las velas doradas
tu venida saludan, oh Sol!

De la vida eres padre: tu fuego
poderoso renueva este mundo;
aún del mar el abismo profundo
mueve, agita, serena tu ardor.
Al brillar la feliz primavera
dulce vida recobran los pechos
y en dichosa ternura deshechos
reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego
de verdura las viste y de flores,
y sus brisas y blandos olores
feudo son a tu noble poder.
Aún el mar te obedece: sus campos
abandona huracán inclemente
cuando en ellos reluce tu frente,
y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas
que saludan tu brillo primero
y en la tarde tu rayo postrero

las corona de bello fulgor. Tuyas son las cavernas profundas, de la tierra insondable tesoro, y en su seno el diamante y el oro reconcentra tu pálido ardor.		
Aún la mente obedece tu imperio y al poeta tus rayos animan, su entusiasmo celeste subliman y le ciñen eterno laurel. Cuando el éter dominas y al mundo con calor vivificas intenso, que a mi seno descendes yo pienso, y alto numen despiertas en él.	45	60
¡Sol! Mis votos humildes y puros de tu luz en las alas envía	50	65
	55	70
	1823	

Notas:

32. En AP, pp. 312-313; en *Poesías*, 1840, pp. 66-68. | Título: en *Poesías*, 1840, «Himno al sol, *escrito* en el océano».

v. 16. *Poesías*, 1840: *azur* (por *azul*).

v. 48. *Poesías*, 1840: *plácido* (por *pálido*).

Data: *Poesías*, 1840 agrega: «a los 22 años de su edad».

33

AL COMETA DE 1825

Planeta de terror, monstruo del cielo, errante masa de perennes llamas que iluminas e inflamas los desiertos del éter en tu vuelo; ¿qué universo lejano al sistema solar hora te envía? ¿Te lanza del Señor la airada mano a que destruyas en tu curso insano del mundo la armonía?		
¿Cuál es tu origen, astro pavoroso? El sabio laborioso para seguirte se fatiga en vano y más allá del invisible Urano ve abismarse tu carro misterioso: ¿el influjo del sol allá te alcanza	5	20
	10	25
	15	

o una funesta rebelión te lanza
a ilimitada y férvida carrera?
Bandido inquietable de la esfera,
¿ningún sistema habitas
y tan cerca del sol te precipitas
para insultar su majestad severa?

Huye su luz y teme que indignado
a su vasta atracción ceder te ordene,
y entre Jove y Saturno te encadene,
de tu brillante ropa despojado.
Mas si tu curso con furor completas
y le hiere tu disco de diamante,
arrojarás triunfante
al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz, yo te amo. Cuando mira tu faz el vulgo con asombro y miedo, yo, al contemplarte ledó, elévome al Criador: mi mente admira su alta grandeza y tímida le adora. Y no tan sólo ahora en mi alma dejas impresión profunda: ya de la noche en el brillante velo, de mi niñez en los ardientes días, a mi agitada mente parecías un volcán en el cielo.	30	la página sangrienta de su ira. ¡Entonces furibundo chocarás con los astros que lanzados volarán de sus órbitas hundidos en el éter profundo,	45
	35	y escombros abrasados de mundos destruidos llevarán el terror a otro sistema!... Tente, musa, respeta el velo oscuro con que de Dios la majestad suprema	50
El ángel silencioso que hora inocente dirección te inspira se armará del Señor con la palabra cuando del libro del destino se abra	40	envuelve la región de lo futuro; tú, cometa fugaz, ardiente vuela, y a millones de mundos ignorados al Hacedor magnífico revela.	55
	1825		

Notas:

33. En AP, pp. 313-314; en *Poesías*, 1840, pp. 69-71. | Título: en *Poesías*, 1840, «Oda al cometa de 1825, que el autor supone ser el mismo que apareció en 1811». JMG traslada el subtítulo a nota al pie. Data: *Poesías*, 1840: sin data.

34

LA ESTACIÓN DE LOS NORTES

Pasó volando del ardiente estío el fuego abrasador: del yerto polo del septentrión los vientos sacudidos envueltos corren entre niebla oscura y a Cuba libran de la fiebre impura.	5	Ambos veían con adusta frente de las templadas zonas a los hijos bajo este cielo ardiente y abrasado: con sus pálidos cetros los tocaban y a la huesa fatal los despeñaban.	20
Brama agitado el mar y se revuelve, y en golpe azotador hiere las playas: baña sus alas céfiro en frescura y en vaporoso trasparente velo se envuelve el sol y el rutilante cielo.	10	Mas su imperio finó: del norte el viento purificando el aire emponzoñado tiende sus alas húmedas y frías, por nuestros campos resonando vuela y del ardor de agosto los consuela.	25
¡Salud, felices días! Ya a la muerte la ara sangrienta derribáis que mayo entre flores la alzó: la acompañaba con amarilla faz la fiebre impía y con triste fulgor resplandecía.	15	Hora en los climas de la triste Europa del aquilón al soplo endurecido su vida y su verdor quita a los campos, cubre de nieve la desnuda tierra y al hombre helado en su mansión encierra.	30

Todo es muerte y dolor: en Cuba empero todo es vida y placer: el sol sonríe más templado entre nubes transparentes, da nuevo brillo al bosque y la pradera, y los anima en doble primavera.		y escuchamos del viento los silbidos y del distante océano los bramidos!	45
¡Patria adorada! ¡Tú, favorecida con el mirar más grato y la sonrisa de la divinidad! No de tus campos me torne a arrebatar el hado fiero. Lúzcame ¡ay! en tu cielo el sol postrero.	35	Hinche mi copa con dorado vino que los cuidados y el dolor ahuyenta: él, adorada, a mi sedienta boca muy más grato será de ti probado y a tus labios dulcísimos tocado.	50
¡Oh! ¡con cuánto placer, hermosa mía, sobre el modesto techo que nos cubre, caer oímos la tranquila lluvia	40	Junto a ti reclinado en muelle asiento, en tus rodillas pulsaré mi lira y cantaré feliz, mi amor, mi patria, de tu rostro y de tu alma la hermosa, y tu amor inefable y mi ventura.	55
		Octubre, 1822.	

Notas:

34. En AP, pp. 314-315.

35

LA NOCHE

Reina la noche: con silencio grave giran los sueños en el aire vano; cándida, pura, el silencioso llano viste la luna de su luz suave. ¡Hora de paz!... Aquí, do a nadie miro, en esta cumbre alzado, heme, Señor, del mundo abandonado.		en llano y montes yace el bello horror que contristando place.	20
¡Cómo embelesa la quietud augusta de la natura a la sensible alma que oye su voz, y en deleitosa calma de esta mansión y su silencio gusta! Grato silencio que interrumpe el río distante murmurando, o en las hojas el viento susurrando.	5	¡Cómo en el alma extática se imprime el delicioso y triste pensamiento! ¡Cómo el cuadro feliz que miro atento es a par melancólico y sublime! ¡Ah! su paz de la música prefiero al eco poderoso con que se anima el baile bullicioso.	25
Ya de la noche con el fresco ambiente gira en lánguidas alas el reposo que vela fiel bajo del cielo umbroso y huye la luz del sol resplandeciente. Invisible con él y misterioso	10	Allí en salón soberbio, por do quiera terso cristal duplica los semblantes: de oro vestida y perlas y diamantes hermosura gentil danza ligera, y con sus gracias y afectado hechizo de mil adoradores lleva tras sí los votos y loores.	30
	15	¡Admirable es aquesto! Yo algún día, de la simple niñez salido apenas,	35

en los bailes magníficos y cenas
de mi amor al objeto perseguía,
y atesoré con mágica ventura
de la joven amada
un suspiro fugaz, una mirada.

Mas ya por los pesares abatido
y a languidez y enfermedad ligado,
muy más me place que salón dorado
este llano en la noche oscurecido;
a la brillante danza prefiriendo
el meditar tranquilo
bajo este cielo, en inocente asilo.

¡Ay! bríllenme por siempre las estrellas
en un cielo tan puro como ahora,
y a la alta mano de mi ser autora
puédame yo elevar viéndola en ellas.
A ti, Dios de los cielos, en la noche
alzo en humilde canto
la dolorosa voz de mi quebranto.

Te saludo también, amiga luna:
siempre tierno te amé, reina del cielo,
siempre fuiste mi hechizo, mi consuelo,
en la adversa y la próspera fortuna.
Tú sabes cuantas veces anhelando
gozar tu compañía
maldije el brillo del ardiente día.

Asentado tal vez a las orillas
del mar cuyo cristal te retrataba,
en cavilar dulcísimo pasaba
las leves horas en que leda brillas;
y recordando mi nublada gloria
miré tu faz serena
y en tierno llanto desahugué mi pena.

Mas ¡ay! el pecho con dolor palpita
herido ya de consunción tirana,
y cual tú al esplendor de la mañana,
palidece mi rostro y se marchita.
Cuando caiga por fin, inunde al menos
esa luz calma y pura
de tu amigo la humilde sepultura...

...Mas, ¿qué canto suavísimo resuena
del inmediato bosque en la espesura?
40 Es tu voz, ruisenior, que de ternura 80
en dulce soledad mi pecho llena.
Siempre te amé, porque debiste al cielo
genio triste y sombrío,
tierno y agreste como el genio mío.

Perezca el que a tu nido te arrebató,
45 y porque gimas gusta de oprimirte: 85
¿por qué no viene como yo a seguirte
del bosque espeso entre la sombra grata?
Salta libre y feliz de ramo en ramo
en torno de tu nido, 90
que a nadie quiero esclavo ni oprimido.

Noche, antigua deidad, que el caos profundo
produjo antes que al sol y al sol postrero
has de sobrevivir, cuando severo
55 el brazo del Señor trastorne el mundo; 95
óyeme: tú serás mientras me dure
este soplo de vida
celebrada por mí, de mí querida.

Antes del primer tiempo, sepultada
60 del caos en el vórtice yacías: 100
inspirada tal vez ya preveías
a tu beldad la gloria destinada;
y ociosa, triste, en el sombrío velo
tu frente arbozabas,
y en el futuro imperio meditabas. 105

A la voz del criador, del océano
reina saliste, el cetro levantando,
de estrellas coronada, desplegando
el manto rico por el éter vano;
70 y al mundo silencioso deleitaba 110
en tu frente severa
de la alma luna la argentada esfera.

¡Cuántas altas verdades he aprendido
en tu solemne horror, sublime diosa!
75 En el silencio de la selva umbrosa, 115
¡cuántas inspiraciones te he debido!
En ti miro al Criador, y arrebatado
de fervoroso anhelo
pulso mi lira y me levanto al cielo.

¡Salve, gran diosa! En tu apacible seno 120
 déjame consolar y recrearme,
 tu bálsamo feliz puede aliviarme
 el triste pecho de dolores lleno.
 ¡Noche, de los poetas y almas tiernas
 dulce, piadosa amiga, 125
 en blanda paz convierte mi fatiga!

Notas:

35. En AP, pp. 315-316; en *Poesías*, 1840, pp. 72-76. | Título: en *Poesías*, 1840, «Oda a la noche».
 | [N. del a.] Debo esta canción al dulcísimo Pindemonte. [Nota tomada por JMG de *Poesías*, 1825.]
 v. 50. *Poesías*, 1840: *ah* (por *ay*).
 v. 100. *Poesías*, 1840: *vértice* (por *vórtice*).
 v. 104. *Poesías*, 1840: *rebozabas* (por *arrebozabas*).

36

MISANTROPÍA

¡Qué triste noche! En las lejanas cumbres mil nubes pavorosas se amontonan y el lívido relámpago ilumina su densa confusión. Ardiente calma me abrume en derredor, y un ruido sordo,	5	que suele verse en los marchitos labios de una belleza pálida en la tumba. ¡Oh hermosas! yo inocente os adoraba... ¡Quién me venció en sentir? Vosotras fuisteis mi encanto, mi deidad: en vuestros ojos, en vuestra dulce y celestial sonrisa	25
vago, cual los recuerdos del sepulcro, sale a intervalos del opaco bosque. Oigo el trueno distante... En un momento la horrenda tempestad va a despeñarse: la presagia la tierra en su tristeza.	10	sentí doblar mi ser, y circundado de una atmósfera ardiente de ventura renuncié a la razón, quebré insensato de mi enérgica mente los resortes y a sólo amaros consagré mi vida.	30
Aquesta confusión en armonía está con mi alma destrozada... ¿El mundo padece como yo?... No, que no tiene pasiones insensatas: sólo el hombre de su huracán feroz víctima gime,	15	¡Qué horrible pago recibí!... ¡Oh hermosas! me hicisteis infeliz y ya no os amo... ni puedo amar la vida sin vosotras. Así en horrible confusión perdido vago insano y furioso. Desecada	40
Y más que nadie, yo.		siento mi alma infeliz, huyo a los hombres y hasta la luz del sol ya me fatiga. Mi fantasía se apagara y vago espectro gemidor, junto al sepulcro, sin conservar de mi marchita vida	45
Mujer funesta, ¡ay! me has perdido para siempre... En vano me esfuerzo a reanimar del alma mía el marchito vigor; tú el universo desfiguraste para mí... Ni echarte puedo de mi memoria. Tus recuerdos me aquejan sin cesar, vertiendo en mi alma una alegría confusa y un deleite funesto, amargo, bien cual la sonrisa	20	sino del cruel dolor el sentimiento. Pero amo a veces mi aflicción: me gozo en el llanto de fuego que me alivia; mas triste es mi placer. Vago y sombrío... ¡Felices ¡ay! los que jamás probaron el gozo del dolor!	50

¿Dó están los tiempos
 de mi felicidad, cuando mi mente
 de la vasta creación se apoderaba
 con noble ardor? En medio de la noche,
 del mar en las inmensas soledades 55
 suspenso entre el abismo y las estrellas,
 ¡cuán fuertes y profundos pensamientos
 mi mente concibió! ¡cómo reía
 el universo de beldad ornado
 a mis ojos serenos, y me alzaba 60
 a admirar y gozar! ¡Cuál de la vida
 me sentí en posesión!... Mas hoy ¡cuitado!
 tal vez al ver mi agitación insana
 crearán turbada mi razón. No, necios:
 ved en mi frente la profunda huella 65
 que dejara el dolor... Mas no me escuchan
 y murmurando de mi frente adusta,
 insocial y selvático me llaman.

¡Almas sin sentimientos! Cuando el mundo
 de mil dolores inundó mi seno, 70
 porque no sé para fingir sonrisas
 dar a mis labios contorsión violenta

mientras rebosa mi alma en amargura,
 llaman negra y feroz misantropía
 mi amor de soledad... ¡Oh! si pudieran 75
 bajo este velo agreste que la cubre
 sentir de mi alma la ternura inmensa,
 tal vez me amaran... Pero no: tan sólo
 vil piedad o desprecio excitaría 80
 en sus almas de fango abominables.

Dejádme, pues, menospreciando al mundo,
 arrastrar mis pesares y amarguras
 en esta soledad. Árboles bellos,
 que al soplo de los vientos tempestuosos
 sobre mi frente os agitáis, mañana 85
 vendrá a lucir el sol en vuestras copas
 con gloria y majestad: mas para mi alma
 de furiosas borrascas combatida
 no hay un rayo de luz... Entre vosotros
 buscaré alguna calma y de los tristes 90
 invocaré al amigo, al dulce sueño.

Agosto, 1821.

Notas:

36. En AP, pp. 316-317.

37

A MI CABALLO

Amigo de mis horas de tristeza
 ven a aliviarme ya. Por las llanuras
 desatado arrebatame, y perdido
 en la velocidad de tu carrera,
 olvide yo mi desventura fiera.

Fueron ¡ay! de mi amor las ilusiones
 para nunca volver, de paz y dicha
 llevándose tras sí las esperanzas,
 corrióse el velo: desengaño impío
 el fin señala del delirio mío. 10

¡Oh cuánto me fatigan los recuerdos
 del pasado placer! ¡Cuánto es horrible
 el desierto de una alma desolada,

sin flores de esperanza ni frescura!
 ¿Ya qué la resta? Tedio y amargura. 15

¡Ese viento del sur...! ¡ay! ¡me devora!
 ¡Si pudiera dormir...! En dulce olvido,
 en pasajera muerte sepultado,
 mi ardor calenturiento se templara,
 y mi alma triste a su vigor tornara. 20

¡Mi caballo, mi amigo! ¡A ti te imploro,
 volemós, ay! Quebrante la fatiga
 mi cuerpo débil: haz que de este modo
 sobre la árida frente de tu dueño
 sus desmayadas alas tienda el sueño. 25

Débate yo tan dulce refrigerio.
Mas, oye: ayer avergonzar me hiciste
de mi insana crueldad y mi delirio
al contemplar mis pies ensangrentados
y tus ijares ¡ay! despedazados.

30

Perdona a mi furor... El llanto mira
que se agolpa a mis párpados... Amigo,
cuando mis gritos mi impaciencia anuncien,
no aguardes, no, la devorante espuela,
la crin sacude, alza la frente y vuela.

35

1821

Notas:

37. En AP, pp. 317-318.

38

CALMA EN EL MAR

El cielo está puro,
la noche tranquila
y plácida reina
la calma en el mar.
En su campo inmenso
el aire dormido
la flámula inmóvil
no puede agitar.

en todo el cielo
vense brillar.

5

Como un espejo
terso, bruñado,
las luces trémulas
refleja el mar.

30

Ninguna brisa
llena las velas,
ni alza las ondas
viento vivaz.

10

La calma profunda
de aire, mar y cielo,
al ánimo inspira
dulce meditar.
¡Angustias y afanes
de la triste vida!
Mi llagado pecho
quiere descansar.

35

En el oriente
débil meteoro
brilla y disípase
leve, fugaz.

15

Astros eternos,
lámparas dignas,
que ornáis el templo
del Hacedor;

40

Su ebúrneo semblante
nos muestra la luna
y en torno la ciñe
corona de luz.
El brillo sereno
argenta las nubes,
quitando a la noche
su pardo capuz.

20

sedme la imagen
de su grandeza,
que lleve al ánimo
santo pavor.

45

Y las estrellas,
cual puntos de oro,

25

¡Oh piloto! la nave prepara:
a seguir tu derrota disparte,
que en el puro, lejano horizonte

50

se levanta la brisa del sur;
y la zona que oscura lo ciñe
cual la luz presurosa se extiende,
y del mar cuyo espejo se hiende, 55
muy más bello parece el azul.

Notas:

38. En AP, p. 318; en *Poesías*, 1840, pp. 77-79. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Letrilla».

39

AL SOL

Yo te amo, ¡oh sol! Tú sabes cuán gozoso, cuando en las puertas del oriente asomas, siempre te saludé. Cuando tus rayos nos arrojas fogoso desde tu trono en el desierto cielo, 5 del bosque hojoso entre la sombra grata me deleito al bañarme en la frescura que los céfiros vierten en su vuelo, y a mil cavilaciones me abandono de inefable dulzura 10 cuando reclinas la radiosa frente en las trémulas nubes de occidente.	y bajo él agua, sombras y verdura, y me veréis feliz!... » Tú, sol, tú sólo mi vida conservaste: mis dolores 35 cual humo al aquilón desaparecieron, cuando en Cuba tus rayos bienhechores en mi pálida faz resplandecieron.
Empero el opulento en su delirio sólo de vicios y maldad ansioso, rara vez alza a ti su faz ingrata 15 tras el festín nocturno, crapuloso. Tu luz sus ojos lánguidos maltrata y tu fuego le ofende, tu fuego puro, que en tu amor me enciende. ¡Oh! si el oro fatal cierra las almas 20 a admirar y gozar, yo le desprecio: disfruten otros su letal riqueza y yo contigo mi feliz pobreza.	Mi patria... ¡oh sol! Mi suspirada Cuba ¿a quién debe su gloria, 40 a quién su eterna, virginal belleza? Sólo a tu amor. Del capricornio al cáncer en giro eterno recorriendo el cielo jamás de ella te apartas, y a tus ojos de cocoteros cúbrese y de palmas 45 y naranjos preciosos, cuya pompa nunca destroza el inclemente hielo; tus rayos en sus vegas desenvuelven los lirios y las rosas, 50 maduran la más dulce de las plantas y del café las sales deliciosas.
¡Oh, cuánto en el Anáhuac por tu amor suspiré! Mi cuerpo helado 25 mirárase encorvado hacia la tumba oscura; en el invierno rígido, inclemente, me viste al contemplar tu tibio rayo, triste acordarme del fulgor de mayo 30 y alzar a ti la moribunda frente. «¡Dadme –clamaba–, dadme un sol de fuego	Cuando en tu ardor vivífico las viertes larga fuente de vida y de ventura, ¿no te gozas ¡oh sol! en su hermosura?
	Mas a veces también por nuestras cumbres 55 truen la tempestad. Enristecido velas tu pura faz, mientras las nubes sus negras olas por el aire ardiente revuelven con furor, y comprimido ruge el rayo impaciente, 60 estalla, luce, hiere, y un diluvio de viento y agua y fuego se desata sobre la tierra trémula, y el caos amenaza tornar... Mas no, que lanzas

¡oh sol! tu dardo irresistible y rompe la confusión de nubes y a la tierra llega a dar esperanza. Ella anhelante le recibe, sonríe y rebramando huye ante ti la tempestad: más puro centella tu ancho disco en occidente. Respira el mundo paz; bosque y pradera se ornan de nuevas galas, mientras al cielo con la tierra uniendo el iris tiende sus brillantes alas. ¡Alma de la creación! Cuando el Eterno del primitivo caos con imperiosa voz sacó la tierra, ¿qué fue sin tu presencia? Yermo triste, do inmóviles reinaban frialdad, silencio, oscuridad... Empero la voz omnipotente dijo: «¡enciéndase el sol!» y te encendiste y brotaste la luz que en rauda vuelo pobló los campos del desierto cielo.	65	Y tú sigues la tuya, que eres sólo criatura como yo y estrella débil (como las que arden por la noche umbría en el cielo sin nubes) en presencia de tu hacedor y mi hacedor, que eterno, 70 omniscio, omnipotente, dirigiendo con designios profundos tantos millones férvidos de mundos, reina en el corazón del universo.	105
	75	Espejo ardiente en que el Señor se mira, ya nos dé vida en tu fulgor sereno y con el rayo y espantoso trueno al mundo lance su terrible ira; ¡gloria del universo 80 del empíreo señor, padre del día, sol! oye: si mi mente alta revelación no iluminara, en mi entusiasmo ardiente a ti, rey de los astros, te adorara.	115
	85	Así en los campos de la antigua Persia resplandeció tu altar: así en el Cuzco los Incas y los pueblos te acataban. ¡Los Incas!... ¿Quién al pronunciar su nombre, si no nació perverso, 90 podrá el llanto frenar? Sencillo y puro de sus criaturas en la más sublime adorando al autor del universo, aquel pueblo de hermanos alzaba a ti sus inocentes manos.	125
¡Oh! ¡cuán ardiente al recibir la vida al curso eterno te lanzaste luego! ¡Cómo al sentir tu delicioso fuego se animó la creación estremecida! La sombra de los bosques, el cristal de las aguas, las brisas y las flores, y el rutilante cielo y sus colores, a una mirada tuya parecieron, y el placer y la vida su germen inmortal desarrollieron.	95	¡Oh dulcísimo error..., oh Sol! tú viste a tu pueblo inocente bajo el hierro inclemente como pálida mies gemir segado. Vanamente sus ojos moribundos 100 por venganza o furor a ti se alzaban: tú los desatendías y tu carrera eterna proseguías, y sangrientos y yertos espiraban...	135
Y esos planetas, tu inmortal corona, te obedecen también: raudos giraban sin órbita ni centro del éter en las vastas soledades. El Criador soberano sujetolos a tu poder y les pusiste rienda; a tu fuerte atracción los enlazaste y en derredor de ti los obligaste a que siguiesen inerrable senda.	100		140

Notas:

39. En AP, pp. 319-320; en *Poesías*, 1840, pp. 80-81. | Título: en *Poesías*, 1840, «Oda al sol». En esta edición se incorpora la nota que sigue: «Hay algunas estrofas suprimidas al fin de esta magnífica oda

en la impresión de que la he copiado». De hecho, esta versión llega sólo hasta el verso 123, es decir, faltan las dos últimas estrofas.

- v. 25. *Poetas*, 1840: *ardor* (por *amor*).
v. 26. *Poetas*, 1840: *mirábase* (por *mirárase*).
v. 47. *Poetas*, 1840: *yelo* (por *hielo*).
v. 96. *Poetas*, 1840: *feliz* (por *inmortal*).
v. 116. *Poetas*, 1840: *ya* (por la primera *y*).
v. 123. *Poetas*, 1840: no aparece el pronombre *te*.

40

EL ARCO IRIS

Arco sublime de triunfo que adorna el vasto cielo cuando su confuso velo recoge la tempestad; no al oráculo severo de la alma filosofía pregunta la mente mía la causa de tu beldad.		¡Cuán plácidas ilusiones miramos ¡ay! disipar!	
Paréceme como en tiempo de mi niñez deliciosa, cuando tu frente radiosa parábame a contemplar; y estación te imaginaba para que entre tierra y cielo descansara de su vuelo del justo el alma inmortal.		Pero el mismo omnipotente 5 nos revela, arco divino, tu origen y tu destino con su palabra inmortal, al dibujarse tu frente en el cielo y mar profundo, al cano padre del mundo 10 fuiste sagrada señal.	35 40
¿Pueden los ópticos fríos explicar tu forma bella para agradarme con ella cual mi ignorancia feliz? En lluvia fugaz convierten el espléndido tesoro de perlas, púrpura y oro, que ardiente soñaba en ti.		Cuando tras fiero diluvio la verde tierra te amaba, cada madre a su hijo alzaba 15 a ver el arco de Dios. El campo te daba incienso y aroma pura la brisa cuando en tu luz la sonrisa del cielo resplandeció.	45
Cuando a natura la ciencia quita el misterioso encanto, ¡cuánto disminuye, cuánto el brillo de su beldad! ¡Cuál ceden a yertas leyes mil deliciosas visiones!		20 Y como entonces brillabas sereno brillas ahora, y cual del mundo la aurora, su fin tremendo verás: que Dios, fiel a su promesa, intacta guarda tu gloria 25 para perpetua memoria de que a la tierra dio paz.	50 55
		De la música primera sonó en tu honor el acento 30 y del primer poeta el viento	

oyó la mágica voz.
 Sigue, pues, siendo mi tema,
 símbolo de la esperanza,
 fiel monumento de alianza
 entre los hombres y Dios.

60

Notas:

40. En AP, pp. 320-321; en *Poesías*, 1840, pp. 85-87.

v. 46. *Poesías*, 1840: *puro* (por *pura*).

41

AL RETRATO DE MI MADRE

Es ella, sí: la venerada frente que adoró mi niñez, de nuevo miro con profunda emoción, aunque las huellas del tiempo y del dolor tiene grabadas. He aquí los ojos que mi débil cuna extáticos velaban y los labios que con tierno cariño tantas veces en mi pálida frente deponían el santo beso maternal... Imagen de la madre mejor y más amada, ven a mis labios, a mi ardiente seno, y recibe las lágrimas que brotan mis ojos mustios; llanto de ternura y acaso de fatal remordimiento. Sí, madre idolatrada: tus amores, tu anhelo por mi bien infatigable y tus lecciones de virtud sencilla desatendí frenético... ¿Qué pago recibiste de mí? Dolor y luto. Precipité mis pasos imprudentes tras el glorioso, espléndido fantasma de inaccesible libertad. La ira de celoso poder me hizo blanco y fulminó tremenda. ¡Cuántas noches cuando los ojos de llorar cansados cerrabas, te mostró la fantasía mi sangriento patíbulo! Mi fuga y una separación tal vez eterna, calmaron tu terror, no tus pesares. ¡Qué lágrimas ansiosas, de amargura, te habrá tu primogénito costado, prófugo, errante en extranjeros climas,	donde asentaron su fatal imperio feroces odios, ambición tirana y fratricida bárbara discordia!	35
5	Y yo, madre, también tu triste ausencia lamento inconsolable. Los prestigios de mísero poder o fútil gloria no me embriagaron, ni del pecho ansioso borrar pudieron tu sagrada imagen.	40
10	De Temis en el templo venerando, en la silla curul a que fortuna elevome después; en el peligro y excitación de bélico tumulto; entre los brazos de adorada esposa	45
15	o las tiernas caricias de mis hijos, recordé tus amores, y brotaba de mis ardientes labios el suspiro. Tres años ha que por la vez primera desde el trono español se pronunciaron	50
20	los dulces ecos de la paz y olvido. ¡Oh! ¡cómo palpitó!... La fantasía en mágica ilusión mostrome abiertos los campos deliciosos de mi Cuba, y entre sus cocoteros y sus palmas,	55
25	al margen de los plácidos arroyos, con mi familia cara y mis amigos me hizo vagar. Al agitado pecho pensé estrechar a las hermanas mías, a mi madre inundar en llanto dulce	60
30	de inefable ternura, y en su seno deponer a mis hijos... Mas, ¡sañudo arbitrario poder frustró mis votos,	

que en la opresa, infeliz, hollada Cuba,
de viles siervos abatida sierva, 65
no es dado el hacer bien ni al mismo trono,
cuyo querer eluden los caprichos
de sátrapa insolente!... Se arrastraron
dos lustros y dos años dolorosos
de expatriación, de lágrimas y luto, 70
y en los hispanos pechos implacable
arde vivo el rencor...

Mas a despecho
del odio suspicaz y la venganza,
yo, madre, te veré. Cuando benigna
primavera genial restaure al mundo, 75
las turbulentas olas del océano
hendiremos los dos, y venturoso
del Hudson en las fértiles orillas
te abrazaré. Tu imagen venerada

será entretanto mi mayor consuelo. 80
Mostrándola a mis hijos cada día,
enseñareles con afán piadoso
a que te amen, respeten y bendigan,
y oren por ti sus inocentes labios.
Ella en este desierto de la vida 85
será para mis ojos vacilantes
astro sublime de virtud. Al verla,
tus augustos consejos recordando,
fiel les seré, y a Dios enardecido
elevatoré mis inocentes votos 90
porque a tus brazos me conduzca. Sea
báculo a tu vejez tu primer hijo,
y en asilo rural, feliz, oscuro,
te haga olvidar las anteriores penas
con amantes cuidados y caricias. 95
Aquesto y nada más demandando al cielo...

Enero 4, 1836.

Notas:

41. En AP, pp. 321-322; en *Poesías*, 1840, pp. 88-91. | Título: en *Poesías*, 1840, «Composición poética al recibir el retrato de su madre».

v. 35. *Poesías*, 1840: *fratricida* (por *fratricida*).

v. 56. *Poesías*, 1840: *sus* (por *los*).

v. 90. *Poesías*, 1840: *incesantes* (por *inocentes*).

Data: *Poesías*, 1840: «Copiada de un manuscrito». Antes, cierran el poema los siguientes versos: «Y tú, dulce Agustín, a quien los lazos / de la sangre y amor conmigo unieron, / a quien debo tal don, recibe ahora / mi gratitud. Si mis humildes versos / perdona el tiempo audaz, tu caro nombre / ellos dirán a los futuros siglos, / de piadosa amistad para modelo.»

42

CATÓN

De la alma libertad campeón augusto,
entre ruinas de Roma miserable,
Catón opone el pecho incontestable
a César vencedor y Jove injusto.

¡Lejos, dice, el perdón!... «¡perdón!... mi vida
menos horrible la injusticia hiciera 10
con que victoria al opresor corona».

No hay esperanza... Al opresor robusto 5
ríe Fortuna con semblante afable...
Fue Roma... Él su clemencia despreciable
brinda y le oye Catón con rostro adusto.

Dice y rompe su pecho: por la herida
indignada se lanza el alma fiera
y el cadáver a César abandona.

Notas:

42. En AP, p. 322.

43

SÓCRATES

¡No jueces condenéis con ciega ira
de la augusta verdad al sabio amante!...
Mas ¡ay! que el vil Melito ya triunfante
la ventaja logró porque suspira.

Sócrates firme con piedad le mira
y él palidece y con igual semblante
bebe el sabio el veneno devorante
y en brazos de Platón tranquilo expira.

Presto remordimientos dolorosos
Atenas siente, y su crueldad gimiendo
maldice y sus fanáticos furoros. 10

5 Temed mortales oprimir furiosos
a la verdad y al mérito, oprimiendo
al que osa combatir vuestros errores.

Notas:

43. En AP, pp. 322.

44

A DON DIEGO MARÍA GARAY, EN EL PAPEL DE JUNIO BRUTO

Prócer sublime de la libre Roma,
¿por qué abruma el dolor tu augusta frente
y en vano reprimido el llanto ardiente
a tus cargados párpados asoma?

Lanza Discordia su funesta poma
y hasta tus hijos con furor demente
quieren que el vil Tarquino huelle insolente
al pueblo rey que a los tiranos doma.

Tú pronuncias su muerte: el pueblo gime
entre piedad y horror... Con faz sombría 10
el alma ocultas de dolores llena...

5 Tal me mostraste tú, Garay sublime,
a Bruto, que terrible parecía
el Dios que airado en el Olimpo truena.

Notas:

44. En AP, p. 323. | Título: Este actor que se hizo famoso en varios teatros de América y a quien Heredia dedicó el Sila, nació en Málaga el año de 1794. Hizo sus primeros ensayos en Granada, y en 1819 era 2º galán en la compañía principal de Cádiz. Al año siguiente fue contratado para La Habana y de allí pasó a México en donde alcanzó muchos triunfos en su arte. Vuelto a La Habana, murió en 30 de enero de 1837. Garay es padre del actor de este nombre que conocemos y hemos aplaudido en los teatros de Chile.

A DON JOSÉ TOMÁS BOVES

Hipócrita, perjuro, despiadado,
sin ninguna virtud que amar le hiciera,
bañose en sangre y con delicia viera
la muerte y el terror siempre a su lado.

A Venezuela mísera ensañado
en un yermo de horror tornado hubiera
si de Urica en los campos no cayera
de vengadora lanza traspasado.

Ríe en su tumba humanidad gozosa
y en su velo la frente arrebozando, 10
«¡Horror! –exclama al pronunciar su nombre–

¡Horror, oh monstruo! a tu memoria odiosa,
5 que al vencedor la gloria coronando,
jamás al tigre premia sino al hombre.»

Notas:

45. En AP, p. 323. | Título: [*N. del a.*] No se diga que turbo sus cenizas, los héroes y los monstruos pertenecen a la historia para ejemplo y horror del género humano. [Nota tomada por JMG de *Poesías*, 1825.]

LA DESCONFIANZA

Mira mi bien, cuán mustia y desecada
del sol al resplandor está la rosa
que en tu seno tan fresca y olorosa
pusiera ayer mi mano enamorada.

Dentro de pocas horas será nada...
No se hallará en la tierra alguna cosa
que a mudanza feliz o dolorosa
no se encuentre sujeta y obligada.

Sigue a las tempestades la bonanza;
siguen al gozo el tedio y la tristeza... 10
Perdóname si tengo desconfianza

de que dure tu amor y tu terneza:
5 cuando hay en todo el mundo tal mudanza,
¿sólo en tu corazón habrá firmeza?

1818

Notas:

46. En AP, p. 323.

MI GUSTO

Llénase de placer el marinero
cuando la dulce playa ve cercana;
gózase el sabio que estudiando afana
cuando su parecer es verdadero.

Goza también impávido guerrero 5
cuando gloria fatal en lides gana;
gózase entre la gente cortesana
quien miró a su señor menos severo.

Nada de esto me place: soy dichoso
tan sólo estando a par de mi Belisa,
que paga con su afecto mi ternura.

Si al tiempo que me mira advierto ansioso
10 en su boca asomar dulce sonrisa,
llega a su colmo entonces mi ventura.

1819

Notas:

47. En AP, pp. 323-324.

48

EL MÉRITO DE LAS MUJERES

Yo canto las virtudes y atractivos
que adornan gratos del linaje humano
a la amable mitad. Belisa hermosa
admite con agrado el homenaje
que rindo a tu beldad: tu faz de rosa
5 vuelve apacible a mí: logre a lo menos
una sonrisa tuya, una mirada
de tus ojos dulcísimos, serenos,
tu encendido cantor. Tú eres la musa
que preside a los sonos de su lira
cuando celebra tu beldad amada.
Yo lograré feliz la única gloria;
el sólo premio a que en mi canto aspiro,
si me consagras plácida un suspiro
y un recuerdo agradable en tu memoria.

Era la noche y el informe caos
entre espantosa oscuridad giraba;
mas Dios habló y al eco poderoso
de la criadora voz vierais al caos
airado revolverse y tempestuoso,
y de sus senos pálidos, oscuros,
a la tierra lanzar; vierais al punto
cómo el Criador las aguas de la tierra
con su soplo apartó y alzó los montes,
tendió los valles, y con larga mano
cubrió los bosques de verdor sombroso,
y para ser del hombre soberano
con prodigio mayor al hombre hiciera.
Tras obras tan espléndidas y hermosas
hizo de la beldad su obra postrera.
En esta obra maestra de sus manos
se detuvo el Criador: ¡noble destino

que abrió a su gloria la feliz carrera!
¿La mano del Señor al mundo diera
más adorable objeto, más divino? 35
Aquella frente celestial y pura
5 donde el pudor y dignidad se miran;
que turba los humanos corazones
con sonrisa apacible: aquellos ojos
donde brilla del sol la activa llama; 40
cuyo mirar sereno y sin enojos
10 en delicioso ardor al hombre inflama:
aquel cabello que en dorados rizos
baja a adornar su faz: el lindo talle
de gentileza lleno y gallardía; 45
el seno voluptoso do su nido
15 asentaron triscando los amores,
el tejido que forma sangre pura
bajo alabastro limpio y transparente.
Sin duda que atractivos tan amables 50
bastan a seducir; mas la hermosura
para doblar y prolongar su imperio
sabe agregar a tan divinas gracias
20 el encanto feliz de los talentos.
¿Los pintaré? De un clave a los acentos 55
Cloris une su voz fácil y dulce
y yo la escucho extático y pasmado.
25 Su canto hermoso me penetra el alma,
me enajena feliz, y arrebatado
y envuelto entre placer tiemblo y la adoro. 60
Mas ¡ay! que cesa Cloris: su maestro,
con más velocidad, con mayor fuerza
30 el clave hace sonar: tiene más ciencia,
mas, ¿tiene tanta gracia como Cloris?
¿Ofrece acaso a mi encantada vista 65

aquellos brazos que el amor torneara,
ni aquel rubor que al resonar los vivos
cubre de Cloris la divina cara?

Sigue el baile al concierto. Allí Lucinda
Laura y Melisa, cual las rosas bellas,
en la flor de su edad, cubiertas todas
de oro y de flores en feliz tejido,
al compás de la música agitando
su talle gentilísimo, semejan
al lirio por el céfiro mecido.
De su beldad los jóvenes prendados
y de su amable gracia, ven que Momo
para agradar de Cipris necesita.
Y, ¿qué fueran sin ella del teatro
las funciones espléndidas? Sin duda
por la belleza que Orosman adora
a toda alma sensible interesando,
de Racine el rival, tierno y sublime
supo expresar de Zaira los dolores,
mas de Gaussin el órgano divino
la conquistó más lágrimas que el genio
de su inmortal autor.

¡Oh bellas artes!

Empleando la mujer vuestros secretos
os hace más amables: de las flores
por Vallayer regadas sobre el lienzo,
tiéndose fácil mi engañada mano
los tallos a coger: una y mil veces
encantado imagino que respiran
los retratos preciosos de la mano
de Le Broun inmortal: las mismas Gracias
su pincel delicioso dirigieron.
Leed a Genlis a Gálvez y a Corina;
ved las obras preciosas que escribieron:
amor pintó tan halagüeños cuadros.
Si la muger en varonil delirio
no supo hacer que por su labio henchida
la trompa de Tirteo resonase,
ha sabido probar que sin esfuerzo
bajo sus dedos ágiles, ligeros,
fácil suspira sin esfuerzo alguno
la flauta pastoril.

Graves censores
del sexo amable, acaso a vuestros ojos

imaginarios son tan ricos dones.
¡Ah! pues que sus talentos no os encantan,
al menos sus servicios repetidos
desarmaros sabrán: con nuestra vida
de la mujer empiezan los afanes.
Ella lleva en su seno doloroso
al fruto de himeneo que mil veces
es para ella infeliz: por largo tiempo
sobre un lecho cruel desfallecida
gime doliente, y moribunda al cabo
le pone en los umbrales de la vida;
y al nuevo y tierno ser ya consagrada,
los cuidados amantes le prodiga
a la infancia del hombre necesarios.
¡Cuán preciosos cuidados! Cuando duermo
aplica sin cesar el cauto oído,
y de las sombras al silencio atiende.
O si Morfeo la adormece un punto,
al más leve rumor abre de nuevo
sus agravados párpados y pronta
a la cuna de su hijo inquieta vuela:
inmóvil le contempla largo rato,
la paz gozando de su dulce sueño
y a su cama se torna aún no tranquila,
si el niño se despierta, en el instante
presentándole plácida su seno,
le vierte la salud en leche pura.
¿Qué importa la fatiga a su ternura?
Existe en su hijo, y a los tiernos ojos
del esposo se muestra muy más bella
con él al seno suspendido.

El niño
de la vida adelanta en la carrera.
Su madre está con él: su mano amante
sostiene, ayuda sus primeros pasos;
ella fue su nodriza y es su guía.
Al punto que su voz temblando empieza
a articular sonidos, «madre mía»
es la primer palabra que le enseña.
A preceptores duros entregado
presto gime infeliz ¿Cuál es el seno
donde su corazón despedazado
corre a buscar alivio a sus tormentos?
El de su madre: de ternura lleno
su labio fiel con plácidos acentos
disipa su dolor, su llanto enjuga,

le da lindos juguetes, y afanosa
torna la paz a su agitado pecho,
tomando su defensa.

Edad hermosa, 155
¡ay! pasas cual relámpago, y el hombre
deja la infancia y al amor despierta.
Ya en su frente serena está pintado
un tímido rubor: húmeda llama
brilla en sus ojos vivos: inflamado 160
su tierno corazón se eleva y gime,
y el insufrible peso que le oprime
no puede sacudir: anhela ardiente
una felicidad desconocida
y siéntese turbado de repente 165
por secreto terror: su alma encendida
no puede hallar reposo. De este modo
sufrí también, pero te vi, adorada,
y pensé ver a un Dios: estremecido,
débil la planta y respirando apenas, 170
palpitándome el pecho acelerado
y en confusión dulcísima perdido
me sentí a tu mirar... ¡Horas felices!
¡Oh languidez sublime y deliciosa!
¡Oh, cuánto fui feliz! ¡Cuánto, mi hermosa, 175
sentí mi sangre arder cuando a tus labios
el beso arrebaté...! Cual desgraciado
que en tinieblas naciera y luego el arte
le hiciera ver el sol, arrebatado
a otro universo entonces me creyera. 180
Hablar contigo y verte y adorarte
mi ocupación y mi delicia fuera:
tú encantaste mis horas: la carrera
de mi vida feliz ornaste en flores.
Por ti la paz, la risa y los amores 185
en torno de mi frente revolaban
y gratos y afanosos ahuyentaban
los cuidados, la angustia y los dolores.
Y, ¿cuál fue mi dolor cuando arrancado
me vi a tu dulce amor y a tu presencia? 190
Dilo tú ¡oh noche! que testigo fuiste
de mi amargo penar, de mis furores:
cuenta cómo mi llanto recibías,
compasiva mis quejas escuchabas
y en tu silencio plácido aliviabas 195
el tormentoso horror de aquellos días.

Pero, alzábase el sol, y al universo
la claridad tornaba y la alegría,
mas no a mi corazón: sobre alta roca
que el mar bañaba con furiosa espuma, 200
salvaba con la ardiente fantasía
el espacio insondable que tendido
me apartaba de ti, mi pecho ardía,
y en las alas de amor arrebatado
llegaba y palpitaba, y te veía. 205
Mas la razón desvaneció severa
tan dichosa ilusión, ¡cuán triste entonces
canté los males de la ausencia fiera!
Al eco incierto, al áspero silbido
del viento bramador sonó mi canto 210
y el viento bramador llevó mi llanto
al turbulento mar: mas aún entonces
con placer melancólico, inefable.
tu beldad recordaba
y mis ardientes lágrimas amaba. 215
Mas ved a Delio que a Melisa unido
fue en himeneo feliz. Vedle; ya es padre;
¡oh venturoso amante! ¡Con qué gozo
sientes que otro tú mismo te acaricia!
¡Ah, cán fuera de ti, con qué delicia 220
estrechas esa prenda tan preciosa
sobre tu corazón, y tus facciones
hallar pretendes en su faz graciosa!
Con su madre afectuoso le comparas,
y más te la hace amar si es su retrato. 225
Si sale de tus brazos, conmovido
sigues sus movimientos, y mirando
jugar, correr, crecer tu imagen viva,
por sus inclinaciones ya le juzgas
gloria y honor de tu vejez dichosa. 230
¿Felicidad tan alta disfrutaras
viviendo sin amor y sin esposa?
¡Una esposa! Su vista y su dulzura
do quier del hombre alivian la fatiga.
Allá fogoso con la esteva dura 235
rompiendo el labrador la árida tierra,
sobre los surcos el sudor prodiga.
A la tarde retírase agobiado:
gime y va a sucumbir a tanto peso;
mas vio a su esposa y se sintió aliviado. 240
Allí el ministro vano y orgulloso
que del monarca a par alza la frente,

en su poder supremo, inútilmente anhela ser feliz: triste, sombrío, de su consorte al seno delicioso viene a huir de sí mismo y allí olvida el tedio, las sospechas que a los grandes emponzoñan sin fin la triste vida. Por amor del orgullo distraído respira a par de su querida esposa del peso y resplandor de sus honores: si solitario, yerto y sin amores le hubiera hecho vivir la suerte avara, ¿dónde su corazón descanso hallara?			
Mas dejemos a amor, sin él tenemos un lazo encantador que une las almas: es la pura amistad: tierna, sin celos, la vida de los hombres hermosea. Pero en una mujer es muy más dulce; entonces es de amor la bella hermana, entonces venturosos obtenemos las complacencias gratas, los cuidados que el hombre con el hombre nunca supo sino a medias tener, y poseemos menos que amante, pero más que amigo. ¿Tenéis algún proyecto? Os es muy grato confiarlo a una mujer, pesar con ella lo que tiene de cierto y de dudoso. El infortunio en su favor odioso ¿os sume entre dolor? Bálsamo dulce a vuestra alma será que a vuestras penas responda una mujer: tierna y sensible sabe tomar mejor que el hombre duro aquel tono simpático, apacible, que calma los pesares y dolores, y sabe unir mejor su llanto al llanto del que sufre del hado los rigores. Mas si el placer nos brinda y los amores, también nos lleva de la gloria al templo. Ved aquel joven cuyo genio anima el ansia de agradar: sus versos bellos ya declama el actor, y del teatro vibrase el artesón y estremecido retumba con su nombre y los aplausos, y gozando su triunfo, conmovido, ¡oh mujeres! exclama, sí, a vosotras debo aqueste placer y aquesta gloria.	245 250 255 260 265		
¿Por qué ese joven hasta aquí ignorado corre a buscar al campo la victoria? Porque a los ojos bellos que idolatra, ojos que muchos idolatran fieles, parecerá más bello y más amable si le adornan de Marte los laureles. ¿Quién mejor que una hermosa inspirar puede a un guerrero valor? Y, ¿no se ha visto a una mujer grande-hombre allá en Palmira oponerse de Roma a los furores? Otra junto al Éufrates sometido como conquistador lidió valiente y gobernó cual rey. Pero, ¿qué digo? ¿Sólo las reinas pueden la alta frente ceñirse de laurel? Mil y mil otras o generales o soldados siendo, sus cuerpos delicados estrecharon con el hierro durísimo, y cubriendo con el yelmo su frente encantadora y empuñando la espada, a lid de muerte los miembros expusieron que a lid más dulce destinó la suerte. Gimió al verlas amor.		290 295 300 305	
Tened la planta, hermosas, por piedad: qué ¿no os espanta de Marte aterrador la faz odiosa? No con sangre manchéis las blancas manos que destinara amor a las caricias: vuestro dulce mirar cause delicias, no pavor, cual los hombres inhumanos. Ese horroroso asolador torrente arroyo fue una vez: entonces al suelo con su serena y plácida corriente llenaba de placer; junto a sus aguas el césped matizábase de flores, y a su dichosa margen los pastores contra el rigor del abrasado cielo encontraban asilo, y los amores en torno a las zagalas revolando la hicieron su mansión... Hora furioso en remolino raudo arrebatando chozas, ganado y perros y pastores, mieses destruye y en angustia y duelo inunda la comarca. Pavorido huye su encuentro aquel, mientras su amada en la corriente férvida arrastrada		310 315 320 325 330	

implora en vano su favor. Herido responde el alto monte a los lamentos y del agua al bramar... Siempre, ¡oh hermosas! 335 dulces y tiernas sed: ¿no os satisfacen la adoración del hombre y de la tierra? ¿Queréis también que os tema y os maldiga, y con mano enemiga marchite esa beldad... ? Mas no me escuchan 340 y ardiendo en ciega cólera y enojos, a las rabiosas lides arrojadas, logran allí victorias duplicadas con el brazo valiente y con los ojos.	Armado de venganza Coriolano viene fiero a destruir la ingrata Roma que con destierro le pagó sus triunfos. Tribunos, viejos, cónsules, vestales y pontífices sacros, vanamente 380 se arrojan a sus pies: sus dioses mismos bajan la faz ante su altiva frente. Mas todo en vano; el héroe sólo escucha la voz de su furor y alza la espada Y Roma va a caer... Mas ve a su madre... 385 Veturia noble por la patria amada olvidando la injuria de su hijo implora al vencedor, que gime y cede, y el llanto de Veturia a Roma salva.
Díganlo tus hazañas generosas 345 Telesila arrogante y afamada: dígalo tu valor que a los franceses defendió, Juana de Arc: de la cabaña a las lides lanzándote animosa cuando el inglés a Orleans amenazaba, 350 apareciste y asombrado el campo creyó mirar un ángel del Eterno, que del empíreo en su favor bajaba. Combates y el inglés pierde su orgullo y huye aterrado al mar; a Orleans libertas, 355 salvas a Francia de extranjero yugo; y al pueblo de Reims aún admirado de tus hazañas que mirado había tornas al rey, que mudo y asombrado, el yermo trono al vencedor cedía. 360	En vano Eduardo al bárbaro verdugo 390 quiere entregar con vengativa mano los seis guerreros de Calais rendida. Margarita su esposa, enternecida defiende a los magnánimos Franceses y ganando una espléndida victoria, 395 de su ciego furor salva en un punto a ellos la vida, al vencedor la gloria.
¡Oh destino feliz del sexo amable! Triunfa do quier, pero tal vez la espada no le sienta muy bien: su ruego y llanto más dulces armas son, más poderosas. ¡Cedan el hierro y fuego a las hermosas! 365 El cruel Asuero, el déspota persiano feroz proscribe a la nación hebrea, tiéndose en Israel el mudo espanto y el afilado alfanje centellea. Pero Ester de sus lágrimas ornada 370 perdón demanda y el perdón obtiene; y de Israel las vírgenes gozosas su numen tutelar tiernas la llaman y con sonora voz cantando claman: cedan el hierro y fuego a las hermosas. 375	Abre tus puertas ya, recinto triste do el enfermo indigente y sin asilo va lánguido a gemir: allí mujeres 400 que de hermanas distingue el dulce nombre, le prodigan su celo y su cuidado. Al cielo invocan y a la tierra sirven, y el pie dejando del altar sagrado, vuelan piadosas al doliente hermano 405 y son de un Dios de amor dignas esposas para aliviar al infeliz humano. Mujeres adorables, ¡cuál mintiera quien tímidas os dijo! valerosas 410 sois a la voz de vuestros nobles pechos. ¿Por qué verdugos viles allá en Tebas con muerte atroz a Antígone inmolando la entierran viva en una gruta oscura? Porque dando a su hermano sepultura, con mano religiosa honrar quisiera 415 aquel mismo cadáver que a los buitres la venganza inclemente prometiera. No la cruel ley Antígone ignoraba, mas vio a su Polinice idolatrado que de la tumba y de su honor privado 420

el favor postrimero le pedía, y le sepulta y muere... Y, ¿cuál el crimen de esa Epónina fue? ¿Por qué al cadalso la miro conducir? Porque en la cueva do huyó Sabino al vencedor contrario, vino a sufrir sus males y peligros un lustro y otro más. ¡Oh heroico ejemplo del amor conyugal! Tan triste estancia para ella fue de la ventura el templo. Ella hermoseó a los ojos de Sabino la caverna espantosa: su dulce voz sonando melodiosa con el canto de amor, puro, divino, supo encantar los ecos pavorosos que la honda cueva con horror volvía; y cuando al orbe la callada noche en plácido silencio adormecía, trocaba en lecho de himeneo dichoso la áspera roca que a ambos recibía.	425	Y, ¿olvidarte podré, joven sensible que habitabas el techo hospitalario do a la persecución enfurecida oculté a mi pesar mi amarga vida? ¡Oh, cómo la piedad hija del cielo en tu divina frente disipaba de tu amigo proscrito los dolores! Ángel de dulce paz y de consuelo, tu memoria preciosa que embellece de mi destierro las cansadas horas, a mi sepulcro bajará conmigo y en su hielo no más podrá entibiarse la gratitud ardiente de tu amigo.	470
¿Y por qué allá en los tiempos apartados los modelos buscar? En nuestros días cuando sobre la Francia desolada feroz pesaba el cetro ensangrentado de decenviros crueles ¿no han probado con mil rasgos espléndidos, sublimes, su magnanimidad? El mudo espanto sobre la Francia atónita volaba: el francés del francés no fiel hermano sino enemigo fiero se mostraba. Ellas, empero, firmes arrojaron de los tiranos el furor. Aquella desde el alba arrancándose al reposo, sentada en el umbral de sus palacios, aguardaba constante su presencia. Aquella con el oro desarmando de un alcaide insensible los furores, a un calabozo fúnebre y sombrío bajaba a consolar al triste padre o al objeto infeliz de sus amores. Otra, si estos marchaban a la muerte, insultaba furiosa a sus verdugos y lograba feliz la misma suerte. Todas apoyo del francés cuitado, por él tiernas y ardientes suplicaban, y con él generosas se inmolaban.	430	Tal brilla la mujer en sus virtudes. Si bajo nuestra planta vacilante abre la varia suerte un precipicio, se arroja con nosotros o nos salva. Siempre sobre ella el infeliz reposa y aún aquel que es feliz sólo a ella debe el colmo de su suerte venturosa: ella su abril entre placer adorna. Cuando el tiempo veloz ruga su frente, cuando le oprime ancianidad amarga, gracias a sus cuidados, siente menos de la yerta vejez la odiosa carga. En las mismas orillas del sepulcro puede coger temblando algunas flores y al cerrarse los ojos a la vida miran a la que alivia sus dolores.	475
	435		480
	440		485
	445		490
	450		495
	455		500
	460		505
	465		510

de los franceses la feroz matanza. Y, ¿quién como vosotros no detesta a esas mujeres bárbaras? Mas, ¿ellas deben hacer odioso al sexo entero?		negra ponzoña a la feroz venganza menos bellas las otras nos parecen? ¿Las menospreciaremos cuando brillan con colores variados e inocentes, y desparciendo delicioso aroma nos hace respirar puros placeres su balsámico aliento? Las mujeres de la envidia a pesar y sus furores son las estrellas y apacibles flores que adornan el desierto de la vida. Tú que las menosprecias, ¿no te acuerdas de que una madre tienes? Torna ¡oh ciego! de tal error y al bello sexo adora, mientras mi boca, de su amor movida, sus loores canta y su favor implora.	525
Sobre nuestras cabezas centellando mil estrellas y mil pueblan el cielo. Algunas hay que tras su curso arrastran las pestes, las borrascas, y su aspecto nos anuncia desgracias y dolores. Y, ¿por eso no más la vista mía no alzaré a las demás que me consuelan del vasto luto de la noche umbría? Órnanse nuestros campos de mil flores: y ¿por algunas pérdidas que ofrecen	515 520		530

Notas:

48. En AP, pp. 324-330. | Título: [*N. del a.*] Este poema imitado del francés de Legouvé se imprimió en La Habana en 1821 y se reimprimió en México. Después he visto una traducción fiel de Legouvé, en versos de ocho sílabas que, a la verdad no es digna del elegante autor de la *Opinión*. Me animo a incluir este ensayo en mi colección, esperando que las correcciones que lleva lo hagan menos indigno de la benignidad del público. En su primera edición lo dediqué a mi dulce amigo D. Blas Osés, en prenda del afecto tierno que nos profesamos y que está a prueba de la ausencia, del tiempo y del infortunio. [Nota tomada por JMG de *Poesías*, 1825.]

v. 90. [*N. del a.*] Madama Vallayer. Coster se distingue en la pintura de las flores y otros objetos de la naturaleza inanimada. (Nota tomada de Legouvé, edición de Didot.)

v. 95. [*N. del a.*] Madama Le Broun, no solamente célebre por sus retratos que pueden rivalizar con los de Vandick, sino por sus famosos cuadros: «la Paz trayendo la abundancia»; «Venus atando las alas del amor» y «la ternura maternal». (Id id Id.)

v. 401. [*N. del a.*] Alude a las «sœurs grises» que ciudan en Francia los hospitales. [Nota tomada por JMG de *Poesías*, 1825.]

49

LA CAÍDA DE LAS HOJAS

De otoño el viento la tierra llenaba de hojas marchitas y en el valle solitario mudo el ruiseñor yacía.		«Adiós adorado bosque, voy a morir –le decía– y mi fin desventurado tus hojas ¡ay! vaticinan.	10
Solo y moribundo un joven lentamente recorría el bosque donde jugaba en sus niñeces floridas.	5	La enfermedad que mi seno está devorando impía, pálido, cual flor de otoño, hacia el sepulcro me inclina.	15

Apenas breves instantes
disfruté la dulce vida
y siento mi primavera
cual sueño desvanecida.

Dijo, y partió... ¡para siempre!
Murió, y al tercero día
la sepultura le abrieron
debajo la árida encina.

Caed efímeras hojas
y por el suelo tendidas
a mi desolada madre
ocultad mi tumba fría.

Su madre, ¡ay! por poco tiempo
vino a llorarle afligida;
pero no su fiel amante
como el infeliz creía.

Mas si mi amante velada
viene en la tarde sombría
a llorar en mi sepulcro,
agitándoos conmovidas
despertad mi triste sombra
y su fiel llanto reciba.»

Sólo del pastor los pasos
en aquella selva umbría
perturban hoy el silencio
en torno de sus cenizas.

Notas:

49. En AP, p. 330; en *Poesías*, 1840, pp. 92-93. | Título: En *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Roman-
ce». | [N. de JMG] Traducido libremente del poeta francés Millevoye.
v. 37. *Poesías*, 1840: *infel* (por *fiel*).

50

A UNA REPRESENTACIÓN DE LA TRAGEDIA DE OSCAR

Por un amor terrible devorado
el infeliz Oscar se agita y gime.
¡Ay! sus combates y dolor sublime
¿quién puede contemplar con pecho helado?
Vedle temblar y reprimirse al lado
de Malvina y volar a los desiertos
a ocultar su vergüenza y sus furores.
Le es insufrible de Morven la estancia
do ve a Malvina y dobla su tormento.
¿A qué apurar con importuno acento
su ya débil y lánguida constancia?
¡Oh! dejadle morir. La tumba sola
puede apagar la inextinguible hoguera
de su amor criminal... Ya no resiste,
y Dermidio su amigo... su asesino...
Llega a sus labios áridos la copa
ansiada del placer y en un instante
se la arrebata. Su alma delirante
por el mortal veneno
de negros celos siente destrozada;

provoca, lidia y la funesta espada
del amigo infeliz clava en el seno.

Víctima infausta del feroz delirio
vagar le miro luego
por la fúnebre selva: todo calla,
le cercan los sepulcros silenciosos...
«¡Salvadme! –grita– ¡y oponed piadosos
entre el crimen y Oscar una muralla!»
¡Vano anhelar! Las manos homicidas
tiene empapadas del amigo en sangre
y le sigue do quier su sombra yerta.
Para colmo del mal cobra el sentido,
ve su crimen atroz y confundido
se hunde en la tumba que le aguarda abierta.
¡Oscar! ¡mísero Oscar!... ¡Ay! yo no ignoro
lo que es una pasión desesperada...
Y ver en torno de la frente amada
los tristes rayos del poder y el oro.

¡Oh! ¡cuánto es duro en la abrasada frente
 fingir serenidad, ahogar el llanto
 y en lucha eterna y en dolor eterno
 agitarse y vivir!... Ya fatigada
 advierto mi razón y bien conozco
 que turbándose va... ¡Mísero Taso,
 tal vez seré tu igual en desventura
 pero en gloria jamás!...

¡Ay! mi locura
 me arrastra... ¿Dó fue Oscar? Garay, mi amigo,
 sublime actor, Melpomene severa
 te entrega su puñal: con mano fiera
 víbralo tú, y en poderoso encanto
 al pueblo estremecido que te admira,
 con tu talento irresistible inspira
 terror profundo y compasión y llanto.

Notas:

50. En AP, p. 331.

51

LA POESÍA

¡Alma del universo, poesía!
 Tu aliento vivifica y semejante
 al soplo abrasador de los desiertos,
 en su curso veloz todo lo inflama.
 ¡Feliz aquel que la celeste llama
 siente en su corazón! Ella le eleva
 al bien, a la virtud; ella a su vista
 hace que ríen las confusas formas
 del gozo por venir; contra el torrente
 del infortunio bárbaro le escuda,
 haciéndole habitar entre los seres
 de su creación; con alas encendidas
 osada le arma y vuela
 al invisible mundo
 y los misterios de su horror profundo
 a los hombres atónitos revela.

de Apolo a la feliz sacerdotisa
 Grecia muda escuchaba
 y ella de sacro horror se estremecía
 y el fatídico acento repetía
 5 del dios abrasador que la agitaba. 35

Hay un genio, un espíritu de vida
 que llena el universo: él es quien vierte
 en las bellas escenas de natura
 su gloria y majestad; él quien envuelve
 con su radioso manto a la hermosura
 y da a sus ojos elocuente idioma
 y música a su voz; él quien la presta
 el hechizo funesto, irresistible,
 10 que embriaga y enloquece a los mortales
 en su sonrisa y su mirar; él sopla
 del mármol yerto las dormidas formas
 y las anima si el cincel las hiere.
 Él en *Fedra*, en *Tancredo* y en *Zoraida*
 nos despedaza el corazón; o blando
 con Anacreón y Tibulo y Meléndez
 del deleite amoroso nos inspira
 la languidez dulcísima; o tronando
 nos arrebató en Píndaro y Herrera
 y el ilustre Quintana, a las alturas
 25 de la virtud sublime y de la gloria. 55
 Por él Homero al furibundo Aquiles
 hace admirar, Torcuato a su Clorinda
 y Milton, más que todos elevado,
 a su ángel fiero de diamante armado.
 30 Por do quiera este espíritu reside, 60

¡Sublime inspiración! ¡oh, cuántas horas
 de inefable deleite
 concediste benigna al pecho mío!
 En las brillantes noches del estío
 grato es romper con la sonante prora,
 largo rastro de luz tras sí dejando,
 del mar las ondas férvidas y oscuras;
 grato es trepar los montes encumbrados
 o a caballo volar por las llanuras.
 Pero a mi alma fogosa es muy más grato
 dejarme arrebatado por tu torrente,
 y ornada en rayos la soberbia frente,
 escuchar tus oráculos divinos
 y repetirlos; como en otro tiempo

mas invisible. Del etéreo cielo baja y se manifiesta a los mortales en la nocturna lluvia y en el trueno. Allí le he visto yo: tal vez sereno vaga en la luz del sol cuando éste inunda	65	un estéril laurel brota en sus tumbas. Brotó, crece y ampara las cenizas con su sombra inmortal, pero no enseña a los hombres justicia y cada siglo ve repetir el drama lamentable,	105
al cielo y tierra y mar en olas de oro; de la música tiembla en el acento; ama la soledad; escucha atento de las aguas con furia despeñadas el tremendo fragor. Por el desierto	70	halagan los aplausos que su canto recibirá feliz en las regiones del porvenir. Su gloria, su desgracia excitarán la dulce simpatía en la posteridad de los crueles	110
los vagabundos árabes conduce, soplando entre sus pechos agitados un sentimiento grande, indefinido, de agreste libertad. En las montañas se sienta con placer, o de su cumbre	75	que a miseria y dolor le condenaron. Desde la tumba reinará: las bellas con respeto y ternura suspirando, pronunciarán su nombre: ya centella a sus ojos la lágrima preciosa	115
baja y se mira del océano inmóvil en el hondo cristal, o con sus gritos anima las borrascas. Si la noche tiende su puro y centellante velo, en la alta popa reclinado inspira	80	que arrancarán sus páginas ardientes a la sensible hermosa. La ve, palpita, se enternece y fuerte de la cruel injusticia se consuela, y esperando su triunfo de la muerte	120
al que extático mira abajo el mar, sobre su frente el cielo.		al seno del Criador gozoso vuela.	125
Es el ansia de gloria noble y bella: yo de su lauro en el amor palpito y quisiera en el mundo que hoy habito de mi paso dejar profunda huella. De tu favor, espíritu divino,	85	¡Dulcísima ilusión! ¿Quién ha podido defenderse de ti, si no ha nacido yerto como los mármoles y troncos? ¡Oh, yo te abrazo con ardor! ¡Lo espero!...	
puedo esperarlo, que tu aliento ardiente vive eterno y da vida: los mortales a quienes genio dispensó el destino, ansiosos corren a la sacra fuente que tu fogosa inspiración recibe.	90	Algunas efusiones de mi musa me sobrevivirán, y mi sepulcro no ha de guardarme entero: tal vez mi nombre, que el rencor proscribiera, resonará de Cuba por los campos	130
El mundo a sus afanes apercibe indigno galardón. Cuando los cubre vestidura mortal, vagan oscuros	95	de la fama veloz en la trompeta.	135
entre indignancia y menosprecio: acaso de sacrilega mofa son objeto. Al cabo mueren y sus almas tornan a la fuente de luz de que salieron, y entonces a despecho de la envidia,	100	Al ver como su lienzo se animaba, el Correggio exclamaba: «¡Yo también soy pintor!...». Yo soy poeta.	

Notas:

51. En AP, pp. 331-333; en *Poesías*, 1840, pp. 94-98. | Título: [N. del a.] ¿Se tendrá por extravagancia esta tentativa para expresar el espíritu poético? [Nota tomada por JMG de *Poesías*, 1825.] | En *Poesías*, 1840, «Sobre la poesía. Oda». v. 66. *Poesías*, 1840: coma en lugar de la primera y.

PROGRESO DE LAS CIENCIAS
(FRAGMENTO)

La física incansable indagadora
analiza la gran naturaleza.
Elevándose al éter Galileo
entre persecuciones y peligros,
de inquisidor fanático a despecho
consagrados errores disipando,
su libertad reivindicó a la mente.
Armó de nuevos ojos al humano,
la noble frente a Júpiter sublime
coronó de satélites y a Febo
sentó en inmóvil, refulgente trono.

El volador cometa vagabundo
de siglo en siglo iluminaba el cielo
con siniestro fulgor, vaticinando
fúnebre porvenir. La ciencia osada
midió por fin su elíptico sendero,
anunció su venida, despojole
de usurpado terror y el astro humilde
obedeció del sabio los decretos.

Torricelli, Pascal su peso miden
a la impalpable atmósfera: encerrado
en férreo tubo el aire se desata
y feroz ante sí lanza la muerte.
Hijo del sol el septiforme rayo,
por cristalino prisma dividido,
entre la oscuridad que le circunda
hace brillar del iris los colores.
En el convexo lente deja dócil
su fulgente corona, y concentrado
se arma feroz de innumerables puntas
y a los metales y al diamante muerde.

En primorosa imitación la esfera
rueda en sus ejes, dividiendo el año
hace girar en su órbita la tierra
y de ella en pos a la inconstante luna.
A la vista Saturno aproximado
revuelve sus anillos misteriosos
que oculta o muestra; Júpiter eclipsa
sus brillantes satélites y el sabio
nota el momento y las distancias mide.

El imanado acero en equilibrio
busca del norte la querida estrella
y en el inmenso mar, en negra noche,
fija su rumbo el navegante incierto.
5 El agua del calor atormentada 45
o al choque de la eléctrica centella
en diferentes gases convertida,
a la llama voraz pábulo presta.

10 Con inocente estrépito a los ojos
estalla y luce simulado rayo, 50
que enseñó la atracción del verdadero
y pudo el hombre desarmar las nubes.

15 Del galvanismo al poderoso impulso
tiembla y se agita el pálido cadáver 55
con misteriosa convulsión, y casi
duda su triunfo atónita la muerte.

20 Fiero coloso el arador se torna
del microscopio mágico en el seno;
y en sus miembros y espalda cristalina 60
centenares de músculos se cruzan.
En un grano de polvo imperceptible
hierven insectos mil y nuevos mundos
a la asombrada vista se presentan.

25 Entre los senos de la tierra ocultos
la química sorprende a los metales 65
y su corriente sólida persigue.
La acción devoradora de la llama
30 hace brotar de calcinadas piedras
el líquido mercurio, y resplandece,
entre la arena vil, pálido el oro. 70

35 De blanda seda refulgente globo
hinche ligero gas: en él suspenso
deja la tierra el físico atrevido,
con rápido volar hiende las nubes,
muy más allá de su región oscura 75
bebe del sol purísima la lumbre
y sobre un horizonte ilimitado
40 los desiertos del éter señorea.

52. En AP, pp. 333-334; en *Poesías*, 1840, pp. 99-101. | Título: en *Poesías*, 1840, «Fragmento de un poemita sobre los progresos de las ciencias».

A MI PADRE EN SUS DÍAS

Cuando feliz tu familia se dispone, caro padre, a solemnizar la fiesta de tus plácidos natales, yo, el primero de tus hijos,		triscar y regocijarse, y entre cariño y respeto inciertos y vacilantes, halaguen con labio tierno	
también primero en lo amante, hoy lo mucho que te debo con algo quiero pagarte. ¡Oh! ¡cuán gozoso repito que tú de todos los padres has sido para conmigo el modelo inimitable!	5	tu cabeza respetable.	40
De mi educación el peso a cargo tuyo tomaste y nunca a manos ajenas mi tierna infancia fiaste.		Deja que los opresores osen faccioso llamarte, que el odio de los perversos da a la virtud más realce.	
Amor a todos los hombres, temor a Dios me inspiraste, odio a la atroz tiranía y a las intrigas infames.	10	En vano blanco te hicieron de sus intrigas cobardes unos reptiles impuros sedientos de oro y de sangre.	45
Oye, pues, los tiernos votos que por ti Fileno hace y que de su labio humilde hasta el Eterno se parten.		¡Hombres odiosos!... Empero tu alta virtud depuraste, cual oro al crisol descubre sus finísimos quilates.	50
Por largos años el cielo para la dicha te guarde de la esposa que te adora y de los hijos amantes.	15	A mis ojos te engrandecen esos honrosos pesares, y si fueras más dichoso me fueras menos amable.	55
Puedas ver a tus biznietos poco a poco levantarse, como los verdes renuevos en que árbol noble renace	20	De la triste Venezuela oye al pueblo cuál te aplaude, llamándote con ternura su defensor y su padre.	60
cuando al impulso del tiempo la frente sublime abate.	25	Vive, pues, en paz dichosa: jamás la calumnia infame con hálito pestilente de tu honor la luz empañe;	65
Que en torno tuyo los veas	30	entre tus hijos te vierta salud bálsamo süave y amor te brinde risueño las caricias conyugales.	
	35	Noviembre, 1819.	

Notas:

53. En AP, pp. 334-335; en *Poesías*, 1840, pp. 102-104. | Título: En *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Romance». | [N. ms. de JMG] «<Si se quiere oír el genuino lenguaje del amor filial y de la verdadera ternura, léase el siguiente romance del habanero Heredia, arrebatado demasiado temprano a la poesía y a la América.> (Don Andrés Bello, *Opúsculos literarios y críticos*)»
v. 63. *Poesías*, 1840: *hábito* (por *hálito*).

54

A MI PADRE, ENCANECIDO EN LA FUERZA DE SU EDAD

Es el sepulcro puerta de otro mundo: los sabios y los buenos así lo afirman, y de espanto llenos tiemblan los malos a su horror profundo.		Los pueblos te bendicen: ellos fueron de tu virtud testigos y cargan a tus torpes enemigos la justa execración que merecieron.	15
¡Verdad sublime! ¡oh padre! Bastaría tu virtud elocuente a demostrarla y a librar mi mente de los tormentos de la duda impía.	5	No tus canas fijó del tiempo el vuelo, sí noble desventura... ¡Contempla ese volcán! ¿Su nieve pura no prueba, di, su inmediación al cielo?	20
Deja que vil calumnia se dispare, porque has obedecido el mandato del Dios que ha prometido «piedad y amor a quien piedad usare».	10	1820	

Notas:

54. En AP, p. 335; en *Poesías*, 1840, p. 105.
v. 37. *Poesías*, 1840: *prepare* (por *dispare*).
Data: *Poesías*, 1840: sin data.

55

CARÁCTER DE MI PADRE

		Integer vitæ, scelerisque purus. Horacio	
Candorosa virtud meció su cuna, fiole Clío su pincel sagrado, su espada Temis. Contrastó indignado al sangriento poder y la fortuna.		cuya cobarde y vengativa mano vertió en su vida cáliz de amargura.	
Siempre fue libre. De su frente pura el ceño augusto fatigó al tirano,	5	Humanidad fue su ídolo. Piadoso le hallaron el opreso y desvalido; fue hijo tierno, patriota esclarecido, buen amigo, buen padre y buen esposo.	10

Hombres que de ser libres hacéis gloria,
 él adoraba en vuestro altar augusto:
 el polvo respetad de un hombre justo 15
 y una lágrima dad a su memoria.

Notas:

55. En AP, p. 335; en *Poesías*, 1840, p. 106.

56

RENUNCIANDO A LA POESÍA

Fue un tiempo en que la dulce poesía ¡Vano recuerdo! En mi destierro triste
 el eco de mi voz hermo-seaba, me deja Apolo, y de mi mustia frente 10
 y amor, virtud y libertad cantaba su sacro fuego y su esplendor retira.
 entre los brazos de la amada mía.

Ella mi canto con placer oía, 5 Adiós ¡oh musa! que mi gloria fuiste,
 caricias y placer me prodigaba adiós, amiga de mi edad ardiente:
 y al puro beso que mi frente hollaba el insano dolor quebró mi lira.
 muy más fogosa inspiración seguía. Boston, 1823.

Notas:

56. En AP, p. 335; en *Poesías*, 1840, p. 107. | Título: En *Poesías*, 1840, como encabezado: «Soneto».
 Data: *Poesías*, 1840: sin data.

57

A ROMA ANTIGUA

Envuelta en sangre y pavoroso estrago ¿Qué la valió? Carbón, Mario implacable
 combate Roma con feroz anhelo: y Sila vengador y César fuerte 10
 llena el mundo su nombre, sube al cielo huellan del orbe a la infeliz señora.
 y las naciones tiemblan a su amago.

Su águila fiera por el aire vago 5 Y otros... ¡Oh, Roma, grande y miserable,
 hiende las nubes con ardiente vuelo que ansiando lauros y poder de muerte
 y apenas mira en el distante suelo no supo ser de sí reguladora!

Notas:

57. En AP, p. 336; en *Poesías*, 1840, p. 108. | Título: En *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Soneto».

A LOS GRIEGOS EN 1821

Jamás puede un tirano
la cadena cargar al pueblo fuerte
que enfurecido se alza, lidia, triunfa
o sufre noble muerte.
¡Pueblos famosos de la antigua Grecia,
vosotros lo decid! En el orgullo
de su inmenso poder jura Darío
a torpe servidumbre someteros
o a la desolación: estremecida
yace la tierra y en silencio yerto
aguarda el yugo en estupor hundida.

Mas alza Atenas la sublime frente
e impávida resiste
al furibundo asolador torrente
que en su valor el ímpetu quebranta.
¡Campo inmortal de Maratón! Tú viste
de Milcíades magnánimo la gloria;
y luego en Salamina y en Platea
Temístocles, Arístides, Pausanias
triunfan y en Grecia truena
de libertad el grito y de victoria.

¡Tierra de semidioses! ¿Cómo pudo
cargarte el musulmán la vil cadena
que cuatro siglos míseros sufriste?
¿No el nombre de Leónidas oíste?
¿O el despotismo audaz ha devorado
las páginas de luz en que la historia
consagra los recuerdos
de tu antigua virtud y de tu gloria?

Mirad cómo se acerca enfurecido
el segundo Mahomet, y precedido
marcha de sangre y devorante fuego;
en vez de apercibirse a los combates,
¡ved cuán pálido tiembla el débil griego!
¡Ignominia! ¡Baldón! Su negro manto
por Grecia desolada
tiende la esclavitud, y el templo santo
profana el musulmán con sus furores.
Europa consternada se estremece
cuando la media luna destructora

a Bizancio domina, y vencedora
cual fúnebre cometa resplandece.

- 5 ¿Dónde la Grecia fue? ¿Dónde se oculta
de la brillante Atenas
y de la fiera Esparta y de Corinto 45
el pasado esplendor? Miseria, sangre,
y muda esclavitud presenta sólo
por cuatro siglos la moderna Grecia.
10 Sus vírgenes adornan el serrallo
de vil bajá: la yerba solitaria 50
crece en el panteón abandonado.
El viajero, en escombros reclinado,
en vano busca suspirando ahora
la patria de las ciencias y las artes,
15 de Roma y de la tierra la instructora. 55
¡Ay! todo pereció: su triste anhelo
halla tan sólo de la Grecia antigua
el aire puro y refulgente cielo.
- 20 Pero amanece del destino el día
y Grecia es libre ya. Se alzan sus hijos, 60
que ha poco la olvidaban
o en languidez imbecil suspiraban
por el socorro infiel del extranjero.
Su genio majestuoso,
25 el de Aristogitón y Harmodio fiero, 65
deja la tumba, su radiosa frente
en el cabo de Ténaro levanta,
exclama «¡Libertad!» ardiendo en ira,
esperanza y ardor al griego inspira
y al feroz musulmán yela y espanta. 70
- 30 Los númenes antiguos
se agitan bajo el mármol mutilado
que murmura confuso «¡Guerra! ¡Guerra!»
cual se oye por los senos de la tierra
vagar trueno profundo y dilatado. 75
- 35 Ya vuelan por la Grecia estremecida
de «libertad» y «gloria» y de «venganza»
furibundos clamores:
levántanse oprimidos y opresores,
40 y ruge la matanza. 80

¡Nobles griegos, valor! ¡Que vuestros hijos hereden libertad! Con fuerte mano la barbarie frenad de ese vil pueblo, crudo enemigo del linaje humano. No invoquéis a los príncipes de Europa: 85 de su ambición en el furor celoso, los esfuerzos de un pueblo generoso con ceño miran y rencor insano. En un déspota o rey ven un hermano, y es déspota el sultán... Pero vosotros, 90 armados de valor y alta constancia, sin ellos triunfareis. Cuando los padres al morir en el campo de batalla a sus hijos encargan sangrienta herencia de venganza y gloria, 95 aunque la lucha prolongarse puede, segura es la victoria.	¡Magnánimo Ypsilanti! ¡Noble Cantacuzeno! 125 Haced la independencia de la Grecia y haced su libertad. La Grecia libre supo arrostrar de Jerjes y Darío el inmenso poder; la Grecia esclava al musulmán cedió... ¡Lección terrible 130 que aprovechar debéis! Europa entera y de la noble América los hijos guirnaldas tejen de laurel y rosas que os adornen las frentes generosas. Vuestro puro patriótico ardimiento 135 a nuestros nietos contará la historia y en el agosto templo de la gloria de Washington a par tendréis asiento.
Mas ¿qué vago rumor hiere mi oído, cuál sordo trueno en nube tempestuosa por los valles dilata su bramido? 100 ¡Ved las sombras augustas de los héroes abandonar las tumbas do gemían su abandono fatal! Arma sus frentes profunda indignación: brillan sus ojos bien como rayo en la tormenta umbría y en sus diestras armadas resplandecen vibrando las espadas.	¡Oh! ¿No lo veis? De Grecia las montañas fuego desolador va recorriendo 140 y el Eurotas sonante y el Pamiso escuchan retumbar en sus orillas de áspera lid el tormentoso estruendo. El grito «¡Libertad!» los aires llena y el Bósforo agitado 145 hasta Bizancio, «¡Libertad!» resuena.
«Imitadnos –prorrumpen– o atrevidos nuestra gloria eclipsad! La liza abierta os llama a combatir. La tiranía por vuestros campos con aliento impuro de fuego y sangre verterá un torrente; mas no olvidéis que secará la fuente a un diluvio de lágrimas futuro. ¿Cederéis? ¡No! ¡Jamás! Ventura, gloria y libertad os guarda la victoria, y la derrota esclavitud o muerte. En vuestros jefes nuestro aliento fuerte invisibles pondremos y a sus pasos do quier presidiremos.» 120	Del sultán al mortífero decreto se lanzan los jenízaros... Miradlos del griego vengador bajo la espada desaparecer, como al furor del fuego 150 la yerba de los campos desecada. Salamina repítese y Platea, mas ¿qué valen? ¡oh Dios! ¿Nunca se agota el torrente de bárbaros?... ¡Oh, vedlo 155 cuál se renueva sin cesar y corre como el flujo feroz del océano, violento, asolador, irresistible!... ¡Oh ceguedad funesta, incomprensible de matar y morir por un tirano!
Y os inspiran, caudillos vengadores, que al griego conducís a los combates de ardor sublime y esperanza lleno.	¡Cuánta sangre y furor! Reyes de Europa, 160 ¿cómo en vuestros oídos no suenan los tremendos alaridos con que asordado el Bósforo retumba? ¡Oh! ¿ser podréis fríamente espectadores de la lucha de Grecia y sus horrores? 165 ¿Esperáis de ese pueblo generoso

el exterminio?... Refrenad la furia del musulmán fanático, y lanzadlo a los desiertos de Asia, donde viva sin matar ni oprimir. Aquesta guerra útil, noble, sagrada, aceptarán con gozo las naciones; del mundo excitareis las bendiciones y el culto de la Grecia libertada.	170	del sepulcro fatal. ¡Oh lira mía! Estos serán los últimos acentos que haga salir de ti mi débil mano. Mas el hado no heló mi fantasía, y en sus alas veloces conducido vivo en el porvenir. Como un espectro, del sepulcro en el borde suspendido, dirijo al cielo mi postrero voto porque triunfes. ¡Oh Grecia! Ya te miro lanzar a los tiranos indignada y a la alma libertad servir de templo, y al mundo escucho que feliz aplaude victoria tal y tan glorioso ejemplo.	180 185 190
¡Ay, mis ojos, oh Grecia vengadora, tu gloria no verán! La muerte fiera de mi edad en la dulce primavera cual flor por el arado atropellada va a despenarme en la región sombría	175		

Notas:

58. En AP, pp. 336-338; en *Poesías*, 1840, pp. 109-115. | Título: En *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda».

v. 9. *Poesías*, 1840: *desolución* (por *desolación*).

v. 24. *Poesías*, 1840: *mísera* (por *miseros*).

v. 109. *Poesías*, 1840: *loza* (por *liza*).

v. 136. *Poesías*, 1840: *cantará* (por *contará*).

59

A SILA

Triunfante Sila, cuyo carro fiero en las ruedas giró de la fortuna, la antigua libertad desde tu cuna fue tu divinidad, tu amor primero.		No fuiste vil por opresor: en vano quisieras libertad: sólo veías crimen y esclavos. En tan negros días yo hubiera sido como tú, tirano.	20
Pero la Roma vil en que viviste no era ya la de Curcio y Cincinato y Fabricio y Scipión: su pueblo ingrato demandaba opresión y se la diste.	5	Con todo tu furor, romano fuiste, porque la alzaste al fin libre y señora, y con una sonrisa aterradora «más que mortal diadema depusiste».	
De su antigua virtud sin el tesoro, el senado magnífico de reyes que al orbe sometido impuso leyes prostituyó el poder, vendiose al oro.	10	Si tu brazo feroz a Roma oprime, la liberta tu esfuerzo generoso: tú no faltaste a tu valor glorioso, faltó tu siglo a tu virtud sublime.	25
Roma, víctima inmensa de facciones, capaz de esclavitud, no de obediencia, enmudeció temblando en tu presencia a fuerza de furor y proscipciones.	15	Abdicaste el poder. Tu única gloria terror profundo en su grandeza inspira y a los ojos del mundo que te admira aislado te alzas en la vasta historia.	30

Diste con tanta sangre a los romanos
 saludable lección. Así tu nombre,
 que vivirá inmortal, tremendo asombro 35
 a facciosos, cobardes y tiranos.

Notas:

59. En AP, p. 338; en *Poestas*, 1840, pp. 116-117.

v. 20. *Poestas*, 1840: *ya* (por *yo*).

60

A WASHINGTON

Primero en paz y en guerra,	es por último en York, y su caudillo	
primero en el afecto de tu patria	rinde a tus pies la poderosa espada.	
y en la veneración del universo,	El universo atónito saluda	
viva imagen de Dios sobre la tierra,	a la triunfante América, y te adora	35
libertador, legislador y justo,	5 mientras que la metrópoli sañuda	
Washington inmortal, oye benigno	tu gloria bella y su baldón devora.	
el débil canto de tu gloria indigno	Mas cuando por la paz inútil viste	
con que voy a ensalzar tu nombre augusto.	de libertad la espada en tu alta mano,	
	el poder soberano	40
	como insufrible carga depusiste.	
¿Te pintaré indignado		
a la voz de la patria dolorida	10 Alzado a la primer magistratura,	
volar al arduo campo de la gloria	de tu patria la suerte coronaste	
y como Marte en el Olimpo armado	y en cimientos eternos afirmaste	
a la suerte mandar y a la victoria?	la paz, la libertad sublime y pura.	45
Magnánimo apareces;	15 De años y gloria y de virtud cargado,	
ríndese Boston y respira libre.	con mano vencedora	
Vanamente el tirano	regir te vieron el humilde arado.	
cuarenta mil esclavos lanza fiero	Con Sócrates divino te asentaste	
para extirpar el nombre americano.	de la fama en el templo	50
Tú, sin baldón, al número cediste	20 y a la virtud con inmortal ejemplo	
y acallando el espíritu guerrero	la fe del universo conservaste.	
a tu gloria la patria preferiste.		
Así del pueblo eterno los caudillos	Cuando en noble retiro,	
al vencedor Aníbal contemplaron	de oro y de crimen y ambición ajeno,	
con inmutable frente	25 tu espléndida carrera coronabas,	55
y la invasión rugiente	en este bello asilo respirabas	
a la púnica playa rechazaron.	pobre, modesto y entre libres libre.	
	¡Oh, Potomac! del orgulloso Tibre	
Mas luego, en noche de feliz memoria,	no envidies, no, la delincuente gloria,	
del Delaware el vacilante hielo	que no recuerda un héroe como el tuyo	60
ofreció a tu valor y patrio celo	30 del orbe todo la sangrienta historia.	
el camino del triunfo y de la gloria.		
La soberbia británica humillada		

Por la Francia feroz amenazada vuelve a la patria del peligro el día, y en unánime voto al héroe fía de libertad y América la espada.	65	paz y santa virtud al pecho inspira. En la tumba modesta que guarda tus cenizas por tesoro, ni luce el mármol ni centella el oro,	80
Los rayos de la gloria vuelven a ornar su venerable frente... Mas ¡ay! desapareció, volando al cielo, como de nubes en brillante velo hunde el sol su cabeza en occidente.	70	ni entallado laurel ni palmas veo. ¿Para qué, si es un mundo a tu gloria inmortal digno trofeo? Con estupor profundo	85
¡Oh Washington! Protegen tu sepulcro las copas de los árboles ancianos que plantaron tus manos y lo cubre la bóveda celeste. Aún el aire que en torno se respira, el que tú respirabas,	75	por tu genio creador lo miro alzado hasta la cumbre de moral grandeza; potente y con virtud, libre y tranquilo, esclavo de las leyes, del universo asilo, asombro de naciones y de reyes.	90
		Mount Vernon, 1824.	

Notas:

60. En AP, pp. 338-339; en *Poesías*, 1840, pp. 118-121. | Título: En *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda».

v. 26. *Poesías*, 1840: *Pánica* (por *púnica*).

v. 58. *Poesías*, 1840: *Patomac* (por *Potomac*).

v. 72. *Poesías*, 1840: *capas* (por *copas*).

61

A NAPOLEÓN

Conjunto incomprensible y asombroso de oscuridad y luz, de nada y gloria; astro a par ominoso a libertad y reyes, elevado por una tempestad a tal altura, por otra tempestad de ella lanzado, que sólo has igualado con tu desgracia inmensa tu ventura.	5	con un horror profundo; y de tu voz fatídica el acento, de tus ojos bastaba un movimiento a conmover al mundo.	20
¡Divinidad mortal! Bajo tu planta su alta cumbre los Alpes inclinando un camino triunfal te preparaban. Tu señal aguardaban los elementos, mientras disipando las tempestades de lluviosa noche para alumbrar tus fiestas, el sol desde su carro te anunciaba. Europa te miraba	10	Tu soplo animador del caos sacaba las olvidadas leyes. A los vastos despojos de los reyes tu imagen insultaba sobre mil y mil broncees, que cautivos al orbe tus hazañas referían. A tu querer los cultos renacían, de su fraternidad ya se pasmaban, de los altares que juntos humeaban por ti sus oraciones confundían.	25
	15	«Conserva ¡oh Dios! –decían– al héroe del Tabor: ¡dale victoria! Conserva ¡oh Dios! al vencedor del Tíbre».	30

¡Por qué añadir entonces no pudieron para colmar tu gloria: «¡Conserva, oh Dios, al rey de un pueblo libre!»	35	los manes vio de su familia entera maldecirle y gritar: «¡Aquesta, impío, es tu noche postrera!»	80
Si quisieras reinaras todavía. Hijo de libertad, la destronaste: su exterminio juraste en tu soberbia impía. Mas la tumba que se abre a la diosa inmortal, tarde o temprano hiela en su sombra fría el necio orgullo del mayor tirano.	40 45	Solo, en silencio Napoleón velaba; la fatiga inclinaba su frente poderosa sobre la carta inmóvil, que sus ojos sólo confusamente miraban: tres guerreras, tres hermanas, a su vista se ponen de repente.	85
¿En tu ambición furiosa fe, justicia o derechos respetaste? En vano ya te fuera la España generosa de gloria y de peligros compañera. Esclava la anhelaste; mas no quisiste unir otra diadema a tu doble corona, y en su trono un simulacro tuyo colocaste.	50	Pobre y sin atavíos la primera una virgen romana parecía, morena al brillo de abrasado cielo. Su alta frente ceñía simple ramo de encina: se apoyaba en un roto estandarte y recordaba un día sublime de inmortal memoria.	90
Mas no: sus sacerdotes y guerreros a la lid mutuamente se excitaron. Supersticiosos, fieros, los pueblos al clamor se levantaron. ¡Presagio pavoroso! Las campanas por invisible mano sacudidas «Alarma» resonaban. Las estatuas antiguas retemblaban y llanto se veía en sus ojos inmóviles: la sangre del salvador divino de la tierra en sus yertas imágenes corría. Por la noche los muertos vagueaban, y los fúnebres gritos «¡Guerra! ¡Guerra!» do quiera los sepulcros exhalaban.	55	Brillaban tres colores en sus jirones al francés sagrados, del humo ennegrecidos, destrozados, pero por la victoria.	95
Una noche... ¡Atended! Era la hora en que los sueños lúgubres anuncian del sepulcro sombroso la triste voz; en que el segundo Bruto vio a su genio enlutado alzarse en el horror de las tinieblas; en que el feroz Ricardo, atormentado por sueño sin reposo,	60 65	«Te conocí soldado: ¡salud! hete ya rey –ella dijera–; de Marengo la espléndida jornada en tus fastos de gloria después que yo se encuentra colocada. Soy su hermana mayor, la que en Arcola protegí tu carrera, dictándole la voz airada, fuerte, que el valor de los tuyos reanimara cuando tan grande te miró la muerte que en medio a rayos mil te respetara.	100 105
	70	Trocaste en cetro de hierro mi bandera profanada. ¡Tiembla! Tu estrella eclipsada palidecer miro yo.	110
	75	La fuerza no tiene apoyo cuando sin freno se mira. ¡Adiós! Tu reinado expira y ya tu gloria pasó.»	115

Sobre su frente la segunda unía a la brillante palma del desierto los tesoros que encierra Alejandría. El fuego con que el sol a Egipto inunda sus ojos encendía. En los hijos de Omar ensangrentada ostentaba su mano por trofeo de Julio Cesar la terrible espada y el ilustre compás de Tolomeo.	120	con que feliz victoria se atavía! Pero cipreses bellos cual laureles su noble frente coronaban fieles como guirnalda fúnebre y sombría.	
«Te conocí de Francia desterrado ¡salud! hete ya rey –ella dijera–. Del famoso Tabor la gran jornada en tus fastos de gloria después que yo se encuentra colocada. Soy su hermana mayor; te debo el nombre que al pie de las pirámides obtuve. ¡Nombre inmortal! Del Nilo en las orillas vi los turbantes de Ismael hollados por tus caballos rápidos. Las artes a sus hijos preciados allí bajo tu égida colocaban, cuando al polvo de Menfis y de Tebas sus misterios augustos preguntaban. Si te extraviaste entonces en tu glorioso vuelo fue cual águila noble que fijando la vista al sol, y tras la luz volando, en los desiertos piérdese del cielo.	130	«No me conocerás hasta la hora que dejes de reinar: ¡escucha y tiembla! Ninguna otra jornada se ha de ver en tus fastos colocada en pos de mí. Tampoco tengo hermana mayor. Recuerdo amargo seré a la tierra de valor y pena. Libertaré a los reyes oprimidos, a los pueblos pasando su cadena. Los siglos dudarán al ver tu historia si tus soldados fuertes, de tanta y tanta hazaña escombros vivos, compañeros antiguos de tu gloria, más grandes parecieron en un día solo que revés sufrieron que en veinte años de dicha y de victoria.	165 170 175 180
Bajo tu cetro de hierro la quisiste ver ahogada. ¡Tiembla! tu estrella eclipsada palidecer miro yo.	140	Yo al fin echaré del cielo tu estrella triste, eclipsada, y quebraré con tu espada tu cetro férreo y atroz.	
La fuerza no tiene apoyo cuando sin freno se mira. ¡Adiós! Tu reinado expira y ya tu gloria pasó.»	145	La fuerza no tiene apoyo cuando sin freno se mira: ¡tiembla! tu reinado expira y ya tu gloria pasó.»	185
La postrera... ¡oh piedad! sus manos bellas cadenas oprimían. Con los ojos clavados en la tierra, do sus pasos dejaban ¡ay! ensangrentadas huellas, se acercaba temblando, perece, ¡no se rinde! murmurando. ¡Lejos de ella la pompa y los tesoros	150	Dijo; las tres al cielo encaminaban ya su raudo vuelo y aún el guerrero atónito escuchaba el fatídico acento que pesaba sobre su alma oprimida. Mas al redoble del tambor guerrero se dispó su imagen importuna, cual la pálida lumbre de la luna del sol ardiente al esplendor primero.	190 195
	155	Creendo haber domado los hijos fieros de Pelayo fuerte, sube otra vez al carro vagabundo en que llevar pensaba por el mundo la esclavitud y muerte.	200
	160		

De un salto pasa por su vasto imperio. Sus fogosos caballos, anhelantes, que se desfallecían bajo el cielo del sur, fiero, abrasado, para refrigerarse ya bebían del Berésina helado.			
Fiado en estrella infiel se adormecía, por lisonjeros viles fascinado, y cuando ya caía, de la tierra el imperio meditaba.	210		
Abrió los ojos al fragor del rayo ¿y dónde se encontró? Sobre una roca do a todos los monarcas inquietaba con su vida importuna.	215		
Mas presente do quier se le miraba, grande cual su desgracia, destronado, pero inmutable, alzado en los escombros ¡ay! de su fortuna.	220		
		Quedó Europa vacía y cubierta de luto la victoria. Así de falta en falta, de tormenta en tormenta, vino a morir sobre el escollo estéril do naufragó su gloria. En torno de su tumba murmurando el mar su pena ostenta.	225
		Te recibió un peñasco sin corona y sin vida cuando antes contenerte no pudiera un imperio vastísimo. A la tumba contigo descendieron tu imperial porvenir, tu dinastía. De tarde en ella el pescador reposa y sus pesadas redes levantando, se aleja lentamente, cavilando en su trabajo del siguiente día.	230 235

Notas:

61. En AP, pp. 340-342; en *Poesías*, 1840, pp. 122-130. | Título: En *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda». | [*N. del a.*] Este poema es traducción libre de la última de las tres *Messeniennes nouvelles*, publicadas ha pocos meses por mister C. Delavigne. Empecé la versión con el sólo objeto de distraer algunos ratos de tedio y tristeza. Me encontré con ella concluida y la agrego aquí esperando que la novedad y nobleza de los pensamientos dé a otros el mismo placer que a mí. [Nota tomada por JMG de *Poesías*, 1825.]

v. 30. *Poesías*, 1840: *y en* (por *de*).

v. 44. *Poesías*, 1840: *yela* (por *hiela*).

v. 103 *Poesías*, 1840: *de* (por *que*).

v. 104. *Poesías*, 1840: *Arcole* (por *Arcola*).

v. 204. *Poesías*, 1840: *caballos fogosos* (por *fogosos caballos*).

62

A NAPOLEÓN

Sin rey ni leyes, Francia desolada de anárquico furor cayó en la hoguera: salvola Bonaparte: lisonjera la gloria en cetro convirtió su espada.		en Moscou, en Madrid su águila fiera, en Roma y Viena y en Berlín vio alzada.	
Tembló a su voz Europa consternada: reyes la dispensó con faz severa;	5	¡Cómo cayó! Vencido, abandonado en un peñasco silencioso expira dando ejemplo a los déspotas terrible.	10

Al contemplar su fin desventurado
clama la historia que su genio admira:
«no hay opresor por fuerte irresistible».

Notas:

62. En AP, p. 342; en *Poesías*, 1840, p. 131. | Título: en *Poesías*, 1840, «Soneto a Napoleón».

63

MEDITACIÓN MATUTINA

Pasé la noche tranquila en el sueño sepultado y por la luz despertado, saludo al sereno albor. Como si naciese ahora siento y gozo la existencia: mi alma cobra su potencia y a ti se eleva, ¡Señor!	5	Presto cerrará mis ojos otro sueño más profundo; noche más larga del mundo el cuadro me velará. Pero siempre mi flaqueza sostendrá tu mano fuerte y aún más allá de la muerte piadosa me salvará.	20
Tu mano sabia me guíe por el arduo laberinto en cuyo triste recinto vagará mi incierto pie. Y protéjame tu escudo del crimen y sus furores de los peligros y errores que débil arrostraré.	10 15	Este sueño misterioso debe terminar un día, y esa tiniebla sombría disipará tu esplendor. Me inundará luz eterna rasgado el fúnebre velo y las delicias del cielo me dará tu inmenso amor.	25 30

Notas:

63. En AP, p. 343; en *Poesías*, 1840, pp. 132-133.
v. 25. *Poesías*, 1840: *Ese* (por *Este*).

64

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO

Al brillar la razón en su alma pura
miró los males del doliente suelo:
gimió y, los ojos revolviendo al cielo,
voló buscando perenal ventura.

Notas:

64. En AP, p. 343; en *Poesías*, 1840, p. 134. | Título: En *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Epitafio».
v. 1. *Poesías*, 1840: *a* (por *en*).

EL CONSUELO

¡Ay! ¿por qué, adorada mía, cuando la noche agradable nos convida a ser dichosos gimes triste y anhelante? Están ajadas y mustias	5	me cavaban los pesares	30
las rosas de tu semblante y en desorden tempestuoso tu seno trémulo late. En vano con tu sonrisa te esfuerzas ¡ay! a halagarme...	10	y mi juventud robusta cual flor sentí marchitarse. Fatigado de la vida, viendo la huesa delante, quise cortar mis dolores	35
¡Triste y amarga sonrisa que no puede fascinarme! ¡Yo estar contento y tranquilo cuando padece mi amante...! Yo fuera si lo estuviese	15	y en ella precipitarme. ¡Ay! si hubiera ejecutado mis proyectos criminales, ni gozara de tu vista, ni de tu amor inefable.	40
el más vil de los mortales. ¡Oh mujer idolatrada! Conmigo tus penas parte, y llorarás en mi seno y el llanto sabrá aliviarte.	20	¡Ángel de paz! Dios piadoso te destinó a consolarme... El hacerme tan dichoso ¿a tu dicha no es bastante? Deja adorada que el tiempo	45
De esta luna silenciosa a la luz grata y süave, al susurro de las hojas que leve el céfiro bate, también de melancolía	25	la región impenetrable del porvenir nos descubra y no angustiosa te afanes. ¿De la tórtola no escuchas el arrullo lamentable	50
siento mi pecho llenarse, y la voz oír me parece de mi malogrado padre. Un año ha que frío sepulcro		que en noche tan clara y pura dulce resuena en los aires? Él manda amor: ven querida y entre mis brazos amantes olvida, como yo olvido, los cuidados y pesares.	55
		1822	

Notas:

65. En AP, pp. 343-344.

RECUERDOS

Salve asilo solitario de mis amores testigo, cuando en tu techo conmigo la triste Laura vivió.		¡Ay! esta joven, objeto de mi dolor y ternura, descansa en la sepultura que sus gracias devoró.	5

En esta calle sombrosa a mi lado paseaba y con delicia pensaba que nos íbamos a unir.	10	Es la cabra, que muy tarde a su seno desecado un bálsamo regalado en su leche prodigó.	30
Con ceguedad la infelice condenada por la suerte, ya en los brazos de la muerte me hablaba de porvenir.	15	Guárdala, cabra querida, de toda extranjera mano: un día, tal vez cercano, de ti necesitaré.	35
Una lánguida sonrisa vagaba por su semblante y disipaba un instante su profunda palidez.	20	Marchito siento inclinarse la flor de mi vida triste: el favor que a Laura hiciste lánguido te pediré.	40
Y yo triste, desolado, viendo con terror su calma, en el fondo de mi alma lloraba ya mi viudez...		Pero ya baja la noche y su tenebroso velo envuelve la tierra y cielo en silencio y en horror.	
...¿Mas entre los matorrales del alto bosque en la orilla resuena la campanilla?... ¡Oh recuerdo de dolor!	25	En la oscuridad profunda aún la casa ver quisiera donde ya nadie me espera, donde no habita mi amor.	45

Notas:

66. En AP, p. 344; en *Poesías*, 1840, pp. 135-136. | Título: En *Poesías*, 1840, «*Los recuerdos*» y como subtítulo: «*Letrilla*».

v. 35. *Poesías*, 1840: «tal vez *ya* cercano».

v. 37. *Poesías*, 1840: *marchita* (por *marchito*).

67

LA FLOR

Flor solitaria y modesta que del valle fuiste honor, tus restos vagan marchitos al soplo del aquilón.		Ayer la bella pastora viendo tu fresco verdor que su hermosura realzaras envanecida esperó.	10
Igual suerte nos oprime, cedemos al mismo Dios; una hoja te quita el viento y un placer me dice adiós.	5	Mas ¡ay! sobre el mustio tallo te inclinaste con dolor y su amante cuidadoso encontrarte no logró.	15

A su vuelta suspiraba:
no te aflijas ¡oh pastor!
aún vive tu fiel amante,
sólo perdiste la flor. 20

¡Mísero! mi dulce amiga
como una sombra pasó,
y la dicha de mi vida
cual sueño se disipó.

Bella fue, joven y amable: 25
su brillo se marchitó
y tres veces en su tumba
la yerba reverdeció.

¡Ay! escuchar imagino
su dulce argentada voz 30
y que me dice: «Te aguardo:
¿olvidastes ya mi amor?»

Notas:

67. En AP, pp. 344-345; en *Poesías*, 1840, pp. 137-138.
v. 32. *Poesías*, 1840: *olvidastes* (por *olvidaste*).

68

A ELPINO

¡Feliz, Elpino, el que jamás conoce
otro cielo ni sol que el de su patria!
¡Ay! ¡si ventura tal contar pudiera!

Tú empero, partes y a la dulce patria
tornas... ¡Dado me fuera
tus pisadas seguir! ¡oh, cuán gozoso
tu triste amigo oyera
el ronco son con que la herida playa
al terrible azotar del océano
responde largamente! Sí, la vista
de sus ondas fierísimas, hirviendo
bajo huracán feroz, en mi alma vierte
sublime inspiración, y fuerza y vida.
Yo contigo, sus iras no temiendo
al vórtice rugiente me lanzara.

¡Oh! ¡cómo palpitante saludara
las dulces costas de la patria mía
al ver pintada su distante sombra
en el tranquilo mar del mediodía!
¡Al fin llegado al anchuroso puerto,
volando a mi querida,
al agitado pecho la estrechara
y a su boca feliz mi boca unida
las pasadas angustias olvidara!

Mas, ¿a dónde me arrastra mi delirio?
Partes, Elpino, partes y tu ausencia

de mi alma triste acrecerá el martirio.
¿Con quién ¡ay Dios! ahora
hablaré de mi patria y mis amores
y aliviaré gimiendo mis dolores? 30
El bárbaro destino
5 del Tezcuco en las márgenes ingratas
me encadenó tal vez hasta la muerte.
Hermoso cielo de mi hermosa patria,
¿no tornaré ya a verte?... 35

10 Adiós, amigo: en venturoso puerto
a mi amante verás... Elpino, dila
que el infeliz Fileno
le amará hasta morir... Dila cuál gimo
lejos de su beldad y cuántas veces 40
15 regó mi llanto sus memorias caras.
Cuéntale de mi frente ya marchita
la palidez mortal... Adiós, Elpino,
adiós, ¡y sé feliz! Vuelve a la patria,
y cuando tu familia y tus amigos 45
caricias te prodiguen, no perturbe
20 tu cumplida ventura
de Fileno doliente la memoria.
Mas luego no me olvides, y piadoso
cuando recuerdes la tristeza mía, 50
un suspiro de amor de allá me envía.

25 1819

Notas:

68. En AP, p. 345; en *Poesías*, 1840, pp. 139-140. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda».
- v. 15. AP: *rugente* (por *rugiente*); corrijo según *Poesías*, 1840.
- v. 18. *Poesías*, 1840: *juntada* (por *pintada*).
- v. 22. *Poesías*, 1840: *el* (por *al*).
- v. 32. *Poesías*, 1840: *Texcoco* (por *Tezcuco*).
- v. 33. *Poesías*, 1840: *encadena* (por *encadenó*).
- v. 35. *Poesías*, 1840: *yo* (por *ya*).
- v. 36. *Poesías*, 1840: no aparece la preposición *en*.
- v. 38. *Poesías*, 1840: *mismo* (por *infeliz*).
- Data: *Poesías*, 1840: sin data.

69

EN MI CUMPLEAÑOS

Gustavi paululum mellis et ecce morior.
I. Reg. XIV 43

Volaron ¡ay! del tiempo arrebatados
ya diez y nueve abriles desde el día
que me viera nacer, y en pos volaron
mi niñez, la delicia y el tormento
de un amor infeliz...

Con mi inocencia
fui venturoso hasta el fatal momento
en que mis labios trémulos probaron
el beso del amor... ¡Beso de muerte!
¡Origen de mi mal y llanto eterno!
Mi corazón entonces inflamaron
del amor los furiosos y delicias,
y el terrible huracán de las pasiones
mudó en infierno mi inocente pecho,
antes morada de la paz y el gozo.
Aquí empezó la bárbara cadena
de zozobra, inquietudes, amargura
y dolor inmortal, a que la suerte
me ató después con inclemente mano.
Cinco años ha que entre tormentos vivo,
cinco años ha que por do quier la arrastro
sin que me haya lucido un solo día
de ventura y de paz. Breves instantes
de pérfido placer no han compensado
el tedio y amargura que rebosa
mi triste corazón, a la manera

5
10
15
20
25

que la luz pasajera
del relámpago raudo no disipa
el horror de la noche tempestuosa.

El insano dolor nubla mi frente,
do el sereno candor lucir se vía
y a mis amigos plácidos reía;
marchitando mi faz, en que inocente
brillaba la expresión que amor inspira
al rostro juvenil... ¡Cuán venturoso
fui yo entonces, oh Dios! Pero la suerte
bárbara me alejó de mi adorada.
¡Despedida fatal! ¡Oh postrer beso!
¡Oh beso del amor! Su faz divina
miré por el dolor desfigurada.
Díjome ¡adiós! Sus ayes
sonaron por el viento
y adiós le dije en furibundo acento.

30
35
40
45
50

En Anáhuac mi fúnebre destino
guardábame otro golpe más severo:
mi padre ¡oh Dios! mi padre, el más virtuoso
de los mortales... ¡Ay! la tumba helada
en su abismo le hundió. ¡Triste recuerdo!
Yo vi su frente pálida, nublada
por la muerte fatal... ¡Oh! cuán furioso
maldije mi existencia

y osé acusar de Dios la providencia.
De mi adorada en los amantes brazos
buscando a mi dolor dulce consuelo,
quise alejarme del funesto cielo
donde perdí a mi padre. Moribundo
del Anáhuac volé por las llanuras
y el mar atravesé. Tras él pensaba
haber dejado el dardo venenoso
que mi doliente pecho desgarraba;
mas de mi patria saludé las costas
y su arena pisé, y en aquel punto
le sentí más furioso y ensañado
dentro mi corazón. Hallé perfidia
y maldad y dolor...

Desesperado

de fatal desengaño en los furores
ansié la muerte, detesté la vida:
¿qué es ¡ay! la vida sin virtud ni amores?
Solo, insociable, lúgubre y sombrío,
como el pájaro triste de la noche,
por doce lunas el delirio mío
gimiendo fomenté. Dulce esperanza
vislumbrome después: nuevos amores,
nueva inquietud y afán se me siguieron.
Otra hermosura me halagó engañosa
y otra perfidia vil... ¿Querrá la suerte
que haya de ser mi pecho candoroso
víctima de doblez hasta la muerte?
¡Mísero yo! ¿y he de vivir por siempre
ardiendo en mil deseos insensatos
o en tedio insoportable sumergido?
Un lustro ha que encendido
busco ventura y paz, y siempre en vano.
Ni en el augusto horror del bosque umbrío,
ni entre las fiestas y pomposos bailes
que a loca juventud llenan de gozo,
ni en el silencio de la calma noche
al esplendor de la callada luna,
ni entre el mugir tremendo y estruendoso
de las ondas del mar hallarlas pude.
En las fértiles vegas de mi patria
ansioso me espacié. Salvé el océano,
trepé los montes que de fuego llenos
brillan de eterna nieve coronados,
sin que sintiese lleno este vacío

dentro del corazón. Amor tan sólo 95
me lo puede llenar, él sólo puede
curar los males que me causa impío.

55 Siempre los corazones más ardientes
melancólicos son: en largo ensueño
consigo arrastran el delirio vano 100
e impotencia cruel de ser dichosos.
El sol terrible de mi ardiente patria
60 ha derramado en mi alma borrascosa
su fuego abrasador: así me agito
en inquietud amarga y dolorosa. 105
En vano ardiendo con aguda espuela
al generoso, volador caballo
por llanuras anchísimas lanzaba
y su extensión inmensa devoraba
65 por librarme de mí: tan sólo al lado 110
de una mujer amada y que me amaba
disfruté alguna paz. Lola divina,
el celeste candor de tu alma pura
con tu tierna piedad templó mis penas,
70 me hizo grato el dolor... ¡Ah! vive y goza, 115
sé de Cuba la gloria y la delicia;
pero a mí ¿qué me resta, desdichado,
sino sólo morir?...

75 Do quier que miro
el fortunado amor de dos amantes,
sus dulces juegos e inocente risa, 120
la vista aparto, y en feroz envidia
arde mi corazón. En otro tiempo
80 anhelaba lograr infatigable
de Minerva la espléndida corona;
ya no la precio: «amor» «amor» tan sólo 125
suspiro sin cesar, y congojado
mi corazón se oprime... ¡Cruel estado
85 de un corazón ardiente sin amores!

¡Ay! ni mi lira fiel que en otros días
mitigaba el rigor de mis dolores 130
me puede consolar. En otro tiempo
90 yo con ágiles dedos la pulsaba,
y dulzura y placer en mí sentía,
y dulzura y placer ella sonaba.
En pesares y tedio sumergido 135
hoy la recorro en vano,

y sólo vuelve a mi anhelar insano:
«voz de dolor y canto de gemido».

22 de diciembre de 1822.

Notas:

69. En AP, pp. 346-347; en *Poesías*, 1840, pp. 141-146. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda». En nota final, esta edición comenta: «Parece que hay algunas supresiones en esta pieza»
v. 30. *Poesías*, 1840: *huir* (por *lucir*).
v. 42. *Poesías*, 1840: *la* (por *le*).
v. 44. *Poesías*, 1840: *guardábanme* (por *guardábame*).
v. 56. *Poesías*, 1840: *Análmac* (por *Anáhuac*).
v. 70. *Poesías*, 1840: *lunes* (por *lunas*).
v. 88. *Poesías*, 1840: *estrenduoso* (por *estruendoso*).
v. 90. *Poesías*, 1840: *regas* (por *vegas*).
v. 111. *Poesías*, 1840: *amase* (por *amaba*).
v. 138. [*N. de JMG*] Primer verso de la oda de Herrera a la muerte del rey don Sebastián.
Data: *Poesías*, 1840: sin data.

70

LA LÁGRIMA DE PIEDAD

¡Cómo exalta y diviniza el rostro de la hermosura la expresión celeste y pura de la sensibilidad!		si al pobre anciano alimenta con modesta caridad.	20
¡Cuán extático, mi amiga, tu semblante contemplaba, cuando en tus ojos temblaba la lágrima de piedad!	5	¡Y lo niega ruborosa! ¿Es un ángel o una bella?... ¡Ved!... en sus ojos centella la lágrima de piedad.	
Grata es la luz apacible que occidente nos envía, cuando al expirante día sepulta la eternidad.	10	El delicioso rocío que vierte nocturno cielo llanto es, y al árido suelo torna frescura y beldad.	25
Del crepúsculo es la hora grata al alma pensativa; pero muy más la cautiva la lágrima de piedad.	15	Cuajado sobre las flores ¡cómo en la luz resplandece! Pero su brillo oscurece la lágrima de piedad.	30
Ved a la virgen amable cuánto más bella se ostenta		¡Cuánto es horrible la vida al que ama desesperado! ¡Cómo del objeto amado le atormenta la beldad!	35

¡Una lágrima!... Bendigo
 todo el rigor de mi suerte.
 ¿Es el amor quien la vierte
 o es lágrima de piedad? 40

¡Oh! mi bien ¡ay!... no te ofenda
 el escuchar que te adoro;

nos divide, no lo ignoro,
 tirana desigualdad.

Nada exijo. ¿Por ventura 45
 deberás negar impía
 a la triste pasión mía
 lágrimas ¡ay! de piedad?

Notas:

70. En AP, pp. 347-348; en *Poesías*, 1840, pp. 147-148. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Letrilla».

v. 27. *Poesías*, 1840: *el* (por *al*).

71

LOS SEPULCROS

Dedicado a don Manuel Robuedo

De lánguidos cipreses a la sombra
 y en urnas que el amor baña con llanto,
 ¿es más plácido el sueño de las tumbas?
 Cuando el sol a mis ojos extinguidos
 no resplandezca ya, ni a mis oídos 5
 llegue la dulce voz de la armonía,
 ni el tierno amor mi corazón inflame,
 ni el halagüeño porvenir me ría,
 ¿podrá darme consuelo yerta losa
 que distinga mis huesos de otros tantos 10
 que en la tierra y el mar siembra la muerte?
 No, querido Manuel; aún la esperanza,
 diosa final, de los sepulcros huye:
 el pavoroso indiferente olvido
 lo envuelve todo en su profunda noche; 15
 y el hombre, los sepulcros y ruinas
 de tierra y cielo, en insondable abismo
 sepulta el tiempo con helada mano.
 Mas ¿para qué los míseros mortales,
 al tiempo anticipándose, destruyen 20
 la piadosa ilusión que en los umbrales
 de la huesa fatal detiene al muerto?
 ¿Aún no vive en la tumba cuando puede
 tras sí dejar recuerdos cariñosos
 o de útil gloria noble monumento? 25
 Esta de afectos comunión divina
 es un celeste don a los humanos:

por ella con los muertos aún vivimos
 y con nosotros ellos. Sus reliquias
 de la inclemencia y del profano vulgo 30
 defiende la piedad. El caro nombre
 conserva el mármol o la piedra humilde,
 a árboles odoríferos, floridos
 con blanda sombra las cenizas bañan.

Sólo quien al amor negó su pecho 35
 se concentra en la tumba. Su alma triste
 se precipita al tormentoso Averno
 o bien se acoge a las inmensas alas
 de la clemencia celestial. Su polvo
 cubren los cardos y ominosa ortiga; 40
 que sobre las reliquias de los muertos
 jamás brotaron apacibles flores,
 si no las riega del afecto el llanto.

Do quier que sociedad juntó a los hombres,
 contra los elementos y las fieras 45
 guardaron los cadáveres. Las tumbas
 garantizaban los remotos pactos,
 eran aras también y fue temido
 sobre el paterno polvo el juramento.
 Los cedros, los cipreses y los sauces, 50
 llenando el aire con efluvios puros,
 sombra perenne y plácida tendían

sobre las urnas. Los amigos fieles		Las urnas de los sabios y los fuertes	
una centella al sol arrebataban		patriótico valor, virtud respiran.	
para alumbrar la subterránea noche	55	De Maratón las coronadas tumbas	
que en sepulcrales bóvedas reinaba,		los magnánimos pechos inflamaron	
porque siempre los ojos moribundos		a los héroes de Grecia, y la semilla	70
buscan al sol y el último suspiro		de un bosque de laureles germinaron.	
a la nublada luz todos exhalan.		Al contemplar de Washington divino	
De agua lustral murmuradoras fuentes	60	el modesto sepulcro, nos llenamos	
violetas y amarantos producían,		de amor de patria y libertad, y osamos	
y los hijos, las madres, las esposas,		luchar con los tiranos y el destino.	75
al obsequiar las adoradas tumbas			
con láctea libación, en la fragancia			
elíseo aroma respirar creían.	65		

Notas:

72

Cuánto es bella la tierra que habitaban los aztecas valientes. En su seno en una estrecha zona concentrados con asombro se ven todos los climas que hay desde el polo al ecuador. Sus llanos	5	Era la tarde; su ligera brisa las alas en silencio ya plegaba, y entre la yerba y árboles dormía mientras el ancho sol su disco hundía detrás de Iztaccíhuatl. La nieve eterna cual disuelta en mar de oro, semejava temblar en torno de él: un arco inmenso	25
cubren a par de las doradas mieses las cañas deliciosas. El naranjo y la piña y el plátano sonante, hijos del suelo equinoccial, se mezclan a la frondosa vid, al pino agreste,	10	de luz vestido y centellante gloria, de sus últimos rayos recibía los colores riquísimos. Su brillo desfalleciendo fue; la blanca luna y de Venus la estrella solitaria	30
y de Minerva al árbol majestuoso. Nieve eternal corona las cabezas de Iztaccíhuatl purísimo, Orizaba y Popocatepetl; sin que el invierno toque jamás con destructora mano	15	en el desierto cielo se veían. ¡Crepúsculo feliz!, hora más bella que la alma noche o el brillante día, ¡cuánto es dulce tu paz al alma mía!	35
los campos fertilísimos, do ledo los mira el indio en púrpura ligera y oro teñirse reflejando el brillo del sol en occidente, que sereno en hielo eterno y perennal verdura	20	Hallábame sentado en la famosa cholulteca pirámide. Tendido el llano inmenso que ante mí yacía, los ojos a espaciarse convidaba.	40
a torrentes vertió su luz dorada y vio a naturaleza conmovida con su dulce calor hervir en vida...			45

¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría que en estos bellos campos reina alzada la bárbara opresión y que esta tierra brota mieses tan ricas abonada con sangre de hombres, en que fue inundada por la superstición y por la guerra?...	50	Y tú, ¿eterno serás? Tal vez un día de tus profundas bases desquiciado caerás; abrumará tu gran ruina el yermo Anáhuac; alzaránse en ella nuevas generaciones y orgullosos que fuiste negarán...	90
Bajó la noche en tanto. De la esfera el leve azul, oscuro y más oscuro se fue tornando; la movable sombra de las nubes serenas que volaban por el espacio en alas de la brisa era visible en el tendido llano; Iztaccíhuatl purísimo volvía del argentado rayo de la luna el plácido fulgor, y en el oriente, bien como puntas de oro, centelleaban mil estrellas y mil... ¡Oh, yo os saludo fuentes de luz que de la noche umbría ilumináis el velo y sois del firmamento poesía!	55	Todo parece por ley universal. Aún este mundo tan bello y tan brillante que habitamos es el cadáver pálido y deforme de otro mundo que fue...	95
Al paso que la luna declinaba y al ocaso fulgente descendía, con lentitud la sombra se extendía del Popocatepetl y semejava fantasma colosal. El arco oscuro a mí llegó, cubriome y su grandeza fue mayor y mayor, hasta que al cabo en sombra universal veló la tierra.	60	En tal contemplación embebecido sorprendiome el sopor. Un largo sueño de glorias engolfadas y perdidas en la profunda noche de los tiempos descendió sobre mí. La agreste pompa de los reyes aztecas desplegóse a mis ojos atónitos. Veía entre la muchedumbre silenciosa de emplumados caudillos levantarse el déspota salvaje en rico trono, de oro, perlas y plumas recamado; y al son de caracoles belicosos ir lentamente caminando al templo la vasta procesión, do la aguardaban sacerdotes horribles, salpicados con sangre humana rostros y vestidos. Con profundo estupor el pueblo esclavo las bajas frentes en el polvo hundía y ni mirar a su señor osaba, de cuyos ojos férvidos brotaba la saña del poder.	100
Volví los ojos al volcán sublime, que velado en vapores transparentes, sus inmensos contornos dibujaba de occidente en el cielo. ¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo de las edades rápidas no imprime alguna huella en tu nevada frente? Corre el tiempo veloz, arrebatando años y siglos, como el norte fiero precipita ante sí la muchedumbre de las olas del mar. Pueblos y reyes viste hervir a tus pies, que combatían cual hora combatimos, y llamaban eternas sus ciudades, y creían fatigar a la tierra con su gloria. Fueron: de ellos no resta ni memoria.	70		105
	75		
	80	Tales ya fueron tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo, su vil superstición y tiranía en el abismo del no ser se hundieron. Sí, que la muerte, universal señora, hiriendo a par al déspota y esclavo, escribe la igualdad sobre la tumba. Con su manto benéfico el olvido tu insensatez oculta y tus furores a la raza presente y la futura. Esta inmensa estructura vio a la superstición más inhumana	120
	85		125
			130

en ella entronizarse. Oyó los gritos
 de agonizantes víctimas, en tanto
 que el sacerdote sin piedad ni espanto
 les arrancaba el corazón sangriento; 135
 miró el vapor espeso de la sangre
 subir caliente al ofendido cielo
 y tender en el sol fúnebre velo,
 y escuchó los horrendos alaridos
 con que los sacerdotes sofocaban 140
 el grito del dolor...

1820

Notas:

72. En AP, pp. 349-350; en *Poesías*, 1840, pp. 152-157. | Título: en *Poesías*, 1840, sólo el título y a continuación y entre paréntesis: «territorio mexicano». | [*N. de JMG*] *Teocalli* llamaban los mexicanos antiguos a sus templos, por sus gigantescas dimensiones. El de Cholula está sobre una pirámide que llaman en el país el «monte hecho a mano» y se cree construida por los tolteques.

v. 2. [*N. de JMG*] *Aztecas* o azteques son los verdaderos mexicanos y los últimos pobladores del Anáhuac, donde se establecieron por los años 1160 de la era vulgar. | *Poesías*, 1840: *Arteras* (por *aztecas*).

v. 13. [*N. de JMG*] *Iztaccihuatl*: *La mujer blanca*: montaña de la sierra nevada de México, cuya altura sobre el nivel del mar es de 4786 metros. | [*N. de JMG*] *Orizaba*: Montaña de México elevada 2595 metros sobre el nivel del mar.

v. 14. [*N. de JMG*] *Popocatepetl*: Volcán de México, cuya altura, según Humboldt, excede en 716 varas a las más elevadas cumbres del antiguo continente.

v. 20. *Poesías*, 1840: *yelo* (por *hielo*).

v. 61. *Poesías*, 1840: *centellaban* (por *centelleaban*).

v. 99. En *Poesías*, 1840, se anota sobre este verso: «Se ve que falta algo que se suprimió».

v. 105. *Poesías*, 1840: nuevamente *Arteras* (por *aztecas*).

Coda: En *Poesías*, 1840, el poema registra una estrofa adicional: «Muda y desierta / ahora te ves, pirámide. Mas vale / que semanas de siglos yazcas yerma, / y la superstición a quien serviste / en el abismo del infierno duerma! / A nuestros nietos últimos, empero, / sé lección saludable; y hoy al hombre / que ciego en su saber fútil y vano / al cielo, cual Titán, truena orgulloso, / sé ejemplo ignominioso / de la demencia y del furor humano.». A continuación, en nota, se precisa: «Esta pieza parece muy recortada y llena de supresiones. Forma parte de un gran poema o canto sobre los mexicanos».

Data: *Poesías*, 1840 agrega: «a los 17 años de su edad».

Non omnis moriar.

Horacio

¡Oh Dios, cuya inefable providencia abarca la creación y la dirige, y cuyo ardiente espíritu la inflama y extiende aún más allá su noble imperio; tú, de la eternidad señor augusto, oye mi humilde voz! Llene mi canto la celestial inspiración y pueda con enérgico tono irresistible revelar a los hombres el tesoro de la inmortalidad. Glorioso tema de infinita importancia y muy más grato al que te ama mejor y más te adora.		en línea inmensurable. Su alma sube trémula, ardiente, cual etérea llama: la humilde fe y el celo fervoroso sus alas son para subir al cielo.	40
	5	El mundo material en varias formas muere y revive, y en perenne giro lo tienen y tendrán la vida y muerte; pues ni siquiera un átomo invisible, que una vez existió, vuelve a la nada,	45
	10	imprevisión mostrando en el Eterno si la materia es inmortal, ¿acaso la esencia inmaterial, el alma pura, el pensamiento, la razón podrían en el inerte polvo aniquilarse?	50
Naturaleza, tu hija misteriosa, de ti, inmutable, mutación eterna recibiera por don y al hombre instruye con oráculo mudo y elocuente. Ella en revolución perpetua gira: todo cambia sin fin, nada perece. Sigue la noche al refulgente día y a noche oscura nuevo sol: los astros salen, se ponen y a mostrarse vuelven, y la tierra también a ejemplo suyo aspecto muda y formas. El verano de verdura brillante revestido y coronado con risueñas flores, cede al otoño pálido. El invierno sigue después de hielos erizado al dulce otoño y a sus áureos frutos hace desaparecer y reina impío, hasta que la florida primavera, con aliento genial y delicioso, templa sus iras y restaura al mundo. Cuanto vegeta y vive se marchita para reflorece, y cual en rueda que gira con violencia, todo baja para subir. ¡Emblema fiel del hombre que se altera, se oculta y no perece!	15	¿Podiera la sustancia más impura a la más noble preferir? Y el hombre para quien todo muere y resucita, ¿será el único ser que para siempre se abisma en el sepulcro tenebroso? ¿Será él solo sembrado en suelo estéril, menos feliz que el grano y la semilla por Dios a su alimento destinados? El solo y noble ser a quien el cielo atribuyó la facultad sublime de amar la vida y de temer la muerte, ¿a irrevocable fin fue destinado por severo capricho de la suerte?	55
	20		60
	25		65
	30	Si de natura el orden perdurable favorece mi tema, en voz más alta su gradación universal depone. Mirad los grados de su inmensa escala en que un ser intermedio siempre liga al superior y al inferior. Inerte la materia tal vez, dormida aguarda celeste aliento que la inspire vida.	70
	35	El vegetal combina misterioso la muerte y la existencia: luego un bruto existe y siente, y otro más felice un leve rayo a la razón usurpa, que con pleno fulgor brilla en el hombre.	75
Naturaleza en círculo constante por siempre gira, mas el hombre vuela			

Pero ¿cómo se alarga la cadena
 hasta los reinos de incorpórea vida
 que excluyen el dominio de la muerte?
 Su postrero eslabón es el humano
 que une el visible al invisible mundo,
 medio mortal, medio inmortal, etéreo
 por la razón, terrestre en los sentidos,
 las bestias a los ángeles enlaza.

Así natura por do quier publica
 de la inmortalidad el dogma santo;
 ¿y el incrédulo sordo a sus clamores
 osa aún desmentir su testimonio
 por no violar su alianza con la muerte,
 y a la razón frenético renuncia
 por no apartarse de su polvo amado
 y no exponerse a conquistar el cielo?
 ¡Mísera ceguedad! ¡Atroz insulto
 a la sublime dignidad del hombre!

Pero el sabio feliz, iluminado
 por la luz de la fe con noble tono,
 ajeno de temor dice a la muerte:
 «Cúmplase en mí la voluntad divina,
 disuélvase la tierra y desquiciados
 de sus lejanas órbitas descendan
 los astros graves y la tornen polvo.
 En su inmortalidad mi alma segura
 saldrá gloriosa del futuro caos.
 Sobre la inmensa universal ruina
 se asentará como en soberbio trono,
 predominando cual etérea llama
 la pira funeral del universo».

Recorramos la tierra y con asombro
 hallaremos espléndidos prodigios
 que casi eclipsan la beldad del cielo.
 Campos inmensos que do quiera cubren
 opimos frutos, deliciosas flores;
 mares hendidas por soberbias naos,
 do el hombre truena o generoso vierte
 goces, riqueza en apartados climas.
 El fuego, el mar, los vientos y planetas
 cual instrumentos dóciles le sirven,
 por su profundo genio sojuzgados.
 Aún las eternas, inflexibles rocas
 ceden a su poder: allana montes,

80 los precipicios colma y por do quiera
 mil ciudades magnificas erige, 125
 aún en medio del mar, que en vasto espejo
 su noble pompa y esplendor retrata.
 Soberbios templos álzanse a las nubes

85 con misteriosa majestad; los ríos
 corren suspensos por el aire vano, 130
 en mares se convierten las llanuras,
 o canales profundos atraviesan
 de mar a mar y las remotas aguas
 se confunden atónitas. El hombre

90 desentraña la tierra tenebrosa 135
 o mide audaz el ámbito del cielo,
 y nuevos elementos, nuevos astros
 feliz descubre; la creación ensancha
 y cede a su poder naturaleza.

95 ¡Espléndido, glorioso monumento 140
 del humano saber! ¡Cuadro sublime
 en que inmortalidad sentó su sello!
 ¿Pudiera el barro impuro, deleznable,
 elevarse a tan altas concepciones
 100 o desplegar tan generoso vuelo? 145

Mas si los argumentos de natura
 apareciesen frívolos y vanos,
 aún se hallarán más fuertes en el hombre.

105 ¡Ay! si éste duerme y cierra los oídos 150
 a la enérgica voz del universo,
 ¿puede cerrarlos al eterno grito
 de su agitado corazón? El necio
 que la inmortalidad combate insano,
 110 su sentencia fatal lleva consigo, 155
 como nuevo, infeliz Belerofonte.

Quien examine cauto el propio seno,
 en él encontrará pruebas sensibles
 de vida eterna; o la falaz natura
 despiadada burlándose del hombre
 115 con la misma verdad quiso engañarle. 160

Descontento, inquietud, vago deseo
 traban por siempre el corazón humano
 y de él destierran el sereno gozo.
 120 El rey bajo los áureos artesones 165
 y el vil pastor en su cabaña humilde,
 distintos en la suerte, en pena iguales,
 ansían, anhelan y a la par suspiran.

¿Será tal vez porque el visible mundo satisfacer no puede con sus dones? Mirad esos rebaños inocentes pastar la yerba que mojó la lluvia, con un placer purísimo, perfecto, y ved si anhelan más. ¿Por qué motivo se niega a su señor igual contento? Porque el centro glorioso de las almas no está en la tierra; y el sediento humano, por frívolos objetos seducido, cuanto disfruta más, más apetece. ¿Menos benigna al hombre que a los brutos fue natura tal vez? No: de las almas el alimento más precioso y puro, en el empíreo su celeste patria, el creador supremo les reserva. Por él suspiran con feliz instinto: bajo el dolor se oculta su grandeza y el perdurable afán que los agita es de inmortalidad segura prenda.	170 175 180 185	Sí, la inmortalidad tan sólo puede resolver el enigma tenebroso de la esperanza humana, el más oscuro: si al expirar morimos para siempre. La esperanza frenética y ansiosa, de nuestro gozo rápido asesina, todo presente bien huella y devora. ¿Por qué la posesión ya conseguida es siempre menos pura y deliciosa que la pintaba en sueños el deseo, y a férvido anhelar el tedio sigue? Porque a distancia inmensa de nosotros oculta la región de lo futuro el único, inmortal, sublime objeto digno del hombre, y su hacedor augusto allá dirige nuestro ardiente anhelo.	215 220 225
Es progresiva la razón del hombre; mas el instinto nace con el bruto en plena perfección, y aunque viviera un siglo y otro siglo, no saldría del círculo seguro que lo estrecha. Mas si el hombre del sol contemporáneo hubiera sido, su ánimo insaciable aún qué aprender y meditar tuviera. ¿Por qué, naturaleza, con el hombre tan dura fuiste ya? ¿Por qué incompleta salió la mejor obra de tus manos, cuando las otras menos importantes con asombrosa perfección puliste? O si al hombre imperfecto destinabas a prematuro fin, sin permitirle que fijase la esfera de su genio, ¿por qué dar a su pecho acongojado el terror ponzoñoso de la muerte? ¿Por qué le diste previsión infausta del futuro dolor? ¿Por qué le hiciste víctima de su ciencia lastimosa, y más que en rango, superior en penas? ¡Ah! la inmortalidad tan sólo puede revelar el enigma inexplicable y compensar sus males y dolores.	190 195 200 205 210	Es otro enigma la virtud. Mil veces la huella fiero el insolente crimen; y si todo se acaba en el sepulcro, si no hay reparación en otra vida, ¡cuán necios son sus mártires! En vano la formidable voz de la conciencia manda que la sigamos. ¿Pudo el cielo inculcar la virtud a sus criaturas si es decepción? ¿O la justicia eterna quiso burlarse del humano triste haciéndole adorar vano fantasma? No: la conciencia y la razón nos mienten o el alma es inmortal y en otro mundo glorioso galardón, terrible pena a la virtud y al crimen se prepara. Cuando en sueño balsámico adormida yace la tierra y sólo me acompañan en ardiente vigilia centellando las estrellas sin fin, que en torno adoran de media noche el silencioso trono, yo en soledad augusta me consagro a conversar con los ilustres muertos. ¡Cuántos modelos de virtud sublime y de patrio valor! ¡De cuántos genios en las gloriosas páginas alienta espíritu inmortal! Y, ¡tales almas, de la divinidad emanaciones, dejaron de existir? ¿Tan sólo fueron como fugaz fulgente meteoro	230 235 240 245 250 255

que arde, luce un momento y se disipa
en el nocturno espacio tenebroso?

Cuando seguimos al sepulcro triste 260
los restos de mortales afamados
por su ciencia o virtud, por cuanto estima
y alaba el hombre, ¿imaginar podemos
que no existen sus almas generosas
o que en inmunda corrupción terminen? 265
La ciencia, la virtud son nombres sacros
que respeta y aplaude y diviniza
universal instinto generoso.
Mas ¡ay! si los espíritus perecen,
sólo son dignos de piedad. El sabio 270
sólo aviva sus ojos penetrantes
para ver más miserias y delitos,
y la noble virtud, timbre glorioso
que une la tierra con el cielo puro,
es dañosa ilusión, delirio vano... 275
¿Engañará la voz del universo?

Mientras más penetramos en el hombre,
se ve más clara la impresión profunda
de un sello universal, augusto, eterno.
En el fondo del alma, firme base 280
de todo lo demás, siempre notamos
de saber y de amar instinto puro,
afectos esenciales al humano
como luz y calor al sol divino.
¿Y de qué sirven si las almas mueren? 285
Con mil y mil afanes alcanzamos
imperfecto saber y las más veces
responde a nuestro amor desdén helado
o pérfida traición. ¿Por qué natura
tan angélicos, puros apetitos 290
satisfacer nos veda plenamente
y a los brutos benigna satisface?
¿Es el hombre mejor mas infelice?

No: de saber y amar en el humano
la ilimitada facultad y anhelo 295
nos demuestran objetos infinitos;
del criador la inefable providencia,
por ley universal de la natura,
proporciona el objeto al apetito
y al poder de gozar. ¿Y el hombre solo 300
será triste excepción de ley tan sabia?

Si no le aguarda eternidad futura,
si aqueste asilo burla su esperanza,
el hombre es monstruo, del criador afrenta, 305
ominoso lunar, fúnebre nube
de la natura en el brillante aspecto.
Quien la inmortalidad niega del alma,
al mismo Dios frenético blasfema.

Aún las pasiones que al humano débil
con su furor funesto descarrían 310
de la santa virtud, y en su tumulto
a la razón y a la verdad acallan,
de su inmortalidad son testimonio.
Recorrámosla pues y comencemos
por la ambición, a la que siempre agita 315
fugoso anhelo de brillante fama.
¡Pero con cuánto afán lo disimula!
Si mira sus designios revelados,
aunque al más noble objeto se dirijan, 320
repentino rubor cubre su frente,
porque su dueño es inmortal. La sangre
subiendo así con misterioso instinto,
reprende al hombre que insensato busca
fugaz reputación, sutil elogio
en este vano y transitorio mundo, 325
y olvida ciego su inmortal destino.

La insaciabilidad del ambicioso
no es menos elocuente. Si de fama
la inextinguible sed su alma devora,
la admiración de un siglo menosprecia 330
y ansía que los aplausos de su gloria,
por mil generaciones repetidos,
al porvenir lejano se difundan;
eternizar ansiamos nuestro nombre:
vano delirio que jamás turbara 335
del hombre el corazón si el alma suya
también no fuese indestructible, eterna;
así el instinto previsor anuncia
un futuro interés, mas el humano
embrutecido su clamor desoye 340
o vana sombra por sustancia sigue.

De la inmortalidad sombra es la fama,
y sombra es en sí misma. Preguntadlo
al ambicioso y os dirá que siempre
a su estéril afán huye impalpable. 345

«¿Es todo aquesto?» Preguntaba Cesar del poder en la cumbre fastidiado, viendo a sus pies el universo y Roma. Así con vano ardor el ambicioso la tierra inunda en lágrimas y sangre y le avergüenza al fin su misma gloria, porque gloria más alta y perdurable ser el objeto espléndido, sublime, de su inmortal espíritu debiera.	350	el goce del amor que tan fogoso turba, embelesa, exalta los sentidos, siempre va del rubor acompañado, busca la grata sombra del misterio y con el manto del pudor se cubre? Este rubor, inspiración del cielo, nos anuncia que el hombre se degrada aún en el colmo de terrestre dicha; y aunque dormida la razón callase, aqueste solo instinto generoso nuestra inmortalidad revelaría.	385 390
Mas aunque mil peligros y pesares pérfida la ambición prodigue al hombre, nadie del corazón puede arrancarla do firme la plantó naturaleza. Absurdo fuera el célebre consejo que a Pirro dio el filósofo, pues antes domar pudiera su valor el mundo que la grave razón su alma fogosa. Una constante actividad interna, un elástico impulso al hombre agita por distinción en tronos y cabañas; porque el señor y el siervo son iguales en inmortalidad, y el alma eterna siempre ambiciona el oropel o el oro, la estimación mortal o la del cielo.	355 360 365	Sí: la inmortalidad explica sola del hombre los misterios, y sin ella con sus instintos pavoroso enigma y sus virtudes miserable sueño. Aún sus propios errores y delitos prueban su dignidad. Su sed eterna de oro, deleites y brillante fama dice que para objetos infinitos fue destinado. Sus pasiones fieras, para las cuales el visible mundo es estrecho teatro, le presagian existencia mejor, vuelo más noble y acreditan sus títulos al cielo.	395 400 405
El insaciable afán del triste avaro ofrece igual, irresistible prueba cuando con privaciones prolongadas, sin escuchar de la razón el eco, aún en el borde mismo del sepulcro guarda tesoros con errado instinto buscando eternidad sobre la tierra.	370 375	¡Detén aquí tu canto laborioso musa de la verdad! La antorcha pura de la razón, que tus humildes pasos ha dirigido, penetrar no puede el velo de tiniebla misterioso que el invisible mundo nos oculta, ni enseñarte sus goces y dolores. No al celestial espíritu debiste inspiración profética. La muerte, de todo impulso libertando el alma muy más allá del sol y las estrellas la hará subir sobre las ígneas alas de su inmortalidad, y el grande arcano revelará de su futura suerte.	410 415 420
Mas la sensualidad embrutecida, aunque se burla de futuros goces y audaz promete al hombre fascinado convertir en Edén aqueste mundo, prueba no menos mi glorioso tema. ¿Por qué nuestro deleite máspreciado,	380		

Notas:

73. En AP, pp. 351-355; en *Poesías*, 1840, pp. 158-172. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Poema». | Cfr. el prólogo de Barcelona, 1840, donde su autor afirma que el poema es imitación y, por momentos, traducción de la «Noche séptima» de Young (p. 7).

v. 10. *Poesías*, 1840: *su* (por *la*).

- v. 32. *Poesías*, 1840: *el* (por *al*).
- v. 58. *Poesías*, 1840: *avisme* (por *avisma*).
- v. 84. «*al* visible *el* invisible».
- v. 121. *Poesías*, 1840: *soyungados* (por *sojuzgados*).
- v. 124. *Poesías*, 1840: *calma* (por *colma*).
- v. 128. *Poesías*, 1840: *alcance* (por *álzanse*).
- v. 162. *Poesías*, 1840: *turban* (por *traban*).
- v. 183. *Poesías*, 1840: *criador* (por *creador*).
- v. 263 *Poesías*, 1840: *al* (por *el*).
- v. 314. *Poesías*, 1840: *Recorrámoslas* (por *Recorrámosla*); con todo, la forma gramaticalmente correcta sería *recorrámoslas*: nosotros *recorramos las* pasiones...
- v. 324 *Poesías*, 1840: *fútil* (por *sutil*).
- v. 416: *Poesías*, 1840: «de *lodo impuro desatando el alma*,».

74

INMORTALIDAD

Cuando en el éter fúlgido y sereno arden los astros por la noche umbría, el pecho de feliz melancolía y confuso pavor siéntese lleno.		Pero ¿qué digo? Irrevocable suerte también los astros a morir destina y verán por la edad su luz nublada.	10
¡Ay, así girarán cuando en el seno duerma yo inmóvil de la tumba fría!... Entre el orgullo y la flaqueza mía con ansia inútil suspirando peno.	5	Mas superior al tiempo y a la muerte mi alma verá del mundo la ruina a la futura eternidad ligada.	

Notas:

- 74. En AP, p. 355; en *Poesías*, 1840, p. 173. | Título: En *Poesías*, 1840, «*A la inmortalidad*» y como encabezado: «Soneto».
- v. 5. *Poesías*, 1840: *pararán* (por *girarán*).

75

CONTEMPLACIÓN

¡Cuán inmenso te extiendes y brillante, firmamento sin límites! Do quiera en el puro horizonte iluminado por la argentada lumbre de la luna, te asientas en el mar. Las mansas olas del viento de la tierra al blando sopro levemente agitadas, en mil formas vuelven la luz serena que despidе la bóveda esplendente, y el silencio		y la quietud que reina en el profundo llevan el alma a meditar. ¡Oh cielo, fuente de luz, eternidad y gloria! ¡Cuántas altas verdades he aprendido al fulgor de tus lámparas eternas! De mi niñez en los ardientes días mi padre venerable me contaba que Dios presente por do quier miraba del hombre las acciones, y en la noche	10 15
	5		

el cielo de los trópicos brillante
contemplando con éxtasis, creía
que tantas y tan fúlgidas estrellas
eran los ojos vivos, inmortales
de la divinidad.

Cuando la vista
a la región etérea levantamos,
atónitos en ella contemplamos
del Hacedor sublime la grandeza.
En el fondo del alma pensativa
se abre un abismo indefinible: el pecho
con suspirar involuntario invoca
una felicidad desconocida,
un objeto lejano y misterioso
que del mundo visible en los confines
no sabe designar. La fantasía
al recorrer la multitud brillante
de soles y sistemas enclavados
en su gloriosa eternidad, se humilla
ante el criador y tímida le adora.

Las leyes inmortales que encadenan
esta celeste fábrica, y los astros
en elíptico giro precipitan,
no desdeñan del hombre la miseria
y con profundo universal acento
le dictan su deber. En todo clima,
del polo al ecuador, su voz augusta
beneficencia y paz impone al hombre,
que de pasiones fieras agitado
turba con su furor el triste globo,
y a error, venganza y ambición erige
sangrientos y sacrílegos altares.

Alma sublime, universal del mundo,
que en los humanos pechos colocaste
la semilla del bien; la mente mía
de la santa virtud por el sendero
dígnate dirigir: abre mi oído
al grito del dolor; haz que mi seno
de la tierna piedad guarde la fuente,
y a la opresión, al crimen insolente
pueda arrostrar con ánimo sereno.

Notas:

75. En AP, pp. 355-356; en *Poesías*, 1840, pp. 174-176. | Título: En *Poesías*, 1840, «*La contemplación*» y como subtítulo: «*Oda seria*».

v. 1. *Poesías*, 1840: *tiendes* (por *extiendes*).

v. 6. AP: *manso* (por *blando*); corrijo según *Poesías*, 1840; probablemente se trate de una confusión, puesto que se repite la palabra en el verso anterior.

v. 40. *Poesías*, 1840: *el óptico* (por *elíptico*).

v. 53. *Poesías*, 1840: *sana* (por *santa*).

76

LA RELIGIÓN

Sobrado tiempo con dorada lira
canté de juventud las ilusiones
y en ligeras y fútiles canciones
los afectos vertí que amor inspira.
Hoy, santa religión, quiero cantarte
y con piadoso anhelo
mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad, que en ígneo trono
con tu solemne inspiración solías

animar el acento de Isaías
o del profeta rey el noble tono,
oye mi voz humilde que te implora;
mi tibio pecho inspira
y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida
brilla sin nubes el nocturno cielo,
quisiera suspirando alzar el vuelo
y a su perenne luz juntar mi vida.

Este secreto instinto me revela
 en soledad y calma
 que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nube de luz serena y pura
 vela el criador su ceño majestuoso
 y circundan su rostro misterioso
 la eternidad pasada y la futura.
 Compadece del hombre la miseria
 y su acento profundo
 por la revelación instruye al mundo.

¡Augusta religión! De luz cercada
 bajas al mundo, que el error oprime,
 mostrando el cielo en ademán sublime
 y con la santa cruz tu diestra armada.
 Cubre tus ojos venda misteriosa
 y majestuosamente
 brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el empíreo. De su altura
 tú nos anuncias el primer pecado,
 al hombre por su mal degenerado
 y la inefable redención futura.
 Viene al mundo Jesús, de los humanos
 (¡aventuroso destino!)
 reparador y redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina
 la feroz impiedad tachar no puede:
 la voz de los profetas le precede
 y el universo atónito se inclina.
 Enfrénase a su voz el mar airado
 y a su mandato fuerte
 su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira
 y de su inmenso amor víctima santa,
 entre tormentos, cuyo horror espanta,
 pálido el Hombre-Dios gime y expira.
 Núblase el sol y yerta se estremece
 la tierra oscurecida,
 en sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado
 triunfa Jesús, y con glorioso vuelo
 sube después al esplendente cielo,

20 vencedor de la muerte y del pecado. 60
 ¡Milagros inefables! Confundido
 ¡oh Cristo! yo te adoro,
 te confieso mi Dios, gimo y te imploro.

25 Mas la persecución fiera fulmina 65
 del infierno frenético lanzada,
 y con su pura sangre derramada
 sellan mártires mil su fe divina.
 Triunfas ¡oh religión! y al vasto mundo
 sojuzgas con presteza,
 nacida en la ignorancia y la pobreza. 70

30 El mísero mortal entre dolores
 al borde tiembla del sepulcro helado,
 que a la luz de su antorcha contemplado
 la mitad perderá de sus horrores.
 Ya la escena del mundo ve cerrada 75
 por la muerte severa
 y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza:
 al terminar su vida borrascosa,
 enciendes en la tumba misteriosa 80
 luz de inmortalidad y de esperanza;
 y su afligido corazón llenando
 de inefable consuelo,
 le haces entrar por el sepulcro al cielo.

45 Yo vi mil veces al tirano impío 85
 de hierro asolador el brazo armado
 teñirlo en sangre, y de terror cercado
 en crímenes fundar su poderío;
 y despreciando audaz a tierra y cielo,
 con sonrisa ominosa 90
 vile insultar la humanidad llorosa.

50 Hollando altivo a la virtud gobierna
 la tierra alguna vez el crimen fiero;
 mas es breve su imperio y pasajero:
 la justicia de Dios vigila eterna. 95
 55 De la virtud y la maldad existe
 un inmortal testigo.
 Hay otra vida y Dios, premio y castigo.

¡Dogma sublime! ¡Celestial consuelo
 que al hombre justo en el dolor sustenta! 100

Al sucumbir a la opresión sangrienta, eterno galardón busca en el cielo. Fija la vista en él y abroquelado con Dios y su conciencia, opone al crimen firme resistencia.	105	en tu infernal abismo apelaban a Dios del fanatismo!	125
Triunfas, ¡oh religión! De tu victoria irritados los genios infernales preparan las serpientes y puñales para manchar tu refulgente gloria. Núblase el aire ya, retiembla el suelo y del orco agitado lánzase al mundo el fanatismo armado.	110	¡Divina religión! Tú que veías al insolente monstruo dominando y en tu nombre a la tierra devorando en el seno de Dios tierna gemías. Él te escuchó. Retumbará la esfera con su decreto eterno y el fanatismo volverá al infierno.	130
Cubre su horror con tu brillante velo; brama, blande el puñal con faz umbría, y el humo negro de la hoguera impía la pura luz oscureció del cielo. Víctima suya el hombre te maldice, y con grito blasfemo feroz insulta al Hacedor supremo.	115	Cobrarás la pureza de tu cuna, como después del huracán violento en el atormentado firmamento con más cándida faz brilla la luna; y el mundo te verá desengañado dictar con dulce tono leyes de paz y amor desde tu trono.	135
¡Bárbara inquisición! ¡Cueva de horrores! Descubre al universo tus arcanos y de tus sacerdotes inhumanos los crímenes revela y los furores. ¡Cuántas víctimas ¡ay! atormentadas	120	Y libre al fin del duro cautiverio del odio y la fanática venganza, se abrirá el corazón a la esperanza y adorará tu celestial imperio, que ha de sobrevivir cuando se aduerma el tiempo fatigado en escombros del mundo aniquilado.	140

Notas:

76. En AP, pp. 356-358; en *Poesías*, 1840, pp. 177-182. | Título: En *Poesías*, 1840, «A la religión» y como subtítulo: «Oda».

v. 18. *Poesías*, 1840: *bien* (por *luz*).

v. 24. *Poesías*, 1840: *trono* (por *rostro*).

v. 60. *Poesías*, 1840: *el* (por *del*).

v. 73. *Poesías*, 1840: «y a la luz de *tu* antorcha».

v. 128. *Poesías*, 1840: *el* (por *al*).

v. 129. *Poesías*, 1840: no aparece la preposición *a*.

v. 140. *Poesías*, 1840: «y *de* amor».

CONTRA LOS IMPÍOS

Si Dios no existe o si de mí se olvida y tan sólo al azar debo la vida para pasar el mundo cual nube tempestuosa el océano a merced de los vientos, bien podéis disolveros, elementos que en mí formasteis con acuerdo vano turbado pulso y visionaria mente. Vuestra beldad perezca, dulces flores, emblemas ¡ay! de mi funesta suerte; vuestras lámparas bellas en el cielo apagad, puras estrellas, si habéis de iluminar mi eterna muerte. Virtud, de los tiranos enemiga, y del hombre de bien sublime amiga, eres vana ilusión y yo te abjuro, si al alma que tú elevas y al bien y gloria llevas se hunde y perece en el sepulcro oscuro.		jamás amasteis!... Vuestra sien corona con seca rama el árbol de la muerte. El sanguinoso lauro que insolente la torpe adulación ciñe al tirano no es tan injusto y vil como el que insano del incrédulo audaz orna la frente.	30
	5		
	10	¡Oh mundo misterioso que no ilumina el sol, ni el tiempo mide! La fe sobre tu abismo pavoroso divina luz despide; y en sus alas ardientes conducida el alma del cristiano, al salir de la tierra lagrimosa, al seno del criador vuela dichosa.	35 40
	15		
¡Doctrina pavorosa! ¿Para lograr tan triste resultado analizó la ciencia laboriosa la tierra y mar, y audaz se ha levantado hasta el etéreo cielo que ha recorrido con triunfante vuelo para traernos en horrible fallo la desesperación? ¡Sofistas duros,	20	Así el fiero cometa, del empíreo gigante, precipita su carro de diamante de planeta en planeta, y atrevido se lanza donde ni el pensamiento ya le alcanza.	45
	25	Mas en algún lugar su curso expira; y con mayor violencia al sol de que partió volviendo gira.	50

Notas:

77. En AP, p. 358; en *Poesías*, 1840, pp. 183-184. | Título: en *Poesías*, 1840, como subtítulo: «Oda».

LA DESESPERACIÓN
IMITACIÓN DE LAMARTINE

Cuando el Criador, en hora infausta, con soplo enérgico, fecundo, sacó del caos este mundo, disgustado su obra miró. A los abismos del espacio	5	lanzola con pie desdeñoso, y apartando el rostro glorioso, a su augusta calma tornó.

«Ve –dijo– a tu propia miseria,
mientras durares, te consigno.
De mi amor o cólera indigno,
eres cual nada para mí.
¡Que destino ciego te guíe
por los yermos del éter vano!
Para que tengas soberano
al infortunio te cedi.»

Cual se arroja sobre su presa
el gavián enfurecido,
lanza el monstruo largo gemido
de fiero júbilo en señal;
y cayendo sobre este globo,
con garra feroz le asegura,
y desde aquel instante dura
su imperio bárbaro y fatal.

Sobre el mar hombres y navíos,
el volcán sus lavas enciende,
o la tierra mísera hiende
terremoto devorador.
Lívida peste o hambre dura
tiende sus brazos descarnados
y deja reinos asolados
con aliento devastador.

Del hombre los largos afanes
burla tal vez pérfido cielo,
y con ardor, granizo, hielo,
destruye la pompa estival.
Bajo las flores halagüeñas
se abriga sierpe venenosa
y entre verdura deliciosa
nos acecha fiebre mortal.

Libertad, verdad y justicia
por do quier oprimidas lloran
y al orbe mísero devoran
despotismo y superstición.
A vil error sacrificado
bebe Sócrates un veneno:
más allá rasgando su seno,
la esclavitud huye Catón.

El dolor y el crimen altivo
por do quier sus dardos asestan
y con soplo de muerte infestan
los mundos físico y moral.
Regulador de aqueste caos,
poder oculto y misterioso,
si eres bueno cual poderoso,
¿por qué lanzaste al mundo el mal?

¿Por qué crimen, cielo tirano,
del dolor me abriste la puerta?
¿Te pidió el ser la nada yerta
o de tus manos le aceptó?
¿Nuestro llanto mísero bebes,
o el clamor del hombre que gime
suena cual música sublime
al que tierra y cielo crió?

Para evitar males tan duros
sólo un camino queda abierto:
el sepulcro será mi puerto
de tal borrasca en el furor.
Muerte, ¡recíbanme tus brazos!...
¡Fútil esperanza la mía!
¿En tus abismos, tumba fría,
no hay también eterno dolor?

Notas:

78. En AP, p. 359.

DIOS AL HOMBRE
IMITACIÓN DE LAMARTINE

¡El hijo imbecil de la nada osa maldecir su existencia, y acusando mi providencia blasfema del bien y del mal! ¡Para penetrar mis arcanos en afán estéril se agita, y rebelde, ciego, me cita a su insolente tribunal!		En los desiertos del vacío sembré cual polvo las estrellas: de mi poder mira las huellas en la tierra, el cielo y el mar.	35
	5	Por tus sentidos imperfectos envuelto en tiniebla sombría, del universo la armonía puedes apenas vislumbrar.	40
A mil beneficios ingrato mis obras tu labio maldice, y porque bruto no te hice, te quejas de no ser un dios. ¿Te consulté cuando mi acento pobló de luz el éter vano; cuando en su abismo el oceano lanzase rugiendo a mi voz?	10	¡Mira do quier! Naturaleza sigue su curso majestuosa y jamás indaga curiosa los designios de su Señor. Tú, mortal, ¡adórale! Aguarda la lección final de la muerte	45
	15	y abandona humilde tu suerte a tu benéfico Hacedor.	
¡Revelé mi ser a tus ojos cuanto permitió su flaqueza! Viste en el cielo mi grandeza, viste en la tierra mi bondad. El orden constante del mundo te descubre mi inteligencia, la natura mi providencia y el espacio mi inmensidad:	20	Libre tu alma del barro impuro caerá de tus ojos el velo: desde las alturas del cielo más horizonte abarcarás. Fuente serán de altas virtudes los males que tanto deploras, y verás lucir triunfadoras mi justicia y tu libertad.	50 55
Ese sol que ofusca tus ojos, sombra de mi fuego divino, ¿tal vez me propuso el camino que en el éter le señalé? ¿Por ventura diré a la tierra qué ley sus entrañas fecunda? Cuando el mar sus playas inunda o las huye, ¿sabe por qué?	25	El infortunio pasajero es crisol del alma escogida y convierte la frágil vida en gloriosa inmortalidad. ¡Hijo del polvo! te concedo para ser justo, sólo un día: ¡mi suprema sabiduría tiene ante sí la eternidad!	60
	30		

Notas:

79. En AP, p. 360. | [N. ms. de JMG] Al margen de este poema anota: «N. B. Tengo de Heredia el fragmento de una composición a Bolívar publicada en México (1823) [...] en un papel *público* del Perú. / En la p. 10 del t. 2 del [...] universal hay una composición de Heredia titulada «La gran pirámide de Egipto». Ambos están incluidos [...]».

v. 60. [N. ms. de JMG] «23269 versos hasta aquí.»

ÍNDICE

Estudio preliminar	7
<i>América poética</i> : voluntad política y numen fundacional de nuestra primera colección lírica	7
I. Los obreros del pensamiento	15
I.1. 1837, <i>annus mirabilis</i>	15
I.1.1. El Salón Literario. Generación del 37	15
I.1.2. Algunas ideas del 37. Balance y propuesta	18
I.1.3. El genio tutelar de la poesía	23
I.2. La provincia semoviente	29
I.2.1. Montevideo, 1841	29
I.2.2. Clásicos desacuerdos: idioma / forma-fondo	31
I.2.3. Periodización. Gutiérrez o el conciliador	33
I.2.4. Colección de poetas del Río de la Plata	38
I.2.5. Brasil y el desencanto, Chile y la promesa	41
II. <i>América poética</i>	49
II.1. Del modo en que se compuso y publicó. Aspectos materiales	49
II.1.1. Prospecto	49
II.1.2. Chilenos y argentinos. Anonimato	56
II.1.3. Los fascículos. Colección, asedios y selección	60
II.2. Historia y poética	67
II.2.1. Plan general; coleccionismo y acumulación documental	67
II.2.2. Americanismo, factores cohesionantes y sesgo vindicatorio	71
II.2.3. México y el esfuerzo integracionista	74
III. Criterios de edición	85
1. Fuentes	86
¿Qué sentido tiene esta metodología?	86
2. Selección de variantes. Editar a un editor	90
3. Ordenamiento y aparato de notas	91
4. Criterios textuales	93
Bibliografía	95
Los editores*	105

AMÉRICA POÉTICA

Alocución a la Poesía.....	113
ARANGO, Alejandro.....	119
1. ¡Una ilusión!.....	119
AVELLANEDA, Gertrudis Gómez de.....	121
1. Al partir. Soneto.....	123
2. A la poesía.....	124
3. El cazador.....	126
4. A una mariposa.....	129
5. Paseo por el Betis.....	129
6. Imitación de Petrarca. Soneto.....	131
7. A él.....	131
8. Napoleón. Traducido libremente de Lamartine.....	133
9. A la esperanza.....	136
10. A una mariposa. Soneto.....	139
11. A mi jilguero.....	139
12. A Francia. Sobre la traslación de los restos de Napoleón a París.....	142
13. A la muerte del célebre poeta cubano don José María Heredia.....	143
14. A un niño dormido.....	144
15. A la juventud.....	145
16. A Polonia. Traducción libre de Victor Hugo.....	147
17. A Washington. Soneto.....	148
18. A mi madre. El primer día del año.....	148
19. Al sol. En un día del mes de diciembre. Soneto.....	150
20. El genio.....	150
21. Amor y orgullo.....	152
22. A la virgen. Plegaria.....	154
23. El beduino.....	156
24. A las estrellas. Soneto.....	157
25. La noche de insomnio y el alba. Fantasía.....	157
26. El día final.....	159
BALCARCE, Florencio.....	161
1. Al señor don Víctor Silva, recién ordenado de sacerdote.....	162
2. La partida.....	164
3. El picaflor.....	166

4. Canción	167
5. El cigarro.....	168
BELLO, Andrés.....	169
2. La agricultura de la zona tórrida	171
3. Fragmento de una traducción del poema de «Los jardines» de Delille.....	176
4. El incendio de la Compañía. Canto elegíaco	180
5. El diez y ocho de setiembre. Oda.....	184
6. A Olimpio. Imitación de Victor Hugo	187
7. Las fantasmas. Imitación de una de las orientales de Victor Hugo.....	193
8. La oración por todos. Imitación de Victor Hugo	196
9. Moisés salvado de las aguas. Imitación de Víctor Hugo.....	200
10. Los duendes. Imitación de Victor Hugo	202
BERRO ¹ . Adolfo	207
1. El azahar	209
2. El esclavo	210
3. A don Esteban Echeverría	211
4. La expósita	212
5. A la muerte	214
6. El mendigo.....	214
7. Ecos de la voz del Señor	216
8. El ruego de una madre	217
9. Al jazmín.....	218
10. El moribundo. Canción	219
11. La virgen bañándose.....	219
12. A mi lira.....	221
13. La ramera	221
14. A una estrella	223
15. A una madre adormeciendo a su hijo.....	224
16. Recuerdo, escrito en el álbum de... ..	225
17. Espera a orillas del mar	226
18. Una mujer en la tumba	227
ROMANCES HISTÓRICOS	228
19. Yandubayú y Liropeya.....	228
20. Población de Montevideo.....	230
21. Mañanas de estío	232
22. III. El ombú. (Fragmento)	235
23. A ti.....	236
24. Dolor.....	237

25. A Florencio Varela. En la muerte de su hermano Rufino	237
26. A la señorita de... en su álbum	238
27. A don Andrés Lamas	239
BUSTAMANTE, Ricardo J.	242
1. Oda a Bolívar	242
CALDERÓN, Fernando	244
1. La risa de la beldad	244
2. El soldado de la libertad	245
CANTILLO, José María	247
1. Las flores	247
2. La niña María	248
3. A la memoria del general argentino don Juan José Viamont	250
CARPIO, Manuel	252
1. La mariposa	252
CHACÓN, Jacinto	254
1. Diez y ocho de setiembre de mil ochocientos diez. (Fragmento)	254
La salva	254
2. El verano	255
3. A mi amigo H. I. en su matrimonio	256
4. Fragmentos de un poema titulado: «La mujer»	257
CORTÉS, José Manuel	265
1. A la luna	265
2. A la imaginación	266
3. A Lord Byron	267
4. A la niña J. F., muerta poco después de haber nacido	268
COUTO, José Bernardo	269
1. Al retratar a Filis	270
2. A Filis en el invierno	270
3. El verano	271
DOMÍNGUEZ, Luis L.	273
1. Yo te amo	274
2. Yo te amé	275
3. El ombú	275
4. El cementerio viejo	278

5. A Mayo.....	280
6. Montevideo.....	284
7. El retrato de Varela, poeta argentino. (Sobre el álbum de su hermano Florencio.)	286
ECHEVERRÍA, Esteban.....	288
1. El pensamiento.....	293
2. Luna naciente en el mar	294
3. Recuerdo.....	295
4. El poeta enfermo	295
5. Deseo	296
6. Éxtasis.....	297
7. Ruego.....	298
8. Contestación	299
9. Adiós	300
10. Crepúsculo en el mar	301
11. Mi destino	302
12. Los recuerdos. Romance a Delmira	303
13. Mi estado	305
14. El impío	306
15. Él y ella	307
16. Adiós, en el mar.....	311
17. El infortunio, en el mar	312
18. El cementerio.....	312
19. A María.....	314
20. La noche, en el mar	315
21. La historia. (Fragmento).....	316
22. Himno al Dolor.....	320
23. Al corazón.....	324
CANCIONES.....	326
24. La ausencia.....	326
25. La diamela.....	327
26. A una lágrima.....	327
27. El desamor.....	328
28. La aroma.....	328
29. Serenata.....	329
30. La lágrima.....	329
31. La cautiva.....	330
Parte primera. El desierto	330

Parte segunda. El festín.....	333
Parte tercera. El puñal.....	337
Parte cuarta. La alborada.....	341
Parte quinta. El pajonal.....	343
Parte sexta. La espera.....	345
Parte séptima. La quemazón.....	347
Parte octava. Brian.....	349
Parte novena. María.....	353
FIGUEROA, Francisco Acuña de.....	360
1. La calamidad pública. Elegía.....	360
2. Traducción del salmo. <i>Super flumina Babilonis</i>	362
3. Al señor presbítero don Valentín San Martín, predicador y capellán de un presidio.....	363
4. Improvisación en un cementerio.....	363
5. La madre africana.....	364
6. Canción secular. Traducción de Horacio.....	365
7. Inscripción bajo una estatua de la libertad.....	367
8. Aviso.....	367
9. Cielito oriental.....	369
10. La curiosa inocente. Letrilla.....	370
11. Letrilla satírica.....	372
12. Toraidas. Primera.....	374
13. Patagorrillo tauri-poético, o toraida con morrión. Tercera.....	378
14. Toraida rabona. Cuarta.....	382
15. Toraida de aleluya. Quinta.....	384
GARCÍA GOYENA, [Rafael].....	389
1. La araña y la oruga.....	389
2. Una yegua y un buey.....	390
3. Los muchachos, los zanates y el loro.....	391
4. El macho de arriero y el caballo de carreta.....	392
5. Los perros.....	393
6. La mosca, la hormiga y la palomilla nocturna.....	394
7. Los fueros jumentiles.....	396
8. El zopilote con golilla.....	396
9. La mariposa y la abeja.....	398
10. El venado, la serpiente y la paloma.....	399
11. El pavo real, el guarda y el loro.....	400

12. Los animales en cortes.....	401
13. Las golondrinas y los barqueros.....	402
GODOY, Juan.....	404
1. Canto a la cordillera de los Andes.....	404
2. La palma del desierto.....	408
3. A una dama que pasaba en su calesa.....	409
4. A una joven vestida de luto.....	410
GÓMEZ, JUAN CARLOS.....	413
1. La libertad.....	413
2. A Adolfo Berro.....	420
3. A la memoria de mi malogrado amigo don Diego Furriol.....	421
4. A... en su álbum.....	422
5. Reminiscencia.....	423
6. En la primera página de un volumen de Lamartine.....	425
7. Gotas de llanto.....	425
8. Soledad.....	427
9. Deleite.....	427
10. Ruego.....	428
11. En el álbum de una brasilera.....	428
12. Agua dormida, en un álbum.....	429
13. A mi madre.....	429
14. Cedro y palma.....	430
HEREDIA, José María.....	431
1. A la muerte de mi amigo y condiscípulo don José María Heredia.....	434
2. A mi esposa.....	437
3. A una señora que sacó copia de una de mis poesías para regalármela.....	438
4. La prenda de fidelidad.....	438
5. Los recelos.....	439
6. A mi esposa en sus días.....	440
7. Placeres de la melancolía. Fragmentos de un poema.....	441
8. A la hermosura.....	445
9. A la estrella de Venus.....	447
10. Memorias.....	448
11. El ruego.....	448
12. A mi amante.....	449
13. Atala.....	450
14. La resolución.....	451

15. Ausencia y recuerdos.....	452
16. La inconstancia	453
17. La cifra.....	455
18. A Lola en sus días.....	455
19. La partida.....	456
20. Recuerdo.....	457
21. Para grabarse en un árbol.....	458
22. La melancolía	458
23. ¡Ay de mí!	459
24. A una señorita que leía con gusto mis versos	459
25. El rizo de pelo.....	460
26. A mi querida	460
27. El convite	461
28. El desamor.....	461
29. A... en el baile. Fragmento	463
30. Al Niágara.....	464
31. En una tempestad. Al huracán	466
32. Himno al sol, en el océano	467
33. Al cometa de 1825	468
34. La estación de los nortes.....	469
35. La noche.....	470
36. Misantropía.....	472
37. A mi caballo.....	473
38. Calma en el mar.....	474
39. Al sol.....	475
40. El arco iris	477
41. Al retrato de mi madre.....	478
42. Catón	479
43. Sócrates.....	480
44. A don Diego María Garay, en el papel de Junio Bruto	480
45. A don José Tomás Boves.....	481
46. La desconfianza.....	481
47. Mi gusto	481
48. El mérito de las mujeres.....	482
49. La caída de las hojas.....	488
50. A una representación de la tragedia de Oscar	489
51. La poesía.....	490
52. Progreso de las ciencias. (Fragmento)	492
53. A mi padre en sus días	493

54. A mi padre, encanecido en la fuerza de su edad.....	494
55. Carácter de mi padre.....	494
56. Renunciando a la poesía.....	495
57. A Roma antigua.....	495
58. A los griegos en 1821.....	496
59. A Sila.....	498
60. A Washington.....	499
61. A Napoleón.....	500
62. A Napoleón.....	503
63. Meditación matutina.....	504
64. En el sepulcro de un niño.....	504
65. El consuelo.....	505
66. Recuerdos.....	505
67. La flor.....	506
68. A Elpino.....	507
69. En mi cumpleaños.....	508
70. La lágrima de piedad.....	510
71. Los sepulcros.....	511
72. Meditación en el teocali de Cholula.	
Fragmentos descriptivos de un poema mexicano.....	512
73. La inmortalidad.....	515
74. Inmortalidad.....	520
75. Contemplación.....	520
76. La religión.....	521
77. Contra los impíos.....	524
78. La desesperación. Imitación de Lamartine.....	524
79. Dios al hombre. Imitación de Lamartine.....	526



Entre febrero de 1846 y mediados de 1847, una serie de fascículos circuló por distintos puntos de Sudamérica bajo el título de *América poética*. Representa el primer intento de un panorama abarcativo de la poesía escrita en los países de Hispanoamérica después de sus respectivas independencias. Reunidos, esos cuadernos conforman la *América poética. Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo*.

Esta empresa monumental reúne 53 autores de 11 países, 455 composiciones. Poetas de las escuelas romántica y clásica cantan a la libertad, a los amores, a la historia compartida y a una naturaleza recuperada y pródiga, a la potencia simbólica de los climas y la diversidad de la gente y sus labores. Se trata del proyecto bibliográfico más contundente del siglo XIX. Su autor, Juan María Gutiérrez (1809-1878) –intelectual argentino por esos años exiliado en Chile–, funda un corpus continental para estimular la obra por venir, que publicite y enaltezca la literatura americana frente a los españoles y los prejuicios del viejo mundo. Pero también, sobre todo, que sea del gusto y provecho de la naciente cultura local, tan necesitada de *invención* como la América misma.

La presente edición proyecta ese gesto hacia el presente: un estudio preliminar reconstruye el horizonte político-cultural en que la obra surgió, mientras un tratamiento crítico cuidadoso devuelve los textos –cotejados y revisados– a la conversación viva de la cultura contemporánea.



UNAM
SAN ANTONIO



Biblioteca
Arte & Cultura
UNAM San Antonio